

BERNARD  
CORNWELL



# EL REY DEL INVIERNO

CRÓNICAS DEL SEÑOR  
DE LA GUERRA

· I ·



MARLOW

Lectulandia

Bernard Cornwell es uno de los autores de Novela Histórica mas prolíficos de nuestro tiempo, sobre todo abundan en su bibliografía series y sagas muy diversas en el tiempo, pero con un mismo denominador común, guerra, batallas, conquistas, luchas interinas, sangre, muerte y fuego. El Rey del Invierno no es una excepción, es el primer libro de la trilogía "Crónicas del señor de la guerra" y está ambientado en la época los caballeros Arturo y Lancelot, del mago Merlín y de la reina Ginebra.

Los que hayáis leído otras sagas y trilogías del autor (El fusilero Sharpe, Sajones Vikingos y Normandos o Arqueros del Rey), conoceréis el estilo que suele seguir Bernard Cornwell, ambientación en sucesos históricos de la novela y aparición esporádica de los personajes más famosos de la época que nunca llevaran el peso de la trama, en El rey del Invierno el protagonista es Derfel que servirá a las ordenes de Arturo.

Quizá lo más relevante de esta obra es que los personajes históricos estarán muy alejados de la visión clásica del cine...

y de otras obras sobre los caballeros de la mesa redonda, el novelista intentara dar una visión más realista de la época y de los personajes, no necesariamente fidedigna, algo que por otro lado resultaría imposible con la poca documentación que nos ha llegado de ese periodo histórico. Conoceremos en profundidad tanto las bondades como las debilidades de Arturo, la belleza y el egoísmo de Ginebra, nos meteremos en la carne de los personajes y viviremos un mundo imperfecto, no de caballeros intocables, sino de miedos a la invasión de los sajones, de luchas interinas, de traición y amistad, de muerte, destrucción y penurias.

El rey del Invierno está en la línea del resto de la obra de Bernard Cornwell, personajes recreados de manera muy destacable con un carácter muy bien definido que desde el principio nos meterán de lleno en la historia, gran habilidad en la narración de las luchas y batallas y sucesos contados con mucho ritmo, pero demasiado alejados de la historia para mi gusto. Esta novela estaría dentro del género de la ficción histórica, o de la novela ambientada en acontecimientos históricos, no por ello deja de tener interés y engancha desde las primeras páginas.

Lectulandia

Bernard Cornwell

# El rey del invierno

Crónicas del señor de la guerra - 1

ePUB v2.0

iBrain 18.07.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Editorial: Muchnik  
Publicación: Julio 2002  
Lenguaje: Español  
ISBN-10: 8476694644  
ISBN-13: 978-8476694640

Editor original: iBrain (v1.0 a v2.0)  
ePub base v2.0

## Personajes

<b>AELLE</b>	Rey sajón
<b>AGRICOLA</b>	Señor de la guerra de Gwent, al servicio del rey Tewdric
<b>AILLEAN</b>	Amada de Arturo, madre de sus hijos gemelos Amhar y Loholt
<b>AMAR</b>	Hijo bastardo de Arturo
<b>ANA</b>	Hermana de Arturo, casada con el rey Budic de Broceliande
<b>ARTURO</b>	Hijo bastardo de Uter y protector de Mordred
<b>BALISE</b>	Anciano druida dumnonio
<b>BAN</b>	Rey de Benoic, padre de Lanzarote y Galahad
<b>BEDWIN</b>	Obispo de Dumnonia, principal consejero del rey
<b>BLEIDDIG</b>	Cacique de Benoic
<b>BORS</b>	Paladín de Benoic
<b>BROCHVAEL</b>	Rey de Powys posterior a los tiempos de Arturo
<b>CADWALLON</b>	Rey de Gwynedd
<b>CADWY</b>	Rey vasallo de Dumnonia, defensor de la frontera con Kernow
<b>CALEDDIN</b>	Druida muerto hace tiempo, compilador del pergamino de Merlín
<b>CAVAN</b>	Lugarteniente de Derfel
<b>CEI</b>	Guerrero y compañero de infancia de Arturo
<b>CEINWYN</b>	Princesa de Powys, hermana de Cuneglas e hija de Gorfyddyd
<b>CELWIN</b>	Sacerdote que estudia en Ynys Trebes
<b>CERDIC</b>	Rey sajón
<b>CULHWCH</b>	Primo de Arturo, uno de sus guerreros
<b>CUNEGLAS</b>	Príncipe de la corona (Edling) de Powys, hijo de Gorfyddyd
<b>DAFYDD AP GRUEFUD</b>	Escribano que transcribe la historia de Derfel
<b>DERFEL</b>	El narrador, sajón de nacimiento, pupilo de Merlín y guerrero de
<b>CARDARN</b>	Arturo

<b>DRUIDAN</b>	Un enano, comandante de la guardia de Merlín
<b>ELAINE</b>	Reina de Benoic, madre de Lanzarote
<b>GALAHAD</b>	Príncipe de Benoic, hermanastro de Lanzarote
<b>GEREINT</b>	Príncipe vasallo de Dumnonia, señor de las Piedras
<b>GINEBRA</b>	Princesa de Henis Wyren
<b>GORFYDDYD</b>	Rey de Powys, padre de Cuneglas y de Ceinwyn
<b>GRIFFID AP ANNAN</b>	Lugarteniente de Owain
<b>GUDOVAN</b>	Escribano de Merlín
<b>GUENDOLIN</b>	Esposa rechazada de Merlín
<b>GUNDLEUS</b>	Rey de Siluria
<b>GWLYDDYN</b>	Carpintero en Ynys Wydryn
<b>HELLEDD</b>	Princesa de Elmet casada con Cuneglas de Powys
<b>HYGWYDD</b>	Criado de Arturo
<b>HYWEL</b>	Administrador de Merlín
<b>IORWETH</b>	Druida de Powys
<b>ISSA</b>	Uno de los lanceros de Derfel
<b>LADWYS</b>	Amante de Gundleus
<b>LANZAROTE</b>	Edling (príncipe coronado) de Benoic, hijo de Ban
<b>LANVAL</b>	Uno de los guerreros de Arturo, jefe de la guardia personal de Ginebra
<b>LEODEGAN</b>	Rey en el exilio de Henis Wyren, padre de Ginebra
<b>LIGESSAC</b>	Primer comandante de la guardia personal de Mordred, posteriormente al servicio de Gundleus
<b>LLYWARCH</b>	Segundo comandante de la guardia personal de Mordred
<b>LOHOLT</b>	Hijo bastardo de Arturo, gemelo de Amhar
<b>LUNETE</b>	Primera compañera de Derfel, luego sirvienta de Ginebra
<b>LWELLWYN</b>	Funcionario del tesoro de Dumnonia
<b>MAELGWYN</b>	Monje de Dinnewrac
<b>MARK</b>	Rey de Kernow, padre de Tristán
<b>MELWAS</b>	Rey de los belgas, vasallo de Dumnonia
<b>MERLIN</b>	Señor de Avalón, druida
<b>MEURIG</b>	Edling (príncipe coronado) de Gwent, hijo de Tewdric
<b>MORDRED</b>	Niño rey de Dumnonia
<b>MORFANS</b>	El feo, uno de los guerreros de Arturo
<b>MORGANA</b>	Hermana de Arturo, una de las sacerdotisas de Merlín
<b>MORGAUSE</b>	Hermana de Arturo, casada con el rey Lot de Leonis Magistrado cristiano de Durnovaria, ante la ley protector de

<b>NIMUE</b>	Amante de Merlín y sacerdotisa
<b>NORWENNA</b>	Nuera de Uter, madre de Mordret
<b>OENGUS MAC AIREM</b>	Rey irlandés de Demetia, rey de los Escudos Negros
<b>OWAIN</b>	Paladín de Uter, uno de los señores de la guerra de Dumnonia
<b>PELINOR</b>	Rey loco preso en Ynys Wydryn
<b>RALLA</b>	Esposa de Gwlyddyn, nodriza de Mordred
<b>SAGRAMOR</b>	Comandante nómada de Arturo
<b>SANSUM</b>	Sacerdote cristiano y obispo, superior de Derfel en Dinnewrac
<b>SARLINNA</b>	Niña superviviente de la masacre de Dartmoor
<b>SEBILE</b>	Esclava sajona de Morgana
<b>TANABURS</b>	Druida de Siluria
<b>TEWDRIC</b>	Rey de Gwent
<b>TRISTAN</b>	Edling (príncipe coronado) de Kernow
<b>TUDWAL</b>	Monje novicio de Dinnewrac
<b>UTER</b>	Rey de Dumnonia, rey supremo de Bretaña, el Pandragón
<b>VALERIN</b>	Un cacique de Powys, durante cierto tiempo prometido de Ginebra
<b>YGERNE</b>	Reina de Powys, casada con Brochvael, anfitriona de Derfel en Dinnewrac
<b>YGERNE DE GWYNEDD</b>	Madre de Arturo y también de Morgana, Ana y Morgause

## Lugares

Los nombres señalados con un asterisco están históricamente documentados

<b>ABONA*</b>	Avonmouth, Avon
<b>AQUAE SULIS*</b>	Bath, Avon
<b>BRANOGENIUM*</b>	Fuerte romano, Leintwardine, Hereford y Worcester
<b>BURRIUM*</b>	Capital de Tewdric, Usk, Gwent
<b>CAER CADARN</b>	Montaña real de Dumnonia. South Cadbury Hill, Somerset
<b>CAER DOLFORWYN*</b>	Montaña real de Powys. Cerca de Newtown, Powys
<b>CAER LUD*</b>	Ludlow, Shropshire
<b>CAER MAES</b>	White Sheet Hill, Mere, Wiltshire
<b>CAER SWS*</b>	Capital de Gorfyddy. Caersws, Powys
<b>CALLEVA*</b>	Fortaleza fronteriza. Silchester, Hampshire
<b>COEL'S HILL*</b>	Coel's Hill, Hereford y Worcester
<b>CORINIUM*</b>	Cirencester, Gloucestershire
<b>CUNETIO*</b>	Mildenhall, Wiltshire
<b>DINNEWRAC</b>	Un monasterio de Powys
<b>DURNOVARIK*</b>	Dorchester, Dorset
<b>DUROCOBRIVIS*</b>	Dunstable, Bedfordshire
<b>GLEVUM*</b>	Glocester
<b>ISCA*</b>	Exeter, Devon
<b>ISLA DE LOS MUERTOS*</b>	Portland Bill, Dorset
<b>LAS PIEDRAS*</b>	Stonehenge
<b>LINDINIS*</b>	Ciudad romana, Lichester, Somerset
<b>LUGG VALE*</b>	Mortimer's Cross, Hereford y Worcester
<b>MAGNIS*</b>	Fuerte romano. Kenchester, Hereford y Worcester
<b>MAI DUN*</b>	Castillo de Maiden, Dorchester, Dorset
<b>RATAE*</b>	Leicester



<b>VENTA*</b>	Winchester, Hampshire
<b>YNYS MON*</b>	Anglesey
<b>YNYS TREBES</b>	Capital de Benoic. Mont Saint Michel, Francia
<b>YNYS WAIR*</b>	Lundy Island
<b>YNYS WYDRYN*</b>	Glastonbury, Somerset

# Un Niño De Invierno

# 1

Erase una vez una tierra llamada Britania en la que sucedieron estos hechos. El obispo Sansum, a quien Dios habrá de bendecir por encima de todos los santos vivos y muertos, opina que estas memorias tendrían que ser arrojadas al pozo sin fondo junto con las demás inmundicias de la humanidad caída, porque son la historia de los últimos días antes de que la gran oscuridad se abatiera sobre la luz de Nuestro Señor Jesucristo. Son las crónicas del país que llamamos Lloegyr, que significa Tierras Perdidas, otrora nuestro suelo y conocido ahora como Inglaterra por nuestros enemigos. Son los relatos de Arturo, Señor de la Guerra, el Rey Que No Fue, el Enemigo de Dios, y que Cristo vivo y el obispo Sansum me perdonen, el mejor hombre que jamás he conocido. ¡Cuánto he llorado a Arturo!

Hoy hace frío. Un color mortecino tiñe los montes y campean negras nubes por el cielo. Tendremos nieve antes de que caiga la noche, pero con toda seguridad Sansum no aceptará la bendición de un fuego. Dice el santo varón que es bueno mortificar la carne. Ahora soy viejo, pero Sansum, cuya vida conserve Dios muchos años todavía, lo es aún más, de modo que no puedo esgrimir la edad como argumento para abrir la leñera. Sansum dirá que ofrendemos el sufrimiento a Dios, que padeció más que todos nosotros, y así, los seis hermanos pasaremos la noche en un duermevela, estremecidos de frío. Mañana el pozo estará helado y el hermano Maelgwyn tendrá que bajar por la escala para partir el hielo con una piedra, si queremos beber.

Pero el frío no es la peor aflicción de nuestro invierno, sino la helada, que hace intransitables los caminos e impide a Ygraine visitar el monasterio. Ygraine es nuestra reina, desposada con el rey Brochvael. Es morena y delgada, muy joven, dotada de una vivacidad que se agradece como los rayos del sol en un día de invierno. Acude aquí a orar por la gracia de concebir un hijo, aunque pasa más tiempo hablando conmigo que orando a Nuestra Señora o a su fruto bendito. Conversa conmigo porque le gusta escuchar los relatos de Arturo. El verano pasado le conté cuanto recordaba, hasta agotar la memoria, y entonces, me entregó un montón de pergaminos, un cuerno de tinta y un puñado de plumas de ganso para escribir. Arturo se adornaba el casco con plumas de ganso. Éstas no eran tan grandes ni tan blancas, pero ayer levanté el manojo contra el cielo invernal y por un pecaminoso momento de gloria me pareció ver su rostro bajo el penacho y oír el rugido del dragón y el oso por toda Britania para renovado terror de los infieles, pero entonces estornudé y vi que no sostenía en la mano sino un puñado de plumas impregnadas de heces de ganso y poco adecuadas para escribir. La tinta también es mala; mero hollín de bujía mezclado con resma de corteza de manzano. Los pergaminos son de mejor calidad. Son de piel de cordero, restos de los tiempos romanos. Una escritura que ninguno de nosotros sabe descifrar los cubría, pero las mujeres de Ygraine los restregaron hasta dejar las pieles

limpias y blancas. Sansum dice que sería mejor destinar tanta piel a calzado, pero después de restregada ha quedado demasiado fina para el zapatero; además Sansum no osaría ofender a Ygraine y perder de ese modo la amistad del rey Brochvael. Este monasterio se halla a no más de media jornada de lanceros enemigos y hasta nuestra mermada despensa los tentaría a cruzar el río Negro y a subir a los montes y al valle de Dinnewrac de no ser por los guerreros de Brochvael, que tienen orden de protegernos. Con todo, creo que ni siquiera la amistad de Brochvael reconciliaría a Sansum con la idea de que el hermano Derfel escribiera un relato de Arturo, enemigo de Dios, motivo por el cual Ygraine y yo hemos mentido al santo varón diciéndole que dedico mis esfuerzos a traducir el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo a la lengua de los sajones. El santo varón no habla la lengua del enemigo ni puede leerla, de modo que podremos mantener el engaño el tiempo suficiente como para dejar constancia de esta historia.

Y será necesario engañarlo porque, poco después de haber empezado a escribir en esta misma piel, el santo Sansum se personó en la estancia. Se instaló junto a la ventana a observar el cielo gris, frotándose las delgadas manos.

—Me gusta el frío —dijo, sabiendo que a mi no me gusta.

—Yo lo soporto peor —respondí gentilmente— en la mano que me falta.

Me falta la mano izquierda y sujeto el pergamino mientras escribo con el huesudo muñón de la muñeca.

—El dolor sea bendito, pues nos recuerda la Pasión de nuestro amado Señor —dijo el obispo, tal como yo esperaba, y se inclinó sobre la mesa para ver lo que había escrito—. Dime qué dicen las palabras, Derfel —ordeno.

—Estoy escribiendo —respondí con engaño— la historia del nacimiento del niño Jesús.

Tras mirar fijamente el pergamino, colocó una sucia uña sobre su propio nombre. Es capaz de descifrar algunas letras, y las que componen su nombre debían de destacarse en el pergamino con la nitidez de un cuervo en la nieve. Dejó escapar una risa burlona de chiquillo travieso al tiempo que me retorció un puñado de canas.

—Yo no estuve presente en el nacimiento de nuestro Señor, Derf el, y sin embargo aquí leo mi nombre. ¿Acaso escribes herejías, sapo de los infiernos?

—Señor —respondí humildemente mientras me aplastaba la cabeza hasta casi empotrármela en el trabajo—, he empezado el Evangelio dejando constancia de que sólo por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo y con el beneplácito del más grande de sus santos, Sansum —y ahí señalé su nombre con el dedo—, me es posible escribir las buenas nuevas de Cristo Jesús.

Me tiró de los pelos y, no sin arrancarme unos pocos, me soltó y se alejó.

—Engendro eres de ramera sajona —dijo—, y jamás fueron los sajones dignos de confianza. Te cuidarás muy mucho de ofenderme, sajón.

—Dios me libre —respondí, pero no se quedó a escucharme.

En otro tiempo él hincaba la rodilla ante mi y besaba mi espada, pero ahora es un santo varón y yo no soy sino el más misero de los pecadores. Un pecador helado de frío, por demás, y es que la luz de allende nuestros muros es falsa, gris y amenazadora. Muy pronto caerán las primeras nieves.

También la nieve estaba presente al iniciarse el relato de Arturo. Fue hace una vida, en el último año del reinado de Uter, rey supremo. Corría el año 1233, según el cómputo romano, desde la fundación de su ciudad, aunque en Britania contamos el tiempo desde el Año Negro, es decir, cuando los romanos redujeron a los druidas en Ynys Mon. Según ese calendario la historia de Arturo comienza en el año 420, aunque Sansum, a quien Dios bendiga, cuenta los años de nuestra era a partir del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, es decir, 480 inviernos antes de que sucedieran estos hechos. Pero sea cual fuere la cuenta, sucedió hace mucho, en épocas remotas, en una tierra llamada Britania, y yo estaba presente.

Sucedió así.

Comenzó con un nacimiento.

Era una noche cruda, el reino dormía bajo un manto blanco a la luz de la luna menguante.

En el salón, Norwenna gritó.

Y volvió a gritar.

Era medianoche. El cielo estaba despejado y terso, cuajado de estrellas. La tierra dormía helada y dura como el hierro, los arroyos apresados por el hielo. A la luz mortecina de la agorera luna menguante, los campos occidentales despedían un fulgor pálido y frío. Hacía tres días que no nevaba pero tampoco había subido la temperatura como para producir deshielo alguno, así que todo estaba blanco excepto algunos árboles a los que el viento había despojado de nieve y que se erguían, negros y desnudos, sobre la tierra sumida en el invierno. El aliento se condensaba en el aire pero no se alejaba, no había viento que se lo llevara en esa noche serena. La tierra parecía muerta, yerta, abandonada por Belenos, dios del sol, en medio del inmenso y gélido vacío que separa los mundos. Y hacía frío en verdad, un frío desgarrador y mortal. Gruesos carámbanos colgaban de los aleros de la gran fortaleza de Caer Cadarn y del arco de la entrada, por donde unas horas antes, el séquito del rey se había abierto camino entre la nieve para llevar a nuestra princesa al encumbrado lugar de reyes. En Caer Cadarn se guardaba la piedra real, era el lugar de aclamación y, por tanto, el único en que podía nacer el heredero del rey supremo, según la insistente opinión personal del soberano.

Norwenna volvió a gritar.

Jamás he presenciado el nacimiento de un niño, ni lo presenciaré, Dios mediante. He visto parir a una yegua y he visto terneros llegar al mundo, he oído los suaves

gemidos de la perra parturienta y he sentido el estremecimiento de la gata al librar las crías, pero nunca he contemplado la sangre y los flujos que acompañan a los gritos de una mujer. ¡Cómo gritaba Norwenna! Aunque procuraba contenerse, al decir de las mujeres que la asistieron. A veces los chillidos cesaban repentinamente y el silencio se extendía por los rincones de la fortaleza; en esos momentos el soberano levantaba su gran cabeza de entre las pieles y aguzaba el oído como si estuviera en un matorral a dos pasos de los sajones; escuchaba con la esperanza de que el repentino silencio señalara el alumbramiento de un nuevo heredero para el reino. Escuchaba, y en la quietud que dominaba las heladas dependencias oíamos el sonido áspero de la trabajosa respiración de su nuera, hasta que en un momento, y sólo por una vez, se oyó un gemido patético y el soberano dio media vuelta como para decir algo; pero los gritos empezaron de nuevo y de nuevo hundió el rey la cabeza entre los pesados pellejos, de modo que sólo se distinguía el brillo de sus ojos entre las sombras de la cueva que formaban la gruesa capucha y las solapas de pieles.

—No deberíais permanecer en las murallas, gran señor —dijo el obispo Bedwin.

Uter movió la mano con un gesto que parecía indicar a Bedwin que podía retirarse al interior, donde ardían las hogueras, pero que Uter, rey supremo, Pandragón de Britania, no se movería. Quería estar en las murallas de Caer Cadarn observando la tierra helada y el aire donde acechaban los demonios, pero Bedwin tenía razón, el soberano no debería estar haciendo guardia para espantar a los demonios en una noche tan rigurosa. Uter estaba viejo y enfermo, mal que la seguridad del reino aún pesaba sobre su embotado cuerpo y sobre su mente lenta y pesadosa. Hacía sólo seis meses aún era vigoroso, pero llegaron las noticias de la muerte de su heredero. Mordred, el más querido de sus hijos y el único superviviente de los habidos de su esposa, había caído bajo el hacha de un sajón y fue a morir desangrado al pie del monte Caballo Blanco. Su muerte dejó al reino sin heredero, y un reino sin heredero está condenado. Pero esa noche, si los dioses lo permitían, el sucesor de Uter nacería de la viuda de Mordred. Siempre que fuera varón, claro está; de lo contrario, tanto dolor sería en vano y el reino quedaría condenado.

La enorme cabeza de Uter se levantó de entre las pieles que tenían trozos de hielo allí donde su aliento se había condensado.

—¿Se ha hecho todo, Bedwin? —preguntó Uter.

—Todo, gran señor, todo —replicó el obispo Bedwin. Era el consejero de mayor confianza del rey y, como la princesa Norwenna, era cristiano. Norwenna, al protestar por ser trasladada de la cálida villa romana de las cercanías de Lindinis, había dicho a gritos a su suegro que sólo iría a Caer Cadarn si le prometía mantener alejadas a las brujas de los dioses antiguos. Ella había insistido en dar a luz cristianamente y Uter, desesperado por tener un heredero, hubo de transigir con sus exigencias. En ese momento los sacerdotes de Bedwin entonaban sus oraciones en una estancia aneja al

salón, el cual habían asperjado con agua bendita, amén de colocar una cruz sobre la cama del parto y otra bajo el cuerpo de Norwenna—. Rogamos a la Santísima Virgen María —le dijo Bedwin—, la cual, sin mancillar su cuerpo sagrado con el conocimiento carnal, engendró en su purísimo seno, a Cristo Nuestro Señor y...

—Basta —farfulló Uter.

El rey supremo no era cristiano y no le gustaba que nadie intentara convertirlo, aunque admitiera que probablemente el dios cristiano tuviera tanto poder como la mayoría de los demás dioses. Los acontecimientos de esa noche estaban poniendo a prueba su tolerancia.

Y ése era el motivo por el que me encontraba presente allí. Yo era un muchacho, casi un hombre ya, un mensajero imberbe que se acurrucaba helado de frío junto al asiento del rey, en las murallas de Caer Cadarn. Había venido desde Ynys Wydryn, la fortaleza de Merlín, situada en el horizonte norte. Mi misión, tan pronto me lo ordenaran, sería ir a buscar a Morgana y a sus ayudantes, que aguardaban en la casucha de barro de un porquero, al pie de la vertiente occidental de Caer Cadarn. Aunque la princesa Norwenna rogara a la madre de Cristo que la asistiera en su alumbramiento, Uter tenía preparados a los dioses antiguos por si fallaba el nuevo.

Y el dios cristiano falló. Los gritos de Norwenna menguaban pero sus gemidos desesperados aumentaban, hasta que finalmente la esposa del obispo Bedwin llegó del salón y se arrodilló temblorosa junto al asiento del monarca. El niño, dijo Ellin, no llegaba y temía que la madre estuviera muriéndose. Uter pasó por alto el segundo comentario. La madre carecía de importancia, sólo importaba el niño, y sólo en caso de que fuera varón.

—Gran señor... —prosiguió Ellin con nerviosismo, pero Uter ya no escuchaba.

Me dio un golpecito en la cabeza.

—Ve, muchacho —dijo, y me escabullí de su sombra, salté al interior de la fortaleza y crucé como un dardo el claro de luna que se abría entre las edificaciones.

Pasé raudo entre los centinelas de la puerta oeste y resbalé y me caí varias veces en el camino occidental, que parecía un tobogán de hielo. Me metí en la nieve, me rasgué el manto con un tocón y caí pesadamente en unas zarzas cargadas de hielo, pero no notaba nada más que el peso inmenso del destino de un reino sobre mi joven espalda.

—¡Lady Morgana! —grité al acercarme a la casucha—. ¡Lady Morgana!

Debía de estar esperándome, pues la puerta se abrió al punto de par en par y la máscara de oro que cubría su rostro brilló a la luz de la luna.

—¡Ve! —me dijo a voces—. ¡Ve!

Di media vuelta y eché a correr colina arriba, mientras a mí alrededor un grupo de huérfanos de Merlín se abría paso entre la nieve. Llevaban cacharros de cocina e iban haciendo ruido con ellos al tiempo que corrían, aunque cuando la subida se hizo muy

empinada y peligrosa tuvieron que arrojarlos delante de sí para continuar la marcha. Morgana nos seguía más despacio, asistida por su esclava Sebile que llevaba los ungüentos y hierbas necesarios.

—¡Que enciendan las hogueras, Derfel! —me dijo Morgana.

—¡Fuego! —grité sin aliento al pasar por la puerta—. ¡Hogueras en las murallas! ¡Fuego!

El obispo Bedwin manifestó su protesta por la irrupción de Morgana, pero el monarca respondió furibundo a su consejero y el obispo se sometió dócilmente a la fe antigua. Los monjes y sacerdotes fueron expulsados de su improvisada capilla y enviados con antorchas a todos los rincones de las murallas, con orden de encender leña y cañas arrancadas de las chozas que se apiñaban en el interior de la fortaleza, en el lado norte. Las hogueras crepitaron y lanzaron a la noche su vivo resplandor, el humo llenó el aire y formó una bóveda protectora contra los malos espíritus, para evitar que entraran en el lugar donde una Princesa y su hijo agonizaban. Los jóvenes corrimos por las murallas haciendo sonar los cacharros con gran estrépito para aturdir aún más a los malos espíritus.

—¡Gritad! —ordené a los niños de Ynys Wydryn, y de las casuchas de la fortaleza salieron más niños, que unieron sus voces a las nuestras.

Los centinelas golpeaban las lanzas contra los escudos y los sacerdotes alimentaban sin cesar las doce piras llameantes, mientras los demás maldecíamos a gritos a los espectros malignos que habían entrado en la noche sigilosamente para malograr el parto de Norwenna.

Morgana, Sebile, Nimue y una niña entraron en el salón. Norwenna lanzó un grito, aunque no supimos con certeza si fue por la llegada de las mujeres de Merlín o porque la terca criatura de sus entrañas la desgarraba por dentro. Se oyeron más protestas cuando Morgana expulsó a las acompañantes cristianas. Acto seguido, Morgana arrojó las dos cruces a la nieve y echó al fuego un puñado de artemisa, la hierba de las mujeres. Más tarde, me contó Nimue que habían colocado pepitas de hierro en la húmeda cama para espantar a los espíritus que ya se habían alojado allí y siete piedras de águila alrededor de la estremecida cabeza de la parturienta para atraer a los buenos espíritus divinos.

Sebile, la esclava de Morgana, puso una rama de abedul en la puerta del salón y otra sobre el cuerpo convulso de la doliente princesa. Nimue se acuclilló en el umbral de la puerta y orinó para mantener alejadas a las hadas nefastas; luego recogió un poco de orina, la llevó hasta el lecho y con ella roció la paja para evitar el robo del alma del niño en el momento del alumbramiento. Morgana, con la máscara de oro fulgurante a la luz de las llamas, apartó las manos a Norwenna sin contemplaciones y le aplicó entre los senos un ungüento mágico de raro ambar. La niña pequeña, una de las huérfanas acogidas por Merlín, aguardaba aterrorizada al pie de la cama.



El humo de las recientes hogueras tapaba las estrellas. Las bestias que merodeaban por los bosques de los alrededores de Caer Cadarn aullaban a causa del estrépito que se había levantado sobre sus cabezas mientras Uter, rey supremo, elevaba los ojos a la luna, que ya desaparecía, y rogaba no haber ordenado la intervención de Morgana demasiado tarde. Morgana era hija natural de Uter, la primera de los cuatro hijos bastardos que el rey supremo engendrara en Ygraine de Gwynedd. Sin duda Uter habría preferido contar con la asistencia de Merlín, pero hacia meses que Merlín estaba ausente; nadie sabía dónde había ido, había desaparecido, a veces nos parecía que para siempre, y Morgana, que había aprendido sus artes de él, tuvo que sustituirle en aquella fría noche mientras nosotros levantábamos gran barahúnda con cazos y sartenes y gritábamos hasta enronquecer para ahuyentar a los malos espíritus. El mismo Uter contribuyó al alboroto golpeando débilmente el suelo con su báculo. El obispo Bedwin oraba de rodillas mientras su esposa, expulsada de la habitación del parto, sollozaba y gemía rogando al dios cristiano que perdonara a las brujas paganas.

Pero la brujería surtió efecto, pues el niño nació vivo.

El grito de Norwenna en el momento del alumbramiento fue más desgarrador que cuantos le habían precedido. Fue el aullido de un animal atormentado, un lamento capaz de arrancar lágrimas a la noche. Posteriormente Nimue me contó que ese grito fue debido al dolor que Morgana provocó a Norwenna al introducirle la mano en el cuello del útero y arrancarle al niño para traerlo al mundo por la fuerza. El niño salió cubierto de sangre de las entrañas de su atormentada madre y Morgana ordenó a gritos a la asustada niña que sujetara al recién nacido, mientras Nimue anudaba y cortaba con los dientes el cordón umbilical. Era importante que fuera una virgen la primera en sostener al pequeño en brazos, por ese motivo habían obligado a la niña a acudir allí, pero estaba atemorizada y se negaba a acercarse al ensangrentado colchón donde Norwenna resollaba y el recién nacido, bañado en sangre, permanecía inmóvil como si hubiera llegado muerto al mundo.

—¡Cógelo! —gritó Morgana, pero la niña huyó llorosa y fue Nimue la que tuvo que levantarlo de la cama y abrirle la boca para que tomara su primera y entrecortada bocanada de aire.

Todo eran malos augurios. La luna estaba menguante y la virgen había huido del recién nacido, que comenzó a llorar con fuerza. Vi que Uter cerraba los ojos al oír el llanto y rogaba a los dioses que le hubieran concedido un niño varón.

—¿Voy? —preguntó vacilante el obispo Bedwin.

—Ve —replicó Uter, y el obispo bajó los peldaños de madera, se recogió las vestiduras y echó a correr por la nieve pisoteada hasta la puerta del salón.

Se detuvo unos momentos ante la entrada y volvió a la carrera hasta la muralla agitando las manos.

—¡Buenas nuevas, gran señor, buenas nuevas! —exclamaba a voces mientras subía la escala con dificultad—. ¡Las mejores que se puedan desear!

—Un niño —dijo Uter entre dientes, anticipándose a la confirmación.

—¡Es varón! —corroboró Bedwin—. ¡Un varón, y sano!

Yo permanecía acuclillado cerca de su majestad y vi que le asomaban lágrimas a los ojos, entornados hacia el cielo.

—Un heredero —dijo Uter en tono admirativo, como si en realidad no hubiera osado implorar el favor de los dioses. Se enjugó las lágrimas con la enguantada mano—. El reino está a salvo, Bedwin —añadió.

—Demos gracias a Dios, gran señor, porque se ha salvado —asintió el obispo.

—Un niño —dijo Uter, y de repente un violento acceso de tos lo sacudió y lo dejó casi sin aliento—. Un niño —repitió tras recobrar la respiración.

Morgana compareció al cabo de unos momentos. Subió la escala y postró su grueso cuerpo ante el rey. La máscara de oro, tras la que ocultaba el horror de su rostro desfigurado, brillaba. Uter le rozó el hombro con la vara.

—Levántate, Morgana —dijo, y rebuscando entre sus ropajes sacó un broche de oro y se lo ofreció como recompensa.

Pero Morgana no lo aceptó.

—El niño —dijo en tono alarmante— es tullido. Tiene un pie retorcido.

Vi que Bedwin hacia la señal de la cruz, pues acababa de escuchar el peor augurio de la gélida noche.

—¿Es grave? —preguntó Uter.

—Es sólo el pie —respondió Morgana con su áspera voz—. La pierna es perfecta, gran señor, pero el príncipe nunca podrá correr.

Desde las profundidades del manto de pieles que le envolvía, Uter ríe.

—Los reyes no corren, Morgana —dijo—. Caminan, reinan, cabalgan y recompensan a sus servidores fieles y honrados. Acepta el oro.

Volvió a ofrecerle el broche. Era un objeto de oro macizo y perfectamente cincelado en forma de dragón, la enseña de Uter. Pero Morgana lo rechazó de nuevo.

—Norwenna no concebirá más hijos, gran señor —le advirtió—. Hemos quemado la placenta y no ha crepitado ni una vez. —Solían quemar la placenta en el fuego para saber, según el número de estallidos, cuántos hijos más tendría una mujer—. He escuchado atentamente —insistió Morgana— y no he oído nada.

—Los dioses no han querido que haga ruido —replicó Uter enfadado—. Mi hijo está muerto —prosiguió, sombríamente—, ¿quién daría a Norwenna un hijo apto para el trono?

—¿Vos, gran señor? —dijo Morgana tras una pausa.

Uter rió ante la sola idea y su risa se transformó en una gran carcajada que dio paso a otro convulso acceso de tos que le obligó a doblarse, vencido por el dolor de

los pulmones. Por fin la tos cesó y el rey tomó aire con esfuerzo al tiempo que sacudía la cabeza negativamente.

—El único deber de Norwenna era traer al mundo un niño varón, Morgana, y lo ha cumplido. El nuestro consiste en protegerlo.

—Con toda la fuerza de Dumnonia —añadió Bedwin orgullosamente.

—Los recién nacidos mueren con facilidad —advirtió Morgana a los dos hombres con su desagradable voz.

—Este no morirá —replicó Uter rabiosamente—, éste no. Tú serás la encargada, Morgana, te lo llevarás a Ynys Wydryn y dedicarás toda tu sabiduría a conservarle la vida. Toma, acepta el broche.

Morgana aceptó por fin el dragón. El niño lisiado seguía llorando y la madre gemía, pero los que hacían entrechocar los cacharros y los que atendían las hogueras en toda la extensión de las murallas celebraban ya la nueva de que el reino volvía a tener heredero. Dumnonia tenía un Edling, y el nacimiento de un Edling conllevaba grandes celebraciones y regalos espléndidos. La paja ensangrentada del lecho fue sacada del salón y arrojada al fuego, donde ardió con llamas altas y brillantes. Había nacido un niño; lo único que necesitaba ahora ese niño era un nombre, y no había duda acerca del nombre que recibiría. Ninguna duda. Uter se levantó de su asiento y se irguió, majestuoso y adusto, sobre las murallas de Caer Cadarn para pronunciar el nombre de su nieto recién nacido, el nombre de su heredero, el Edling del reino. El niño, nacido en invierno, se llamaría como su padre.

Recibiría el nombre de Mordred.

## 2

Norwenna y el pequeño fueron trasladados a Ynys Wydryn, nuestro hogar, en una carreta de bueyes. Llegaron al pie del Tor por el puente de las tierras orientales. Apostado en la ventosa cima del risco seguí el traslado de la madre enferma y el niño lisiado del lecho de pieles a la litera de lienzo; fueron llevados camino arriba hasta alcanzar la empalizada. Era un día claro y helado, la nieve resplandecía, hacía un frío penetrante que se clavaba en los pulmones, agrietaba la piel y arrancó gemidos a Norwenna al cruzar con su hijo la puerta de tierra del risco de Ynys Wydryn.

Y así fue como Mordred, Edling de Dumnonia, entró en el reino de Merlín.

Ynys Wydryn, a pesar de su nombre, que significa Isla de Cristal, no era una verdadera isla sino una especie de promontorio elevado que se alzaba sobre una planicie de marismas, arroyos y ciénagas rodeadas de sauces donde los juncos y las cañas crecían exuberantes. Abundaban las aves silvestres, los peces y la piedra caliza, que se extraía fácilmente de las canteras de las colinas que bordeaban la planicie marismeña, cruzada por senderos de troncos en los que a veces se ahogaban los viajeros incautos cuando el viento de poniente soplabla con fuerza y levantaba súbitamente un fuerte oleaje que inundaba la alargada franja de verdes ciénagas. Hacia el oeste, donde la tierra se elevaba, abundaban los pomares y los campos de trigo, y hacia el norte señalaban el final de las marismas unos montes claros donde pacían vacas y ovejas. Era buena tierra, y justo en su centro se hallaba Ynys Wydryn.

Toda esa tierra pertenecía a lord Merlín. Era conocida con el nombre de Avalón y sus señores anteriores habían sido el padre y el abuelo de Merlín, y hasta el último siervo o esclavo que pudiera divisarse desde la cumbre del Tor le pertenecía. Esa tierra y todas sus riquezas, dependientes de las rías marinas y entretrejidas con su naturaleza, o cultivadas en las fértiles vegas del río insular, constituían la hacienda de Merlín y le proporcionaban libertad para ser druida. En otro tiempo Britania había sido tierra de druidas, pero los romanos los exterminaron salvajemente y luego domesticaron la religión hasta el punto de que, en esos momentos, dos generaciones después del final de la dominación romana sólo quedaba un puñado de sacerdotes antiguos. Los cristianos habían ocupado su lugar y la nueva fe asediaba a la antigua como una gran marea levantada por el viento que socavara los endemoniados cañaverales de Avalón salpicándolo todo.

La isla de Avalón, Ynys Wydryn, era un macizo de montes herbosos, todos desnudos excepto el Tor, el más abrupto y elevado. En la cima se alzaba una cresta sobre la que se asentaba la fortaleza de Merlín y, a sus pies, una serie de edificaciones menores protegidas por una empalizada que parecía precariamente colgada en lo alto de las verdes y empinadas pendientes del Tor, se escalonaban en terrazas desde los días antiguos, antes de la llegada de los romanos. Un sendero estrecho recorría las

antiguas terrazas describiendo una línea sinuosa hacia la cúspide; los que visitaban el Tor en busca de salud o profecías se veían obligados a recorrerlo, pues el propósito de tanta revuelta era despistar a los espíritus que, de no ser así, llegarían a perturbar la fuerza de Merlín. Dos senderos cruzaban en línea recta las faldas del Tor; el de levante, con el puente de tierra que llevaba a Ynys Wydryn, y el de poniente, que bajaba desde la puerta de mar hasta la aldea asentada al pie del Tor, donde habitaban cazadores, pescadores, canasteros y pastores. Por esos caminos se accedía normalmente al Tor, y Morgana los mantenía limpios de malos espíritus mediante oraciones y encantamientos constantes.

Morgana dedicaba una atención especial al camino occidental porque llevaba no sólo a la aldea, sino también al templo cristiano de Ynys Wydryn. El bisabuelo de Merlín había permitido que los cristianos se instalaran en la isla en tiempo de los romanos, y desde entonces nada había podido arrancarlos de allí. A los hijos del Tor nos enseñaban a arrojar piedras a los monjes y heces de bestias a las empalizadas, así como a reírnos de los peregrinos que entraban a hurtadillas por el portillo para adorar un espino que crecía junto a la impresionante iglesia de piedra construida por los romanos que aún dominaba el asentamiento cristiano. En una ocasión Merlín entronizó un espino semejante en el Tor y todos fuimos a adorarlo con cantos, danzas y reverencias. Los cristianos de la aldea dijeron que su dios nos enviaría un castigo, pero no sucedió nada. Al final quemamos nuestro espino y mezclamos las cenizas con la comida de los cerdos, pero el dios cristiano no nos hizo el menor caso. Los cristianos decían que su espino era mágico y que lo había llevado a Ynys Wydryn un extranjero que había visto al dios cristiano clavado a un árbol. Que Dios me perdone, pero en aquellos días lejanos yo me burlaba de semejantes cuentos. Entonces no lograba comprender la relación que podía existir entre un espino y la muerte de un dios, pero ahora sí, aunque os aseguro que el Santo Espino, si es que aún crece en Ynys Wydryn, no es el que brotó de la vara de José de Arimatea. Lo sé porque una oscura noche de invierno Merlín me envió al pie de la ladera sur del Tor a buscar un frasco de agua limpia a la fuente sagrada y vi a los monjes cristianos arrancando un pequeño espino para sustituir el que acababa de agostarse en el recinto de la empalizada. El espino sagrado moría una y otra vez, aunque ignoro si sería por los excrementos que le lanzábamos desde fuera o por la sobrecarga de la ingente cantidad de tiras de tela que los peregrinos le ataban a las ramas. Fuera como fuese, los monjes del espino sagrado se enriquecieron a costa de las generosas ofrendas de los peregrinos.

Los monjes de Ynys Wydryn recibieron encantados la noticia de que Norwenna se hallaba entre nosotros, porque les proporcionaba la excusa perfecta para subir por el empinado sendero a llevar sus oraciones al interior de la fortaleza de Merlín. La princesa Norwenna seguía siendo una cristiana enardecida de lengua afilada, a pesar

del fracaso de la Virgen María para asistirle en el parto, y exigió que se franqueara la entrada a los monjes todas las mañanas. Ignoro si Merlín se lo habría consentido, aunque desde luego Nimue maldecía a Morgana por habérselo permitido, pero Merlín no se encontraba en Ynys Wydryn en aquellos días. Hacía más de un año que no veíamos a nuestro señor, aunque en el interior de su extraño refugio la vida seguía su curso.

Tratábase de un lugar realmente curioso, y Merlín era el más extraño personaje de cuantos habitaban Ynys Wydryn, por más que viviera rodeado, por su gusto, de una verdadera tribu de gentes lisiadas, contrahechas, desfiguradas o medio locas. El capitán de la casa y comandante de la guardia era Druidan, un enano. No levantaba del suelo más que un niño de cinco años, aunque poseía la furia de un guerrero adulto y vestía a diario sus grebas, coraza, casco, manto y armas. Maldecía constantemente la atrofia que le había reservado el destino y se vengaba con las únicas criaturas aún más pequeñas que él: los huérfanos que Merlín recogía como al descuido. Eran pocas las niñas que escapaban al acoso fanático de Druidan, aunque cuando intentó arrastrar a Nimue a su catre recibió una furibunda paliza en pago a sus esfuerzos. Merlín le golpeó la cabeza, le rompió las orejas, le partió los labios y le puso los ojos morados para regocijo de huérfanos y soldados. Los soldados que estaban a las órdenes de Druidan eran todos tullidos, ciegos o locos, y algunos las tres cosas, pero ninguno tan insensato como para profesarle cariño.

Nimue, mi amiga y compañera de la infancia, era irlandesa. Los irlandeses eran britanos pero jamás cayeron en poder de los romanos, motivo por el cual se sentían superiores a los de la isla grande y contra ellos organizaban sus incursiones de saqueo; los acosaban, los esclavizaban y los colonizaban. De no haber sido los sajones tan feroces enemigos, habríamos tenido a los irlandeses por las peores entre las criaturas de Dios, a pesar de las alianzas que con ellos establecíamos en ocasiones para defendernos de otras tribus britanas. A Nimue la raptaron en su casa durante un ataque lanzado por Uter contra los asentamientos irlandeses de Demetia, al otro lado del ancho mar donde desembocaban las aguas del río Severn. En aquel ataque se tomaron dieciséis cautivos que fueron enviados a Dumnonia como esclavos, pero cuando las naves cruzaban el mar Severn, un gran temporal cayó desde el oeste y el navío que transportaba a los esclavos zozobró frente a las costas de Ynys Wydryn. Sólo Nimue sobrevivió y, según cuentan, salió de las aguas por su propio pie sin haberse mojado siquiera. Merlín dijo que era una señal de amor de Manawydan, dios del mar, aunque la niña aseguró que su salvadora había sido Don, la diosa más poderosa. Merlín quiso llamarla Viviana, apelativo atribuido a Manawydan, pero Nimue, lejos de responder jamás a ese nombre, conservó el suyo propio. Nimue solía salirse siempre con la suya. Creció en la demencial fortaleza de Merlín y desarrolló una curiosidad penetrante y una serena confianza en si misma; cuando al cabo de

trece o catorce veranos de su llegada Merlín le ordenó que acudiera a su lecho, ella acudió como si desde siempre hubiera sabido que el destino le reservaba tal puesto, es decir, convertirse en su amante y por tanto, obedeciendo el orden de las cosas, en la segunda persona en importancia de todo Ynys Wydryn.

Pero Morgana no cedió ese lugar sin lucha. Morgana, la más grotesca de las criaturas que moraban en la casa de Merlín, era viuda y contaba treinta veranos cuando Norwenna y Mordred fueron confiados a su tutela, misión apropiada a su alta cuna, pues era la mayor de los cuatro hijos bastardos, tres mujeres y un varón, que Uter, rey supremo, había concebido de Ygraine de Gwynned. Era, pues, hermana de Arturo, y siendo de linaje tan elevado y teniendo semejante hermano, habría cabido imaginar que los hombres de ambición fueran capaces de derribar los mismísimos muros del más allá para solicitar la mano de la viuda, pero sucedió que, al poco de casarse, Morgana quedó atrapada en un incendio de resultados del cual murió su recién estrenado esposo, mientras que ella sufrió terribles quemaduras en el rostro. Las llamas le arrebataron la oreja izquierda, le cegaron el ojo izquierdo, le abrasaron para siempre la mitad izquierda del cuero cabelludo, le lisiaron la pierna izquierda y le retorcieron el brazo izquierdo de tal modo que, según me contó Nimue, todo el lado izquierdo de Morgana estaba arrugado, descarnado y desfigurado, mermado en unas partes y aumentado en otras, en suma, horrendo a la vista en general. Como una manzana podrida, según Nimue, pero peor. Morgana era una visión de pesadilla, pero adecuada a ojos de Merlín, para su elevada fortaleza, y la aleccionó para convertirla en su profetisa. Ordenó a un orfebre del rey que le construyera una máscara perfectamente adaptada a su cabeza, como un casco. La máscara de oro tenía un agujero para el único ojo de Morgana y una ranura para su retorcida boca, y fue forjada en una fina lámina de oro puro con espirales y dragones cincelados y el rostro de Cernunnos, el dios cornudo y protector de Merlín. Morgana, siempre ataviada de negro y tras la máscara del dios, también ocultaba su mano izquierda con un guante y adquirió fama por sus poderes curativos y su don de la profecía. Por otra parte, era la mujer de peor genio que he conocido en mi vida.

Sebile, esclava y compañera de Morgana, era una rara beldad de cabellos de color oro claro. Sajona de origen, cayó cautiva durante una incursión, sufrió violaciones continuadas a manos de la banda asaltante durante toda la campaña y llegó a Ynys Wrydyn hablando incoherentemente; allí Morgana procuró devolverle la salud mental. Su estado perduró; no estaba irremediablemente loca pero sí trastocada hasta lo inconcebible. Yacía con cualquier hombre, no porque lo deseara sino porque temía no hacerlo, y todos los intentos de Morgana por restablecerla resultaron inútiles. Dio a luz, año tras año, niños de claros cabellos de los que muy pocos sobrevivieron, y aun esos pocos Merlín se ocupó de venderlos como esclavos a hombres que los codiciaban precisamente por el color de sus cabellos. Le hacía gracia la locura de

Sebile, aunque su demencia no guardaba relación alguna con los dioses.

Yo apreciaba a Sebile porque, siendo yo también sajón, me hablaba en mi lengua materna, de modo que crecí en Ynys Wydryn hablando la lengua sajona y la britana. Estaba destinado a la esclavitud, pero cuando era pequeño y apenas alcanzaba la altura de Druidan, una horda invasora de Siluria entró en Dumnonia por la costa norte y tomó el asentamiento donde mi madre vivía esclavizada. Al frente de la horda iba el rey Gundleus de Siluria. Mi madre, que, según recuerdo se parecía un poco a Sebile, fue violada y a mí me arrastraron al pozo de la muerte, donde Tanaburs, el druida silurio, sacrificó a doce cautivos al gran dios Bel en agradecimiento por el rico botín que la incursión les había procurado. ¡Dios Santo, cuánto me acuerdo de aquella noche! Las hogueras, los gritos, las violaciones en plena borrachera, las danzas frenéticas y, luego, el momento en que Tanaburs me empujó al pozo oscuro donde ardía la enorme pira. Sobreviví completamente ileso; salí del pozo de

la muerte con la misma serenidad con que Nimue saliera de entre las aguas mortales y Merlín, al encontrarme, me llamó hijo de Bel. Me puso el nombre de Derfel, me dio un hogar y me dejó crecer en libertad.

En el Tor habitaban muchos niños de características semejantes, que habían salido bien librados de las garras de los dioses. Merlín creía que éramos especiales y que tal vez formaríamos más adelante una nueva orden de druidas y sacerdotisas con cuya ayuda podría él restablecer la antigua religión en la Britania assolada por los romanos, pero no tenía tiempo para comunicarnos sus enseñanzas y muchos de nosotros se convirtieron en campesinos, pescadores o esposas. Mientras viví en el Tor, sólo Nimue parecía realmente una elegida de los dioses y se preparaba para ser sacerdotisa. Yo únicamente deseaba hacerme guerrero.

Pelinor me inculcó esa ambición. Pelinor, la criatura más amada de Merlín, era rey, pero los sajones le despojaron de su trono y le arrancaron los ojos, mientras que los dioses le privaron de la razón. Debió haber sido enviado a la isla de los Muertos, donde se confinaba a los locos peligrosos, pero Merlín ordenó que lo mantuvieran en el Tor, cerrado en una reducida barraca semejante a la que utilizaba Druidan para sus cerdos. Vivía desnudo, los largos cabellos blancos le llegaban a las rodillas y las cuencas de sus ojos, aunque vacías, derramaban abundantes lágrimas. Deliraba constantemente despotricando contra el universo a causa de sus penas, y Merlín prestaba oídos a su locura para interpretar en ella mensajes divinos. Pelinor inspiraba temor a todos. Estaba loco de atar, poseído por una ferocidad indomable. En una ocasión asó en su hoguera a uno de los hijos de Sebile. Y sin embargo, por inverosímil que parezca, a mí me apreciaba, no sé por qué. Me colaba entre las estacas de su empalizada y él me mimaba y me contaba historias de combates y de formidables partidas de caza. Nunca me pareció loco y jamás me hizo mal alguno, ni a Nimue, pero es que, tal como decía Merlín, nosotros éramos dos elegidos de Bel.



Tal vez fuéramos elegidos de Bel, pero Gwendolin nos odiaba. Era la esposa de Merlín, ya vieja y desdentada. Compartía con Morgana el conocimiento de las hierbas y los encantamientos, pero Merlín la repudió cuando su rostro quedó desfigurado por una enfermedad, hecho acaecido mucho antes de mi llegada al Tor, durante un época conocida con el nombre de los Malos Tiempos. Fue cuando Merlín regresó del norte enloquecido y presa de gran congoja, pero ni siquiera al recuperar el sentido común quiso admitir de nuevo a Gwendolin a su lado, aunque le permitió vivir en una pequeña cabaña cercana a la empalizada, donde ella pasaba los días probando encantamientos contra su esposo e insultándonos a voces a los demás. Hizo a Druidan objeto de su más enconado rencor. A veces lo atacaba con un asador; Druidan echaba a correr por entre las cabañas y ella lo perseguía tenazmente con gran regocijo de los niños, que la animábamos, ansiosos por ver derramarse la sangre del enano; pero éste siempre logró salvarse.

Tal era, pues, el extraño lugar al que Norwenna llegó con el Edling Mordred, y aunque lo haya retratado como la casa de los horrores, en realidad era un buen refugio. Eramos los niños privilegiados de lord Merlín, gozábamos de libertad, apenas trabajábamos, reíamos, e Ynys Wydryn, la Isla de Cristal, era un lugar feliz.

Norwenna llegó en invierno, cuando las marismas de Avalón estaban cubiertas de hielo. Había un carpintero en Ynys Wydryn, de nombre Gwlyddyn, cuya esposa tenía un hijo de la misma edad que Mordred, y que nos había hecho unos trineos con los que nos deslizábamos por las nevadas laderas del Tor rasgando el aire con nuestros gritos. A Ralla, la esposa de Gwlyddyn, le fue encomendada la tarea de ama de cría de Mordred, y el príncipe, a pesar de la tara del pie se hizo fuerte con su leche. Incluso la salud de Norwenna fue mejorando a medida que cedía la crudeza invernal y aparecían las primeras campanillas blancas en los zarzales cercanos a la fuente sagrada, al pie del Tor. La princesa nunca gozó de una salud fuerte, pero gracias a las hierbas que le administraban Morgana y Guendolin y a las oraciones de los monjes, podía decirse que por fin remitía la debilidad en que la había sumido el parto. Todas las semanas un mensajero llevaba noticias de la salud del Edling a su abuelo, el rey supremo, quien recompensaba al mensajero, si las nuevas eran buenas, con una moneda de oro, un cuerno de sal o un frasco de vino exótico, dádivas que solían acabar en manos de Druidan.

En vano aguardábamos el regreso de Merlín; el Tor parecía vacío sin él aunque la vida cotidiana no sufriera cambio alguno. Había que mantener las despensas repletas, había que exterminar a las ratas, había que acarrear leña y agua de la fuente, colina arriba, tres veces al día. Gudovan, el escribano de Merlín, llevaba cuenta de los pagos de los arrendatarios, mientras que Hywel, el administrador, recorría las tierras para que ninguna familia se sintiera tentada de engañar al amo en su ausencia. Gudovan y Hywel eran hombres sobrios, prácticos y trabajadores; prueba viva, según Nimue, de

que las excentricidades de Merlín terminaban donde empezaban sus rentas. Gudovan me enseñó a leer y a escribir. Yo no quería aprender semejantes artes, tan ajenas a los guerreros, pero Nimue insistió.

—No tienes padre —me decía— y habrás de forjarte la vida según tus conocimientos.

—Quiero ser soldado.

—Lo serás —me prometió—, pero para eso primero tienes que aprender a leer y escribir—. Y era tal la autoridad que pese a su juventud ejercía sobre mí, que creí sus palabras y aprendí el oficio de secretario antes de averiguar que no era necesario para convertirse en soldado.

Así pues, Gudovan me enseñó letras y Hywel, el administrador, el oficio de las armas. Me enseñó a manejar el simple palo, el garrote de campesino, que sirve tanto para abrir cráneos como para blandirlo a modo de espada o arrojarlo cual lanza. Hywel había sido un famoso guerrero del ejército de Uter hasta que perdió una pierna a causa de un hachazo sajón; me entrenó hasta que adquirí en los brazos la fuerza necesaria para esgrimir un espadón con la misma agilidad que el simple palo. Hywel me decía que muchos guerreros confiaban más en la fuerza bruta y en la bebida que en la pericia, que me enfrentaría a hombres que se tambaleaban empapados en hidromiel y cerveza y cuyo único talento consistía en propinar golpes tremendos capaces de matar a un buey, pero que un hombre sobrio que conociera los nueve golpes de la espada siempre estaría en condiciones de derrotar a semejante bruto.

—Yo estaba borracho —me confesó— cuando Octha el sajón me cortó la pierna. Y ahora ¡más rápido, muchacho, más rápido! Tienes que encandilarlos con la espada. ¡Más rápido!

Me enseñó bien, y los primeros que lo supieron fueron los hijos de los monjes que vivían en el asentamiento más bajo de Ynys Wydryn. Sentían encono hacia los niños privilegiados del Tor porque holgábamos mientras ellos se afanaban en el trabajo y corríamos libremente mientras ellos laboraban, y para vengarse nos perseguían y nos zurraban. Un día bajé a la aldea sólo con mi palo y di una paliza a tres malditos cristianos. Siempre fui más alto de lo que correspondía a mi edad y los dioses me habían concedido la fuerza de un buey, así que a ellos atribuí la victoria, aunque Hywel me azotó porque, según me dijo, los privilegiados no debían aprovecharse nunca de sus inferiores. A pesar de todo creo que le complació en gran medida, pues al día siguiente me llevó de caza y maté mi primer jabalí con una lanza de hombre. Esto sucedió en un neblinoso matorral, cerca del río Cam, cuando contaba doce años de edad. Hywel me untó la cara con la sangre del jabalí, me dio los colmillos del animal para que los luciera en un collar y después se llevó la presa al templo de Mitra, donde ofreció un festín a todos los guerreros viejos que adoraban a esa divinidad de los soldados. Yo no podía asistir a la fiesta pero Hywel me prometió que

un día, cuando tuviera la barba crecida y hubiera matado en combate al primer sajón, me iniciaría en los misterios de Mitra.

Tres años más tarde seguía soñando con matar sajones. Quizá parezca extraño que un joven sajón con el cabello del color de los sajones, profesara tan ferviente lealtad a Britania, pero es que, desde mi más tierna infancia me había criado entre britanos, y mis amigos, mis amores, mis conversaciones cotidianas, mis historias, mis enemistades y mis sueños eran enteramente britanos. Tampoco mi color natural resultaba tan ajeno. Los romanos dejaron entre los britanos extranjeros de todas clases, como dos hermanos de los que me habló Pelinor en una ocasión y que, según él, eran negros como el carbón; siempre pensé que sus palabras eran producto de su locura embellecida por la imaginación; hasta que conocí a Sagramor, el comandante nómada de Arturo.

El Tor se llenó de gente con la llegada de Mordred y su madre, pues Norwenna trajo consigo no sólo a las mujeres que la atendían sino también a una tropa de guerreros cuya misión consistía en proteger la vida del Edling. Dormíamos en las cabañas de cuatro en cuatro o de cinco en cinco; sólo Nimue y Morgana tenían acceso a las estancias interiores de la fortaleza. Eran las habitaciones de Merlín y solamente Nimue podía dormir allí. Norwenna y su corte habitaban la fortaleza misma, llena siempre de humo a causa de los dos fuegos que ardían día y noche. La fortaleza se apoyaba en veinte troncos de roble y tenía las paredes de adobe revocado y la techumbre de paja. El suelo era de tierra cubierta de juncos, que a veces se incendiaban causando el consiguiente pánico, hasta que apagaban el fuego a pisotones. Las habitaciones de Merlín estaban separadas del conjunto por un tabique de adobe y escayola en el que sólo se abría un portillo de madera. Sabíamos que Merlín dormía, estudiaba y soñaba en esas estancias, que culminaban en una torre de madera construida en el punto más elevado del Tor. Lo que sucedía en el interior de la torre era un misterio para todos excepto para Merlín, Morgana y Nimue, y ninguno de ellos lo contaría jamás, aunque las gentes del campo, que veían la torre desde muchas millas de distancia, juraban que allí se almacenaban tesoros robados de los túmulos funerarios del pueblo antiguo.

El jefe de la guardia de Mordred era un cristiano llamado Ligessac, un hombre alto, delgado y codicioso cuya principal habilidad era el tiro con arco. Era capaz de partir una rama a cincuenta pasos cuando estaba sobrio, cosa que raramente sucedía. Me enseñó los rudimentos de su oficio, pero enseguida se aburría de tener a un crío por compañía y prefería irse con sus hombres a jugar a las apuestas. Con todo, llegó a relatarme cómo murió realmente el príncipe Mordred y por qué, a raíz de su muerte, el rey Uter desterró a Arturo.

—Arturo no fue culpable —me dijo Ligessac al tiempo que echaba un guijarro a la tabla. Todos los soldados tenían una tabla semejante, algunas eran auténticas joyas

talladas en hueso—. ¡Seis! —exclamó, mientras yo aguardaba la continuación de la historia de Arturo.

—Te doblo —dijo Menw, soldado de la guardia del príncipe, y echó a rodar su piedra, que chocó con los bordes del tablero y se detuvo en un uno.

Con un dos ya habría ganado, de modo que recogió sus guijarros y soltó una blasfemia.

Ligessac mandó a Menw a buscar la bolsa para pagarle la apuesta y siguió contándome que Uter llamó a Arturo, que se encontraba en Armórica, para que le ayudara a expulsar a un gran ejército de sajones que se había adentrado mucho en nuestra tierra. Arturo acudió a la llamada con sus hombres, me dijo Ligessac, pero sin sus famosos caballos, porque habida cuenta del carácter perentorio de la llamada, ni tiempo tuvieron de encontrar naves suficientes para hombres y bestias.

—Pero no le hacían falta caballos —comentó Ligessac con admiración—, porque encerró a los mal nacidos sajones en el valle del Caballo Blanco. Y entonces Mordred creyó ser más artero que Arturo. Quería todos los honores para sí, ¿comprendes? —Ligessac se limpió los mocos con el puño de la camisa y echó un vistazo alrededor por si alguien escuchaba—. Mordred ya estaba borracho —prosiguió en voz baja— y la mitad de sus hombres deliraban desnudos y juraban que podían matar a diez por barba. Tendríamos que haber esperado a Arturo, pero el príncipe nos ordenó cargar.

—¿Vos estabais allí? —pregunté lleno de admiración juvenil.

—Con Mordred —asintió—. ¡Dios mio, cómo lucharon! Nos rodearon y de pronto éramos cincuenta britanos que si no recobrábamos la sobriedad al punto encontraríamos la muerte allí mismo. Yo disparaba flechas tan rápidamente como podía y los lanceros estaban formando una línea de defensa, pero los guerreros enemigos se abrían paso hacia nosotros con espadas y hachas. Sus tambores retumbaban, sus magos aullaban y me di por muerto. Me quedé sin flechas y me defendí con una lanza; no creo que sobrevivieramos más de veinte, todos en el límite de nuestras fuerzas. La enseña del dragón había caído en sus manos, Mordred moría desangrado y los demás nos limitamos a colocarnos muy juntos esperando el final, cuando llegaron los hombres de Arturo. —Hizo una pausa y sacudió la cabeza en un gesto de arrepentimiento—. Los bardos cantarán que Mordred anegó la tierra con sangre sajona aquel día, muchacho, pero te aseguro que no fue Mordred sino Arturo. Mataba y mataba sin parar, recuperó la enseña, dio muerte a los magos, quemó los tambores de guerra, persiguió a los supervivientes hasta el anochecer y acabó con el cabecilla enemigo en Edwy's Hangstone a la luz de la luna. Por eso ahora los sajones son vecinos cautelosos, muchacho, no porque Mordred los venciera, sino porque creen que Arturo ha vuelto a Britania.

—Pero no es así —repliqué con tristeza.

—El rey supremo no se lo permite. El soberano lo considera culpable. —Ligessac

se detuvo y volvió a mirar alrededor por si alguien le escuchaba subrepticamente—. El rey cree que Arturo deseaba la muerte de Mordred para convertirse en rey a su vez, pero no es cierto. Arturo no es de esa calaña.

—¿Cómo es? —pregunté.

Ligessac se encogió de hombros dando a entender que resultaba difícil de explicar; en ese momento, vio que Menw regresaba y no pudo decir nada más.

—Ni una palabra, chico —me advirtió—, ni una sola palabra.

Todos habíamos oído relatos parecidos, aunque Ligessac era el primero que decía haber estado presente en la batalla del Caballo Blanco. Más tarde llegué a pensar que no era cierto, que se había inventado un cuento para ganarse la admiración de un chiquillo crédulo, aunque su versión resultó ser bastante fiel. Mordred se comportó como un borracho insensato y Arturo obtuvo la victoria, a pesar de lo cual Uter le ordenó retirarse al otro lado del mar. Los dos eran hijos suyos, pero Mordred era el heredero bienamado y Arturo el bastardo arribista. Con todo, el destierro de Arturo no impidió que Dumnonia entera viera en el bastardo la máxima esperanza del país, el joven guerrero de allende el mar que nos salvaría de los sajones y reconquistaría las Tierras Perdidas de Lloegyr.

La segunda mitad del invierno fue suave. Se avistaban lobos al otro lado del muro de barro que protegía el puente de tierra de Ynys Wydryn, pero no se acercaban al Tor, aunque algunos preparaban hechizos lobunos y los escondían bajo la cabaña de Druidan con la esperanza de que una enorme bestia con la boca llena de espuma saltara la empalizada y se llevara al enano para cenar. Los encantamientos no funcionaron y a medida que el invierno terminaba, todos empezamos los preparativos de la gran fiesta de primavera, Beltane, con sus impresionantes hogueras y sus festejos a media noche; pero entonces sucedió en el Tor una cosa mucho más emocionante.

Vino Gundleus de Siluria.

El primero en llegar fue el obispo Bedwin. Era el consejero de Uter de mayor confianza y su llegada anunciaba grandes acontecimientos. Las sirvientas de Norwenna tuvieron que salir de la fortaleza y se colocaron alfombras sobre los juncos del suelo, señal segura de que estaba a punto de visitarnos una persona muy importante. Todos pensábamos que sería Uter en persona, pero la enseña que asomó por el puente de tierra una semana antes de Beltane representaba el zorro de Gundleus, no el dragón de Uter. Brillaba la mañana cuando vi desmontar a los caballeros al pie del Tor. El viento agitaba sus capas y hacía volar la enseña en la que vi la odiada máscara de zorro que me arrancó un grito de rabia y un gesto contra el diablo.

—¿Qué sucede? —preguntó Nimue.

Estaba conmigo en la plataforma de vigilancia del este.

—Es la enseña de Gundleus —dije, y vi la sorpresa reflejada en sus ojos, pues Gundleus era rey de Siluria y aliado del rey Gorfyddyd de Powys, eterno enemigo de Dumnonía.

—¿Estás seguro? —insistió Nimue.

—Él se llevó a mi madre —dije— y su druida me arrojó al pozo de la muerte.

Escupí por encima de la muralla sobre los doce hombres que habían empezado a subir hacia el Tor por una cuesta demasiado empinada para los caballos. Entre ellos estaba Tanaburs, druida de Gundleus y demonio de mis pesadillas. Era un hombre alto y viejo, con la barba trenzada y el cabello largo y blanco rasurado en la mitad superior del cráneo, según la tonsura tradicional común a druidas y sacerdotes cristianos. A mitad de la cuesta se quitó la capa y comenzó una danza protectora por sí Merlín había dejado espíritus guardando las puertas. Nimue, al ver al viejo brincando torpemente a la pata coja en la empinada pendiente, escupió al viento y echó a correr hacia las habitaciones de Merlín. Fui tras ella, pero me echó a un lado so pretexto de que no entendería el peligro.

—¿Peligro? —pregunté, pero ella ya había desaparecido.

Al parecer no había peligro alguno, pues Bedwin había ordenado abrir las puertas de par en par y en ese momento se esforzaba por organizar un comité de bienvenida en el agitado caos que conmocionaba la cima del Tor. Morgana había salido ese día al templo de las colinas de levante, donde interpretaba sueños, pero todos los demás se aprestaron a recibir a los recién llegados. Druidan y Ligessac hacían formar a sus respectivas tropas; Pelinor, desnudo, aullaba a las nubes. Gwendolin escupía desdentadas maldiciones contra el obispo Bedwin y un tropel de críos se peleaba por ocupar los mejores sitios. La intención era dispensarles una acogida digna, pero Lunete, una huérfana un año menor que Nimue, soltó un cerdo de la piara de Druidan, de modo que Tanaburs, que encabezaba el desfile de entrada, fue recibido por un puerco que gruñía exaltado.

Pero hacía falta algo más que los gruñidos de un pobre lechón asustado para inmutar a un druida. Tanaburs, ataviado con una sucia túnica gris con bordados de liebres y medias lunas, se plantó en la entrada y levantó los brazos por encima de su cabeza tonsurada. Llevaba una vara con una luna en la punta y la hizo girar tres veces en el sentido del sol; luego lanzó unos gritos hacia la Torre de Merlín. Otro lechón pasó rozándole las piernas y, tras resbalar en el barrizal que había a la entrada, echó a correr colina abajo. Tanaburs volvió a gritar, inmóvil, para comprobar si había en el Tor enemigos ocultos.

Durante unos momentos sólo se oyó el ondear de las enseñas al viento y la pesada respiración de los guerreros que habían trepado por la colina detrás del druida. Gudovan, escribano de Merlín, se colocó a mi lado con las manos envueltas en tiras de paño manchadas de tinta para protegerlas del frío.

—¿Quién es? —me preguntó, y en ese momento resonó un aullido lastimero en respuesta a las amenazas de Tanaburs y éste se estremeció.

El grito provenía del interior de la fortaleza, yo sabía que era Nimue.

Tanaburs parecía furioso. Ladró como un zorro, se tocó los genitales, hizo la señal del diablo y luego se dirigió a la fortaleza saltando a la pata coja. Se detuvo a los cinco saltos y repitió su chillido amenazador, pero en esa ocasión no obtuvo respuesta alguna y, colocando el otro pie en el suelo, hizo señas a su amo para que cruzara las puertas.

—Podéis pasar —le dijo—. Acercaos, lord rey, acercaos.

—¿Rey? —me preguntó Gudovan.

Le dije quiénes eran los recién llegados y de paso le pregunté qué razones empujarían a un enemigo como era Gundleus a presentarse en el Tor. Gudovan aplastó un piojo que le picaba bajo la camisa y se encogió de hombros.

—Política, rapaz, política.

—Contadme —le dije.

Gudovan suspiró como si acabara de proporcionarle la prueba de mi incurable estupidez, reacción habitual en él frente a cualquier pregunta; no obstante, me respondió.

—Norwenna está en condiciones de contraer matrimonio de nuevo, Mordred es un infante necesitado de protección y, ¿quién mejor que un rey para proteger a un príncipe? ¿Y quién mejor que un rey enemigo para convertirlo así en amigo de Dumnonia? En realidad es muy sencillo, rapaz; si te hubieras detenido a pensarlo un momento, habrías deducido tú solo la respuesta sin necesidad de robarme tiempo. — Me dio un ligero manotazo en la oreja como castigo—. Pero fijate —añadió socarronamente—, tendría que renunciar a Ladwys por un tiempo.

—¿Quién es Ladwys? —pregunte.

—Su amante, tonto. ¿Crees que los reyes duermen solos? Aunque se dice que Gundleus siente tal pasión por Ladwys que se ha casado con ella. Dicen que se la llevó a Llew's Mound para que el druida los uniera, pero dudo que su insensatez llegue a tal extremo. Ella no es de sangre real. ¿Y tú no tenías que estar hoy cuadrando las cuentas de Hywel?

Pasé la pregunta por alto y me quedé mirando a Gundleus y a su guardia, que cruzaban con precaución el resbaladizo lodazal que se había formado a las puertas. El rey de Siluria era alto y bien proporcionado, de unos treinta años de edad. Cuando sus hombres capturaron a mi madre y me arrojaron al pozo de la muerte, él no era más que un jovencuelo, pero los once o doce años transcurridos desde aquella noche oscura y maldita le habían tratado con dulzura, pues aún resultaba atractivo y conservaba el cabello negro y largo, con una barba dividida en la que no blanqueaba ni una cana. Llevaba capa de piel de zorro, botas de cuero hasta la rodilla, túnica

anaranjada y la espada envainada en una funda roja. La guardia iba vestida de manera semejante; eran todos soldados altos que miraban desde arriba la patética colección de lanceros tullidos de Druidan. Los de Siluria llevaban espada, pero no lanzas o escudos, prueba de que venían en son de paz.

Me oculté al paso de Tanaburs. Cuando me arrojó al pozo, era yo un niño que apenas sabía andar y no había la menor posibilidad de que el viejo me reconociera como el burlador de la muerte, como tampoco tenía yo por qué temerle, después de su fracaso conmigo; y sin embargo, me intimidaba la presencia del druida silurio. Tenía los ojos azules, la nariz larga y la boca relajada y babosa. En la punta de sus lacios cabellos blancos llevaba huesos pequeños trenzados que entrechocaron haciendo ruido cuando abrió paso a su rey arrastrando los pies. El obispo Bedwin se situó junto a Gundleus, le dio la bienvenida oficialmente y le dijo que el Tor se sentía honrado con su real presencia. Dos hombres de la guardia transportaban un pesado cofre que debía de contener presentes para Norwenna.

La delegación desapareció en el interior de la fortaleza. La enseña del zorro fue clavada en el suelo, ante la puerta, donde los hombres de Ligessac se apostaron cerrando el paso a los demás, aunque los que nos habíamos criado en el Tor sabíamos mil y una formas de colarnos en el interior de la fortaleza de Merlín. Eché a correr hacia el lado sur, trepé por la leñera y abrí una cortina de cuero que protegía una ventana. Salté al interior y me escondí tras los baúles de mimbre en que guardaban las galas de fiesta. Un esclavo de Norwenna me vio llegar, y seguramente también algún soldado de Gundícus, pero nadie se tomó la molestia de expulsarme.

Norwenna estaba sentada en una silla de madera en el centro de la estancia. La princesa viuda no era bella: tenía el rostro redondo como un pan, pequeños ojos porcinos, boca estrecha de finos labios y la piel marcada por el rastro de alguna enfermedad infantil, pero nada de eso importaba. Los grandes hombres no se casan con princesas por su belleza, sino por el poder que aportan con su dote. A pesar de todo, Norwenna se había preparado meticulosamente para la visita. Sus ayudas de cámara la habían arropado en un fino vestido de lana azul claro que caía hasta el suelo alrededor de su figura, le habían trenzado el oscuro cabello, se lo habían sujetado en gruesos rodetes a ambos lados de la cabeza y se lo habían adornado con guirnaldas de flor de endrino. Llevaba una gruesa torques de oro, tres pulseras de oro en la muñeca y una sencilla cruz de madera colgada entre los senos. Estaba nerviosa y no podía ocultarlo, pues jugueteaba constantemente con la cruz de madera mientras sostenía en un brazo al Edling de Dumnonia, el príncipe Mordred, envuelto en varas de lino fino y tapado con una capa tenida de oro, del raro tinte compuesto de agua impregnada en resina de abejas.

El rey Gundleus apenas dedicó una mirada a Norwenna. Se dejó caer en la silla situada frente a ella como si estuviera hastiado ya de tanta ceremonia. Tanaburs



husmeaba de columna en columna musitando encantamientos y escupiendo. Cuando pasó cerca de mi escondite, me agaché cuanto pude hasta que su olor se desvaneció. Las llamas chisporroteaban en las hogueras de ambos extremos del salón y el humo se mezclaba y giraba en el techo impregnado de hollín. No se veía rastro de Nimue.

Se sirvió a los recién llegados vino, pescado ahumado y galletas de avena, y después el obispo Bedwin pronunció un discurso en el que explicó a Norwenna que Gundleus, rey de Siluria, en señal de amistad hacia el rey supremo, había pasado cerca de Ynys Wydryn y había juzgado. de cortesía hacer una visita al príncipe Mordred y a su madre. Bedwin añadió que el rey traía presentes para el príncipe. Tras esas palabras, Gundleus hizo una seña desganada a los portadores del cofre para que se acercaran. Estos lo depositaron a los pies de Norwenna. La princesa no había hablado todavía, ni habló cuando expusieron los regalos a sus pies, sobre la alfombra. Había una fina piel de lobo, dos de nutria, una de castor y una de venado, además de una pequeña torques de oro, broches, un cuerno para beber con una funda de plata cuya filigrana imitaba el mimbre y una jarra romana de cristal verde claro con el caño fino y delicado y el asa en forma de espiga. Se llevaron el cofre vacío y siguió un incómodo silencio durante el cual nadie supo qué decir. Gundleus señaló los presentes con gesto desmañado, el obispo Bedwin resplandecía de felicidad y Tanaburs lanzó un salivazo protector a una columna; mientras, Norwenna miraba con suspicacia los regalos del rey, pues en verdad no podía decirse que la ofrenda fuera generosa. Con la piel de venado podría confeccionarse un buen par de guantes, las pieles de pelo largo eran buenas, aunque seguramente Norwenna tendría unas cuantas de calidad superior en sus cestos de mimbre. En cuanto a la torques, llevaba puesta una cuatro veces más gruesa que la que estaba a sus pies. Los broches de Gundleus eran de lámina de oro fina y el cuerno tenía mellado el borde. Sólo la jarra romana era una verdadera joya.

Bedwin rompió el tenso silencio.

—Los presentes son magníficos. Magníficos, en verdad. Muy generosos, alteza.

Norwenna hizo un obligado gesto de asentimiento. El niño empezó a llorar y Ralla, la nodriza, para acallararlo, se lo llevó al cobijo de las sombras de más allá de los pilares y se sacó un pecho.

—¿El Edling está bien? —preguntó Gundleus; fueron sus primeras palabras desde que llegara a la fortaleza.

—Se encuentra bien, gracias a Dios y a los santos —respondió Norwenna.

—¿Y su pie izquierdo? —preguntó Gundleus, mostrando falta de tacto—. ¿Tiene curación?

—El pie no le impedirá montar a caballo, empuñar la espada ni sentarse en el trono —replicó Norwenna con firmeza.

—Naturalmente, claro está —dijo Gundleus, y miró al hambriento niño. Sonrió,

estiró los largos brazos y echó un vistazo a su alrededor. No había hablado de matrimonio ni lo haría en presencia de los que estaban allí. Si decidía casarse con Norwenna, hablaría con Uter, no con la mujer. Esa visita no era más que una excusa para conocer a la novia. Le dedicó una mirada breve y desinteresada y luego volvió a clavar la vista en las sombras del salón—. De modo que ésta es la guarida de lord Merlín, ¿eh? —comentó—. ¿Dónde se encuentra?

No hubo respuesta. Tanaburs escarbaba en el suelo bajo un extremo de la alfombra y supuse que estaba enterrando un encantamiento en la tierra del salón. Más tarde, cuando la delegación de Siluria hubo partido, registré ese mismo punto del suelo, encontré un pequeño oso tallado en hueso y lo arrojé al fuego. Las llamas se volvieron azules y crepitaron rabiosas; Nimue me dijo que había procedido correctamente.

—Creemos que lord Merlín se halla en Irlanda —respondió por fin el obispo Bedwin—, o quizás en las tierras salvajes del norte —añadió con vaguedad.

—O tal vez haya muerto —apuntó Gundleus.

—Roguemos porque no sea así —dijo el obispo fervientemente.

—¿Rogáis vos? —Gundleus se giró en la silla para mirar fijamente el rostro envejecido de Bedwin—. ¿Aprobáis la conducta de Merlín?

—Es amigo nuestro, alteza —replicó Bedwin, hombre digno y rechoncho, siempre dispuesto a mantener la paz entre las diversas religiones.

—Lord Merlín es un druida, obispo, y odia a los cristianos.

Gundleus trataba de provocar a Bedwin.

—Ahora hay muchos cristianos en Britania —adujo Bedwín—, pero pocos druidas. Creo que los de la verdadera fe no tenemos nada que temer.

—¿Oyes eso, Tanaburs? —interpeló Gundleus a su druida—. ¡El obispo no te teme!

Tanaburs no respondió. En su inquisitivo registro del salón, había dado con el espíritu protector que guardaba la puerta de las habitaciones de Merlín. Se trataba de algo muy sencillo. Simplemente, dos calaveras situadas a ambos lados de la puerta, pero sólo un druida se atrevería a cruzar la barrera invisible que formaban, e incluso un druida se arredraría ante un espíritu protector colocado por Merlín.

—¿Descansaréis aquí esta noche? —preguntó el obispo Bedwín a Gundleus, con la intención de desviar el tema de Merlín.

—No —contestó Gundleus con rudeza, y se puso en pie. Creí que ya se disponía a marcharse, pero se quedó mirando más allá de Norwenna, a la puerta guardada por una pequeña calavera negra, ante la cual Tanaburs se estremecía como un perdiguero al oler a un oso al que aún no ha visto—. ¿Qué hay tras esa puerta? —inquirió el rey.

—Las habitaciones de mi señor Merlín, alteza —respondió Bedwin.

—¿El lugar de los secretos? —preguntó Gundleus con intenciones arteras.

—Su dormitorio, nada más —respondió Bedwin, quitándole importancia.

Tanaburs levantó la vara con la luna en la punta y la esgrimió temblorosamente contra el espíritu de la puerta. El rey Gundleus se quedó observando la actuación de su druida, luego apuró el vino y arrojó el cuerno al suelo.

—Tal vez pase la noche aquí, después de todo —dijo el rey—, pero antes, mostradnos el dormitorio. —Indicó a Tanaburs que avanzara, pero el azoramiento se lo impedía. Merlín, el druida más poderoso de Britania, era temido hasta más allá del mar de Irlanda y nadie se entrometía en su vida a la ligera. Sin embargo, nadie había visto al gran hombre desde hacía muchos meses y algunas gentes murmuraban que la muerte del príncipe Mordred había sido un signo de declive de los poderes de Merlín. Además, lo que se hallara tras aquella puerta ejercía una atracción irresistible sobre Tanaburs, al igual que sobre su señor. Tal vez encontrara allí los secretos que lo convertirían en un druida tan sabio y poderoso como el gran Merlín—. ¡Abre la puerta! —ordenó Gundleus a Tanaburs.

Uno de los cuernos de la luna de la vara se movió tembloroso hacia una de las calaveras, vaciló y por fin rozó la parte superior del hueso amarillento. No ocurrió nada. Tanaburs escupió sobre la calavera y le dio la vuelta antes de retirar la vara con el gesto rápido y asustado de quien azuza a una serpiente dormida. Tampoco sucedió nada esa vez y el druida se decidió a alargar la mano hacia el cerrojo de madera.

Entonces se detuvo aterrorizado.

Un aullido resonó en las ahumadas paredes del salón. Un chillido lúgubre como de una niña sufriendo tortura. El horrísono grito hizo retroceder al druida. Norwenna gritó de miedo e hizo la señal de la cruz. El pequeño Mordred empezó a gemir y de nada sirvieron las tretas de Ralla para calmarlo. Gundleus se contuvo ante el chillido y luego, a medida que el eco se fue apagando, soltó una carcajada.

—Un guerrero —anunció a todos los inquietos presentes— no se arredra ante el grito de una niña.

Se dirigió a la puerta sin hacer caso del obispo Bedwin, que agitaba las manos en un intento de contener al rey sin llegar a rozarle.

Se oyó un golpe en la puerta protegida. Un ruido violento de madera al astillarse, tan repentino que todos se sobresaltaron. Al principio, creí que la puerta se había derrumbado ante el avance del rey, pero luego vi la lanza que había sido arrojada limpiamente contra la puerta. La punta plateada sobresalía entre el viejo roble ennegrecido y traté de imaginarme qué fuerza sobrehumana habría sido capaz de atravesar tan maciza barrera con el afilado acero.

La súbita aparición de la lanza hizo vacilar incluso a Gundleus, pero el orgullo lo sostuvo y no quiso retroceder en presencia de sus guerreros. Hizo una señal contra el diablo, escupió a la lanza y avanzó hacia la puerta, descorrió el pestillo y la abrió.

E inmediatamente retrocedió con el horror pintado en la cara. Yo le estaba

mirando y vi el miedo en sus ojos. Dio otro paso atrás y entonces oí el lamento de Nimue, que avanzaba hacia el salón. Tanaburs hacía rápidos movimientos con la vara, Bedwin rezaba, el niño lloraba y Norwenna miraba desde la silla con expresión de angustia.

Nimue salió por la puerta y al verla, hasta yo, que era su amigo, temblé. Estaba desnuda y tenía el delgado y blanco cuerpo cubierto de sangre, que goteaba desde el cabello cayendo en regueros por los pequeños senos hasta los muslos. Llevaba una máscara de la muerte en la cabeza y, sobre la cara, le caía la piel tostada del rostro de un hombre sacrificado, anudada a su fino cuello, como si de un casco se tratara, con la piel de los brazos de un muerto. La máscara parecía poseer vida propia, porque palpitaba a medida que Nimue se acercaba al rey de Siluria. La piel del muerto, seca y amarillenta, colgaba suelta sobre la espalda de Nímue, mientras ella avanzaba a pasos cortos e irregulares. En su cara ensangrentada sólo se distinguía lo blanco de los ojos y, al tiempo que caminaba, iba soltando imprecaciones en un lenguaje más sucio que el de cualquier soldado. Llevaba en las manos dos víboras de reluciente cuerpo oscuro que levantaban la cabeza inquisitivamente en busca del rey.

Gundleus retrocedió de nuevo y repitió el gesto contra el diablo, pero entonces recordó que era un hombre, un rey y un guerrero, y se llevó la mano a la empuñadura de la espada. En ese momento, Nimue sacudió la cabeza y la máscara de muerto le cayó hacia atrás dejando al descubierto el pelo, que llevaba recogido sobre la coronilla; pero enseguida comprobamos que no era pelo lo que tenía en la cabeza, sino un murciélago que batió de repente sus alas negras y arrugadas y abrió la roja boca haciendo una mueca a Gundleus.

El murciélago hizo gritar a Norwenna, que corrió a buscar a su hijo mientras los demás mirábamos horrorizados a la criatura sujeta al cabello de Nimue. La bestezuela tironeaba y aleteaba, trataba de volar, abría la boca y se debatía. Las víboras se retorcieron y de pronto el salón quedó vacío. Norwenna fue la primera en huir; la siguió Tanaburs y luego los demás, incluso el rey. Todos corrían a la luz de la mañana, hacia la puerta oriental.

Nimue se quedó observando la desbandada general, luego puso los ojos en blanco y parpadeó. Se acercó al fuego y, con gesto indolente, echó las dos sierpes al fuego, donde sisearon, se agitaron como flagelos y chisporrotearon al morir. Soltó al murciélago, que levantó el vuelo hasta las vigas del techo, se desató la máscara de muerto que tenía al cuello y la enrolló antes de recoger la delicada jarra romana de entre los regalos que Gundleus había llevado. La miró fijamente unos segundos y, girando el cuerpo, lanzó el tesoro contra un pilar de roble, donde se estrelló formando una lluvia de esquirlas verde claro.

—¡Derfel! —dijo bruscamente, en medio del gran silencio que se hizo después—. ¡Sé que estás ahí!

—Nimue —contesté azorado, y me levanté de detrás del mueble de mimbre que me había servido de biombo.

Estaba aterrorizado. La grasa de las serpientes crepitaba en el fuego, el murciélago revoloteaba por el techo. Nimue me sonrío.

—Necesito agua, Derfel —me dijo.

—¿Agua? —pregunté tontamente.

—Para lavarme la sangre de pollo —me explicó.

—¿De pollo?

—Agua —insistió—. Hay un jarro al lado de la puerta. Tráemelo.

—¿Allí? —pregunté atónito, porque, por el gesto, me pareció que quería que se la llevara a las habitaciones de Merlín.

—¿Por qué no? —dijo, y cruzó la puerta que todavía tenía clavada la enorme lanza de cazar osos.

Seguí sus pasos cargado con el pesado jarro hasta que la encontré de pie ante una lámina de cobre batido que reflejaba su cuerpo desnudo. No le cohibía mi presencia, tal vez porque, de pequeños, todos corríamos desnudos en grupo, pero en ese momento comprobé, plena y dolorosamente, que ya no éramos niños.

—¿Aquí? —pregunté.

Nimue asintió. Dejé el jarro en el suelo y me retiré hacia la puerta.

—Quédate —me dijo—. Por favor, quédate. Y cierra la puerta.

Para poder cerrar, tenía que desclavar la lanza primero. No quise preguntarle cómo había logrado atravesar el roble con ella porque me dio la impresión de que no estaba de humor para explicaciones, de modo que me quedé en silencio sacando la lanza mientras ella se quitaba la sangre de su blanca piel. Cuando terminó, se envolvió en una bata negra.

—Ven aquí —me dijo.

Obedecí y me acerqué a la cama de pieles y cobertores de lana, que se alzaba sobre una plataforma baja de madera y en la que, evidentemente, dormía por las noches. El lecho tenía un dosel de paño oscuro que olía a mohó; me senté y la consolé entre mis brazos. Le notaba las costillas bajo la suave bata de lana. Nimue lloraba y, como yo no sabía por qué, me limité a servirle de torpe compañía, y de paso, examiné a fondo la habitación de Merlín.

Era una estancia extraordinaria. Había montones de cajoneras de madera y cestos de mimbre apilados de tal modo que formaban recovecos y pasillos por donde se paseaba una colonia de flacos gatitos. Algunas pilas habían caído por el suelo como si alguien hubiera buscado un objeto en la caja inferior y, en vez de molestarse en quitar las que tenía encima, las hubiera tirado sin más. Había polvo por todas partes. Me pareció que hacía años que no se cambiaban los juncos del suelo, aunque en muchas partes estaban cubiertos por alfombras o mantas que iban pudriéndose poco a poco.

El hedor mareaba; era una mezcla de polvo, orines de gato, humedad, podredumbre y moho, aderezado con los aromas más sutiles de los manojos de hierbas que colgaban de las vigas. A un lado de la puerta había una mesa repleta de pergaminos ondulados y quebradizos y sobre ésta, en un polvoriento estante, se amontonaban cráneos de animales entre los que había al menos dos humanos, según comprobé cuando mis ojos se acostumbraron a la sepulcral penumbra. Había unos escudos descoloridos apoyados contra una panzuda tina de barro, de la que sobresalía un manajo de

lanzas llenas de telarañas. De la pared colgaba una espada y, sobre un montón de grises cenizas de hoguera, se encontraba un brasero humeante, cerca del gran espejo de cobre sobre el que, increíblemente, pendía una cruz cristiana con la retorcida figura de su dios clavado por los brazos. La cruz estaba cubierta de muérdago para prevenir su inherente influencia maléfica. De las vigas del techo colgaba una maraña de cuernos y ramas secas de muérdago, además de una bandada de murciélagos en reposo, cuyos excrementos formaban pequeños montones en el suelo. Tener murciélagos en el interior de la casa era un augurio fatal, pero supuse que los poderosos como Merlín y Nimue no daban importancia a supercherías tan prosaicas. Había otra mesa con una balanza de metal y un sinnúmero de cuencos, morteros, manos de mortero, frascos y tarros lacrados con cera que contenían, según descubrí más tarde, rocío recogido en tumbas de hombres asesinados, cráneos molidos y belladona, mandrágora y estramonio para infusiones. En un cofre de piedra, cerca de la mesa, se mezclaban piedras de águila, panes de hada, flechas de elfo, piedras de serpiente y piedras de bruja con plumas, conchas y piñas piñoneras. Nunca había visto una estancia tan abigarrada, sucia y fascinante y me pregunté si la habitación de al lado, la Torre de Merlín, sería tan maravillosa y terrible.

Nimue había dejado de llorar y permanecía inmóvil entre mis brazos; debió de percibir la maravilla y la revulsión que me inspiraba la estancia.

—Nunca tira nada —me dijo en tono cansado—, nada. —Yo no dije una palabra, sólo la calmaba y la acariciaba. Descansó un poco, exhausta como estaba, pero cuando le toqué uno de sus pequeños senos por encima de la bata, se apartó furiosa—. Si es eso lo que quieres —me dijo—, ve a buscar a Sebile.

Se cerró la bata con furia, se bajó de la cama y se dirigió a la mesa donde estaban los instrumentos de Merlín.

Me disculpé torpe y cohibidamente.

—No tiene importancia —dijo, sin escuchar.

Se oían voces en el Tor, fuera de la fortaleza, y otras en el gran salón, al otro lado de la puerta, pero nadie vino a molestarnos. Nimue rebuscó entre los cuencos, tarros y cucharones que atiborraban la mesa hasta dar con lo que quería. Un cuchilío de piedra negra con una equilibrada hoja de dos filos, blancos como el hueso. Volvió junto a la cama, que olía a humedad, y se arrodilló al lado de la plataforma de modo que me

miraba directamente a la cara. Se le había abierto la bata y me puse nervioso al imaginar su cuerpo desnudo en las sombras, pero ella me miraba fijamente a los ojos y yo no podía sino sostenerle la mirada.

Estuvo en silencio mucho rato, yo casi oía los latidos de mí corazón. Me pareció que trataba de tomar una grave decisión, de las que cambian el equilibrio de una vida para siempre, así que aguardé, temeroso, sin atreverme a cambiar la incómoda postura. Nimue no era ni hermosa ni fea, pero su rostro, todo viveza y expresión, no precisaba de la belleza formal. Tenía la frente ancha y alta, los ojos oscuros y fieros, la nariz afilada, la boca grande y la barbilla estrecha. Era la mujer más inteligente que había conocido en mi vida, pero incluso ya entonces, cuando era poco más que una niña, rebosaba tristeza nacida de esa misma inteligencia. Sabía muchas cosas. O había nacido sabia o los dioses le habían concedido la sabiduría al librarla de morir ahogada. De niña, era traviesa y alocada, pero en esos momentos, privada de la guía de Merlín pero con el peso de las responsabilidades del mago sobre sus delgados hombros, estaba cambiando. Yo también, claro está, pero de forma normal: un chico huesudo que se convierte en un hombre alto. Nimue pasaba de la infancia a la autoridad. Esa autoridad dimanaba de su sueño, un sueño que compartía con Merlín y al que ella jamás renunciaría aunque lo hiciera Merlín. Para Nimue no había términos medios: o todo o nada. Habría preferido ver perecer la tierra entera en el frío de un abismo sin dioses que ceder una pulgada ante quien debilitara la imagen que ella alimentaba de una Britania perfecta entregada a sus propios dioses britanos. En ese momento, arrodillada delante de mí, estaba seguro de que juzgaba si yo era digno o no de formar parte de ese sueño ferviente.

Tomó la decisión y se acerco mas.

—Dame la mano izquierda —me dijo.

La tendí hacia ella.

Me la tomó con su mano izquierda y me giró la palma hacia arriba; luego pronunció un encantamiento. Reconocí algunos nombres, como Camulos, el dios de la guerra, Manawydan fab Llyr, su propio dios del mar, Agrona, la diosa de la matanza, y Aranrhod la dorada, la diosa del alba, pero casi todas las palabras me resultaban desconocidas, y las pronunciaba con un tono tan hipnótico que me sentí acunado, consolado, confiado, sin temor a lo que dijera o hiciera, hasta que de súbito me cortó la palma con el cuchillo y, sorprendido, grité. Me pidió silencio. Vi el fino corte en la palma un momento, pero enseguida empezó a brotar la sangre.

Entonces se hizo ella un corte en la izquierda igual que el mio, unió ambas manos y me apretó los dedos insensibles. Bajó el cuchillo y cortó un jirón de la bata con el que envolvió fuertemente las dos manos sangrantes.

—Derfel —dijo en voz baja—, mientras tengas la cicatriz en la mano y yo tenga la cicatriz en la mano, tú y yo somos uno, ¿de acuerdo?

La miré a los ojos y supe que no se trataba de una tontería, de un juego infantil, sino que era un juramento por el que me ataba de por vida, y más allá, tal vez. Por un segundo, me aterroricé ante lo que estaba por venir, después asentí y logré articular unas palabras.

—De acuerdo —dije.

—Y mientras la cicatriz perdure, Derfel —continuó—, tu vida me pertenece, y mientras perdure la mía, mi vida te pertenece a ti. ¿Lo comprendes?

—Si —dije.

Me dolía la mano, la notaba ardiente e hinchada, y sentía la suya pequeña y helada en aquel apretón de sangre.

—Un día, Derfel —añadió—, te llamaré, y si no acudes a la llamada, la cicatriz te delatará ante los dioses como amigo infiel, traidor y enemigo.

—Si —conteste.

Se quedó mirándome en silencio unos segundos, luego subió al montón de pieles y cobertores y se acurrucó entre mis brazos. A pesar de la incómoda postura, pues estábamos tumbados juntos y con las manos izquierdas unidas, logramos colocarnos a gusto y quedarnos tumbados en silencio. Afuera se oían voces y el polvo flotaba en la alta y oscura estancia donde los murciélagos dormían y los gatos cazaban. Hacia frío pero Nimue colocó una piel por encima de los dos y al cabo se quedó dormida descansando el ligero peso de su cuerpo sobre mi brazo derecho, que se me entumeció. Yo permanecí despierto, lleno de temor y confusión por lo que habíamos hecho con el cuchillo.

Nimue se despertó en plena tarde.

—Gundleus ha partido —dijo soñolienta, e ignoro cómo lo había sabido; se soltó de entre mis brazos y se deshizo de las pieles antes de desatar el pedazo de tela que todavía teníamos atado a las manos. La sangre se había secado y las postillas se levantaron, no sin dolor, al separarse las heridas. Nimue fue hasta el manajo de lanzas, recogió un puñado de telarañas y me las emplastó en la herida, que sangraba de nuevo—. Enseguida se curará —dijo despreocupadamente y, tras envolverse la mano cortada en un trozo de tela, cogió un poco de pan y queso—. ¿No tienes hambre? —me pregunto.

—Siempre.

Comimos juntos. El pan estaba seco y duro y el queso, mordisqueado por ratones. Eso pensaba Nimue, al menos.

—A lo mejor han sido los murciélagos. ¿Los murciélagos comen queso?

—No sé —dije, y titubeé—. ¿Estaba amaestrado ese murciélago?

Me refería al que se había atado al pelo. Ya había visto cosas así antes, claro está, y aunque Merlín nunca hablaba de tales temas, ni tampoco sus acólitos, supuse que la extraña ceremonia de las manos y la sangre me permitiría cierta confianza con



Nimue.

Y así fue, porque me respondió.

—Es un viejo truco para asustar a los imbéciles —dijo despectivamente—. Me lo enseñó Merlín. Atas las patas del murciélago con pihuelas, igual que a los halcones, y luego te atas las pihuelas al pelo. —Se pasó la mano por el negro cabello y se echó a reír—. ¡Cuánto se asustó Tanaburs! ¡Es increíble! ¡Y eso que es druida!

A mí no me hacia gracia. Quería que ella tuviera magia, no que me contara que todo había sido un truco con correas de halcón.

—¿Y las víboras? —pregunté.

—Él guarda unas cuantas en un cesto. Yo tengo que darles de comer. —Se estremeció y luego vio mi decepción—. ¿Qué te pasa?

—¿Son todo trucos? —pregunté.

Frunció el ceño y guardó silencio un largo rato. Pensé que no iba a contestarme, pero por fin habló y supe, a medida que la escuchaba, que me estaba revelando enseñanzas de Merlín. Me dijo que la magia existía en los momentos en que la vida de los dioses y la de los hombres se tocaban, pero los hombres no podían propiciar esos momentos.

—No puedo hacer que esta habitación se llene de niebla con sólo chasquear los dedos —me dijo—, aunque lo he visto alguna vez. Ni puedo despertar a los muertos, aunque Merlín dice haberlo presenciado. No puedo ordenar al rayo que caiga sobre Gundleus y lo mate, aunque me gustaría, pues sólo los dioses pueden hacer esas cosas. Sin embargo, Derfel, hubo un tiempo en que si podíamos hacerlas, cuando vivíamos con los dioses y los complacíamos y teníamos su poder a nuestra disposición para mantener Britania como ellos la querían. Cumplíamos su voluntad, y su voluntad era nuestro deseo. —Unió las manos para mejor ilustrar lo que quería decir pero se estremeció al sentir el dolor del corte en la palma izquierda—. Pero llegaron los romanos y rompieron la unidad.

—¿Por qué? —la interrumpí con impaciencia, pues esa parte ya la había oído muchas veces. Merlín siempre nos contaba que los romanos habían roto el vínculo entre Britania y los dioses, pero nunca nos explicó cómo tal cosa había sido posible, teniendo los dioses tanto poder—. ¿Por qué no vencimos a los romanos? —le pregunté.

—Porque los dioses no quisieron. Hay dioses malos, Derfel. Por otra parte, ellos no tienen deberes para con nosotros, sólo nosotros para con ellos. Así les plugo, quizás. O tal vez nuestros antecesores rompieran el pacto con los dioses y ellos los castigaran enviándoles a los romanos. No lo sabemos, pero lo que si sabemos es que ahora los romanos se han ido y Merlín dice que tenemos una oportunidad, sólo una, de restaurar Bretaña. —Hablaba en voz baja, con intensidad—. Tenemos que rehacer la vieja Britania, la auténtica Britania, la tierra de los dioses y los hombres, y si lo

hacemos, Derfel, si lo hacemos, volveremos a tener el poder de los dioses.

Quería creerla. Deseaba creer que nuestras pobres vidas, siempre a merced de las enfermedades y de la muerte, pudieran recibir nuevas esperanzas gracias a la buena voluntad de seres sobrenaturales de glorioso poder.

—¿Pero hay que hacerlo con engaños? —pregunté, sin ocultar mi desilusión.

—¡Ay, Derfel! —Nimue dejó caer los hombros—. Piénsalo, no todos son capaces de percibir la presencia de los dioses, por eso, los que sí pueden tienen deberes especiales. Si yo me muestro débil, si dejo entrever la duda, ¿qué esperanzas quedan para los que desean creer? En realidad no se trata de hacer trucos, sino... —se detuvo a pensar en la palabra exacta— distintivos, como la corona de Uter o los collares, la enseña y la piedra de Caer Cadarn. Esas cosas nos dicen que Uter es el rey supremo y como tal lo tratamos, y cuando Merlín camina entre los suyos, tiene que llevar sus distintivos también, porque muestran a la gente que Merlín está con los dioses y, de ese modo, lo temen. —Señaló hacia la puerta con la astillada punta de lanza—. Cuando salí por esa puerta, desnuda, con dos serpientes y un murciélago escondido en la cabeza bajo la piel de un muerto, me enfrentaba a un rey, a su druida y a sus guerreros. Derfel, una chica contra un rey, un druida y una guardia leal. ¿Quién ganó?

—Tú.

—Ya ves que el truco sirvió de algo, pero no gracias a mi poder, sino al poder de los dioses. Pero yo tenía que creer en ese poder para que sirviera de algo. Y para creer, Derfel, hay que entregar la vida entera. —Hablaba con pasión ardiente y desconocida—. Todos los minutos de todos los días y todos los momentos de todas las noches hay que estar abierto a los dioses, y si lo estás, ellos vienen. No siempre cuando lo deseas tú, claro, pero sí no los llamas, no contestan. Y cuando contestan, ¡ay,

Derfel! Cuando contestan, es tan maravilloso y tan terrible como tener alas y subir a la gloria.

Le brillaban los ojos al hablar. Nunca la había oído hablar de esas cosas. No hacía mucho era una niña, pero después de estar en la cama de Merlín había asimilado sus enseñanzas y su poder y eso me dolía. Sentía rabia y celos y no quería comprender. Cada vez se alejaba más de mí y nada podía hacer yo por evitarlo.

—Estoy abierto a los dioses —le dije, dolido—. Creo en ellos, quiero que me ayuden.

—Vas a ser guerrero, Derfel —me dijo acariciándome con la mano vendada—, un gran guerrero. Eres una buena persona, honrado y sólido como la Torre de Merlín, y no tienes señal alguna de locura, ni rastro, ni siquiera una chispa remota y aislada. ¿Crees que quiero seguir a Merlín?

—Sí —dije, herido por dentro—. Sé que lo deseas.

Quería que supiera que me sentía herido porque no iba a dedicarse a mi en cuerpo

y alma.

Respiró hondo y se quedó mirando el oscuro techo; dos palomas habían entrado por un respiradero del humo y en ese momento avanzaban por una viga.

—A veces —dijo— pienso que me gustaría casarme, tener hijos, verlos crecer, ir envejeciendo y morir, pero de todas esas cosas, Derfel —volvió a mirarme—, sólo la última se hará realidad. No puedo soportarlo cuando pienso lo que me va a suceder. No puedo soportarlo cuando pienso que habré de recibir las tres heridas de la sabiduría, pero es mi deber. ¡Es mi deber!

—¿Las tres heridas? —pregunté, pues nunca había oído hablar de ellas.

—La herida del cuerpo —me contó—, la herida del orgullo —y se tocó entre las piernas— y la herida de la mente, es decir, la locura. —Hizo una pausa y el rostro se le llenó de horror—. Merlín ha sufrido las tres, por eso es hombre tan sabio. Morgana recibió la peor de las heridas al cuerpo que imaginarse pueda, pero ninguna de las otras dos, por eso nunca estará en verdad con los dioses. Yo no he sufrido ninguna, pero las sufriré. ¡Es mi deber! —dijo con fiera determinación—. ¡Es mi deber porque he sido elegida!

—¿Por qué no he sido elegido yo? —pregunte.

—No lo comprendes, Derfel —dijo sacudiendo la cabeza—. Nadie me ha escogido, me he escogido yo. Cada cual decide por sí mismo. Podría ocurrirle a cualquiera de los que estamos aquí. Por eso Merlín recoge a todos los huérfanos, porque cree que los huérfanos pueden adquirir poderes especiales, pero sólo les ocurre a unos pocos.

—Como a ti —dije.

—Veo a los dioses en todas partes —dijo con sencillez—. Y ellos me ven.

—Yo nunca he visto a un dios —insistí empecinadamente.

—Lo verás —me dijo sonriendo ante mi resquemor—, porque tienes que pensar en Britania, Derfel, como si estuviera cuajada de cintas de fina niebla, unos jirones tenues por aquí y por allá que flotan y se deshacen, pero esos jirones son los dioses, y si los encontramos y les agradamos y volvemos a hacer suya esta tierra, los jirones se harán más densos y se unirán y se convertirán en una niebla maravillosa que cubrirá toda la tierra y nos protegerá del exterior. Por eso vivimos aquí, en el Tor. Merlín sabe que este lugar place a los dioses, aquí la niebla sagrada es espesa y nuestra misión consiste en extenderla.

—¿Eso es lo que hace Merlín?

—En este mismo momento, Derfel —dijo con una sonrisa—, Merlín está durmiendo. Y yo también lo necesito. ¿No tienes tareas pendientes?

—Contar rentas —respondí con torpeza.

Los almacenes de abajo estaban llenos de pescado ahumado, anguilas ahumadas, toneles de sal, cestos de mimbre, paño, plomo, carbón y hasta algunos fragmentos de

ámbar y azabache: las rentas de invierno pagaderas en Beltain, que Hywel tuvo que tasar, anotar en cuentas y dividir entre la parte de Merlín y la que se entrega a los recaudadores de impuestos del soberano.

—Pues ve y cuenta —dijo, como si no hubiera ocurrido nada extraordinario entre nosotros, aunque se acercó a mi y me dio un beso fraternal—. Ve —repitió y al salir de las habitaciones de Merlín di un traspiés y me encontré con las miradas resentidas y curiosas de las criadas de Norwenna, que habían vuelto a instalarse en el gran salón.

Llegó el equinoccio. Los cristianos celebraban la fiesta de la muerte de su dios mientras nosotros encendíamos las enormes hogueras de Beltane. Nuestras llamas aullaban a la oscuridad para atraer vida nueva al mundo que renacía. Vimos a los primeros invasores sajones a lo lejos, por el este, pero ninguno se acercó a Ynys Wydryn. Tampoco volvimos a ver a Gundleus de Siluria. Gudovan el escribano supuso que la propuesta de matrimonio había quedado en nada y predijo sombríamente

una nueva guerra contra los reinos del norte.

Merlín no volvió ni tuvimos noticias de él.

Al Edling Mordred le salieron los dientes. Los primeros fueron los de la encía inferior, presagio de larga vida, y los empleó mordiendo los pezones a Ralla hasta hacérselos sangrar, pero ella siguió amamantándolo para que su rechoncho hijito chupara sangre de príncipe al tiempo que se alimentaba. La alegría de Nimue iba en aumento a medida que los días se hacían más largos. Las heridas de nuestras manos pasaron de rosadas a blancas y después quedaron reducidas a líneas oscuras, Nimue nunca volvió a hablar de ellas.

El soberano pasó una semana en Caer Cadarn y el Edling fue llevado a su presencia para que el abuelo lo examinara. A Uter debió de complacerle, así como todos los auspicios de ía primavera, que pintaban favorablemente, pues tres semanas después de Beltane oímos que el futuro del reino, el de Norwenna y el de Mordred serían debatidos en un magnífico Gran Consejo, el primero que se celebraría en Britania desde hacia más de sesenta años.

Era primavera, las hojas estaban verdes y la tierra fresca bullía de grandes esperanzas.

### 3

El Gran Consejo se celebró en Glevum, una ciudad romana situada a orillas del río Severn, en la frontera norte de Dumnonia con Gwent. Uter llegó en una carreta tirada por cuatro bueyes, cada buey engalanado con ramas de mayo y ataviado con telas verdes. El rey supremo gozaba del lento paseo por su reino en los albores del estío; tal vez supiera que aquélla era la vez postrera que sus ojos contemplaban el encanto de Britania, antes de cruzar la cueva de Cruachan y el puente de las espadas hacia el otro mundo. Los bueyes avanzaban a paso cansino entre setos de espino cuajados de blanco, los bosques lucían alfombras de campanillas azules y en los campos de trigo, centeno y cebada y en los pastos de heno, ya casi a punto para la siega, resplandecían las amapolas y los grajos revoloteaban bulliciosos. El rey supremo viajaba lentamente, deteniéndose con frecuencia en asentamientos y aldeas; visitaba los campos de labor y las casas solariegas y prodigaba consejos a quienes sabían más que él sobre el encauzamiento de lagunas rebosantes o la castración del cerdo. Tomó los baños en las fuentes calientes de Aquae Sulis y su recuperación fue tan notable que al reemprender la marcha, cubrió a pie una milla bien cumplida antes de ocupar de nuevo su lugar en la carreta forrada de pieles. Formaban el séquito bardos, consejeros, médicos, coros, servidores y la escolta de guardia al mando de Owain, paladín del reino y comandante de la guardia real. Todos se habían adornado con flores y los guerreros llevaban el escudo boca abajo en señal de paz, aunque Uter, nada falto de precaución, había ordenado abrillantar a diario las puntas de las lanzas a fuerza de muela.

Fui a Glevum caminando, sin encomienda concreta, pero Uter había convocado a Morgana al Gran Consejo. Por lo general no se recibía a las mujeres en consejo alguno, grande o pequeño, pero el soberano, desesperado por la ausencia de Merlín y convencido de que nadie mejor que Morgana hablaría en nombre del druida, la convocó. Por otra parte, era una de sus hijas naturales y el soberano solía decir que su cabeza envuelta en oro guardaba más sentido común que la mitad de las cabezas de sus consejeros juntas. Morgana era además responsable de la salud de Norwenna y, entre otras cosas, allí se iba a decidir el futuro de la princesa, aunque ella no hubiera sido convocada ni consultada siquiera. Quedó en Ynys Wydryn al cargo de Gwendolin, la esposa de Merlín. Morgana no había ordenado más compañía a Glevum que la de su esclava Sebile, pero en el último momento Nimue anunció con toda calma que ella también acudiría y que yo la acompañaría.

Naturalmente, Morgana se opuso, pero Nimue se enfrentó a la indignación de su superior en edad con una serenidad irritante.

—He recibido instrucciones que hacen al caso —le dijo a Morgana.

Cuando ésta le preguntó de quién, con voz aguda y temblorosa, Nimue se limitó a

sonreír.

Morgana la doblaba en edad y estatura, pero cuando Merlín llevó a Nimue a su lecho, le fue conferido el poder de Ynys Wydryn, autoridad ante la cual nada podía hacer Morgana. Aún se pronunció en contra de mi presencia. Exigió saber por qué Nimue no llevaba consigo a Lunete, la otra niña irlandesa que había entre los huérfanos de Merlín. Según Morgana, un niño como yo no era compañía para una joven, y como Nimue no hizo sino sonreír, Morgana la amenazó con contarle a Merlín el afecto que sentía hacia mi, lo cual acarrearía el fin de Nimue; ante tan torpe amenaza, Nimue soltó una carcajada, dio media vuelta y se marchó.

Poco me importaba a mí la discusión, sólo quería ir a Glevum para presenciar la justa, escuchar a los bardos, ver las danzas y, sobre todo, por estar con Nimue.

De modo que, en mal avenida compañía de cuatro, partimos hacia Glevum. Morgana, vara de endrino en mano y con la máscara de oro brillando al sol del estío, abría la marcha cojeando y cada paso que daba era una enfática ratificación de su rechazo hacia el acompañante de Nimue. Sebile, la esclava sajona, se apresuraba dos pasos detrás de ella, la espalda encorvada bajo el peso del ato cargado de mantas, hierbas secas y cacharros. Nimue y yo íbamos a la zaga, descalzos, con la cabeza descubierta y sin carga alguna. Nimue llevaba una larga capa negra sobre una túnica blanca ceñida a la cintura con un dogal de esclavo y la larga melena negra recogida en la coronilla. No se adornó con joyas, ni siquiera un alfiler de hueso para cerrar la capa. Morgana, en cambio, llevaba una gruesa torques de oro y dos broches también de oro, colocados a la altura del pecho a modo de cierre de la parda capa; uno era un ciervo tricornio y el otro, la maciza joya en forma de dragón que Uter le regalara en Caer Cadarn.

Disfruté del viaje. Nos llevó tres días a paso lento, porque Morgana era de caminar irregular, pero el sol brillaba sobre nuestras cabezas y la calzada romana nos facilitaba el trayecto. A la hora del crepúsculo nos dirigíamos a la casa del señor cuyo feudo nos cayera de paso y dormíamos como huéspedes de honor en sus graneros rebosantes de paja. Topamos con pocos viajeros más, y todos íbamos tras el reluciente blasón de Morgana, símbolo de su elevada condición. A pesar de las advertencias a propósito de hombres sin amo ni tierra que atracaban a los mercaderes en los grandes caminos, no sufrimos contratiempo alguno, debido quizás a que los soldados de Uter habían limpiado de bandoleros los bosques y los montes con vistas al Gran Consejo, pues encontramos más de una docena de cuerpos en descomposición abandonados a los lados del camino para ejemplo de todos. Los siervos y esclavos con quienes nos cruzábamos se arrodillaban ante Morgana, los mercaderes le cedían el paso y sólo un viajero osó retar nuestra autoridad, un fiero sacerdote con barba seguido por sus harapientas y despeinadas mujeres. El grupo cristiano bailaba en medio del camino, alabando a su dios crucificado, pero el

sacerdote, al avistar la máscara dorada que cubría el rostro de Morgana, el ciervo tricornio y el dragón de grandes alas de los broches de su capa, empezó a despotricar contra ella como criatura del demonio. El hombre debió de pensar que una mujer tan desfigurada y lisiada sería presa fácil de sus pullas, pero aquel predicador errante acompañado de su esposa y concubinas sagradas no era par para la hija de Ygraine, protegida de Merlín y hermana de Arturo. Morgana le propinó un solo golpe de vara en la oreja, un golpe que lo tumbó de lado y lo arrojó a un matorral de ortigas, y luego siguió su camino sin siquiera mirar atrás. Las mujeres del sacerdote gritaron y se dividieron, las unas rezando y las otras escupiendo maldiciones, pero Nimue pasó grácilmente entre sus insultos como un espíritu.

Yo no iba armado, a menos que consideremos la vara y el cuchillo pertrechos de guerrero. Quise llevar espada y lanza para hacerme pasar por hombre maduro, mas Hywel, burlándose de mi, dijo que no hace al hombre el deseo sino el acto. A modo de protección me dio una torques de bronce con el dios cornudo de Merlín en el cierre y me aseguró que nadie osaría enfrentarse al druida. Aun con todo, así desprovisto de armamento masculino, me sentía inútil. Le pregunté a Nimue la razón de mi presencia allí.

—Porque eres mi amigo por juramento, pequeño —me respondió. Ya la rebasaba en altura, pero me llamaba así cariñosamente—, y porque tú y yo somos escogidos de Bel y si él nos ha escogido, nosotros debemos escogernos el uno al otro.

—Entonces, ¿por qué vamos los dos a Glevum? —insistí.

—Porque lo quiere Merlín, naturalmente.

—¿Estará él allí? —pregunté con ansiedad.

Hacía mucho tiempo que Merlín estaba ausente, y sin él, Ynys Wydryn era como cielo sin sol.

—No —respondió con calma, aunque no se me alcanzaba cómo podía ella conocer los deseos de Merlín en tal asunto, ya que el amo seguía lejos y la convocatoria al Gran Consejo habíase producido con posterioridad a su partida.

—¿Y qué haremos cuando llegemos a Glevum?

—Lo sabremos cuando estemos allí —dijo con misterio, y no explicó nada más.

Una vez hecho al asfixiante hedor del abono de excrementos humanos, Glevum se me antojó un lugar maravillosamente extraño. Aparte de algunas villas convertidas en casas de labor que salpicaban las propiedades de Merlín, era la primera vez que visitaba un auténtico emplazamiento romano. Me quedaba pasmado ante toda novedad como polluelo recién salido del cascarón. Las calles estaban pavimentadas con adoquines perfectamente encajados y, a pesar de los desperfectos sufridos desde la partida de los romanos, hacía ya mucho tiempo, los hombres del rey Tewdric hacían lo posible por repararlas escardando las malas hierbas y barriendo la suciedad, y así, las nueve calles de la ciudad parecían pedregosos lechos de río en la estación

seca. Era difícil caminar por allí y a Nimue y a mí nos daba risa ver a los caballos tratando de sortear las traidoras piedras. Los edificios eran tan raros como las calles. Nosotros construíamos las casas de madera, caña, arcilla con paja y adobe, pero las casas romanas estaban todas juntas y eran de piedra y singulares ladrillos estrechos, aunque con los años algunas se habían derrumbado dejando huecos serrados en las largas hileras de viviendas bajas con curiosas techumbres de tejas de barro cocido. La ciudad amurallada dominaba un vado del Severn y se levantaba entre dos reinos y cerca de otro más, razón por la cual gozaba de renombre como centro de comercio. En las casas trabajaban los alfareros, inclinábanse los orfebres sobre sus mesas y mugían las terneras en el matadero público, alojado detrás de la plaza del mercado donde se afanaban los campesinos vendiendo mantequilla, nueces, cuero, pescado ahumado, miel, telas teñidas y vellones acabados de trasquilar. Lo mejor de todo, cuando menos a mis deslumbrados ojos, fueron los soldados del rey Tewdric. Según Nimue eran romanos, o britanos educados en las costumbres romanas. Todos llevaban la barba corta y vestían de modo semejante, con recio calzado de cuero y faldas cortas de cuero sobre calzas de lana. Los más veteranos lucían placas de bronce cosidas a las faldas y al andar las placas entrechocaban y sonaban como cencerros. Cada cual portaba limpia y reluciente coraza, larga capa roja y casco de cuero rematado por arriba con una gruesa costura. Algunos lo adornaban con plumas teñidas. Iban armados con espadas cortas de hoja ancha, largas lanzas de pulida vara y escudos ovalados de madera y cuero con el símbolo del toro de Tewdric. Todos los escudos eran del mismo tamaño, las lanzas de la misma longitud y el paso que marcaban al marchar, idéntico, visión extraordinaria que me provocaba hilaridad al principio, aunque después me hice a ello.

En el centro del burgo, donde confluían las cuatro calles procedentes de las cuatro puertas en una plaza abierta y espaciosa, alzábase un edificio enorme e increíble. Hasta Nimue quedó boquiabierta al verlo, porque seguro que ningún ser viviente sería capaz de construir cosa semejante, tan alta, tan blanca y de esquinas tan escuadradas. El elevado techo se apoyaba en columnas y en el espacio triangular que se abría entre la cúspide del tejado y las columnas, había fantásticas imágenes grabadas en piedra blanca que mostraban hombres fabulosos aplastando enemigos bajo los cascos de sus caballos. Los hombres de piedra llevaban manojos de lanzas de piedra y cascos de piedra adornados con altísimas crestas de piedra. Algunas partes habían caído o se habían partido con las heladas, pero a mí seguía pareciéndome un milagro; sin embargo, Nimue, después de mirar detenidamente las figuras, escupió para ahuyentar al diablo.

—¿No te gusta? —le pregunté, molesto.

—Los romanos querían ser dioses —dijo—, por eso los dioses los humillaron. El consejo no debería celebrarse aquí.



Aun así, el Gran Consejo se celebraría en Glevum y Nimue no podía cambiarlo. Allí, entre murallas romanas de tierra y madera, se decidiría el destino del reino de Uter.

El rey supremo ya había llegado cuando nosotros entramos en la ciudad. Habíase alojado en otro gran edificio situado frente al de las columnas. No mostró sorpresa ni desagrado ante la presencia de Nimue, tal vez pensara que formaba parte de la comitiva de Morgana, y nos asignó una sola habitación para todos en la parte trasera de la casa, donde llegaba el humo de las cocinas y los esclavos tenían sus disputas. Mucho desmerecían los soldados del soberano comparados con los lucidos hombres de Tewdric. Los nuestros llevaban largas greñas y barbas descuidadas, capas remendadas y de diferentes colores, espadas largas y pesadas, lanzas de basta factura y escudos redondos en los que la enseña del dragón de Uter parecía primitiva al lado de los toros de Tewdric, pintados con esmero.

Hubo celebraciones durante los dos primeros días. Los campeones de ambos reinos sostuvieron falsos combates extramuros, aunque cuando Owain, el paladín de Uter, saltó al campo de batalla, el rey Tewdric hubo de arriesgar a dos de sus mejores hombres. Se decía del famoso héroe de Dumnonia que era invencible, y su estampa, cuando se plantó con el sol estival reflejado en su larga espada, hizo honor a su fama. Era hombre de gran corpulencia y brazos tatuados, pecho desnudo y peludo y barba hirsuta adornada con aros de guerrero forjados con armas de enemigos vencidos. El combate contra los dos campeones de Tewdric tenía que ser falso, pero no se vio falsedad alguna en los ataques que los héroes de Gwent le lanzaron por turno. Los tres lucharon como empujados por el odio, y el entrechocar de sus espadas debió de resonar hasta la lejana Powys, en el norte; al cabo de pocos minutos el sudor se mezclaba con la sangre, los filos de las espadas se mellaron y los tres hombres cojeaban, pero Owain seguía dominando el combate. A pesar de su gran corpulencia, era rápido con la espada y asestaba golpes con fuerza imparable. La multitud, llegada desde todos los rincones del país, tanto del reino de Uter como del de Tewdric, aullaba como manada de bestias salvajes, cada cual animando a su representante a que masacrara al contrario. Tewdric, al ver tanta pasión desbordada, arrojó la vara para poner fin al combate.

—No olvidéis que somos amigos —dijo a los tres hombres, y Uter, sentado en una grada superior a la de Tewdric como correspondía al rey supremo, corroboró la decisión con un gesto de asentimiento.

Uter parecía embotado y enfermo; el cuerpo, hinchado por la retención de líquidos, el rostro, amarillento y flácido; y el resuello, gravoso. Habíanlo transportado al campo de batalla en una litera y estaba sentado en su trono, envuelto en una gruesa capa que ocultaba las joyas de su cinturón y la brillante torques. El rey Tewdric vestía al estilo romano; de hecho su abuelo había sido un auténtico romano,

lo cual explicaba su extraño nombre, que parecía extranjero. Usaba el rey el pelo cortado a cepillo, no tenía barba y se ataviaba con una toga blanca recogida en muchos pliegues sobre un hombro. Era alto, delgado y de movimientos armónicos, y a pesar de su juventud lo avejentaba la expresión triste y sabia de su rostro. El peinado de su reina, Enid, consistía en un extraño moño en espiral sobre la coronilla, sujeto de tan precaria guisa que la ilustre dama había de imprimir a su cabeza un movimiento forzado, como el de los potros recién nacidos. Tenía la cara cubierta de una pasta blanca que la privaba de toda expresión, salvo una especie de inmutable perplejidad teñida de aburrimiento. Su hijo Meurig, Edling de Gwent, era un inquieto niño de diez años que estaba sentado a los pies de su madre y recibía un cachete de su padre cada vez que se hurgaba la nariz.

Tras la lucha vino el concurso de arpistas y bardos. Cynyr, el bardo de Gwent, cantó el gran relato de la victoria de Uter sobre los sajones en Caer Idem. Después colegí que, sin duda, obedecía órdenes de Tewdríc, que deseaba rendir homenaje al soberano, y ciertamente la actuación fue del agrado de Uter, que sonreía a medida que los versos progresaban y asentía siempre que se alababa a algún guerrero en concreto. Cynyr declamó la victoria con voz vibrante y al llegar a los versos que hablaban de los cientos de sajones muertos a manos de Owain, se dirigió a éste, que aún no se había recuperado del cansancio y las magulladuras del combate anterior. Uno de los campeones de Tewdríc, que sólo una hora antes había intentado derrotar al corpulento hombre, hubo de ponerse en pie y levantar el brazo al paladín del reino. La multitud estalló en clamores, y luego en carcajadas cuando Cynyr, fingiendo voz de mujer, recitó las súplicas de los sajones pidiendo clemencia. Empezó a correr por el campo a tímidos pasitos atemorizados, agachándose como si quisiera esconderse; los presentes disfrutaron sobremanera, y yo con ellos. Casi veíamos a los odiados sajones apelotonándose aterrorizados, casi olíamos el hedor de su sangre derramada y oíamos el aleteo de los cuervos que se precipitaban a arrancarles las entrañas; después Cynyr se irguió en toda su estatura, dejó caer la capa y, desnudo y pintado de azul, entonó el canto de gracias a los dioses, testigos de la victoria de su paladín, el rey supremo, Uter de Dumnonia, Pandragón de Britania, sobre reyes, cabecillas y paladines del enemigo. Para terminar, y desnudo todavía, el bardo se postró ante el trono de Uter.

Uter rebuscó entre los pliegues del manto hasta que encontró una torques de oro para dársela a Cynyr. Se la arrojó sin fuerza y la joya fue a caer al borde de una tarima de madera donde se hallaban sentados dos reyes. Nimue palideció ante tan mala señal, pero Tewdríc recogió la joya serenamente y la entregó al bardo de cabellos blancos, al cual, con sus propias manos, ayudó a levantarse.

Después de los cantos de los bardos y justo en el momento en que el sol se ponía tras la oscura y baja línea de los montes occidentales, frontera natural con tierras de Siluria, una procesión de niñas ofrendó flores a las reinas, pero en la tarima había una

sola reina, Enid. Durante unos breves segundos, las que portaban flores para la dama de Uter quedaron en suspenso, hasta que el rey logró moverse y señalar a Morgana, que tenía banco propio junto a la plataforma, de modo que las niñas, desviándose un lado, depositaron ante ella los lirios, reinas de los prados y orquídeas silvestres.

—Diriase una albóndiga adornada con perejil —me susurró Nimue al oído.

La víspera del Gran Consejo se celebró una ceremonia cristiana en el salón principal del enorme edificio del centro del burgo. Tewdric era cristiano ferviente y sus seguidores llenaron a rebosar el recinto iluminado por llameantes antorchas colocadas en tederos de hierro repartidos por las paredes. Había llovido al anochecer y el salón olía a sudor, lana húmeda y humo de madera. Las mujeres se agrupaban en el ala izquierda y los hombres en la derecha, aunque Nimue pasó por alto esta distribución y subió tranquilamente a un pedestal que se alzaba tras la oscura multitud de hombres vestidos con manto y con la cabeza descubierta. Había más pedestales como aquél, la mayoría ocupados por estatuas, pero nuestro plinto estaba vacío y teníamos espacio suficiente para sentarnos los dos y contemplar desde allí los ritos cristianos, aunque al principio me llamaba más la atención la vastedad de la nave, más alta, más ancha y más larga que cualquier otro salón que yo conociera; tan inmenso era que anidaban gorriones en su interior, y a fe mía que el salón romano debía de parecerles un mundo entero. El cielo de los gorriones era una techumbre curva apoyada en gruesos pilares de ladrillo, antaño cubiertos de un estuco fino y blanco adornado con pinturas. Aún quedaban fragmentos de los frescos: distinguí el contorno rojo de un ciervo que corría, una criatura marina con cuernos y cola bífida y dos mujeres que sujetaban un ánfora de doble asa.

Uter no estaba presente, pero sus guerreros cristianos sí, y el obispo Bedwin, consejero del soberano, concelebraba la ceremonia que Nimue y yo observábamos desde nuestra torre vigía como dos niños traviesos que escucharan a escondidas la conversación de los mayores. El rey Tewdric estaba allí, acompañado por algunos de sus reyes y príncipes vasallos que al día siguiente asistirían al Gran Consejo. Los grandes tenían asientos dispuestos en la primera fila, pero la luz de las antorchas no caía de pleno sobre sus cabezas sino sobre los sacerdotes cristianos reunidos alrededor de la mesa. Era la primera vez que veía a estas criaturas celebrando sus ritos.

—¿Qué es un obispo, exactamente? —pregunté a Nimue.

—Como un druida —me dijo; y en efecto, los sacerdotes cristianos se rasuraban la mitad del cráneo de la misma manera que los druidas—, pero no recibe preparación —añadió Nimue con sorna— y no sabe nada.

—¿Todos son obispos? —pregunté, porque eran unos veinte hombres de cabeza afeitada yendo y viniendo, inclinando y levantando la cabeza alrededor de la mesa iluminada del fondo del salón.

—No, algunos son sólo sacerdotes. Saben todavía menos que los obispos —dijo, y se ríó.

—¿No hay sacerdotisas? —pregunté.

—En su religión —replicó con desdén— las mujeres tienen que someterse a los hombres.

Escupió contra el diablo y unos cuantos soldados que estaban cerca se volvieron y la miraron con reproche. Nimue no se dio por aludida. Estaba envuelta en su manto negro y se abrazaba las rodillas, que mantenía dobladas contra el pecho. Morgana nos había prohibido asistir a las ceremonias cristianas, pero Nimue ya no acataba órdenes de Morgana. A la luz de las antorchas, su afilado rostro quedaba en sombras y los ojos le brillaban.

Los extraños sacerdotes cantaban y recitaban en lengua griega, que nada significaba para ninguno de los dos. No paraban de dar cabezadas, y la gente respondía cada vez agachándose y volviéndose a levantar; y, con cada vez que se agachaban, llegaba del ala derecha el molesto estrépito metálico provocado por un centenar de vainas de espada, o más, que chocaban con las baldosas del suelo. Los sacerdotes, igual que los druidas, al rezar abrían los brazos. Sus atavíos eran extraños, semejantes en cierto modo a la toga de Tewdric, pero con una especie de manto corto y con adornos por encima. Cantaban y la gente respondía cantando a su vez, y algunas mujeres que estaban detrás de la frágil reina Enid, de blanco rostro, empezaron a gritar y a convulsionarse presas de éxtasis; pero los sacerdotes no hicieron caso de la conmoción y continuaron recitando y cantando. En la mesa había una sencilla cruz de madera hacia la cual inclinaban la cabeza y contra la cual hizo Nimue el gesto del diablo al tiempo que musitaba unas palabras de protección. Enseguida empezamos a aburrirnos y yo quería escabullirme hacia las habitaciones de Uter para ocupar un buen sitio, porque tras la ceremonia iba a celebrarse allí una gran fiesta; pero entonces tomó la palabra un sacerdote joven que, en vez de expresarse en la lengua de la noche, arengó a la congregación usando el habla britana.

Era Sansum, y fue aquélla la primera vez que vi al santo varón. Era muy joven entonces, mucho más joven que los obispos, pero se había forjado fama de gran promesa, la esperanza del futuro de los cristianos, y los obispos le habían concedido a propósito el honor de predicar esa noche para potenciar su carrera.

Sansum siempre fue delgado, de corta estatura, con una barbilla afilada y afeitada y una frente huidiza tras la cual el pelo de la tonsura nacía tieso y negro como un seto de espino, aunque más recortado en el centro que en los lados, con lo cual lucía dos hirsutos copetes negros que sobresalían justo por encima de las orejas.

—Se parece a Lughtigern —me dijo Nimue en voz baja, y me eché a reír a carcajadas, porque Lughtigern es el rey de los ratones de los cuentos infantiles; un personaje jactancioso y bravucón que siempre huye cuando aparece el gato.

A pesar de todo, el tonsurado rey de los ratones sabía predicar, ciertamente. Nunca, hasta esa noche, había oído yo la sagrada palabra de Nuestro Señor Jesucristo, y a veces tiemblo al pensar cuán torcidamente interpreté aquel primer sermón, aunque jamás olvidaré la fuerza con que fue pronunciada. Sansum predicaba desde otra mesa, situada de tal modo que a todos veía y era visto por todos; en algunas ocasiones la pasión de su prédica amenazó con precipitarlo al suelo y sus compañeros sacerdotes hubieron de sujetarlo. Yo tenía la esperanza de que cayera de una vez, pero siempre se las arregló para recuperar el equilibrio a tiempo.

El sermón comenzó de forma convencional. Dio gracias a Dios por la presencia de los grandes reyes y poderosos príncipes que habían acudido a escuchar el Evangelio y luego tuvo unas amables palabras para el rey Tewdric antes de lanzarse de lleno a un discurso que sentaba la base del pensamiento cristiano con respecto al estado de Britania. Tiempo después comprendí que había sido una conferencia política, más que un verdadero sermón.

La isla de Britania, dijo Sansum, era amada por Dios. Era una tierra especial, separada de otras y rodeada por un mar brillante que la defendía de pestilencias, herejías y enemigos. Britania, prosiguió, se veía favorecida además con la bendición de grandes gobernantes y poderosos guerreros, aunque en los últimos tiempos hubiera sido dividida por extranjeros, y sus campos, graneros y aldeas se hubieran alzado en armas. Los infieles saís, los sajones, estaban tomando la tierra de nuestros antecesores y devastándola. Los temibles saís profanaban las tumbas de nuestros padres, violaban a nuestras mujeres y sacrificaban a nuestros hijos, y esas cosas no podían permitirse, aseguraba Sansum, a menos que fueran voluntad de Dios, y ¿por qué habría Dios de volver la espalda a sus amados y favorecidos hijos?

Porque esos hijos, dijo, se negaban a escuchar el mensaje divino. Los hijos de Britania seguían reverenciando la madera y la piedra. Aún existían los llamados bosques sagrados y seguían adornando sus santuarios con calaveras de muertos y empapándolos con sangre de sacrificios. Aunque semejantes cosas no se vieran en las ciudades, recalcó Sansum, pues la mayoría estaban habitadas por cristianos, la campiña, advirtió, estaba infestada de paganos. A pesar del reducido número de druidas que quedaba en Britania, en todos los valles y tierras de labor había hombres y mujeres que actuaban como druidas, que sacrificaban seres vivos a la piedra inerte y que recurrían a encantamientos y amuletos para embaucar a las gentes sencillas. Hasta los cristianos, Sansum recriminó a la congregación, llevaban a los enfermos a las brujas infieles y consultaban sus sueños con profetisas paganas, y mientras esas prácticas malignas continuaran sucediéndose, Dios seguiría maldiciendo a Britania con la violación, el asesinato y la presencia de los sajones. Se detuvo a tomar aliento y yo acaricié la torques que llevaba al cuello porque sabía que ese señor de los ratones que tanto despoticaba era enemigo de mi señor Merlín y de mi amiga Nimue.

De pronto, a voz en grito y tambaleándose al borde de la mesa con los brazos abiertos, proclamó que habíamos pecado y que todos teníamos que arrepentimos. Los reyes de Britania, recalcó, tenían la obligación de amar a Cristo y a su bendita madre, y sólo cuando toda la raza britana se uniera en Dios, uniría Dios a toda Britania. Llegados a ese punto, empezaron a producirse señales de respuesta entre la muchedumbre; pedían acuerdo a voces exigiendo la muerte de los druidas y sus seguidores y suplicaban el perdón de su dios. Fue terrorífico.

—Ven —me dijo Nimue en voz baja—, ya he oído bastante.

Bajamos del pedestal y nos abrimos camino entre el gentío que llenaba el vestíbulo, bajo los pilares exteriores del salón. Para mi propia vergüenza, me embocé con la capa hasta la imberbe barbilla ocultando la torques y seguí a Nímue por los peldaños que llevaban a la espaciosa plaza, por doquier iluminada con antorchas. Una fina llovizna caía desde el oeste y hacia relucir las piedras de la plaza a la luz del fuego. Los guardias uniformados de Tewdric permanecían inmóviles en torno a la plaza. Nimue me condujo al mismo centro del amplio espacio, se detuvo y de repente rompió a reír. Primero un simple chasquear de la lengua, luego una risa sardónica que se convirtió en burla feroz, que a su vez pasó a ser un aullido desafiante que rebotó en los tejados de Glevum y elevó su eco a los cielos, para terminar en una carcajada estridente y demencial, salvaje como el grito de muerte de una bestia acorralada. Se giró, al lanzar la carcajada, en el sentido del sol, de norte a este, al sur y al oeste y de nuevo al norte, y ni un soldado movió un solo dedo. Algunos cristianos de los que se apiñaban en el pórtico del gran edificio se volvieron y nos miraron con ira, pero no se inmiscuyeron. También los cristianos reconocían la marca de los dioses y ninguno osó ponerle la mano encima a Nimue.

Cuando se quedó sin aliento, cayó en las piedras del suelo y permaneció en silencio, una figura diminuta arrebujada en el negro manto, un bulto sin forma definida temblando a mis pies.

—¡A y, pequeño! —exclamó al cabo con voz cansada—. ¡Ay, mí pequeño!

—¿Qué sucede? —pregunté.

Confieso que me tentaba más el olor a cerdo asado que llegaba de las habitaciones de Uter que cualquier trance pasajero que dejara a Nimue tan exhausta.

Me tendió la mano de la cicatriz y la ayudé a ponerse en pie.

—Nos queda una oportunidad —me dijo en voz queda y temerosa—, una sola, y si la perdemos los dioses se alejarán de nosotros, nos abandonarán y quedaremos a merced de los brutos. Y esos locos de ahí dentro, el señor de los ratones y sus seguidores, nos la pisotearán a menos que luchemos contra ellos. Pero ellos son muchos y nosotros muy pocos.

Me miraba a la cara y lloraba con desesperación.

Yo no sabía qué decir, no dominaba el mundo espiritual, aunque fuera acogido de

Merlín y niño de Bel.

—Bel nos prestará ayuda, ¿no es así? —pregunté desarmado—. Nos ama, ¿no es cierto?

—¡Nos ama! —Apartó la mano de mi bruscamente—. ¡Nos ama! —repitió con burla—. La tarea de los dioses no es amarnos. ¿Acaso amas tú a los cerdos de Druidan? ¿Por qué, en nombre de Bel, habría de amarnos un dios? ¡Amarnos! ¿Qué sabes tú del amor, Derfel, hijo de sajona?

—Sé que te amo a ti —dije.

Aún ahora me sonrojo cuando pienso en las desesperadas arremetidas de un joven por conseguir el afecto de una mujer. Me costó toda la fuerza del mundo pronunciar esas palabras, hasta la última gota del valor que creía poseer, y tras soltarlas me sonrojé bajo la luz de las llamas y la lluvia y deseé no haber hablado.

—Lo sé —me dijo Nimue con una sonrisa—. Lo sé. Ahora vamos. Hay un festín para cenar.

En estos días, en estos mis últimos días, que paso escribiendo en este monasterio de los montes de Powys, a veces cierro los ojos y veo a Nimue. No a la Nimue en que se convirtió después, sino a la que era entonces, tan fogosa, tan rápida, tan segura de si misma. Sé que he ganado a Cristo, y por su bendición he ganado también el mundo entero, pero lo que perdí, lo que todos perdimos, no es posible calcularlo. Todo lo perdimos.

El festín fue maravilloso.

El Gran Consejo comenzó a media mañana, tras otra ceremonia de los cristianos. Celebraban ceremonias constantemente, me pareció, pues todas las horas del día parecían exigirles una genuflexión ante la cruz, pero el retraso dio tiempo a príncipes y guerreros para recobrar de la bebida, las juergas y las peleas de la noche anterior. El Gran Consejo tuvo lugar en el mismo salón, que de nuevo estaba iluminado por antorchas, pues aunque el sol de primavera brillaba con esplendor, las escasas ventanas del recinto eran estrechas y estaban situadas en lo alto, más para dejar salir el humo, función que tampoco cumplían bien, que para permitir el paso de la luz del sol.

Uter, rey supremo, se sentó en una plataforma que se elevaba por encima del estrado reservado a reyes, Edlings y príncipes. Tewdric de Gwent, anfitrión del Consejo, ocupó el lugar situado a los pies de Uter; a ambos lados de su trono había otros doce asientos, ocupados en ese día por los reyes o príncipes vasallos que rendían vasallaje a Uter o a Tewdric. Allí se encontraban el príncipe Cadwy de Isca, el rey Melwas de los belgas y el príncipe Gereint, señor de las Piedras, mientras que el distante y salvaje reino de Kernow, en el extremo occidental de Britania, había enviado a su Edling, el príncipe Tristán, que ocupaba, envuelto en piel de lobo, el extremo del estrado donde quedaban vacantes dos sitios.

En realidad los sitiales no eran sino sillas traídas del salón del festín y hábilmente revestidas con telas; delante de cada silla, colocados en el suelo y apoyados en la tarima, estaban los escudos de los reinos. En otro tiempo se apoyaban allí treinta y tres escudos, pero en ese momento las tribus britanas estaban enfrentadas unas con otras y algunos reinos habían desaparecido de Lloegyr bajo el acero sajón. Entre otras decisiones, en el presente Consejo se pretendía establecer la paz entre los reinos britanos que quedaban, una paz ya amenazada, pues Powys y Siluria no habían acudido al Consejo. Sus sitiales estaban vacíos, como mudos testigos de la sostenida enemistad de esos reinos hacia Gwent y Dumnonia.

Ante los reyes y príncipes, y tras un pequeño espacio libre para quien hubiera de tomar la palabra, se encontraban los consejeros y primeros magistrados de los reinos. Algunos consejos, como los de Gwent y Dumnonia, eran multitudinarios, mientras que otros sólo reunían a un puñado de hombres. Los magistrados y consejeros se sentaron en el suelo y fue en ese momento cuando caí en la cuenta. La tierra estaba cubierta por miles de piedrecillas de colores que juntas formaban un dibujo de grandes proporciones, del que asomaban fragmentos por entre los traseros aposentados. Los consejeros se habían procurado mantas a modo de cojines, pues sabían que las deliberaciones del Gran Consejo podían alargarse hasta bien entrada la noche. Después de los consejeros, presentes sólo en calidad de observadores, se encontraban los guerreros armados, algunos acompañados de sus perros de caza, bien sujetos a su lado. Me situé entre los guerreros por la sola autoridad que me concedía mi torques de bronce con la cabeza de Cernunnos.

Dos mujeres asistían al Consejo, sólo dos, pero incluso tan modesta representación levantó murmullos de protesta entre los hombres, que, sin embargo, cesaron al primer destello de ira de los ojos de Uter.

Morgana ocupó un puesto justo frente al rey supremo. Los consejeros se situaron alejados de ella, de modo que permaneció aislada en su sitio hasta que Nimue, cruzando la puerta del salón valientemente, se abrió camino entre los hombres sentados para colocarse a su lado. Nimue hizo su entrada con tan serena seguridad que nadie trató de detenerla. Una vez sentada, miró fijamente a Uter como retándole a que la expulsara, pero el rey hizo caso omiso de su presencia. Tampoco Morgana acusó su llegada y continuó sentada, inmóvil y con la espalda muy erguida. Nimue, vestida con su blanca túnica de lino y su fina correa de esclava, parecía leve y frágil entre aquellos hombres de pesadas capas y grises cabellos.

El Gran Consejo se abrió, igual que todos los consejos, con una oración. De haber estado Merlín presente, habría convocado a los dioses; el obispo Bedwin, por el contrario, ofreció una plegaria al dios cristiano. Vi a Sansum sentado entre las filas de consejeros de Gwent y observé la feroz mirada de odio que clavó a las dos mujeres cuando no inclinaron la cabeza durante la oración del obispo. Sansum sabía que las



mujeres habían acudido en representación de Merlín.

Tras la plegaria, lanzó el reto Owain, el campeón de Dumnonia, que dos días antes había vencido a los dos mejores hombres de Tewdric. Merlín decía que era un bruto, y realmente parecía un bruto, de pie ante el rey, con las heridas de la pelea aún frescas en la cara, empuñando la espada, con una gruesa capa de lobo sobre los tensos músculos de sus enormes hombros.

—¿Hay algún hombre aquí que dispute a Uter su derecho al trono? —preguntó con voz atronadora.

Nadie respondió. Owain, un tanto decepcionado por no tener ocasión de matar a un adversario, envainó la espada y se sentó a disgusto entre los consejeros. Habría preferido, con diferencia, quedarse de pie entre sus guerreros.

El siguiente paso fue informar de las nuevas de Britania. El obispo Bedwin, hablando en nombre del rey supremo, informó de que había cesado la amenaza sajona en el este de Dumnonia, aunque a un precio tan elevado que superaba toda consideración. El príncipe Mordred, Edling de Dumnonia y guerrero cuya fama había llegado a los confines de la tierra, había muerto en la hora de la victoria. El rostro de Uter no acusó emoción alguna al escuchar el manido relato de la muerte de su hijo. Arturo no fue nombrado, a pesar de haber sido él quien consiguiera la victoria, aun en contra de la torpeza militar de Mordred; todos los presentes lo sabían. Bedwin informó también de que los sajones derrotados habían llegado desde las tierras gobernadas en otro tiempo por la tribu catuveliana y que, si bien no habían sido expulsados del antiguo territorio en su totalidad, habían aceptado pagar un tributo anual al rey supremo en oro, trigo y bueyes. Y quiera el Señor, añadió, que la paz dure.

—¡Quiera el Señor —intervino el rey Tewdric— que los sajones sean expulsados de esas tierras!

Los soldados, alineados al fondo y a los lados del salón, reaccionaron a estas palabras golpeando la contera de la lanza contra el suelo; al menos una agujereó los pequeños azulejos del mosaico. Los perros ladraron.

Acallado el rudo aplauso, Bedwin prosiguió con calma y anunció que la paz se mantenía gracias al acertado y oportuno tratado de amistad vigente entre el rey supremo y el noble rey Tewdric. En el oeste, y aquí Bedwin hizo una pausa para dedicar una sonrisa al bello y joven príncipe Tristán, también reinaba la paz.

—El reino de Kernow —manifestó Bedwin— sabe guardarse bien. Tenemos entendido que el rey Mark ha tomado nueva esposa y deseamos que, al igual que sus ilustres antecesoras, mantenga a su señor completamente ocupado. —El comentario provocó un risueño murmullo.

—¿Qué esposa es ésta? —inquirió Uter súbitamente—. ¿La cuarta o la quinta?

—Creo que hasta mi padre ha perdido la cuenta, gran señor mío —respondió

Tristán, y el salón estalló en carcajadas.

Las conteras de las lanzas rompieron unos cuantos azulejos más y un pequeño fragmento saltó y fue a chocar con mi pie.

Después habló Agrícola, de nombre romano y apegado a las costumbres romanas. Agrícola, comandante de Tewdric y ya anciano entonces, era, sin embargo, temido todavía por su habilidad en la batalla. Su alta figura no se encorvaba bajo el peso de los años, aunque sus cortos cabellos se habían tornado blancos como el filo de una espada. Tenía cicatrices en la cara y se presentó perfectamente vestido de uniforme romano, mucho más suntuoso que el de sus hombres. La túnica era escarlata, la cota y las grebas, de plata, y bajo el brazo llevaba el casco también de plata, emplumado con crin de caballo teñida y cortada en forma de hirsuto cepillo de color rojo vivo. En su informe anunció que los sajones también habían sufrido derrota en la frontera oriental del reino de su señor, pero las nuevas sobre las tierras perdidas de Lloegyr eran turbadoras, pues al parecer habían desembarcado más naves llegadas de tierras sajonas por el mar germano, y con el tiempo, advirtió, el aumento de naves en las costas sajonas significaría mayor número de guerreros presionando en dirección oeste para adentrarse en Britania. Agrícola nos advirtió asimismo de la existencia de un nuevo jefe saón llamado Aelle, que luchaba por la supremacía entre los saís. Fue entonces cuando oí el nombre de Aelle por vez primera, y sólo los dioses sabían en ese momento hasta qué punto llegaría a obsesionarnos durante los años venideros.

Según Agrícola, aunque los sajones se mantuvieran tranquilos de momento, no se había restablecido la paz en el reino de Gwent. Bandas guerreras de britanos habían llegado al sur desde Powys y otras avanzaban sobre el oeste desde Síluría para atacar las tierras de Tewdric. Habían sido enviados mensajeros a ambos reinos invitando a los monarcas a acudir al Consejo, pero por desgracia, y aquí Agrícola señaló hacia las dos sillas vacías de la tarima real, ni Gorfyddyd de Powys ni Gundleus de Siluria habían acudido. Tewdric no podía ocultar la decepción, pues alimentaba abiertamente la esperanza de que Gwent y Dumnonia acordaran la paz con los dos vecinos del norte. Supuse que esa misma esperanza era la que había impulsado a Uter a invitar a Gundleus a visitar a Norwenna en primavera; pero los sitios vacíos sólo podían significar la prolongación de las enemistades. Agrícola advirtió severamente que si no se lograba la paz, el rey de Gwent no tendría más alternativa que declarar la guerra a Gorfyddyd de Powys y a su aliado, Gundleus de Siluria. Uter aprobó la sentencia con un gesto de asentimiento.

De las tierras de más al norte, continuó Agrícola, llegaban noticias de que Leodegán, rey de Henis Wyren, había sido expulsado de su reino por Diwrnach, el invasor irlandés, que había puesto a las tierras conquistadas el nombre de Lleyn. Leodegán, desposeído, había pedido asilo a Gorfyddyd de Powys, visto que Cadwallon de Gwynedd no estaba dispuesto a acogerlo. Esa noticia provocó más

risas, pues de todos era conocida la estupidez del rey Leodegán.

—También he sabido —continuó Agrícola cuando las risas hubieron cesado— que han llegado más invasores irlandeses a Demetia y que desde allí ejercen gran presión sobre las fronteras occidentales de Powys y Siluria.

—Yo hablaré por Siluria —irrumpió una voz potente desde la puerta. Gundleus había llegado.

El rey de Siluria entró cual héroe en el recinto, sin el menor gesto de vacilación ni disculpa, a pesar de que sus guerreros habían saqueado la tierra de Tewdric repetidamente, del mismo modo que había organizado incursiones por el sur cruzando el río Severn para arrasar el país de Uter. Mostrábase tan arrogante que tuve que recordarme a mi mismo que le había visto huir de la fortaleza de Merlín asustado por Nimue. Detrás de Gundleus, arrastrando los pies y babeando, entró Tanaburs el druida, y una vez más me escondí al acordarme del pozo de la muerte. Merlín me había dicho en una ocasión que, puesto que Tanaburs no había logrado matarme entonces, su alma estaba en mi poder, pero volví a estremecerme de miedo al ver llegar al viejo con el tintineo de los huesecillos que engarzaba en sus apretadas trenzas.

Detrás de Tanaburs, con las largas espadas envainadas y cubiertas por telas rojas, avanzó a grandes trancos el séquito de Gundleus. Sus hombres llevaban el pelo y los bigotes trenzados y la barba larga. Se quedaron en pie con los demás guerreros, haciéndolos a un lado para formar en sólida falange, como hombres orgullosos que acuden al Gran Consejo de sus enemigos, mientras que Tanaburs, envuelto en su sucia túnica gris bordada con medias lunas y liebres corredoras, encontró un hueco entre los consejeros. Owain, al olor de la sangre, se levantó para cerrar el paso a Gundleus, pero éste ofreció al paladín del rey la empuñadura de su espada en señal de paz, y luego se postró en el suelo ante el trono de Uter.

—Levántate, Gundleus ap Meilyr, rey de Siluria —ordenó Uter, y le tendió la mano en señal de bienvenida.

Gundleus subió a la tarima, le besó la mano y se soltó las correas con que sujetaba a la espalda el escudo con su blasón, la máscara de zorro. Lo colocó entre los demás escudos, se sentó en su sitial y comenzó a mirar alrededor abierta y orgullosamente, como si le causara gran placer estar allí. Saludó a los conocidos con la cabeza, murmurando palabras de sorpresa al ver a unos y sonriendo a otros. Todos a cuantos saludó eran enemigos suyos, y sin embargo se repantingó en la silla como si estuviera al amor de su propia hoguera, y hasta colocó una pierna en el brazo del asiento. Enarcó una ceja al ver a las dos mujeres y sospecho que frunció el ceño cuando reconoció a Nimue, pero el disgusto no le duró mucho y siguió inspeccionando a los congregados. Tewdric le invitó cordialmente a transmitir al Gran Consejo las noticias de su reino, pero Gundleus se limitó a sonreír diciendo que todo marchaba bien en

Siluria.

No deseo agotaros con los pormenores del día. Las nubes iban cubriendo el cielo de Glevum a medida que se zanjaban disputas, se acordaban matrimonios y se emitían juicios. Gundleus, aunque en ningún momento reconociera sus desmanes, consintió en pagar a Tewdric una compensación en vacas, ovejas y oro, y a lo mismo se avino con respecto al rey supremo; muchos conflictos menores fueron resueltos por idéntico proceder. Largas fueron las discusiones y enmarañados los alegatos, pero, una a una, resolviéronse todas las querellas. Tewdric mediaba casi de continuo, aunque siempre miraba de reojo al rey supremo por si le indicaba, mediante algún gesto leve, que era otro su parecer. Uter apenas se movió, aparte de esos pequeños gestos y algunos cambios de postura cuando un esclavo le llevaba agua, pan o la medicina que Morgana le preparaba con pezuña de potro macerada en hidromiel para aliviarle la tos. Abandonó el estrado una sola vez; fue a orinar contra la pared del fondo del salón mientras Tewdric, paciente y detallista, deliberaba sobre una disputa de fronteras entre dos caudillos de su propio reino. Uter escupió en sus orines para evitar al diablo y volvió cojeando al estrado en el momento en que Tewdric dictaba la sentencia, de la que tomaron nota en pergamino, como de todas las demás, tres escribanos que estaban sentados a una mesa detrás del estrado. Uter reservaba sus escasas fuerzas para el asunto mas importante del día, que fue tratado después del anochecer. El crepúsculo se presentó muy oscuro y los servidores de Tewdric llevaron doce antorchas más al salón. Además había empezado a llover copiosamente y hacía frío en el salón, pues el agua se colaba por los resquicios del tejado y caía hasta el suelo o bajaba en regueros por las desnudas paredes de piedra. Tan repentina fue la irrupción del frío que se hizo forzoso colocar un brasero, un cuenco de hierro de cuatro pies de diámetro bien cumplidos, repleto de leños, y encenderlo a los pies del rey supremo. Los escudos reales hubieron de ser cambiados de lugar y el sitial de Tewdric corrido a un lado para que el calor alcanzara a Uter en los pies. La estancia se llenó de humo, que no tardó en arremolinarse en las sombras del techo buscando salida hacia la torrencial lluvia que caía en el exterior.

Por fin Uter se puso en pie para dirigirse al Gran Consejo. Mantenía mal el equilibrio, de modo que, apoyándose en una gran lanza para osos, habló de la preocupación que sentía respecto a su reino. Dumnonia, dijo, tenía un nuevo Edling y había que agradecerse a los dioses, pero el Edling era débil, de muy tierna edad y con un pie torcido. La confirmación de rumores tan agoreros fue acogida con murmullos, que Uter acalló enseguida levantando una mano. El humo giraba a su alrededor dándole un aspecto lúgubre, como si su alma luciera ya galas de cuerpo espectral en camino al otro mundo. Brillaba el oro en su cuello y muñecas y una fina cinta de oro, la corona del rey supremo, le ceñía las desgredadas canas.

—Soy viejo —dijo— y no viviré mucho más. —Acalló las protestas con otro

débil gesto de la mano—. No digo que mi reino sea superior a ningún otro de esta tierra, pero afirmo que si Dumnonía cae en poder de los sajones, caerá con ella toda Britania. Si cayera Dumnonia, perderíamos los vínculos con Armórica y con nuestros hermanos del otro lado del mar. Si Dumnonía cayera, los sajones habrían conseguido dividir la tierra britana, y una tierra dividida no sobrevive. —Hizo una pausa y por un segundo creí que el cansancio le impediría continuar, pero entonces irguió su gran testuz de toro y habló—. ¡Debemos impedir que los sajones alcancen el río Severn! —expresó a gritos su credo, el que había albergado en su corazón durante tantos años. Mientras los britanos mantuvieran rodeados a los sajones, aún quedaban esperanzas de arrojarlos de nuevo al mar germano, mas si, por el contrario, los invasores conseguían alcanzar las costas occidentales, Dumnonia quedaría separada de Gwent y los britanos del sur de los britanos del norte—. Los hombres de Gwent son nuestros mejores guerreros —afirmó en dirección a Agrícola, rindiéndole así homenaje—, pero de todos es sabido que Gwent se sustenta del pan de Dumnonia. Es necesario conservar Dumnonía o perderemos Britania. ¡Tengo un nieto y suyo es el reino! El reino será para Mordred cuando yo muera. ¡Esa es mi ley!

Golpeó la plataforma con la lanza y la antigua y sólida fuerza del Pandragón destelló en sus ojos. Fuera cuales fueren las decisiones que se tomaran, el reino seguiría en manos del linaje de Uter, porque así era la ley de Uter y así lo asumieron todos los presentes. Tan sólo quedaba por decidir la forma en que habría de ser protegido el niño lisiado hasta alcanzar edad de ascender al trono.

Y entonces comenzaron los parlamentos, aunque todos conocían de antemano el signo de las decisiones. ¿Por qué, si no, Gundleus se repantingaba en el sitial con tal petulancia? No obstante, algunos proponían otros candidatos a la mano de Norwenna. El príncipe Gereint, señor de las Piedras, que guardaba las fronteras sajonas de Dumnonía, propuso a Meurig ap Tewdric, el Edling de Gwent, pero nadie ignoraba que dicha proposición no era sino una forma de halagar a Tewdric y que jamás sería aceptada, pues Meurig sólo era un mocoso sin la menor posibilidad de preservar Dumnonia de los sajones. Gereint, cumplida su misión, se sentó a escuchar a un consejero de Tewdric que abogó por el príncipe Cuneglas, primogénito de Gorfyddydd y, por tanto, Edling de Powys. El consejero adujo que un matrimonio con el príncipe de la corona enemiga forjaría la paz entre Powys y Dumnonia, los dos reinos más poderosos de Britania, pero la propuesta fue rechazada sin misericordia por el obispo Bedwin, pues sabía que su señor jamás confiaría su reino al cuidado del hijo del más encarnizado enemigo de Tewdric.

Tristán, príncipe de Kernow, era otro candidato, pero puso reparos, sabiendo a ciencia cierta que nadie en Dumnonía confiaría en su padre, el rey Mark. Se barajó también el nombre de Meriadoc, príncipe de Stronggore, pero era éste un reino situado al este de Gwent que ya estaba prácticamente en poder de los sajones, y un

hombre que no fuera capaz de salvaguardar su propio reino, menos aún lo sería de defender dos. Hablaron entonces de las casas reales de Armórica, mas nadie sabía si el príncipe de allende el mar abandonaría sus nuevas tierras bretonas para defender Dumnonia.

Gundleus. Todos los razonamientos llevaban a Gundleus.

Fue entonces cuando Agrícola pronunció el nombre que casi todos los presentes deseaban escuchar con mayor ansia y temor. El viejo soldado se puso en pie con su brillante cota romana y la firmeza reflejada en el porte de los hombros y miró a Uter el Pandragón directamente a los legñosos ojos.

—Arturo —dijo—. Propongo a Arturo.

Arturo. El nombre resonó en el salón y, antes de que el eco se apagara por completo, estalló un súbito fragor de conteras de lanzas contra el suelo. Los lanceros que así aprobaban eran guerreros de Dumnonia, hombres que habían seguido a Arturo a la batalla y conocían su valor, pero su demostración fue breve.

Uter Pandragón, rey supremo de Britania, levantó su báculo y dio un solo golpe. Al punto se hizo el silencio y únicamente Agrícola osó enfrentarse al rey supremo.

—Propongo que Arturo contraiga matrimonio con Norwenna —dijo con todo respeto.

Y hasta yo, joven como era, supe que Agrícola hablaba en nombre de su señor el rey Tewdric, lo cual me confundió porque pensaba que el candidato de Tewdric era Gundleus.

Si conseguían que Gundleus rompiera su amistad con Powys, la nueva alianza entre Dumnonia, Gwent y Siluria dominaría la tierra de ambas orillas del mar Severn, acuerdo a tres bandas que constituiría un gran baluarte tanto frente a Powys como frente a los sajones. Pero, naturalmente, tenía que haberme percatado de que Tewdric buscaba la negativa al proponer a Arturo para estar en situación de exigir algo a cambio.

—Arturo ap Neb —dijo Uter, y su última palabra fue recibida con un murmullo ahogado de sorpresa y horror— no es de linaje real.

Nada había que oponer a tan sólido argumento; Agrícola aceptó la derrota, hizo una inclinación de cabeza y se sentó. Neb significaba nadie; Uter negaba su paternidad con respecto a Arturo y con ello, el derecho a ser considerado de sangre real; por tanto, no era candidato a la mano de Norwenna. Un obispo de los belgas se manifestó en favor de Arturo alegando que los reyes siempre se habían escogido de entre la nobleza y que las costumbres que habían sido útiles en el pasado podían serlo igualmente en el futuro, pero tan magra objeción murió a la primera mirada de Uter. Una ráfaga de lluvia se coló por una de las altas ventanas y chisporroteó en el fuego.

El obispo Bedwin se levantó otra vez. Aunque diese la impresión de que todo lo dicho hasta el momento sobre el futuro de Norwenna de nada servía, al menos se

habían barajado las posibilidades y los hombres de sentido común podrían entender el razonamiento que se ocultaba tras el anuncio que Bedwin hizo a continuación.

Gundleus de Siluria, dijo Bedwin sin entusiasmo, no tenía esposa. Un murmullo se elevó en el salón, pues de todos eran conocidas las murmuraciones sobre el escandaloso matrimonio de Gundleus con Ladwys, su amante de baja cuna, Pero Bedwin pasó por alto despreocupadamente la interrupción. El obispo continuó explicando que hacia unas semanas, Gundleus había visitado a Uter, había hecho la paz con el rey supremo y ahora era un placer para Uter entregarle a Norwenna por esposa y convertirlo así en protector, y repitió la palabra, en protector del reino de Mordred. Como prueba de su buena voluntad, Gundleus ya había pagado cierta cantidad en oro al rey Uter, cantidad que se había considerado adecuada. Bedwin añadió con soltura que siempre habría quien no confiara en el que había sido su enemigo hasta el momento, pero para dar mayor crédito a nuevos sentimientos Gundleus de Siluria renunciaba a sus antiguas aspiraciones sobre la tierra de Gwent, amén de convertirse al cristianismo y recibir bautismo públicamente en el río Severn, al pie de las murallas de Glevum, a la mañana siguiente. Los cristianos presentes cantaron aleluya, pero yo me quedé mirando al druida Tanaburs sin comprender por qué el perverso viejo loco no daba señales de desaprobación ante la forma en que su señor renegaba públicamente de la vieja fe.

Tampoco comprendía por qué esos hombres maduros se aprestaban con tanta facilidad a acoger de buen grado a un antiguo enemigo, y es que, naturalmente, estaban desesperados. Un reino quedaba en manos de un niño lisiado y Gundleus, a pesar de su pasado de traiciones, era un guerrero de fama. Si mantenía su palabra, la paz entre Dumnonia y Gwent estaba asegurada. Con todo, Uter no era un insensato e hizo todo lo posible por asegurar la protección de su nieto en caso de que Gundleus lo traicionara. Por decreto de Uter, un consejo regiría Durnnonia hasta que Mordred alcanzara la edad de empuñar la espada. Gundleus presidiría el consejo y seis hombres, cuyo jefe sería el obispo Bedwin, cumplirían el papel de consejeros. Tewdric de Gwent, firme aliado de Dumnonia, tendría derecho a enviar a dos hombres, y el consejo así compuesto sería el que tomara las decisiones sobre el gobierno de la tierra. Tales disposiciones no fueron del agrado de Gundleus. No había pagado dos cestos de oro para sentarse en un consejo de viejos, pero sabía que no podía oponerse. Guardó silencio mientras su nueva esposa y el reino de su hijastro quedaban amarrados entre leyes.

Se estipularon aún más reglas. Uter dijo que Mordred tendría tres protectores jurados, tres hombres comprometidos por su honor a defender la vida del niño con la suya propia. Si algún mal fuera infligido a Mordred, los juramentados habrían de vengarlo o sacrificar la vida en el intento. Gundleus no se movió durante la redacción del edicto, pero se removió inquieto en el asiento cuando se dijeron los nombres de

los protectores. Uno era el rey Tewdric de Gwent, el segundo era Owain, paladín de Dumnonia, y el tercero Merlín, lord de Avalón.

Merlín. Los hombres esperaban oír ese nombre como habían esperado escuchar el de Arturo. Uter no solía tomar decisiones graves sin el consejo de Merlín, mas ahora no estaba presente. Hacia muchos meses que no se veía a Merlín en Dumnonia. Por lo que de él sabían, bien podía estar muerto.

En ese momento Uter miró a Morgana por primera vez. Debió de sentir gran bochorno cuando Uter negó la paternidad de su hermano y por ende la suya propia, pero no había sido convocada al Gran Consejo como hija bastarda de Uter, sino como fiel profetisa de Merlín. Una vez prestado juramento de honor por parte de Tewdric y Owain, Uter miró a la contrahecha mujer tuerta. Se santiguaron entonces los cristianos presentes, que así se guardaban de los malos espíritus.

—¿Bien? —inquirió Uter.

Morgana estaba nerviosa. Le exigían garantía de que Merlín, su compañero de misterios, aceptaría la gran carga que representaba el juramento de honor. No estaba allí como consejera, sino como sacerdotisa, y como tal debía contestar. No lo hizo así, y su respuesta resultó insuficiente.

—Mi señor Merlín se sentirá muy honrado con tal nombramiento, gran señor mio —manifestó.

Nimue dio un grito, tan súbito y lúgubre que todos temblaron y se aferraron a sus lanzas. A los perros de caza se les erizó el pelo del lomo. Cuando el grito se fue apagando, dejó un gran silencio entre los hombres. El humo ascendía en rachas y dibujaba grandes formas iluminadas por las antorchas en lo alto del oscuro techo, donde la lluvia golpeaba las tejas, cuando, por encima de los últimos ecos del grito, resonó un trueno en la distancia, en medio de la noche sacudida por la tormenta.

¡Truenos! Los cristianos volvieron a santiguarse, pero ninguno ignoraba el significado de la señal. Taranis, el dios del trueno, había hablado, prueba de que los dioses habían acudido al Gran Consejo, y lo que es más, habían acudido convocados por una joven que, a pesar del frío que obligaba a los hombres a envolverse en sus capas, no llevaba más vestimenta que una túnica blanca y una correa de esclava.

Nadie se movió, no se oyó una sola palabra ni se produjo gesto alguno. Los cuernos de hidromiel fueron olvidados y los hombres dejaron de rascarse los piojos. Ya no había en el recinto reyes ni guerreros. No había obispos, sacerdotes tonsurados ni ancianos sabios. Éramos sólo una muchedumbre silenciada y asustada que miraba con respeto y temor a una joven que se soltaba el cabello y lo dejaba caer, largo y negro, sobre su esbelta y blanca espalda. Morgana miraba al suelo, Tanaburs estaba boquiabierto y el obispo Bedwin musitaba oraciones mientras Nimue se dirigía a la palestra de los oradores, un espacio vacío detrás del brasero. Levantó los brazos y empezó a girar lentamente en el sentido del sol, de modo que todos le vimos la cara,



una cara de horror, con los ojos en blanco y la lengua fuera de la boca, que se torció en una mueca. Dio otra vuelta sobre si misma, y otra más, cada vez más aprisa, y doy fe de que un escalofrío estremeció al mismo tiempo a toda la concurrencia. Nimue empezó a agitarse al tiempo que daba vueltas velozmente, acercándose más y más al ardiente fuego del brasero, a punto de precipitarse entre las llamas, pero entonces saltó en el aire y dejó escapar un chillido antes de caer a plomo sobre los azulejos. Luego, avanzando a cuatro patas como un animal, buscó la forma de volver a su sitio recorriendo de un lado a otro la hilera de escudos, que con anterioridad se había abierto para que el calor del fuego calentara las piernas al rey supremo, y cuando llegó al escudo de Gundleus, con la máscara de zorro, se irguió en actitud rampante, como una serpiente a punto de atacar y escupió una vez.

La saliva alcanzó al zorro.

Gundleus se levantó sobresaltado del sitial, pero Tewdric lo detuvo. También Tanaburs se puso en pie trabajosamente, mas Nimue se volvió hacia él, con los ojos todavía en blanco, y gritó de nuevo. Lo señaló con el dedo mientras el eco del grito todavía resonaba en el espacioso salón romano, y el poder de su magia obligó a Tanaburs a sentarse otra vez en el suelo.

Entonces Nimue tembló, los ojos le giraron en las órbitas y volvimos a ver su pupilas de color castaño. Parpadeó a la vista de todos como sorprendida de encontrarse en aquel lugar y, dando la espalda al rey supremo, se sumió en una inmovilidad total. Esa inmovilidad denotaba que se hallaba poseída por los dioses y que cuando hablara, serían ellos los que hablaran por su boca.

—¿Merlín sigue con vida? —preguntó Tewdric en actitud respetuosa.

—Naturalmente.

Su voz rezumaba burla y no dio tratamiento de rey al monarca que la interrogaba. Estaba en compañía de los dioses y no tenía necesidad de mostrar respeto ante simples mortales.

—¿Dónde se halla?

—Ausente —dijo Nimue, y dio media vuelta para mirar al rey togado que le preguntaba desde el estrado.

—¿Dónde ha ido? —preguntó Tewdric.

—En busca de la sabiduría de Britania —respondió Nimue. Todos prestaron oídos porque finalmente escuchaban auténticas nuevas. Vi que Sansum, el señor de los ratones, se retorció de ganas de expresar su rechazo ante tamaña irrupción de paganismo en el Gran Consejo, mas no había forma de que un simple sacerdote pudiera interferir en el interrogatorio que el rey Tewdric hacía a la muchacha.

—¿En qué consiste la sabiduría de Britania? —preguntó el rey Uter.

Nimue volvió a girar, una vuelta completa sobre sí misma en el sentido del sol, pero sólo lo hizo para concentrar sus pensamientos y encontrar la respuesta, y cuando

la tuvo la anunció con una entonación hipnótica.

—La sabiduría de Britania es el conocimiento de nuestros antecesores, los dones de nuestros dioses, las trece propiedades de los trece tesoros que, una vez reunidos de nuevo, nos devolverán el poder para reclamar nuestra tierra. —Hizo una pausa y, cuando volvimos a oírla, su voz había recuperado el timbre normal—. Merlín trabaja con ahínco para que esta tierra vuelva a ser una, la tierra britana —Nimue dio media vuelta y se quedó mirando a Sansum, directamente a sus brillantes e indignados ojillos—, con los dioses britanos. —Volvió a dirigirse al rey supremo—. Y si lord Merlín fracasa, Uter de Dumnonia, todos pereceremos.

Un murmullo recorrió la sala. Sansum y los cristianos protestaron a voces, pero Tewdric, el rey cristiano, los mandó callar con un gesto de la mano.

—¿Esas palabras son de Merlín? —preguntó a Nimue.

Nimue se encogió de hombros, como si la pregunta no viniera a cuento.

—No son palabras mías —replicó con insolencia.

Uter no dudaba de que Nimue, una niña todavía, una mujer en ciernes, no hablara por sí misma, sino por su señor de modo que inclinó su pesado cuerpo hacia delante y la miró con el ceño fruncido.

—Pregunta a Merlín si acepta el juramento. ¡Pregúntale! ¿Protegerá a mi nieto?

Nimue hizo una larga pausa. Creo que intuyó el verdadero destino de Britania antes que cualquiera de nosotros, incluso antes que Merlín, y ciertamente mucho antes que Arturo, si es que Arturo lo intuyó alguna vez, pero el instinto le impidió decir la verdad a ese viejo cabezota que no tardaría en morir.

—Merlín, rey y señor mío —dijo por fin con un tono hastiado, dando a entender que cumplía con un deber necesario pero inútil—, promete en este momento, por la salvación de su espíritu, que jurará proteger la vida de vuestro nieto con la suya propia.

—¡Sólo si...! —Morgana nos sorprendió con su repentina intervención. Se puso en pie con esfuerzo, achaparrada y oscura al lado de Nimue. La luz de las llamas se reflejó en su casco de oro—. ¡Sólo si...! —Volvió a gritar, y entonces se acordó de mecerse hacia delante y hacia atrás entre el humo del brasero como si su cuerpo estuviera poseído por los dioses—. Sólo si, dice Merlín, Arturo jura conmigo. Arturo y sus hombres deben ser los que protejan a tu nieto. ¡Merlín ha hablado!

Emitió el discurso con toda la dignidad de quien estaba acostumbrada a ser oráculo y profetisa, pero yo, si no alguno más, eché de menos el estampido de un trueno en la lluviosa noche.

Gundleus protestaba, puesto en pie, contra el pronunciamiento de Morgana. Ya había tenido que aceptar el supeditar su poder a un consejo de seis hombres y a un trío de juramentados, y ahora se le exigía que su nuevo reino sostuviera a una banda guerrera de enemigos en potencia.

—¡No! —dijo, pero Tewdric desoyó su protesta y bajó de la tarima para colocarse junto a Morgana y dirigirse al rey supremo.

Fue entonces cuando la mayoría de los que llenábamos el salón comprendimos que Morgana, aun habiendo hablado con la voz de Merlín, había pronunciado las palabras que Tewdric quería que dijera. El rey Tewdric de Gwent era buen cristiano, pero aún mejor político y sabía exactamente cuándo recurrir al apoyo de los dioses antiguos para reforzar sus propuestas.

—Arturo ap Neb, con sus guerreros —dijo Tewdric al rey—, es, como garante de la vida de vuestro nieto, muy superior a cualquier juramento que pueda prestar mi persona, aunque bien sabe Dios que mi voto es solemne.

El príncipe Gereint, sobrino de Uter y segundo señor de la guerra después de Owain, habría podido oponerse al nombramiento de Arturo, pero el señor de las Piedras era hombre honesto y de ambición limitada, y no confiaba en su capacidad para comandar las tropas de Dumnonía; por lo tanto, se alineó con Tewdric y apoyó su propuesta. Owain, caudillo de la guardia real de Uter y paladín del rey, parecía poco satisfecho con el nombramiento de un rival, pero al cabo también apoyó a Tewdric y dio su consentimiento con un gruñido.

Uter continuaba indeciso. El tres era número de buena suerte, y tres juramentados eran suficientes; añadir un cuarto podría desagradar a los dioses. Sin embargo, le debía un favor a Tewdric, pues ya había rechazado su proposición de que Arturo contrajera matrimonio con Norwenna. Entonces el rey pagó su deuda.

—Arturo jurará —consintió por fin, y sólo los dioses saben cuán difícil le resultó otorgar tal nombramiento al hombre al que hacía responsable de la muerte de su amado hijo.

No obstante, se lo otorgó y el salón estalló en un clamor general. Sólo los guerreros de Gundleus guardaron silencio mientras las conteras de las lanzas rompían los azulejos del suelo y los vivas de los soldados resonaban en la cavernosa y ahumada oscuridad.

Y de este modo, al final del Consejo, Arturo, hijo de nadie, fue nombrado, junto con otros tres, protector de Mordred por su honor.

Transcurridas dos semanas de la clausura del Gran Consejo, Norwenna y Gundleus contrajeron matrimonio. La ceremonia tuvo lugar en una capilla cristiana de Abona, ciudad portuaria de nuestras costas norteñas del mar Severn situada frente a Siluria, y con toda seguridad no fue una ocasión feliz para Norwenna, pues esa misma tarde regresó a Ynys Wydryn. Nadie del Tor asistió a la ceremonia; la princesa acudió acompañada de un grupo de monjes con sus respectivas esposas. Volvió a casa como reina Norwenna de Siluria, si bien tal título no supuso más guardias ni ayudantes a su servicio. Gundleus volvió en barco a su país donde, según nos hicieron saber, se habían producido escaramuzas con los Ui Liatháin, los irlandeses Escudos Negros que habían colonizado el antiguo reino britano de Dyef, al que ahora denominaban Demetía.

Nuestra vida apenas cambió por el hecho de tener a una reina entre nosotros. Aunque los que morábamos en el Tor pareciéramos ociosos comparados con los villanos de la colina, teníamos deberes que cumplir. Cortábamos el heno y lo tendíamos a secar en hileras, esquilábamos las ovejas y sumergíamos el lino recién cosechado en las malolientes cubas de enriado para extraer la fibra. Las mujeres de Ynys Wydryn andaban con las ruecas y los husos de acá para allá hilando la lana recién trasquilada y sólo la reina, Morgana y Nimue quedaban dispensadas de esa interminable tarea. Druidan castraba a los cerdos, Pelinor mandaba ejércitos imaginarios y Hywel, el administrador, preparaba sus largos palillos para contar las rentas del verano. Merlín no regreso a casa, a Avalón, ni recibimos noticia alguna de su parte. Uter descansaba en su castillo de Durnovaría mientras Mordred, su heredero, crecía al cuidado de Morgana y Gwendolin.

Arturo continuaba en Armórica. Algún día volvería a Dumnonia, decían, pero sólo cuando hubiera cumplido su deber para con Ban, cuyo reino de Benoic lindaba con Brocelianda, reino del rey Budic, el cual estaba casado con Ana, hermana de Arturo. Esos reinos de Britania Armórica eran un misterio para nosotros, moradores de Ynys Wydryn, pues jamás habíamos cruzado el mar para explorar las tierras donde tantos britanos, empujados por los sajones, habían buscado refugio. Sabíamos que Arturo comandaba el ejército de Ban y que había saqueado el país situado al oeste de Benoic para mantener a raya a los francos, pues nuestras noches de invierno eran amenizadas con cuentos de viajeros sobre las proezas de Arturo que, por demás, nos hacían babear de envidia en lo relativo al rey Ban. El rey de Benoic estaba casado con una reina llamada Elaine, y entre los dos habían fundado un reino maravilloso donde se aplicaba la justicia equilibrada y puntualmente, donde hasta el más mísero de los siervos recibía alimento durante el invierno a expensas de las reservas reales. Todo parecía hermoso en exceso para ser verdad, si bien, andando el tiempo, llegué a

visitar el reino de Ban y descubrí que los relatos no exageraban. Ban había establecido su capital en una isla—fortaleza, Ynys Trebes, famosa por sus poetas. Se mostraba pródigo el rey en afecto y dineros con una ciudad que había ganado fama de ser más bella que la misma Roma. Se decía que Ban había canalizado y embalsado las fuentes de Ynys Trebes de modo que cada cual tuviera agua fresca a disposición al pie de su casa. Allí se comprobaba la exactitud de las balanzas de los mercaderes, el palacio del rey permanecía abierto día y noche a los que desearan ser resarcidos de sus agravios, y las diversas religiones tenían orden de convivir en paz o reducir sus templos a polvo. Ynys Trebes era un paraíso de paz, siempre y cuando los soldados de Ban consiguieran mantener al enemigo fuera de sus murallas, motivo por el cual, el rey Ban se mostraba reacio a consentir el regreso de Arturo a Britania. Y tal vez tampoco estuviera en el ánimo de Arturo regresar a Dumnonía en tanto Uter siguiera con vida.

Aquel verano fue una bendición para Dumnonia. Recogimos el heno seco en grandes almiarés, que levantamos sobre capas aislantes de helechos para evitar la corrosión de la humedad y el saqueo de las ratas. El centeno y la cebada maduraban en los campos, los sembrados que se extendían entre las marismas de Avalón y Caer Cadarn sembraban un gran cobertor de retales, las manzanas crecían hermosas en los huertos del este y las anguilas y los lucios engordaban en nuestros lagos y arroyos. No hubo plagas ni lobos y los sajones escasearon. De vez en cuando divisábamos en la distancia una humareda sobre el horizonte sudeste y nos imaginábamos que un grupo de piratas sajones embarcados habría prendido fuego a un asentamiento, pero después del tercer supuesto incendio, el príncipe Gereint condujo a un grupo de guerreros decididos a vengar Dumnonia y las incursiones sajonas cesaron. Incluso el jefe sajón pagó su tributo a tiempo, aunque fue el último que percibiríamos de los sajones durante muchos años, y con toda seguridad provendría en su mayor parte de los saqueos de nuestras propias aldeas fronterizas. Con todo, aquel verano fue una época feliz y Arturo, según decían los hombres, se moriría de aburrimiento si llevara sus famosos caballeros a la pacífica Dumnonia. Hasta en Powys reinaba la calma. El rey Gorfyddyd, rota su alianza con Siluria y habiendo optado por no enfrentarse a Gundleus, hizo caso omiso del pacto matrimonial de éste con Dumnonia y concentró sus lanzas contra los sajones que amenazaban sus territorios del norte. Gwynedd, reino situado al norte de Powys, estableció relaciones con los temibles soldados irlandeses de Diwrnach de Lleyrn, pero en Dumnonia, el más próspero de los reinos de Britania, la paz gozaba de buena salud y los cielos eran cálidos.

Aquel mismo verano, tan idílico verano, maté a mi primer enemigo y así me convertí en hombre.

Mas la paz nunca dura eternamente y la nuestra se concluyó de forma cruel. Uter, rey supremo y Pandragón de Britania, murió. Sabíamos que estaba enfermo, que

había de morir pronto y que había hecho cuanto estaba en su mano por prepararlo todo para el momento de su muerte, pero creíamos que ese momento nunca llegaría. Tantos años había sido rey, tanto había prosperado Dumnonia bajo su reinado, que parecía que todo habría de seguir igual por siempre. Pero justo antes de la siega el Pandragón murió. Nimue aseguró haber oído gritar a una liebre al sol del mediodía en ese mismo momento. Morgana, huérfana repentinamente, se encerró en su cabaña y lloró como una niña.

El cuerpo de Uter fue enterrado según las antiguas tradiciones. Bedwin habría preferido darle sepultura cristiana, mas el resto del consejo se negó a consentir tamaño sacrilegio, de modo que el hinchado cuerpo fue colocado en una pira en la cima de Caer Maes y se le prendió fuego. Ystrwth, el herrero, fundió la espada real, y el metal fundido fue vertido en un lago para que Gofannon, dios de la forja de ultratumba, forjara de nuevo la espada para el alma renacida de Uter. El metal ardiente chisporroteó al tocar el agua y el humo se elevó en una nube espesa mientras los videntes se inclinaban sobre el lago para predecir el futuro del reino en las retorcidas formas que adoptaba el metal al enfriarse. Los augurios fueron buenos, a pesar de lo cual el obispo Bedwin tuvo la precaución de enviar a sus más veloces mensajeros hacia el sur, con destino a Armórica, para avisar a Arturo, mientras que otros mensajeros más lentos se dirigieron al norte, hacia Siluria, para comunicar a Gundleus que el reino de su hijastro necesitaba a partir de ese momento a su protector oficial.

La pira de Uter ardió durante tres noches. Sólo entonces se permitió que las llamas fueran extinguiéndose, proceso que una potente tormenta procedente del mar del oeste contribuyó a completar prestamente. Grandes nubes se arremolinaron en el cielo, los relámpagos hendieron la tierra del difunto y una lluvia torrencial se abatió sobre una ancha franja de cosechas sin recoger. En Ynys Wydryn, acurrucados en las cabañas, escuchamos el tamborileo de la lluvia y el fragor de la tormenta y vimos caer el agua a chorros por los tejados de paja. Durante la tormenta, el mensajero del obispo Bedwin llevó a Mordred el pendón real del gran dragón. El mensajero tuvo que gritar como loco para hacerse oír por los del interior de la empalizada, hasta que por fin Hywel y yo le abrimos la puerta; cuando cesó la tormenta y el viento dejó de soplar, clavamos la bandera en la fortaleza de Merlín, señal de que Mordred era ya rey de Dumnonia. El pequeño no era rey supremo, naturalmente, puesto que tal honor sólo lo concedían los reyes, previo acuerdo unánime, a aquel al que consideraban superior entre ellos, ni tampoco era Pandragón, puesto que tal título lo había de ganar el rey supremo en el campo de batalla. En realidad Mordred no era aún rey de Dumnonia propiamente, ni lo sería hasta que fuera llevado a Caer Cadarn y allí, por la espada y por la voz, fuera proclamado monarca sobre la piedra real del reino; pero el pendón era suyo y, por tanto, el dragón rojo ondeaba en la alta fortaleza de Merlín.

El pendón consistía en un cuadrado de lienzo blanco, de la misma altura y la misma anchura que la lanza de un guerrero. Se mantenía desplegado mediante hebras de sauce hilvanadas a los dobladillos e iba sujeto a un asta, una larga vara de olmo con un dragón dorado en el extremo superior. El dragón bordado en la bandera misma era de lana roja, y cuando llovía soltaba tinte y manchaba de rosa la parte inferior del paño. A la llegada del pendón siguió, con pocos días de diferencia, la de la guardia real, un grupo de cien hombres al mando de Owain, el paladín del rey, cuya misión consistía en proteger a Mordred, rey de Dumnonia. Owain transmitió a Norwenna un consejo del obispo Bedwin, según el cual, ella y Mordred deberían instalarse más al sur en Durnovaria, consejo que la reina se apresuró a cumplir, pues deseaba que su hijo se criara en una comunidad cristiana, lejos de los aires ostensiblemente paganos del Tor; pero antes de hacer los preparativos llegaron malas noticias del país del norte. Gorfyddyd de Powys, al saber de la muerte del rey supremo, había enviado a sus lanceros contra Gwent, y ahora esos hombres incendiaban, saqueaban y tomaban cautivos adentrándose en las tierras de Tewdric. Agrícola, el comandante romano de Tewdric, respondía a los ataques, mas los traidores sajones, que con toda seguridad se habían aliado a Gorfyddyd, entraron también en Gwent con grupos de guerreros, y de pronto nuestro más antiguo aliado se halló inmerso en una lucha por su propia supervivencia. Owain, que habría dado escolta a Norwenna y al niño hasta Durnovaria, se llevó a sus guerreros al norte para ayudar al rey Tewdric, y Ligessac, de nuevo al mando de la guardia de Mordred, insistió en que el niño estaría mejor protegido tras el puente de tierra de Ynys Wydryn, tan fácil de defender, que en Caer Cadarn o en Durnovaría; así pues, Norwenna hubo de permanecer en el Tor a su pesar.

Contuvimos la respiración hasta saber de parte de quién se pondría Gundleus de Siluria, y la respuesta no se hizo esperar. Lucharía a favor de Tewdric y contra su antiguo aliado Gorfyddyd. Gundleus envió un mensaje a Norwenna diciendo que cruzaría los pasos de montaña con sus tropas para caer sobre Gorfyddyd por la retaguardia, y que tan pronto como las bandas de Powys fueran derrotadas, regresaría al sur para proteger a su esposa y a su real hijo.

Quedamos a la espera de noticias, observando las montañas distantes día y noche para divisar las almenaras, desde las cuales nos enviaban mensajes en caso de desastre o de aproximación del enemigo; aquéllos fueron días felices, aun con la incertidumbre de la guerra. El sol restañó las heridas causadas por las tormentas y secó el grano; Norwenna, por su parte, a pesar de hallarse rodeada de paganismo en el Tor, mostrábase mas segura, ahora que su hijo era rey. Mordred seguía siendo el mismo niño, pelirrojo, falto de alegría y con un corazón tenaz; pero durante esos días amables hasta parecía feliz, jugando con su madre o con Ralla, su nodriza, y el hijo de ésta, de oscuros cabellos. El esposo de Ralla, el carpintero Gwlyddyn, talló

unos cuantos animales para Mordred: patos, cerdos, vacas, ovejas y gamos, y el rey disfrutaba jugando con ellos a pesar de que aún era muy pequeño como para saber siquiera qué eran. Norwenna se alegraba de ver feliz a su hijo. Recuerdo que le hacía cosquillas para provocarle la risa, le consolaba cuando se hacía daño y le prodigaba cariño en todas las ocasiones. Le llamaba su pequeño rey, su amor eterno chiquitín, su milagro, y Mordred respondía con gorjeos y chasquidos de la lengua que consolaban el apesadumbrado corazón de su madre. Gateaba desnudo al sol y todos veíamos crecer hacia dentro, cual puño, su deforme pie izquierdo; pero por lo demás se criaba fuerte con la leche de Ralla y el cariño de su madre. Fue bautizado en la iglesia de piedra que había cerca del Santo Espino.

Llegaron buenas noticias de la guerra. El príncipe Gereint derrotó a una banda de sajones en la frontera oriental de Dumnonia, y por el norte Tewdric acabó con otro grupo de invasores sajones. Agrícola, al mando del resto del ejército de Gwent, aliado con Owain de Dumnonia, hizo retroceder a los invasores de Gorfyddydd hasta los montes de Powys. No tardó en llegar un mensajero de Gundleus diciendo que Gorfyddydd de Powys quería la paz; el mensajero depositó a los pies de Norwenna las espadas de dos guerreros de Powys que habían caído prisioneros, como recuerdo de la victoria de su esposo. Y lo que era mejor, según informó el hombre, Gundleus de Siluria se encontraba ya de camino al sur para recoger a su esposa y a su precioso hijo. Había llegado la hora, decía Gundleus, de que Mordred fuera proclamado rey en Caer Cadarn. Nada habría sonado más dulce a oídos de Norwenna, y tan satisfecha quedó que pagó al mensajero con un grueso brazalete de oro antes de enviarlo al sur para que el mensaje de su esposo llegara también a Bedwin y al consejo.

—Di a Bedwin —aleccionó al mensajero— que la proclamación de Mordred se celebrará antes de la siega. ¡Que el Señor preste alas a tu montura!

El mensajero partió rumbo al sur y Norwenna comenzó los preparativos para la ceremonia de aclamación en Caer Cadarn. Ordenó a los monjes del Santo Espino que se prepararan para viajar con ella y prohibió perentoriamente a Morgana y Nimue que acudieran, porque a partir de ese día declaraba Dumnonia reino cristiano, razón suficiente para que las brujas de la vieja fe se mantuvieran alejadas del trono de su hijo. La victoria de Gundleus prestó valentía a Norwenna, que reunió valor para ejercer una autoridad de la que Uter no la habría investido jamás.

Esperábamos la reacción de Morgana o de Nimue al verse excluidas de la ceremonia, pero ambas encajaron el veto con sorprendente tranquilidad. Morgana se limitó a encogerse de hombros, aunque ese mismo día, al anochecer, se encerró con Nimue en las habitaciones de Merlín portando un caldero de bronce. Norwenna, que había convidado a cenar en el Tor al superior de la orden del Santo Espino y a su esposa, comentó que las brujas estaban cocinando maldades en su jugo y todos los presentes se rieron. La victoria era de los cristianos.



Yo no estaba seguro de tal victoria. Nimue y Morgana no se apreciaban; sin embargo se habían encerrado juntas y sospeché que sólo un asunto de la máxima importancia podría reconciliarlas hasta tal punto. Sin embargo, Norwenna no albergaba dudas. La muerte de Uter y las victorias de su esposo le proporcionaban una libertad maravillosa; pronto abandonaría el Tor y asumiría el lugar que le correspondía por derecho, como madre de rey, en una corte cristiana donde su hijo creciera a imagen de Cristo. Jamás fue tan dichosa como aquella noche en que ejerció el poder supremo; una cristiana en el corazón de la fortaleza pagana de Merlín.

Pero entonces reaparecieron Morgana y Nimue.

Hizose silencio en el salón cuando las dos mujeres se acercaron a la silla de Norwenna, ante la cual y con la debida humildad, se arrodillaron. El superior de los monjes, un hombre pequeño y violento de barba hirsuta, que había sido curtidor antes de convertirse al cristianismo y que aún olía a los excrementos que empleaba en su antiguo oficio, les exigió que comunicaran sus intenciones sin demora. Su esposa se defendió del diablo haciendo la señal de la cruz, aunque no olvidó escupir para asegurarse la jugada.

Morgana contestó al monje sin quitarse la máscara de oro. Con claridad desacostumbrada, anuncio que el mensajero de Gundleus había mentido. Nimue y ella, dijo, habían consultado el caldero y habían visto la verdad reflejada en el espejo del agua. No se había obtenido victoria en el norte, aunque tampoco derrota, pero Morgana advirtió que el enemigo estaba más cerca de Ynys Wydryn de lo que nadie imaginaba, y que nos preparáramos todos para abandonar el Tor con las primeras luces del alba y marchar hacia el sur de Dumnonia en busca de seguridad. Morgana habló sobria y gravemente, y concluido su mensaje se inclinó ante la reina y se acercó torpemente para besar el orillo de su vestido azul.

Norwenna apartó el vestido con brusquedad. Había escuchado en silencio la negra profecía, pero entonces empezó a llorar y, con las repentinas lágrimas, estalló también en un acceso de rabia.

—¡No eres más que una bruja contrahecha —le gritó a Morgana— y sólo pretendes que tu hermano el bastardo sea rey! ¡Pero no lo conseguirás! ¿Me oyes? ¡No lo conseguirás! ¡El rey es mi hijo!

—Gran señora mía —terció Nimue, pero fue interrumpida inmediatamente.

—¡Tú no eres nada! —gritó Norwenna, volviéndose como una fiera hacia Nimue—. ¡No eres más que una niña histérica, una perversa hija del diablo! ¡Has maldecido a mi hijo! ¡Sé que has sido tú! Nació cojo porque tú estabas presente cuando nacio. ¡Oh, Dios! ¡Mi hijo! —Gemía y gritaba, golpeaba la mesa con los puños y rezumaba odio contra Nimue y Morgana—. ¡Idos! ¡Las dos! —El salón quedó sumido en el silencio mientras Nimue y Morgana salían hacia la noche.

A la mañana siguiente Norwenna creyó que todo iba bien porque no se vieron

lucernas a lo lejos, en los montes del norte. Ciertamente fue la mañana más hermosa de aquel hermoso verano. La tierra seguía cuajándose de frutos a medida que se acercaba la siega, los montes parecían dormitar envueltos en la calina y el cielo amaneció despejado. El aciano y las amapolas florecían entre los espinos al pie del Tor, nubes de mariposas blancas revoloteaban entre las corrientes de aire cálido que mecían los verdes sembrados de las laderas parceladas; pero Norwenna, sin prestar atención a la belleza del día, recitó sus oraciones matutinas con los monjes que habían venido de visita y anunció que abandonaría el Tor y aguardaría la llegada de su esposo en las habitaciones para peregrinos de la capilla del Santo Espino.

—He vivido demasiado tiempo entre el mal —anunció con gran presunción; en ese mismo instante un guardia dio la voz de alarma desde la muralla este.

—¡Hombres a caballo! —gritó el vigía—. ¡Hombres a caballo!

Norwenna echó a correr hacia la empalizada, donde se había reunido un grupo de gente para ver a los caballeros armados cruzar el puente de tierra que unía la calzada romana con las verdes cuevas de Ynys Wydryn. Ligessac, comandante de la guardia de Mordred, parecía saber quién llegaba, pues envió orden a sus hombres de franquear el paso a los visitantes por el muro de tierra. Los jinetes entraron por la puerta y se acercaron hacia nosotros portando una brillante bandera con la enseña roja del zorro. Era Gundleus en persona, y Norwenna rompió a reír de satisfacción al ver a su esposo llegar victorioso de la guerra con el amanecer de un nuevo reino cristiano brillando en la punta de la lanza.

—¿Lo ves? —dijo dirigiéndose a Morgana—. ¿Lo ves? Tu caldero mintió. ¡Ha habido victoria!

Mordred empezó a llorar al notar la conmoción y Norwenna ordenó bruscamente que se lo llevaran a Ralla; después envió a buscar su mejor vestido y una diadema de oro para adornarse, y así, ataviada con galas de reina, aguardó a su rey ante las puertas de la fortaleza de Merlín.

Ligessac abrió la puerta de tierra del Tor. La maltrecha guardia de Druidan formó en línea más o menos recta y el pobre loco de Pelinor gritó desde su jaula solicitando noticias. Nimue echó a correr hacia las habitaciones de Merlín y yo me fui a buscar a Hywel, el administrador de Merlín, porque sabía que le gustaría recibir al rey.

Los veinte caballeros de Siluria desmontaron al pie del Tor. Venían de la guerra y portaban lanzas, escudos y espadas. Hywel, apoyando su única pierna en su gran espada, frunció el entrecejo al ver al druida Tanaburs entre los soldados.

—Tenía entendido que Gundleus había abandonado la vieja religión —comentó el administrador.

—Yo tenía entendido que había abandonado a Ladwys —comentó socarronamente Gudovan el escribano, y levantó la barbilla hacia los jinetes que ya habían comenzado a subir por el empinado sendero del Tor—. ¿Lo ves? —dijo

Gudovan, y ciertamente había una mujer entre los guerreros vestidos de cuero. La mujer iba ataviada como un hombre, pero llevaba el cabello largo y suelto flotando al viento. Llevaba espada pero no escudo—. A nuestra pequeña reina le va a costar trabajo competir con ese diablo de Satán —masculló Gudovan al verla.

—¿Quién es Satán? —pregunté, y Gudovan me dio un cachete por hacerle perder el tiempo con preguntas tontas.

Hywel frunció el entrecejo y se llevó la mano a la empuñadura de la espada cuando los soldados de Siluria se acercaron a los últimos y empinados peldaños que llevaban hasta la puerta donde nuestros variopintos soldados aguardaban en dos hileras sinuosas. De pronto, un instinto, afilado como en sus tiempos de guerrero, despertó sus temores y le puso sobreaviso.

—¡Ligessac! —gritó alarmado—. ¡Cierra las puertas! ¡Ciérralas! ¡Ahora!

Ligessac, en vez de cerrar, sacó la espada. Luego se volvió y aprestó la oreja como si no le hubiera oído.

—¡Cierra las puertas! —volvió a gritar Hywel.

Uno de los hombres de Ligessac se dispuso a cumplir la orden, pero Ligessac lo detuvo y miró a Norwenna en espera de sus órdenes.

Norwenna se volvió hacia Hywel con el ceño fruncido, desaprobando la orden que éste había dado.

—Es mi esposo el que llega —le dijo—, no un enemigo. —Volvió a mirar hacia Ligessac—. Mantén abiertas las puertas —ordenó imperiosamente, y Ligessac inclinó la cabeza en señal de obediencia.

Hywel soltó una maldición, bajó de la muralla como pudo y se alejó saltando con su muleta hacia la cabaña de Morgana, mientras yo me quedaba mirando la puerta, vacía y soleada, preguntándome qué sucedería a continuación. Hywel había oído contratiempos en el aire veraniego, aunque jamás supe cómo lo hizo.

Gundleus llegó a las puertas abiertas. Escupió en el umbral y sonrió a Norwenna, que le esperaba a unos pasos. La reina levantó sus rechonchos brazos para saludar a su señor, que llegaba sudoroso y sin aliento después de haber subido la cuesta del Tor con toda su vestimenta guerrera puesta. Llevaba cota de cuero, polainas acolchadas, botas, casco de hierro con una cola

de zorro en lo alto y un grueso manto rojo sobre los hombros. El escudo, con la enseña del zorro, le colgaba del brazo izquierdo y llevaba la espada ceñida a la cadera y una pesada lanza de guerra en la mano derecha. Ligessac se arrodilló y le ofreció la empuñadura de su espada desenvainada, y Gundleus se adelantó para tocar el pomo del arma con su mano enguantada.

Hywel se había ido a la cabaña de Morgana y Sebile salió corriendo de ella con Mordred en brazos. ¿Sebile, y no Ralla? No entendí por qué, y seguro que Norwenna tampoco, cuando la esclava sajona corrió a colocarse a su lado con el pequeño

Mordred envuelto en su rico ropaje de tela dorada, pero la reina no tuvo tiempo de preguntar a Sebile porque Gundleus ya se acercaba a ella.

—Os ofrezco mi espada, querida reina —exclamó con voz sonora, y Norwenna sonrió feliz, tal vez porque no había llegado a ver a Tanaburs y a Ladwys, que habían entrado por las puertas abiertas con la banda de guerreros de Gundleus.

Gundleus clavó la lanza en la hierba y sacó la espada, pero en vez de ofrecérsela a Norwenna por la empuñadura, apuntó la hoja hacia su rostro. Norwenna, sin saber qué hacer, se acercó vacilante a la brillante punta del arma.

—Me congratula vuestro regreso, querido señor mio —dijo diligentemente, y se arrodilló a sus pies como exigía la costumbre.

—Besad la espada que defiende el reino de vuestro hijo —ordenó Gundleus, y Norwenna se inclinó hacia delante con torpeza y rozó con sus finos labios el acero que le presentaban.

Besó la espada tal como le ordenaban, y en el momento en que sus labios tocaban el gris acero, Gundleus hincó la hoja con fuerza. Reía mientras mataba a su esposa, reía al empujar la espada más allá de la barbilla, hacia el hueco de la garganta, y siguió riendo mientras hundía el afilado acero venciendo la resistencia y las convulsiones del cuerpo que se moría de asfixia. Norwenna no tuvo tiempo de gritar, ni le quedaba voz para ello cuando la hoja le atravesó la garganta y se le clavó en el corazón. Gundleus hundió el acero en su objetivo con un gruñido. Había arrojado el pesado escudo de guerra para poder asir la espada con ambas manos y empuñarla y retorcerla con más fuerza. La espada y la hierba se tiñeron de sangre, y también el vestido azul de la reina, y aún se vertió más cuando Gundleus sacó el largo filo violentamente y el cuerpo de Norwenna, libre de la rigidez de la espada, cayó desplomado a un lado, tembló unos segundos y quedó inmóvil.

Sebile dejó caer el niño y huyó gritando. Mordred lloró también, pero Gundleus le cortó el llanto de raíz con la espada. Con un solo mandoble de la ensangrentada espada, el paño dorado quedó empapado en rojo. ¡Cuánta sangre en un niño tan pequeño!

Sucedió todo muy deprisa. Gudovan, a mi lado, abría la boca sin dar crédito a sus ojos, mientras que Ladwys, una belleza de considerable estatura, cabellos largos, ojos oscuros y rostro afilado y feroz, celebraba la victoria de su amante. Tanaburs saltaba a la pata coja con un ojo cerrado y un brazo levantado hacia el cielo, señal de que estaba en comunión con los dioses, mientras pronunciaba fatales encantamientos que Gundleus y sus hombres se apresuraron a hacer realidad repartiéndose por el lugar lanza en ristre. Ligessac se unió a las filas de Siluria y colaboró con los lanceros en la masacre de sus propios hombres. Unos pocos trataron de resistirse, pero estaban colocados en fila para rendir honores a Gundleus, no para enfrentarse a él, y si los soldados de Siluria acabaron en breve con la guardia de Mordred, menos tardaron aún

en dar cuenta de los lamentables soldados de Druidan. Era la primera vez en mí vida que veía a los hombres morir a punta de espada y oía sus terribles lamentos al ser enviados sus espíritus al otro mundo por la fuerza de las armas.

Durante unos segundos me quedé paralizado de horror. Norwenna y Mordred habían muerto, el Tor aullaba y el enemigo corría hacia la fortaleza y hacia la Torre de Merlín. Morgana y Hywel aparecieron por detrás de la torre; Hywel avanzaba cojeando con la espada en la mano, pero Morgana corría hacia la puerta de mar. Una horda de mujeres, niños y esclavos corría con ella, un puñado de gente aterrorizada a la que Gundleus dejó escapar sin más. Ralla, Sebile y los pocos soldados deformes de Druidan que se habían salvado de las lanzas silurias corrían con ellos. Pelinor saltaba sin cesar en su jaula, riéndose como una gallina, desnudo, encantado ante tanto horror.

Salté de la muralla y eché a correr hacia la fortaleza. No es que fuera valiente, es que estaba enamorado de Nimue y no deseaba huir del Tor sin antes asegurarme de que se encontraba a salvo. Los guardias de Ligessac habían muerto y los hombres de Gundleus habían empezado a registrar las cabañas cuando entré por la puerta y eché a correr hacia las habitaciones de Merlín; pero antes de llegar a la pequeña puerta negra, una lanza se interpuso en mí camino y tropecé. Caí con todo mí peso; una mano pequeña me agarró por el cuello y con fuerza increíble me arrastró hacia el lugar que me sirviera de escondite en otra ocasión, detrás de los cestos de los atavios de fiesta.

—No puedes ayudarla, insensato —me dijo Druidan al oído—. ¡Estáte quieto!

Me puse a salvo unos segundos antes de que Gundleus y Tanaburs entraran en el salón, pero no atiné sino a quedarme mirando la entrada del rey, el druida y tres de sus hombres, que se dirigieron a la puerta de Merlín. Sabía lo que iba a pasar mas no podía evitarlo porque Druidan me tapaba la boca fuertemente con su pequeña y recia mano para evitar que chillara. Supuse que Druidan no habría acudido al salón para salvar a Nimue, sino por ver si podía rapiñar algo de oro antes de huir con los demás hombres, pero su intervención al menos me había salvado la vida. Aunque a Nimue de ningún mal la libró.

Tanaburs eliminó la barrera espiritual de una patada y abrió la puerta de un golpe. Gundleus entró seguido de sus hombres.

Oí el grito de Nimue. Ignoro si recurrió a algún truco para proteger la habitación de Merlín o si ya había abandonado toda esperanza. Sé que se quedó a proteger los secretos de su maestro por orgullo y por deber, y ahora lo pagaría caro. Oí la risa de Gundleus y después poco más, excepto el jaleo de los silurios que rebuscaban entre las cajas, cestos y fardos de Merlín. Nimue gemía, Gundleus aulló triunfante y luego Nimue lanzó un horrible grito de dolor.

—Así aprenderás a escupirme el escudo, niña —dijo Gundleus mientras Nimue

lloraba desconsolada.

—Ya la han violado —me dijo Druidan al oído, recreándose morbosamente.

Llegaron más hombres de Gundleus al salón y entraron en las habitaciones de Merlín. Druidan había abierto un agujero con la lanza en la pared de adobe y me ordenó que me metiera allí y lo siguiera arrastrándome colina abajo, pero yo no tenía intención de marchar mientras Nimue siguiera con vida.

—Enseguida vendrán a registrar estos cestos —me advirtió el enano, pero ni aun así quise irme con él—. ¡Gran locura, chico! —me dijo; gateó por el agujero y se escabulló hacia el espacio sombreado que había entre una cabaña cercana y una jaula de gallinas.

Me salvó Ligessac. No porque me viera sino porque dijo a los silurios que nada encontrarían en los cestos que me servían de cobijo sino manteles para los banquetes.

—El tesoro está dentro —anunció a sus nuevos aliados, y yo me agazapé sin atreverme a salir mientras los soldados victoriosos saqueaban las habitaciones de Merlín.

Sólo los dioses saben qué encontrarían: pellejos humanos, huesos viejos, encantamientos nuevos y antiguas saetas de elfo, pero muy pocos tesoros codiciados. Y sólo ellos saben qué le harían a Nimue, porque jamás me lo contó, aunque no hacía falta. Le hicieron lo que hacen siempre los soldados a las mujeres que capturan, y cuando terminaron la dejaron sangrando y medio loca.

La abandonaron a una muerte cierta, pues tras saquear la habitación y no hallar sino mohosas fruslerías y muy poco oro, tomaron una tea encendida del fuego del salón y la arrojaron en medio de los cestos rotos. El humo salía por la puerta a grandes bocanadas. Los hombres de Gundleus arrojaron más troncos encendidos a los cestos donde me escondía yo y luego se retiraron del salón. Algunos consiguieron oro, otros algunas baratijas de plata, pero la mayoría salió con las manos vacías. Cuando el último soldado hubo salido, me tapé la boca con una esquina del jubón y crucé corriendo entre el humo, que me asfixiaba, hacia la puerta de Merlín, y encontré a Nimue en la habitación. El aire estaba denso de humo, las cajas eran pasto de las llamas, los gatos aullaban y los murciélagos agitaban las alas presos de terror.

Nimue no quería moverse. Estaba boca abajo, agarrándose la cara con las dos manos, desnuda, con las piernas cubiertas de sangre espesa. Lloraba.

Corrí hasta la puerta que daba a la Torre de Merlín pensando que tal vez hubiera forma de salir, pero al abrirla encontré paredes lisas. También descubrí que la torre, lejos de ser la cámara del tesoro, estaba casi vacía. Un suelo de tierra, cuatro paredes de paja y un tejado abierto. Era como un observatorio astronómico, pero a media altura de la abertura de ventilación, suspendida de un par de vigas, divisé una plataforma de madera que iba ahumándose rápidamente y a la que se accedía por una recia escala. La torre era una sala de sueños, un espacio vacío donde Merlín

escuchaba el eco de las voces de los dioses. Me quedé mirando la plataforma desde abajo unos segundos, pero de pronto una nueva vaharada de humo se levantó a mi espalda y llenó el respiradero por completo, de modo que me acerqué corriendo a Nimue, agarré su capa negra de entre las desordenadas ropas de la cama y la envolví en ella como si de

un animal enfermo se tratara. Cerré la capa por las esquinas como si fuera un fardo, cargué a la espalda el ligero peso de Nimue, salí al salón como pude y me dirigí a la lejana puerta. El fuego se alzaba imponente ahora, prendiendo vorazmente en la madera seca; los ojos me lloraban y sentía en los pulmones la acritud del humo, que se acumulaba con mayor densidad junto a la puerta principal del salón. De tal guisa arrastré a Nimue, tironeando de su cuerpo por el suelo de tierra, hasta el agujero de rata que Druidan había hecho en la pared. Miré por el agujero con el corazón sobresaltado de terror, pero no vi enemigos. Ensanché el hueco a patadas, doblando las ramas de sauce y rompiendo pedazos enteros de yeso, y luego entré como pude, siempre arrastrando a Nimue tras de mí. Se quejó quedamente cuando tiré de ella para sacarla de la burda conejera, pero al parecer el aire fresco la hizo revivir, porque enseguida intentó levantarse por su propio pie y entonces, cuando se apartó las manos de la cara, comprendí por qué su último grito había sido tan desgarrador. Gundleus le había sacado un ojo. Tenía la cuenca llena de sangre y volvió a cubrirsela con la mano ensangrentada. Como la había sacado del angosto pasaje a fuerza de tirones, se había quedado desnuda, así que desenganché la capa, que colgaba de una caña astillada, y se la coloqué sobre los hombros antes de tomarle la mano libre y emprender la carrera hacia la cabaña más próxima.

Un hombre de Gundleus nos vio; después Gundleus mismo reconoció a Nimue y ordenó a gritos que atraparan viva a la bruja y la arrojaran a las llamas. El clamor de la persecución fue subiendo de tono, eran fuertes voces guturales como las de los cazadores cuando persiguen a un oso herido hasta que muere, y seguro que nos habrían atrapado a los dos si otros fugitivos no hubieran abierto antes un agujero en la empalizada del lado sur del Tor. Me dirigí corriendo hacia la abertura y descubrí que Hywel, el bueno de Hywel, yacía muerto en la brecha, aliado de su muleta, con la cabeza medio abierta y la espada aún en la mano. Recogí la espada y empujé a Nimue hacia delante. Llegamos a la empinada cuesta meridional y bajamos dando tumbos, gritando los dos y resbalando por la hierba de las laderas, que caían en picado, Nimue medio ciega y completamente trastocada por el dolor y yo atenazado por el miedo; no sé cómo pero me aferré a la espada de Hywel y obligué a Nimue a incorporarse tan pronto llegamos al pie del Tor para seguir adelante y dejar atrás el pozo sagrado, el huerto de los cristianos y un grupo de alisos, hasta llegar al sitio donde yo sabía que Hywel guardaba su bote marismeño, junto a la cabaña de un pescador. Empujé a Nimue al interior del bote de juncos tejidos, corté la amarra con la espada recién

adquirida y al dar un impulso al bote para alejarlo del embarcadero, caí en la cuenta de que no tenía pértiga con que dirigir la primitiva batea entre el intrincado laberinto de canales y lagos que formaban las marismas. Tuve que recurrir a la espada; el arma de Hywel dejaba que desear como pértiga impulsora, pero era lo único de que disponía, hasta que el primer hombre de Gundleus alcanzó los marjales de la orilla y, como no podía perseguirnos entre el lodo apelmazado, nos arrojó la lanza.

La lanza llegó silbando por el aire. Durante un segundo me quedé petrificado, embobado al ver la gruesa pértiga con su brillante punta metálica volando hacia nosotros, y entonces el arma pasó zumbando a mi lado y fue a clavarse en la borda de juncos de la batea. Cogí la vara vibrante y, usándola como pértiga, dirigí la embarcación rápidamente hacia la corriente. Allí estábamos a salvo. Unos cuantos hombres de Gundleus nos persiguieron por el sendero de madera que corría paralelo a nosotros, pero enseguida nos alejamos de ellos. Otros saltaron a sus embarcaciones de mimbre y cuero y remaron con las lanzas, pero esas embarcaciones no podían compararse en ligereza con la batea de juncos, de forma que rápidamente los dejamos atrás. Ligessac disparó una flecha, pero ya estábamos fuera de su alcance y la saeta se hundió sin ruido en las oscuras aguas. Detrás de nuestros frustrados perseguidores, en las verdes alturas del Tor, las llamas se apoderaban vorazmente de las cabañas, de la fortaleza y de la torre y un humo gris se arremolinaba y se elevaba en el cielo azul del verano.

—Dos heridas —eran las primeras palabras que Nimue pronunciaba desde que la rescatara de las llamas.

—¿Cómo?

Me volví hacia ella. Estaba acurrucada en la proa, arropado su delgado cuerpo en el manto negro y con una mano sobre el ojo vacío.

—He sufrido dos heridas de la sabiduría, Derfel —dijo como presa de un éxtasis delirante—. La herida del cuerpo y la herida del orgullo. Ahora sólo me queda enfrentarme a la locura, y entonces alcanzaré la sabiduría de Merlín.

Esbozó una sonrisa, pero su voz tenía un deje de histeria salvaje que me hizo pensar si no sería ya presa de locura.

—Mordred ha muerto —le dije—, y también Norwenna y Hywel. El Tor está en llamas.

Todo nuestro mundo agonizaba por la destrucción, y sin embargo Nimue permanecía inmutable ante el desastre. Lo que es más, parecía eufórica por haber superado dos pruebas de sabiduría.

Seguí impulsando la embarcación hasta más allá de unas redes de pesca, luego viré hacia Lissa's Mere, un gran lago negro de la parte meridional de las marismas. Quería llegar a Ermid's Hall, un poblado de cabañas de madera donde Ermid, el cacique de la tribu, tenía su fortaleza. Sabía que no lo encontraría en casa porque se



había ido al norte con Owain, pero su pueblo nos ayudaría, y también sabía que nuestra batea llegaría allí antes que el caballo más veloz de Gundleus, porque tendría que rodear todo el contorno del lago, plagado de marjales y ciénagas. Habría de galopar, cuando menos, hasta Fosse Way, la gran calzada romana que se extendía al este del Tor, para alcanzar el extremo oriental del lago y tomar el camino del poblado de Ermid, y para entonces ya les llevaríamos gran ventaja camino del sur. Divise varias embarcaciones a lo lejos, delante de nosotros, y supuse que serían los fugitivos del Tor, que se ponían a salvo con ayuda de los pescadores de Ynys Wydryn.

Le conté a Nimue mi plan de llegar a Ermid's Hall y seguir luego hacia el sur hasta que cayera la noche o encontráramos a algún amigo.

—Bien —me contestó sin ánimo, aunque me pareció que no había entendido nada de lo que le decía—. Bien, Derfel —añadió—. Ahora sé por qué los dioses me hicieron confiar en ti.

—Tú confías en mí —repliqué con rabia, al tiempo que hundía la lanza en el lodo del fondo del lago para empujar la embarcación— porque estoy enamorado de ti, y eso te da poder sobre mí.

—Bien —repitió, y no dijo nada más hasta que la batea de juncos se acercó a la sombra de unos árboles donde se encontraba el amarradero, al pie de la empalizada de Ermid.

Me adentré en las umbrías del arroyo y vi a los otros fugitivos del Tor. Allí estaba Morgana con Sebile, y con Ralla, que gemía con su niño sano y salvo en brazos, al lado de su esposo, Gwlyddyn. Lunete, la niña irlandesa, también se encontraba con ellos, y se acercó llorando a la orilla para ayudar a Nimue. Le conté a Morgana que Hywel había muerto y ella me dijo que había visto a un soldado de Siluria matar a Gwendolin, la esposa de Merlín. Gudovan se había salvado, pero nadie sabía qué había sido del desgraciado Pelinor ni de Druidan. De los guardias de Norwenna no había sobrevivido ni uno, pero un puñado de los lisiados hombres de Druidan había logrado ponerse a cubierto en Ermid's Hall, aunque fuera sólo provisionalmente, al igual que tres ayudantes de Norwenna, que no cesaban de llorar y unos doce huérfanos protegidos de Merlín, que estaban muy asustados.

Tenemos que marcharnos enseguida —le dije a Morgana—. Están buscando a Nimue.

A Nimue la estaban vistiendo y vendando unas criadas de Ermid.

—No es a Nimue a quien buscan, insensato —me dijo Morgana bruscamente—, sino a Mordred.

—¡Mordred ha muerto! —repliqué, pero Morgana, como respuesta, se giró y arrebató a Ralla el niño que tenía en brazos.

De un tirón, arrancó el trapo marrón que envolvía al pequeño y vi el pie contrahecho.

—¿ Creías, insensato, que permitiría que dieran muerte a nuestro rey? —me increpó Morgana.

Me quedé mirando a Ralla y a Gwlyddyn sin comprender cómo habrían podido avenirse a dejar morir a su propio hijo. Gwlyddyn respondió a mi mirada muda.

—El es rey —me dijo, sencillamente, señalando a Mordred—, mientras que nuestro hijo era sólo el hijo de un carpintero.

—Y Gundleus —añadió Morgana enfadada— descubrirá enseguida que el niño al que ha dado muerte tenía sanos los dos pies, y entonces enviará en nuestra busca todos los hombres de que pueda disponer. Nos vamos hacia el sur.

En Ermid's Hall no estaban seguros, el jefe y los guerreros habían partido a la guerra y sólo quedaba allí un puñado de criados y niños.

Nos pusimos en camino un poco antes del mediodía y nos internamos en los verdes bosques del sur de las tierras de Ermid. Un cazador de Ermid nos condujo por senderos angostos y pasos secretos. Eramos treinta, mujeres y niños casi todos, con sólo unos seis hombres capaces de esgrimir armas, de los cuales sólo Gwlyddyn había matado alguna vez en combate. Los pocos dementes de Druidan que habían sobrevivido no servirían para nada, y yo, que jamás había luchado con verdadera furia, cerraba la marcha con la espada desnuda de Hywel al cinto y la pesada lanza de guerra del silurio en la mano derecha.

Pasamos despacio bajo los robles y castaños. De Ermid's Hall a Caer Cadarn no había más de cuatro horas de marcha, aunque nosotros tardaríamos mucho más porque viajábamos a escondidas, dando rodeos, y los niños retrasaban el paso. Morgana no había dicho adónde nos dirigíamos, pero yo sabía que el santuario real era el destino más probable, porque sólo allí encontraríamos soldados de Dumnonia, aunque seguramente Gundleus llegaría a las mismas deducciones y se encontraría en una situación tan desesperada como nosotros mismos. Morgana, que poseía astucia suficiente como para conocer la maldad de este mundo, se figuró que el rey de Siluria tenía planeada esa guerra desde la celebración del Gran Consejo y que había esperado la muerte de Uter para lanzar su ataque en liga con Gorfyddy. Nos había engañado a todos. Le creímos un amigo y nadie se ocupó de vigilar las fronteras, y ahora Gundleus aspiraba nada menos que a ocupar el mismísimo trono de Dumnonia. Pero para ganar ese trono, nos dijo Morgana, necesitaría algo más que un puñado de hombres a caballo, por eso seguramente sus lanceros estarían apresurándose al encuentro de su rey en ese mismo momento, recorriendo la gran calzada romana que comenzaba en la costa norte de Dumnonia. Los soldados de Siluria campaban a sus anchas por el país, pero para que Gundleus pudiera declararse victorioso, Mordred habría de desaparecer. Tenía que dar con nosotros, pues de otro modo todos sus planes se vendrían abajo.

El gran bosque amortiguaba nuestros pasos. Algún que otro pichón zureaba

esporádicamente entre las altas ramas u oíamos el picoteo de un pájaro carpintero en las cercanías. En determinado momento se produjo un gran alboroto de hojarasca pisoteada y aplastada en unas matas cercanas y todos nos quedamos inmóviles pensando que sería un silurio a caballo, pero no era más que un jabalí de grandes colmillos que apareció atolondrado en un claro, nos miró y se alejó de nuevo. Mordred lloraba y no quería el pecho de Ralla; los más pequeños también lloraban de miedo y de cansancio, pero todos callaron cuando Morgana los amenazó con convertirlos en sapos hediondos.

Nimue renqueaba delante de mí. Sabía que sufría, pero no se quejaría. A veces lloraba en silencio, y nada de lo que Lunete dijera podía consolarla. Lunete era una niña morena y delgada, de la misma edad que Nimue y parecida a ella físicamente, pero sin sus conocimientos ni su espíritu clarividente. Nimue veía en los arroyos la morada de espíritus del agua, mientras que para Lunete eran simples lugares donde lavar la ropa. Al cabo de un rato Lunete se puso a caminar a mi lado.

—¿Qué va a ser de nosotros ahora, Derfel? —me pregunto.

—No lo sé.

—¿Vendrá Merlín?

—Eso espero —dije—, o quizá venga Arturo —añadí con ferviente esperanza, aunque sin demasiada fe, porque lo que necesitábamos era un milagro.

Por contra, se habría dicho que estábamos atrapados en una pesadilla en pleno día, pues al cabo de un par de horas de caminata nos vimos obligados a dejar el bosque y cruzar un río hondo y serpenteante que culebreaba por unos pastos abundantes y cuajados de flores; y fue entonces cuando divisamos más columnas de humo en el lejano horizonte orieritil, aunque nadie podía saber si eran de incendios provocados por soldados de Siluria o por sajones que se aprovechaban de nuestra debilidad.

Un corzo salió corriendo del bosque a un cuarto de milla hacia el este.

—¡Al suelo! —ordenó el cazador entre dientes, y todos nos escondimos entre las matas del lindero del bosque.

Ralla acalló a Mordred obligándolo a tomar pecho, y el pequeño reaccionó mordiéndola con tanta saña que las gotas de sangre le llegaron hasta la cintura, pero ni el niño ni el aya emitieron un solo sonido cuando el jinete que había espantado al corzo apareció en el confín del bosque, también hacia el este, aunque mucho más cerca que las piras, tan cerca que distinguí perfectamente la máscara de zorro de su escudo redondo. Llevaba una lanza larga y un cuerno, que hizo sonar tras mirar insistente y atentamente en nuestra dirección. Todos temimos que aquella señal significara que nos había descubierto y que enseguida veríamos aparecer una partida completa de silurios a caballo, pero cuando el hombre hincó espuelas al caballo y se internó de nuevo en el bosque, creímos que el toque del cuerno significaba que no

había encontrado nuestro rastro. Oímos el eco de otro cuerno a lo lejos, y después, silencio.

Aguardamos largos minutos. Las abejas zumbaban entre la hierba de las riberas. Todos observábamos la línea de árboles con el temor de ver aparecer más hombres armados, pero no apareció ningún enemigo y al cabo de un rato nuestro guía nos ordenó en susurros que nos arrastráramos hasta llegar al río, lo cruzáramos y siguiéramos por el suelo hasta alcanzar los árboles de la otra orilla.

Fue un camino difícil, sobre todo para Morgana, con su pierna izquierda retorcida, pero finalmente todos logramos llegar al agua y cruzar al otro lado del río. Una vez en la orilla opuesta seguimos caminando, empapados pero con la grata sensación de habernos librado del enemigo.

Mas por desgracia no concluyeron ahí nuestros males.

—¿Nos harán esclavos? —me preguntó Lunete.

Como muchos de nosotros, Lunete había sido hecha prisionera para engrosar el mercado de esclavos de Dumnonia, pero vivía en libertad gracias a la intervención de Merlín. Ahora, perdida la protección de Merlín, temía verse condenada otra vez.

—No creo —le dije—, a menos que nos capturen Gundleus o los sajones. A ti te harían esclava, pero a mi seguramente me matarían —dije, sintiéndome muy valiente.

Lunete me tomó del brazo como buscando amparo y su actitud me halagó. Era bonita y hasta el momento me había tratado con desdén pues prefería la compañía de los salvajes hijos de los pescadores de Ynys Wydryn.

—Quiero que vuelva Merlín —dijo—. No quiero marcharme del Tor.

—Ahora ya no queda nada allí —le dije—. Tenemos que encontrar otro sitio para vivir, o volver y reconstruir el Tor, si podemos.

Pero sólo —pensé—, si Dumnonia sobrevive.¿ Tal vez en ese mismo momento, en esa misma tarde marcada por las humaredas, el reino perecía. Me asombré de lo ciego que había estado para no darme cuenta antes de los muchos horrores que nos acarrearía la muerte de Uter. Cada reino necesita su rey, y sin rey, el reino no es más que una tierra vacía y tentadora para lanzas ambiciosas.

A media tarde, cruzamos un arroyo más ancho, casi un verdadero río, tan hondo que al vadearlo el agua me llegaba al pecho. Cuando alcancé la otra orilla, sequé la espada de Hywel lo mejor que pude. Era una bella arma forjada por un famoso herrero de Gwent y adornada con líneas curvas y círculos que se entrecruzaban. La hoja de acero era recta y me llegaba de la garganta a la punta de los dedos, con el brazo estirado. Tenía la cruz de hierro macizo y los gabilanes sencillos y redondos, el puño de madera de manzano, unido a la espiga con remaches y protegido con tiras largas de cuero fino suavizadas con aceite. El pomo era redondo, cubierto por una malla de plata que se soltaba de continuo, hasta que al final se la quité e hice con ella una burda pulsera para Lunete.

Río abajo encontramos otros grandes prados donde pastaban novillos, que se acercaron torpemente a observar nuestra penosa marcha. Tal vez su movimiento fuera la causa de las complicaciones que siguieron. Poco después de haber llegado al bosque más allá de los prados oí fuertes cascos de caballo a nuestras espaldas. Mandé aviso a los que iban delante y me di la vuelta, lanza y espada en mano, para observar el camino.

Las ramas de los árboles eran bajas, tanto que un jinete no podía pasar montado. Quienquiera que nos siguiera, tendría que apearse del caballo y seguirnos a pie. No avanzábamos por los caminos anchos del bosque, sino por sendas ocultas que serpenteaban pegadas a los árboles, tan pegadas que nuestros perseguidores, igual que nosotros, tendrían que avanzar en fila de a uno. Temía que fueran rastreadores silurios enviados como avanzadilla de la pequeña tropa de Gundleus. ¿A quién, si no, podría interesarle el movimiento del ganado en la orilla del río a aquella hora perezosa de la tarde?

Gwlyddyn llegó a mi lado y me quitó la pesada lanza de la mano. Se quedó escuchando el distante galope de caballos e hizo un gesto de asentimiento como si se sintiera satisfecho.

—Son sólo dos —me dijo con tranquilidad—. Han abandonado los caballos y se acercan a pie. Yo me ocupo del primero y tú entretienes al segundo hasta que yo acabe con el otro. —Habla en un tono de extrema serenidad, lo cual alivió mis temores—. Y no olvides, Derfel —añadió—, que ellos también están asustados. —Me empujó hacia las sombras y luego se acuclilló en el lado opuesto del camino, detrás de las raíces de un haya caída—. ¡Agáchate! —me dijo en un susurro—. ¡Escóndete!

Me agaché, y de repente el terror volvió a apoderarse de mí. Me sudaban las manos, la pierna derecha me temblaba, tenía la garganta seca, quería vomitar y se me descompusieron las tripas. Hywel me había enseñado bien, pero jamás me había enfrentado a un hombre que quisiera matarme. Les oía cada vez más cerca, pero no los veía, y un instinto poderoso me empujaba a dar media vuelta y echar a correr con las mujeres. Pero me quedé, no tenía elección. Había oído historias de guerreros desde la infancia y me habían dicho una y otra vez que un hombre jamás da media vuelta y huye. Los hombres luchan por su señor, se enfrentan al enemigo de su señor y jamás huyen. Mi señor mamaba del pecho de Ralla y yo me enfrentaba a sus enemigos, pero ¡cuánto me habría gustado ser un niño en ese momento y echar a correr! ¿Y si hubiera más de dos lanceros enemigos? E incluso aunque sólo fueran dos, seguro que tenían mucha más experiencia en la lucha, serían hábiles, estarían curtidos y matarían sin piedad.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo —me dijo Gwlyddyn en voz baja.

Él había luchado en las batallas de Uter. Se había enfrentado a los sajones y

empuñado la lanza contra los hombres de Powys. En ese momento, en el corazón de su tierra natal, se agazapó entre la maraña de terrosos chuparraices con una especie de sonrisa en la cara y mi larga lanza entre las manos, fuertes y morenas.

—Voy a vengar la muerte de mi hijo —me dijo con gravedad—; los dioses están con nosotros.

Yo estaba agachado detrás de una zarzamora, rodeado de helechos, incómodo por el peso de la ropa mojada. Miraba atentamente los árboles, cubiertos de líquenes y enredaderas. Un pájaro carpintero picoteó cerca de mi y me sobresalté alarmado. Mi escondite era mejor que el de Gwlyddyn, y aun así me sentía expuesto, sobre todo cuando por fin vi aparecer a nuestros perseguidores a menos de doce pasos de mi parapeto vegetal.

Eran dos lanceros jóvenes y ágiles, con cotas de cuero, calzas atadas con cordones y largas capas rojas echadas hacia atrás sobre los hombros. Las largas barbas trenzadas y el pelo sujeto en la nuca con cordones de cuero. Iban armados con sendas lanzas largas, pero el segundo tenía además una espada colgada del cinto, y no la había sacado todavía. Contuve el aliento.

El que iba primero levantó la mano y los dos se detuvieron y se quedaron escuchando un momento antes de continuar. El que estaba más cerca tenía en la cara la cicatriz de batallas pasadas, y como respiraba con la boca abierta vi los huecos que había entre sus dientes amarillentos. Parecía tremendamente fuerte, experimentado y temible y de pronto se apoderó de mi un impulso irreprimible de huir, pero entonces sentí el palpito de la cicatriz de la mano izquierda, la que me hizo Nimue, y esa pulsación me dio valor.

—Era un ciervo lo que oímos —comentaba el segundo hombre en tono despreciativo.

Ambos avanzaban como a hurtadillas, mirando bien el suelo que pisaban y observando la hojarasca que tenían delante para detectar la menor señal de movimiento.

—Era un niño pequeño —insistió el primero, que iba un par de pasos por delante del otro y que, a mis ojos, parecía aún más alto y temible que su compañero.

—Esos mal nacidos han desaparecido —dijo el segundo, y vi que le sudaba la cara y que daba vueltas a la lanza de fresno, y supe que estaba nervioso.

Yo no paraba de repetir el nombre de Bel mentalmente, una y otra vez, rogando al dios que me concediera valor, que hiciera de mi un hombre. El enemigo se acercaba y no nos separaban ya más de seis pasos; a nuestro alrededor, el bosque reposaba cálido, conteniendo el aliento. Me llegó el olor de los dos hombres, el cuero que llevaban y un leve tufo a caballo. Gruesas gotas de sudor me entraban en los ojos y a punto estuve de empezar a aullar de terror, pero entonces Gwlyddyn salió de su escondite de un salto y lanzó un grito de guerra al tiempo que corría hacia delante.

Yo corrí también, y súbitamente quedé liberado del miedo y sentí la euforia divina de la batalla que me poseía por primera vez en la vida. Más tarde, mucho más tarde, descubrí que la euforia y el miedo son exactamente lo mismo, el uno se transforma en la otra en el momento de la acción, pero en aquella tarde de verano para mi fue puro júbilo. Que Dios y sus ángeles me perdonen, pero aquel día descubrí la alegría que proporciona la batalla, y a partir de entonces, durante mucho tiempo la busqué como el sediento busca agua. Eché a correr gritando igual que Gwlyddyn, aunque no fui tras sus pasos ciegamente. Viré hacia la diestra del estrecho sendero y pasé a su lado en el momento en que golpeaba al silurio que tenía mas cerca.

El hombre quiso detener el golpe de la lanza de Gwlyddyn, pero el carpintero esperaba el pase bajo de la vara de fresno y levantó su arma por encima de la enemiga al tiempo que se la clavaba. Todo sucedió muy deprisa. Un momento antes el soldado era una amenaza cierta con atuendo guerrero, y de pronto boqueaba y se retorció en el suelo. Gwlyddyn hundió la pesada lanza en la coraza de cuero y se la clavó en el pecho hasta el fondo. Yo ya le había adelantado y gritaba blandiendo la espada de Hywel. En ese momento no sentía miedo; y tal vez el espíritu de Hywel hubiera regresado del más allá para inspirarme, porque de pronto supe con exactitud lo que tenía que hacer y lancé mi grito de guerra, que sonó como un grito de victoria.

El segundo hombre dispuso de una fracción más de tiempo para prepararse que su ya agonizante compañero y adoptó la postura acuclillada del lancero, que le permitiría saltar hacia delante con un impulso mortal. Arremetí contra él, y cuando la lanza se acercó a mi como un rayo metálico con destellos de sol, me hice a un lado y la paré con la espada, no con tanta fuerza que me hiciera perder control del acero pero si con el impulso necesario para desviarla a la derecha con un giro de espada.

Me pareció oír a Hywel diciendo El secreto está en las muñecas, muchacho, en las muñecas, y le clavé la espada con todas mis fuerzas en un lado de la garganta al grito de ¡Hywel!.

Todo pasó tan rápidamente, tan increíblemente deprisa... La muñeca maneja la espada, pero el brazo le da la fuerza, y mi brazo recibió esa tarde toda la fuerza del brazo de Hywel. La espada se hundió sola en el gáznate del silurio como hiende el hacha el leño podrido. Debido a la inexperiencia, juzgué que el enemigo no había muerto y saqué la espada de un tirón para volver a clavársela. Se la clavé por segunda vez y entonces vi la sangre que teñía el día y al hombre que caía hacia un lado con un último estertor y un último esfuerzo por volver a golpear con la lanza; la vida se le atascó en la garganta, otro borbotón de sangre se derramó sobre su coraza y el silurio se desplomó en el moho del suelo.

Me quedé de pie temblando. Me entraron ganas de llorar. No tenía idea de lo que acababa de hacer. No me sentía victorioso, sólo culpable, y me quedé inmóvil, anonadado, con la espada clavada aún en la garganta del hombre alrededor del cual

comenzaban a congregarse las primeras moscas. No podía moverme.

Un ave graznó en las hojas altas, el fuerte brazo de Gwlyddyn me rodeó los hombros y las lágrimas me inundaron las mejillas.

—Eres un buen hombre, Derfel —me dijo Gwlyddyn, y me volví hacia él y lo abracé como un niño se abraza a su padre—. Bien hecho —me repitió una y otra vez—, bien hecho.

Me dio palmaditas en la espalda torpemente hasta que conseguí controlar las lágrimas.

—Lo siento —me oi decir.

—¿Lo sientes? —se rió—. ¿Qué es lo que sientes? Hywel siempre decía que eras el mejor aprendiz que había tenido, tenía que haberle creído ya entonces. Eres rápido. Bien, veamos qué hemos ganado.

Cogí la funda de la espada de mi víctima, hecha de corteza curtida de sauce, y resultó adecuada para la espada de Hywel; luego registramos los cadáveres en busca del escaso botín que pudiéramos sacarles: una manzana verde, una vieja moneda con el cuño gastado por el uso, dos capas, las armas, unas correas de cuero y un cuchillo con mango de hueso. Gwlyddyn se planteó la posibilidad de retroceder para apoderarnos de los caballos, pero decidió que no teníamos tiempo. No me importó. Aunque viera borroso a causa de las lágrimas, estaba vivo, había matado a un hombre, había defendido a mi rey y me sentí delirante de felicidad cuando Gwlyddyn me llevó de nuevo con los asustados fugitivos y me levantó el brazo en señal de que había luchado bien.

—¡Cuánto jaleo habéis armado, vosotros dos! —gruñó Morga— Enseguida tendremos a media Siluria pisándonos los talones. ¡Vamos! ¡En marcha!

A Nimue no pareció interesarle mi victoria, pero Lunete quería que se lo contara todo, y al contárselo exageré la resistencia del enemigo y la fiereza del combate; la admiración de Lunete engendró más exageración aún. Volvió a tomarme del brazo, la miré y, al ver su rostro moreno, me pregunté cómo es que nunca me había dado cuenta de lo bonita que era. Tenía la cara angulosa como Nimue, pero lo que en Nimue era cautelosa sabiduría, en Lunete era suavidad y cálido humor, y su proximidad me infundió una confianza que no conocía; así avanzamos a lo largo de la tarde hasta que por fin giramos hacia el este, hacia las montañas entre las que sobresalía Caer Cadarn como un vigía.

Una hora después nos encontrábamos en el lindero del bosque que había frente a Caer Cadarn. Ya era tarde, pero estábamos en pleno verano y el sol todavía estaba alto en el cielo, y su luz, adorable y suave, bañaba las fortificaciones occidentales de Caer Cadarn con una luz verdosa. Estábamos todavía a una milla de la fortaleza, pero ya lo suficientemente cerca como para distinguir las empalizadas amarillas sobre las almenas y comprobar que allí no había soldados ni salía humo del pequeño poblado



que vivía en el interior.

Tampoco se veían enemigos, y Morgana decidió salir a terreno despejado y subir por el camino de poniente hacia la fortaleza del rey. Gwlyddyn opinaba que debíamos quedarnos en el bosque hasta la caída de la noche, o bien ir a la cercana aldea de Lindinis, pero Gwlyddyn era carpintero y Morgana una dama de alcurnia, de modo que tuvo que avenirse a sus deseos.

Salimos pues a los prados y nuestra sombra se alargaba delante de nosotros. La hierba estaba corta, había servido de pasto a corzos o a vacas, pero se notaba suave y abundante bajo los pies. Nimue, que parecía todavía presa de un trance doloroso, se quitó el calzado prestado y continuó descalza. Un halcón surcó el cielo y luego una liebre, asustada por nuestra repentina aparición, salió de un brinco de un agujero entre las hierbas y desapareció corriendo ágilmente.

Seguimos un sendero bordeado de aciano, margaritas, ambrosía y cornejo. A nuestra espalda, sumido en la oscuridad porque el sol caía ya muy oblicuo desde el oeste, el bosque parecía sombrío. Estábamos cansados y andrajosos, pero veíamos cerca el final del viaje y algunos parecían incluso alegres. Llevábamos a Mordred al lugar en que había nacido, a la montaña real de Dumnonia, pero cuando no habíamos recorrido ni la mitad del camino hacia el glorioso refugio verde, avistamos al enemigo tras nuestros pasos.

La banda guerrera de Gundleus hizo su aparición. No sólo los hombres a caballo que habían llegado a Ynys Wydryn esa misma mañana, sino también los lanceros. Seguro que Gundleus supo desde el primer momento adónde nos dirigíamos, y condujo a la caballería superviviente y a sus más de cien lanceros al lugar sagrado de los reyes de Dumnonia. Aunque no hubiera tenido que perseguir al pequeño rey, Gundleus habría acudido a Caer Cadarn, pues no ambicionaba otra cosa que la corona de Dumnonia, y esa corona se ceñía a las sienes de los reyes en Caer Cadarn. Quien tuviera Caer Cadarn, tendría Dumnonia, decía el antiguo dicho, y quien tuviera Dumnonia, tendría Britania.

La caballería de Siluria adelantó a los lanceros. Nos daría alcance en unos minutos y yo sabía que ninguno de nosotros, ni siquiera el más veloz, alcanzaría el final de la larga cuesta hasta la fortaleza antes de que los caballos nos rodearan y nos acribillaran con afilados aceros y puntiagudas lanzas. Me acerqué a Nimue y vi su rostro demacrado y cansado, y su único ojo amoratado y lloroso.

—Nimue —le dije.

—No te preocupes, Derfel.

Parecía molestarle mi inquietud por ella.

Pensé que había enloquecido. De todos los que habíamos sobrevivido a aquel aciago día, era ella la que había sufrido peor experiencia; ahora se hallaba en un lugar que escapaba a mi comprensión, allí no podía acompañarla.

—Te quiero, Nimue —dije, intentado llegarle al alma por la ternura.

—¿A mi? ¿No a Lunete? —replicó furiosa.

No me miraba a mi, sino a la fortaleza; me volví hacia la caballería que se acercaba formando en una ancha línea como cazadores aprestados para levantar corzos. Sus capas se posaban sobre la grupa de los caballos, las vainas de las espadas colgaban a lo largo de las botas y el sol se reflejaba en las puntas de las lanzas y encendía la enseña del zorro. Gundleus cabalgaba bajo la enseña, con la cabeza cubierta por su casco de hierro empenachado con una cola de zorro. A su lado cabalgaba Ladwys, con una espada en la mano, y Tanaburs, con su larga túnica golpeándole las piernas, montaba un caballo gris y avanzaba cerca del rey. Pensé que moriría el mismo día en que me había convertido en hombre. Semejante reflexión me resultó cruel.

—¡Corred! —gritó Morgana de repente—. ¡Corred!

Creí que aquella orden era producto del pánico y no quise obedecer, pues me parecía más noble quedarme allí y morir como un hombre que ser cortado en dos por la espalda como un fugitivo. Después vi que me había equivocado y que Caer Cadarn no estaba desierto en absoluto; las puertas se abrieron y una riada de hombres, a pie y a caballo, se precipitó camino abajo. Los jinetes iban ataviados como los hombres de Gundleus, pero llevaban en sus escudos y armas el dragón de Mordred.

Echamos a correr. Arrastré a Nimue por el brazo al tiempo que un puñado de jinetes de Dumnonia se acercaba a nosotros. Serían una docena, no muchos, pero suficientes para detener el avance de los hombres de Gundleus mientras llegaba el grueso de lanceros dumnonios.

—Cincuenta lanzas —dijo Gwlyddyn, que había contado el cuerpo de rescate—. No podemos ganarles con cincuenta, pero si llegar a refugio seguro.

Gundleus había hecho los mismos cálculos y describió con sus hombres una amplia curva, que los situaría detrás de los lanceros dumnonios que ya se acercaban. Quería cortarnos la retirada porque, una vez reuniera a todos los enemigos en un mismo punto, podría matarnos a un tiempo, fuéramos setenta o siete. Gundleus contaba con la ventaja del número, y al descender de la fortaleza los de Dumnonia habían sacrificado la suya, que radicaba en la altura.

La caballería de Dumnonia pasó a nuestro lado como una tormenta; los caballos levantaban gruesos terrones con los cascos. No se trataba de los fabulosos caballeros de Arturo, hombres de armas que golpeaban como el rayo, sino de escoltas ligeramente armados que por lo general desmontaban para ir a la batalla; sin embargo en ese momento formaron un parapeto protector entre nosotros y los lanceros silurios. Momentos después llegaron nuestros lanceros y formaron una línea de defensa que renovó nuestra confianza, una confianza que se trocó en temeridad tan pronto como distinguimos quién iba al mando del grupo de rescate. Era Owain, el poderoso

Owain, el paladín del rey y el mejor luchador de toda Britania. Creíamos que se hallaba lejos, en el norte, luchando junto a los hombres de Gwent en las montañas de Powys, y sin embargo estaba presente en Caer Cadarn.

No obstante, y en honor a la verdad, la ventaja seguía siendo de Gundleus. Teníamos doce hombres a caballo, cincuenta lanceros y treinta fugitivos cansados y reunidos en un espacio abierto donde Gundleus había reunido casi el doble de hombres a caballo y el doble de lanceros.

El sol aún brillaba. Faltaban dos horas para el crepúsculo y cuatro para la noche cerrada, tiempo más que suficiente para que Gundleus completara la matanza, aunque primero trató de persuadirnos con palabras. Se adelantó en su caballo, espléndido sobre el noble bruto sudoroso y con el escudo invertido en señal de tregua.

—Hombres de Dumnonía —nos dijo—. Entregadme al niño y daré media vuelta. —Nadie respondió. Owain se había escondido en el centro de la pared de escudos de forma que Gundleus, al no identificar caudillo alguno entre la hueste, se dirigía a todos nosotros—. ¡Es un niño malformado! —insistió el rey de Siluna—. ¡Maldecido por los dioses! ¿Creéis que la buena fortuna

puede sonreír a un país gobernado por un rey deforme? ¿Queréis que se agosten vuestras cosechas? ¿Y que vuestros hijos nazcan enfermos? ¿Y que vuestros ganados mueran de fiebres?

¿Y que los sajones se adueñen de vuestras tierras? ¿Qué creéis que os traerá un rey contrahecho, sino mala fortuna?

Nadie contestó, aunque bien sabe Dios que muchos de entre nuestras filas, tan apresuradamente formadas, debieron de temer que las palabras de Gundleus fueran ciertas.

El rey de Siluria se quitó el casco y sonrió ante nuestras aflicciones.

—Todos conservareis la vida —prometió— siempre y cuando me entreguéis ese niño. —Quedó en espera de una respuesta que nunca llegaría—. ¿Quién es vuestro jefe? —preguntó al fin.

—¡Yo soy! —Owain se decidió a avanzar entre las filas para ocupar su lugar al frente de la línea de escudos.

—Owain. —Gundleus lo reconoció; me pareció detectar en sus ojos un destello de miedo. El rey de Siluria ignoraba, como todos nosotros, que Owain hubiera regresado del centro de Dumnonía. Aun así, no mermó la seguridad de Gundleus en la victoria, aunque debió de calcular que con Owain le costaría mas cara—. Lord Owain —interpeló Gundleus al paladín de Dumnonia, dándole el tratamiento a que tenía derecho—, hijo de Eilyon y nieto de Culwas: ¡os saludo! —Gundleus elevó la punta de la lanza hacia el sol—. Lord Owain, vos tenéis un hijo.

—Como muchos otros hombres —replicó Owain sin darle importancia—. ¿Qué os importa a vos?

—¿Deseáis que vuestro hijo quede sin padre? —preguntó Gundleus—. ¿Deseáis que vuestras tierras sean arrasadas? ¿Y vuestro hogar reducido a cenizas? ¿Y vuestra esposa convertida en juguete de mis soldados?

—Mi esposa —replicó Owain— sería capaz de vencer a todos vuestros hombres, y también a vos. ¿Queréis juguetes, Gundleus? ¡Volved con vuestra ramera! —exclamó, señalando con la barbilla hacia Ladwys—. Y si no queréis compartir vuestra ramera con vuestros hombres, creo que Dumnonia podría regalar a Siluria unas cuantas ovejas viudas.

El tono desafiante de Owain nos levantó los ánimos. Parecía indomable, con su colosal lanza, la larga espada y el escudo con placa de hierro. Siempre acudía al combate con la cabeza descubierta, despreciaba los cascos, y en sus fortísimos brazos llevaba tatuados el dragón de Dumnonia y su propio emblema, el oso de largos colmillos.

—Entregadme el niño. —Gundleus hizo caso omiso de los insultos sabiendo que no eran sino mera jactancia propia del hombre que se apresta a la batalla—. ¡Entregadme el rey cojo!

—Entregadme vuestra ramera, Gundleus —replicó Owain—. No sois lo bastante hombre para ella. Entregádmela de buen grado y marchaos en paz.

—Los bardos cantarán vuestra muerte, Owain —dijo Gundleus después de escupir—. Será la canción de la matanza del cerdo.

Owain arrojó su enorme lanza al suelo, donde se clavó por la punta.

—Aquí tenéis al cerdo, Gundleus ap Meilyr, rey de Siluria —gritó Owain—, y aquí mismo morirá u orinará sobre vuestro cadáver. ¡Idos ahora!

Gundleus sonrió, se encogió de hombros y volvió la grupa. Asió el escudo en su posición normal, señal de que estaba dispuesto a presentar batalla.

Sería mi primera batalla.

La caballería de Dumnonia formó detrás de la línea de lanzas para proteger a los niños y a las mujeres mientras pudiera. Los demás nos alineamos en orden de batalla sin dejar de mirar al enemigo, que hizo lo propio. Ligessac, el traidor, estaba entre las filas silurias. Tanaburs llevó a cabo sus ritos, saltó a la pata coja con una mano levantada y un ojo cerrado frente al muro de escudos de Gundleus; mientras, los lanceros avanzaban despacio por la hierba. Sólo cuando Tanaburs terminó de pronunciar su conjuro de protección comenzaron los silurios a lanzarnos insultos. Nos avisaron de que nos masacrarían y se jactaron de que acabarían con la vida de muchos de nosotros, pero a pesar de todo me di cuenta de que avanzaban sumamente despacio, y cuando se encontraban a unos cincuenta pies de nosotros se detuvieron por completo. Algunos de los nuestros hicieron burla de tanta timidez, pero Owain ordenó silencio con un gruñido.

Ambas filas de enemigos nos miramos pero nadie se movió. Se necesita un valor

extraordinario para lanzarse a la carga contra una pared de escudos y lanzas. Por eso muchos hombres beben antes de la batalla. He visto ejércitos detenidos durante horas, reuniendo el coraje necesario para cargar, y cuanto más veterano es el guerrero, más valor necesita. Las tropas jóvenes se lanzan a la carga y mueren, pero los expertos saben lo terrible que llega a ser un muro de escudos enemigos. Yo no tenía escudo, pero me cubrían los de los hombres que formaban junto a mi, pues se tocaban con los siguientes y así todos hasta completar nuestra corta línea de defensa, de modo que cualquier ataque tendría que superar primero la barrera de madera cubierta de cuero y erizada de lanzas afiladas como cuchillas.

Los de Siluria empezaron a golpear sus escudos con las lanzas. Hacían ruido con la intención de que cundiera la alarma entre nosotros, y lo conseguían, aunque ninguno de los nuestros mostró temor. Nos manteníamos apretados unos junto a otros, aguardando la carga.

—Primero harán un par de cargas falsas, muchacho —me dijo el que tenía al lado.

Y al poco tiempo un grupo de silurios salió de sus filas gritando, corriendo y apuntando con las lanzas al centro de nuestra defensa. Nuestros hombres se agacharon, las largas lanzas chocaron contra los escudos y entonces todo el frente silurio empezó a moverse hacia nosotros, pero Owain ordenó inmediatamente a nuestras líneas que se pusieran en pie y avanzaran también, y con ese movimiento pausado detuvimos la amenaza enemiga. De entre los nuestros, los soldados que soportaban el peso de las lanzas enemigas arrancaron de los escudos las puntas clavadas y volvieron a cerrar filas enseguida.

—¡Atrás! —ordenó Owain.

Quería que recorriéramos poco a poco, caminando hacia atrás, la media milla de hierba que nos separaba de Caer Cadarn, con la esperanza de que los silurios no reunieran el coraje necesario para lanzarse al combate antes de que cubriéramos la breve pero casi insalvable distancia. Para darnos más tiempo, Owain se situó a la cabeza de nuestras líneas y dijo a Gundleus a voces que se enfrentaran ambos cuerpo a cuerpo.

—¿Sois acaso una mujer, Gundleus? —le interpeló el campeón de nuestro rey—. ¿Habéis perdido el valor? ¿No habéis bebido bastante? ¿Por qué no volvéis a los telares, mujer? ¡Volved al bastidor! ¡Volved a la rueca!

Nosotros seguíamos retrocediendo paso a paso, pero una repentina carga del enemigo nos obligó a tomar posiciones y a agacharnos tras los escudos para zafarnos de las lanzas que nos arrojaban. Una me pasó por encima de la cabeza con un silbido semejante a una súbita ráfaga de viento, pero ese ataque no fue sino otro intento de engañarnos para que huyéramos despavoridos. Ligessac no paraba de disparar flechas, pero debía de estar borracho porque todas sus saetas pasaban demasiado

altas. Owain era la diana de docenas de lanzas, pero la mayoría no alcanzaban su objetivo y, en cuanto al resto, él las desviaba despectivamente con la lanza o el escudo y luego se burlaba de los lanceros.

—¿Quién os enseñó el oficio de lanceros? ¿Vuestras madres? —Escupió sobre el enemigo—. ¡Acercaos, Gundleus! ¡Luchad conmigo! ¡Demostrad a vuestros friegaplatos que sois un rey, no un ratón!

Los de Siluria golpeaban los escudos con las lanzas para tapar las palabras de Owain y éste les dio la espalda en son de burla, y volvió despacio a nuestra fila de escudos.

—¡Atrás! —nos dijo en voz baja—. ¡Atrás!

Entonces dos silurios arrojaron sus escudos y armas y se rasgaron las vestiduras para luchar desnudos. El que estaba a mi lado escupió.

—Ahora se van a complicar las cosas —me advirtió sombríamente.

A fe mía que los que se habían desnudado estaban borrachos, o tan intoxicados por los dioses que se creían a salvo de hojas enemigas. Ya había oído hablar de casos así y sabía que ese proceder suicida solía ser la señal para el ataque verdadero. Así la espada con fuerza y traté de jurar que moriría con honra, pero en realidad habría podido llorar de lástima por mi mismo. Me

había hecho hombre ese día y ese mismo día moriría. Me reuniría con Uter y Hywel en el más allá y esperaría durante años y años de oscuridad a que mi alma encontrara otro cuerpo humano con que volver a este verde mundo.

Los dos hombres se soltaron el cabello, tomaron las lanzas y las espadas y bailaron ante las filas de silurios. Iban aullando y calentándose, entrando paulatinamente en el frenesí de la batalla, ese estado de éxtasis ciego que permite a un hombre intentar lo imposible. Gundleus, a caballo bajo su enseña, sonreía a los dos hombres de cuerpos cubiertos de intrincados tatuajes azules. Los niños empezaron a llorar a nuestras espaldas y las mujeres convocaron a los dioses al ver que los enemigos bailaban cada vez más cerca, haciendo girar las lanzas y espadas al sol de la tarde. Esos hombres no necesitaban escudo, ropa ni armadura. Los dioses los protegían y su recompensa era la gloria; si conseguían acabar con Owain, los bardos cantarían su victoria durante años y años. Avanzaron flanqueando a nuestro campeón, cada uno por un lado; Owain sopesó la lanza preparándose para detener el ataque de los iluminados, que serviría además de señal de carga contra el enemigo.

Y entonces sonó un cuerno.

El cuerno dio una nota clara y fría como nunca antes oyera. Aquel cuerno poseía una pureza heladora y penetrante sin par en la tierra. Sonó una vez, luego otra, y la segunda hizo detenerse incluso a los danzarines desnudos, que se volvieron hacia levante, de donde provenía el sonido.

Yo también miré hacia allí.

¡Qué aturdimiento! Fue como si un nuevo sol hubiera salido en ese día que ya terminaba. La luz rasgó el aire por encima de los prados y nos cegó, nos confundió, pero luego siguió extendiéndose y vi que no era sino el reflejo del verdadero sol en un escudo bruñido y brillantado como un espejo. Y ese escudo lo sujetaba un hombre como no había visto otro en mi vida; un hombre magnífico, un hombre erguido sobre un gran corcel y acompañado por otros hombres semejantes; una horda de hombres de maravilla, empenachados, armados, salidos de los sueños divinos para acudir a ese campo de muerte, y sobre las cabezas empenachadas de esos hombres ondeaba una enseña a la que llegaría a amar más que a cualquier otra sobre la tierra de Dios. Era la enseña del oso.

El cuerno sonó por tercera vez, y de repente supe que viviría; mis ojos estallaron en lágrimas de júbilo, nuestros lanceros no sabían si llorar o gritar y la tierra temblaba bajo los cascos de aquellos hombres semejantes a los dioses que acudían en nuestra ayuda.

Pues Arturo había regresado al fin.

# La Princesa Prometida



Ygraine está insatisfecha. Desea conocer historias de Arturo. Ha oído hablar de una espada clavada en una piedra y quiere que escriba sobre ello. Me dice que fue engendrado por un espíritu en el seno de una reina y que los cielos tronaban y relampagueaban la noche de su nacimiento; tal vez tenga razón y los cielos se alborotaran aquella noche, pero todo aquel a quien pregunté había pasado la noche durmiendo, y por lo que respecta a la espada clavada en la piedra, bien, existió una espada y existió una piedra, pero entran en la historia mucho más tarde. La espada se llamaba Caledfwlch, que significa relámpago fulminante, aunque Ygraine prefiere llamarla Excalibur y así la llamaré yo también, pues a Arturo nunca le importó el nombre de su larga espada. Tampoco se preocupó nunca de su infancia, y ciertamente nunca le oí referirse a ella. En una ocasión le pregunté por sus días de niño y no quiso contestarme. ¿Qué importancia tiene el huevo para el águila?, me preguntó a su vez, y luego me dijo que había nacido, que había crecido y que se había convertido en soldado, y que yo no necesitaba saber nada más.

Sin embargo, en honor a mí mas estimada y generosa protectora, Ygraine, permítaseme dejar constancia de lo poco que llegué a conocer. Arturo, a pesar de que Uter negara su paternidad en Glevum, era hijo del rey supremo, aunque tal reconocimiento reportara escasas ventajas, ya que Uter había sido padre de tantos hijos bastardos como crías pueda engendrar un gato. La madre de Arturo se llamaba Ygraine, igual que mi más estimada reina. Provenía de Caer Gei, en Gwynedd, y se decía que era hija de Cunedda, rey de Gwynedd y rey supremo antes que Uter, aunque Ygraine no ostentó el rango de princesa puesto que su madre no era esposa de Cunedda, sino de un cacique de Henis Wyren. Lo único que Arturo dijo jamás de Ygraine de Gwynedd, que murió poco antes de que él alcanzara la madurez, fue que era la madre más maravillosa, inteligente y bella que un niño pudiera desear, aunque según Cei, que la conocía bien, matizaba su belleza cierta mordacidad rencorosa. Cei es el hijo de Ector ap Ednywain, cacique de Caer Gei, que acogiera en su casa a Ygraine y a sus cuatro hijos bastardos cuando Uter los expulsó. La expulsión tuvo lugar el mismo año en que nació Arturo, e Ygraine jamás perdonó a su hijo. Decía con frecuencia que Arturo había sido un hijo sobrante, que tal vez habría mantenido su lugar como amante de Uter de no haber nacido Arturo.

Arturo fue el cuarto de los hijos de Ygraine que sobrevivió a la infancia. Los otros tres eran mujeres y Uter mostraba claramente su preferencia por las hembras, pues eran menos propensas a exigir derechos sobre el patrimonio al hacerse mayores. Cei y Arturo crecieron juntos y Cei dice, aunque nunca en presencia de Arturo, que tanto él como Arturo temían a Ygraine. Arturo, según me contó Cei, era un niño obediente y trabajador que se esforzaba por ser el mejor en todas las cosas, tanto en la

lectura como en el manejo de la espada, pero ninguno de sus logros satisfizo jamás a su madre; siempre la idolatró y la defendió, y la lloró inconsolablemente cuando murió de unas fiebres. Contaba entonces trece años y Ector, su protector, apeló a Uter para ayudar a los cuatro huérfanos que Ygerne había dejado en mala situación económica. Uter los llevó a Caer Cadarn, tal vez con la idea de sacar partido de las tres hijas como peones en el juego de los matrimonios dinásticos. El matrimonio de Morgana con un príncipe de Kernow duró muy poco debido a un incendio, pero Morgause casó con el rey Lot de Leonís, y Ana con el rey Budic ap Camran, en la otra orilla del mar, en Britania Armórica. Estos dos últimos matrimonios no fueron importantes, pues ninguno de los dos reyes residía suficientemente cerca como para enviar refuerzos a Dumnonía en tiempos de guerra, pero ambos cumplían su propósito. Arturo, por ser chico, carecía de esta utilidad, de modo que fue a la corte de Uter y aprendió a manejar la espada y la lanza. También conoció a Merlín, aunque ambos guardaron silencio sobre lo sucedido entre ellos en los meses anteriores a la partida de Arturo a Britania Armórica, con su hermana Ana, agotadas sus esperanzas de ganarse el favor de Uter. Allá, en la tumultuosa Galia, se convirtió en soldado y Ana, muy consciente de que un hermano guerrero era un pariente de gran valor, procuró que sus hazañas llegaran a oídos de Uter, gracias a lo cual Uter lo llamó de nuevo a Britania para la campaña que terminó con la muerte de su hijo. El resto ya es sabido.

Ya he contado a Ygraine todo lo que sé sobre la infancia de Arturo, y sin duda alguna ella embellecerá la historia con las leyendas que ya circulan sobre Arturo entre el pueblo llano. Ygraine se lleva estas pieles una a una y las manda traducir a la lengua de Britania a Dafydd ap Gruffud, el administrador de justicia que habla la lengua sajona; no confío en que él o Ygraine respeten estas palabras escrupulosamente, antes bien temo que las hinchen con otras de su preferencia. A veces desearía atreverme a escribir la crónica de esta historia en lengua britana, pero el obispo Sansum, a quien Dios bendiga por sobre todos los santos, sigue recelando de lo que escribo. En algunas ocasiones ha tratado de impedir que completara la tarea, o bien ha ordenado a los diablillos de Satán que me la dificulten. Un día desaparecieron todas mis plumas, otro encontré orina en el tintero, pero entonces Ygraine vuelve a proporcionarme lo necesario y Sansum, a menos que aprenda a leer y consiga dominar la lengua sajona, no podrá confirmar sus sospechas de que esta labor no es, en realidad, el Evangelio en lengua sajona.

Ygraine me pide que escriba más y más deprisa, me ruega que cuente la verdad sobre Arturo pero se queja cuando la verdad no coincide con los cuentos de hadas que ha escuchado en la cocina de Caer o en su vestidor. Quiere bestias fantásticas que cambien de forma, pero no puedo inventar lo que no he visto. Cierto es, y que Dios me perdone, que he cambiado algunas cosas, pero ninguna importante. Por ejemplo,

cuando Arturo nos salvó en la batalla a las puertas de Caer Cadarn, tuve noticia de que estaba en camino mucho antes de verlo aparecer, pues Owain y sus hombres sabían desde el principio que Arturo y sus caballeros, recién llegados de Britania Armórica, permanecían escondidos en los bosques al norte de Caer Cadarn, de la misma forma que sabían que la tropa guerrera de Gundleus se aproximaba. Gundleus cometió el error de incendiar el Tor, pues la columna de humo sirvió de aviso a todo el sur del país; de modo que los vigías de Owain habían estado observando a los hombres de Gundleus desde el mediodía. Owain, tras ayudar a Agrícola a vencer la invasión de Gorfyddyd, regresó con presteza al sur para recibir a Arturo, no por amistad, antes bien para estar presente en el momento de la llegada al país de un rival en lides de guerra, y fue una gran suerte para nosotros que Owain regresara tan pronto. No obstante, habría sido imposible que la batalla se desarrollara tal como la he contado. De no haber sabido Owain que Arturo se hallaba cerca, habría confiado al pequeño Mordred a su jinete más veloz para que lo pusiera a salvo, aunque todos los demás hubiéramos perecido bajo las lanzas de Gundleus. Habría podido dejar constancia de esa verdad, naturalmente, pero de los bardos aprendí a dar forma a las historias, de modo que los que escuchan se mantengan atentos hasta llegar a la parte que más les interesa; a fe mía que el relato mejora dejando la noticia de la llegada de Arturo para el último instante. No es sino un pecadillo venial, esto de perfilar una historia, aunque bien sabe Dios que Sansum no me lo perdonaría jamás.

Aún dura el invierno, aquí en Dinnewrac, y la crudeza del frío, pero el rey Brochvael ordenó a Sansum que encendiera las hogueras después de que el hermano Aron fuera hallado muerto por congelación en su celda. El santo varón se resistió, hasta que el rey envió leña desde su Caer, y así tenemos ahora las hogueras encendidas, aunque no muchas ni nunca generosas. Sea como fuere, una fogata pequeña también facilita la tarea de escribir y últimamente el bendito Sansum se muestra menos entrometido. Han llegado dos novicios a nuestra pequeña comunidad, niños aún de voces cristalinas, y Sansum se ha propuesto iniciarlos personalmente en los caminos de nuestro Excelso Salvador. Tal es el interés del santo por sus tiernas almas inmortales que incluso insiste en que los muchachos compartan la celda con él y parece ahora más feliz, en su compañía. Bendito sea Dios por ello, y por la gracia del fuego y por la fuerza para continuar con este relato de Arturo, el Rey Que No Fue, Enemigo de Dios y nuestro Señor de las Batallas.

No deseo cansaros con los detalles de la batalla a las puertas de Caer Cadarn. Fue una derrota aplastante, no una batalla, y sólo un puñado de silurios lograron escapar. Ligessac, el traidor, se

contó entre ellos, pero casi todos los hombres de Gundleus cayeron prisioneros. Murieron muchos enemigos, entre ellos los dos desnudos, que cayeron bajo la espada de Owain. Gundleus, Ladwys y Tanaburs fueron apresados vivos. Yo no maté a nadie,

ni siquiera mellé el filo de la espada.

Tampoco recuerdo gran número de detalles, pues lo único que deseaba era contemplar a Arturo.

Montaba a Llamrei, su yegua, una gran bestia negra de enmarañadas cernejas y herraduras de hierro planas, fijadas a los cascos con tiras de cuero. Todos los hombres de Arturo cabalgaban en monturas semejantes, a las cuales hendían los ollares para ensanchárselos, facilitándoles así la respiración. Los corceles parecían aún más temibles gracias a unos extraordinarios protectores de cuero duro que les colgaban al pecho a modo de escudo contra las lanzas. Dichos protectores eran tan gruesos y engorrosos que los animales no podían bajar la cabeza para pastar, y al final de la batalla Arturo ordenó a un mozo que quitara el tal artefacto a Llamrei para que triscara por la hierba. Cada caballo necesitaba dos mozos de cuadras; uno se cuidaba del protector del caballo, de la manta y de la silla y el otro lo llevaba por la brida, mientras que un tercer criado se llevaba la lanza y el escudo del guerrero. La larga y pesada lanza de Arturo se llamaba Rhongomyniad y su escudo, de nombre Wynebgwrthucher, estaba hecho de tablas de sauce cubiertas por una placa de plata batida, tan abrillantada que deslumbraba. A la cadera llevaba el cuchillo llamado Carnwenhau y la famosa espada Excalibur, enfundada en su negra vaina con la cruz de hilos de oro.

Al principio no podía verle la cara porque llevaba un yelmo con tan grandes protectores de mejillas que se la tapaban casi por completo. El yelmo, con la ranura para los ojos y el oscuro agujero para la boca, era de hierro pulido con ondulantes filigranas de plata y un alto penacho de plumas blancas de ganso; parecía una calavera temible y daba al que lo llevaba un aspecto tétrico, cadavérico, como si fuera un muerto viviente. También su manto era blanco, como el penacho, y Arturo exigía que siempre estuviera limpio; le colgaba de los hombros para proteger del sol la larga cota mallada de su armadura. Yo nunca había visto cotas malladas hasta entonces, aunque Hywel me las había descrito, y al ver la de Arturo sentí un inmenso deseo de poseer una igual. Era una cota romana hecha de cientos de escamas metálicas no mayores que la huella de un dedo, cosidas en filas superpuestas a una cota de cuero que llegaba hasta la rodilla. Las escamas eran cuadradas en la parte superior, con dos orificios por donde pasar el hilo para coserlas, y puntiagudas en la parte inferior, y se superponían de tal guisa que una punta de lanza tropezaría siempre con dos capas de hierro antes de alcanzar el resistente cuero sobre el que iban cosidos. La rígida armadura tintineaba cada vez que Arturo se movía, y no era sólo el ruido del hierro lo que se oía, pues los herreros habían añadido una hilera de placas doradas alrededor del cuello y varias escamas de plata repartidas entre las de hierro, de modo que la cota entera destellaba como a ondas. Era necesario limpiarla a diario para evitar que el hierro se oxidara, tarea que requería varias horas y, después de cada batalla siempre

se perdían unas cuantas escamas que había que reemplazar. Pocos eran los herreros capaces de confeccionar semejantes cotas, y pocos también los hombres con posibilidades de pagarse una, pero la de Arturo procedía de un cacique franco al que había matado en Armórica. Además del yelmo, el manto y la cota de escamas, calzaba botas de cuero y usaba guantes de piel y cinturón de cuero, del que pendía Excalibur, envainada en la funda con la cruz bordada en hilos de oro, que, según se decía, protegía a su dueño de todo mal.

Deslumbrado por su aparición, se me antojó un dios blanco y resplandeciente descendido a la tierra. No podía apartar de él la mirada.

Abrazó a Owain y oí reír a los dos hombres. Owain era alto, pero Arturo lo miraba a los ojos directamente, aunque no era tan robusto como el paladín, todo musculatura y corpulencia, sino delgado y fibroso. Owain palmeó a Arturo en la espalda y Arturo le devolvió el afectuoso saludo antes de encamínarse juntos, asidos por los hombros, hacia donde Ralla se encontraba con Mordred en brazos.

Arturo se postró de hinojos ante su rey y, con una delicadeza sorprendente en un hombre ataviado con una rígida armadura, levantó la enguantada mano y tomó la túnica del niño por una

punta. Levantó los protectores de las mejillas del yelmo y besó la tela. Mordred reaccionó con llantos y manotazos.

Arturo se levantó y tendió los brazos a Morgana. Ella era mayor que su hermano, que por entonces tenía sólo veinticinco o veintiséis años, pero cuando se dispuso a abrazarla, ella comenzó a llorar tras la máscara de oro, que chocó ligeramente con el yelmo de Arturo al acercarse uno a otro. La abrazó estrechamente y le dio unas palmadas en la espalda.

—Querida Morgana —le oí decir—, querida y dulce Morgana.

Nunca había sospechado la soledad de Morgana hasta que la vi llorar en brazos de su hermano.

Se separó del estrecho abrazo suavemente y se llevó ambas manos a la cabeza para retirarse el yelmo plateado.

—Tengo un presente para ti —le dijo a Morgana—, a menos que Hygwydd lo haya robado. ¿Dónde estás, Hygwydd?

El criado llamado Hygwydd se adelantó presurosamente y recibió el yelmo del penacho blanco a cambio de un collar de colmillos de jabalí engarzados en oro y ensartados en una cadena de oro también, que Arturo colocó a su hermana en el cuello.

—Un bello ornamento para mi encantadora hermana —dijo. Y luego quiso saber quién era Ralla, y cuando supo de la muerte de su hijo, tanto sufrimiento y comprensión se reflejaron en su rostro que Ralla comenzó a sollozar y Arturo, impulsivamente, la abrazó y a punto estuvo de aplastar al rey contra su acorazado

pecho.

Luego le fue presentado Gwlyddyn; le contó a Arturo que yo había dado muerte a un silurio para proteger a Mordred, y entonces fue cuando Arturo se volvió hacia mi para darme las gracias.

Y por primera vez, le vi el rostro abiertamente.

Era un rostro amable, ésa fue la primera impresión. No, eso es lo que Ygraine quiere que escriba. En realidad, lo primero que percibí fue el sudor en abundancia, producido por la armadura en tan caluroso día de verano, pero después del sudor aprecié la bondad que reflejaba su expresión. Arturo inspiraba confianza a primera vista. Por eso siempre gustó a las mujeres, y no por su belleza, pues no era excesivamente bello, pero su mirada transmitía verdadero interés y total benevolencia. Tenía el rostro fuerte, huesudo y rebosante de entusiasmo, la cabeza grande y el cabello castaño; en esos momentos el pelo se le pegaba al cráneo a causa del sudor y del casco de cuero que llevaba bajo el yelmo. Tenía los ojos castaños también, la nariz larga y la mandíbula rotunda y rasurada, aunque el rasgo más sobresaliente era la boca, mucho más grande de lo común y con la dentadura intacta. Estaba orgulloso de sus dientes y se los limpiaba a diario con sal, siempre que la tuviera a mano, o con agua sola si no la tenía. A pesar de su rostro grande y fuerte, lo que más me impresionó fue la bondad que reflejaba y el humor pícaro que le asomaba a los ojos. Todo él respiraba alegría, su cara irradiaba una felicidad que envolvía en su aura cuanto le rodeaba. Ya entonces, y para siempre, me di cuenta de que hombres y mujeres parecían más animados en compañía de Arturo. Tornábanse todos más optimistas, se oían más risas y, cuando él partía, todo parecía apagarse, aunque no poseyera Arturo gran ingenio ni gracia para relatar historias; era simplemente Arturo, un hombre bueno de confianza contagiosa, voluntad impaciente y resolución de hierro. Esa férrea voluntad pasaba desapercibida en un primer momento, incluso el propio Arturo se conducía como si no la poseyera, pero ahí estaba. Un montón de muertos de guerra así lo atestiguaba.

—Gwlyddyn asegura que eres sajón —me dijo en son de broma.

—Señor —fue la única palabra que logré articular mientras caía de rodillas.

Se agachó y me levantó por los hombros con mano firme.

—No soy rey, Derfel —me dijo—, no debes arrodillarte ante mí, soy yo quien habría de postrarse ante ti por haber arriesgado la vida para salvar al rey —sonrió—. Te doy las gracias por ello. —Tenía el don de hacerte sentir que eras la persona más importante para él; yo ya lo adoraba sin remisión—. ¿Qué edad tienes? —me preguntó.

—Quince, creo.

—Pero tu altura es propia de veinte —sonrió—. ¿Quién te enseñó a luchar?

—Hywel —dije—, el administrador de Merlín.

—Ah, ¡El mejor maestro! También a mí me enseñó, ¿cómo se encuentra mi buen Hywel? —preguntó con deseos de saber, pero me faltaron palabras y valor para contestar.

—Muerto —contestó Morgana en mi lugar—. Gundleus lo asesinó. —Escupió por la ranura de la máscara en dirección al rey cautivo, que se encontraba custodiado a pocos pasos de ellos.

—¿Hywel ha muerto? —Arturo quería que le respondiera yo, me clavó los ojos y yo asentí con un parpadeo para evitar que se me cayeran las lágrimas. Arturo me abrazó al instante—. Eres un hombre bueno, Derfel —dijo— y te debo una compensación por haber protegido la vida del rey. ¿Qué deseas?

—Deseo ser guerrero, señor —dije.

Sonrió y se alejó de mi unos pasos.

—Eres afortunado, Derfel, pues eres lo que deseas ser. Lord Owain —se dirigió al fornido y tatuado paladín—, ¿os será de utilidad este buen guerrero sajón?

—Me será de utilidad —replicó Owain, bien dispuesto.

—Así pues, vuestro es —dijo Arturo, y debió de percibir mi decepción porque se volvió hacia mí y me puso la mano en el hombro—. De momento, Derfel —añadió en voz baja—, mis guerreros son de caballería, no lanceros. Sirve a Owain ahora, pues nadie te enseñará mejor el oficio de soldado.

Me apretó el hombro con la enguantada mano, luego se dirigió a los soldados que custodiaban a Gundleus y les hizo seña de que se alejaran. Un tropel de gente se había congregado alrededor del rey cautivo, que permanecía bajo los estandartes de la victoria. Los caballeros de Arturo, con yelmos de hierro, armadura de cuero y hierro y manto de lienzo o lana, junto con algunos lanceros de Owain y fugitivos del Tor se agolparon en el pastizal alrededor de Arturo, que se dirigió a Gundleus.

Gundleus enderezó la espalda. Estaba desarmado pero no renunciaría a su orgullo y no se intimidó al ver aproximarse a Arturo.

Arturo se acercó en silencio y se detuvo a dos pasos del rey prisionero. La gente contuvo el aliento. Gundleus permanecía a la sombra del estandarte del oso negro en campo blanco. El oso

ondeaba entre la recuperada enseña del dragón de Mordred y el estandarte del oso de Owain, mientras que a los pies de Gundleus se hallaba su propia enseña, la máscara de zorro, sobre la que habían escupido, orinado y pisoteado los vencedores. Gundleus miró a Arturo y éste sacó a Excalibur de la funda. La hoja, bruñida como la cota de escamas, el yelmo y el escudo, lanzó un destello azulado de acero.

Aguardábamos la estocada fatal, pero Arturo hincó una rodilla en tierra y tendió hacia Gundleus la empuñadura de Excalibur.

—Lord rey —dijo humildemente, y los presentes, que esperaban ver morir a Gundleus, reprimieron un grito de sorpresa.

Gundleus tuvo un instante de duda y luego tocó la empuñadura de la espada. No dijo una palabra, tal vez enmudeciera de asombro.

Arturo se puso en pie y envainó el arma.

—Juré proteger a mi rey —dijo—, no matar a otros reyes. Lo que de vos haya de ser, Gundleus ap Meilyr, no es de mi incumbencia, pero viviréis cautivo hasta que se tome la decisión.

—¿Quién ha de tomarla? —inquirió Gundleus.

Arturo vaciló pues no tenía una respuesta clara. Muchos de los nuestros pedían la muerte de Gundleus, Morgana instaba a su hermano a que vengara a Norwenna y Nimue aullaba reclamando el derecho de venganza sobre el rey prisionero, pero Arturo movió la cabeza negativamente. Tiempo más tarde, me contó que Gundleus era primo de Gorfyddyd, el rey de Powys, de manera que la muerte de Gundleus había constituido cuestión de Estado, no de venganza. Me confesó que deseaba instaurar la paz, y la paz no venía de mano de la venganza. También me dijo que, seguramente, tendría que haberlo matado, aunque tampoco así habrían cambiado mucho las cosas. Pero en ese momento, mirando a Gundleus de frente bajo el sol oblicuo, a las puertas de Caer Cadarn, se limitó a anunciar que el destino de Gundleus estaba en manos del consejo de Dumnonía.

—¿Y qué sucederá con Ladwys? —preguntó Gundleus, señalando a la mujer alta y de blanco rostro que, de pie y detrás de Gundleus, miraba con expresión aterrorizada—. Solicito que se le permita permanecer conmigo —añadió.

—Esa ramera es mía —terció Owain ásperamente.

—¡Es mi esposa! —arguyó Gundleus, dirigiéndose a Arturo y confirmando así el antiguo rumor de que había contraído matrimonio con su amante de baja cuna.

Lo cual implicaba al mismo tiempo que su matrimonio con Norwenna había sido un engaño, aunque tal pecado careciera de importancia frente al trato de que la había hecho objeto.

—Esposa o no esposa —insistió Owain—, esa mujer es mía —vio que Arturo dudaba— hasta que el consejo decida otra cosa —añadió retomando la idea de Arturo de remitirse a una autoridad superior.

Habríase dicho que la reivindicación de Owain preocupara a Arturo, pues su posición en Dumnonia era incierta todavía; por haber sido nombrado protector de Mordred y ser uno más de los señores de la guerra en el reino su rango era equiparable al de Owain. Los allí presentes habíamos percibido que Arturo, tras la derrota de Siluria, había tomado el mando, pero Owain, al reclamar a Ladwys como esclava, le recordó que los dos tenían igual poder. Fue un momento difícil, hasta que Arturo tomó la decisión de sacrificar a Ladwys a la unidad de Dumnonía.

—Owain ha decidido el asunto —le dijo a Gundleus, y se dio media vuelta para no verse obligado a presenciar el efecto que sus palabras causaban en los amantes.



Ladwys expresó su rechazo a gritos, pero enmudeció cuando uno de los hombres de Owain se la llevó a rastras.

Tanaburs soltó una carcajada ante la aflicción de Ladwys. A él, como druida, nada malo le sucedería. No era prisionero, podía marcharse libremente, aunque tendría que hacerlo sin alimentos, bendiciones ni compañía. No obstante, envalentonado por los acontecimientos del día, yo no quería dejarlo partir sin más y lo seguí por el campo cubierto de silurios muertos.

—¡Tanaburs! —le llamé.

El druida se volvió y me vio sacar la espada.

—¡Deténte, muchacho! —me dijo, e hizo una señal de aviso con su vara de media luna.

Tendría que haber sentido miedo pero, al acercarme y colocar la espada entre las enmarañadas guedejas blancas de su barba, un nuevo espíritu guerrero me poseyó. Echó la cabeza atrás al sentir el contacto del acero y los huesecillos amarillentos de su pelo tintinearón. Tenía la tez vieja, arrugada, marrón y llena de manchas, los ojos rojos y la nariz torcida.

—Tengo que matarte —le dije, y se echó a reír.

—Te perseguiré la maldición de toda Britania. Tu alma jamás alcanzará el otro mundo, te infligiré desconocidos tormentos sin nombre.

Me escupió y trató de apartar la espada de sus barbas, pero me mantuve firme y se alarmó al notar mi resistencia.

Me habían seguido unos pocos curiosos y algunos quisieron advertirme del horrible sino que me perseguiría si mataba a un druida, pero yo no tenía intención de matarlo, sólo quería asustarlo.

—Hace diez años o más —le dije—, fuiste a las tierras de Madog. Madog era el hombre que había hecho esclava a mi madre, y sus tierras fueron invadidas por Gundleus.

Tanaburs asintió al recordar el ataque.

—Así fue, así fue. ¡Una campaña memorable! Recogimos mucho oro —dijo— y muchos esclavos.

—Y cavasteis un pozo de la muerte —añadí.

—¿Y bien? —dijo, encogiéndose de hombros con una mueca de burla—. Es necesario dar gracias a los dioses por la buena fortuna.

Sonrei y le hice cosquillas en la descarnada garganta con la punta de la espada.

—Y sobreviví, druida, sobreviví.

Tanaburs tardó unos segundos en comprender lo que le decía, pero después palideció y comenzó a temblar, pues sabía que yo era el único en toda Britania con poder para quitarle la vida. él me había ofrecido a los dioses en sacrificio, pero por no haber elegido la ofrenda con mayor tino, los dioses habían dejado su vida a mi

merced. Aulló de terror, pensando que la espada iba a hundirsele en el gazon, pero retiré el arma de su descuidada barba y me reí de él; dio media vuelta y echó a correr por el prado dando tumbos. Huía de mí desesperado, pero justo antes de alcanzar el lindero del bosque donde se había refugiado un puñado de soldados supervivientes, se volvió hacia mí y me señaló con su mano huesuda.

—Tu madre vive, muchacho —gritó—. ¡Está viva! —Y desapareció.

Me quedé plantado con la boca abierta y la espada inerte en la mano. No porque me invadiera una emoción desbordante, pues apenas recordaba a mi madre y no guardaba memoria de escenas tiernas entre los dos, pero la sola idea de que estuviera viva desgarraba mi mundo con la misma violencia que la destrucción de la fortaleza de Merlín, acaecida esa misma mañana. Sacudí la cabeza con incredulidad, ¿cómo podría acordarse Tanaburs de una esclava entre tantas? Seguro que era mentira, simples palabras para turbarme el ánimo, nada más, de modo que envaine la espada y volví caminando despacio hacia la fortaleza.

Gundleus fue puesto bajo vigilancia en una estancia aneja a la gran fortaleza de Caer Cadarn. Aquella noche se improvisó una especie de festejo, aunque, siendo tan numerosos los asistentes, la carne se preparó precipitadamente y las porciones resultaron cortas. Gran parte de la noche transcurrió en el intercambio de noticias sobre Britania y Armórica entre antiguos amigos, pues muchos de los seguidores de Arturo provenían de Dumnonia u otros reinos britanos. Se me confundieron en la cabeza los nombres de los seguidores de Arturo, pues había

más de setenta caballeros, amén de mozos, servidores, mujeres y una recua innúmera de niños. Con el tiempo llegué a familiarizarme con el nombre de los guerreros de Arturo, pero aquella noche no me decían nada: Dagonet, Aglaval, Cei, Lanval, los hermanos Balan y Balin, Gawain y Agravain, Blaise, Illtyd, Eiddilig, Bedwyr... Enseguida identifiqué a Morfans, pues era el hombre más feo que había visto en mi vida, tan feo que se enorgullecía de su horrible apariencia, del bocio de su cuello, de su labio leporino y de su mandíbula contrahecha. También

reconocí pronto a Sagramor, pues era negro y nunca había visto a un hombre como él, ni creía siquiera en su existencia. Era un hombre alto, delgado, lacónico y con cierta amargura, mas cuando se le convencía para que contara alguna anécdota en el salón britano que hablaba, lo hacía con tal gracia que todo el salón estallaba en carcajadas.

Y, por supuesto, también conocí enseguida a Ailleann, una esbelta mujer de pelo negro algo mayor que Arturo, de rostro fino, serio y amable que le hacía parecer muy sabia. Aquella noche vestía galas reales: una túnica de lino teñida de rojo herrumbre con tierra ferruginosa, ceñida por una gruesa cadena de plata y con mangas largas y sueltas ribeteadas con piel de nutria. Se adornaba la garganta con una torques reluciente de oro macizo, las muñecas con brazaletes de oro y en el pecho llevaba un

broche de esmalte con el símbolo artúrico del oso. Sus movimientos eran gráciles, hablaba poco y miraba a Arturo con aire protector. Pensé que debía de ser una reina, o una princesa cuando menos, pero llevaba y traía cuencos de comida y frascas de hidromiel como cualquier doncella de la servidumbre.

—Ailleann es una esclava, muchacho —me dijo Morfans el Feo.

Estaba acucillado en el suelo, en frente de mi, y me había visto seguir con la mirada a la esbelta mujer, que recorría el salón desde las zonas alumbradas por el fuego hasta las que permanecían en las sombras.

—¿De quién es esclava? —pregunté.

—¿A ti qué te parece? —me preguntó a su vez; luego se llevó una costilla de cerdo a la boca y, con los dos dientes que le quedaban, dejó el hueso mondo—. De Arturo —dijo, tras arrojar el hueso a uno de los muchos canes que había en el salón—. Es su amante, claro está, además de su esclava. —Eructó y bebió un trago del cuerno—. Se la regaló su cuñado, el rey Budic, hace mucho tiempo. Es bastante mayor que él y supongo que Budic pensaría que no la conservaría mucho tiempo, pero cuando Arturo se encapricha con alguien, no lo suelta nunca. Esos son sus hijos gemelos.

Señaló con la grasienta barba hacia el fondo del salón, donde había dos niños de unos nueve años acucillados en el suelo, entre la suciedad, con sus cuencos de comida.

—¿Son hijos de Arturo? —pregunté.

—Y de nadie más —dijo Morfans con soma—, Amhar y Loholt se llaman, y su padre los adora. Nada es excesivo para ese par de pequeños bastardos, y nunca mejor llamados, muchacho, porque no son más que dos auténticos bastardos inútiles. —Su voz se impregnó de verdadero odio—. Te lo aseguro, hijo, Arturo ap Uter es un gran hombre. Es el mejor soldado que he conocido en mi vida, pero en lo tocante a la crianza, más airosas salen las puercas.

—¿Están casados? —le pregunté, mirando a Ailleann otra vez.

Morfans se echó a reír.

—¡Claro que no! Pero ella le ha hecho feliz estos últimos diez años, aunque verás como llega el día en que la despida, como su padre despidió a su madre. Arturo se casará con una dama de sangre real, que no será ni la mitad de amable que Ailleann, pero así deben proceder los hombres como él, han de contraer matrimonio conveniente. No como tú o como yo, muchacho;

nosotros podemos casarnos con quien nos plazca, siempre que no sea de sangre real. ¡Escucha!

Sonrió al oír el grito de una mujer en la noche, fuera del salón.

Owain había salido del salón y seguramente estaba enseñando a Ladwys sus nuevas obligaciones. A Arturo le sobrecogió el grito y Ailleann, levantando la cabeza

con elegancia, lo miró con el ceño fruncido, pero la única otra persona que pareció acusar la aflicción de Ladwys fue Nimue. Su rostro vendado ofrecía una expresión demacrada y triste, pero el grito la hizo sonreír por el tormento que causaría ese grito a Gundleus. El perdón no tenía cabida en ella, ni una sola gota. Ya había pedido permiso a Arturo y a Owain para matar a Gundleus con sus propias manos, pero se lo habían negado; no obstante, mientras Nimue viviera, Gundleus sabría lo que era el miedo. Al día siguiente, Arturo llevó una partida de hombres a caballo hasta Ynys Wydryn y regresó esa misma tarde para informar de que la fortaleza de Merlín había sido arrasada hasta los cimientos. Trajo consigo al desgraciado Pelinor, el loco, y al indignado Druidan, que se habían refugiado en un pozo perteneciente a los monjes del Santo Espino. Arturo anunció sus intenciones de reconstruir la residencia de Merlín, aunque nadie sabía cómo lo llevaría a término sin dinero y sin un ejército de peones, y nombró a Gwlyddyn real constructor de Mordred, con orden de proceder a la tala de árboles para iniciar la reconstrucción del Tor. Pelinor fue confinado en una despensa vacía de paredes de piedra aneja a la villa romana de Lindinis, que era la aldea más próxima a Caer Cadarn y el lugar donde las mujeres, los niños y los esclavos que seguían a Arturo encontraron refugio. Arturo organizó todos los trabajos. No se permitió un momento de holganza; odiaba la inactividad, y durante aquellos primeros días tras la derrota de Gundleus, trabajó desde el alba hasta entrada la noche. Pasó la mayor parte del tiempo arreglando el alojamiento de sus seguidores; hubo de alquilárseles tierras reales y agrandar casas para alojar a las familias, y todo sin ofender a los habitantes de Lindinis. Arturo se adjudicó la villa romana, que perteneciera a Uter. No había tarea que considerase trivial, incluso lo sorprendí una mañana peleándose con una plancha de plomo.

—¡Ayúdame, Derfel! —me dijo. Me halagó que recordara mi nombre y me apresuré a levantar con él aquella mole de tan difícil manejo—. ¡Qué material tan raro, éste! —comentó animosamente. Estaba desnudo de cintura para arriba y tenía la piel manchada de plomo. Quería cortar la plancha en tiras para forrar el canal de piedra que anteriormente llevaba el agua desde una fuente hasta el interior de la villa—. Los romanos se llevaron todo el plomo cuando se fueron de aquí —dijo—, por eso no funcionan los conductos. Tendríamos que abrir las minas de nuevo. —Dejó caer la plancha y se enjugó el sudor de la frente—. Abrir las minas, reconstruir los puentes, empedrar los vados, cavar presas y encontrar la forma de convencer a los sais de que vuelvan a su tierra. Trabajo suficiente para una vida, ¿no te parece?

—Sí, señor —respondí nervioso, y me pregunté por qué se ocuparía un señor de la guerra de reparar canales de agua.

El consejo se reuniría ese mismo día, más tarde, y me había imaginado que Arturo estaría ocupado preparándose para la reunión, pero el plomo parecía preocuparle más que los asuntos de Estado.

—No sé si el plomo se sierra o se corta a cuchillo —dijo compungido—. Debería de saberlo. Voy a preguntar a Gwlyddyn; parece que todo lo sabe. ¿Sabías que los troncos de árbol se colocan al revés cuando se usan para hacer pilares?

—No, señor.

—Así se evita que la humedad suba, ¿entiendes?, y la techumbre no se pudre. Me lo ha dicho Gwlyddyn. Admiro esos conocimientos, son útil sabiduría práctica que mantiene al mundo en funcionamiento. —Me sonrió—. Bien, ¿qué tal te encuentras con Owain? —me preguntó.

—Me trata bien, señor —dije, ruborizado por la pregunta.

En realidad, Owain aún me intimidaba aunque jamás se mostrara brusco conmigo.

—Seguro que te trata bien —replicó Arturo—, todo jefe precisa contar con el aprecio de los suyos para engrandecer su reputación.

—Pero yo preferiría servirlos a vos, señor —dije, impulsado por la indiscreción de la juventud.

—Me servirás, Derfel —aseguró con una sonrisa—, me servirás, con el tiempo, si superas la prueba de luchar por Owain. —Hizo el comentario como de pasada, pero más tarde me pregunté si no habría intuido Arturo lo que había de suceder. Con el tiempo, superé la prueba de Owain, aunque fue dura, y tal vez Arturo deseara que yo aprendiera esa lección antes de unirme a los suyos. Volvió a agacharse para agarrar la plancha de plomo y, en el momento en que se erguía, un aullido estremeció el mugriento edificio. Era Pelinor, que protestaba por su encierro—. Owain dice que debemos enviar al pobre Pelí a la isla de los Muertos —dijo Arturo, refiriéndose al islote donde se confinaba a los locos peligrosos—. ¿Qué opinas tú?

La pregunta me sorprendió tanto que me quedé sin palabras, y luego solté de pronto que Merlín apreciaba mucho a Pelinor, que siempre había querido tenerlo entre los vivos y que, en mi opinión, había que respetar los deseos de Merlín. Arturo me escuchó seriamente e incluso me pareció que agradecía el consejo. Naturalmente, para nada lo necesitaba, pero quería que yo me sintiera útil.

—En ese caso, muchacho, que Pelinor se quede aquí —dijo—. Bien, ahora levanta por ese lado. ¡Arriba!

Lindinis quedó vacía al día siguiente. Morgana y Nimue volvieron a Ynys Wydryn, donde pensaban reconstruir el Tor. Nimue me prestó poca atención a la hora de la despedida; aún le dolía el ojo, estaba amargada y nada quería de la vida excepto vengarse de Gundleus, cosa que le había sido negada. Arturo partió al norte con todos sus caballeros para reforzar la frontera septentrional de Tewdric, y yo me quedé con Owain, que se instaló en la gran fortaleza de Caer Cadarn. Por más que fuese guerrero, en aquel final de verano era más importante recoger la cosecha que montar guardia en las almenas del castillo, de modo que durante muchos días seguidos renuncié a la espada y el yelmo, el escudo y la coraza de cuero que había heredado de

un silurio muerto y fui a los campos a ayudar a los siervos a recolectar la cebada, el centeno y el trigo. Fue un trabajo duro; se hacía con una hoz corta que había que afilar cada dos por tres con una amoladera, consistente en un bastón de madera impregnado de sebo y recubierto de fina arena que dejaba el filo como para cortar un pelo en el aire, aunque los resultados nunca me satisfacían del todo; a pesar de mi buena forma física, la tarea de manejar la herramienta sin parar con la cintura doblada, me dejó la espalda baldada y los músculos entumecidos. Nunca había laborado tan duramente mientras viví en el Tor pero entonces ya había dejado el mundo privilegiado de Merlín y formaba parte de la tropa de Owain.

Agavillamos la siega en la era, cargamos la paja del centeno en carretas y la acarreamos a Caer Cadarn y Lindinis. La paja se destinaba a la reparación de techumbres y al relleno de colchones, de modo que durante unos cuantos días disfrutamos de la bendición de camas sin piojos ni pulgas, aunque duró poco. Fue entonces cuando empezó a salirme la barba, una pelusa rubia y rala de la que me sentía desmesuradamente orgulloso. Pasaba los días deslomándome en labores del campo, pero luego tenía que someterme a dos horas de entrenamiento militar todas las noches. Si Hywel me había enseñado bien, Owain era aún más exigente.

—Ese silurio al que diste muerte —me dijo Owain una tarde, cuando sudaba en las murallas de Caer Cadarn después de un asalto con palos con un guerrero llamado Mapon—. Te apuesto la paga de un mes contra un ratón muerto a que lo mataste con el filo de la espada. —No acepté la apuesta pero le confirmé que, efectivamente, había hincado la espada como un hacha. Owain lanzó una carcajada y despidió a Mapon con un gesto de la mano—. Hywel siempre enseñaba a luchar empleando el filo —dijo Owain—. Fijate en Arturo la próxima vez que lo veas luchando. Zas, zas, como un segador de heno que quiere acabar antes de que empiece a llover. —Sacó la espada—. Usa la punta, muchacho —me dijo—. Usa la punta siempre, mata más rápido. —Arremetió contra mí y tuve que esquivarlo a la desesperada—. Se ataca con el filo cuando se lucha en campo abierto, cuando el enemigo rompe la formación de defensa de tu bando; en ese caso eres hombre muerto, por buen espadachín que seas. Pero si la defensa resiste, quiere decir que estás hombro con hombro entre los tuyos y no dispones de espacio para estocadas largas, sólo puedes clavar la espada. —Volvió a cargar contra mí y volví a esquivarlo—. ¿Por qué crees que los romanos tenían espadas cortas? —me pregunto.

—Lo ignoro, señor.

—Porque se clava mejor una espada corta que una larga, ahí lo tienes. No pretendo hacerte cambiar de espada, pero no te olvides de usar la punta. La punta siempre gana, siempre. —Se dio

media vuelta y volvió a girarse de pronto atacándome con la punta de la espada, pero no se cómo, conseguí apartar el arma con un golpe de palo. Owain sonrió—.

Eres rápido —dijo—, eso está bien. Lo conseguirás, muchacho, si permaneces sobrio —Envainó el arma y se quedó oteando el horizonte oriental. Buscaba columnas de humo gris en la lejanía que delataran la presencia de hordas invasoras, pero también era época de cosecha para los sajones y sus soldados tenían mejores cosas que hacer que cruzar nuestras fronteras más lejanas—. Bien, muchacho, ¿qué opinas de Arturo? —me preguntó Owain de repente.

—Me gusta —dije torpemente, acobardado por sus preguntas, como me sucediera antes, cuando Arturo me interrogó sobre él.

Owain, con su cabezota greñuda tan semejante a la de su amigo Uter, se volvió hacia mi.

—Si, es bastante agradable —dijo de mala gana—. A mí siempre me ha gustado Arturo. Gusta a todo el mundo, pero sólo los dioses saben si hay alguien que le entienda, exceptuando a Merlín. ¿Crees que Merlín sigue con vida?

—Sé que si—repuse fervientemente, sin saber nada al respecto.

—Bien —replicó Owain. Sólo porque procedía del Tor, Owain suponía que yo poseía un conocimiento mágico negado a los demás. También había corrido entre sus guerreros el rumor de que me había salvado misteriosamente del pozo de la muerte, al que me había arrojado un druida; me consideraban afortunado y de buen augurio al mismo tiempo—. Me gusta Merlín —prosiguió Owain—, aunque fue él quien dio la espada a Arturo.

—¿Caledfwlch? —dije yo, llamando a Excalibur por su verdadero nombre.

—¿Acaso lo ignorabas? —inquirió Owain, asombrado.

Captó mi sorpresa en la voz; en efecto, Merlín nunca nos dijo que hubiera hecho semejante regalo a nadie. A veces nos había hablado de Arturo, a quien conoció durante la breve época que pasó en la corte de Uter, pero siempre se refería a él con un tono de cordial desprecio como si Arturo fuera un alumno lento pero tenaz cuyas últimas hazañas superaban todas las expectativas de Merlín, pero el hecho de que le hubiera entregado la famosa espada hacía sospechar que lo tenía en mucha mayor estima de lo que nos hacía creer.

—Caledfwch —me dijo Owain— fue forjada en el otro mundo por Gofannon. —Gofannon era el dios de la fragua—. Merlín la halló en Irlanda —prosiguió Owain—, donde se la conocía con el nombre de Cadalcholg. Se la ganó a un druida en un concurso de sueños. Según los druidas irlandeses, siempre que el portador de Cadalcholg se encuentre en una situación desesperada, no tiene más que clavar la espada en el suelo para que Gofannon deje el otro mundo y acuda a éste en su ayuda. —Sacudió la cabeza negativamente, no porque dudara de la leyenda sino porque le llenaba de admiración—. Así pues —añadió—, ¿por qué entregó Merlín semejante regalo a Arturo?

—¿Por qué no? —pregunté con mucho tino, pues noté los celos de Owain.

—Porque Arturo no cree en los dioses, ya lo ves. Ni siquiera cree en ese dios cobarde que los cristianos adoran. Por lo que sé y puedo deducir, Arturo no cree en nada más que en los corceles grandes, y los dioses sabrán para qué demonios sirven.

—Asustan —dije, manteniéndome leal a Arturo.

—Sí, asustan —convino Owain—, pero sólo cuando se ven por primera vez. Además son lentos, consumen el doble o el triple de forraje que las monturas normales, necesitan dos mozos a su cuidado, se les abren los cascos como manteca caliente si no les atan esas herraduras entorpecedoras y tampoco son capaces de cargar contra un muro de escudos.

—¡Ah! ¿No?

—¡No hay caballo que lo haga! —replicó Owain sarcásticamente—. Si mantienes la posición, cualquier caballo se aparta de una barrera de escudos erizada de firmes lanzas. Los caballos no sirven para la guerra, muchacho, si no es para enviar exploradores por delante.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque —me cortó Owain— el objetivo principal de toda batalla es romper la línea de defensa del enemigo, muchacho. Lo demás es fácil; los caballos de Arturo infunden terror en las líneas enemigas, que huyen despavoridas, pero llegará el día en que el enemigo no ceda terreno y entonces, que los dioses se compadezcan de esos caballos. Y que se compadezcan también de Arturo si llega a caerse de ese montón de carne de caballo e intenta luchar a pie con esa armadura escamosa. El único metal que necesita un guerrero es la espada y la punta de la lanza, lo demás es peso muerto, chico, peso muerto. —Miró hacia las dependencias de la fortaleza; Ladwys se aferraba a la cerca que rodeaba la prisión de Gundleus—. Arturo no durará mucho aquí —dijo en tono confidencial—, a la primera derrota que sufra, volverá a Armórica, donde tanto impresionan los caballos, las cotas de escamas y las espadas mágicas. —Escupió y me di cuenta de que, a pesar del cariño que profesara a Arturo, Owain albergaba algún sentimiento más hacia él, algo más profundo que los celos. Owain sabía que tenía un rival, pero aguardaba que llegara su hora, igual que Arturo, según mis suposiciones, y esa enemistad recíproca me preocupaba, pues a mi me gustaban los dos. La aflicción de Ladwys hizo sonreír a Owain—. Es una perra fiel, eso hay que admitírselo —comentó Owain—, pero acabaré doblegándola. ¿Es ésa tu mujer? —preguntó, señalando hacia Lunete, que llevaba un pellejo de agua a las cabañas de los guerreros.

—Sí —dije, y me sonrojé.

Lunete, como mi reciente barba, era un signo de madurez, dos cosas que sobrellevaba con torpeza. Lunete había preferido quedarse conmigo en vez de regresar a las ruinas de Ynys Wydryn con Nimue. Fue ella la que tomó la decisión, en realidad; a mí todavía me resultaba embarazoso todo lo referido a nuestra relación,



aunque ella no parecía tener dudas en cuanto al arreglo. Se había adueñado de un rincón de la cabaña, lo había barrido y lo había rodeado de unas ramas colgantes y había empezado a hablar de nuestro futuro juntos. Yo pensaba que sus preferencias se inclinarían hacia Nimue, pero desde la violación, Nimue se mostraba silenciosa y retraída, hostil incluso, no hablaba con nadie excepto para zanjar cualquier amago de conversación. Morgana le curaba el ojo y el mismo orfebre que ,había fabricado la máscara de Morgana se ofreció a fabricarle un ojo de oro. Lunete, igual que todos los demás, tenía ahora un poco de miedo de esa malcarada Nimue nueva que escupía a todas horas.

—Es bonita —dijo Owain de Lunete, con poco ánimo—, pero las chicas viven con los guerreros sólo por una razón, muchacho, para enriquecerse. Así que procura tenerla contenta, o como hay peces en el mar que te hará un desgraciado. —Rebuscó en el bolsillo de su capa y sacó un pequeño anillo de oro—. Regálaselo —me dijo. Le di las gracias tartamudeando. Los grandes guerreros solían dar regalos a sus seguidores, pero a pesar de todo, el anillo era más de lo que cabía esperar, pues en verdad yo no había combatido todavía como soldado de Owain. A Lunete le gustó el anillo, que, junto con la pulsera de plata que le hiciera del pomo de mi espada, era la segunda pieza de su tesoro particular. Hizo una incisión en forma de cruz en la gastada superficie del aro, no porque fuera cristiana, sino porque así lo convertía en anillo de compromiso y en prueba visible de que había pasado de niña a mujer. También los hombres llevaban a veces anillos de compromiso, mas a mí me gustaban los simples aros de hierro que los guerreros victoriosos se hacían con la punta de la lanza de los enemigos vencidos. Owain llevaba una nutrida colección de tales aros en las barbas, y tenía los dedos ennegrecidos por otros cuantos más. Arturo, sin embargo, no llevaba ninguno.

Tan pronto como terminamos la cosecha en Caer Cadarn emprendimos la marcha por tierras de Dumnonia para recoger los impuestos pertinentes. Visitamos a reyes y caciques vasallos, siempre acompañados de un actuario del tesoro de Mordred que hacía el cómputo de las rentas. Resultaba extraño pensar que ahora Mordred fuera rey y que ya no llenáramos las arcas de Uter, pero hasta un rey tan joven necesitaba dinero para pagar a las tropas de Arturo y a los demás soldados que velaban por la seguridad de las fronteras de Dumnonia. Algunos de los hombres de Owain fueron enviados a reforzar la guardia permanente en la plaza fronteriza de Gereint, en Durocbrivis, mientras que el resto nos convertimos, temporalmente, en recaudadores de impuestos.

Mucho me sorprendió que Owain, el amante de las batallas, lejos de ir a Durocbrivis o a Gwent, se quedara a realizar una tarea tan vulgar como recaudar impuestos. A mí me parecía trabajo de ínfima categoría, pero entonces yo no era más que un muchacho de barba incipiente que nada entendía de los designios de Owain.

Los impuestos, para Owain, eran más importantes que los sajones. Los impuestos, tal como aprendería más adelante, eran la mayor fuente de riqueza para los hombres que no estaban dispuestos a trabajar, y la época de recaudación, ahora que Uter había pasado a mejor vida, era la oportunidad de Owain. Emplazamiento tras emplazamiento, aceptaba informes de mala cosecha y gravaba así impuestos bajos, mientras que al mismo tiempo iba llenándose las alforjas de oro, que percibía a cambio de informes falsos. No obstante, procedía cándidamente.

—Uter no me lo habría permitido jamás —me dijo un día mientras paseábamos por las costas sureñas hacia la ciudad romana de Isca. Hablaba con cariño del rey difunto—. Uter era más vivo que el hambre y siempre tenía una idea bastante aproximada de lo que debían pagarle, pero Mordred nada sabe.

Miró hacia la izquierda. Estábamos cruzando un brezal desnudo que coronaba un monte; hacia el sur se extendía el mar, brillante y vacío, sobre el que soplaba un viento fuerte que rizaba de espuma blanca la cresta de las grises olas. Lejos, hacia el este, donde terminaba una amplia orilla de guijarros, se elevaba un farellón imponente donde las olas rompían con gran estrépito y abundante espuma. Era casi una isla, unida a tierra firme por un estrecho brazo de piedra y guijarros.

—¿Sabes qué es eso? —me preguntó Owain, señalando con la barbilla hacia el cabo.

—No, señor.

—La isla de los Muertos —dijo, y escupió para ahuyentar la mala suerte.

Me detuve a mirar aquel lugar estremecedor, cuna de pesadillas para los dumnonios. El farallón era la isla de los locos, el lugar donde tendría que estar Pelinor, junto con todos los demás locos peligrosos a quienes se daba por muertos tan pronto como cruzaban el puesto de vigilancia del brazo de tierra. La isla estaba protegida por Crom Dubh, el oscuro dios contrahecho, y algunos decían que la cueva de Cruachan, la boca del otro mundo, se abría en el extremo opuesto de la isla. Me quedé mirando atemorizado hasta que Owain me dio un manotazo en la espalda.

—Tú nunca tendrás que preocuparte por la isla de los Muertos, muchacho —me dijo—. Tienes una cabeza privilegiada sobre los hombros. —Siguió avanzando hacia el oeste—. ¿Dónde dormimos esta noche? —preguntó a Lwellwyn, el contable del tesoro cuya mula acarrea las declaraciones falsas sobre las cosechas del año.

—Con el príncipe Cadwy de Isca —contestó Lwellwyn.

—¡Ah, Cadwy! Me gusta Cadwy. ¿Qué le sacamos a ese feo bribón el año pasado?

Lwellwyn no tuvo necesidad de consultar los palos de las cuentas para comprobar las muescas correspondientes, recitó de memoria una lista de pieles, vellones, esclavos, lingotes de estaño, pescado en salazón, sal y grano molido.

—Aunque pagó casi todo en oro —añadió.

—Pues entonces me gusta más todavía —dijo Owain—. ¿Qué oferta aceptaría, Lwellwyn?

Lwellwyn calculó una cantidad equivalente a la mitad de lo que Cadwy había pagado el año anterior, y fue exactamente la cantidad que convinieron antes de la cena en el castillo del príncipe Cadwy. Era un lugar grandioso, edificado por los romanos, con un pórtico de columnas situado frente a un extenso valle boscoso que bajaba hacia la desembocadura del río Exe. Cadwy era príncipe de los dumnonios, tribu de la que provenía el nombre de nuestro país; el título de príncipe que Cadwy ostentaba le confería un rango de segundo grado en el reino. Los reyes formaban el rango supremo, y tras ellos venían los príncipes, como Gereint y Cadwy, y los príncipes vasallos como Melwas de los belgas; en tercer lugar los caciques como Merlín, aunque Merlín de Avalón, por su condición de druida, quedaba fuera de toda jerarquía. Cadwy era príncipe y cacique y gobernaba sobre la dispersa tribu que habitaba las tierras entre Isca y la frontera con Kernow. En otro tiempo las tribus de Britania estaban separadas, de modo que los miembros de la tribu catuveliana se distinguían perfectamente de los belgas, pero los romanos habían limado las diferencias. Sólo algunas tribus, como la de Cadwy, conservaban todavía sus rasgos distintivos. Como tribu, se creían superiores a los demás britanos, y para dejar patente constancia de ello, se tatuaban en el rostro los símbolos de su tribu y linaje. Cada linaje, formado por no más de doce familias, por lo general habitaba un valle. Existían rivalidades virulentas entre los diversos linajes, pero nada comparable al antagonismo que sostenía la tribu de Cadwy con respecto al resto de Britania. La capital tribal era Isca, la ciudad romana, con elegantes murallas y monumentos comparables a los de Glevum, aunque Cadwy prefería vivir fuera de la ciudad, en sus propiedades. La mayoría de los habitantes de la ciudad habían adoptado costumbres romanas y evitaban los tatuajes, pero extramuros, en los valles de las tierras de Cadwy donde los romanos nunca lograron asentarse completamente, hombres, mujeres y niños, todos sin excepción, llevaban tatuajes azules en las mejillas. Era una zona próspera, por demás, pero el príncipe Cadwy tenía intención de mejorarla aún más.

—¿Habéis visitado los páramos últimamente? —le preguntó a Owain esa noche.

Hacía un tiempo cálido y agradable, por lo que la cena había sido servida en el pórtico abierto que dominaba la propiedad de Cadwy.

—Jamás —dijo Owain.

Cadwy resopló. Lo había visto en el Gran Consejo de Uter pero ésa fue la primera ocasión que tuvo de observar de cerca al hombre responsable de defender Dumnonia de los ataques de Kernow o de la lejana Irlanda. El príncipe era un hombre de edad mediana, bajo de estatura, calvo, corpulento, con tatuajes tribales en las mejillas, los brazos y las piernas. Vestía a la usanza britana, aunque prefería la villa romana,

empedrada, con columnas y dotada de canalización de agua, que corría por unos abrevaderos que atravesaban el patio central y salía hasta el pórtico, donde se remansaba en un pilón antes de caer por un dique de mármol y unirse al río más abajo, en el valle. Me dio la impresión de que Cadwy vivía bien. Recogía buenas cosechas, sus vacas y ovejas engordaban en paz y sus muchas mujeres estaban contentas. Además, la amenaza sajona era remota; mas, con todo, no se sentía satisfecho.

—Hay dinero en los páramos —le dijo a Owain—. Estaño.

—¿Estaño? —dijo Owain en tono sarcástico.

Cadwy asintió con solemnidad. Estaba bastante borracho, igual que la mayoría de los hombres reunidos alrededor de la mesa baja donde se había servido la cena. Todos eran guerreros, tanto los hombres de Cadwy como los de Owain, aunque yo, por ser menor, tuve que quedarme detrás del asiento de Owain en calidad de escudero.

—Estaño —repitió Cadwy—, y es posible que también oro, pero mucho estaño.

Era una conversación privada, pues la cena había concluido prácticamente y Cadwy había entregado esclavas a los guerreros. Nadie prestaba atención a los dos jefes, excepto yo mismo y el escudero de Cadwy, un chico amodorrado que seguía las travesuras de las esclavas con la boca abierta y los ojos adormilados. Yo escuchaba a los dos jefes en actitud tan discreta que, a fe mía, olvidaron mi presencia.

—Tal vez no os interese el estaño —dijo Cadwy a Owain—, pero interesa a otros muchos. No se puede fabricar bronce sin estaño, y en Armórica lo pagan a buen precio, por no hablar del norte del país. —Lanzó al aire un puñetazo despectivo refiriéndose al resto de Dumnonia y soltó un eructo que, al parecer, le sorprendió a él mismo. Apaciguó la mala digestión con un trago de buen vino y arrugó el entrecejo como si no se acordara de lo que estaban hablando—. Estaño —dijo al cabo, acordándose.

—Hablad, pues —le instó Owain, observando a uno de sus hombres, que había desnudado a una muchacha y le estaba untando el vientre de mantequilla.

—Ese estaño no me pertenece —dijo Cadwy con convicción.

—Pero de alguien será —repuso Owain—. ¿Queréis que pregunte a Lwellwyn? Es un perro inteligente en lo que se refiere a dinero y propiedades.

El soldado golpeó con fuerza el vientre de la muchacha y la mantequilla salpicó la mesa baja provocando un estallido de carcajadas. La muchacha se quejó, pero el hombre le dijo que callara y empezó a ponerle mantequilla y grasa de cerdo a cucharadas por todo el cuerpo.

—El problema es —prosiguió Cadwy enérgicamente, para desviar la atención de Owain de la chica desnuda— que Uter introdujo a un grupo de hombres de Kernow. Vinieron a trabajar en las viejas minas romanas, pues nuestro pueblo ignoraba la forma de hacerlo. Esos perros, tomad cumplida nota, tienen obligación de enviar sus

rentas al tesoro, pero los muy cabrones mandan el metal a Kernow. Me consta sin lugar a dudas.

Owain había levantado las orejas.

—¿A Kernow?

—Están ganando dinero a costa de nuestra tierra, si, si. ¡De nuestra tierra! —subrayó Cadwy indignado.

Kernow era un reino aparte, un lugar misterioso de la península occidental de los confines de Dumnonia al que los romanos nunca llegaron. Solían estar en paz con nosotros, pero de vez en cuando el rey Mark salía del lecho de su última esposa y mandaba a una horda de guerreros a la otra orilla del río Tamar.

—¿Qué hacen aquí los hombres de Kernow? —inquirió Owain, tan henchido de indignación como su anfitrión.

—Ya os lo he dicho, nos despojan de nuestra riqueza. Y no termina ahí la cosa, pues descubro que me faltan vacas, ovejas y algunos esclavos de vez en cuando. Esos mineros se propasan y no os pagan como debieran. Pero jamás podríais probarlo, jamás. Ni siquiera vuestro astuto Lwellwyn podría, asomándose al páramo por un agujero, decirnos cuánto estaño se puede extraer en un año. —Cadwy intentó matar una polilla de un golpe y luego sacudió la cabeza malhumoradamente—. Creen estar por encima de la ley, ésa es la cuestión. Sólo porque estaban bajo la protección de Uter se creen exentos de obligaciones.

Owain se encogió de hombros. De nuevo estaba pendiente de la muchacha enmantequillada, a la que ahora perseguían media docena de hombres ebrios por la terraza inferior. La grasa esparcida por todo su cuerpo dificultaba la caza, la grotesca escena hacia retorcerse de risa a unos cuantos que miraban. A mi me estaba costando un gran esfuerzo contenerme. Owain volvió la vista a Cadwy.

—Pues subid allá y matad a unos cuantos de esos perros, lord príncipe —dijo, como si fuera lo más sencillo del mundo.

—No puedo —replicó Cadwy.

—¿Por qué no?

—Uter les garantizó protección. Si la emprendo contra ellos, lo harán saber al consejo y al rey Mark y me obligarán a pagar el sarhaed.

Sarhaed era el precio que la ley imponía por delitos de sangre. El sarbaed de un rey era impagable, el de un esclavo era barato, pero el de un buen minero incluso a un príncipe rico como Cadwy le resultaría elevado.

—¿Cómo habrían de saber que erais vos el responsable de la matanza? —inquirió Owain socarronamente.

Cadwy se dio unos golpecitos en la mejilla por toda respuesta. Parecía insinuar que los tatuajes azules delatarían a sus hombres. Owain asintió. La muchacha embadurnada había caído al fin en manos de sus perseguidores, la habían tirado al

suelo entre unos arbustos que crecían en la terraza inferior. Owain redujo a migas un poco de pan y miró a Cadwy de nuevo.

—¿Y bien?

—Pues —dijo Cadwy maliciosamente— algo podría hacer si encontrara a un puñado de hombres capaces de diezmar a esos perros. Los obligaría a pedirme protección, ¿comprendéis? A cambio, les exigiría el estaño que envían a Mark. Y a vos os pagaría... —Hizo una pausa para comprobar que Owain no se dejaba impresionar por la desmañada proposición— consistiría en la mitad de ese estaño.

—¿Cuánto? —preguntó Owain al punto.

Ambos hablaban en voz baja y tuve que aguzar mucho el oído para entender sus palabras en medio de la algazara y las voces de los guerreros.

—¿Qué os parece cincuenta piezas de oro al año? Como éstas —dijo, y tomando un lingote de oro del tamaño de la empuñadura de una espada lo hizo resbalar por sobre la mesa.

—¿Tanto? —Owain, quedó impresionado.

—El páramo es rico —comentó Cadwy sin cejar en su empeño—, muy rico.

Owain tendió la mirada sobre el valle, hacia un punto donde la luna se reflejaba en el río, plana y plateada como la hoja de una espada.

—¿Cuántos mineros hay? —preguntó por fin al príncipe.

—En la aldea más cercana —contestó Cadwy— viven unos setenta u ochenta hombres, con un nutrido grupo de mujeres y esclavos, claro está.

—¿Cuántas aldeas tienen?

—Tres, pero las otras dos se encuentran más lejos. Sólo me preocupa la más próxima.

—Sólo somos veinte —comentó Owain con cautela.

—¿Por la noche? —propuso Cadwy—. Además, nunca han sido atacados, por tanto no deben de montar guardia.

Owain bebió vino de su cuerno.

—Setenta piezas de oro —se limitó a decir—, no cincuenta.

El príncipe Cadwy hizo un gesto de asentimiento tras meditar un momento.

—¿Por qué no, eh? —dijo Owain con una sonrisa. Tocó el lingote de oro y entonces se volvió hacia mí, rápido como una serpiente. Yo no me moví ni aparté los ojos de una de las chicas, que

se acurrucaba desnuda entre los brazos de un tatuado soldado de Cadwy—. ¿Estás despierto, Derfel? —me dijo de pronto.

Simulé sobresalto.

—¿Señor? —dije, como si mis pensamientos hubieran estado ocupados en otra cosa durante los últimos minutos.

—Buen chico —dijo Owain, satisfecho de que no hubiera oído nada—. Quieres

una de esas chicas, ¿verdad?

—No, señor —dije sonrojado.

Owain se echó a reír.

—Acaba de hacerse con una linda muchachita irlandesa —le dijo a Cadwy— y quiere serle fiel. Pero ya aprenderá. Cuando te vayas al otro mundo, muchacho —me dijo dándome la espalda—, no lamentarás los hombres que no mataste, pero te arrepentirás de cuantas mujeres dejaras pasar de largo. —Habló con amabilidad. Durante los primeros días a su servicio me inspiraba miedo, pero por algún motivo le caía en gracia y me dispensaba buen trato. Volvió a dirigirse a Cadwy—. Mañana por la noche.

Salir del Tor de Merlín e ir a parar a la banda de Owain fue como saltar de un mundo a otro. Me quedé mirando la luna, pensando en los greñudos hombres de Gundleus cuando masacraban a los guardias del Tor; las gentes del páramo tendrían que enfrentarse a una salvajada semejante la noche siguiente; yo lo sabía, mas nada podría hacer por evitarlo, aunque me daba cuenta de que aquello no podía consentirse. Pero el destino, como siempre nos enseñaba Merlín, es inexorable. La vida es una broma de los dioses, solía decir Merlín, y la justicia no existe. Hay que aprender a reír, me dijo en una ocasión, de lo contrario llorarás hasta la muerte.

Nuestros escudos fueron impregnados de brea de astillero para que se parecieran a los negros escudos de las hordas irlandesas de Oengus Mac Airen, cuyas naves alargadas y de afilada proa pirateaban por las costas septentrionales de Dumnonia. Seguimos durante toda la tarde a un lugareño de mejillas tatuadas; nos guió por valles profundos y exuberantes en un lento ascenso que iba acercándonos al inhóspito páramo, que de vez en cuando se columbraba entre los claros de los gruesos árboles. El bosque era excelente, abundaban los corzos y los arroyos rápidos y fríos, que bajaban hacia el mar desde la elevada meseta del páramo.

Llegamos al lindero del páramo con el crepúsculo y, caída la noche, subimos por un camino de cabras hasta las alturas. Era un lugar misterioso. Allí había vivido el pueblo antiguo y todavía se encontraban en los valles sus sagrados círculos de piedras. Las cimas estaban coronadas de roca y las hondonadas presentaban traicioneras zonas pantanosas por entre las que nuestro guía nos condujo sin yerro.

Owain nos contó que las gentes del páramo se habían rebelado contra el rey Mordred y que su religión les enseñaba a temer a los hombres con escudos negros. Fue un cuento bien urdido, y tal vez me lo hubiera creído de no haber escuchado subrepticamente su conversación de la víspera con el príncipe Cadwy. Owain nos prometió oro si cumplíamos bien nuestro deber y luego nos advirtió que la matanza de esa noche tendría que permanecer en secreto pues íbamos a infligir un castigo sin haber recibido órdenes del consejo. Durante el trayecto a los páramos, en la espesura de un bosque, encontramos un antiguo santuario construido bajo un robledal, y

Owain nos hizo prestar juramento ante las calaveras cubiertas de musgo que ocupaban las hornacinas de la pared del santuario de guardar el secreto so pena de muerte. Abundaban en Britania antiguos santuarios ocultos —testigos de la extendida presencia de los druidas antes de la llegada de los romanos—, donde el pueblo acudía todavía a pedir ayuda a los dioses. Y aquella tarde, bajo los robles cubiertos de líquen y postrados de hinojos ante las calaveras, con una mano en la empuñadura de la espada de Owain, los iniciados en los secretos de Mitra recibieron el beso de Owain. Tras recibir tal bendición divina y pronunciar el juramento, proseguimos camino hasta la noche.

Llegamos a un lugar extremadamente sucio. Las grandes hogueras de la fundición despedían chispas y humo hacia los cielos. Las cabañas se desparramaban entre las hogueras y alrededor de la gran boca negra por donde los hombres entraban a cavar las entrañas de la tierra. Había grandes montones de carbón que parecían peñascos negros y el olor del valle no se parecía a nada que yo conociera; en verdad, a mi calenturiento parecer, más semejanza guardaba aquel pueblo minero de las tierras altas con el reino de Annawn, el otro mundo, que con cualquier aldea humana.

Ladraron los perros al acercarnos, pero nadie en la aldea percibió el ruido que hacíamos. No había empalizada, ni siquiera un montículo de tierra a modo de protección. Había caballos enanos atados cerca de las hileras de carretas, y empezaron a relinchar cuando nos acercamos dando un rodeo por el valle, pero tampoco entonces salió nadie de las bajas cabañas a investigar la causa de su inquietud. Las cabañas eran cilíndricas, de piedra, con techumbre de turba, pero en el centro de la población había dos viejos edificios romanos, cuadrados, altos y sólidos.

—A dos por cabeza, si no más —dijo Owain en un susurro, para recordarnos a cuántos debíamos matar cada uno—. Los esclavos y mujeres no cuentan. Sed veloces, matad rápidamente y cuidaos las espaldas. ¡Y no os separéis!

Nos dividimos en dos grupos. Yo iba con Owain, cuya barba relucía con el reflejo de las llamas en los aros guerreros de hierro. Los perros ladraban, los caballos enanos relinchaban y, finalmente, un gallo cantó y un hombre salió de una cabaña a ver por qué estaban tan inquietos los animales, pero ya era tarde. La carnicería había comenzado.

Vi muchas matanzas semejantes. En un poblado sajón habríamos incendiado las cabañas antes de comenzar a matar, pero el fuego no prendía en esos cilindros de piedra cruda y turba y hubimos de lanzarnos al asalto con picas y espadas. Cogimos leños encendidos de la hoguera más próxima y los arrojamos al interior de las viviendas antes de entrar, para tener alguna luz que nos alumbrara a la hora de matar, y en algunas ocasiones las llamas causaron alarma suficiente para que los habitantes salieran al exterior, donde les aguardaban las espadas que los descuartizarían como hachas de carnicero. Si el fuego no los obligaba a salir, Owain enviaba al interior a



dos guerreros mientras los demás montaban guardia fuera. Temía que me llegara el turno, pero sabía que era inevitable y que no osaría oponerme a la orden. Me había comprometido por juramento a derramar la sangre de aquéllos; negarme habría supuesto sentencia de muerte.

Comenzaron los gritos. Las primeras cabañas no fueron difíciles, pues las gentes dormían o empezaban a despertarse, pero a medida que nos adentrábamos en la aldea encontrábamos más feroz resistencia. Dos hombres nos atacaron con hachas, pero fueron abatidos con desdeñosa facilidad por nuestros lanceros. Las mujeres huían con niños en los brazos. Un perro atacó a Owain y murió entre gemidos con el espinazo roto. Vi a una mujer corriendo, llevaba un niño en brazos y a otro, que sangraba, de la mano; de pronto me acordé de las palabras de Tanaburs cuando se marchó, que mi madre aún vivía. Me eché a temblar al darme cuenta de que el viejo druida me habría lanzado una maldición cuando amenacé con matarlo y, aunque la buena suerte mantuviera la maldición a raya, notaba su maléfica influencia acechándome como un enemigo desconocido en la oscuridad. Me toqué la cicatriz de la mano izquierda y rogué a Bel que la maldición de Tanaburs fuera destruida.

—¡Derfel! ¡Licat! ¡A esa cabaña! —gritó Owain; y yo, como buen soldado, obedecí la orden.

Dejé caer el escudo, arrojé un madero encendido por la puerta y me agaché para pasar por la pequeña entrada. Los niños gritaron al verme y un hombre semidesnudo se me echó encima con un cuchillo, obligándome a virar a un lado a la desesperada. Caí sobre una niña al embestir a su padre, lanza en ristre. La hoja resbaló entre las costillas del hombre, que habría caído sobre mi y me habría hundido el cuchillo en la garganta de no haber sido por Licat, que lo mató. El hombre se dobló por la mitad aferrándose el vientre y ahogó un grito cuando Licat le arrancó la hoja del cuerpo para pasar a cuchillo a los llorosos niños. Salí fuera con la punta de la lanza manchada de sangre e hice saber a Owain que allí sólo había un hombre.

—¡Adelante! —gritaba Owain—. ¡Por Demetia, por Demetia!

Era el grito de guerra de aquella noche, el nombre del reino irlandés de Oengus Mac Airem, situado al oeste de Siluria. Todas las cabañas estaban ya vacías y empezamos a perseguir a los mineros por los oscuros recovecos del poblado. Los fugitivos huían en todas direcciones, pero algunos hombres se quedaron y presentaron batalla. Un grupo de valientes llegó a colocarse en ruda formación y nos atacaron con lanzas, picos y hachas, pero los hombres de Owain destruyeron la primitiva defensa con una eficacia pasmosa, aguantando a pie firme la embestida

con los negros escudos y rompiendo después la formación de los atacantes con las lanzas y las espadas. Me encontraba entre soldados eficientes. Que Dios me perdone pero, aquella noche maté al segundo hombre de mi vida, y tal vez a un tercero. Al primero le atravesé la garganta con la lanza, al segundo se la clavé en la ingle. No

saqué la espada, pues juzgué indigno del arma de Hywel el propósito de esa noche.

Todo terminó con relativa rapidez. El pueblo quedó vacío de repente, sólo quedaban los muertos, los que agonizaban y unos pocos hombres, mujeres y niños que trataban de esconderse. Matamos a todo el que encontramos. Matamos también a los animales, quemamos las carretas que utilizaban para subir carbón desde los valles, hundimos las techumbres de turba de las cabañas, pisoteamos los huertos y finalmente saqueamos la aldea en busca de objetos de valor. Unas cuantas flechas cayeron desde el horizonte, pero ninguna hizo blanco.

En la cabaña del jefe había una tina con monedas romanas, lingotes de oro y barras de plata. Era la vivienda más grande, de veinte pies de largo, y en el interior, a la luz de las antorchas, vimos al jefe muerto, tendido en el suelo con la cara amarillenta y el vientre abierto. A su lado yacían dos niños y una de sus mujeres. Había aún una niña más, muerta bajo una pieza de cuero

empapada de sangre, y se me antojó que movía la mano cuando uno de los nuestros tropezó con ella, pero fingí no verlo y la dejé en paz. Se oyó el grito de otra criatura al ser encontrada en su escondite y atravesada con la espada.

Que Dios me perdone, Dios y todos los ángeles, pero a una sola persona confesé el pecado de aquella noche, y como no era sacerdote, no pudo darme la absolución de Cristo. En el purgatorio, o tal vez en el infierno, sé que me encontraré con aquellos niños asesinados. A sus padres y madres les será entregada mi alma para que la usen a su entero capricho, y tal castigo será bien merecido.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer yo? Era joven, quería vivir, había prestado juramento y seguía a mi jefe. No maté a nadie que no me atacara primero, pero ¿qué pretextos son éstos ante semejante felonía? Mis compañeros no lo juzgaban bochornoso en modo alguno; sólo mataban criaturas de otra tribu, de otra nación, incluso y eso lo justificaba todo; mas yo me había educado en el Tor, entre gentes de todas las razas y tribus, y aunque Merlín fuera un cacique de tribu e incondicional protector de todo aquel que se jactara de ser britano, no preconizaba el odio hacia otras tribus. Sus enseñanzas me hicieron poco apto para matar extranjeros si no mediaba más motivo que el de ser diferentes a mí.

Y sin embargo, apto o no apto, maté, y que Dios me perdone ese pecado y todos los demás, tan numerosos que no quiero recordarlos.

Partimos antes del alba. El valle quedó arrasado, envuelto en humo y empapado en sangre. El páramo hedía a muerte y los gemidos de las viudas y los huérfanos resonaban por doquier. Owáin me dio un lingote de oro, dos barras de plata y un puñado de monedas y, que Dios tenga misericordia, los acepté.

## 6

El otoño recrudece la guerra, pues durante toda la primavera y el verano no cesan de arribar naves sajonas a nuestras costas de levante y los recién llegados buscan tierra donde asentarse en otoño. En esta época, pues, da la guerra los últimos coletazos, antes de que el invierno clausure los caminos.

Y fue el primer otoño después de la muerte de Uter cuando luché por vez primera contra los sajones, pues tan pronto concluyó la recaudación de impuestos en el oeste, tuvimos noticia de invasores sajones en el este. Owain nos puso al mando de su capitán, un hombre llamado Griffid ap Annan, y nos envió en ayuda de Melwas, rey de los belgas, un monarca vasallo de Dumnonia. Melwas tenía bajo su responsabilidad el cuidado de la costa sur y debía impedir la entrada de invasores saís, cuya beligerancia se había recrudecido en aquel aciago año de la incineración de Uter. Owain se quedó en Caer Cadarn a causa de una enconada disputa habida en el consejo del reino sobre quién habría de encargarse de la crianza de Mordred. El obispo Bedwin quería tenerlo en sus propiedades, pero los no cristianos, que eran mayoría en el consejo, no deseaban que Mordred se educara en el cristianismo, por las mismas razones que Bedwin y sus partidarios se oponían a que el rey infante creciera en el paganismo. Owain, que decía adorar a todos los dioses por igual, se propuso a sí mismo como solución de consenso.

—No importa en qué dios crea el rey —nos dijo antes de partir— porque los reyes necesitan aprender a luchar, no a rezar.

Le dejamos defendiendo su proposición y marchamos a dar muerte a los sajones.

Griffid ap Annan, nuestro capitán, era un hombre enjuto y lúgubre y estaba convencido de que la verdadera intención de Owain era impedir que Mordred fuera confiado a Arturo.

—No es que Owain no tenga a Arturo en alta estima —se apresuró a aclarar—, pero si el rey queda en manos de Arturo, otro tanto sucederá con Dumnonía.

—¿Y eso es malo? —pregunté.

—Para ti y para mi, muchacho, es mejor que el reino pertenezca a Owain.

Griffid tocó una de las torques de oro que llevaba al cuello para ilustrar lo que quería decir. Todos me llamaban muchacho o rapaz, pero sólo porque era el más joven de la tropa y aún no había recibido el baño de sangre en el campo de batalla contra otros guerreros. Además, me tenían por una especie de amuleto de buena suerte porque había salido indemne del pozo de la muerte de un druida. Los hombres de Owain, como los soldados de todas partes, eran tremendamente supersticiosos. Todo augurio era considerado y debatido, todos y cada uno de los hombres llevaban una pata de liebre o una piedra de luz; todos los actos se celebraban con observancia de ritos determinados, y así, ninguno se quitaba la bota izquierda antes que la derecha

ni afilaba la lanza a su propia sombra. Había un puñado de cristianos entre nosotros y pensé que tal vez mostraran menos temor de los dioses, los espíritus o los fantasmas, pero en verdad, manifestábanse tan supersticiosos como el resto.

La capital del Melwas, Venta, era una ciudad fronteriza y pobre. Los talleres permanecían cerrados desde hacía mucho tiempo y las paredes de sus grandes edificios romanos tenían señales de grandes incendios provocados por los sajones durante sus incursiones. El rey Melwas temía que la ciudad fuera saqueada de nuevo. Según él, los sajones tenían un nuevo jefe, hambriento de tierras y temible en la batalla.

—¿Por qué no ha venido Owain? —preguntó enfurruñado—. ¿O Arturo? Quieren mi destrucción, ¿no es así? —Era un hombre gordo y suspicaz y tenía el aliento más fétido que había olido en mi vida. Era rey de una tribu, más que de un país, y miembro, por tanto, del segundo rango, aunque al verlo habriase dicho que no era más que un siervo, y quejoso por demás—. Habéis venido pocos, ¿no es así? —amonestaba a Grifrid—. Por fortuna he organizado la leva.

La leva era el ejército civil de Melwas, en el que había de servir todo hombre capaz de la tribu de los belgas, aunque unos cuantos habían logrado escabullirse y los más ricos habían enviado esclavos en vez de acudir en persona. A pesar de todo Melwas reunió una fuerza de más de trescientos hombres que además aportaban su propia manutención y sus propias armas. Algunos habían sido soldados anteriormente y disponían de buenas lanzas de guerra y escudos en buen estado, pero la mayoría carecía de armadura y algunos no tenían sino simples palos o azadones. La leva iba acompañada por un nutrido grupo de mujeres y niños que no deseaban quedarse solos en sus casas, sabiendo con certeza de la proximidad de los sajones.

Melwas insistió en permanecer en Venta con sus soldados protegiendo las ruinosas murallas, lo cual significaba que Grifrid habría de dirigir a la leva contra el enemigo. Melwas no tenía la menor idea de dónde se hallaban los sajones, de modo que Grifrid se internó a ciegas en los profundos bosques del este de Venta. Más parecíamos una cuadrilla de plebeyos que una tropa de guerra, pues a la vista de un corzo cualquiera, emprendíamos alocada persecución en medio de tan estruendosa algarabía que habríamos podido alertar al enemigo en un radio de doce millas, y la caza siempre se convertía en un desparrame general por el bosque. De esa forma perdimos casi cincuenta hombres, que o bien terminaron en manos de los sajones en su ciega carrera o bien, al verse perdidos, decidieron regresar a su casa.

Los bosques estaban infestados de sajones, aunque al principio no vimos ninguno. A veces encontrábamos sus hogueras calientes todavía, y en una ocasión topamos con un asentamiento de belgas que había sido saqueado e incendiado. Los hombres y los ancianos aún estaban allí, todos muertos, pero se habían llevado a los jóvenes y a las mujeres como esclavos. El olor de la muerte empañó la alta moral de la leva, de

modo que a partir de entonces los reclutas se mantuvieron unidos siguiendo a Griffid hacia el este.

Encontramos la primera horda de guerreros sajones en un ancho valle de un río, donde estaban levantando un asentamiento. Cuando llegamos, habían construido media empalizada y plantado los pilares de madera de su fortaleza principal, pero al vernos aparecer en el lindero del bosque, dejaron caer las herramientas al suelo y tomaron las lanzas. La proporción de hombres era de tres a uno a nuestro favor, pero a pesar de la ventaja Griffid no consiguió que cargáramos contra su línea de defensa, bien trabada y erizada de lanzas. Los más jóvenes teníamos coraje suficiente, y unos cuantos empezamos a brincar como locos ante los sajones, pero no en número suficiente como para iniciar el ataque; los sajones desoyeron nuestras pullas y el resto de los hombres de Griffid bebía hidromiel y maldecía nuestras ínfulas. A mi entender, desesperado como estaba por ganarme un aro guerrero hecho de hierro sajón, no atacar era pura insensatez, pero es que aún no había probado la carnicería que acarrea el enfrentamiento de dos líneas de defensa atacándose mutuamente, ni sabía lo difícil que es persuadir a los hombres de que presten sus cuerpos a tarea tan truculenta. Griffid intentó animarnos al combate, aunque sin gran convencimiento; luego se conformó con seguir bebiendo e insultando al enemigo, y así estuvimos tres horas o más frente a ellos sin avanzar ni unos pocos pasos.

La indecisión de Griffid me dio al menos la oportunidad de examinar a los sajones de cerca, y en verdad no se diferenciaban tanto de nosotros. Eran más rubios de pelo y su piel parecía más áspera que la nuestra. Gustaban de reforzar su vestimenta con pieles colocadas por doquier pero por lo demás usaban la misma ropa que nosotros; en cuanto a las armas, la única diferencia estribaba en que la mayoría se pertrechaba de un cuchillo de hoja larga, atroz en el combate cuerpo a cuerpo, y muchos usaban grandes hachas capaces de cortar un escudo en dos de un solo golpe. Fue tal la sensación que las hachas causaron entre nosotros que algunos se armaron de ellas, aunque Owain, igual que Arturo, las despreciaba por pesadas. Owain nos decía que con el hacha no se puede parar golpes, y a sus ojos de nada sirve un arma que no es capaz de atacar y defender por igual. Los sacerdotes sajones diferían grandemente de nuestros santones, pues esos hechiceros extranjeros se cubrían con pieles de animales, se embadurnaban el pelo con boñiga de vaca y se lo peinaban en forma de puntas que sobresalían de la cabeza. Ese mismo día, en el valle del río, uno de esos sacerdotes sais sacrificó una cabra para saber si debían enfrentarse a nosotros o no. En primer lugar, el sacerdote rompió al animal una pata trasera, luego le clavó una puñalada en el cuello y después lo soltó; la cabra echó a correr arrastrando la pata rota. Iba dando bandazos, sangrando y balando ante la formación de batalla hasta que, volviéndose hacia nosotros, cayó en la hierba, cosa que al parecer era de mal augurio para los sajones, pues la barrera de escudos perdió su aire de desafío y se retiró

prestamente, escabulléndose entre sus edificaciones a medio hacer hasta cruzar un vado y volver al bosque. Se llevaron mujeres y niños, esclavos, cerdos y rebaños. Lo consideramos una victoria, nos comimos la cabra y destrozamos la empalizada. No hubo botín.

Los de la leva estaban hambrientos, pues según su costumbre habían terminado con todas sus reservas de alimentos en los primeros días y ahora no tenían nada que comer salvo las avellanas que cogían del bosque. La falta de víveres significaba que no había más remedio que retirarse. La hambrienta tropa, deseosa de volver a casa, partió delante, y nosotros, los guerreros, emprendimos la marcha después, con más calma. Griffid estaba malhumorado, pues regresaba sin oro ni esclavos, aunque en realidad no había hecho ni más ni menos que la mayoría de las bandas guerreras que pululaban por los territorios en litigio. Pero, cuando ya casi habíamos alcanzado tierras conocidas, topamos con una banda sajona de guerreros que regresaba en sentido opuesto. Debían de haberse encontrado con parte de los nuestros porque iban cargados de mujeres y armas requisadas. El encuentro fue sorprendente para ambas partes. Yo iba a la retaguardia de la columna de Griffid y sólo oí el comienzo de la batalla que se produjo cuando nuestra vanguardia salió de entre los árboles sorprendiendo a media docena de sajones que cruzaban el río. Los nuestros atacaron y los lanceros de ambos bandos se precipitaron a la inesperada batalla. No hubo formación de defensa, sólo una sangrienta escaramuza en las poco profundas aguas del arroyo y, una vez más, como el día en que maté a mi primer enemigo en los bosques del sur de Ynys Wydryn, volví a sentir la euforia del combate. Tuve para mí que era la misma emoción que embargaba a Nimue cuando los dioses la visitaban; me había dicho que era como tener alas que te elevan a la gloria, y así me sentí yo, exactamente, aquel día de otoño. Me enfrenté al primer sajón de mi vida a la carrera, apuntando con la lanza, y cuando vi el miedo reflejado en sus ojos, supe que era hombre muerto. Le hundí la lanza en el vientre profundamente, de modo que saqué la espada de Hywel, que ya se llamaba Hywelbane, y lo rematé con un golpe lateral luego entré en el agua y maté a dos más. Gritaba como un espíritu maligno provocando a los sajones en su propia lengua, retándoles a que se acercaran a probar el sabor de la muerte; un guerrero muy corpulento recogió el desafío y cargó contra mí con un hacha enorme que inspiraba terror. Pero el hacha acarrea mucho peso muerto. Una vez que se inicia el movimiento, ya no se puede variar, y derroté al hombre con una estocada frontal que habría calentado el corazón a Owain. Sólo de ese hombre cobré tres torques de oro, cuatro broches y un cuchillo con gemas incrustadas, y me llevé además la hoja de su hacha para hacerme los primeros aros de guerrero.

Los sajones se dieron a la huida dejando ocho muertos y otros tantos heridos. No menos de cuatro habían muerto a manos mías, proeza que no pasó desapercibida

entre mis compañeros. Muy deleitoso me pareció su respeto, aunque más tarde, cuando era mayor y más sabio, achaqué la desproporcionada matanza a mera estupidez juvenil. Los jóvenes suelen precipitarse donde los sabios proceden con cautela. Perdimos tres hombres, entre ellos Licat, el que me había salvado la vida en los páramos. Recuperé mi lanza, me hice con dos torques mas, de plata, pertenecientes a los guerreros que había matado en el río, y vi cómo los enemigos heridos eran despachados al otro mundo, donde se convertirían en esclavos de nuestros muertos. Encontramos a seis cautivas britanas escondidas entre los árboles, mujeres que habían seguido a los de la leva a la guerra y que habían sido capturadas por los sajones, y fue una de ellas la que descubrió al único guerrero enemigo que aun se ocultaba entre unas zarzas a la orilla del río. Gritó al verlo e intentó clavarle un cuchillo, pero el hombre escapó como pudo hacia el agua, y allí lo capturamos. No era más que un joven imberbe, de la misma edad que yo, quizá, y temblaba de miedo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, apuntándole a la garganta con la lanza.

Estaba espatarrado en el agua.

—Wlenca —dijo, y me contó que hacia sólo unas semanas que había llegado a Britania, aunque cuando le pregunté de dónde procedía no supo decir nada más que de casa.

No hablaba exactamente la misma lengua que yo, pero las diferencias eran pocas y le entendí bien. Dijome que el rey de su pueblo era un gran jefe llamado Cerdic que estaba conquistando tierras en la costa sur de Britania. También me contó que Cerdic había tenido que luchar contra Aesc, otro rey sajón que ahora gobernaba las tierras de Kent, para establecer su nueva colonia, y entonces me di cuenta por primera vez de que los sajones luchaban entre ellos de la misma forma que los britanos. Al parecer, ese tal Cerdic había ganado la guerra contra Aesc y trataba de extender su dominio hacia Dumnonía.

La mujer que había descubierto a Wlenca estaba acucillada allí cerca, murmurando amenazas entre dientes, pero otra mujer declaró que Wlenca no había tomado parte en las violaciones perpetradas tras la captura. Griffid, aliviado, pues regresaba a casa con un botín, perdonó la vida a Wlenca; el sajón fue desnudado y, bajo custodia de una mujer, inició la marcha hacia el oeste, hacia la esclavitud.

Tal fue la última expedición del año y a pesar de que la consideramos una gran victoria, no fue nada en comparación con las gestas de Arturo. No sólo expulsó a los sajones de Aelle del norte de Gwent, sino que después venció a las huestes de Powys, y durante el proceso cercenó a Gorfyddydd el brazo del escudo. El rey enemigo huyó, pero de todas formas fue una gran victoria y Gwent y Dumnonia enteras aclamaban a Arturo. A Owain, por el contrario, no le gustó.

Lunete, sin embargo, estaba loca de alegría. Le proporcioné oro y plata suficientes como para llevar una capa de piel de oso y hacerse con una esclava

propia, un niña de Kernow que adquirió en las propiedades de Owain. La niña trabajaba de sol a sol, y por las noches lloraba en un rincón de la cabaña que ya llamábamos nuestra casa. Cuando lloraba mucho, Lunete la pegaba y cuando salí en su defensa, me pegó a mí. Los hombres de Owain dejaron a una las superpobladas dependencias militares de Caer Cadarn y se instalaron en el burgo de Lindinis, mucho más cómodo, donde Lunete y yo teníamos una cabaña con techumbre de paja y paredes de adobe dentro de las bajas murallas de tierra levantadas por los romanos. Caer Cadarn distaba seis millas y sólo se llenaba de gente cuando algún enemigo se acercaba en exceso o con motivo de alguna celebración real. Y aquel invierno hubo una gran fiesta el día en que Mordred cumplió un año, momento en que además, por casualidad, los problemas de Dumnonía llegaron a un punto crítico. Aunque tal vez no fuera por casualidad, pues Mordred siempre fue malaventurado y el día de su aclamación estaba condenado a ser marcado por la tragedia de un modo u otro.

La ceremonia se llevó a cabo después del solsticio. Mordred iba a ser proclamado rey y los grandes de Dumnonia se reunieron en Caer Cadarn para la ocasión. Nimue llegó el día anterior y vino a nuestra cabaña, que Lunete había adornado con acebo y hiedra para el solsticio. Nimue cruzó el umbral, que tenía unas muescas para espantar a los malos espíritus, se sentó junto al fuego y se retiró la capucha.

Sonrei al verle el ojo de oro.

—Me gusta —le dije.

—Es hueco —me dijo, y para mi desconcierto le dio unos golpecitos con la uña. Lunete estaba gritando a la esclava porque había dejado quemarse el potaje de brotes de cebada y Nimue se sobresaltó ante tal estallido de furia—. No eres feliz —me dijo.

—Sí soy feliz —dije con énfasis, pues a los jóvenes les cuesta admitir sus errores.

Nimue miró el interior de la cabaña, sucio y ennegrecido por el humo, como si percibiera con el olfato el humor de sus habitantes.

—Lunete no te conviene —manifestó con calma y, recogiendo despreocupadamente del suelo una cáscara de huevo, la molió entre los dedos para que ningún mal espíritu hallase cobijo en ella—. Tienes la cabeza en la nubes, Derfel —prosiguió, y arrojó los trocitos de cáscara al fuego—, mientras que Lunete está atada a la tierra. Quiere ser rica y tú, ganar honores. Esas cosas no casan bien.

Se encogió de hombros como si en realidad aquello careciera de importancia y empezó a contarme cosas de Ynys Wydryn. Merlín no había regresado y nadie sabía dónde se encontraba, pero Arturo había enviado dinero, obtenido del vencido rey Gorfyddyd, para pagar la reconstrucción del Tor y Gwlyddyn supervisaba las obras de una nueva fortaleza aún más grandiosa. Pelinor seguía con vida, y también Druidan, así como Gudovan el escribano. Me dijo que Norwenna había recibido sepultura en el santuario del Santo Espino, donde la veneraban como santa.

—¿Qué es santa? —le pregunté.



—Cristiana muerta —me dijo, sin más—. Todos tendrían que ser santos.

—¿Y de ti, qué me cuentas? —le pregunte.

—Estoy viva —respondió con indiferencia.

—¿Eres feliz?

—Siempre preguntas estupideces. Si quisiera ser feliz, Derfel, estaría aquí abajo contigo, amasándote el pan y lavándote las sábanas.

—¿Y por qué no quieres ser feliz?

Escupió en el fuego para protegerse de mi sandez.

—Gundleus vive —dijo llanamente, cambiando de tema.

—Prisionero en Coriníum —añadí, como si no supiera ella dónde estaba su enemigo.

—He enterrado una piedra con su nombre —me dijo, y me miró con el ojo de oro—. Me preñó cuando me violó, pero me deshice del infame engendro con cornezuelo.

El cornezuelo era un añublo negro que prosperaba en el centeno y que las mujeres usaban como abortivo. Merlín lo usaba también para entrar en trance y hablar con los dioses. Yo lo probé en una ocasión y estuve varios días enfermo.

Lunete quiso enseñar a Nimue todas sus nuevas posesiones: la trébede, el caldero y el tamiz, las joyas y la capa, las finas enaguas de lino y la jarra romana de plata bruñida con un jinete desnudo dando caza a un corzo a la altura del vientre. Nimue fingió admiración con poco arte y luego me pidió que la acompañara a Caer Cadarn, donde pasaría la noche.

—Lunete es una insensata —me dijo. Ibamos por la orilla de un río que vertía sus aguas en el Cam. Bajo nuestros pies crujían hojas marrones y secas. Había helado y hacia un frío penetrante. Nimue parecía más furiosa que nunca, y más bella, por cierto. La tragedia la favorecía, lo sabía y por eso la deseaba—. Te estás haciendo famoso por méritos propios —me dijo, mirando los sencillos aros de guerrero que llevaba en la mano izquierda.

No me ponía ninguno en la derecha para evitar impedimentos a la hora de empuñar la espada o la lanza, pero lucía cuatro en la izquierda.

—Dan suerte —dije a título de explicación.

—No, no dan suerte. —Levantó la mano izquierda y me enseñó la cicatriz—. Cuando peleas, yo peleo contigo. Vas a ser un gran guerrero, y lo vas a necesitar.

—¿De verdad?

Tembló. El cielo estaba gris como una espada sucia, excepto unas pinceladas de color amarillo limón que teñían el horizonte occidental. Los árboles tenían un negro invernal, la hierba aparecía sombría y oscura y el humo de las hogueras del burgo se pegaba al suelo como si temiera el frío vacío del cielo.

—¿Sabes por qué se marchó Merlín de Ynys Wydryn? —me preguntó de pronto, sorprendiéndome de veras.

—Para buscar la sabiduría de Britania —respondí, con las mismas palabras que pronunciara ella en el Gran Consejo de Glevum.

—Pero ¿por qué ahora y no hace diez años? —me preguntó otra vez, y ella misma respondió—. Se ha ido ahora, Derfel, porque llegan tiempos malos. Todo lo bueno se convertirá en malo, todo lo malo será peor. Todos en Britania reúnen sus fuerzas porque saben que se acerca la gran lucha. A veces creo que los dioses están jugando con nosotros. Ponen en juego todas las piezas a la vez para ver cómo termina la partida. Los sajones se hacen fuertes y pronto atacarán en hordas, no en pequeñas bandas. Los cristianos —escupió al río para ahuyentar el mal— dicen que pronto se cumplirán quinientos inviernos del nacimiento de su abyecto dios y que con ello se producirá el advenimiento del triunfo del cristianismo. —Volvió a escupir—. ¿Qué nos espera a los britanos? Luchamos unos contra otros, nos robamos unos a otros, nos dedicamos a levantar castillos para celebrar festines cuando deberíamos estar forjando espadas y lanzas. Seremos puestos a prueba, Derfel, por eso Merlín está reuniendo fuerzas, porque sí no nos salvan los reyes, Merlín tendrá que convencer a los dioses de que acudan en nuestro auxilio. —Se detuvo ante una poza del río y se quedó mirando las negras aguas, que tenían la gélida tersura que precede a la helada. El agua acumulada en las huellas del ganado a la orilla de la poza ya estaba helada.

—¿Y Arturo? —pregunté—. ¿No va a salvarnos?

Me obsequió con el esbozo de una sonrisa.

—Arturo es a Merlín lo que tú eres a mí. Arturo es la espada de Merlín, pero no ejercemos control sobre vosotros. Os dimos poder —tocó el pomo desnudo de mi espada con la mano de la cicatriz— y os dejamos partir. Tenemos que confiar en que hagáis lo que sea menester.

—En mí puedes confiar —le dije.

Suspiró como hacía siempre que yo hacía afirmaciones semejantes, y después sacudió la cabeza negativamente.

—Cuando llegue la hora de la verdad para Britania, Derfel, y llegará, nadie sabe cuán fuerte será su espada.

Se volvió a mirar las murallas de Caer Cadarn, engalanadas con las enseñas de todos los señores y caciques llegados para presenciar como testigos la aclamación de Mordred, que se celebraría por la mañana.

—Insensatos —dijo amargamente—. Insensatos.

Arturo llegó al día siguiente, poco después del amanecer. Venía cabalgando con Morgana desde Ynys Wydryn. Sólo lo acompañaban dos guerreros y los tres hombres montaban en grandes corceles, aunque no traían armadura ni escudo, únicamente espada y lanza. Ni siquiera trajo Arturo consigo su enseña. Mostrábase relajado, como si la ceremonia no tuviera para él más interés que una mera curiosidad. Agrícola, comandante de las tropas de Tewdríc, acudió en representación de su señor,

que se hallaba enfermo de fiebres, y también Agrícola parecía mantenerse al margen de la ceremonia; por lo demás, percibíase en Caer Cadarn una tensión, una preocupación por el cariz que tomarían los augurios del día. Allí se encontraba el príncipe Cadwy de Isca, con las mejillas tatuadas de azul. El príncipe Gereint, señor de las Piedras, llegó desde la frontera sajona, y el rey Melwas desde la decadente Venta. Todos los nobles de Dumnonia, más de cien hombres, aguardaban en la fortaleza. El aguanieve que había caído durante la noche sobre Caer Cadarn había dejado el terreno resbaladizo y embarrado, pero las primeras luces trajeron un viento fresco del oeste, y cuando Owain salió del interior con el regio infante el sol lucía sobre las colinas que rodeaban el acceso oriental a Caer Cadarn.

La hora de la ceremonia fue fijada por Morgana según augurios de fuego, agua y tierra. Seguramente se celebraría por la mañana, pues nada bueno acarrear los esfuerzos emprendidos

con el sol en declive, pero la gente hubo de esperar hasta que Morgana encontró el momento propicio para dar comienzo a los preparativos en el círculo de piedras que coronaba la cima de Caer Cadarn. Las piedras no eran muy grandes, no había ninguna mayor que un niño acucillado, y en su centro, donde Morgana tomó posición a la pálida luz del sol, se asentaba la piedra real de Dumnonia. Era una roca grande y alisada por la erosión, plana y gris, exactamente igual que tantas piedras, pero sobre ésa precisamente, según nos habían enseñado, el dios Bel ungió rey a Beli Mawr, su hijo humano, antecesor de todos los reyes de Dumnonia. Cuando los cálculos parecieron favorables, Balise fue conducido al centro del círculo. Era un anciano druida que habitaba en los bosques al oeste de Caer Cadarn, y en ausencia de Merlín se había requerido su presencia para invocar la bendición de los dioses. Era una criatura encogida e infestada de piojos, envuelta en andrajos y piel de cabra, tan sucia que era imposible determinar dónde terminaban los andrajos y comenzaba la barba, pero a pesar de todo era Balise quien, según me habían contado, había enseñado a Merlín gran parte de su saber. El anciano levantó la vara hacia el tenue sol, musitó unas plegarias y escupió varias veces formando un círculo en el sentido del sol, pero le sobrevino un súbito acceso de tos. Jadeando, se dejó caer en una silla que había fuera del círculo; su compañera, una anciana que apenas se diferenciaba de él, le frotó la espalda.

El obispo Bedwin rezó una plegaria al dios cristiano y el rey niño fue llevado en comitiva por el exterior del círculo de piedra. Habían colocado a Mordred sobre un escudo de guerra, envuelto en pieles, y así fue mostrado a los guerreros, caciques y príncipes que, al paso del niño, se postraban de hinojos para rendirle homenaje. De haber sido adulto, el rey habría desfilado por su propio pie alrededor del círculo, pero como no era el caso, dos guerreros dumnonios lo transportaban y tras él, con la espada desenvainada, caminaba Owain, el paladín del rey. Mordred avanzaba en

sentido opuesto al del sol, única ocasión en toda la vida en que un rey se opondría al orden natural, pero se trataba de una contradicción escogida a propósito para demostrar que el regio descendiente de dioses estaba por encima de fruslerías tales como tener que seguir al sol siempre que describiera un círculo.

Después, Mordred fue depositado sobre la piedra central, dentro del escudo, para recibir los presentes. Un niño le obsequió con una hogaza de pan, símbolo del deber de alimentar a su pueblo, otro niño le presentó un látigo, símbolo del deber de administrar justicia en su país, y después, una espada fue colocada a sus pies, símbolo de su función como defensor de Dumnonia. Mordred no dejó de llorar en todo el tiempo y pateaba con tanta energía que a punto estuvo de caerse del escudo. Con tanto patear, su pie contrahecho quedó al descubierto y me dije que sería un mal augurio, pero todos pasaron por alto el miembro malformado y los grandes del reino fueron acercándose uno a uno para ofrecerle sus presentes. Le regalaron oro y plata, piedras preciosas, monedas, azabache y ámbar. Arturo le obsequió con un halcón de oro, regalo que cortó la respiración a los presentes por su belleza, aunque fue Agrícola quien aportó el objeto más valioso. Depositó a los pies del pequeño los reales pertrechos de guerra del rey Gorfyddyd de Powys. Arturo había recogido la armadura con adornos de oro después de provocar la huida de Gorfyddyd de su campamento, se la presentó luego al rey Twedric y éste, a su vez, devolvió el tesoro a Dumnonia por medio de su comandante.

Por fin levantaron al inquieto niño de la piedra y se lo entregaron a su nueva aya, una esclava de la casa de Owain. Había llegado el momento de Owain. Todos los grandes habían acudido con mantos y pieles para protegerse del frío, pero Owain avanzó vestido únicamente con calzas y botas. Llevaba el pecho y los brazos tatuados, pero tan desnudos como la espada que, con la debida ceremonia, posó sobre la piedra real. Después, despaciosamente y con cara de burla, recorrió el círculo escupiéndole en dirección a todos los presentes. Se trataba de un reto. Si alguno de los que se encontraban allí osaba poner en entredicho el derecho de Mordred al trono, lo único que debía hacer era dar un paso adelante y recoger la espada desnuda de la piedra. Después habría de enfrentarse a Owain. El paladín hizo su recorrido con actitud ufana, desdeñosa, provocativa, pero nadie se movió. Sólo cuando terminó las dos vueltas de rigor volvió al centro del círculo y recogió la espada.

Tras esto comenzó el vitoreo, pues Dumnonia ya tenía rey de nuevo. Los guerreros que rodeaban las murallas golpearon las lanzas contra los escudos.

Aún se necesitaba un último rito. A pesar de los esfuerzos del obispo Bedwin por prohibirlo, el consejo había hecho caso omiso. Vi que Arturo se alejaba, pero todos los demás, incluido el obispo, se quedaron allí cuando un cautivo, desnudo y atemorizado, fue llevado hasta la piedra real. Se trataba de Wlenca, el muchacho sajón al que yo había capturado. No creo que supiera lo que estaba sucediendo, pero

seguro que se temía lo peor.

Morgana trató de reanimar a Balise, pero como el viejo druida estaba demasiado débil para cumplir su deber, la propia Morgana hubo de acercarse al tembloroso Wlenca. El sajón no estaba atado, de modo que habría podido intentar la huida, aunque bien saben los dioses que no había escapatoria posible entre la multitud armada que lo rodeaba, de modo que permaneció inmóvil mientras Morgana se acercaba. Quizá lo petrificara la visión de la máscara de oro y el paso renqueante de Morgana, porque no se movió hasta que ella hubo mojado su maltrecha y enguantada mano izquierda en un plato y, tras una breve deliberación, tocó al muchacho en la parte superior del estómago. Al roce, Wlenca se sobresaltó, pero volvió a quedarse quieto. Morgana había mojado la mano en sangre reciente de cabra y la sangre dejó su rastro húmedo en el blanco y fino estómago de Wlenca.

Morgana se alejó. Nadie se movía ni hablaba, la inquietud llenaba el aire, pues era un momento imponente en que la verdad sería revelada. Los dioses se manifestarían respecto a Dumnonía.

Owain entró en el círculo. Había dejado la espada en alguna parte pero llevaba su negra lanza de guerra. No apartaba los ojos del atemorizado sajón, que parecía encomendarse a sus dioses, aunque en Caer Cadarn éstos eran impotentes.

Owain se movía despacio. Apartó la mirada de los ojos de Wlenca un breve instante, el imprescindible para apoyar la punta de la lanza sobre la señal de sangre del estómago del muchacho, y luego volvió a clavar los ojos en los del cautivo. Ninguno hizo el menor gesto. Los ojos de Wlenca derramaron lágrimas, el chico sacudió la cabeza levemente en una muda súplica de piedad que Owain desoyó punto por punto. Esperó a que Wlenca dejara de moverse. La punta de la lanza descansaba sobre la señal de sangre y ninguno de los dos se movía. El viento les agitaba los cabellos y levantaba las húmedas capas de los espectadores.

Owain hincó la lanza con un empujón seco que la clavó profundamente en el cuerpo de Wlenca, luego la sacó de nuevo y retrocedió corriendo; atrás quedaba el sajón solo, sangrando en el círculo real.

Wlenca gritó. La herida era terrible, infligida con premeditación para causar una muerte enloquecedoramente lenta y dolorosa, pero gracias a tamaño trance agónico, un adivino experto

como Balise o Morgana entrevería el futuro del reino. Balise salió de su letargo y observó el tambaleo del sajón, que se aferraba el estómago con una mano, doblándose para mitigar el insoportable dolor. Nimue estiraba el cuello hacia delante con impaciencia, pues era la primera vez que asistía a la celebración de la más poderosa ceremonia de adivinación y quería aprender sus secretos. Confieso que me estremecí, y no por miedo sino porque Wlenca me caía en gracia y había visto en sus grandes ojos azules algo parecido a lo que debía de ser yo mismo; me consolé pensando que,

mediante el sacrificio, le sería reservado en el otro mundo un lugar entre los guerreros y allí volveríamos a encontrarnos algún día.

Los gritos de Wlenca se redujeron a un jadeo desesperado. Se puso amarillo, temblaba, pero seguía en pie, tambaleándose en dirección a levante. Llegó a las piedras del círculo y, por un instante, pareció que iba a derrumbarse, pero un espasmo de dolor le obligó a arquear la espalda y lo lanzó de nuevo hacia delante. Giró en un círculo salvaje, escupiendo sangre, y dio unos pasos hacia el norte. Y entonces, por fin, cayó. Agonizaba a borbotones; Balise y Morgana interpretaban cada uno de los espasmos. Morgana se aproximó para observar más de cerca los estertores, contracciones y retorcimientos. Las piernas del muchacho temblaron durante unos segundos, después se le salieron las tripas, echó la cabeza hacia atrás y un sonido ronco de asfixia le salió de la garganta. El sajón murió con un gran borbotón de sangre que casi alcanzó los pies de Morgana.

Por la actitud de Morgana colegimos que el augurio no era bueno y su mal humor se extendió a todos los que esperábamos el oráculo. Morgana retrocedió hasta Balise, se agachó a su lado y el anciano estalló en una especie de carcajada estentórea e irreverente. Nimue se acercó a observar el rastro de sangre y luego el cuerpo; después se unió a Morgana y a Balise mientras los demás aguardábamos. Y seguimos aguardando.

Por fin, Morgana volvió a acercarse al cadáver. Dirigió sus palabras a Owain, el paladín del rey, que permanecía junto al pequeño monarca; los demás estiramos el cuello para oírla.

—El rey Mordred —dijo Morgana— tendrá larga vida. Conducirá a sus guerreros a la batalla y conocerá la victoria.

La multitud suspiró aliviada. Podía considerarse favorable el augurio, aunque creo que todos sabían las palabras que no fueron pronunciadas y algunos recordaban que, en la aclamación de Uter, el rastro de sangre y los estertores de agonía de la víctima predijeron con toda exactitud un reinado glorioso. De todos modos, aun sin gloria, algún augurio esperanzador se desprendió de la muerte de Wlenca.

La aclamación de Mordred concluyó con esa muerte. La desgraciada Norwenna, enterrada bajo el Santo Espino de Ynys Wydryn, lo habría hecho todo de forma muy diferente, y sin embargo, aunque se hubieran congregado mil obispos y un millar de santos para llevar a Mordred al trono a fuerza de rezos, los augurios habrían sido los mismos. Y es que Mordred, nuestro rey, era deforme y ni druidas ni obispos habrían podido cambiarlo jamás.

Tristán de Kernow llegó esa misma tarde. Nos hallábamos en el gran salón donde se celebraba el festín de Mordred, ocasión memorable por su falta de alegría; la llegada de Tristán la hizo aún menos alegre. Nadie se apercibió siquiera de su presencia hasta que se acercó a la gran hoguera central y las llamas arrancaron

destellos de su cota de cuero y de su casco de hierro. El príncipe era tenido por amigo de Dumnonia y el obispo Bedwin lo recibió como tal, pero la única respuesta de Tristán fue desenvainar la espada.

El gesto llamó la atención de todos al instante, pues nadie debía llevar armas en el salón del festín, cuando menos durante la celebración de la aclamación de un rey. Algunos hombres ya estaban borrachos, pero también ellos enmudecieron al ver al joven príncipe de oscuros cabellos.

Bedwin trató de pasar por alto la espada desenvainada.

—¿Habéis acudido para la aclamación, lord príncipe? ¿Sin duda habéis sufrido retraso por causa ajena? El invierno dificulta los viajes. Venid y tomad asiento junto a Agrícola de Gwent. Tenemos venado.

—Vengo con una querella —anunció Tristán en voz alta.

Sus seis guardias habían quedado a las puertas mismas de la fortaleza, donde una fría aguanieve barría la colina. Los guardias eran hombres adustos que, a pesar de las armaduras empapadas y los mantos chorreantes, empuñaban los escudos en la debida posición y mostraban amenazadoramente sus afiladas lanzas de guerra.

—¡Una querella! —exclamó Bedwin como si semejante idea fuera cosa extraordinaria—. ¡No en este día auspicioso, desde luego!

Se oyeron algunas voces retadoras entre los guerreros del salón. Ya habían bebido bastante como para apetecer una pelea, pero Tristán los desoyó.

—¿Quién es el portavoz de Dumnonia? —inquirió con exigencias.

Hubo otro momento de duda. Owain, Arturo, Gereint y Bedwin tenían autoridad, pero ninguno sobresalía entre los demás. El príncipe Gereint, que jamás osó anteponerse a nadie, contestó con un encogimiento de hombros; Owain miró a Tristán torvamente y Arturo cedió el honor a Bedwin con todo respeto; el obispo declaró con gran timidez que, como primer consejero del reino, podía pronunciarse en favor del rey Mordred como cualquier otro hombre.

—Entonces, comunicad al rey Mordred —dijo Tristán— que correrá la sangre entre su país y el mio a menos que se haga justicia.

Bedwin se alarmó visiblemente y agitó las manos con gesto conciliador buscando palabras apropiadas. Pero no se le ocurrió nada, y finalmente, fue Owain quien habló.

—Decid lo que tengáis que decir —le conminó secamente.

—Uter, el rey supremo —manifestó—, garantizó protección a un grupo de gentes del pueblo de mi padre. Acudieron a este país a requerimiento de Uter para trabajar en las minas y vivir en paz con sus vecinos, y sin embargo algunos de dichos vecinos cayeron sobre los mineros y los afligieron con la espada, el fuego y el saqueo. Murieron cincuenta y ocho, decidse lo a vuestro rey; el sarhaed será establecido según el valor de sus vidas más la vida del hombre que ordenó matarlos. De lo contrario, vendremos con espadas y escudos a cobrarnos el precio personalmente.

—¿La pequeña Kernow? —exclamó Owain con una carcajada estentórea—. ¡Ved cómo temblamos!

Todos los guerreros que me rodeaban rieron con sarcasmo. Kernow era un país pequeño y no constituía rival para las fuerzas de Dumnonia. El obispo Bedwin quiso detener la algazara general, pero el salón rebosaba de hombres ebrios de fanfarronería y nadie estaba dispuesto a tranquilizarse, hasta que el propio Owain pidió silencio.

—He oído, príncipe —dijo—, que fueron los escudos negros irlandeses de Oengus Mac Airem quienes atacaron el páramo.

—Si fueron ellos —contestó Tristán después de escupir en el suelo— debieron cruzar el país volando, pues nadie los vio pasar y no robaron en Dumnonia ni un triste huevo.

—Sin duda porque temen a Dumnonia, pero no a Kernow —replicó Owain, y todo el salón estalló otra vez en carcajadas.

Arturo aguardó hasta que las risas se aplacaron.

—¿Sabéis de algún otro, aparte de Oengus Mac Airem, que haya podido atacar a vuestra gente? —preguntó cortésmente.

Tristán se volvió hacia los hombres acuclillados en el suelo y escrutó sus rostros. Vio la calva cabeza del príncipe Cadwy de Isca y lo señaló con la espada.

—Preguntadle a él. O mejor aún —levantó la voz para acallar las burlas—, preguntad al testigo que aguarda fuera.

Cadwy se puso en pie y exigió a gritos que le permitieran ir a buscar la espada mientras sus tatuados lanceros amenazaban con masacrar toda Kernow.

Arturo dio un manotazo en la mesa. El sonido levantó ecos por todo el salón e impuso silencio; Agrícola de Gwent, que se hallaba junto a Arturo, mantenía la mirada baja, pues la querella nada tenía que ver con él, pero dudo que ni el menor detalle de la confrontación escapase a su astuto entendimiento.

—Quien derramare sangre esta noche —dijo Arturo— será mi enemigo. —Esperó a que Cadwy y los suyos se tranquilizaran y después se dirigió de nuevo a Tristán—. Traed a vuestro testigo, señor.

—¿Acaso es esto un tribunal de justicia? —protestó Owain.

—Permitamos que comparezca el testigo —insistió Arturo.

—¡Estamos celebrando un festín! —arguyó Owain.

—Permitamos que comparezca el testigo.

El obispo Bedwin quería terminar de una vez con el desagradable asunto; ponerse del lado de Arturo parecía la forma más rápida de solventarlo. Los que se encontraban lejos se acercaron a escuchar un drama, pero empezaron a reírse al ver aparecer al testigo de Tristán, pues no era sino una niña de unos nueve años que, erguida y serena, fue a colocarse al lado del príncipe, el cual la acogió rodeándole los hombros con un brazo.



—Sarlinna ferch Edain —anunció el príncipe, presentando a la niña, y luego le apretó los hombros para darle ánimos—. Habla.

Sarlinna se humedeció los labios. Se dirigió a Arturo, tal vez porque su rostro era el más bondadoso de cuantos vio en torno a la mesa.

—Mataron a mi padre, mataron a mi madre, mataron a mis hermanos y hermanas... —hablaba como si hubiera repetido las palabras muchas veces, aunque ninguno de los presentes dudó de su veracidad—. Mataron a mi hermana menor —prosiguió— y mataron a mis gatitos —se le saltó la primera lágrima—; yo lo vi.

Arturo hizo un gesto compasivo con la cabeza. Agrícola de Gwent se pasó la mano por el corto cabello cano y se quedó mirando las vigas, ennegrecidas de hollín. Owain se meció en la silla y bebió un trago del cuerno mientras el obispo Bedwin dejaba traslucir una expresión preocupada.

—¿Viste a los asesinos, en verdad? —preguntó el obispo a la niña.

—Si, señor.

Sarlinna estaba más nerviosa ahora que ya no tenía palabras aprendidas con que responder.

—Pero era de noche, pequeña —objetó Bedwin—. ¿No sucedió el ataque de noche, lord príncipe? —preguntó a Tristán. Todos los lores de Dumnonia habían tenido noticia del ataque a los páramos, pero habían dado crédito a la palabra de Owain, que había informado de que la masacre había sido perpetrada por los escudos negros irlandeses de Oengus—. ¿Cómo es posible que la criatura viera por la noche? —preguntó Bedwin.

Tristán dio ánimos a la niña con unos golpecitos en el hombro.

—Cuenta al señor obispo lo que sucedió —le dijo.

—Los hombres arrojaron fuego dentro de nuestra casa, señor —manifestó Sarlinna en voz baja.

—No el suficiente —replicó un hombre desde las sombras, y todos se rieron.

—¿Cómo te salvaste, Sarlinna? —preguntó Arturo con ternura, una vez sofocadas las risas.

—Me escondí, señor, bajo una piel.

—Hiciste bien —replicó Arturo con una sonrisa—, pero ¿viste al hombre que mató a tu padre y a tu madre? —hizo una pausa—, ¿y a tus gatitos?

La niña asintió. Las lágrimas brillaban en sus ojos, en la penumbra del salón.

—Si lo vi, señor —dijo en voz baja.

—Pues dinos cómo era —replicó Arturo.

Sarlinna llevaba una pequeña enagua gris bajo el manto negro de lana; en ese momento, levantó sus delgados brazos, se remangó y dejó al descubierto la blanca piel.

—El hombre tenía un dibujo en los brazos, señor, un dragón y un oso. Aquí. —

Señaló sobre sus brazos el lugar donde debían de encontrarse los tatuajes, y después miró a Owain—. Y tenía aros en la barba —añadió la niña; enmudeció, pero no tuvo necesidad de añadir nada más.

Tan sólo un hombre llevaba aros en la barba, y todos los presentes había visto los brazos a Owain esa misma mañana cuando hundía la lanza a Wlenca en el diafragma; nadie ignoraba que en esos brazos estaban tatuados los símbolos de Dumnonia y del propio Owain, el dragón y el oso de grandes colmillos.

Se hizo el silencio. Un leño se partió en la hoguera y dejó escapar una nube de humo hacia las vigas. Una ráfaga de viento arrojó aguanieve contra la gruesa techumbre e hizo temblar las llamas de las teas de junco que iluminaban el salón. Agrícola miraba la peana de plata cincelada que le servía para apoyar el cuerno como si nunca hubiera visto un objeto semejante. Un hombre eructó en alguna parte del salón y el sonido pareció provocar a Owain, que volvió su enorme cabeza peluda para mirar directamente a la pequeña.

—Miente —dijo roncamente— y los niños que mienten merecen unos azotes que les hagan sangrar.

Sarlinna empezó a llorar y luego escondió la cara entre los mojados pliegues de la capa de Tristán. El obispo Bedwin frunció el ceño.

—¿No es cierto, Owain, que visitasteis al príncipe Cadwy a finales de verano?

—¿Y bien? —saltó Owain como un resorte—. ¿Y bien? —repitió a voz en grito, como un reto dirigido a toda la asamblea—. ¡Tengo aquí a mis guerreros! —Señaló hacia nosotros, que estábamos sentados juntos en el ala derecha del salón—. ¡Preguntadles! ¡Juro por mi honor que la chiquilla miente!

Un gran clamor se elevó en el salón súbitamente y los hombres escupieron retadoramente a Tristán. Sarlinna lloraba tanto que el príncipe se agachó, la tomó en brazos y así la sostuvo mientras Bedwin trataba de volver a tomar el control del salón.

—Si Owain lo jura por su honor —dijo el obispo a gritos—, la niña miente.

Los guerreros aullaron para demostrar que estaban de acuerdo.

Vi que Arturo me miraba y bajé la vista a mi cuenco de venado. El obispo Bedwin empezaba a arrepentirse de haber invitado a entrar a la pequeña. Se mesó la barba nervioso y sacudió la cabeza con cansancio.

—La palabra de un niño no tiene peso ante la ley —manifestó lacónicamente—. Los niños no cuentan como testigos. —Los testigos posibles eran las nueve clases de gentes cuya palabra podía ser tenida en cuenta ante la ley, y éstos eran: lores, druidas, padres para manifestarse a propósito de sus hijos, magistrados, aquellos que habiendo hecho un regalo desearan manifestarse a propósito del regalo, doncellas para manifestarse a propósito de su virginidad, pastores para manifestarse a propósito de sus rebaños y condenados para manifestarse a propósito de su último deseo. En

ningún apartado de la lista se aludía a niños manifestándose a propósito de la masacre de su familia—. La palabra de lord Owair —sentenció el obispo señalando a Tristán con el dedo— si tiene peso ante la ley.

Tristán palideció, pero no estaba dispuesto a renunciar.

—Yo creo la palabra de la niña —dijo— y mañana, después de la salida del sol, vendré a buscar la respuesta de Dumnonía; sí la respuesta niega justicia a Kernow, mi padre se tomará la justicia por su mano.

—¿Qué le sucede a vuestro padre? —se burló Owain—. ¿Acaso ha perdido interés en su última esposa y quiere recibir una paliza en el campo de batalla?

Tristán salió de allí en medio de la burla general, que iba en aumento a medida que los hombres se imaginaban a la pequeña Kernow declarando la guerra a Dumnonia. Yo no me reía, me limitaba a dar cuenta de mi ración de comida diciéndome que la necesitaba para no congelarme durante el turno de guardia que me esperaba después del banquete. Tampoco bebí hidromiel, de modo que seguía sobrio cuando fui a buscar la capa, la lanza, la espada y el casco para apostarme en la muralla norte. Dejó de caer aguanieve y al despejarse el cielo apareció una luminosa media luna flotando entre el resplandor de las estrellas, aunque se estaba formando un cúmulo de nubes por el oeste, sobre el río Severn. Paseé por la muralla temblando.

Y allí me encontré Arturo.

Sabia que vendría y lo deseaba, aunque sentí temor al verle cruzar las dependencias y subir los pocos escalones de madera que llevaban a la baja muralla de tierra y piedra. Al principio no dijo nada, sólo se apoyó en la empalizada y se quedó mirando el lejano destello de fuego que llegaba de Ynys Wydryn. Llevaba puesto el manto blanco, recogido el borde con la mano para no arrastrarlo por el barro. Se había atado los extremos del manto a la cintura justo por encima de la vaina de la espada.

—No voy a interrogarte —dijo por fin, lanzando vaho al aire de la noche—, sobre lo sucedido en los páramos porque no deseo obligar a nadie, y menos a un hombre como tú, a romper un juramento de honor.

—Sí, señor —dije, y me pregunté por qué sabría que estábamos obligados por el juramento de honor hecho aquella negra noche.

—Paseemos juntos. —Me sonrió y señaló con un gesto el pasadizo de la muralla—. El centinela que camina conserva el calor —dijo—. Tengo entendido que eres un buen soldado.

—Lo intento, señor.

—Y tengo noticia de que lo consigues. Así pues, sea enhorabuena. —Guardó silencio al cruzarnos con uno de mis camaradas, que se había acurrucado junto a la empalizada. El hombre me miró al pasar y vi en sus ojos el temor a que traicionara a la tropa de Owain. Arturo se retiró la capucha de la cara. Caminaba a pasos largos y

firmes que me obligaban a apresurarme para mantenerme a su altura—. ¿En qué crees tú que consiste el deber de un soldado, Derfel? —me preguntó, con ese tono tan íntimo que te hacía sentir como si fueras lo más importante del mundo para él.

—En librar batallas, señor —contesté.

—Librar batallas, Derfel —me corrigió, moviendo la cabeza negativamente—, en beneficio de quienes no pueden defenderse por sí mismos. Lo aprendí en Armórica. Este mísero mundo está lleno de gentes débiles, sin poder hambrientas, tristes, enfermas, pobres, y lo más fácil del mundo es despreciar a los débiles, máxime si eres soldado. Si eres guerrero y quieres poseer a la hija de un hombre, te limitas a tomarla; si quieres sus tierras, lo matas; después de todo, eres soldado, tienes lanza y espada, y él no es más que un pobre diablo con un arado roto y un buey enfermo, ¿quién te lo impide? —Era una pregunta que no esperaba respuesta y Arturo siguió andando en silencio. Llegamos a la puerta oriental; una nueva capa de escarcha empezaba a blanquear los escalones de leños que subían a la plataforma. Los subimos hombro con hombro—. La verdad, Derfel, es que somos soldados —dijo al alcanzar la plataforma— porque el débil nos hace soldados. Cultiva el grano que nos alimenta, curte el cuero que nos protege y desmocha los fresnos para fabricar nuestras lanzas. Merece que le ofrezcamos nuestro servicio.

—Sí, señor —dije, y miré con él la planicie que se extendía ante nuestros ojos.

No hacía tanto frío como la noche en que Mordred naciera, pero me pareció más cruda, y el viento acrecentaba la sensación.

—Todas las cosas tienen una razón de ser —prosiguió—, incluso ser soldado. — Me sonrió como disculpándose, aunque no tenía necesidad de hacerlo pues yo bebía sus palabras. Yo había soñado con ser soldado por el alto rango de los guerreros y porque siempre me había parecido mejor manejar la lanza que el rastrillo, pero nunca me había planteado nada más allá de tan egoístas ambiciones. Arturo había profundizado mucho más y traía a Dumnonia una visión clara de adónde habían de llevarle la espada y la lanza—. Tenemos la oportunidad —dijo inclinándose sobre la alta muralla— de hacer una Dumnonia en la que sirvamos a nuestro pueblo. No podemos proporcionarle felicidad ni sé cómo garantizar una buena cosecha que le enriquezca, pero sí sé que somos capaces de darle seguridad, y el hombre que se siente seguro, el hombre que sabe que sus hijos van a crecer sin que se los lleven como esclavos y que el precio de la mano de su hija no quedará por los suelos a causa de la violación de un soldado, está más cerca de la felicidad que el que vive bajo la amenaza de la guerra. ¿Lo consideras justo?

—Sí, señor —dije.

Se frotó las enguantadas manos para hacerlas entrar en calor. Yo las llevaba envueltas en trapos, cosa que dificultaba el manejo de la lanza, sobre todo porque también procuraba librarme del frío guardándomelas bajo la capa. A nuestra espalda,

en el salón del banquete, se oyó un gran clamor de carcajadas. La comida había sido tan mala como era de esperar en un banquete de invierno, pero el vino y el hidromiel habían corrido generosamente, aunque Arturo estaba sobrio igual que yo. Le observé de perfil mientras él miraba las nubes que iban amontonándose en el oeste. La luna arrojaba una sombra sobre su cara alargada que le hacía parecer más huesudo que nunca.

—Odio la guerra —manifestó de pronto.

—¿De verdad? —dije sorprendido, porque entonces yo era joven y me gustaba luchar.

—¡Naturalmente! —replicó con una sonrisa—. Ocurre que se me da bien, quizá también a ti, pero eso sólo significa que debemos utilizarla sabiamente. ¿Sabes lo que sucedió en Gwent el otoño pasado?

—Heristeis a Gorfyddyd —dije con orgullo—; le arrancasteis un brazo.

—En efecto —dijo casi con tono de sorpresa—. Mis caballos son poco útiles en tierras montañosas y para nada sirven en lugares boscosos, de modo que los llevé a las tierras norteñas de Powys, llanas tierras de labor. Gorfyddyd pretendía derrumbar las murallas de Tewdric, de modo que empecé por incendiar los pajares y graneros de Gorfyddyd. Incendiamos y matamos. Lo hicimos bien, pero no porque quisiéramos sino porque era necesario. Y el resultado fue satisfactorio. Así obligamos a Gorfiddyd a abandonar las murallas de Tewdric y volver a las tierras llanas donde mis caballos podían acabar con él. Y así fue. Atacamos al amanecer; luchó bien pero perdió la batalla y el brazo izquierdo, y con eso, Derfel, concluyó la matanza. Sirvió para lo que tenía que servir, ¿lo entiendes? El propósito de la matanza era convencer a Powys de que más les valía estar en paz que estar en guerra con Dumnonia. Y ahora habrá paz.

—¿Habrá paz? —pregunté dubitativo.

La mayoría creíamos que el deshielo primaveral sólo traería un ataque renovado del rencoroso Gorfyddyd, rey de Powys.

—El hijo de Gorfyddyd es un hombre prudente —dijo Arturo—. Se llama Cuneglas y desea la paz, y debemos dar tiempo al príncipe Cuneglas para que convenza a su padre de que perdería algo más que un brazo si fuera a la guerra contra nosotros. Y en cuanto Gorfyddyd esté convencido de que la paz es preferible a la guerra, convocará un consejo al que acudiremos todos y armaremos gran ruido y al final, Derfel, me desposaré con la hija de Gorfyddyd, Ceinwyn. —Me miró fugazmente, como cohibido en cierto modo—. ¡La llaman Seren, la estrella! La estrella de Powys. Dicen que es muy hermosa. —Le agradaba la perspectiva, y no sé por qué, me sorprendió, pero entonces yo no conocía aún la vanidad de Arturo—. Esperemos que sea hermosa como una estrella —prosiguió—, pero hermosa o no, la desposaré e instauraremos la paz en Siluria, y entonces los sajones se enfrentarán a

una Britania unida. Powys, Gwent, Dumnonia y Siluria, abrazadas unas a otras, luchando juntas contra el mismo enemigo y en paz unas con otras.

Me reí, no de él sino con él, pues su ambiciosa predicción fue hecha con gran naturalidad.

—¿Cómo lo sabéis? —pregunte.

—Porque Cuneglas ha hecho una oferta de paz en esos términos, claro está, y tú no debes contárselo a nadie, Derfel; de lo contrario, tal vez no llegara a suceder. Ni siquiera su padre lo sabe aún, de modo que es un secreto entre tú y yo.

—Si, señor —dije, y me sentí inmensamente privilegiado por ser participe de tamaño secreto; pero claro, eso era exactamente lo que Arturo quería que sintiera. Siempre supo manipular a la gente, sobre todo a los jóvenes idealistas.

—Pero ¿de qué sirve la paz si luchamos entre nosotros? —me preguntó—. Tenemos el deber de entregar a Mordred un reino rico y en paz, para lo cual es preciso asentar un reino bueno y justo. —Me miraba de frente y hablaba en voz baja, con entusiasmo en su voz profunda y suave—. La paz es imposible si no respetamos los tratados, y el tratado por el que los hombres de Kernow trabajan en nuestras minas de estaño es bueno. A fe mía que nos engañan, pero todos engañan a la hora de entregar dinero a los reyes, y no es motivo suficiente para matarlos, a ellos, a sus hijos y a sus gatos. Así pues, Derfel, a menos que terminemos ahora con este sin sentido, tendremos guerra y no paz. El rey Mark atacará. No vencerá pero el orgullo hará que sus hombres maten a muchos de nuestros campesinos y que nos veamos obligados a enviar una banda guerrera a Kernow, país, por demás, donde la lucha se hace difícil, aunque ganáramos al final. El orgullo quedaría limpio, pero ¿a qué precio? ¿La vida de trescientos campesinos? ¿Cuántas cabezas de ganado? Por otra parte, sí Gorfyddyd nos viera en guerra en la frontera occidental, procuraría sacar provecho de nuestra debilidad y atacaría por el norte. Podemos imponer la paz, Derfel, pero sólo si poseemos la fuerza necesaria para guerrear. Si nos debilitamos, nuestros enemigos se abatirán sobre nosotros como aves de presa. ¿A cuántos sajones nos habremos de enfrentar el año que viene? ¿Estamos en condiciones de prescindir de hombres para que crucen el Tamar con la misión de matar a un puñado de campesinos de Kernow?

—Señor —dije, presto ya a confesar la verdad; pero Arturo me impuso silencio.

Los guerreros entonaban en el salón la canción de guerra de Beli Mawr, pateaban el suelo de tierra proclamando la gran matanza y celebraban por adelantado otra masacre aún mayor en Kernow.

—No debes decir una palabra de lo sucedido en los páramos —me advirtió Arturo—. El juramento es sagrado incluso para aquellos de entre nosotros que dudamos de la existencia de algún dios capaz de obligar a cumplirlo. Supongamos, simplemente, que la niña de Tristán nos ha contado la verdad. ¿Adónde nos lleva?

—A la guerra con Kernow —respondí sombríamente, con la mirada perdida en la helada noche.

—No —dijo Arturo—. Nos lleva a que, mañana por la mañana, cuando Tristan regrese, alguien tiene que defender la verdad. Según dicen las gentes, los dioses siempre favorecen al hombre honesto en esta clase de enfrentamientos.

Comprendí a qué se refería y moví la cabeza negativamente.

—Tristán no retará a Owain —dije.

—No si posee el sentido común del que parece hacer gala —dijo Arturo—, pero hasta a los dioses les costaría hacer que Tristán triunfara sobre la espada de Owain. De forma que sí deseamos la paz, alguien ha de presentarse como paladín de Tristán. ¿No estoy en lo cierto?

Lo miré horrorizado pensando en las implicaciones de sus palabras.

—¿Vos? —pregunté al cabo.

Arturo se encogió de hombros.

—No se me alcanza qué otro hombre sería capaz —contesto amablemente—, pero podrías ayudarme en una cosa.

—Lo que ordenéis, señor —contesté—, lo que vos ordenéis.

Creo que en ese instante habría consentido incluso en enfrentarme a Owain en su lugar.

—Derfel, el hombre que ha de presentarse a la batalla —me aleccionó con tino— debe saber que su causa es justa. Tal vez sea cierto que los escudos negros irlandeses cruzaron el país portando sus armas sin que nadie los avistara. O tal vez sus druidas les dieran poder para volar. Tampoco sería imposible que mañana los dioses, si es que les interesa, creyeran que lucho por una causa justa. ¿Qué opinas tú?

Hizo la pregunta con la misma inocencia que si hubiera preguntado qué tal tiempo hacía. Me quedé mirándolo fijamente, abrumado por su forma de ser y deseando desesperadamente evitarle el enfrentamiento con el mejor espadachín de Dumnonía.

—¿Y bien? —insistió.

—Los dioses... —dije, pero entonces me trabé, pues Owain había sido bueno conmigo. El paladín no era un hombre honesto, pero se habrían podido contar con los dedos de una mano los hombres honestos que había entre nosotros, y a pesar de que era un bribón yo le apreciaba. Sin embargo, el aprecio que sentía hacia ese hombre tan honesto era muy superior. También me detuve a dilucidar si con mis palabras rompería el juramento o no—. Los dioses os asistirán, señor —dije finalmente.

—Gracias, Derfel —replicó con una sonrisa apagada.

—Pero ¿por qué? —pregunté súbitamente.

Arturo suspiró y volvió a tender la mirada sobre la tierra, iluminada por la luna.

—Cuando Uter murió —dijo tras un largo silencio— la tierra se hundió en el caos. Eso es lo que pasa siempre en las tierras sin rey, y ahora no tenemos rey.

Tenemos a Mordred, cierto, pero no es más que un niño, de forma que alguien tiene que administrar el poder hasta su mayoría de edad. Y ese poder ha de estar en manos de un solo hombre, Derf el, no de tres ni de cuatro ni de diez, sino de uno solo. Cuánto desearía que no fuera así. Créeme, dejaría las cosas como están de todo corazón. Preferiría envejecer contando con Owain como amigo estimado, pero no puede ser. Es necesario conservar el poder para entregárselo a Mordred, y es necesario conservarlo convenientemente, con justicia, y entregárselo intacto, lo cual significa que no podemos permitirnos querellas constantes entre hombres que ambicionan el poder del trono. Un hombre que no es rey ha de serlo, y tendrá que renunciar a los poderes del reino cuando Mordred alcance la mayoría de edad. Y ésa es la misión de los soldados, ¿recuerdas? Luchar por los que no pueden defenderse solos. Y también —añadió con una sonrisa— toman lo que desean, y mañana yo quiero tomar una cosa de Owain. Quiero su honor, y lo tomaré. —Se encogió de hombros—. Mañana lucharé por Mordred y por la pequeña. Y tú, Derfel —me dio con fuerza en el pecho— le buscarás un gatito. —Dio unos enérgicos pisotones en el suelo para hacerlos entrar en calor y luego miró hacia el oeste—. ¿Crees que esas nubes traerán agua o nieve, mañana? —preguntó.

—Lo ignoro, señor.

—Esperemos que sea agua. Bien, tengo entendido que mantuviste una conversación con ese pobre sajón al que mataron para adivinar el futuro. Cuéntamelo, cuanto más sepamos del enemigo, tanto mejor.

Me acompañó hasta el puesto de guardia y escuchó cuanto tenía que decir sobre Cerdic, el nuevo jefe sajón de la costa sur, y después se fue a la cama. Habríase dicho que no le afectaba lo que iba a suceder por la mañana, pero el terror que yo sentía era suficiente para ambos. Me acordé del combate de Owain contra los dos paladines de Tewdric e intenté rezar a las estrellas, que son el hogar de los dioses, pero no las veía porque tenía los ojos llenos de lágrimas.

La noche fue larga y cruelmente fría, pero deseaba que no llegara el alba.

El deseo de Arturo se cumplió, pues al amanecer empezó a llover. La lluvia se transformó enseguida en un intenso aguacero invernal que caía a grises rachas a lo largo de todo el ancho valle entre Caer Cadarn e Ynys Wydryn. Los canales se desbordaron, el agua corría murallas abajo y formaba grandes charcos bajo los aleros de la fortaleza. Por los agujeros de los tejados de paja salía humo y los centinelas encogían los hombros bajo las capas empapadas.

Tristán, que había pasado la noche en la aldea situada al oeste de Caer Cadarn, subió por el embarrado camino de acceso a la fortaleza. Lo acompañaban sus seis guardias y la pequeña huérfana, todos resbalaban en el barro cuando no hallaban a la vera del camino un matorral o un puñado de hierba donde asentar el pie. Las puertas estaban abiertas y ningún centinela cerró el paso al príncipe de Kernow, que entró



chapoteando por el patio embarrado hasta alcanzar la puerta del gran salón.

Tampoco salió nadie a recibirlo. Dentro reinaba un desorden chorreante de humedad: hombres que dormían la borrachera de la víspera entre restos de comida esparcidos por el suelo, perros hambrientos, húmedas ascuas grises y vómitos cuajados entre los juncos del suelo. Tristán despertó a uno de los durmientes de un puntapié y lo mandó en busca del obispo Bedwyn o de cualquier otra persona de autoridad.

—Si es que hay alguien con autoridad en este país —le gritó al hombre que salía.

Bedwin, bien protegido de la furiosa lluvia con su manto, llegó resbalando y avanzando a trompicones por el resbaladizo barro.

—Milord príncipe —saludó entrecortadamente al entrar como un dardo al dudoso resguardo del salón—, os presento mis disculpas. Nos os esperaba a tan temprana hora. Hace un día inclemente ¿no os parece? —Escribió el agua del faldón de su manto—. Aun así, es preferible el agua a la nieve, ¿no opináis lo mismo?

Tristán no contestó.

El silencio del huésped aturulló al obispo.

—¿Un poco de pan, tal vez? ¿Vino caliente? Seguro que ya están cociendo unas gachas.

Echó una ojeada en derredor en busca de alguien a quien enviar a las cocinas, pero los hombres dormían como leños, inamovibles.

—Niñita —dijo, y al inclinarse hacia Sarlinna se le contrajo la cara a causa del dolor de cabeza—, seguro que tienes hambre, ¿verdad?

—Hemos venido a buscar justicia, no comida —terció Tristán secamente.

—¡Bah, si! Claro, claro. —Bedwin se retiró la capucha y dejó al descubierto la tonsurada cabeza; se rascó la barba en busca de un piojo molesto—. Justicia —repitió despistado, y luego asintió vigorosamente—. He meditado la cuestión, lord príncipe, la he meditado profundamente y he tomado la decisión de que la guerra no es cosa deseable. ¿No sois del mismo parecer? —Aguardó, pero la expresión de Tristán no acusó respuesta alguna—. Es puro despilfarro —añadió Bedwin—, y aunque no hallo falta en mí señor Owain, confieso que hemos faltado a nuestro deber de defender a vuestras gentes de los páramos. Y gravemente. Es una falta lamentable y por ello, lord príncipe, si place a vuestro padre, cumpliremos, naturalmente, el pago del sarhaed, aunque no —y al decir estas palabras Bedwin dejó escapar una especie de risita— el de los gatitos.

—¿Y en cuanto al hombre que ejecutó la matanza? —dijo Tristán con una mueca.

—¿Qué hombre? —inquirió Bedwin encogiéndose de hombros—. Nada sé de tal hombre.

—Owain —replicó Tristán—. Que muy probablemente aceptó oro de Cadwy.

—No, no, no —dijo Bedwin negando con la cabeza—. No puede ser. No. Por mi

honor, lord príncipe, que no tengo conocimiento del culpable. —Miró a Tristán con una súplica muda en los ojos—. Mi señor príncipe, me causaría profundo dolor ver a nuestros países en guerra. Os he ofrecido cuanto puedo ofrecer y encargaré oraciones por vuestros muertos, pero no puedo contradecir el juramento de inocencia de un hombre.

—Yo si —terció Arturo.

Se había quedado a la espera tras las cortinas de la cocina, al otro extremo del salón. Entré con él en la estancia, donde su blanco manto resplandeció en la húmeda oscuridad del salón.

—Lord Arturo —exclamó Bedwin parpadeando al verlo.

Arturo pasó entre los durmientes que empezaban a despertar entre gruñidos.

—Bedwin, si el hombre que mató a los mineros de Kernow no recibe su castigo, puede volver a asesinar a su antojo, ¿no os parece?

Bedwin se encogió de hombros, abrió las manos y volvió a encoger los hombros. Tristán frunció el ceño, no atinaba a comprender el sentido de las palabras de Arturo.

Arturo se detuvo junto a uno de los pilares centrales del salón.

—¿Y por qué habría de pagar sarhaed el reino cuando el reino no llevó a cabo la matanza? —preguntó tajante—. ¿Por qué habría de sufrir merma el tesoro de mi señor Mordred a causa de la ofensa de otro?

Bedwin pidió silencio a Arturo con un gesto.

—¡No sabemos quién es el asesino! —repitió.

—Entonces debemos demostrar quién fue —respondió Arturo llanamente.

—¡No podemos hacerlo! —replicó Bedwin irritado—. ¡La voz de la niña no tiene peso ante la ley! Y lord Owain, si es que a él os referís, ha jurado por su honor que es inocente. Su voz si que tiene peso ante la ley, de modo que ¿por qué recurrir a la farsa de un juicio? Su palabra basta.

—Ante un tribunal de palabras, sí —replicó Arturo—, pero también existe el tribunal de las espadas, y por mi espada, Bedwin —hizo una pausa y sacó a Excalibur cuan larga era, que relampagueó a la media luz—, sostengo que Owain, paladín de Dumnonia, ha hecho daño a nuestros parientes de Kernow y que será él, y nadie más, quien lo pague.

Hundió la punta de Excalibur en tierra, atravesando las sucias esteras, y allí la dejó, temblando. Por un segundo me pregunté si los dioses del otro mundo aparecerían de repente para apoyar a Arturo, pero sólo oí el viento, la lluvia y los bostezos de los hombres que se despertaban.

También Bedwin abrió la boca, y por un momento se quedó sin palabras.

—Vos... —logró decir al fin, pero ya no dijo nada más.

Tristán, pálido a la lánguida luz, movió la cabeza negativamente.

—Si ha de producirse enfrentamiento ante el tribunal de espadas —dijo a Arturo

—, permitid que sea yo quien se enfrente.

—Yo lo he dicho primero, Tristán —contestó Arturo sin ceremonias, con una sonrisa.

—¡No! —Bedwin recuperó el habla—. ¡No es posible!

—¿Deseáis recogerla vos, Bedwin? —replicó Arturo refiriéndose a la espada.

—No.

Bedwin, con evidente aflicción, preveía la muerte de la mayor esperanza del reino, pero antes de que pudiera decir nada más, Owain en persona irrumpió por la puerta del salón. Llegó con la larga melaine y la espesa barba mojadas y el pecho desnudo le brillaba por el agua de lluvia.

Pasó la vista de Bedwin a Tristán y a Arturo, y luego a la espada clavada en tierra. Parecía confundido.

—¿Estáis loco? —preguntó a Arturo.

—Mi espada —replicó Arturo gentilmente— sostiene que sois culpable en el asunto entre Kernow y Dumnonía.

—Está loco —dijo Owain a sus guerreros, que se apelotonaban a su espalda.

El campeón tenía los ojos rojos y estaba cansado. Había pasado gran parte de la velada bebiendo y después había maldormido, pero el reto pareció renovarle las fuerzas. Escupió en dirección a Arturo.

—Vuelvo a la cama de esa perra siluria —dijo—, y cuando despierte, quiero que todo esto no sea sino un sueño.

—Sois cobarde, asesino y mentiroso —dijo Arturo con serenidad mientras Owain le daba la espalda para retirarse, y sus palabras dejaron boquiabiertos una vez más a los hombres del salón.

Owain volvió a entrar.

—Mocoso —le dijo a Arturo. Avanzó hasta Excalibur y la tiró al suelo, indicando formalmente que aceptaba el reto—. Pues que tu muerte mocoso, sea parte de mi sueño. Afuera.

Con un cabezazo indicó hacia la lluvia. La pelea no podía celebrarse dentro, so riesgo de maldecir el salón del banquete con una fortuna abominable, de modo que tendrían que enfrentarse bajo la lluvia invernal.

En ese momento toda la fortaleza se puso en pie. Muchos de los que vivían en Lindinis habían pernoctado en Caer Cadarn y las dependencias bullían con el revuelo de los que iban despertándose para presenciar el combate. Allí estaban Lunete, Nimue y Morgana. Caer Cadarn en pleno se apresuró a acudir al duelo, que se celebraría en el real círculo de piedra, tal como exigía la tradición. Agrícola, con el manto rojo sobre su soberbia armadura romana, se situó entre Bedwin y el príncipe Gereint, mientras el rey Melwas, con un trozo de pan en la mano, observaba con ojos muy abiertos, flanqueado por su guardia. Tristán se encontraba en el extremo opuesto

del círculo, donde yo también me coloqué. Al verme allí, Owain supuso que lo había traicionado. Me amenazó a gritos diciendo que yo seguiría a Arturo al otro mundo, pero Arturo anunció que mi vida estaba bajo su protección.

—¡Ha roto el juramento! —gritó Owain señalándome.

—Por mi honor —replicó Arturo— que no ha faltado a su palabra.

Se quitó el manto blanco y, tras doblarlo cuidadosamente, lo posó en una de las piedras. Vestía calzones, botas y un fino jubón de cuero sobre una camisa de lana. Owain llevaba el torso desnudo. Sus calzones tenían un entrecruzado de cuero y sus botas eran enormes y tachonadas con clavos. Arturo se sentó en la piedra y se descalzó, pues prefería luchar con los pies desnudos.

—Esto no es necesario —le dijo Tristan.

—Tristemente —respondió Arturo; se puso en pie y sacó a Excalibur de su vaina.

—¿Recurrís a vuestra arma mágica, Arturo? —dijo Owain jactanciosamente—. Tenéis miedo de luchar con un arma mortal ¿verdad?

Arturo enfundó a Excalibur y la dejó sobre el manto.

—Derfel —me dijo volviéndose hacia mí—, ¿llevas la espada de Hywel?

—Si, señor.

—¿Me la prestas? —preguntó—. Prometo devolvértela.

—Procurad conservar la vida para devolvérmela, señor —dije sacando a Hywelbane de la vaina; se la pasé ofreciéndole la cruz.

Arturo la tomó y me dijo que corriera al salón a buscar un puñado de ceniza arenosa y cuando volví, frotó con ella el mango de cuero engrasado de la empuñadura.

Se dirigió a Owain.

—Lord Owain —dijo cortésmente—: preferís luchar tras haber descansado, no me importa esperar.

—¡Mocoso! —le espetó Owain—. ¿Seguro que no deseas ponerte el traje de pez?

—Se oxida con la lluvia —respondió Arturo con gran calma.

—Un soldado para el buen tiempo —se burló Owain, y batió el aire dos veces con su larga espada. En la línea de escudos prefería batirse con espada corta, pero fuera cual fuera el arma que empuñara, Owain era de temer—. Estoy dispuesto, mocoso —dijo.

Me quedé con Tristán y sus soldados y Bedwin hizo un último e inútil intento de evitar el enfrentamiento. Nadie ponía en duda el resultado. Arturo era alto, pero delgado en comparación con la descomunal musculatura de Owain, y nadie le había visto jamás perder un combate. No obstante, Arturo parecía extraordinariamente dueño de sí mismo de pie en su sitio, el lado occidental del círculo, y se encaró a Owain, situado cuesta arriba, en el lado oriental.

—¿Os sometéis al dictamen del tribunal de espadas? —preguntó Bedwin a los

dos hombres, y ambos asintieron con un gesto.

—Entonces, que Dios os bendiga y que Dios permita el triunfo de la verdad — dijo Bedwin.

Hizo la señal de la cruz y, con rostro apesadumbrado, salió del círculo.

Owain, tal como esperábamos, se lanzó contra Arturo, pero a la mitad del círculo, justo al lado de la real piedra, resbaló en el barro y Arturo cargó súbitamente. Yo esperaba que Arturo luchara con calma, empleando las enseñanzas de Hywel, pero esa mañana, bajo la lluvia torrencial, vi la transformación que Arturo sufría en la batalla. Se convertía en un demonio. Vertía toda su energía en un solo objetivo: la muerte, y se arrojó sobre Owain con mandobles imponentes y veloces que hacían retroceder constantemente al gran hombre. Las espadas entrechocaban secamente. Arturo escupía a Owain y lo insultaba, se burlaba sin dejar de hender el aire una y otra vez con el filo de la espada sin proporcionar a Owain un resquicio por donde pudiera recuperar terreno.

Owain luchaba bien. Nadie sino él habría resistido semejante asalto asesino. Sus botas resbalaban en el barro y en más de una ocasión tuvo que defenderse de rodillas del ataque de Arturo, pero siempre lograba ponerse de nuevo en pie aunque hubiera de retroceder más aún. La cuarta vez que resbaló comprendí en parte la confianza de Arturo. Había dicho que prefería la lluvia porque hacía inseguro el terreno, y creo que sabía que Owain estaría embotado y cansado por la fiesta de la víspera. Pero ni aun así lograba traspasar su escurridiza guardia, aunque, eso sí, logró llevar al campeón limpiamente hasta el lugar donde aún se veía la sangre de Wlenca, una mancha oscura en el barro empapado.

Y allí, junto a la sangre del sajón, cambió la suerte de Owain. Arturo resbaló y pudo recuperarse, pero ese breve titubeo era la oportunidad que Owain necesitaba. Se abalanzó con la velocidad del látigo. Arturo lo esquivó, pero la espada de Owain atravesó el jubón de cuero y derramó, de la cintura de Arturo, las primeras gotas de sangre del combate. Arturo volvió a esquivarlo dos veces más, y a la segunda hubo de retroceder ante los rápidos y contundentes ataques que habrían alcanzado el corazón de un buey. Los hombres de Owain gritaban apoyando a su señor y el campeón, que ya olía la victoria, quiso abalanzarse sobre Arturo con todo el peso de su cuerpo para tumbarlo en el barrizal aprovechando la menor corpulencia de su

opponente, pero Arturo esperaba dicha maniobra y, haciéndose a un lado hacia la real piedra, lanzó un contragolpe de espada que abrió a Owain un tajo en el cráneo. La herida, como todas las del cuero cabelludo, sangraba copiosamente, de modo que la sangre empezó a apelmazarse en los cabellos de Owain y a gotear por la ancha espalda del guerrero para terminar diluida en la lluvia. Sus hombres enmudecieron.

Arturo saltó desde la piedra atacando de nuevo y Owain volvió a ponerse a la defensiva. Los dos jadeaban, los dos estaban salpicados de barro y sangre y

demasiado cansados para seguir escupiéndose insultos. La lluvia les empapó el cabello, que les caía en largas guedejas empapadas, y Arturo siguió dando mandobles a diestra y siniestra con la misma velocidad con que abriera el combate. Tan rápido era que Owain no atinaba sino a parar los golpes. Me acordé de la sarcástica descripción que me hiciera Owain del estilo de Arturo con la espada, cuchillada va, cuchillada viene, como el segador que se apresura antes de que llegue el mal tiempo. Una sola vez, una sola, traspasó Arturo la guardia de Owain con la espada, pero el golpe fue esquivado en parte y su ímpetu quedó, por tanto, menguado; los férreos aros de guerrero de la barba de Owain detuvieron el embate. Owain liberó la hoja y volvió a cargar contra Arturo para tirarlo al suelo bajo el peso de su cuerpo. Ambos cayeron y por un segundo pareció que Owain fuera a atrapar a Arturo, pero éste logró zafarse y ponerse de nuevo en pie.

Aguardó a que Owain se levantara también. Los dos respiraban a grandes bocanadas y se quedaron mirándose unos momentos, sopesando las posibilidades, hasta que Arturo atacó otra vez. Balanceaba el arma sin parar, como al principio, y Owain paraba los ciegos golpes indefectiblemente, hasta que Arturo resbaló por segunda vez. Lanzó un grito de terror al que Owain respondió con otro de victoria, al tiempo que echaba el brazo atrás para asestarle el golpe definitivo. Entonces Owain comprobó que Arturo no había resbalado sino que lo había fingido, para que él abriera la guardia al ataque que ahora lanzaba Arturo. Fue la primera estocada del combate, y la última. Owain estaba de espaldas a mí y yo, que me tapaba los ojos en parte para no ver la muerte de Arturo, vi ante mí la brillante punta de Hywelbane asomando limpiamente por la espalda ensangrentada de Owain. La estocada de Arturo atravesó al paladín de parte a parte. Owain quedó como petrificado, sin fuerza de pronto en el brazo armado. Después, de su mano yerta, cayó la espada al barro.

Arturo dejó Hywelbane un segundo, un latido de corazón, en la entrañas de Owain, y después, con un esfuerzo tremendo que requirió el empuje de todos los músculos de su cuerpo, hizo girar la hoja y la desclavó. Gritó al arrancar el acero de entre la carne de Owain, gritó cuando el filo venció la succión de los tejidos y rasgó tripas, músculos, piel y carne, y gritó una vez más al sacar la espada a la gris luz del día. Tanta fue la fuerza necesaria para arrancar el acero del corpulento cuerpo de Owain que la espada siguió su despliegue en un arco extraño esparciendo sangre hasta mucho más allá del embarrado y pisoteado círculo de piedras.

Mientras tanto, Owain, con expresión de incredulidad y las tripas fuera, caía al suelo.

Entonces Hywelbane golpeó una sola vez el cuello del paladín.

Y en Caer Cadern se hizo el silencio.

Arturo se alejó del cadáver y giró en el sentido del sol mirando uno por uno los rostros de los presentes. El suyo era como de piedra, sin el menor rastro de bondad;

era la cara del luchador que triunfa. Un rostro terrible, con un rictus de odio en la gran mandíbula que dejó atónitos, por el cambio que en él se operó, a aquellos de entre nosotros que sólo conocíamos a Arturo como hombre concienzudamente reflexivo.

—¿Alguno entre los presentes —dijo en voz alta— se opone a la sentencia?

Nadie se opuso. Todos los mantos goteaban bajo la lluvia y el agua diluía la sangre de Owain. Arturo se acercó a los lanceros del paladín.

—Ahora es el momento de vengar a vuestro señor —dijo escupiéndoles las palabras—; de lo contrario, sois míos a partir de este momento. —Ninguno osó mirarlo siquiera, de modo que se alejó de ellos, pasó sobre el señor caído y se dirigió a Tristán—. ¿Kernow acepta la sentencia, lord príncipe?

—Sí, señor —respondió Tristán con el rostro pálido.

—El sarhaed —decretó Arturo— se satisfará a costa de las propiedades de Owain. —Se dirigió nuevamente a los guerreros—. ¿Quién está ahora al mando de los hombres de Owain?

Griffid ap Annan se adelantó con nerviosismo.

—Yo, señor.

—Ven dentro de una hora a recibir mis órdenes. Y si alguno de tus hombres toca a Derfel, mi camarada, todos vosotros arderéis en un pozo de fuego.

Todos prefirieron bajar los ojos en vez de enfrentarse a su mirada.

Arturo quitó la sangre de la espada con un puñado de barro y me la pasó.

—Sécala bien, Derf el.

—Sí, señor.

—Y gracias. Una buena espada. —Cerró los ojos de pronto—. Dios me asista —dijo—, pero he pasado un buen rato. Bien —añadió, y abrió los ojos—, he cumplido mi parte, ¿y tú?

—¿Yo? —dije, y me quedé con la boca abierta.

—El gatito —dijo con tono paciente—, para Sarlinna.

—Tengo uno, señor —dije.

—Pues ve a buscarlo —dijo— y vuelve al salón para almorzar. ¿Tienes mujer?

—Sí, señor.

—Dile que mañana nos vamos después de terminado el consejo.

Me quedé mirándolo sin dar crédito a la suerte que tenía.

—¿Eso significa que...? —balbucí.

—Ciertamente —me interrumpió, impaciente—, a partir de ahora entras a mi servicio.

—¡Sí, señor! —exclamé—. ¡Sí, señor!

Recogió su espada, el manto y las botas, tomó a Sarlinna de la mano y se alejó del rival al que había dado muerte.

Y yo había encontrado a mí señor.



Lunete no deseaba trasladarse a Corinium, donde Arturo pasaba el invierno con sus hombres. No quería separarse de sus amigos, y además, añadió como improvisadamente, estaba encinta. Recibí la noticia con incredulidad y en silencio.

—Así que ya lo sabes —me reprochó—, espero un hijo y no puedo viajar. No tenemos obligación de ir. Aquí vivíamos bien. Owain era un buen señor, pero tuviste que echarlo todo a perder. ¿Por qué no te vas solo? —Estaba acucillada junto al hogar de la cabaña, aprovechando el poco calor que proporcionaban las débiles llamas—. Te odio —dijo, y trató, en vano, de quitarse el anillo de prometida.

—¿Esperas un hijo? —pregunté atónito.

—¡Tal vez no sea tuyo siquiera! —exclamó a gritos; dejó de martirizarse el hinchado dedo del anillo y, a modo de misiva, en vez del anillo me arrojó una astilla.

La esclava suspiró amargamente al fondo de la cabaña y Lunete le tiró un leño para que se callara.

—Pero tengo que ir —dije—, tengo que ir con Arturo.

—¿Abandonándome a mi? —replicó a voces—. ¿Quieres que me convierta en una prostituta? ¿Es eso lo que pretendes?

Me lanzó otra astilla y renuncié a la pelea. Era el día siguiente al duelo de Arturo y Owain y habíamos vuelto todos a Lindinis, donde Arturo convocaría al consejo de Dumnonia para celebrar reunión en la villa; por ese motivo rondaba por las cercanías de la casa romana gran número de peticionarios con sus familiares y amigos, aguardando impacientes a que se abrieran las puertas. En la parte de atrás, donde antaño se hallara el jardín, se apiñaban armerías y arsenales. Allí precisamente aguardábanme apostados los guerreros de Owain. Bien supieron escoger el lugar de la emboscada, pues los acebos lo ocultaban a la vista de los edificios cercanos. Eché a andar por el camino acompañado de las imprecaciones de Lunete, que seguía llamándome traidor y cobarde a voz en grito.

—Bien te conoce tu mujer, sajón —dijo Griffid ap Annan, y me escupió.

Sus hombres me cerraron el paso. Había al menos una docena de lanceros, todos antiguos camaradas, mirándome con hostilidad. Por más que Arturo me hubiera tomado bajo su protección, nadie sabría jamás cómo había terminado muerto en el barro, en ese rincón oculto a las ventanas de la villa.

—Faltaste al juramento —dijo Griffid acusadoramente.

—No es cierto —me defendí.

Minac, un viejo guerrero cargado de collares y brazaletes de oro que Owain le había dado, enristró la lanza.

—No te preocupes por tu mujer —dijo con retorcida intención—, somos muchos los que sabemos cuidar de las viudas jóvenes.

Saqué a Hywelbane. A mi espalda habían empezado a congregarse mujeres, que salían de las cabañas a presenciar la venganza de sus hombres por la muerte de su señor. Lunete también estaba, y me insultaba como las demás.

—Hemos hecho otro juramento —dijo Minac—, pero no somos como tú; nosotros somos fieles a nuestra palabra.

Avanzó por el camino con Griffid a su lado. Apiñáronse los demás lanceros tras sus jefes, en tanto las mujeres se me aproximaban más y más por detrás; algunas incluso dejaron ruelas y husos, de los que nunca se desprendían, y empezaron a arrojar piedras para obligarme a avanzar hacia la lanza de Griffid. Sopesé la espada, todavía mellada en el filo por la lucha de Arturo contra Owain, y pedí a los dioses que me concedieran una muerte digna.

—Sajón —me increpó Griffid, con el peor insulto que se le ocurrió. Avanzaba muy despacio, pues conocía mi destreza con la espada—. Sajón, traidor —dijo, y reculó al punto, pues una piedra cayó en el barro entre él y yo.

Miró más allá de donde yo estaba y de pronto sintió miedo y humilló la punta de la lanza.

—Vuestros nombres —oí sisear a Nimue tras de mí— están escritos en la piedra. Griffid ap Annan, Mapon ap Ellchyd, Minac ap Caddan...

Pronunció los nombres completos de los lanceros y, con cada nombre, escupía hacia la piedra maldita que había lanzado por lo alto al medio del camino. Bajaron las lanzas.

Me hice a un lado para dar paso a Nimue. Llevaba un manto negro con capucha; su rostro quedaba en la sombra y, de la sombra, salía un brillo malévolo, el del ojo de oro. Se detuvo a mí lado; de súbito, dio media vuelta y señaló con una vara adornada de muérdago a las mujeres que antes arrojaban piedras.

—¿Queréis ver a vuestros hijos convertidos en ratas? —les increpó—. ¿Queréis que se os agrie la leche en los senos y que la orína os queme como el fuego? ¡Idos!

Las mujeres cogieron a los niños y huyeron a refugiarse en las cabañas.

Griffid sabía que Nimue era la amada de Merlín y que participaba del poder del druida, y temblaba de miedo por la maldición que podía echarle.

—Os lo ruego —dijo, cuando Nimue lo miró de frente.

Pasó junto a la lanza humillada y propinó a Griffid un sonoro golpe con la vara.

—¡Al suelo! —ordenó—. ¡Todos al suelo! ¡Tumbaos boca abajo! ¡Tumbaos! —Golpeó a Minac—. ¡Al suelo! —Se tumbaron de cara al suelo y Nimue les pisó la espalda uno por uno, con paso leve pero aplastándolos bajo el peso de una maldición terrible—. Vuestra muerte está en mis manos —les dijo—, vuestras vidas me pertenecen. Vuestros espíritus son mis juguetes. Cada mañana al despertaros daréis gracias por mi clemencia, y cada anochecer rogaréis por que vuestro sucio rostro no aparezca en mis sueños. Griffid ap Annan: jura lealtad a Derfel. Besa su espada. ¡De

rodillas, mal nacido! ¡De rodillas!

Me opuse a que esos hombres me juraran lealtad, pero Nimue se volvió iracunda hacia mí y me ordenó presentar la espada. Entonces, uno a uno, con terror y barro en la cara, mis antiguos compañeros se acercaron de rodillas a besar la punta de Hywelbane. El juramento no me otorgaba derechos de señorío sobre ellos, pero les prohibía atacarme so riesgo de perder el alma, pues Nimue les advirtió que si faltaban al juramento, sus almas quedarían condenadas a vagar eternamente en la oscuridad del más allá sin encontrar nunca otro cuerpo para volver a esta tierra verde y luminosa. Uno de ellos, que era cristiano, se enfrentó a Nimue y le dijo que el juramento no significaba nada, pero le falló el valor cuando Nimue, tras arrancarse el ojo de oro de la órbita, lo tendió hacia él musitando una maldición; el lancero, aterrorizado hasta lo indecible, cayó de rodillas y besó mi espada como los demás. Una vez prestado el juramento, Nimue ordenó a los hombres que se tumbaran otra vez en el suelo; se colocó el ojo de oro en su sitio y nos marchamos dejándolos en el barro.

Subimos por el camino hasta que nos perdieron de vista, y Nimue se reía.

—¡Cuánto me he divertido! —exclamó; por un momento su voz vibró de picardía infantil, como antaño—. Ha sido divertido en verdad. ¡Cuánto odio a los hombres, Derfel!

—¿A todos?

—A los que se visten de cuero y llevan lanzas —dijo con un estremecimiento—. A ti no, pero a los demás, los odio. —Volvió la cara y escupió en el suelo—. Mucho deben de reírse los dioses de tan míseros gallitos de corral. —Se retiró la capucha y me miró—. ¿Quieres que Lunete te acompañe a Corinium?

—Juré que la protegería —contesté cariacontecido—, y me ha dicho que espera un hijo.

—¿Eso significa que deseas conservarla a tu lado?

—Sí —dije, queriendo decir no.

—Creo que eres un insensato, Derfel. Lunete hará lo que yo le diga. Pero a ti Derfel, te digo que si no la dejas ahora, te dejará ella en su momento. —Me detuvo por el brazo. Nos habíamos acercado a la entrada de la villa, donde los peticionarios aguardaban audiencia con Arturo—. ¿Sabes una cosa? —me preguntó en voz baja—. Arturo tiene intención de dejar a Gundleus en libertad.

—No. —La noticia me impactó.

—Sí. Cree que Gundleus mantendrá la paz a partir de ahora, y que es el más indicado para reinar en Siluria. No lo dejará en libertad sin el consentimiento de Tewdric, de modo que la rehabilitación no será inmediata, pero cuando sea realidad, Derfel, lo mataré. —Hablaba con la drástica sencillez de la verdad. La ferocidad le prestaba una belleza que la naturaleza le había negado. Miraba a lo lejos, por encima

de la tierra húmeda y fría, hacia la lejana prominencia de Caer Cadarn—. Arturo sueña con la paz —añadió—, pero jamás habrá paz. ¡Jamás! Britania es un potaje puesto al fuego, Derfel, y Arturo lo removerá hasta el horror.

—Te equivocas —dije, fiel a mi señor.

Nimue respondió a mis palabras con una sonrisa burlona y después, sin decir más, dio media vuelta y desanduvo lo andado, en dirección a las cabañas de los guerreros.

Me abrí camino hasta la villa entre la multitud. Arturo levantó los ojos al verme entrar, me saludó sin ceremonias y volvió su atención al hombre que se quejaba de que su vecino había movido las piedras que señalaban la linde de sus tierras. Bedwin y Gereint compartían mesa con Arturo mientras que Agrícola y el príncipe Tristán permanecían de pie a un lado como montando guardia. Había cierto número de consejeros y magistrados sentados en el suelo, que, curiosamente, estaba caliente gracias a un sistema romano consistente en dejar un espacio vacío bajo el suelo, el cual se llenaba de aire caliente gracias a un horno. Por entre las rendijas se escapaban algunos hilillos de humo que quedaban flotando en la espaciosa estancia.

Escuchaban a los peticionarios por turno y se impartía justicia. La mayoría de los casos habrían podido ser atendidos en la corte de magistrados de Lindinis, situada a unos cien pasos de la villa, pero el pueblo, sobre todo los campesinos paganos, creían que las decisiones tomadas en el real consejo tenían más peso que los juicios de un jurado instituido por los romanos; por ese motivo guardaban sus disputas y contiendas hasta que se anunciaba la próxima celebración de dicho consejo. Arturo, en representación del infante Mordred, los atendía con paciencia, pero se alegró de que llegara el momento del asunto más importante del día. Dicho asunto consistía en desenredar la maraña de cabos sueltos producto de la pelea de la víspera. Los guerreros de Owain pasaron a manos del príncipe Gereint, con la expresa recomendación de Arturo de que los repartieran entre tropas diferentes. Un capitán de Gereint llamado Llywarch fue nombrado sucesor de Owain en el cargo de comandante de la guardia real. A un magistrado le fue encomendada la tarea de hacer recuento de los bienes de Owain y enviar a Kernow la parte debida en concepto de sarhaed. Advertí la brusquedad con que Arturo conducía los asuntos, mas no sin dejar de conceder siempre a cada uno la ocasión de expresar su opinión. Tal proceder podía llevar a discusiones interminables, pero Arturo poseía el don de comprender rápidamente asuntos complicados y proponer soluciones que a todos satisfacían. Por otra parte, a Gereint y a Bedwin les complacía que Arturo se hubiera asignado el primer puesto. Bedwin había depositado en la espada de Arturo todas sus esperanzas en lo tocante al futuro de Dumnonía y era, pues, su más firme partidario; por otra parte, Gereint, como sobrino de Uter, habría podido rivalizar con él, pero el príncipe carecía de la ambición de su tío y aceptaba de buen grado la disposición de Arturo para asumir la responsabilidad del gobierno. Dumnonia ya tenía un nuevo paladín del

rey, Arturo ap Uter, y el alivio general se dejaba sentir en el ambiente.

Se ordenó al príncipe Cadwy de Isca que contribuyera al pago del sarhaed debido a Kernow. Se opuso a tal decisión, pero temblando ante la ira de Arturo, se avino dócilmente a satisfacer una cuarta parte del precio reclamado por Kernow. Sospecho que a Arturo le habría agradado infligir más oneroso castigo, pero yo estaba obligado por mi honor a no revelar la complicidad de Cadwy en el ataque a los páramos, y era yo el único que podía demostrarlo; así pues, Cadwy se libró de un castigo mayor. El príncipe Tristán aprobaba las decisiones de Arturo con gestos de asentimiento.

El asunto siguiente fue disponer el futuro de nuestro rey. Hasta el momento Mordred había vivido en casa de Owain, de modo que necesitaba un nuevo hogar. Bedwin propuso a un hombre llamado Nabur, jefe de los magistrados de Durnovaría. Un consejero elevó su protesta al punto, alegando que Nabur era cristiano.

Arturo golpeó la mesa para poner fin a una amarga discusión antes de que se produjera.

—¿Nabur se halla presente? —pregunto.

Un hombre de gran estatura se puso en pie al fondo de la sala.

—Yo soy Nabur. —Estaba bien afeitado y vestía toga romana— Nabur ap Lwyd —dijo presentándose formalmente.

Era joven, tenía el rostro estrecho, la expresión grave y profundas entradas en el pelo que le hacían parecer un obispo o un druida.

—¿Tenéis hijos, Nabur? —preguntó Arturo.

—Tres hijos vivos, señor. Dos varones y una niña. La niña es de la edad de nuestro señor Mordred.

—¿Hay druida o bardo en Durnovaría?

—Derella el bardo, señor.

Arturo consultó a Bedwin, el cual asintió, y luego se dirigió de nuevo a Nabur.

—¿Aceptaríais haceros cargo de la custodia del rey?

—Sería un honor, señor.

—Podéis enseñarle vuestra religión, Nabur ap Lwyd, pero sólo en presencia de Derella, el cual será tutor del niño a partir de los cinco años de edad. Recibiréis del tesoro la mitad de los emolumentos correspondientes a un rey y mantendréis una guardia permanente de veinte hombres para proteger a nuestro señor Mordred. Responderéis de su vida con vuestra alma y las de toda vuestra familia. ¿Estáis de acuerdo?

Nabur palideció al oír que pagaría con la vida de sus hijos y su esposa cualquier cosa que le sucediera a Mordred; mas con todo, aceptó la responsabilidad, pues la ganancia no era despreciable: un puesto muy cercano al centro del poder de Dumnonía, a cambio de asumir la custodia del rey.

—Acepto, señor —dijo.

El último asunto del día fue decidir la suerte de Ladwys, esposa y amada de Gundleus y esclava de Owain. Encaróse a Arturo con aire de desafío al ser conducida a la sala.

—En el día de hoy —le dijo Arturo—, parto hacia Corinium, donde vuestro esposo permanece cautivo. ¿Deseáis acompañarme?

—Y sufrir mayor humillación a manos vuestras —dijo Ladwys.

Owain, a pesar de su brutalidad, no había logrado quebrantar el ánimo de la mujer.

Arturo frunció el ceño ante tono tan hostil.

—Para que os reunáis con él, señora —replicó Arturo amablemente—. La prisión que sufre vuestro esposo no es dura, disfruta de una casa como ésta, aunque debo admitir que bajo vigilancia. Podéis vivir con él en paz y en privado, si así lo deseáis.

A Ladwys se le escaparon unas lágrimas.

—Acaso no me quiera ya. He sido mancillada.

—No puedo hablar por Gundleus —dijo Arturo encogiendo los hombros—, sólo pido vuestra decisión. Si preferís permanecer aquí, podéis hacerlo. La muerte de Owain os deja en libertad.

Tamaña generosidad pareció desconcertarla, pero logró hacer un gesto de asentimiento.

—Iré, señor.

—Bien. —Arturo se levantó, llevó la silla a un lado de la habitación e invitó cortésmente a Ladwys a tomar asiento. Después, se dirigió a la asamblea de consejeros, lanceros y jefes—. Debo deciros una cosa, una sola, pero habréis de entenderla bien y transmitirla a vuestros hombres, a vuestras familias, a vuestras tribus y a todo vuestro linaje. Nuestro rey es Mordred y sólo Mordred; a él debemos lealtad y a él sometemos la espada. En los años venideros el reino habrá de enfrentarse a sus enemigos, como todos los reinos, y habrá necesidad de tomar grandes decisiones; cuando dichas decisiones sean tomadas, algunos de entre vosotros murmurarán que usurpo el poder real. Es posible que lleguéis a pensar que me tienta el poder del trono. Así pues, ahora, ante todos vosotros, ante nuestros amigos de Gwent y de Kernow —hizo una inclinación hacia Agrícola y Tristán— juro por lo que cada cual tenga por más sagrado que pondré el poder que me concedéis al servicio de un único fin, cual es ver el instante en que Mordred tome el reino de mis manos tan pronto como cumpla la edad exigida. Así lo juro —concluyó abruptamente.

Prodújose cierta agitación en la sala. Hasta el momento nadie había reparado en que Arturo se había hecho rápidamente con el poder de Dumnonia. El hecho de verlo sentado a la mesa con Bedwin y el príncipe Gereint parecía indicar que los tres detentaban igual poder, mas el discurso de Arturo proclamaba que uno, y sólo uno, se

hallaba por encima de los demás; Bedwin y Gereint apoyaban la decisión de Arturo con su silencio. Ni el uno ni el otro quedaban privados de su poder sino que, a partir de ese momento, lo ejercerían a gusto de Arturo, cuyo decreto consistió en que Bedwin continuara como árbitro de disputas en el reino y Gereint defendiera la frontera sajona, mientras que Arturo iría al norte a enfrentarse a las fuerzas de Powys. Yo sabía, y tal vez Bedwin también, que Arturo tenía grandes esperanzas de paz con el reino de Gorfyddyd, pero hasta el momento de asegurar dicha paz, continuaría en pie de guerra.

Aquella misma tarde una gran compañía partió hacia el norte. A la cabeza iban Arturo, acompañado de sus dos guerreros y su sirviente Hygwydd, y Agrícola con sus hombres. Morgana, Ladwys y Lunete viajaban en carreta y yo caminaba junto a Nimue. Lunete había sucumbido a la ira de Nimue. Pasamos la noche en el Tor y contemplé los grandes trabajos de Gwlyddyn. La empalizada nueva estaba en pie y la torre comenzaba a levantarse sobre los cimientos de la anterior. Ralla estaba encinta. Pelinor no me reconoció, sólo andaba de un lado a otro en la nueva jaula como si montara guardia y gritara órdenes a unos lanceros invisibles. Druidan se comía a Ladwys con los ojos. Gudovan el escribano me enseñó la tumba de Hywel, situada al norte del Tor y luego condujo a Arturo al sagrario del Santo Espino, donde reposaban los restos de santa Norwenna, muy cerca del arbusto milagroso.

A la mañana siguiente me despedí de Morgana y de Nimue. El cielo estaba azul de nuevo, el viento era frío y partimos rumbo al norte con Arturo.

Mi hijo nació en primavera y murió al tercer día. Pasaba el tiempo pero yo continuaba viendo su pequeño rostro arrugado y enrojecido y se me llenaban los ojos de lágrimas con el recuerdo. Parecía tan sano... Mas una mañana, envuelto en pañales y colgado en la pared de la cocina para que no lo rozaran los perros ni los lechones, murió sin más. Lunete lloró, como yo, y me acusó de la muerte del pequeño diciendo que el aire de Corínium era mortal, aunque en realidad, ella se encontraba a gusto en la ciudad. Eran de su agrado los limpios edificios romanos y nuestra pequeña casa de ladrillo, situada en una calle empedrada; extrañamente, había trabado amistad con Ailleann, la amada de Arturo, y con sus dos hijos gemelos Amhar y Loholt. Me gustaba Ailleann, pero los dos niños era auténticos diablos. Arturo todo se lo consentía, tal vez se sintiera culpable de que ellos, igual que él, no fueran hijos legítimos con derecho a ser sus herederos, sino simples bastardos que tendrían que labrarse el porvenir por si solos en este mundo cruel. Jamás vi que recibieran castigo alguno, excepto en una ocasión en que los sorprendí metiendo un cuchillo a un perrito en los ojos, y los azoté a los dos. Habían cegado al perrito y decidí, por su bien, darle muerte inmediatamente. Arturo me dio la razón pero me advirtió que no me incumbía azotar a los niños. Sus guerreros me aplaudieron y creo que Ailleann aprobó mi acción.

Grande era la pesadumbre de Ailleann por aquellos días, pues sabía que sus días como compañera de Arturo estaban contados; su compañero se había convertido en el hombre más poderoso del más poderoso reino de Britania y habría de contraer matrimonio con una mujer que reforzara su poder. Yo sabía que la candidata era Ceinwyn, estrella y princesa de Powys, y tengo para mí que Ailleann no lo ignoraba. Ella deseaba regresar a Benoic, pero Arturo no consentiría que sus preciados hijos abandonaran el país. Ailleann sabía que Arturo jamás la dejaría morir de hambre, como tampoco haría una desgraciada a su real esposa manteniéndola a ella a su lado. A medida que la primavera vestía los árboles de hojas y la tierra de flores, su tristeza se hacía más y más honda.

Los sajones atacaron en primavera, pero Arturo no acudió a la guerra. El rey Melwas defendía la frontera sur desde Venta, la capital, y las bandas guerreras del príncipe Gereint se lanzaron desde Durocbrivis contra las levassajonas del temido rey Aelle. Las fuerzas de Gereint hubieron de afrontar la peor parte de la guerra y Arturo envió refuerzos, treinta caballeros al mando de Sagramor, con lo cual se inclinó la balanza a nuestro favor. Supimos que los sajones de Aelle tomaron al negro Sagramor por un monstruo enviado desde el reino de la noche y que, careciendo de hechiceros y espadas para enfrentarse a él, optaron por la retirada. Tanto obligó a retroceder el guerrero numidio a los hombres de Aelle que ensanchó la vieja frontera en un día de jornada, marcándola con una fila completa de cabezas sajonas. Se adentró mucho en Lloegyr, e incluso en una ocasión llevó a sus caballeros hasta Londres, la ciudad más importante en tiempos romanos, aunque en esos momentos estaba en decadencia, con las murallas derruidas. Los britanos que allá sobrevivían, según palabras de Sagramor, eran apocados y le rogaron que no amenazara la frágil paz que habían establecido con los caciques sajones.

Seguíamos sin noticias de Merlín.

Aguardamos en Gwent el ataque de Gorfyddy, pero en vez de tal ataque llegó un mensajero a caballo desde la capital, situada en Caer Sws, y dos semanas después Arturo se dirigió hacia el norte al encuentro del rey enemigo. Fui con él y once guerreros más, todos armados de espadas pero sin escudos ni lanzas. Ibamos en misión de paz, Arturo estaba emocionado por la perspectiva. Con nosotros venía Gundleus de Siluria y primero nos dirigimos hacia el este, a la capital de Tewdric, Burríum, una ciudad amurallada del tiempo de los romanos donde abundaban las armerías y el apestoso humo de las fraguas de los herreros; desde allí seguimos hacia el norte acompañados por Tewdric y sus hombres. Agrícola se hallaba en la guerra, defendiendo la frontera de Gwent contra los sajones, y Tewdric, igual que Arturo, tomó sólo una reducida guardia para que lo acompañara, aunque llevó también a tres sacerdotes, Sansum entre ellos, el curilla iracundo de negra tonsura a quien Nimue había bautizado con el nombre de Lughtigern, señor de los ratones.



Componíamos un grupo variopinto. Los hombres de Tewdric llevaban uniforme romano y manto rojo y los de Arturo, las nuevas capas verdes regaladas por su señor. Viajábamos bajo el palio de cuatro enseñas: el dragón de Mordred en representación de Dumnonia, el oso de Arturo, el zorro de Gundleus y el toro de Tewdric. Ladwys cabalgaba con Gundleus, era la única mujer del grupo. Había recobrado la alegría y Gundleus parecía satisfecho de tenerla consigo de nuevo. Continuaba en condición de prisionero, pero ceñía espada y cabalgaba en un lugar de honor, junto a Arturo y Tewdric. Tewdric aún recelaba de él, pero Arturo dábale trato de viejo amigo. Al fin y al cabo, Gundleus formaba parte de su plan de paz entre los britanos, una paz que permitiría volver las espadas y las lanzas contra los sajones.

Un cuerpo de guardia salió a nuestro encuentro en la frontera de Powys para rendirnos honores. Cubrieron el suelo con esteras y un bardo cantó la victoria de Arturo sobre los sajones en el valle del Caballo Blanco. El rey Gorfyddyd no acudió en persona pero envió en su lugar a Leodegan, el rey de Henis Wyren, a quien los irlandeses habían despojado de sus tierras y que desde entonces vivía refugiado en la corte de Gorfyddyd. El escogido fue Leodegan porque su rango lo permitía, aunque era un hombre de renombrada insensatez. Tenía una estatura extraordinaria, muy delgado, con el cuello largo, el cabello oscuro y escaso y la boca floja y húmeda. No podía parar quieto; se sobresaltaba, brincaba, guiñaba los ojos, se rascaba y gesticulaba sin cesar.

—El rey habría venido en persona —nos dijo—, si, ciertamente; pero no ha venido. ¿Comprendéis? Sea como fuere, ¡saludos de Gorfyddyd! —Observé envidioso el oro con que Tewdric recompensó al bardo. Según sabríamos después, Leodegan se había empobrecido completamente y dedicaba mucho tiempo a tratar de recuperarse de las grandes pérdidas sufridas cuando Diwrnach, el conquistador irlandés, le arrebatara las tierras— ¿Proseguimos? Tenemos alojamiento dispuesto en... —se detuvo—. Por todos los santos, se me ha olvidado, pero el comandante de la guardia lo sabe. ¿Dónde está? Allí. ¿Cómo se llama? No importa, llegaremos de todos modos.

La enseña de Powys, el águila, y la de Loedegan, el ciervo, se unieron a las nuestras. Seguimos una vía romana, recta como una lanza, que atravesaba buenos campos de labor, los mismos campos que Arturo devastara el otoño anterior, aunque sólo Leodegan podía ser tan importuno como para recordarle la campaña.

—Naturalmente, vos ya habéis pasado por aquí —le dijo.

Leodegan no tenía montura y tuvo que acercarse a pie al grupo real.

—No estoy seguro —replicó Arturo con diplomacia, aunque frunció el ceño.

—Naturalmente, naturalmente. ¿Veis? ¿Veis aquella casa quemada? ¡Vos lo hicisteis! —Leodegan miraba a Arturo con expresión resplandeciente—. Os subestimaron, ¿no es cierto? Yo se lo advertí a Gorfyddyd, se lo advertí directamente.

El joven Arturo vale mucho, le dije, pero Gorfyddyd nunca ha sabido prestar oídos a palabras sensatas. Es guerrero pero no pensador. Mejor es su hijo, en mi opinión. Cuneglas, sí, mucho mejor. Me gustaría que el joven Cuneglas casara con una de mis hijas, pero Gorfyddyd no quiere ni oír hablar del tema. No importa.

Tropezó en una mata de hierba. El camino, igual que el Fosse Way cercano a Ynys Wydryn, tenía terraplenes a los lados para impedir que el agua se acumulara en la calzada, pero con los años los terraplenes se habían llenado y el camino iba cubriéndose de tierra, de modo que entre las piedras nacía toda clase de hierbas. Leodegan continuó señalando lugares devastados por Arturo, pero al cabo de un rato, y viendo que no obtenía respuesta, renunció a la conversación y vino a unirse a la guardia, que caminaba detrás de los tres sacerdotes de Tewdric.

Primero intentó hablar con Agravain, el comandante de la guardia de Arturo, pero lo encontró de mal humor y decidió que el más comprensivo de los que rodeaban a Arturo era yo, de modo que empezó a asañarme a preguntas sobre la nobleza de Dumnonia. Quería saber quién estaba casado y quién no.

—¿Y el príncipe Gereint? ¿Es casado, es casado?

—Sí, señor —le dije.

—¿Y ella goza de buena salud?

—Sí, por cuanto yo sé, señor.

—¿Y el rey Melwas? ¿Tiene reina?

—Murío, señor.

—¡Ah! —se animó al punto—. Es que ¿sabéis?, tengo hijas —me dijo con entusiasmo—, dos hijas, y las hijas deben contraer matrimonio, ¿no es cierto? Las hijas solteras de nada sirven a hombre ni a bestia. Aunque debo decir que una de mis queridas hijas se ha prometido. Me refiero a Ginebra. Va a casarse con Valerin. ¿Conocéis a Valerin?

—No, señor.

—Un buen hombre, buen hombre, sí, buen hombre, pero no... —Hizo una pausa mientras buscaba el término correcto—. ¡No posee riquezas! No posee tierras de verdad, ¿sabéis? Unos pocos terrenos llenos de espinos, creo, pero ninguna fortuna contante y sonante. No posee rentas ni oro, y un hombre sin rentas ni oro poco vale. ¡Ginebra es una auténtica princesa! Y también su hermana, Gwenhwyvach, que no tiene ningún pretendiente, ¡ninguno! Vive exclusivamente de mi bolsa, y bien sabe Dios cuán magra es mi bolsa. Sin embargo, la cama de Melwas está vacía, ¿no es así? ¡Una buena idea! Aunque es una pena renunciar a Cuneglas.

—¿Por qué, señor?

—¡Al parecen no quiere a ninguna de mis hijas! —replicó Leodegan indignado—. Se lo propuse a su padre, como sólida alianza entre reinos vecinos; un arreglo perfecto. Mas no puede ser. Cuneglas ha puesto los ojos en Helledd de Elmet y, según

se dice, Arturo casará con Ceinwyn.

—Yo no lo sé, señor —repuse con inocencia.

—Ceinwyn es muy bella. ¡Si, muy bella! También lo es mi Ginebra, pero va a casarse con Valerin. ¡Ay de mi! ¡Qué lástima! Ni rentas ni oro, ni dinero ni nada más que unos prados anegados y un puñado de vacas enfermas. ¡No le va a gustar! Está acostumbrada a las comodidades, si, a Ginebra le gustan las comodidades, pero Valerin no sabe siquiera qué es la comodidad. Vive en una porqueriza, por lo que sé. Pero es un jefe. ¡Hay que ver! ¡Cuanto más se adentra uno en Powys, más hombres se encuentran que se autoproclaman jefes! —suspiró—. ¡Pero Ginebra es princesa! Creí que alguno de los hijos de Cadwallon, que viven en Gwynedd, la querría por esposa, pero Cadwallon es un hombre extraño. No le gusto mucho, no me ayudó cuando vinieron los irlandeses.

Calló, rumiando en silencio la gran injusticia de que había sido objeto. Ya habíamos viajado bastante en dirección norte; la gente y el paisaje resultaban extraños. En Dumnonia estábamos rodeados por Gwent, Siluria, Kernow y los sajones, pero aquí la gente hablaba de Gwynedd y Elmet, de Lleyrn y de Ynys Mon. Lleyrn era la antigua Henis Wyren, el reino de Leodegan, del cual formaba parte Ynys Mon, la isla de Mona. Ambas estaban ahora bajo dominio de Diwrnach, uno de los reinos irlandeses de la otra orilla del mar que buscaban extender sus reinos en tierras britanas. Pensé que Leodegan debía de haber sido presa fácil para hombre tan temible como Diwrnach, famoso por su crueldad. Hasta Dumnonia había llegado noticia de que pintaba los escudos de sus guerreros con sangre de los que mataba en la batalla. Se decía que era preferible luchar contra los sajones que contra Diwrnach.

Sin embargo, nos dirigíamos a Caer Sws para instaurar la paz, no para hablar de guerra. Caer Sws era una ciudad pequeña y lodosa construida alrededor de una guarnición romana carente de todo atractivo, asentada en un valle ancho y plano junto a un profundo vado del Severn, llamado aquí río Hafren. La capital del reino de Powys era Caer Dolforwyn, una bonita colina coronada por una piedra real, pero Caer Dolforwyn, al igual que Caer Cadarn, carecía de agua y de espacio suficientes para alojar cómodamente una corte real, con el tesoro, las armerías, las cocinas, las despensas y demás; por ese motivo, de la misma forma que los asuntos cotidianos se solucionaban en Lindinis, el gobierno de Powys se ejercía desde Caer Sws, y sólo en momentos de peligro o durante celebraciones importantes procedía la corte de Gorfyddyd a trasladarse río abajo, hasta la cima dominante de Caer Dolforwyn.

Las construcciones romanas de Caer Sws habían desaparecido, pero el salón de festejos de Gorfyddyd estaba construido sobre los cimientos de piedra de una antigua villa romana, con sendos pabellones nuevos a los lados, uno para Arturo y otro para Tewdric. El rey de Powys era un hombre taciturno cuya manga izquierda colgaba vacía sobre un costado por obra de Excalibur. Era de edad mediana y constitución

robusta; abrazó a Tewdric con una expresión suspicaz en sus pequeños ojos, sin el menor asomo de cariño, y farfulló unas palabras de bienvenida. Permaneció en silencio, resentido, cuando Arturo, que no era rey, se arrodilló ante él. Sus jefes y guerreros tenían largos bigotes trenzados y pesados mantos, empapados por la lluvia que no había cesado de caer en todo el día. El salón olía a perros mojados. No había más mujeres que dos esclavas, encargadas de traer y llevar un jarro de hidromiel del que Gorfyddyd se servía con harta frecuencia. Más tarde supimos que se había aficionado a la bebida durante las largas semanas que siguieron a la pérdida del brazo, cercenado por Excalibur, las cuales pasó con gran fiebre para consternación de sus hombres, que no confiaban en su recuperación. Tratábase de un hidromiel espeso y fuerte de cuyos efectos se esperaba que el gobierno de Powys pasara de manos del amargado y ofuscado Gorfyddyd a espaldas de su hijo Cuneglas, Edling de Powys.

Cuneglas, joven, de rostro redondo, expresión inteligente y largos bigotes oscuros, dábase con gusto a la risa y poseía un carácter tranquilo y amistoso. Resultaba evidente que Arturo y él eran almas gemelas. Juntos salieron de caza a las montañas durante tres días seguidos, y por las noches se dedicaron a la fiesta y a escuchar a los bardos. No abundaban los cristianos en Powys, pero tan pronto como Cuneglas supo que Tewdric era cristiano, convirtió unas despensas en iglesia e invitó a los sacerdotes a rezar. Incluso asistió a algún que otro sermón, aunque después manifestó que prefería a los viejos dioses. El rey Gorfyddyd opinaba que la iglesia era una insensatez, pero no prohibió a su hijo que observara tal deferencia para con el rey Tewdric, aunque se ocupó debidamente de que un druida rodeara la improvisada capilla de un círculo mágico.

—Gorfyddyd no está plenamente convencido de que deseemos la paz —nos advirtió Arturo la segunda noche—, pero Cuneglas le ha persuadido. Así pues, y por el amor de Dios, permaneced sobrios, no desenvainéis la espada y no provoquéis peleas. Al menor chispazo, Gorfyddyd nos expulsaría y nos declararía la guerra otra vez.

Al cuarto día se reunió el consejo de Powys en el gran salón. La cuestión principal del día era establecer la paz, lo cual, y a pesar de las reservas de Gorfyddyd, se logró con prontitud. El rey de Powys, apoltronado en su sitial, asistió a la proclamación pronunciada por su hijo. Cuneglas anunció que Powys, Gwent y Dumnonía serían aliadas, sangre de la misma sangre, y que cualquier ataque a cualquiera de ellas sería tomado como un ataque a las demás. Gorfyddyd asintió con un gesto, aunque sin el menor entusiasmo. Cuneglas continuó hablando y dijo que tan pronto como se consumara su matrimonio con Helledd de Elmet, dicho reino se uniría asimismo al pacto, de forma que los sajones se verían rodeados por un frente común de reinos britanos. Dicha alianza era la mejor ventaja que Gorfyddyd ganaría por firmar la paz con Dumnonia, pues podría combatir contra los sajones, y el precio

que Gorfyddydd exigía a cambio de la paz era el reconocimiento de que Powys se situaría a la cabeza de dicha guerra.

—Desea proclamarse rey supremo —protestó Agravain, dirigiéndose hacia los que estábamos en las últimas filas del salón.

Gorfyddydd también exigió la restauración en su trono de su primo Gundleus de Siluria. Tewdric, el más afectado por los ataques silurios, se mostró reacio a reponer a Gundleus en el trono, y nosotros, los dumnonios, no estábamos dispuestos a olvidar el asesinato de Norwenna; por mi parte, odiaba además al hombre que tanto mal había causado a Nimue, pero Arturo nos había convencido de que la libertad de Gundleus era un precio nimio a cambio de la paz, de modo que el traidor Gundleus recuperó su poder con todos los honores.

A pesar de que Gorfyddydd pareciera reacio a firmar el tratado, debía de estar convencido de sus ventajas, pues se mostró bien dispuesto a pagar el precio más elevado de todos para zanjarlo definitivamente. Deseaba que su hija Ceinwyn, la estrella de Powys, contrajera matrimonio con Arturo. Gorfyddydd era adusto, suspicaz y severo, pero amaba a su hija de diecisiete años y la colmaba de todo el cariño y de toda la ternura que le quedaban en el alma; el hecho de que deseara casarla con Arturo, que no era rey ni poseía siquiera título de príncipe, era prueba de que estaba convencido de que sus guerreros debían dejar de lado la lucha contra los paisanos britanos. Del mismo modo, tal compromiso ponía de manifiesto que Gorfyddydd, igual que su hijo Cuneglas, reconocía que Arturo representaba el poder real de Dumnonia, de modo que durante la gran fiesta que siguió al consejo, Ceinwyn y Arturo quedaron formalmente comprometidos.

La ceremonia de compromiso fue considerada de importancia suficiente como para que el consejo en pleno se trasladara de Caer Sws al salón de festejos de la cumbre de Caer Dolforwyn, lugar más auspicioso. Dicha cumbre recibía su nombre de la pradera que se extendía a sus pies, nombre que significaba, con toda propiedad, pradera de la doncella. Llegamos a la puesta del sol, cuando la cumbre se hallaba envuelta en el humo de las grandes hogueras donde se asaban venados y cerdos. A gran distancia bajo nuestros pies, el Severn describía una curva de plata en el valle y, hacia el norte, las grandes cordilleras se perdían en dirección a la oscura Gwynedd. Decían que en los días claros se veía Cadair Idris desde el pico de Caer Dolforwyn, pero aquella tarde una lejana cortina de lluvia empañaba el horizonte. Cuando el sol tiñó de escarlata las nubes de poniente, una pareja de milanos reales salió volando de entre las tupidas copas de los gruesos robles que poblaban las faldas bajas del monte; todos convinimos en que la presencia de dos aves volando a hora tan tardía era un presagio maravilloso de lo que estaba a punto de suceder. En el gran salón los bardos cantaban la historia de Hafren, la doncella humana que había dado nombre a Dolforwyn y que se había convertido en diosa cuando su madrastra trató de ahogarla.

en el río al pie de la colina. La canción duró hasta el ocaso total del sol.

La ceremonia se llevó a cabo durante la noche para obtener la bendición de la diosa Luna. Arturo se preparó convenientemente; abandonó el salón durante una hora y volvió revestido de todo su esplendor. Hasta los hombres más aguerridos contuvieron el aliento al verlo entrar, pues llegó con armadura completa. La cota de escamas, con placas de plata y oro, destellaba a la luz de las antorchas, y las plumas de ganso de su yelmo plateado que se asemejaba a una calavera acariciaron las vigas del techo a su paso por el pasillo central. El escudo, repujado en plata, brillaba a la luz; y Arturo avanzó barriendo el suelo con el manto blanco. En los salones de festejos no se llevaban armas, pero aquella noche plugo a Arturo portar a Excalibur. Llegó pues hasta la alta mesa a grandes pasos, como un conquistador que impone la paz; incluso Gorfyddyd de Powys contempló boquiabierto el avance hacia el estrado del que otrora fuera su enemigo. Hasta el momento Arturo había sido hacedor de la paz, pero esa noche quería recordar a su futuro suegro el alcance de su poder.

Unos momentos más tarde Ceinwyn hizo su entrada en el salón. Había permanecido oculta en las habitaciones de las mujeres desde nuestra llegada a Caer Sws, y ese encierro tan sólo había conseguido aumentar las expectativas de los que jamás habíamos visto a la hija de Gorfyddyd. Confieso que muchos de nosotros esperábamos que la estrella de Powys nos decepcionara, mas en verdad su hermosura sobrepasaba con mucho la de la más esplendorosa estrella. Entró en el salón rodeada de sus damas y su visión dejó sin aliento a los hombres. A mí me cortó la respiración. Tenía su tez el color claro común entre los sajones, pero en ella adquiría un candor y una delicadeza más sutiles. Parecía muy joven por su expresión tímida y su actitud recatada. Iba vestida de lino teñido de amarillo dorado, el tinte de la resma de abejas, con estrellas blancas bordadas alrededor del cuello y del borde del vestido. Su cabello dorado era tan sedoso que brillaba como la armadura de Arturo, y su talle tan grácil que Agravian, que estaba sentado a mi lado en el suelo del salón, comentó que no serviría para alumbrar hijos.

—Cualquier criatura de tamaño regular moriría en el intento de pasar entre esas caderas —dijo agriamente; a pesar de todo compadecí a Ailleann, quien con toda seguridad habría deseado que la esposa de Arturo no fuera más que una conveniencia dinástica.

La luna ascendía sobre la cima de Caer Cadarn cuando Ceinwyn avanzó despacio, tímidamente, hacia Arturo. Llevaba en las manos una correa, dádiva destinada a su futuro esposo en señal de que pasaba de la tutoría de su padre a la de él. Arturo se azoró y a punto estuvo de dejar caer la correa cuando Ceinwyn se la entregó, un mal presagio a fe mía, pero todos sin excepción, incluso el propio Gorfyddyd, tomaron la cosa a chanza; entonces Iorweth, el druida de Powys, formalizo el compromiso de la pareja. Las antorchas temblaron cuando unieron sus manos con una guirnalda de

hierbas. Arturo ocultaba el rostro tras el yelmo plateado, pero Ceinwyn, la dulce Ceinwyn, estaba radiante de dicha. El druida los bendijo y encareció a Gwydion, la diosa de la luz, y a Aranrhod, la diosa dorada de la aurora, que fueran sus más caras protectoras y que bendijeran a toda Britania con el don de la paz. Un músico tañó el arpa, los hombres aplaudieron y Ceinwyn, la maravillosa Ceinwyn de plata, lloraba y reía por el regocijo que le colmaba el alma. Aquella noche entregué mi corazón a Ceinwyn, como muchos otros hombres. Se sentía bienaventurada, y no era de extrañar, pues con Arturo veíase libre de la pesadilla de toda princesa, es decir, contraer matrimonio según los dictados de su país, no según el deseo de su corazón. Una princesa podía ser entregada en matrimonio a cualquier chivo viejo, panzudo y maloliente si con ello se aseguraba una frontera o se establecía una alianza, pero Ceinwyn había encontrado a Arturo, en cuya juventud y bondad cifró sin duda el fin de sus temores.

Leodegan, el rey exiliado de Henis Wyren, llegó al salón en el momento culminante de la ceremonia. El rey refugiado no había permanecido con nosotros desde la llegada sino que había partido a su hogar, al norte de Caer Sws. En ese momento, ansioso por participar de la generosidad que se prodigaba en las ceremonias de compromiso, apareció en las últimas filas y se unió a los aplausos que agradecían la distribución de oro y plata por parte de Arturo. Además, Arturo había obtenido licencia del consejo de Dumnonia para devolver a Gorfyddydd la armadura que le arrebatara el año anterior, aunque dicho tesoro fue devuelto en privado para que ninguno de los presentes hubiera de recordar la derrota de Powys.

Una vez cumplida la entrega de presentes, Arturo se retiró el yelmo y tomó asiento junto a Ceinwyn. Habló con ella, inclinándose un poco según su costumbre, de modo que sin duda ella creería ser la persona más importante para él bajo el firmamento, y en realidad estaba en todo su derecho de sentirse así. A muchos de los presentes nos picaron los celos al contemplar amor tan perfecto, en apariencia al menos, y hasta el propio Gorfyddydd, que sin duda había de lamentar la entrega de su hija al hombre que lo había lisiado para siempre en el campo de batalla, parecía participar de la felicidad de Ceinwyn.

Mas hubo de ser esa misma noche, cuando por fin se anunciaba la paz, la noche en que Arturo propiciara la ruina de Britania.

En aquel momento ninguno lo sabíamos. Al reparto de regalos de compromiso siguieron la bebida y los cantos. Nos deleitaron los malabaristas, escuchamos al bardo real de Gorfyddydd y cantamos a grandes voces nuestras propias tonadas. Uno de los nuestros, olvidando la advertencia de Arturo inició una pelea con un guerrero de Powys; los dos borrachos fueron arrastrados al exterior y remojados profusamente hasta que, media hora después, reaparecieron el uno en brazos del otro jurándose amistad eterna. En algún momento durante ese rato, cuando las hogueras ardían al

máximo y la bebida corría por todas las gargantas, vi que Arturo miraba fijamente hacia el fondo del salón y, curioso como era, me volví hacia el objeto de su atención.

Descubrí entonces a una mujer joven, cuya cabeza y hombros sobresalían entre la multitud, que observaba el ambiente con gesto desafiante. Su actitud parecía decir: Si eres capaz de dominarme a mí, serás capaz de dominar cualquier cosa que se presente en este mundo vil. Todavía la veo, erguida entre sus perros cazadores de cuerpo tan esbelto y fuerte, hocico tan alargado y mirada tan depredadora como su propia ama. Tenía ojos verdes, con un fondo de crueldad. No era tierno su rostro, ni tampoco su cuerpo. Era una mujer de rasgos duros y pómulos altos, lo cual favorecía la imagen de su cara hasta la hermosura, pero con dureza, con extrema dureza. El cabello la hacía definitivamente bella, así como el porte, pues manteníase erguida como una lanza con el pelo sobre los hombros cual cascada de suaves rizos rojos. El tono de sus cabellos suavizaba la dureza de los rasgos, pero su risa escarnecía a los hombres cual salmones caídos en la trampa. Han existido numerosas mujeres más bellas, y miles mucho mejores, pero desde que el mundo es mundo, dudo que hayan abundado damas tan inolvidables como Ginebra, primogénita de Leodegan, rey exiliado de Henis Wyren.

Y de mayor provecho habría sido, solía decir Merlín, que semejante mujer hubiera sido arrojada al agua el día de su nacimiento.

Al día siguiente hubo partida real de caza de venados. Los mastines de Ginebra abatieron un cervatillo, un macho joven que aún no tenía cuernos, aunque oyendo a Arturo alabar a los perros habríase dicho que la pieza cobrada era el mismísimo Ciervo Montaraz de Dyfed.

Los bardos cantan al amor y los hombres y las mujeres suspiran por él, pero nadie sabe lo que es hasta que nos alcanza como lanza arrojada en la oscuridad. Arturo no podía apartar los ojos de Ginebra, aunque bien saben los dioses que lo intentó. Durante los días posteriores a la ceremonia de compromiso, de vuelta a Caer Sws, Arturo paseaba y conversaba con Ceinwyn, pero no podía esperar a ver a Ginebra, y ella, que sabía exactamente el juego que se traía entre manos, lo hipnotizaba. Valerin, su prometido, se hallaba en la corte; Ginebra paseaba de su brazo y reía, y de vez en cuando lanzaba a Arturo una tímida mirada de soslayo; Arturo creía que el mundo se detenía en ese momento, y es que se consumía por Ginebra.

¿La presencia de Bewdin habría podido cambiar el signo de las cosas? A fe mía que no. Ni siquiera Merlín habría sido capaz de impedir lo que siguió. Habría sido como ordenar a la lluvia que regresara a las nubes o a un río que se replegara hasta sus fuentes.

La segunda noche después de la ceremonia, Ginebra acudió al pabellón de Arturo en la oscuridad y yo, que estaba de guardia, oí el cascabel de sus risas y el murmullo de sus palabras. Conversaron toda la noche, tal vez hicieran algo más pero lo ignoro,



aunque hablar, hablaron, y eso lo sé porque estaba apostado a la puerta del aposento y no podía sino oír los susurros. A veces bajaban mucho el tono de voz, pero en ocasiones oí a Arturo prodigándose en explicaciones y zalamerías, en ruegos y acosos. Seguro que hablaron de amor aunque no lo oí, pero sí que oí a Arturo hablar de Britania y del sueño que le había traído desde Armórica, cruzando el mar. Habló de los sajones, dijo que eran una peste que había que erradicar para conseguir la felicidad de la tierra. Habló de la guerra y del gozo cruel que sentía cuando cabalgaba hacia la batalla sobre un caballo con armadura. Habló como me habló a mí en las heladas murallas de Caer Cadarn, describiendo una tierra pacífica en la que el pueblo no había de temer la llegada de lanceros en la madrugada. Habló apasionadamente, ansiosamente, y Ginebra escuchaba con atención, asegurándole que su sueño era una inspiración. Arturo tejió con su sueño un futuro en el que Ginebra formaba parte inseparable de la trama. La pobre Ceinwyn contaba sólo con su belleza y su juventud, mientras que Ginebra descubrió la íntima soledad de Arturo y prometió remediarla. Se fue antes del alba, una silueta oscura deslizándose por Caer Sws con una media luna atrapada en la maraña de sus cabellos.

Al día siguiente Arturo, lleno de remordimiento, paseó con Ceinwyn y con su hermano. Ginebra lucía una torques nueva de oro macizo y algunos de nosotros nos apiadamos de Ceinwyn, mas la estrella de Powys era una niña, Ginebra una mujer y Arturo nada podía en contra de esas cosas.

Era desvarío aquel amor, enajenación comparable a la de Pelinor, demencia bastante como para condenar a Arturo a la isla de los Muertos. Todo se desvaneció a sus ojos, Britania, los sajones, la nueva alianza, la magna estructura de paz, tan equilibrada y bien planeada, en pos de la cual tanto se había esforzado desde que llegara de Armórica; todo salió despedido hacia la destrucción en un remolino a cambio de la posesión de una princesa pelirroja sin dote ni reino. Arturo sabía lo que hacía, pero no podía evitarlo, del mismo modo que no podía evitar que el sol saliera. Estaba poseído, pensaba en ella, hablaba de ella, soñaba con ella, no podía vivir sin ella, pero de alguna forma, agonizando en el empeño, continuaba fingiendo fidelidad a su compromiso con Ceinwyn. Comenzaron los preparativos de la boda. Como contribución de Tewdric al tratado de paz, la ceremonia se celebraría en Glevum; Arturo partiría hacia allí en primer lugar para tomar las medidas necesarias. No podría celebrarse la boda hasta que la luna estuviera crecida. En esos días estaba en menguante, de modo que no era recomendable exponerse a tan mal presagio; por el contrario, al cabo de dos semanas los augurios serían favorables y Ceinwyn viajaría hacia el sur con flores en el cabello.

Pero Arturo llevaba un mechón de Ginebra al cuello. Era una fina trenza roja que ocultaba bajo el jubón, y tuve oportunidad de verla cuando le llevé agua una mañana. Tenía el torso desnudo y estaba afilando la navaja de afeitar en una piedra; se encogió

de hombros al comprender que yo había visto la trenza.

—¿Crees que el pelo rojo da mala suerte, Derfel? —me preguntó, viendo mi expresión.

—Eso dicen todos, señor.

—¿Pero todos tienen razón? —preguntó al espejo de bronce—. Para temprar bien una espada, Derfel, no la mojas con agua, sino con orina de un muchacho pelirrojo. Será porque da buena suerte, ¿no es cierto? ¿Y qué nos importa que el pelo rojo dé mala suerte? —Hizo una pausa, escupió en la piedra y siguió afilando la hoja—. Tenemos la misión de cambiar las cosas, Derfel, no de dejarlas como están. ¿Por qué no hacer que el pelo rojo dé suerte?

—Vos lograréis cuanto deseáis, señor —dije, leal y desdichado a un tiempo.

—Espero que sea cierto, Derfel —contestó con un suspiro—, lo espero de veras. —Se miró en el espejo y se estremeció al rozarse la mejilla con la cuchilla—. La paz es algo más que un matrimonio. ¡Ha de serlo! No se hace la guerra por una prometida. Si la paz es tan deseable, no se abandona la paz porque no tenga lugar un matrimonio, ¿no te parece?

—No lo sé, señor —dije.

Lo único que sabía era que mi señor buscaba razones mentalmente y las repetía una y otra vez hasta creérselas. Estaba transido de amor, tan loco que hacía del norte el sur y del calor el frío. Era la primera vez que veía a Arturo de tal forma; un hombre apasionado y, me atrevo a decir, egoísta. Había llegado tan alto y tan velozmente... Ciertamente llevaba en sus venas sangre real, pero no le había sido reconocido su patrimonio y, por ende, tenía como méritos propios todas sus hazañas. Sentíase orgulloso por ello y convencido de que merced a tales gestas sabía más que cualquier otro, salvo Merlín, tal vez; puesto que su sabiduría solía coincidir con los deseos desordenados de otros hombres, sus egoístas ambiciones eran consideradas nobles y grandemente esclarecedoras; mas en Caer Sws las ambiciones chocaron de frente con los deseos de otros hombres.

Lo dejé afeitándose y salí a la luz del nuevo día, donde encontré a Agravain afilando una lanza para osos.

—¿Y bien? —me interrogó.

—No desposará a Ceinwyn —contesté.

No podían oírnos desde el pabellón, pero aunque hubiéramos estado más cerca, Arturo no nos habría oído porque estaba cantando.

—Casará con quien le han dicho que ha de casar —dijo Agravain, y escupió al suelo; después clavó la lanza en el suelo y se dirigió al pabellón de Tewdríc a grandes zancadas.

No sabría decir si Gorfyddydd y Cuneglas se hallaban al corriente de cuanto sucedía, pues ninguno de los dos tenía tanto contacto con Arturo como nosotros.

Probablemente, de haberlo sabido Gorfyddyd, habría pensado que la cosa carecía de importancia. Sin duda creería, si es que en algo creía, que Arturo tomaría a Ginebra por amante y a Ceinwyn por esposa. Naturalmente, sería feo llegar a semejante arreglo en la misma semana del compromiso, pero esos detalles nunca habían preocupado a Gorfyddyd de Powys. El no había observado jamás conducta menos reprochable y sabía, como saben todos los reyes, que las esposas servían para forjar dinastías y las amantes para forjar placeres. Su esposa había muerto hacía tiempo, pero su cama seguía caliente gracias a una serie de esclavas y, en su opinión, Ginebra, empobrecida como estaba, jamás subiría por encima del rango de esclava, razón por la cual no era rival para su amada hija. Cuneglas, sin embargo, era más perspicaz, y a fe mía que algo había oído, pero prefirió invertir toda su energía en el establecimiento de la paz con la sana esperanza de que la obsesión de Arturo por Ginebra se disipara como un chubasco de verano. Tampoco sería imposible que Gorfyddyd ni Cuneglas sospechasen nada, pues bien es verdad que no enviaron a

Ginebra lejos de Caer Sws, aunque sólo los dioses saben si tal proceder habría cambiado las cosas. Agravain pensaba que se trataría de una locura pasajera. Me contó que Arturo ya había sufrido una obsesión semejante en otra ocasión.

—Fue por una muchacha de Ynys Trebes —me dijo—, pero no me acuerdo de su nombre. Mella, tal vez, o Messa, algo así. Era muy linda. Arturo se enamoró perdidamente de ella, la seguía como un perrillo a un carro fúnebre. Pero entonces era joven, tan joven que su padre creyó que jamás llegaría a nada, de modo que envió a la tal Mella o Messa a Brocelianda y la casó con un magistrado cincuenta años mayor. Murió al dar a luz, pero entonces Arturo ya la había olvidado. Es que estas cosas pasan, Derfel. Tewdric le hará entrar en razón a martillazos, ya veras.

Tewdric pasó toda la mañana encerrado con Arturo y pensé que tal vez habría conseguido hacer entrar en razón a mí señor, pues Arturo quedó escarmentado para el resto del día. No miró a Ginebra ni una sola vez, se obligó a mostrarse solícito con Ceinwyn y aquella noche, tal vez para complacer a Tewdric, Ceinwyn y él acudieron juntos a escuchar la prédica de Sansum en la pequeña capilla improvisada. Creo que a Arturo debió de gustarle el sermón del señor de los ratones, pues lo invitó a su pabellón y departieron largo rato.

A la mañana siguiente Arturo apareció con un gesto firme y severo y anunció que partiría esa misma mañana. En esa misma hora, para ser exactos. No estaba previsto que marcháramos hasta al cabo de dos días, por lo que supongo que Gorfyddyd, Cuneglas y Ceinwyn se sorprenderían, pero Arturo los convenció de que necesitaba más tiempo para preparar la ceremonia y Gorfyddyd aceptó la excusa con relativa placidez. Tal vez Cuneglas pensara que Arturo precipitaba la partida para evitar la tentación de Ginebra y, por tanto, lejos de oponerse, ordenó que dispusieran pan, queso, miel e hidromiel para el viaje. Ceinwyn, la linda Ceinwyn, se despidió primero

de nosotros, la guardia. Nos había enamorado a todos y nos dolía el desvarío de Arturo, pero ninguno podíamos hacer nada contra el resentimiento que nos provocaba. Ceinwyn nos obsequió con un pequeño objeto de oro a cada uno, y todos tratamos de rechazarlo, pero ella insistió. A mí me regaló un broche de dibujos que se enlazaban, quise dárselo de nuevo a la mano, pero con una sonrisa me cerró los dedos sobre el objeto.

—Cuida de tu señor —dijo con ardor.

—Y de vos, señora —respondí fervorosamente.

Sonrió de nuevo y se dirigió a Arturo con un ramillete de rosas silvestres para que le procuraran un viaje rápido y sin peligro. Arturo colocó las flores en el cinturón de la espada y besó la mano de su prometida antes de subir al ancho lomo de Llamrei. Cuneglas quería darnos una escolta de guardias, pero Arturo rechazó tal honor.

—Dadnos licencia para partir, lord príncipe —dijo—, y nuestra felicidad será afianzada con mayor premura.

Mucho agradaron a Ceinwyn las palabras de Arturo, y Cuneglas gentil como siempre, ordenó que se abrieran las puertas; Arturo, como alma liberada del infierno, salió al galope de Caer Sws y cruzó el hondo vado del Severn enloquecido a lomos de Llamrei. Los de la guardia lo seguimos a pie y descubrimos un ramo de rosas silvestres tirado en la otra orilla del río. Agravain lo recogió del suelo para que Ceinwyn no lo encontrara.

Sansum venía con nosotros. Nadie nos dio explicación de su presencia, pero Agravain se figuró que Tewdric habría ordenado al sacerdote ayudar a Arturo a olvidar su locura, aquel desvarío por cuyo fin todos rogábamos, mal que en vano, como vana fue toda esperanza desde el momento en que Arturo divisara, al fondo del salón de Gorfyddyd, la pelirroja cabellera de Ginebra. Sagramor nos contaba una antigua historia sobre una batalla habida en el viejo mundo contra una gran ciudad de torres, palacios y templos que comenzó a causa de una mujer, por la cual vertieron su sangre en el polvo diez mil guerreros vestidos de bronce.

A fin de cuentas la historia no era tan antigua, pues dos horas después de haber salido de Caer Sws, en un bosque solitario donde no se veían casas sino sólo las paredes verticales de las montañas, rápidos arroyos y añosos árboles, encontramos a Leodegan de Henis Wyren aguardando a la vera del camino. Nos condujo, sin decir palabra, por un sendero que daba vueltas y revueltas en torno a las raíces de robles enormes, hasta llegar a un claro que se abría junto a un estanque construido por castores en el curso del río. El bosque rebosaba de mercuriales y lirios, y las últimas campanillas se cimbreaban en la umbría como bailarinas. El sol calentaba la hierba cuajada de primaveras, jarillos y violetas, y allí, más resplandeciente que las flores, esperaba Ginebra con una túnica de lino color crema. Habíase adornado el cabello con primulas y lucía la torques de oro de Arturo, brazaletes de plata y una capelina de

lana teñida de color lila. Su sola presencia nos puso un nudo en la garganta. Agravain maldijo en voz baja.

Al punto, se apeó Arturo del caballo y corrió hacia ella. La tomó entre los brazos y la oímos reír mientras nuestro señor giraba con ella en vilo.

—¡Mis flores! —exclamó Ginebra con una mano en la cabeza, y Arturo la depositó en el suelo suavemente; arrodillóse después a besarle el orillo de la túnica.

—¡Sansum! —gritó poniéndose en pie.

—¿Señor?

—Cásanos ahora.

Sansum se negó. Se cruzó de brazos, plantado con su sucio hábito negro, y levantó la barbilla.

—Estáis comprometido, señor —dijo, no sin cierto temor.

Creí que Sansum actuaba con nobleza, pero en realidad todo estaba acordado de antemano. El sacerdote no nos había acompañado a requerimiento de Tewdric, sino de Arturo. Arturo lo miró entonces, encolerizado por el cambio de opinión del terco sacerdote de cara de ratón.

—¡Es lo convenido! —insistió Arturo, y al ver que Sansum se limitaba a negar con la cabeza, tocó el puño de Excalibur—. Podría arrancarte la cabeza, sacerdote.

—Los mártires siempre lo son a manos de los tiranos, señor —declaró Sansum y, postrándose de hinojos entre las flores, inclinó la cabeza y dejó expuesto su mugriento cuello—. Hacia vos voy, ¡oh, Señor! —oró, desgañitándose con la cabeza hacia el suelo—. ¡Este humilde siervo acude a vuestra gloria! ¡Alabado seáis! ¡Veo abrirse las puertas del cielo! ¡Ve a los ángeles que me aguardan! ¡Acogedme, Jesús, señor mío, en vuestro santo seno! ¡Voy hacia vos! ¡Voy hacia vos!

—Calla y ponte en pie —dijo Arturo en tono cansado.

—¿No vais a concederme la bendición de ir al cielo? —dijo Sansum mirando a Arturo con malicia.

—Anoche —replicó Arturo— convinimos en que nos casarías. ¿Por qué te niegas ahora?

—Lo he debatido con mi conciencia, señor —replicó Sansum con un encogimiento de hombros.

Arturo comprendió y dejó escapar un suspiro.

—¿Qué precio te pones, sacerdote?

—Una diócesis —contestó Sansum al punto, mientras se ponía de pie.

—Creía que era vuestro papa el que concedía tales honores —replicó Arturo—. ¿No se llama Simplicio?

—Simplicio, sí, el más santo y bendito y que disfrute de una ò larga vida plena de salud —dijo Sansum—, pero dadme una iglesia, señor, y un sitial en la iglesia, y los hombres me llamarán obispo.

—¿Una iglesia y una silla? —preguntó Arturo—. ¿Nada más?

—Y el nombramiento de capellán del rey Mordred. ¡Eso es imprescindible! ¡Su capellán personal, el único capellán del rey! ¿Comprendéis? Más unos emolumentos a cargo del tesoro que me permitan disponer de ayuda de cámara, ujier, cocinero y paje. —Se sacudió las hierbas de la sotana—. Y lavandera —añadió apuradamente.

—¿Eso es todo? —inquirió Arturo sarcásticamente.

—Un lugar en el consejo de Dumnonía —añadió Sansum sin darle mayor importancia—. Eso es todo.

—Tuyo es —respondió Arturo con displicencia—. Bien ¿qué hay que hacer para casarse?

Mientras se consumaban dichas negociaciones yo observaba a Ginebra. Tenía una expresión de triunfo en la cara, y no era de extrañar pues casaba muy por encima de las esperanzas de su pobre padre, el cual, con boca temblorosa, contemplaba la escena con abyecto pavor, temiendo que Sansum no llegase a celebrar la ceremonia; detrás de Leodegan había una muchacha pequeña y regordeta que, al parecer, tenía a su cuidado los cuatro mastines de Ginebra, que permanecían atados, y las escasas posesiones de la real familia en el exilio. Más tarde supe que la tal muchacha era Gwenhwyvach, hermana menor de Ginebra. Al parecer tenían también un hermano, pero habiase retirado hacía mucho tiempo a un monasterio de la costa salvaje de Strath Clota, donde unos extraños ermitaños cristianos competían entre si malviviendo de bayas silvestres, dejándose crecer el cabello y predicando a las focas.

El matrimonio se llevó a cabo con escaso ceremonial. Ginebra y Arturo se situaron bajo la enseña de éste y Sansum abrió los brazos para decir unas oraciones en lengua griega; después Leodegan desenvainó la espada y tocó a su hija en la espalda con la hoja antes de brindar el arma a Arturo, como señal de que Ginebra pasaba de la potestad del padre a la del esposo. Después Sansum recogió un poco de agua del arroyo y roció a la pareja diciendo que, con esa acción, los limpiaba de pecado y los recibía en el seno de la Santa Iglesia, la cual, de ese modo reconocía su unión indisoluble, sagrada a los ojos de Dios y consagrada a la procreación de hijos. Terminado el discurso, nos miró a los guardias uno por uno y nos exigió que nos declarásemos testigos de la solemne ceremonia. Todos hicimos lo que se nos pedía, pero Arturo, en su inmensa dicha, no percibió la desgana con que cumplimos la orden, aunque no pasó desapercibida a Ginebra. Nada pasaba desapercibido a Ginebra.

—Ya está —dijo Sansum concluido el mezquino rito—, sois casado, señor.

Ginebra rompió a reír y Arturo la besó. Era tan alta como él, tal vez incluso un dedo más, y he de confesar que al verlos me parecieron una pareja espléndida. Más que espléndida, pues Ginebra era atractiva en verdad. Ceinwyn era bella, pero Ginebra hacía palidecer al sol con su presencia. Los guardias estábamos

escandalizados. No habríamos podido hacer nada para impedir que se consumara el delirio de nuestro señor, tanto más indecente y falso por cuanto se había perpetrado con tal precipitación. Sabíamos que Arturo era hombre impulsivo y entusiasta, pero tan extrema decisión nos dejó sin aire. Leodegan, por el contrario, no cabía en si de gozo y charlaba por los codos contando a su hija menor que la familia recobraría sus riquezas y que, en menos que canta un gallo, los guerreros de Arturo expulsarían a Diwrnach, el usurpador irlandés, de Henis Wyren. Arturo, al oír semejante baladronada, se volvió raudo hacia él.

—No creo que tal cosa sea posible, padre —dijo.

—¡Posible! ¡Naturalmente que es posible! —terció Ginebra—. Tal será el regalo de bodas que me hagáis, señor, devolver el reino a mí querido padre.

Agravain escupió asqueado. Ginebra, haciendo caso omiso del gesto, fue pasando ante nosotros y nos dio a cada uno una prímula de la diadema con que se adornaba. Después, cual criminales huyendo de la justicia de su señor, apresuramos la marcha hacia el sur para salir del reino de Powys antes de que la ira de Gorfyddyd nos diera alcance.

Merlín siempre decía que el destino es inexorable. ¡Cuántas cosas sucedieron a aquella apresurada ceremonia en el claro alfombrado de flores junto al arroyo! ¡Cuánta muerte! ¡Cuántos corazones rotos y cuánto derramamiento de sangre! Se vertieron lágrimas como para formar un gran río. Sin embargo, con el tiempo se calmaron los remolinos, se juntaron nuevos ríos y, arribadas las lágrimas al ancho mar, algunos olvidaron cómo había comenzado todo. Llegaron tiempos de gloria, mas lo que pudo haber sido no fue y, de todos los que sufrieron a causa de aquel momento bajo el sol, Arturo fue quien llevó la peor parte.

Pero aquel día Arturo fue feliz. Volvimos a casa apresuradamente.

Las nuevas del matrimonio conmovieron Britania entera como el choque de una lanza divina contra un escudo, produciendo asombro en primer lugar; durante ese periodo de calma, mientras los hombres trataban de comprender las consecuencias, llegó una delegación de Powys. Valerin, el cacique al que Ginebra se había prometido, se encontraba entre los delegados. Retó a Arturo a singular combate, pero Arturo no lo aceptó y, cuando Valerin hizo el gesto de desenvainar, los guardias tuvimos que expulsarlo de Lindinis. Era Valerin un hombre alto y vigoroso, de negros cabellos, barba negra, mirada intensa y nariz partida.

Grande era su pesadumbre, y mayor aún su ira, mas sus ansias de venganza quedaron desbaratadas.

Iorweth el druida encabezaba la delegación, enviada por Cuneglas más que por Gorfyddyd. Gorfyddyd se había emborrachado de rabia e hidromiel, mientras que su hijo aún conservaba la esperanza de extraer paz del desastre. El druida Iorweth, hombre serio y sensible, departió largamente con Arturo. Dijo que su matrimonio no

era válido porque había sido celebrado por un sacerdote cristiano, cuya religión no reconocían los dioses britanos. Propuso que Arturo tomara a Ginebra como amante y desposara a Ceinwyn.

—Ginebra es mi esposa —le oímos replicar todos.

El obispo Bedwin se puso de parte de Iorweth, pero no logró hacer cambiar a Arturo de opinión; ni la perspectiva de la guerra le habría hecho cambiar de opinión. Iorweth habló de la posibilidad de que tal catástrofe sucediera aduciendo que Dumnonia había insultado a Powys y que tal insulto habría de lavarse con sangre en caso de que Arturo no cambiara de opinión. Tewdric de Gwent había enviado al obispo Conrad para abogar por la paz y para rogar a Arturo que renunciase a Ginebra y contrajera matrimonio con Ceinwyn; Conrad llegó a amenazar a Arturo con la posibilidad de que Tewdric firmara un tratado de paz con Powys por su cuenta.

—El rey y señor mío no luchará contra Dumnonia —oi que Conrad le decía a Bedwin, mientras los dos obispos paseaban por la terraza situada frente a la villa de Lindinis—, mas tampoco luchará por esa ramera de Henis Wyren.

—¿Ramera? —inquirió Bedwin, alarmado y sorprendido por semejante apelativo.

—Tal vez no lo sea —admitió Conrad—, pero os aseguro, hermano mío, que nadie la ha atado corto jamás.

Bedwin hizo un gesto de desaprobación ante tanta permisividad por parte de Leodegan; luego se alejaron y no oí nada más. Al día siguiente el obispo Conrad y la delegación de Powys partieron hacia sus respectivos países sin buenas noticias en las alforjas.

No obstante Arturo creía llegado el tiempo de la felicidad. Estaba seguro de que no habría guerra porque Gorfyddyd había perdido ya un brazo y no querría arriesgarse a perder el otro. Además, la sensatez de Cuneglas era un seguro de paz; eso creía Arturo. Pensaba que durante un tiempo proliferarían las rencillas y la desconfianza, pero todo pasaría. Creía que su felicidad había de abarcar todo el orbe.

Empleáronse peones en la ampliación de la villa de Lindinis para hacer de ella un palacio digno de una princesa. Arturo envió recado a Ban de Benoic, su antiguo señor suplicando le prestase mamposteros y yeseros duchos en restauración de edificios romanos. Quería un huerto, un jardín y un estanque con peces; deseaba además una bañera con agua caliente y un patio donde tocaran arpistas. Arturo pretendía regalar a su dama un paraíso en la tierra; mas otros buscaban venganza, y aquel verano supimos que Tewdric de Gwent y Cuneglas se habían reunido con el fin de firmar un tratado de paz en el cual, entre otras cosas, se acordó que los ejércitos de Powys tendrían paso franco por las vías romanas que cruzaban Gwent. Todas esas vías conducían únicamente a Dumnonia.

Con todo, el verano iba transcurriendo sin que se produjeran ataques. Sagamor mantenía a raya a los sajones mientras Arturo pasaba un estío de amor. Como



miembro de su guardia, yo estaba con él día si día no, pero en vez de ir armado con espada, lanza y escudo solía ir provisto de jarros de vino y canastas de viandas, pues Ginebra gustaba de ir a merendar a recónditos claros entre los árboles y a la orilla de arroyos ocultos; de este modo, los lanceros habíamos de cargar con bandeja de plata, cuernos de bebida, viandas y vino al lugar designado. Rodeóse Ginebra de una corte de damas, de la cual, válgame el cielo, formaba parte mi Lunete; ella, que tan amargamente se había quejado por abandonar su casita de ladrillo en Corínium, en cuestión de días entrevió un futuro mucho más halagüeño junto a la princesa. Lunete era bella y Ginebra decía que sólo deseaba ver a su alrededor gentes y objetos bellos, de modo que tanto ella como sus damas se ataviaban con los más finos paños y se adornaban con oro, plata, azabache y ámbar; además la princesa pagaba a arpistas, cantores, danzarines y poetas para solaz de la corte. Jugaban en los bosques a perseguirse y esconderse y pagaban prenda si rompían alguna de las complicadas reglas que Ginebra inventaba. Leodegan administraba el dinero de los juegos y el que se gastaba en la villa de Lindinis, pues había recibido el nombramiento de tesorero de la casa de Arturo. Juraba que el dinero provenía íntegramente de rentas en anticipo, y tal vez Arturo creyera a su suegro, aunque los demás dábamos crédito a las oscuras habladurías según las cuales, en el tesoro de Mordred, el oro iba menguando en la misma proporción en que aumentaban las inútiles promesas de devolución de Leodegan. A Arturo no parecía inquietarle. Aquel verano fue para él como la cata de la paz en Britania, pero a los demás nos parecía el cielo de un loco.

Amhar y Loholt también fueron llamados a Lindinis, aunque no así su madre, Ailleann. Los gemelos se presentaron a Ginebra, y a fe mía que Arturo tenía la esperanza de que se quedaran a vivir en el palacio de columnas que se estaba levantando en torno al centro de la antigua villa. Ginebra pasó un día en compañía de los pequeños y luego dijo que su presencia le molestaba. No eran agraciados, dijo, como tampoco lo era su hermana Gwenhwyvach, y como no eran agraciados ni divertidos, no había lugar para ellos en su vida. También dijo que los gemelos pertenecían a la antigua vida de Arturo y que tal cosa ya era asunto acabado. No los quiso ni le importó anunciarlo públicamente.

—Si queremos hijos —dijo acariciando a Arturo en la mejilla—, los haremos nosotros mismos, príncipe mio.

Ginebra siempre llamaba príncipe a Arturo, y él, en un principio, insistió en que ese título no le correspondía, pero Ginebra se empeñó en que era hijo de Uter y por tanto tenía sangre real. Arturo, para complacerla, consintió en el tratamiento. Pero los demás no tardamos en recibir la orden de dirigirnos a él como príncipe, y lo que Ginebra ordenaba siempre se cumplía.

Nadie había llevado la contraria y ganado la partida a Arturo jamás respecto a Amhar y Loholt, excepto Ginebra, que consiguió que los niños fueran devueltos a su

madre, a Corinium. La cosecha fue escasa aquel año, pues se malogró a causa de las lluvias tardías que dejaron las mieses negras y marchitas. Corría el rumor de que los sajones habían tenido mejor suerte, pues en sus tierras no había caído agua a destiempo, de modo que Arturo llevó una banda de guerreros hacia el este, más allá de Durocobrivis, a buscar y saquear sus provisiones de grano. Creo que se alegró de librarse de las canciones y danzas de Caer Cadarn, y nosotros nos alegramos de que por fin se hubiera puesto al mando otra vez y nos hiciera empuñar lanzas en vez de traer y llevar paños de fiesta. Fue una incursión fructuosa que llenó de cereal los graneros de Dumnonia y el reino de oro y esclavos sajones. Leodegan, nombrado también miembro del consejo, tenía la misión de distribuir el grano gratuitamente entre todos los pueblos, pero se extendió el rumor de que la mayor parte no se entregaba gratis sino que se vendía, y que las ganancias eran desviadas hacia la casa nueva que Leodegan se estaba construyendo al otro lado del río, frente al palacio blanqueado de su hija.

A veces la locura termina. Los dioses lo disponen, no el hombre. Arturo había pasado el verano enfebrecido de amor, y no fue mal verano, a pesar de nuestros quehaceres de sirvientes, pues nuestro señor mostrábase cautivador y generoso; pero cuando llegó el otoño, con lluvias, viento y hojas doradas, pareció despertar de su sueño estival. Seguía enamorado... A fe mía que jamás dejó de estarlo, pero entonces vio el daño que había causado a Britania. En vez de paz, había una tregua preñada de resentimiento, y sabía que no duraría.

Hizo cortar fresnos desmochados para fabricar lanzas y en las cabañas de los herreros resonaba el golpeteo del martillo contra el yunque. Pidió a Sagramor que se acercara al centro del reino y envió un mensajero al rey Gorfyddydd disculpándose por el mal que había causado al rey y a su hija y suplicándole que no rompiera la paz de Britania. Envió a Ceinwyn un collar de oro y perlas, pero Gorfyddydd devolvió el collar atado a la cabeza cortada del mensajero. Supimos que Gorfyddydd había dejado la bebida y había vuelto a tomar las riendas del reino de manos de su hijo Cuneglas. Tal noticia significaba que jamás habría paz hasta que la ofensa hecha a Ceinwyn fuera vengada por las largas lanzas de Powys.

Los viajeros venían de todas partes con relatos de mal agüero. Los señores de allende el mar reunían guerreros en los reinos de las costas. Las bandas guerreras francas se multiplicaban en las fronteras de la tierra bretona. La cosecha de Powys fue almacenada y los campesinos de la leva cambiaron la hoz por la espada. Cuneglas desposó a Helledd de Elmet y de aquel país septentrional llegaron más hombres a engrosar las filas del ejército de Powys. Gundleus, que ocupaba de nuevo el trono de Siluria, forjaba espadas y lanzas en los profundos valles de su reino, y por levante llegaban sajones sin número a las costas conquistadas.

Arturo vistió la cota de escamas, por tercera vez, que yo viera, desde su llegada a

Britania, y entonces, con dos veintenas de caballeros armados, recorrió Dumnonía. Quería mostrar su poder al reino y quería que los viajeros que transportaban mercancías hasta más allá de las fronteras propagaran también sus hazañas. Después volvió a Lindinis, donde Hygwydd, su sirviente, limpió la herrumbre reciente de las placas de su armadura.

La primera derrota fue ese mismo otoño. Se declaró una plaga en Venta que debilitó a los hombres del rey Melwas, y Cedric, el nuevo jefe sajón, derrotó a la banda guerrera de los belgas y se apoderó de una franja de buena tierra ribereña. El rey Melwas suplicó le enviaran refuerzos, pero Arturo sabía que Cedric era el menor de sus problemas. Los tambores de guerra retumbaban por toda la Lloegyr sajona y reinos britanos del norte, no era posible ceder lanceros a Melwas. Por otra parte Cedric parecía enteramente ocupado en sus nuevas tierras y no entrañaba peligro inminente para Dumnonia, de modo que Arturo prefirió dejar en paz a los sajones por el momento.

—Demos una oportunidad a la paz —dijo Arturo al consejo.

Pero no hubo tal.

A finales de otoño, cuando los ejércitos se preparan para engrasar las armas convenientemente y guardarlas durante los meses fríos, avanzó el poder de Powys. Britania estaba en guerra.

# El Regreso De Merlin

Ygraine me habla de amor. Es primavera en Dinnewrac y el sol entibia débilmente el monasterio. En las laderas del sur pacen los corderos, aunque ayer un lobo mató a tres y dejó un rastro de sangre ante nuestras puertas. Cuando Ygraine acude a visitarnos, los mendigos se agolpan a las puertas, piden comida y extienden las manos enfermas hacia ella. Uno de los pordioseros arrebató a los cuervos carroñeros unos restos de cordero llenos de gusanos y estaba sentado mordisqueando el pellejo cuando Ygraine llegó esta mañana.

Me pregunto si Ginebra era tan bella como cuentan, y le dije que no, aunque muchas mujeres cambiarían su belleza por el atractivo de Ginebra. Como es natural, Ygraine me preguntó si ella era bella, y le dije que sí, pero me contestó que los espejos de la casa de su esposo eran harto viejos y estaban gastados, y que era difícil verse.

—¿No sería un placer vernos tal como somos? —dijo.

—Dios nos ve como somos —contesté—, sólo él puede hacerlo.

—No me gusta que me sermoneéis, Derfel —dijo arrugando la cara—, no es propio de vos. Si Ginebra no era bella, ¿por qué se enamoró Arturo?

—¡En el amor no cuenta sólo la belleza! —le dije con reprobación.

—¿Por ventura he dicho yo lo contrario? —replicó indignada—. Decís que Arturo se enamoró de Ginebra desde el momento en que la vio, y digo yo, si no fue por su belleza, ¿por qué fue?

—Le hervía la sangre con sólo verla.

A Ygraine le gustó la respuesta y sonrió.

—Así pues, era bella.

—Era como un reto para él —maticé—, y se hubiera tenido por menos que hombre de haber fracasado en conquistarla. También es posible que los dioses estuvieran jugando con nosotros. —Me encogí de hombros, incapaz de aducir más razones—. Por otra parte, nunca he insinuado que no fuera bella, pero lo suyo era algo más que belleza. Era la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

—¿Me incluís entre ellas? —preguntó mi reina inmediatamente.

—¡Pobre de mí! —repuse—. Mis ojos no son lo que eran.

Ygraine rió mi forma de esquivar la pregunta.

—¿Ginebra amaba a Arturo?

—Amaba la idea de Arturo, que fuera el paladín de Dumnonia, y... tal como lo vio la primera vez, con la armadura, Arturo el grande, el resplandeciente, el señor de la guerra, la espada más temida de toda Britania y Armórica.

Quedó pensativa, jugueteando con el cordón de borlas que ceñía su túnica blanca.

—¿Os parece que yo hago hervir la sangre a Brochvael? —preguntó, soñadora.

—Noche tras noche —repuse.

—¡Ay, Derfel! —suspiró. Bajó del alféizar de la ventana y dio unos pasos hasta la puerta desde donde dominaba nuestro pequeño corredor—. ¿Habéis estado tan enamorado alguna vez? —me preguntó.

—Si —confesé.

—¿De quién? —me preguntó sin tardanza.

—No tiene importancia.

—Para mi sí. Decídmelo. ¿De Nimue, acaso?

—No, de Nimue no —respondí con firmeza—. Nimue era distinta. La amaba, pero no me desesperaba por poseerla. Me parecía infinitamente... —hice una pausa buscando la palabra justa,

pero no la encontré—, maravillosa —dije con escasa convicción, y sin mirar a Ygraine para que no descubriera mis lágrimas.

—Entonces —insistió al cabo de unos momentos—, ¿de quién estabais enamorado, de Lunete?

—¡No! ¡No!

—¿De quién, pues? —volvió a insistir.

—Con el tiempo llegaremos a esa parte, si es que vivo hasta entonces.

—Claro que viviréis. Os haremos llegar viandas especiales desde el Caer.

—Viandas que mi señor Sansum —le dije, para que se ahorrara las molestias— se ocupará de negarme por no ser yo digno de tanta merced.

—Venid, pues, a vivir al Caer —dijo con decisión—. ¡Os lo ruego!

—Lo haría de mil amores, señora —dije con una sonrisa— mas ¡ay de mi! Juré vivir aquí.

—Pobre Derfel.

Volvió a la ventana y se quedó mirando al hermano Maelgwyn, que cavaba en el huerto. Lo acompañaba el novicio superviviente, el hermano Tudwal. El otro novicio murió de fiebres a finales de invierno, pero Tudwal aún vive y comparte la celda con el santo varón. El santo varón quiere que el chico aprenda a leer, con la intención, tengo para mí, de comprobar si realmente estoy traduciendo el Evangelio a la lengua sajona; pero el mozo no es espabilado y más presto parece a cavar que a leer. Sería hora de que vinieran a Dinnewrac algunos eruditos de verdad, pues con esta tímida primavera han llegado las habituales y enconadas discusiones en torno a la fecha de la Semana Santa, y no habrá paz hasta que se zanje la cuestión.

—¿Sansum desposó en verdad a Ginebra y a Arturo? —preguntó Ygraine de súbito, interrumpiendo mis lúgubres pensamientos.

—Si, así es.

—¿Y no celebraron la ceremonia en una gran iglesia, al son de las trompetas?

—Fue en un claro del bosque, junto a un arroyo, entre el croar de las ranas y las

candelillas de sauce que caían tras el dique de los castores.

—Nosotros nos casamos en un salón de festejos —dijo Ygraine— y el humo me hizo llorar los ojos. —Se encogió de hombros—. Bien, ¿qué cambios habéis introducido en la última parte —me preguntó acusadoramente—. ¿Hasta qué punto habéis deformado la historia?

—Nada en absoluto.

—Pero, durante la aclamación de Mordred, ¿sólo posaron la espada en la piedra? ¿No la clavaron en la roca? ¿Estáis seguro?

—Fue depositada encima de la piedra, lo juro —hice la señal de la cruz—, lo juro por la sangre de Cristo, señora mía.

Ygraine se encogió de hombros.

—Dafydd ap Gruffud va a traducir el relato como yo le diga, y me gusta la idea de la espada clavada en la piedra. Me alegro de que hayáis tratado bien a Cuneglas.

—Era un hombre bueno —dije.

Cuneglas era además el abuelo del esposo de Ygraine.

—¿Ceinwyn era realmente bella?

—Si, era bella realmente. Tenía los ojos azules.

—¡Azules! —Ygraine se estremeció al evocar un rasgo tan característicamente sajón—. ¿Qué hicisteis con el broche que os regaló?

—¡Ojalá lo supiera! —mentí.

El broche está en mi celda, a salvo incluso de los exhaustivos registros de Sansum. El santo varón, a quien sin duda Dios enaltecerá por encima de todos los hombres, vivos o muertos, no nos permite poseer tesoro alguno. Todas nuestras pertenencias deben serle confiadas conforme a la regla; ya le he entregado cuanto me perteneciera, incluida Hywelbane, pero, que Dios me perdone, me he quedado con el broche de Ceinwyn. El oro está algo gastado por los años, pero todavía veo a Ceinwyn cuando, en la oscuridad, saco la joya de su escondite y contemplo a la luz de la luna los entresijos de filigrana. A veces., bueno, siempre, me lo acerco a los labios. Me he convertido en un viejo chalado. Tal vez se lo regale a Ygraine, ella apreciará todo su valor, aunque aún lo conservaré un tiempo, pues el oro es cual rayo de sol en este recinto helado y frío. Claro que tan pronto como Ygraine lea estas líneas sabrá que el broche existe, pero si es tan bondadosa como creo, permitirá que lo conserve como recordatorio de una vida de pecado.

—No me gusta Ginebra —dijo Ygraine.

—Entonces he fracasado —dije.

—La pintáis con trazos duros.

Permanecí unos momentos en silencio, escuchando el balar de las ovejas.

—Podía ser bondadosa en extremo —dije, tras la pausa—. Sabía convertir la tristeza en felicidad, pero le disgustaba la vulgaridad. En su visión del mundo no

cabían la imperfección, el aburrimiento ni la fealdad, pretendía hacer realidad esa idea prohibiendo tales inconveniencias. Arturo tenía su propia visión, también, pero ofrecía apoyo a los imperfectos, y quería hacerla realidad con la misma vehemencia que ella.

—Quería a Camelot —dijo Ygraine con nostalgia.

—Lo llamábamos Dumnonia —reliqué con severidad.

—Derfel, queréis despojar de dicha la historia —contestó ella enfadada, aunque en realidad nunca se enfadaba conmigo—. Quiero que sea la Camelot del poeta: praderas verdes, torres altas, damas ricamente ataviadas y guerreros esparciendo flores por el camino a su paso. ¡Quiero trovadores y risas! ¿Por ventura jamás fue así?

—En cierto modo, aunque no recuerdo muchos caminos de flores. Sí que vi muchas veces a los guerreros salir cojeando de la batalla, o arrastrándose por el polvo y gimiendo con las tripas fuera.

—¡Basta! —exclamó Ygraine—. Entonces, ¿por qué los bardos lo llaman Camelot? —preguntó retadoramente.

—Porque los poetas siempre desvarían., de otro modo no serían poetas.

—¡Vamos, Derfel! ¿Qué tenía Camelot de especial? Decidme.

—Fue diferente porque repartió justicia en la tierra.

—¿Nada más? —preguntó Ygraine con el ceño fruncido.

—Pequeña mía, es más de lo que muchos jefes serían capaces de sonar siquiera y cuanto menos de hacerlo realidad.

Ygraine no insistió más en el tema.

—¿Ginebra era inteligente? —me preguntó.

—Mucho.

—Habladme de Lanzarote —dijo jugueteando con la cruz que llevaba al cuello.

—¡Aguardad!

—¿Cuándo aparece Merlín?

—Enseguida.

—¿El santo Sansum os trata horriblemente?

—El santo varón soporta la carga de nuestras almas inmortales sobre su conciencia. Cumple con su deber.

—Pero ¿es cierto que cayó de hinojos suplicando martirio antes de desposar a Arturo y Ginebra?

—Si —dije, y no pude evitar una sonrisa al recordar.

—Voy a pedir a Brochvael que convierta al señor de los ratones en un mártir de verdad —dijo riéndose—, y vos quedaréis al cargo de Dinnewrac. ¿Os complacería, Derfel?

—Me complacería un poco de paz para proseguir el relato —le censure.



—Bien, ¿qué sucedió después? —me preguntó con entusiasmo.

Es la hora de Armórica, la tierra del otro lado del mar, la bella Ynys Trebes, con el rey Ban, Lanzarote, Galahad y Merlín. ¡Señor, qué hombres aquellos! ¡Y qué días aquellos, cuántas batallas libramos y cuántos sueños quebramos en Armórica!

Después, mucho tiempo después, cuando rememorábamos aquellos tiempos, los llamamos simplemente los años malos, pero apenas hablábamos de ellos. A Arturo no le gustaba que le recordaran los primeros días en Dumnonia, cuando su pasión por Ginebra dividió la tierra y la sumió en el caos. El compromiso con Ceinwyn había sido como un broche complicado que mantuviese cerrada una tenue túnica de gasa; retirado el broche, el atuendo se deshizo en hilachas. Arturo se sentía culpable y no deseaba hablar de los años malos.

Durante una época Tewdric no quiso luchar contra unos ni contra otros. Culpaba a Arturo del quebrantamiento de la paz y, como castigo, permitió que Gorfyddyd y Gundleus cruzaran Gwent con sus bandas guerreras para llegar a Dumnonia. Los sajones ejercían presión en levante, los irlandeses invadían las costas de poniente y, por si fueran pocos enemigos, el príncipe Cadwy de Isca se rebeló contra la autoridad de Arturo. Tewdric procuraba mantenerse al margen de todos los conflictos, pero cuando los sajones de Aelle arrasaron sus fronteras, sólo pudo acudir a los dumnonios en demanda de ayuda; de ese modo, finalmente hubo de ponerse del lado de Arturo en la guerra, aunque para entonces los lanceros de Powys y Siluria ya habían pasado por sus caminos y se habían apoderado de las montañas del norte de Ynys Wydryn, y cuando Tewdric se declaró a favor de Dumnonia, se hicieron también con Glevum.

Maduré durante esos años. Perdí la cuenta de los hombres que maté y de los aros de guerrero que llegué a forjarme. Me pusieron un mote, Cadarn, que significa el poderoso. Derfel Cadarn, sobrio en la batalla y veloz con la espada. En una ocasión Arturo me invitó a unirme a sus caballeros, pero preferí continuar con los dos pies en la tierra, en condición de lancero. Durante aquel tiempo observé mucho a Arturo y empecé a comprender por qué era tan insigne soldado. No era una simple cuestión de bravura, y bravo lo era, sino de astucia, por medio de la cual siempre vencía al enemigo. Nuestro ejército era poco flexible, de marcha lenta y escasa facilidad de movimientos una vez puesto en marcha, pero Arturo formó una reducida fuerza de hombres que viajaban raudos. él los dirigía, algunos a pie, otros a caballo, en largas manchas que rodeaban al enemigo por los flancos, de forma que siempre aparecían donde menos se los esperaba. Solíamos atacar al amanecer, cuando el enemigo aún cabeceaba sumido en los vapores etílicos de la víspera, o lo atraíamos con falsas retiradas y atacábamos entonces sus flancos desprotegidos. Tras un año de escaramuzas tales, cuando por fin expulsamos a las tropas de Gundleus y Gorfyddyd de Glevum y del norte de Dumnonia, Arturo me nombró capitán y comencé a repartir oro entre mis seguidores. Dos años después recibí el máximo elogio que puede recibir

un guerrero: una oferta del enemigo para cambiar de bando. Hubo de provenir nada menos que de Ligessac, el comandante de la guardia que traicionara a Norwenna, el cual me habló en el templo de Mitra, donde su vida estaba bajo protección; ofreciéndome una fortuna a cambio de servir a Gundleas, como hacía él. Me negué. A Dios gracias, siempre me mantuve leal a Arturo.

También Sagramor fue leal, y mi iniciador al servicio de Mitra. Era Mitra un dios traído a Britania por los romanos, y seguramente debió de agradecerle nuestro clima, pues aún hace notar su poder. Es una deidad de soldados, ninguna mujer puede iniciarse en sus misterios. Mi iniciación tuvo lugar a finales de invierno, cuando los soldados disponen de tiempo libre. Sucedió en las montañas. Sagramor me llevó a mí solo a un valle tan profundo que la helada de la mañana permanecía en la hierba aún a la caída de la tarde. Nos detuvimos a la entrada de una cueva; Sagramor me dijo que dejara las armas a un lado y me despojara de la ropa. Me quedé allí, temblando, mientras el numidio me tapaba los ojos con una venda de gruesa tela y me decía que debía obedecer todo lo que me fuera ordenado, que si vacilaba o hablaba una vez, una sola, volvería a vestirme y a tomar las armas y sería expulsado.

La iniciación es una agresión a los sentidos, y para sobrevivir es necesario recordar una sola cosa: obediencia. Por eso a los soldados les gusta Mitra. La batalla es igual, una agresión a los sentidos que hace fermentar el miedo, y la obediencia es el tenue hilo que nos rescata del caos del miedo y nos permite sobrevivir. Más tarde yo también inicié a muchos otros en los misterios de Mitra y llegué a dominar los trucos, pero aquella primera vez, cuando entré en la gruta, no tenía la menor idea de lo que me sucedería. Entré pues en la gruta del dios y Sagramor, o algún otro, me hizo girar sobre mi mismo en el sentido del sol, tan veloz y violentamente que me mareé; entonces, me ordenaron avanzar. Me asfixiaba el humo, pero seguí adelante, bajando por el camino inclinado del suelo rocoso. Una voz me ordenó que me detuviera, otra que corriera, una tercera que me arrodillara. Me arrojaron algo a la boca y el olor de excremento humano me hizo retroceder, la cabeza me daba vueltas.

—¡Come! —gritó una voz, y a punto estuve de escupir el bocado, pero me di cuenta de que se trataba sólo de pescado en salazón.

Tomé no sé qué brebaje infecto que se me subió a la cabeza. Debía de tratarse de extracto de estramonio mezclado con mandrágora o amanita muscaria, pues a pesar de llevar los ojos bien tapados, veía bichos brillantes con alas arrugadas que se me acercaban y se lanzaban contra mi con bocas de pico. Noté en la piel llamas que me chamuscaban el vello de las piernas y los brazos. Me ordenaron seguir caminando, luego pararme, y oí que amontonaban leños en una hoguera cuyo inmenso calor notaba muy cerca. El fuego crepitaba, las llamas me abrasaban la piel desnuda y la hombría y entonces una voz me ordenó acercarme al fuego. Obedecí, y para mi sorpresa pisé agua helada... A punto estuve de lanzar un alarido de espanto, pues creí

haberme metido en una cuba de metal fundido.

Me tocaron el miembro viril con la punta de una espada, la empujaron y me ordenaron avanzar hacia el arma; en el momento en que di un paso adelante, la punta de la espada desapareció. Meros trucos, naturalmente, pero las hierbas y las setas maceradas en el brebaje los agrandaban hasta darles dimensiones de milagro; tras recorrer el tortuoso camino, llegué en un estado de puro terror y exaltación a la asfixiante cámara llena de ecos donde había de celebrarse la parte más importante de la ceremonia. Condujéronme a una piedra de la altura de una mesa, pusieronme un cuchillo en la mano derecha, y la izquierda, con la palma hacia abajo, sobre un vientre desnudo.

—Lo que tocas con la izquierda es un niño, sapo miserable —dijo la voz, y otra mano me llevó la derecha hasta situar la punta del cuchillo en la garganta del niño—, un niño inocente que no ha hecho daño a nadie —prosiguió la voz—, un niño que no merece sino vivir, y tú vas a matarlo. ¡Mata!

El niño gritó cuando hundí el cuchillo; noté la sangre caliente que me salpicaba la muñeca y la mano. El vientre que se agitaba bajo mi mano izquierda sufrió un último espasmo y no se movió más. Una hoguera ardía muy cerca y el humo se me atascaba en las fosas nasales.

Postráronme de hinojos para darme a beber un liquido templado y nauseabundo que se pegaba a la garganta y amargaba el estómago. Sólo entonces, cuando hube apurado el cuerno de sangre de toro, me quitaron la venda de los ojos y vi que había matado un cordero lechal con el vientre rasurado. Me rodearon amigos y enemigos felicitándome efusivamente: acababa de entrar al servicio del dios de los soldados. Formaba parte de una sociedad secreta que provenía sin interrupciones desde el mundo romano e incluso desde más allá; una sociedad de hombres que se habían puesto a prueba en la batalla, no como simples soldados sino como auténticos guerreros. Era un gran honor convertirse en servidor de Mitra, pues cualquier miembro de la secta podía prohibir la iniciación de otro. Hombres hubo que comandaron ejércitos mas nunca fueron elegidos, y otros que, sin destacarse de entre los rangos más bajos, llegaron a ser miembros de honor.

Después, convertido ya en elegido, me devolvieron la ropa y las armas; una vez vestido, me enseñaron las palabras secretas que me permitirían identificar a mis camaradas en la batalla. Si en medio de un combate descubriera que mi enemigo era un camarada de la secta, debía darle una muerte rápida y piadosa; en caso de que cayera prisionero en mis manos, debía tratarlo con honor. Luego, terminados los formalismos, nos dirigimos a otra gruta, enorme y alumbrada por humeantes antorchas y una hoguera donde se asaba un toro. Fue para mí un gran honor comprobar el alto rango de los asistentes a la fiesta. La mayoría de los iniciados ha de conformarse con sus propios compañeros, pero en la fiesta de Derfel Cadarn, los más

poderosos de ambos bandos se habían dado cita en la gruta de invierno. Allí estaba Agrícola de Gwent, junto con dos de sus enemigos de Siluria, Ligessac y un lancero de nombre Nasiens, el paladín de Gundleus. También se hallaban presentes doce guerreros de Arturo, algunos de mis hombres e incluso el obispo Bedwin, consejero de Arturo, que ofrecía una imagen inusitada, con una oxidada cota, cinturón y manto de guerrero.

—Fui guerrero en tiempos —dijo a modo de explicación—, e iniciado, pero ¿cuándo? ¿Hace treinta años? Mucho antes de convertirme al cristianismo, claro esta.

—¿Y eso? —pregunté, señalando hacia la cueva donde la cabeza del toro estaba alzada sobre un trípode de lanzas de modo que la sangre goteaba en el suelo—. ¿No va contra vuestra religión?

—Así es —replicó Bedwin encogiéndose de hombros—, pero no quería perderme este momento de camaradería. —Se me acercó y bajó la voz en tono confidencial—. Espero que no le digas al obispo Sansum que he venido aquí. —Me reí sólo de pensar en contarle algo al colérico Sansum, que rezongaba a todas horas, cual abeja obrera, por la miseria en que vivía Dumnonia a causa de la guerra. Condenaba de continuo a sus enemigos y carecía de amigos—. El joven señor Sansum —añadió Bedwin con la boca llena de carne y la barba pringosa de jugos sanguinolentos — desea colocarse en mi lugar y creo que lo conseguirá.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamé horrorizado.

—Lo desea mucho y se esfuerza con gran denuedo. ¡Dios mío, cómo se esfuerza ese hombre! ¿Sabes lo que descubrí el otro día? ¡No sabe leer! ¡Ni una palabra! Ahora bien, para ser eclesiástico superior es necesario saber leer; ¿cómo se las arregla? Un esclavo le lee todas las cosas en voz alta y él se las aprende de memoria. —Bedwin me dio un leve codazo como para asegurarse de que me percataba de la extraordinaria memoria que poseía Sansum—. Todo lo aprende de memoria, salmos, oraciones, liturgia, escritos de los padres, ¡todo de memoria! ¡Dios me asista! —Sacudió la cabeza—. Tú no eres cristiano, ¿verdad?

—No.

—Pues piénsalo. Tal vez no ofrezcamos muchos placeres terrenales, pero vale la pena conservar la vida después de la muerte. Nunca logré convencer a Uter pero con Arturo tengo esperanzas

—Arturo no está —dije mirando a los reunidos y un tanto decepcionado porque mi señor no perteneciera a la secta.

—Fue iniciado en su día —dijo Bedwin.

—¡Pero si no cree en los dioses! —repliqué, haciéndome eco de las palabras de Owain.

—Arturo cree —dijo Bedwin—. ¿Cómo podría un hombre dejar de creer en Dios o en los dioses? ¿Te parece posible que Arturo crea que el hombre se ha hecho a si

mismo? ¿O que el mundo apareció por casualidad? Arturo no es tonto, Derfel Cadarn. Arturo cree pero se guarda sus creencias para sí. De tal modo los cristianos piensan que es de los suyos y los paganos también, y todos le sirven con mejor disposición. No olvides, Derfel, que Arturo es amado por Merlín, y te aseguro que Merlín no ama a los descreídos.

—Añoro a Merlín.

—Todos lo añoramos —dijo Bedwin con calma—, pero consolémonos por su ausencia, pues significa que Britania no está amenazada de destrucción. Merlín vendrá cuando lo necesitemos.

—¿No creéis que lo necesitemos ahora? —pregunté molesto.

Bedwin se limpió la barba con la manga y bebió un trago de vino.

—Algunos dicen —comentó bajando la voz— que estaríamos mejor sin Arturo, que sin él habría paz, pero sin Arturo, ¿quién protegería a Mordred? ¿Yo? —sonrió al pensarlo—. ¿Gereint? Es un hombre bueno, pocos hay mejores que él, pero falta de inteligencia, indeciso, y además no desea gobernar Dumnonia. Ha de ser Arturo o nadie, Derfel. Mejor dicho, Arturo o Gorfyddyd. Y esta guerra no está perdida. Nuestros enemigos temen a Arturo, y mientras él viva, Dumnonia está a salvo. No, no creo que necesitemos a Merlín todavía.

Ligessac el traidor, otro cristiano que no veía contradicción entre la fe que abrazaba y el culto secreto a Mitra, habló conmigo al final del festín. Lo traté con frialdad a pesar de ser camaradas iniciados en el culto de Mitra, pero hizo caso omiso de mi hostilidad y me llevó por el codo hasta un rincón oscuro de la cueva.

—Arturo va a perder. Lo sabes, ¿verdad? —me dijo.

—No.

—Se unirán a la guerra más hombres de Elmet. —Sacóse un resto de carne de entre los dientes—. Powys, Elmet y Siluria —dijo contando con los dedos— unidas contra Gwent y Dumnonia. El próximo Pandragón será Gorfyddyd. Primero expulsaremos a los sajones de las tierras del este de Ratae y luego bajaremos al sur a terminar con Dumnonia. ¿Dos años?

—Se te ha subido el festín a la cabeza, Ligessac —contesté.

—Y mi señor paga los servicios de un hombre como tú. —Ligessac estaba transmitiéndome un mensaje—. Gundleus, rey y señor mio, es generoso, Derfel, muy generoso.

—Dile al rey y señor tuyo que Nimue de Ynys Wydryn tomará su cráneo como vasija para beber y que yo se lo serviré en bandeja.

Con esas palabras me alejé de él.

La guerra volvió a campear aquella primavera, aunque al principio menos destructivamente. Arturo entregó oro a Oengus Mac Airem, rey irlandés de Demetia, para que atacara a las guarniciones occidentales de Powys y Siluria, ataques que

consumieron la resistencia de nuestros enemigos en las fronteras septentrionales. Arturo en persona dirigió una banda guerrera para pacificar el oeste de Dumnonia, donde Cadwy había declarado independientes sus tierras tribales; pero mientras estaba allí, los sajones de Aelle lanzaron un ataque arrasador sobre las tierras de Gereint. Más tarde supimos que Gorfyddyd había pagado a los sajones con la misma moneda con que nosotros habíamos pagado a los irlandeses, y seguramente Powys invirtió mejor su oro, pues la oleada de sajones obligó a Arturo a regresar precipitadamente del oeste, tras dejar allí a Cei, su compañero de la infancia, a cargo de la lucha contra los tatuados hombres de la tribu de Cadwy.

En esos momentos, cuando el ejército sajón de Aelle amenazaba con conquistar Durocobrivis y las fuerzas de Gwent luchaban en dos frentes, contra Powys y contra los sajones del norte, y mientras la rebelión no sofocada de Cadwy recibía el apoyo del rey Mark de Kernow, fue cuando el rey Ban de Benoïc envió demanda de ayuda.

Todos sabíamos que el rey Ban había consentido la partida de Arturo hacia Dumnonía so condición, única e ineludible, de que regresara a Armórica si Benoïc se encontraba en peligro. En ese momento, declaró el mensajero de Ban, Benoic se hallaba en situación desesperada, y el rey Ban, conminando a Arturo a cumplir su juramento, exigía su regreso.

Recibimos la noticia en Durocobrivis. La ciudad había sido una próspera guarnición romana con lujosas termas, una audiencia de justicia hecha de mármol y un gran mercado, pero ahora no era más que un empobrecido puesto fronterizo condenado a vigilar el este por si atacaban los sajones. Todos los edificios de extramuros habían sucumbido al fuego de los invasores de Aelle y jamás fueron reconstruidos; de las grandes edificaciones romanas de intramuros apenas quedaban sino montañas de cascotes. El mensajero de Ban nos encontró bajo los arcos en ruinas del antiguo salón de las termas romanas. Era de noche y una hoguera ardía en lo que había sido la piscina; el humo se arremolinaba en el techo abovedado hasta ser absorbido por una corriente de aire que lo lanzaba al exterior por un ventanuco. Acabábamos de cenar, sentados en círculo sobre el frío suelo, y Arturo condujo al mensajero de Ban al centro; allí esbozó en la tierra un mapa de Dumnonia y señaló la situación de nuestros amigos y enemigos con trozos de azulejos rojos y blancos. En todas partes los azulejos rojos de Dumnonia quedaban estrangulados entre fragmentos blancos. Habíamos tenido una refriega ese día y una lanza había alcanzado a Arturo en el pómulo derecho; la herida no era peligrosa, pero si lo suficiente como para dejarle toda la mejilla abierta. Había luchado sin yelmo, pues veía mejor sin el impedimento metálico, y si el sajón hubiera apuntado una pulgada más arriba y hacia un lado, le habría atravesado el cráneo. Luchó a pie, como solía, pues reservaba la caballería, más pesada, para las batallas desesperadas. Todos los días solían salir al combate seis caballeros montados, pero la mayoría de las caras y

escasas bestias de guerra permanecían inactivas en el corazón de Dumnonia, a salvo de asaltos del enemigo. Ese día, después de que Arturo fuera alcanzado, el puñado de hombres a caballo dispersó el frente sajón tras matar a su jefe y obligar a los supervivientes a retroceder hacia el este; tan magra victoria hizo cundir el desánimo entre nosotros. El mensajero del rey Ban, un cacique llamado Bleiddig, vino a amargarnos aun mas.

—Ved que no puedo ausentarme ahora —dijo Arturo a Bleiddig, señalando los azulejos rojos y blancos.

—Un juramento es un juramento —replicó Bleiddig rotundamente.

—Si el príncipe abandona Dumnonia —terció el príncipe Gereint—, Dumnonia sucumbe.

Gereint era corpulento y de corto entendimiento, pero leal y honesto. Como sobrino de Uter, podía reclamar su derecho al trono, pero jamás lo hizo y siempre se mantuvo fiel a Arturo, su primo bastardo.

—Antes sucumba Dumnonia que Benoic —contestó Bleiddig, desoyendo impávido los iracundos murmullos que siguieron a sus palabras.

—Juré proteger a Mordred —señaló Arturo.

—Jurasteis defender Benoic —replicó Bleiddig sin inmutarse por la objeción—. Llevad al niño con vos.

—Tengo el deber de entregar el reino a Mordred —insistió Arturo—. Si él se ausenta, el reino pierde rey y corazón a una. Mordred se queda.

—¿Y quién amenaza con robarle el reino? —preguntó Bleiddig iracundo. El cacique de Benoic era corpulento, semejante a Owain y con una fuerza bruta comparable—. ¡Vos! —señaló a Arturo desdeñosamente—. ¡Si hubierais tomado a Ceinwyn por esposa no habría guerra! ¡Si la hubierais tomado por esposa, no sólo Dumnonia, sino también Gwent y Powys enviarían tropas de apoyo a mi rey!

Los hombres gritaban y algunos desenvainaron la espada, pero Arturo pidió silencio. Un hilo de sangre brotó de la postilla y le resbaló por la larga y hundida mejilla.

—¿En cuánto estimáis el tiempo que le resta a Benoic?

Bleiddig frunció el ceño incapaz de dar una respuesta exacta, pero dijo que seis meses o un año. Explicó que los francos habían llegado al este del país con nuevos ejércitos y que Ban no podía enfrentarse a tan elevado número. El ejército de Ban, comandado por el paladín Boores, luchaba en la frontera norte, y los hombres que Arturo había dejado tras de si defendían la del sur al mando de su primo Culhwch.

Arturo miraba fijamente el mapa de azulejos rojos y blancos.

—Tres meses —dijo—. Acudiré dentro de tres meses, si puedo. Tres meses, y mientras tanto, Bleiddig, os enviaré una banda guerrera compuesta de hombres valientes.

Bleiddig discutió la propuesta argumentando que el juramento exigía la presencia inmediata de Arturo en Armórica, pero Arturo no estaba dispuesto a ceder. Reiteró que dentro de tres meses o nunca y Bleiddig tuvo que aceptar su palabra.

Arturo me hizo seña de acompañarle al patio de columnas que se abría al lado del salón. En el pequeño espacio había unas cubas fétidas como letrinas, pero Arturo no pareció percatarse.

—Bien sabe Dios, Derfel —dijo, y entonces comprendí la gran presión a que se hallaba sometido, pues había utilizado la palabra dios, en singular, como los cristianos, aunque se enmendó rápidamente—. Bien saben los dioses que no deseo perderte, pero tengo que enviar a alguien que no tema romper las filas enemigas. Tengo que enviarte a ti.

—Lord príncipe...

—¡No me llames príncipe! —me interrumpió con rabia—. No soy príncipe, y no discutas conmigo. Todo el mundo discute conmigo. Todo el mundo sabe cómo ganar esta guerra salvo yo. ¡Melwas pide hombres a gritos, Twedric quiere que acuda al norte, Cei dice que precisa cien lanzas más, y ahora Ban me quiere a mi! ¡Si empleara más dinero en el ejército y menos en poetas no tendría problemas!

—¿En poetas?

—Ynys Trebes es un refugio de poetas —dijo con amargura; se refería a la capital de la isla del rey Ban—. ¡Poetas! ¡Necesitamos lanceros, no poetas! —Se detuvo y se apoyó en una columna. Parecía más cansado que nunca—. No conseguiré nada hasta que dejemos de luchar. Si por lo menos pudiera hablar con Cuneglas cara a cara, tal vez habría una esperanza.

—No es posible mientras viva Gorfyddyd —dije.

—No es posible mientras viva Gorfyddyd —repetió; guardó silencio y supe que estaba pensando en Ceinwyn y en Ginebra. Por un hueco abierto en la techumbre, el claro de luna se colaba entre las columnas y teñía de plata su rostro huesudo. Cerró los ojos; se culpaba a si mismo de la guerra, pero lo hecho, hecho estaba. Era necesario encontrar la paz para Britania y sólo un hombre sería capaz de imponerla, el propio Arturo. Abrió los ojos e hizo un gesto de desagrado—. ¿Qué olor es, ése? —preguntó; por fin se había dado cuenta.

—Ahí blanquean el paño, señor —le dije, y señalé las cubas de madera llenas de orina y excrementos batidos de pollo en que se procesaba el preciado paño blanco que tanto gustaba a Arturo.

En circunstancias normales Arturo habría alabado tal prueba de laboriosidad en una ciudad ruinosa como Durocobravis, pero se limitó a olvidar el hedor con un encogimiento de hombros y a tocarse el hilo de sangre fresca que le bajaba por la mejilla.

—Una cicatriz mas —comentó con arrepentimiento—. Pronto tendré tantas como



tú, Derfel.

—Deberíais llevar el yelmo, señor.

—Con el yelmo puesto no veo a diestra ni a siniestra —respondió sin darle más importancia. Se alejó de la columna y me indicó que le acompañara a pasear por la arcada—. Bien; escucha, Derfel. Luchar contra los francos es igual que luchar contra los sajones. Todos son germanos, y los francos no tienen nada de especial, salvo que llevan jabalinas arrojadas, además de las armas más conocidas. Así que mantén la cabeza baja cuando comience el ataque, y después, como siempre, barrera de escudos contra barrera de escudos. Son luchadores tenaces pero beben más de la cuenta, de forma que puedes superarlos usando la cabeza. He ahí el motivo por el que te envío a ti. Eres joven pero tienes cabeza, cosa de la que carecen muchos soldados. Creen que basta con beber y repartir hachazos a diestro y siniestro, pero así no se ganan las guerras. —Hizo una pausa y trató de disimular un bostezo—. Perdóname. Y, por lo que se me alcanza, Derfel, la situación de Benoic no es tan desesperada. Ban es de carácter emocional —pronunció la palabra con acritud— y se asusta fácilmente, pero perder Ynys Trebes le partiría el corazón y yo tendría que vivir con otra culpa sobre la conciencia. Confía en Culhwch, es bueno. Boores es efectivo.

—Pero traicionero —dijo Sagramor desde las sombras, cerca de las tinas de blanqueo.

Había dejado la sala para vigilar a Arturo.

—No es justo —dijo Arturo.

—Es traicionero —repitió Sagramor con su rudo acento— porque está con Lanzarote.

—Lanzarote puede plantear dificultades —admitió Arturo—. Es el heredero de Ban y le gusta hacer las cosas a su modo, pero a mí también. —Sonrió y me miró—. Sabes escribir, ¿verdad?

—Si, señor —dije. Habíamos dejado atrás a Sagramor, que permanecía entre las sombras sin perder a Arturo de vista. Los gatos se escabullían sigilosamente a nuestro paso y los murciélagos revoloteaban alrededor del gablete por donde salía el humo del gran salón. Me pareció imposible que ese lugar hediondo hubiera estado alguna vez alumbrado por candiles y poblado de romanos con túnicas—. Escríbeme y cuéntame lo que sucede —dijo Arturo—, así no tendré que fiarme de la imaginación de Ban. ¿Cómo está tu mujer?

—¿Mi mujer? —No esperaba tal pregunta, y por un momento creí que se refería a Canna, una esclava sajona que me hacía compañía y que me enseñaba su dialecto, algo diferente del sajón que había aprendido yo, de mi madre; pero entonces me di cuenta de que se refería a Lunete—. Nada sé de ella, señor.

—Y tampoco preguntas, ¿verdad? —Me sonrió con picardía y después suspiró. Lunete había partido con Ginebra a la lejana Durnovaria, al antiguo palacio de

invierno de Uter. Ginebra no quería abandonar su bonito palacio nuevo cerca de Caer Cadarn y Arturo hubo de convencerla de que se adentrara más en el país para ponerse a salvo de invasiones enemigas—. Sansum me ha comunicado que Ginebra y todas sus damas adoran a Isis.

—¿A quién?

—Exacto —dijo Arturo con una sonrisa—. Isis es una diosa extranjera, Derfel, con sus propios misterios; tiene que ver con la luna, creo. Eso es lo que afirma Sansum. No creo que él sepa nada, tampoco, pero insiste en que prohíba el culto; en su opinión los misterios de Isis son innumbrables, pero cuando le pido que me diga en qué consisten, no lo sabe. O no lo dice. ¿Sabes tú algo de eso?

—Nada, señor.

—Claro que —añadió Arturo, un tanto obligado—, si Ginebra encuentra solaz en Isis, nada malo puede haber en ello. Pero estoy preocupado por Ginebra; le prometí muchas cosas, ¿sabes?, y todavía no le he dado nada. Quiero devolver a su padre al trono, y lo haremos, si, lo haremos, pero nos costará más de lo previsto.

—¿Queréis luchar contra Dinwrnach? —inquirí, consternado.

—No es sino un hombre como cualquier otro, Derfel, y puede morir. Lo conseguiremos un día. —Se volvió hacia el salón—. Partirás, pues, hacia el sur; sólo puedo darte sesenta hombres. Sé que no es suficiente en caso de que Ban se encuentre en verdadero peligro, pero cruza el mar con ellos Derfel, y ponte a las órdenes de Culhwch. ¿Pasarías por Durnovaria, de camino, y me enviarías nuevas de mi amada Ginebra?

—Sí, señor.

—Llévale un presente de mi parte. ¿Qué te parece el collar que lucía el cabecilla sajón? ¿Crees que será de su agrado? —me preguntó con ansiedad.

—Sería del agrado de cualquier mujer —respondí.

El collar era de factura sajona, burdo y macizo, pero muy bonito. Estaba hecho de placas de oro dispuestas como los rayos del sol y tenía gemas incrustadas.

—¡Bien! Llévalo a Durnovaria en mi nombre, Derfel, y luego ve a salvar Benoic.

—Haré lo posible, señor —dije con toda mi buena intención.

—Lo posible —repitió Arturo—, por el bien de mi conciencia —añadió en voz baja; apartó de un puntapié un fragmento de arcilla que asustó a un gato, el cual, arqueando el lomo, bufó— Parecía todo tan fácil hace tres años —dijo, casi en un susurro— Y después, Ginebra.

Al día siguiente partí hacia el sur con sesenta hombres.

—¿Te ha enviado a espiarme? —me preguntó Ginebra con sonrisa.

—No, señora.

—Querido Derfel —se burló de mí—, cuánto te pareces a mi esposo.

—¿Yo? —pregunté sorprendido.

—Si, Derfel; te pareces a mi esposo, aunque él es mucho más inteligente. ¿Te agrada este lugar? —me preguntó, refiriéndose al patio.

—Es hermoso —conteste.

La villa de Durnovaria era romana, naturalmente, aunque en su día sirvió a Uter como residencia de verano. Bien sabe que no sería tan hermosa cuando el rey la ocupaba, pero Ginebra había devuelto al edificio algo de su antigua grandeza. El patio tenía columnas, como el de Durocbrivis, pero el tejado estaba en perfecto estado y las columnas, encaladas. El emblema de Ginebra se repetía en las paredes interiores en cada arcada, una sucesión de ciervos coronados con una luna creciente. Al ciervo, el de su padre, había añadido ella la luna; los semicírculos completaban vistosamente la obra de arte. El agua corría por unos canales cubiertos de azulejos junto a los que crecían rosas blancas; había en sendas perchas dos halcones de caza que movían la encapuchada cabeza a nuestro paso bajo la arcada romana. También había estatuas de hombres y mujeres desnudos repartidas por el patio, y en los plintos que servían de basa a las columnas, bustos de bronce festoneados de flores. El macizo collar sajón, regalo de Arturo, lucía en ese momento en el cuello de un busto de bronce. Ginebra, después de jugar unos momentos con la joya, frunció el ceño.

—Una pieza burda, ¿no te parece? —me preguntó.

—El príncipe Arturo piensa que es bella, señora, y digna de vos.

—Mi querido Arturo —comentó como al descuido, escogió el busto de un hombre feo, de expresión ceñuda, y le colocó el collar al cuello—. Así está mejor —dijo refiriéndose al busto—. Le llamo Gorfyddydd porque se parece un poco a él, ¿no crees?

—Si, señora.

Ciertamente, la cara amarga y desdichada del busto recordaba a Gorfyddydd.

—Gorfyddydd es un animal —dijo Ginebra—. Quiso robarme la virginidad.

—¿Eso es cierto? —logré decir tras recobrar de tamaña revelación.

—Lo intentó pero no lo consiguió —ratificó con firmeza—. Estaba borracho, me besuqueaba por todas partes, me dejó llena de babas, hasta aquí —dijo, señalándose los senos. Llevaba una sencilla enagua de lino que le caía recta desde los hombros hasta los pies. A fe mía que debía ser de un paño carísimo, pues era de una sutileza tan atractiva que, si miraba a Ginebra con atención, cosa que procuré evitar en lo posible, su cuerpo desnudo se insinuaba bajo los delicados pliegues de la tela. Llevaba en el cuello un ciervo de oro con la luna creciente, pendientes de gotas de ámbar engarzadas en oro en las orejas y, en la mano izquierda, un anillo de oro con el oso de Arturo cortado por una cruz de amante—. Me besuqueaba con su boca babosa —prosiguió encantada— cuando terminó, o mejor dicho, cuando dejó de intentarlo y de balbucear que iba a convertirme en su reina y que sería la mujer más rica de Britania, me fui a ver a Iorweth para que me hiciera un conjuro contra un amante no

deseado. No le dije al druida que se trataba del rey, claro está, aunque seguramente no habría importado porque Iorweth era capaz de cualquier cosa a cambio de una sonrisa; así pues, preparóme el conjuro y yo lo enterré. Luego, por medio de mi padre hice saber a Gorfyddyd que había enterrado un conjuro contra la hija de un hombre que había intentado violarme. Gorfyddyd comprendió de quién se trataba y, como adora a su insípida pequeña Ceinwyn, no volvió a molestarme. —Soltó una carcajada—. ¡Qué necios son los hombres!

—Excepto el príncipe Arturo —dije con firmeza, procurando no olvidar el título que Ginebra insistía en adjudicarle.

—Lo suyo con las joyas es necedad —dijo secamente, y fue entonces cuando me preguntó si me había enviado a espiarla.

Seguimos paseando por entre las columnas. Estábamos solos. Un guerrero llamado Lanval, comandante de la guardia de la princesa, quiso dejar a sus hombres en el recinto, pero Ginebra le pidió que los despidiera.

—Que murmuren de nosotros —comentó risueña, aunque después frunció el ceño—. A veces tengo la impresión de que Lanval está aquí para espiarme.

—Lanval tal sólo cuida de vos, señora, pues de vuestra seguridad depende la felicidad del príncipe Arturo, y de su felicidad depende todo un reino.

—Muy bonito, Derfel. Me gusta —dijo, con retintín de burla.

Seguimos caminando. Bajo la sombra que ofrecían las columnas como refugio contra el calor del sol, un cuenco lleno de agua y pétalos de rosa esparcía un agradable perfume—. ¿Deseas ver a Lunete? —me preguntó súbitamente.

—No creo que ella desee verme a mí.

—Probablemente. Pero no estáis casados, ¿verdad?

—No, señora, no nos hemos casado.

—Entonces, poco importa, ¿no crees? —me preguntó, aunque no especificó qué era lo que dejaba de importar, ni yo se lo pregunté—. Quería verte, Derfel —me dijo con gran interés.

—Me halagáis, señora.

—¡Tus palabras son cada vez más bellas! —exclamó, aplaudiendo; acto seguido arrugó la nariz—. Dime, Derfel, ¿te lavas alguna vez?

—Si, señora —contesté sonrojado.

—Apesta a cuero, sangre, sudor y polvo. Un aroma bastante agradable en algunas ocasiones, pero no ahora. Hace demasiado calor. ¿Te gustaría que mis damas te dieran un baño? Lo hacemos al estilo romano, con abundante vapor y estropajo. Resulta agotador.

Me alejé un paso de ella deliberadamente.

—Ya buscaré un arroyo, señora.

—Sin embargo, quería verte —repitió. Se acercó a mi de nuevo e incluso me

tomó del brazo—. Háblame de Nimue.

—¿De Nimue? —pregunté desconcertado.

—¿Sabe hacer magia, en verdad? —inquirió, vivamente interesada. La princesa era de la misma estatura que yo y su rostro, hermoso y de pómulos altos, me miraba muy de cerca. Tanta proximidad me producía una gran perturbación, comparable a la ofuscación de los sentidos que causa el brebaje de Mitra. Su cabello rojo olía a perfume y sus deslumbrantes ojos verdes, enmarcados con una raya de resma y hollín de bujía, parecían aún más grandes—. ¿Sabe hacer magia? —preguntó de nuevo.

—Creo que sí.

—¡Crees! —Se alejó de mí decepcionada—. ¿Sólo lo crees?

Noté pulsaciones en la cicatriz de la mano izquierda y no supe qué decir. Ginebra se reía.

—Dime la verdad, Derfel. ¡Necesito saberlo! —Volvió a tomarme del brazo y me llevó un poco más lejos—. Ese espantoso obispo Sansum quiere convertirnos a todos en cristianos, y no estoy dispuesta a consentirlo. Pretende hacernos sentir culpables a todas horas y no dejo de decirle que nada tengo de qué arrepentirme; pero el poder de los cristianos va en aumento. ¡Están levantando una nueva iglesia aquí! Y algo peor aún. ¡Ven! —Impulsivamente, dio media vuelta y batió palmas. Varios esclavos acudieron al punto y Ginebra ordenó que le trajeran el manto y los perros—. Voy a enseñarte una cosa, Derfel, para que veas con tus propios ojos lo que ese obispo malvado está haciendo a nuestro reino.

Se abrochó el manto de lana malva para ocultar la fina enagua de lino y tomó las correas de un par de mastines, que jadeaban a su lado con las largas lenguas colgando entre sus afilados dientes. Se abrieron de par en par las puertas de la villa y salimos a la calle mayor de Durnovaria seguidos por dos esclavos y con una guardia de cuatro hombres que formó apresuradamente a nuestro alrededor; la calle estaba muy bien pavimentada con grandes piedras y sumideros que recogían el agua de lluvia y la llevaban al río, que pasaba por el este de la ciudad. En los grandes escaparates de las tiendas había todo tipo de mercancías: calzado, carnes, sal, alfarería... Algunas casas se habían derrumbado pero la mayoría estaban bien conservadas, debido tal vez a la prosperidad que había aportado la presencia de Ginebra y Mordred. Naturalmente no faltaban mendigos, que se acercaban arrastrándose sobre sus muñones, procurando evitar los golpes de lanza de los guardias, a recoger las monedas de cobre que los dos esclavos de Ginebra iban distribuyendo. Ginebra avanzaba impertérrita, con el cabello rojo expuesto al sol, sin inmutarse por la expectación que causaba su presencia.

—¿Ves aquella casa? —me preguntó señalando hacia un elegante edificio de dos pisos que se levantaba en la parte norte de la calle—. Ahí vive Nabur, y ahí es donde nuestro pequeño rey se tira pedos y vomita. —Se estremeció—. Mordred es un niño

particularmente repugnante. Cojea y jamás deja de gritar. ¡Escucha! ¿No lo oyes? — Ciertamente, oi el llanto de un niño, aunque no había forma de saber si se trataba de Mordred o no—. Bien; ven por aquí.

Se abrió paso entre una multitud que la admiraba desde un lado de la calle; después subió un montón de cascotes que se levantaba cerca de la bonita casa de Nabar.

La seguí hasta un solar en construcción, o mejor dicho, un lugar donde estaban derrumbando un edificio y levantando otro sobre los mismos cimientos. El edificio que estaban echando abajo era un templo romano.

—Aquí adoraban a Mercurio —dijo Ginebra—, pero ahora tendremos un templo dedicado a un carpintero muerto. Pero ¿cómo podrá un carpintero muerto procurarnos buenas cosechas? ¡Dime! —Las últimas palabras, aunque ostensiblemente dirigidas a mi, fueron pronunciadas en voz tan alta que molestaron al grupo de obreros cristianos que trabajaba en su nueva iglesia. Algunos colocaban piedras, otros azolaban las jambas de las puertas y otros tiraban abajo los muros antiguos para extraer material con que levantar los nuevos—. Si necesitáis un tugurio para vuestro carpintero —dijo Ginebra con voz vibrante—, ¿por qué no lo alojáis sin más en el edificio antiguo? Se lo pregunté a Sansum, pero dice que todo debe ser nuevo, de forma que sus caros cristianos no hayan de respirar el mismo aire respirado antes por paganos; por tamaño desatino eliminamos lo antiguo, que era exquisito, y levantamos una construcción espantosa a base de piedra mal revestida y sin gracia alguna. —Escupió al suelo para ahuyentar el mal—. ¡Dice que es una capilla para Mordred. ¿Puedes creerlo? Está decidido a convertir al niño lisiado en un cristiano quejumbroso, y, piensa hacerlo en este lugar abominable.

—¡Querida señora! —El obispo Sansum salió de detrás de uno de los muros nuevos, que verdaderamente estaban revocados con mal gusto, comparados con el esmerado trabajo de los restos del templo antiguo. Sansum llevaba manchada de polvo blanco la negra sotana, y también el hirsuto cabello—. Vuestra graciosa presencia nos honra altamente, señora —dijo inclinándose ante ella.

—No te hago ningún honor, gusano. He venido a mostrar a Derfel la carnicería que estáis perpetrando. ¿Cómo podéis adorar en semejante lugar? —Señaló despectivamente la iglesia a medio construir—. De la misma forma podríais hacerlo en una cuadra de vacas.

—Nuestro amado Señor nació en un establo, señora, de modo que mucho me congratula que nuestra humilde iglesia os recuerde a un refugio de ganado.

Volvió a inclinarse ante ella. Unos cuantos albañiles, reunidos en el extremo opuesto de la edificación, entonaron un himno sagrado para protegerse de la torva presencia de paganos.

—Ciertamente, suena como un establo de vacas —replicó Ginebra secamente;

pasó ante eí sacerdote y, pisando cascotes, se acercó a una cabaña de madera levantada contra una de las paredes de piedra y ladrillo de la casa de Nabur. Soltó a los perros y los dejó correr a su gusto—. ¿Dónde está la estatua, Sansum? —preguntó con orgullo al tiempo que abría la puerta de la cabaña de un puntapié.

—¡Ay, graciosa señora! Quise salvarla para vos, pero nuestro bendito señor ordenó que fuera fundida, para los pobres, ¿comprendéis?

—¡Bronce! —exclamó, volviéndose al sacerdote con fiereza—. ¿De qué sirve el bronce a los pobres? ¿Acaso lo comen? —Me miró—. Una estatua de Mercurio, Derfel, alta como un hombre alto, maravillosamente cincelada. ¡Una auténtica obra de arte de los romanos, no de los britanos! Pero ya no existe, la han fundido en un horno cristiano porque vosotros —dijo, mirando de nuevo a Sansum con verdadero desprecio— no podéis soportar la belleza. Os asusta la belleza. Sois como larvas que destrozan los árboles sin saber lo que hacen. —Entró en la cabaña agachando la cabeza; allí guardaba Sansum los objetos de valor que encontraba entre los restos del templo. Salió de nuevo con una pequeña estatua de piedra y la lanzó a las manos de un guardia—. No es gran cosa, pero al menos se libra de una larva carpíntera nacida en una cuadra de vacas.

Sansum, sin dejar de sonreír a pesar de los insultos, me preguntó por la marcha de la guerra en el norte.

—Vamos ganando poco a poco —dije.

—Decid a Arturo, príncipe y señor mío, que ruego por él.

—Ruega por sus enemigos, sapo —terció Ginebra—, tal vez así ganemos más presto. —Se quedó mirando a sus dos perros, que en ese momento orinaban contra las paredes de la nueva iglesia—. Cadwy hizo una incursión hacia aquí el mes pasado —me dijo—, y se acercó mucho.

—A Dios gracias, nos libramos —añadió piadosamente el obispo Sansum.

—Pero no gracias a ti, miserable gusano —dijo Ginebra—. Los cristianos huyeron, se levantaron la faldas y echaron a correr hacia el este. Los demás nos quedamos, y Lanval, gracias a los dioses, expulsó a Cadwy. —Escupió hacia la nueva iglesia—. Más adelante seremos liberados de nuestros enemigos y, cuando tal cosa ocurra, Derfel, haré derrumbar esa cuadra de vacas para construir un templo digno de un verdadero dios.

—¿Un templo a Isis? —preguntó Sansum maliciosamente.

—Cuidado, sapo —le advirtió Ginebra—, pues mi diosa gobierna la noche y podría despojarte de tu alma para divertirse. Aunque sólo los dioses saben de qué serviría a nadie un alma tan miserable. ¡Vamos, Derf el!

Recogimos a los dos mastines y volvimos a subir la cuesta. Ginebra temblaba de ira.

—¿Has visto lo que está haciendo. ¡Arrasa lo antiguo! ¿Por qué? Para imponernos

sus mezquinas y vulgares supercherías. ¿Por qué no puede dejar en paz las cosas antiguas? A nosotros no nos importa que unos necios quieran adorar a un carpintero, ¿por qué ha de preocuparle a él a quién adoremos nosotros? Cuantos más dioses haya, mejor, digo yo. ¿Por qué exaltar a un dios ofendiendo a otro? No tiene sentido.

—¿Quién es Isis? —pregunté al entrar por las puertas de la villa; ella me miro con picardía.

—¿Por ventura no es ésa una pregunta de mi querido esposo?

—Sí —dije.

—¡Bien hecho, Derfel! —dijo riéndose—. La verdad siempre asombra. De modo que a Arturo le preocupa mi diosa.

—Le preocupa porque Sansum le molesta con cuentos de misterios.

Se quitó el manto y lo dejó caer sobre el embaldosado para que lo recogiera un esclavo.

—Dile a Arturo que no hay de qué preocuparse. ¿Duda acaso de mi afecto?

—Os adora —dije con tacto.

—Y yo a él. —Me sonrió—. Diselo así, Derfel —añadió con ternura.

—Lo haré; señora.

—Y dile que no hay por qué preocuparse por Isis. —Me tomó la mano impulsivamente—. Ven —me dijo, igual que antes, cuando me llevó al templo cristiano; en esta ocasión la seguí por el patio, saltando por encima de los canales hasta una puerta pequeña situada en la arcada del fondo—. Aquí —dijo, y me soltó la mano para abrir la puerta—, éste es el templo de Isis que tanto preocupa a mi amado señor.

—¿Pueden entrar hombres? —pregunté, vacilante.

—Durante el día sí, mas no por la noche. —Agachó la cabeza para entrar y apartó una gruesa cortina de lana colgada a la misma entrada. La seguí y, al pasar al otro lado de la cortina, me encontré en un recinto negro, sin luz—. No te muevas de donde estás —me advirtió; al principio pensé que se trataría de un precepto de Isis; cuando la vista se me acostumbró a la densa oscuridad, vi que me había hecho detener para evitar que cayera en el estanque de agua que ocupaba el centro. Sólo entraba algo de luz por los bordes de la cortina de la puerta, pero al cabo de un rato percibí una luz gris que se colaba por el otro extremo de la estancia; después Ginebra empezó a retirar una a una varias capas de cortinajes negros que colgaban de un mástil sujeto con abrazaderas; eran tan gruesas que ni la menor luz habría podido filtrarse a través de las capas superpuestas. Detrás de los cortinajes, amontonados ahora en el suelo, había unos postigos que Ginebra abrió de par en par; la luz entró a chorros.

—Ahí los tienes —dijo, colocándose a un lado de la gran ventana arqueada—, ¡los misterios!

Se burlaba de los temores de Sansum, aunque bien es verdad que la estancia



resultaba misteriosa, pues allí todo era negro. El suelo era de piedra negra, las paredes y el techo abovedado estaban pintados de negro; en el centro del suelo había un estanque poco profundo de aguas negras, y al otro lado, entre el estanque y la ventana, un trono de piedra negra.

—¿Qué te parece, Derfel? —me pregunto.

—No veo a la diosa —dije, buscando con los ojos una estatua de Isis.

—Acude con la luna. —Traté de imaginarme la luna plena entrando por la ventana, rielando en el estanque y reflejándose en las negras paredes—. Háblame de Nimue —me ordenó—, y yo te hablaré de Isis.

—Nimue es la sacerdotisa de Merlín —dije, y mi voz resonó en las piedras negras— y está aprendiendo sus secretos.

—¿Qué secretos?

—Los secretos de los dioses antiguos, señora.

—Pero ¿cómo descubre Merlín los secretos? —preguntó con el ceño fruncido—. Tengo entendido que los antiguos druidas no escribían nada, que tenían prohibida la escritura, ¿no es así?

—Si, señora, pero a pesar de ello Merlín busca sus secretos.

—Sabía que habíamos perdido cierto conocimiento. ¿De modo que Merlín lo está buscando? ¡Tanto mejor! Tal vez sirva de escarmiento a ese sapo vil de Sansum. —Ginebra estaba en medio de la ventana y miraba más allá de los tejados de Durnovaria, unos de paja y otros de tejas, hacia los paramentos del sur y el túmulo herboso del anfiteatro, y más lejos aún, hacia las grandes murallas de tierra de Mai Dun que asomaban en el horizonte. Había nubes blancas en el cielo, pero lo que me quitó la respiración fue la luz del sol que se filtraba por la tenue enagua blanca de Ginebra, de modo que la dama de mi señor, la princesa de Henis Wyren, parecía completamente desnuda; por unos momentos, con la sangre martilleándome los oídos, sentí celos de mi señor. ¿Sabía Ginebra lo traicionero que era el sol? Creí que no, pero tal vez me equivocara. Estaba de espaldas a mí y de repente se volvió un poco y me miró—. ¿Lunete es maga?

—No, señora.

—Pero aprendió con Nimue, ¿no es así?

—No. Jamás tuvo permiso para entrar en las habitaciones de Merlín. No tenía interés.

—¿Y tú? ¿Entrabas en las habitaciones de Merlín?

—Sólo dos veces —contesté. Le veía los senos y bajó deliberadamente la vista a las negras aguas; mas, para mayor tormento, las aguas reflejaban su belleza y matizaban su esbelto cuerpo cubriéndolo con un seductor velo de misterio. Cayó sobre nosotros un silencio de plomo y entonces me di cuenta, pensando en nuestras últimas palabras, de que Lunete debía de haber afirmado poseer algún conocimiento

de la ciencia de Merlín, y que sin duda yo acababa de desmentir su pretensión—. Es posible —añadí con poca convicción—, pues Lunete sabe más de lo que me ha demostrado.

Ginebra se encogió de hombros y volvió a darme la espalda.

Yo levanté de nuevo la mirada.

—Pero ¿dirías que Nimue sabe más que Lunete?

—Infinitamente más, señora.

—He pedido a Nimue por dos veces que acuda junto a mi —me dijo en tono cortante—, y por dos veces se ha negado. ¿Cómo podría obligarla?

—La mejor forma de conseguir que Nimue haga una cosa —dije— es prohibirle que la haga.

De nuevo quedamos en silencio, aunque se oían los ruidos de la calle, los gritos de los vendedores en el mercado, el golpeteo de las ruedas de los carros sobre la piedra, el ladrido de los perros, el ruido de cacharros de alguna cocina terrena; pero nosotros estábamos en silencio.

—Un día —dijo Ginebra, rompiendo el silencio— levantaré un templo a Isis allá. —Señaló hacia las murallas de Mai Dan, que llenaban el horizonte sur—. ¿Es tierra sagrada?

—Mucho.

—Mejor. —Una vez más se volvió hacia mí, con el sol en los cabellos y en la suave piel, que se traslucía bajo la enagua blanca—. No pienso jugar a ser más lista que Nimue, Derfel, quiero que

venga aquí. Necesito una sacerdotisa con poderes, una amiga de los dioses antiguos para derrotar a esa larva de Sansum. Necesito a Nimue, Derfel; así pues, por el amor que profesas a Arturo, dime qué mensaje me la traería. Dímelo y yo te diré por qué adoro a Isis.

Me quedé pensando qué cebo atraería a Nimue.

—Decidle que Arturo le entregará a Gundleus si ella os obedece, pero no faltéis a vuestra palabra —añadí.

—Gracias, Derfel. —Sonrió y se sentó en el negro y pulido sitial—. Isis es una diosa de mujeres y su símbolo es el trono. Aunque sea un hombre el que se sienta en el trono de un reino, Isis puede decidir qué hombre ha de ser. Por ese motivo la adoro.

Capté un rastro de traición en sus palabras.

—Señora, el trono de este reino —dije, repitiendo la frecuente afirmación de Arturo— lo ocupa Mordred.

Ginebra sonrió burlonamente.

—Mordred no es capaz de ocupar ni un orinal él solo. ¡Es un tullido! ¡Es un niño malcriado que ya huele el poder como un cerdo a una cerda en celo! —Hablaban con tono zahiriente y desdeñoso—. ¿Desde cuándo pasan los tronos de padres a hijos,

Derfel? ¡Dime! Jamás fue así en los días antiguos. El poder pasaba a manos del mejor hombre de la tribu, y así debería seguir siendo ahora. —Cerró los ojos como arrepentida de su súbito arranque—. ¿Eres amigo de mi esposo? —me preguntó al cabo, con los ojos abiertos de nuevo.

—Sabéis que si, señora.

—Entonces, tú y yo somos amigos, Derfel. Somos uno porque los dos amamos a Arturo. ¿Crees tú, mi amigo Derfel Cadarn, que Mordred sería mejor rey que Arturo?

Vacilé, pues Ginebra me incitaba a hablar a la par como traí— dor y sinceramente, en un recinto sagrado, de modo que opté por decir la verdad.

—No, señora. El príncipe Arturo sería mejor rey.

—Bien. —Me sonrió una vez más—. Pues di a Arturo que nada debe temer, sino al contrario, mucho ha de ganar de mi dedicación a Isis. Dile que rindo aquí culto a la diosa por su futuro y que nada de lo que suceda entre estas cuatro paredes redundará en su perjuicio. ¿Lo has entendido claramente?

—Así se lo diré, señora.

Me miró fijamente un largo rato. Yo me mantuve tieso como un soldado, con el manto rozando el suelo, Hywelbane a un costado y la barba, ya abundante, dorada a la luz del santuario.

—¿Vamos a ganar la guerra? —me preguntó al cabo.

—Si, señora.

—Dime por qué —me ordenó, sonriendo por la seguridad que mostraba.

—Porque Gwent defiende el norte inamovible como una roca, porque los sajones luchan entre si como nosotros y jamás se unen para atacarnos. Porque Gundleus de Siluria tiembla de pensar en otra derrota, porque Cadwy es una babosa que sera aplastada tan pronto como tengamos tiempo que perder, porque Gorfyddydd sabe luchar pero no sabe dirigir un ejército, y por encima de todo, señora, porque tenemos al príncipe Arturo.

—Bien —dijo, y se puso de pie; el sol traspasaba esa tenue enagua blanca—. Debes partir, Derfel. Ya has visto suficiente. —Enrojecí y Ginebra se rió—. ¡Busca un arroyo! —me dijo aún, al tiempo que yo salía por la cortina de la puerta—. Apesta como un sajón.

Encontré un arroyo, me lavé, reuní a mis hombres y los llevé hacia el sur, hacia el mar.

No me gusta el mar. Es frío y engañoso, sus cambiantes montañas grises llegan incesantes desde el lejano poniente, donde el sol muere a diario. Un marinero me contó que en algún lugar más allá del vacío horizonte se encuentra la fabulosa tierra llamada Lyonesse, que nadie ha visto y de la cual nadie ha regresado; así, se ha convertido en un refugio bendito para los marineros pobres; dicen que es una tierra de maravilla donde no existen la guerra ni el hambre y, sobre todo, una tierra sin naves

que surquen el mar gris y grumoso ni rompan las crestas blancas que el viento arrastra azotando las laderas gris verdosas que zarandean sin piedad nuestras pequeñas naves de madera. Veíase la costa de Dumnania verde como una esmeralda. No me había percatado de lo mucho que amaba esa tierra hasta que salí de ella por vez primera.

Navegábamos en tres navíos con esclavos a los remos; cuando salimos del río empezó a soplar un viento de poniente; entonces recogieron los remos y las deshilachadas velas arrastraron las naves precipitándolas por los empinados costados de las olas. Muchos de mis hombres se marearon. Eran jóvenes, más jóvenes que yo en su mayoría, pues ciertamente la guerra es un juego de niños, pero había algunos mayores que yo. Cavan, el segundo en el mando, rozaba los cuarenta; tenía la barba entrecana y el rostro lleno de cicatrices. Era un adusto irlandés que se había puesto al servicio de Uter y no encontraba extraño hallarse ahora a las órdenes de un hombre que contaba la mitad de sus años. Me llamaba señor porque, sabiendo que procedía del Tor, me tomaba por heredero de Merlín, o cuando menos por hijo encumbrado del mago engendrado de una esclava sajona. Creo que Arturo me dio a Cavan por sí, debido a mí escasa edad, no lograba imponer la autoridad necesaria; pero, sinceramente, nunca tuve problemas para mandar a los hombres. Se les dice a los soldados cuál es su deber, se les da buen ejemplo, se les castiga si no cumplen debidamente y, por lo demás, se les premia con generosidad y se les conduce a la victoria. Mis lanceros eran todos voluntarios que iban a Benoic porque deseaban estar a mi servicio o, más probablemente, alentados por la perspectiva de ganar mejor botín y mayor gloria al sur del mar. Viajábamos sin mujeres, sin caballos y sin criados. Di libertad a Canna y la envié al Tor con la esperanza de que Nimue la cuidara, pero pensaba que no volvería a ver a mi pequeña sajona nunca más. Enseguida encontraría marido, mientras yo iba en busca de la nueva Britania, la Britania de los galos, y contemplaba con mis propios ojos la belleza legendaria de Ynys Trebes.

Bleiddig, el mensajero del rey Ban, viajaba con nosotros. Protestó por mi juventud, pero cuando Cavan le dijo de mal humor que seguramente yo había matado a más hombres que el propio Bleiddig, el cacique optó por guardar para sí toda objeción en mi contra. Aún hubo de quejarse por el número reducido de hombres. Dijo que los francos estaban ansiosos de tierras, que eran harto numerosos y que iban bien armados. Le parecía que doscientos habrían supuesto una ayuda, pero que sesenta eran muy pocos.

La primera noche anclamos en la bahía de un isla. Los mares rugían en la boca de la bahía y en la playa una banda de harapientos comenzó a gritarnos y a arrojarnos débiles flechas que ni con mucho habrían alcanzado a ninguna de nuestras tres naves. El capitán de nuestra nave temía que se acercara una tormenta y sacrificó un cabrito que llevaba a bordo con ese solo propósito; salpicó la proa del barco con la sangre del

animal agonizante y por la mañana el viento amainó, aunque una espesa niebla ocultaba el mar por completo. Ninguno de los capitanes quería navegar con la niebla, de modo que hubimos de aguardar un día entero y una noche, y después, al amanecer del día siguiente, bajo un cielo limpio, remamos hacia el sur. Fue una jornada larga. Bordeamos unas rocas espantosas llenas de esqueletos de naves que habían zozobrado; al atardecer, cálido atardecer, con un viento ligero y la marea alta que ayudaba a nuestros cansados remeros, entramos en un río de ancho cauce: con el auspicio favorable de una bandada de cisnes volando sobre nosotros, hicimos embarrancar las naves. Había una plaza fuerte en las cercanías y unos hombres armados descendieron hasta la orilla para enfrentarse a nosotros, pero Bleiddig les dijo a gritos que éramos amigos. Entonces los hombres saludaron en britano y nos dieron la bienvenida. El sol poniente doraba las ondas y los remolinos del río. Olía a pescado, a salitre y a pez. Junto a los botes amarrados había tendales con redes negras colgadas, bajo las cribas de sal brillaban las hogueras, los perros entraban en el agua y salían corriendo, huyendo de las pequeñas olas y ladrándonos, y un grupo de niños salió de las cabañas más próximas y se acercó a vernos desembarcar chapoteando en el agua.

Yo fui el primero en bajar y bajé con el escudo, donde se distinguía el oso de Arturo invertido; traspasada la línea de desechos que deja la pleamar, clavé la punta de la lanza en la arena y di gracias a Bel, mi protector, y a Manawydan, el dios del mar, y rogué que un día me permitieran navegar desde Armórica y regresar al lado de Arturo, señor mío, y a mi bendita Britania.

Después partimos a la guerra.

He oído decir que no hay ciudad, ni siquiera Roma o Jerusalén, tan bella como Ynys Trebes, y quizá sea cierto, pues aunque jamás vi esas ciudades, si que estuve en Ynys Trebes, y en verdad

es un lugar de maravilla, el más hermoso de cuantos he visto. Levantábase sobre una escarpada isla de granito, en una bahía amplia y poco profunda que en ocasiones semejava un campo de espuma barrido por vientos aullantes, mientras que en el interior de Ynys Trebes todo permanecía en calma. En verano la bahía ardía de calor, pero la capital de Benoic siempre se conservaba fresca. A Ginebra le habría entusiasmado Ynys Trebes, pues allí todo lo antiguo era venerado y no se permitía fealdad alguna que empañara su gracia.

Naturalmente, los romanos habían llegado a Ynys Trebes, pero no la habían fortificado, sino que se habían limitado a construir un par de villas en la cumbre. Las villas continuaban en pie, el rey Ban y la reina Elaine las habían unido y mejorado a costa de las construcciones romanas de tierra firme, de donde habían obtenido columnas, pedestales, mosaicos y estatuas; así pues, en la cumbre de la isla se elevaba un palacio espacioso y lleno de luz, con cortinas de lino blanco que se agitaban al menor soplo de brisa marina. El mar era la vía de acceso más fácil a la ínsula, aunque existía una especie de terraplén que quedaba bajo las aguas cada vez que subía la marea y que durante la bajamar resultaba traicionero, pues se formaban arenas movedizas. El terraplén estaba marcado por sarmientos trenzados, pero las marcas eran arrasadas una y otra vez por las tremendas mareas y sólo un insensato osaría cruzar por allí sin contar con los servicios de un guía local que le condujera entre las arenas movedizas y las rías engañosas. En el punto más bajo de la marea, Ynys Trebes emergía del mar en medio de una extensión de arenas rizadas surcada por barrancos y profundos charcos y, cuando el mar subía y el viento de poniente soplaba con fuerza, la ciudad semejava una nave monstruosa abriéndose paso intrépidamente por las tumultuosas aguas.

Al pie del palacio había un corrillo de edificios de menor importancia, colgados de las escarpadas laderas de granito cual nidos de gaviotas. Había templos, comercios, iglesias y viviendas, todo en calado y construido en piedra, todo adornado con cuantos relieves y ornamentos no hubieran encontrado acomodo en el palacio de Ban; orientábanse las casas hacia el camino pavimentado que ascendía en escalones, rodeando la empinada ladera de la isla hasta alcanzar la morada del rey. En el lado oriental de la ínsula había un pequeño muelle de piedra en el que sólo se podía atracar sin riesgo en los momentos de mayor calma; por tal motivo habíamos desembarcado nosotros en otro punto más seguro, a un día de marcha hacia poniente. Más allá del muelle había un puertecillo que no era sino un gran charco formado por las mareas y

protegido por bancos de arena. Durante la bajamar el charco quedaba aislado del mar, y cuando subía la marea el amarre no era seguro si el viento soplabá del norte. Una muralla de piedra mantenía a raya al mundo exterior rodeando enteramente el pie de la ínsula, excepto en las partes donde la pared de granito era de por sí imposible de escalar. Fuera de Ynys Trebes acechaban los tumultos, los enemigos francos, la sangre, la pobreza y la enfermedad, pero murallas adentro respirábase dedicación al estudio, a la música, a la poesía y a la belleza.

Mi destino no era la amada ínsula y capital del rey Ban, pues tenía la misión de defenderla combatiendo en tierra firme contra los francos, que atacaban las tierras de labor que a su vez sustentaban la magnífica capital; sin embargo, Bleiddig insistió en que conociera al rey, de modo que fui conducido por el terraplén hasta cruzar las puertas de la ciudad, adornadas con un hombre sirena que blandía un tridente. Subimos después por la empinada escalera de piedra serpenteando entre templos y tiendas; vi casas con tiestos de flores en los balcones, estatuas y fuentes que vertían sus aguas limpias y frescas en abrevaderos de mártitol en donde cualquiera podía llenar un cubo o agacharse a beber. Bleiddig me guiaba y protestaba por el derroche que acarreaba la ciudad, cuando todo ese dinero estaría mejor empleado en reforzar las defensas de la tierra, pero yo estaba perplejo. Me pareció que valía la pena luchar por semejante lugar.

Cruzamos las últimas puertas adornadas con hombres sirena y llegamos al patio de palácio; tres lados estaban ocupados por edificios de paredes cubiertas de parras y el cuarto se abría ampliamente al mar en una serie de arcos blancos. En todas las puertas había guardias con mantos blancos y lanzas de punta brillante y mango pulido.

—No sirven para nada práctico —musitó Bleiddig—, no serian capaces ni de enfrentarse a un pelele, pero adornan mucho.

Un cortesano con toga blanca salió a nuestro encuentro y nos escoltó durante un largo recorrido por varias salas, todas llenas de singulares tesoros. Vi estatuas de alabastro, platos de oro y, en una de las habitaciones, una hilera de espejos de azogue que me dejó atónito, pues mi imagen se reflejaba interminablemente: un soldado sucio con barba y manto rojo repetido infinitas veces, cada vez más pequeño, en los diversos espejos. En la siguiente estancia, que estaba pintada de blanco y olía a flores, una muchacha tocaba el arpa. Llevaba una túnica corta, nada más. Sonrió al vernos pasar y siguió tocando. Tenía el pecho dorado por el sol, el cabello corto y la sonrisa pronta.

—Esto parece un prostíbulo —dijo Bleiddig en un murmullo ronco—, y ojalá lo fuese, así al menos serviría para algo.

El cortesano de la toga abrió las últimas puertas con pomos de bronce y, con una inclinación de cabeza, nos hizo pasar a un espacioso aposento con vistas al brillante

mar.

—Lord rey —dijo, y se inclinó ante el único ocupante de la sala—, el jefe Bleiddig y Derf el, capitán dumnonio.

Un hombre alto y delgado, de expresión preocupada y escaso pelo blanco, que estaba sentado a una mesa escribiendo en un pergamino, se levantó entonces. Un sopío de aire movió el pergamino y el hombre se apresuró a sujetarlo por las esquinas con cuernos de tinta y piedras de serpiente.

—¡Ah, Bleiddig! —exclamó el rey, avanzando hacia nosotros—. Habéis regresado, veo. Bien, bien. Algunos no regresan jamás, los barcos no sobreviven. Deberíamos reflexionar sobre ello. ¿Será la respuesta naves de mayor envergadura, creéis vos? ¿O será por ventura que las construimos defectuosamente? No estoy seguro de que nuestros conocimientos de construcción naval sean adecuados, aunque nuestros pescadores juran que sí, a pesar de que algunos de ellos tampoco regresan nunca. Es un problema. —El rey Ban se detuvo en medio de la habitación y se rascó la sien, con lo que manchó de tinta un poco más, su escaso cabello—. No adivino en modo alguno una solución inmediata —anunció por fin, y entonces se quedó mirándome—. Vos sois Drivel, si no yerro.

—Derfel, lord rey —dije hincando una rodilla en el suelo.

—¡Derfel! —Pronunció mi nombre con gran asombro—. ¡Derfel! ¡Permitidme un momento de meditación! Derfel. Si vuestro nombre significa algo, supongo que debe de referirse a perteneciente a un druida. ¿Es así, Derfel?

—Merlín me crió, lord rey.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Oh, sí, sí, ciertamente! ¡Vaya, vaya! Gran hallazgo. Hemos de hablar vos y yo. ¿Cómo se encuentra mi querido Merlín?

—Hace cinco años que no lo vemos, señor.

—¡De modo que es invisible! ¡Ja! Siempre pensé que dominaba ese truco, entre otros. Y resulta hartó útil. Tengo que pedir a mis sabios que investiguen ese tema. Alzaos, alzaos, no puedo soportar que la gente se arrodille ante mí. No soy un dios, o al menos no creo serlo. —El rey me miró de arriba abajo y pareció decepcionado por lo que veía—. ¡Parecéis un franco —puntualizó con tono confuso.

—Soy dumnonio, lord rey —dije con orgullo.

—No lo dudo un momento, un dumnonio precursor de mi querido Arturo, ¿verdad? —preguntó con interés.

—No, señor —dije. ¡Qué pocos deseos tenía de que llegara ese momento!—. Arturo está rodeado de numerosos enemigos. Lucha por la supervivencia de nuestro reino y por ese motivo me ha enviado a mí con unos pocos hombres, cuantos fueron posibles, y tengo orden de escribirle y comunicarle si son necesarios más.

—Son necesarios más, en verdad que son necesarios —dijo Ban con el tono más fiero que le permitió su delicada y aguda voz—. ¡Ay de mí, sí! De modo que habéis



traído a unos pocos hombres, ¿cuán pocos son unos pocos, exactamente?

—Sesenta, señor.

El rey Ban se dejó caer en una silla taraceada de marfil.

—¡Sesenta! ¡Esperaba trescientos! ¡Y a Arturo en persona! Parecéis hartos jovenes para ser capitán de soldados —dijo, y en su voz había duda. De pronto se exaltó—. ¿He entendido correctamente? ¿Habéis dicho que sabéis escribir?

—Sí, señor.

—¿Y leer? —inquirió con vehemencia.

—Por supuesto, lord rey.

—¿Lo veis, Bleiddig? —exclamó el rey con tono triunfante, levantándose de la silla como movido por un resorte—. ¡Hay guerreros que saben leer y escribir sin menoscabo de su hombría! El conocimiento de las letras no les reduce a la condición de escribientes, mujeres, reyes o poetas, tal como vos sostenéis con tanto empeño. ¡Ja! Un guerrero que sabe leer y escribir. ¿Por ventura escribís poesía? —me pregunto.

—No, señor.

—¡Qué lástima! Somos una comunidad de poetas. ¡Somos una hermandad! Nos llamamos los fili, y la poesía es nuestra severa dueña. Por decirlo de otro modo, la poesía es nuestra misión sagrada. Tal vez os inspiréis aquí. Venid conmigo, mí sapiente Derfel.

Ban olvidó por completo la ausencia de Arturo y empezó a corretear exaltado por la habitación. Me hizo una seña para que lo siguiera y salimos por otras grandes puertas, cruzamos una habitación más reducida donde tañía el arpa otra muchacha semidesnuda como la anterior e igual de bonita y finalmente llegamos a una gran biblioteca.

Nunca hasta entonces había visto una biblioteca de verdad, y el rey Ban, alardeando de la suya, observaba mi reacción. Me quedé boquiabierto y había motivos para ello, pues todos los pergaminos estaban atados con un lazo y colocados en una especie de casillas abiertas, hechas a medida, que se apilaban una encima de otra como las celdas de un panal. Había cientos de celdas, cada cual con su pergamino y una etiqueta esmeradamente manuscrita con tinta.

—¿Qué lenguas conocéis, Derfel? —me preguntó Ban.

—La sajona, señor, y la britana.

—¡Ah! —exclamó decepcionado—. Sólo lenguas plebeyas. Por mi parte, he llegado a poseer cierto dominio del latín, el griego, el britano, naturalmente, y una iniciación al árabe. El padre Celwin, que está ahí, habla tantas como yo pero multiplicadas por diez, ¿no es cierto, Celwin?

El rey se dirigió al único ocupante de la biblioteca, un sacerdote viejo y con barba que tenía una grotesca joroba y un hábito monacal negro. El sacerdote alzó la mano

en gesto de asentimiento, pero no levantó la cabeza del legajo de pergaminos que tenía encima de la mesa. Por un momento creí que el anciano tenía una bufanda de piel alrededor de la capucha del hábito, pero de pronto vi que era un gato gris, pues levantó la cabeza, me miró, bostezó y volvió a dormirse. El rey Ban pasó por alto la rudeza del sacerdote y me llevó al otro lado de las hileras de casillas para enseñarme los tesoros de su colección.

—Todo lo que hay aquí —dijo con orgullo— perteneció a los romanos que habitaron estas tierras o son regalos que mis amigos se acuerdan de enviarme. Algunos manuscritos son tan viejos que no se pueden manipular, y son los que copiamos. A ver, ¿qué es esto? ¡Ah, si! Una de las doce comedias de Aristófanes. La tengo todas, claro está. Aquí tenemos Los babilonios, una comedia en griego, jovencito.

—Con menos gracia que el pan duro —soltó el sacerdote desde la mesa.

—Y tremendamente divertida —dijo el rey Ban, impertérrito ante la falta de gentileza del sacerdote, a la que, sin duda, debía de haberse habituado—. Tal vez fuera necesario que los fili construyéramos un teatro para representarla —añadió—. ¡Ah! Esto os agradará. Ars poética, de Horacio. Esta copia la hice yo.

—Por eso es ilegible —terció de nuevo el padre Celwin.

—Obligo a todos los fili a estudiar las máximas de Horacio —me dijo el rey.

—Razón por la cual hay poetas execrables —remató el sacerdote, que no había levantado la cabeza de los pergaminos.

—¡Ah, Tertuliano! —El rey sacó un pergamino de la casilla y sopló para quitarle el polvo—. Una copia de su Apolo geticus.

—¡Basura! —exclamó Celwin—. ¡Qué lástima de tinta, con lo preciosa que es!

—¡La elocuencia misma! —exclamó el rey Ban con entusiasmo—. No soy cristiano, Derfel, pero algunos escritos cristianos rebosan de recto sentido moral.

—Nada más lejos de la verdad —insistió el sacerdote.

—¡Ah, si! Seguro que conocéis este trabajo —prosiguió el rey extrayendo otro pergamino de su casilla—, Meditaciones, de Marco Aurelio. Es una guía sin parangón, mi estimado Derfel, del modo en que el hombre debería vivir la vida.

—Perogrulladas de un romano aburridísimo escritas en un griego pésimo.

—Probablemente es la joya más grande del mundo en lo que a libros se refiere —comentó el rey con aire soñador; dejó a Marco Aurelio y sacó otro pergamino—. Esto es una gran curiosidad, ciertamente. El gran tratado de Aristarco de Samos. Sin duda lo conocéis.

—No, señor —confesé.

—Tal vez no se encuentre en la lista de lecturas imprescindibles de todas las personas —comentó el rey con tristeza—, y sin embargo, no carece de cierta gracia curiosa. Aristarco afirma, no os riáis, que la Tierra gira alrededor del Sol, y no el Sol

alrededor de la Tierra. —El rey ilustró tan peregrina noción moviendo sus largos brazos en círculos de una manera harto extravagante—. Lo entendió al revés, ¿comprendéis?

—A mi me parece sensato —opinó Celwin, que seguía sin mirarnos.

—¡Y Silio Itálico! —El rey señaló varias celdillas todas llenas de pergaminos—. Mi estimado Silio Itálico. Tengo sus dieciocho volúmenes sobre la segunda guerra plúmbea. En verso, naturalmente. ¡Un auténtico tesoro!

—La segunda guerra púnica —dijo el sacerdote.

—Esta es mi biblioteca —resumió Ban con orgullo, y salimos de la estancia—, ¡la gloria de Ynys Trebes! La biblioteca y los poetas. Disculpádnos las molestias, padre.

—¿Qué molestias puede causar un saltamontes a un camello? —apostilló el padre Celwin; cerramos la puerta y seguí al rey.

Pasamos ante la arpista del pecho descubierto y volvimos con Bleiddig.

—El padre Celwin dirige un trabajo de investigación —anunció Ban con orgullo— relativo a la envergadura de las alas de los ángeles. Tal vez le pregunte acerca de la invisibilidad. Al parecer, todo lo sabe. Pero, Derfel, ¿comprendéis ahora por qué es tan importante que Ynys Trebes no sucumba? Este reducido espacio, mi querido amigo, cobija la sabiduría de nuestro mundo, recogida de entre las ruinas y de la cual nos hacemos depositarios. Me pregunto qué será un camello. ¿Sabéis vos qué es un camello, Bleiddig?

—Una clase de carbón, señor. Los herreros lo usan para fabricar el acero.

—¿Es cierto eso? ¡Qué interesante! Pero sería difícil que un saltamontes molestara al carbón, ¿no es cierto? No es probable que tal contingencia haya lugar, por tanto, ¿por qué plantearla? ¡Qué perplejidad! Tengo que preguntárselo al padre Celwin cuando esté de humor para preguntas, lo cual no sucede a menudo. Bien, jovencito, sé que habéis venido a salvarme el reino y no dudo de que estéis deseando poner os manos a la obra, pero antes debéis quedaros a cenar. Mis hijos se encuentran aquí, ¡ambos son guerreros! Tenía la esperanza de que dedicaran su vida a la poesía y al estudio, pero los tiempos demandan guerreros, ¿no es cierto? Con todo, mi amado Lanzarote tiene a los filii en tan alta estima como yo mismo, así que hay esperanzas para el futuro. —Hizo una pausa, arrugó la nariz y me sonrió con benevolencia—. Creo que debéis de estar deseando un baño.

—¿Cómo decís?

—Sí —remató Ban con decisión—. Leanor os conducirá a vuestros aposentos, os preparará el baño y os proporcionará ropa limpia.

A unas palmadas suyas, la primera arpista apareció en la puerta. Al parecer se llamaba Leanor.

Me hallaba en un palacio a orillas del mar que rebosaba de luz y belleza, poseído

por la música, consagrado a la poesía y hechizado por sus habitantes, que se me antojaban procedentes de otra época y de otro mundo.

Y entonces conocí a Lanzarote.

—No sois más que un niño —me dijo Lanzarote.

—Cierto, señor —contesté.

Estaba comiendo langosta con salsa de mantequilla y creo que hasta el momento no había probado jamás bocado tan delicioso, ni después tampoco.

—Arturo nos insulta enviándonos a un simple niño —insistió Lanzarote.

—No es cierto, señor —dije, con la barba llena de mantequilla.

—¿Me acusáis de mentir? —me preguntó con exigencias el príncipe Lanzarote, Edling de Benoíc.

—Os acuso, lord príncipe —respondí con una sonrisa—, de equivocación.

—¿Sesenta hombres? —dijo en son de burla—. ¿Eso es todo lo que Arturo puede hacer por nosotros?

—Así es, señor.

—Sesenta hombres al mando de un niño —resumió Lanzarote con sarcasmo.

No debía contar él un año o dos más que yo, aunque sentía hacia el mundo el hastio propio de un hombre mucho mayor. Era impresionantemente bello, alto y bien proporcionado, con un rostro estrecho de ojos oscuros que resultaba tan impactante en su masculinidad como el de Ginebra en su femineidad, aunque Lanzarote tenía un no sé qué de serpiente en su distante forma de estar. Llevaba el oscuro cabello aceitado y peinado en rizos que se sujetaba con peinetas de oro; el bigote y la barba bien recortados y aceitados también, de forma que brillaban, y olía a espliego. Era el hombre más atractivo que había visto en mi vida, y peor aún, él lo sabía, pero me disgustó desde el primer momento. Nos conocimos en el salón de festejos de Ban, que por cierto, no se parecía a ninguno de los que yo había visto. Tenía columnas de mármol, cortinas blancas que nublaban la vista del mar y paredes lisas y revocadas, decoradas con frescos de dioses, diosas y animales fabulosos. Los sirvientes y los guardias se alineaban junto a las paredes de la hermosa habitación, iluminada por un millar de pequeños platos de bronce donde ardían mechas que flotaban en aceite; gruesos velones de cera alumbraban directamente la larga mesa, cubierta por un paño blanco que yo no cesaba de manchar de gotas de mantequilla, igual que la incómoda toga con que el rey Ban quiso que acudiera al banquete.

La comida era deliciosa, pero la compañía, insoportable. Estaba también el padre Celwin, y me habría gustado tener ocasión de hablar con él, pero se dedicaba a importunar a uno de los tres poetas presentes, miembros de la estimada banda de fili del rey Ban, y yo quedé aislado en el otro extremo de la mesa con el príncipe Lanzarote. La reina Elaine, que ocupaba un lugar junto a su esposo, defendía a los poetas de las pullas de Celwín, que parecían mucho más divertidas que la

desagradable conversación de Lanzarote.

—Arturo nos insulta —insistió una vez mas.

—Lamento que penséis de ese modo, señor —respondí.

—¿Es que no discutís jamás, niño? —me pregunto.

Lo miré a los ojos, duros y fríos.

—Es necesidad que los guerreros discutan durante un banquete, lord príncipe —dije.

—De modo que sois un niño tímido —se burló.

—¿En verdad queréis discutir, lord príncipe? —dije en voz baja, al límite de la paciencia—, porque si es eso lo que queréis, llamadme niño una vez más y os parto el cráneo —dije con una sonrisa.

—Niño —me dijo.

Volví a mirarlo confuso; no sabía si se trataba de un juego cuyas reglas ignoraba, pero si de juego se trataba, era tremendamente serio.

—Diez veces la espada negra —dije.

—¿Cómo? —preguntó con el ceño fruncido, pues no reconocía la seña de Mitra y, por ende, no era hermano mio—. ¿Os habéis vuelto loco? —añadió, e hizo una pausa—. ¿O sea que sois un niño tímido y loco, por demás?

Le golpeé. Tenía que haberme dominado, pero el malestar y la rabia pudieron con la prudencia. De un solo codazo le hice sangrar por la nariz, le partí el labio y lo tiré al suelo de espaldas. Quedó allí tendido y me arrojó la silla, pero la esquive rápidamente, aunque estábamos tan cerca que el golpe carecía de fuerza. Aparté la silla de una patada, levanté a Lanzarote y lo empujé haciéndole caminar hacia atrás hasta arrinconarlo contra una columna; allí, le golpeé la cabeza contra la piedra y le clavé una rodilla en la entrepierna. Se encogió; su madre gritaba y el rey Ban y los poetas invitados me miraban con la boca abierta. Un inquieto guardia de manto blanco me apuntó a la garganta con la lanza.

—Retíradla —le dije— o sois hombre muerto. —Y la retiró.

—¿Qué soy, lord príncipe? —pregunté a Lanzarote.

—Un niño.

Le agarré por la garganta con el brazo, ahogándolo casi. Él se resistía pero no podía librarse de mí.

—¿Qué soy, señor? —pregunté de nuevo.

—Un niño —dijo entrecortadamente.

Me tocaron el hombro y, al volverme, vi a un hombre rubio de mi misma edad que me sonreía. Como durante la cena ocupaba el otro extremo de la mesa, lo había tomado erróneamente por un poeta mas.

—Hace tiempo que tengo ganas de hacer lo que acabáis de hacer vos —me dijo—, pero si lo que pretendéis es que mi hermano deje de insultaros, tendréis que

matarlo y, tal como exige el honor de la familia, yo tendría que mataros a mí vez, pero dudo que desee hacerlo.

Aflojé el brazo con que sujetaba a Lanzarote. Se quedó quieto unos segundos, recuperando el aliento, y después sacudió la cabeza, me escupió y volvió a la mesa. Sangraba por la nariz, los labios se le estaban hinchando y sus rizos aceitados y repeinados colgaban en lastimoso desorden. La pelea pareció agradar a su hermano.

—Soy Galahad —dijo—, y me siento orgulloso de conocer a Derfel Cadarn.

Se lo agradecí y después, haciendo un esfuerzo, me acerqué a la silla del rey Ban; a pesar de lo mucho que le desagradaban los modales respetuosos, me arrodillé ante él.

—Os pido perdón, lord rey, por haber insultado a vuestra casa —dije—, y estoy dispuesto a aceptar el castigo pertinente.

—¿Castigo? —dijo Ban, sorprendido—. No seáis necio. Sólo es por el vino, exceso de vino. Deberíamos aguar el vino como hacían los romanos, ¿no os parece, padre Celwin?

—Me parecería una ridiculez supina —repuso el sacerdote.

—No hay castigo, Derfel —dijo Ban—. Y alzaos, no puedo soportar que me adoren. ¿Cuál ha sido la ofensa? Simplemente, estar ávido de discusión. ¿Qué mal hay en ello? Me place la discusión, ¿no es cierto, padre Celwin? Una cena sin discusión es como un día sin poesía. —El rey desoyó el cáustico comentario del sacerdote a propósito de la bendición que sería un día semejante—. Mi hijo Lanzarote se precipita un tanto. Tiene corazón de guerrero y alma de poeta, lo cual, me temo, es una mixtura que arde al menor sopío. Quedaos y cenad.

Ban era una monarca sumamente generoso, pero observé el disgusto que causaba la decisión a su esposa Elaine. Tenía la reina el cabello gris, pero no había arrugas en su rostro, distendido y elegante como convenía a la serena belleza de Ynys Trebes. No obstante, en aquel momento me miró reprobatoriamente con el ceño fruncido.

—¿Todos los guerreros dumnonios hacen gala de tan pésimos modales? —preguntó la reina en general, con un tono punzante en la voz.

—¿Es que los guerreros han de ser cortesanos? —reconvino Celwin con brusquedad—. ¿Serán enviados a matar francos vuestros caros poetas? Y no me refiero a que lo hagan disparando sus versos, aunque ahora que lo pienso, tal vez resultara efectivo.

Lanzó a la reina una mirada lasciva que hizo temblar a los poetas.

Celwin había burlado de alguna manera la prohibición de cosas feas en Ybys Trebes. Sin la protección del hábito que llevaba en la biblioteca, era un hombre asombrosamente mal parecido, con un ojo penetrante y un parche mohoso en el otro, la boca sucia y torcida, el pelo lacio que crecía a partir de la línea de la tonsura, serrada y desigual, la barba descuidada que ocultaba a medias una ruda cruz de

madera que colgaba sobre su pecho hundido, y el cuerpo encorvado y retorcido a causa de la formidable chepa. El gato gris que tenía enroscado al cuello en la biblioteca descansaba en ese momento en su regazo y comía migajas de langosta.

—Venid a este lado de la mesa —dijo Galahad— y dejad de culparos.

—Pero soy culpable —dije—. Todo ha sido culpa mía, tenía que haber dominado el mal genio.

—Mi hermano —me dijo Galahad, una vez asentados—, mejor dicho, mi medio hermano se complace en provocar a la gente, es su pasatiempo preferido, pero casi nadie se atreve a enfrentarse a él porque es el Edling, lo cual significa que un día será amo y señor de la vida de los demás. Vos habéis actuado como procedía.

—No, he actuado mal.

—No pienso discutir, pero os llevaré a tierra firme esta noche.

—¿Esta noche? —pregunté sorprendido.

—Mi hermano no encaja la derrota con facilidad —me dijo en voz baja—. ¿Qué os parecería un cuchillo entre las costillas mientras dormís? Si yo fuera vos, Derfel Cadarn, me reuniría con mis hombres en tierra firme y dormiría a salvo entre los míos.

Miré al otro extremo de la mesa, donde el bello y siniestro Lanzarote se dejaba consolar por su madre, la cual le enjugaba la sangre de la cara con un pañuelo mojado en vino.

—¿Medio hermano, habéis dicho? —pregunté a Galahad.

—Madre era amante del rey, no su esposa —me dijo, inclinándose hacia mi y bajando la voz—. Pero padre me ha tratado bien y me llama príncipe.

El rey Ban discutía con el padre Celwin a propósito de una oscura cuestión de teología cristiana. Ban debatía el tema con entusiasmo cortés y Celwin escupía insultos, pero ambos se divertían de lo lindo.

—Vuestro padre me ha dicho que Lanzarote y vos sois guerreros —le dije.

—¿Los dos? —Galahad se rió—. Mi amado padre paga a los poetas y a los bardos para que canten sus alabanzas como el más grande guerrero de Armórica, pero aún no le he visto nunca en la línea de combate.

—Pero yo tengo que luchar —dije con amargura— para defender su herencia.

—El reino está perdido —dijo Galahad sin mayor énfasis—. Padre ha gastado el dinero en construcciones y manuscritos, no en soldados; Ynys Trebes está muy alejada de nuestra gente, y por eso el pueblo prefiere retirarse a Brocelianda en vez de acudir a nosotros en busca de ayuda. Los francos vencen por todas partes. Vuestra obligación, Derfel, consiste en conservar la vida y volver a vuestra casa sano y salvo.

Tanta honestidad hizome mirarlo con renovado interés; tenía el rostro más ancho que su hermano, de rasgos menos definidos y expresión más abierta, la cara que inspira confianza cuando uno se la encuentra a la derecha en la línea de combate. El

lado derecho, en la línea de combate, es el que queda bajo la protección del escudo del compañero, de modo que era cosa buena ser amigo del tal compañero; el instinto me indicó que no sería difícil sentir aprecio por Galahad.

—¿Queréis decir que no deberíamos enfrentarnos a los francos? —pregunté en voz baja.

—Lo que digo es que la lucha está perdida; pero efectivamente, jurasteis a Arturo que lucharíais y cada momento más que Ynys Trebes sobreviva, será un momento más de luz en un mundo oscuro. Quiero convencer a padre de que envíe la biblioteca a Britania, pero creo que antes se arrancarían el corazón. De todas formas, opino que cuando llegue el momento, la enviaré a otra parte. Bien —separó su dorada silla de la mesa—, ahora vos y yo debemos partir. Antes de que —y bajó la voz aún más— reciten los fili. A menos, claro está, que os agrade escuchar versos sin fin sobre las glorias del claro de luna entre los juncales.

Me puse en pie, golpeé la mesa con uno de los cuchillos para comer que el rey Ban ponía a disposición de sus invitados y quedáronse todos mirándome con recelo.

—Deseo pedir os disculpas —dije—, no sólo a todos vosotros sino también a mi señor Lanzarote. Un guerrero de su talla bien merecía un compañero de mesa más adecuado. Ahora, perdonadme, necesito dormir.

Lanzarote no respondió. El rey Ban sonrió, la reina Elaine parecía indignada y Galahad me condujo rápidamente al lugar donde estaban mi ropa y mis armas; después bajamos al muelle, iluminado por antorchas, donde nos esperaba una barca para llevarnos a tierra firme. Galahad, que aún tenía la toga puesta, cargaba un fardo que arrojó al fondo de la barca; cayó el fardo con un ruido de metal.

—¿Qué es? —pregunté.

—Mis armas y mi armadura —dijo. Soltó la amarra y saltamos al bote—. Voy con vos.

El bote se separó del amarradero con una vela negra desplegada. El agua lamía la proa y chapoteaba suavemente contra el casco; salimos a la bahía y Galahad se quitó la toga, la entregó al remero y vistió el atavío de guerrero. Me quedé mirando el palacio encaramado en la peña. Parecía suspendido del cielo como una nave celestial surcando la nubes, o una estrella caída a la tierra; un lugar de sueños, un refugio gobernado por un rey justo y una bella reina donde los poetas cantaban y los ancianos podían dedicarse al estudio de la envergadura de las alas de los ángeles. Ynys Trebes era bella, infinitamente bella.

Pero estaba condenada sin remedio, a menos que lográramos salvarla

Luchamos durante dos años. Dos años contra todo pronóstico. Dos años de esplendores y vilezas. Dos años de matanzas y festines, de espadas rotas y escudos destrozados, de victoria y de desastre; a lo largo de tantos meses, de tantas luchas y tanto sudor, en que hombres valientes se ahogaron en su propia sangre y hombres



comunes realizaron gestas jamás soñadas, no vi a Lanzarote ni una sola vez. Sin embargo, ensalzábanlo los poetas como el héroe de Benoic, el más perfecto de los guerreros, el luchador de luchadores. Los poetas dijeron que Benoic se mantenía merced al valor de Lanzarote, no merced al mio, ni al de Galahad, ni al de Culhwch, sino merced al valor de Lanzarote. Pero Lanzarote pasó la guerra en la cama, rogando a su madre que le llevara vino y miel.

Bien, no pasó toda la guerra en la cama, exactamente. A veces acudía a la lucha, pero rezagado a una milla de la línea de combate para ser el primero en llegar a Ynys Trebes con las nuevas de la victoria. Sabía rasgarse el manto, mellar el filo de la espada, despeinarse e incluso hacerse unos cortes en la mejilla y presentarse en casa caminando penosamente como un héroe; entonces su madre ordenaba a los filii que compusieran un cantar, que llegaría a Britania en boca de mercaderes y marineros, de forma que hasta en la remota Rheged, al norte de Elmet, creían que Lanzarote era el nuevo Arturo. Los sajones temían su llegada y Arturo le envió como regalo un tahalí bordado y con una vistosa hebilla de esmalte.

—¿Creéis que la vida es justa? —me preguntó Culhwch cuando me oyó protestar por la dádiva.

—No, señor —le dije.

—Pues no malgastéis palabras en Lanzarote —dijo Culhwch, el hombre que Arturo dejara al frente de sus caballeros de Armorica cuando partió a Britania.

Era, por demás, primo de Arturo, aunque en nada se parecía a mí señor, pues era de complexión cuadrada, de cerrada y abundante barba, camorrista de largos brazos, y nada pedía a la vida salvo abundancia de enemigos, bebida y mujeres. Habíalo dejado Arturo al frente de treinta hombres y otros tantos caballos, pero los brutos habían muerto y la mitad de los caballeros había partido, de forma que Culhwch luchaba a pie. Uní mis hombres a los suyos y me puse a sus órdenes. Culhwch ansiaba concluir la guerra de Benoic y volver a luchar junto a Arturo. Lo adoraba.

Fue una guerra singular. Cuando Arturo estaba en Armórica, los francos se hallaban aún a varias millas hacia el este, en terreno llano y sin árboles, condiciones idóneas para la caballería pesada; sin embargo, en esos momentos el enemigo había penetrado hasta el corazón de los bosques que envolvían los montes del centro de Benoic. El rey Ban, igual que el rey Tewdric, había depositado su confianza en las fortificaciones, pero mientras que la situación de Gwent era idónea para el emplazamiento de guarniciones fuertes y altas murallas, los bosques y colinas de Benoic ofrecían al enemigo numerosos senderos hasta las fortalezas de la cima de las colinas, defendidas por las desanimadas fuerzas de Ban. Nuestra misión consistía en devolver la esperanza a esos hombres, y para ello recurrimos a las tácticas de Arturo: largas marchas y ataques por sorpresa. Los boscosos montes de Benoic se prestaban a tal clase de batallas y nuestros hombres eran incomparables. Pocas cosas pueden

igualarse al júbilo de la lucha que sigue a una emboscada bien tendida, cuando se cae sobre un enemigo desperdigado que aún no ha sacado las armas. El largo filo de Hyweibane cobró unas cuantas abolladuras más en aquellos lances.

Los francos nos temían, nos llamaban lobos del bosque y adoptamos el insulto como símbolo propio colocándonos en el yelmo colas de lobo gris. Aullábamos para atemorizarlos, no los dejábamos dormir, los acechábamos noche tras noche y tendíamos emboscadas cuando nos convenía, no cuando ellos las esperaban convenientemente preparados; con todo, el enemigo era numeroso y nosotros pocos y, de mes en mes, disminuía el número de los nuestros.

Galahad luchaba con nosotros. Era un gran guerrero, y cultivado por demás, pues no en vano frecuentaba la biblioteca de su padre; por las noches nos hablaba de los dioses antiguos, de las nuevas religiones, de países extraños y de grandes hombres. Recuerdo una ocasión en que acampamos entre las ruinas de una villa. Tan sólo una semana antes era un asentamiento próspero con molino, alfarería y lechería, pero los francos habían pasado por allí y sólo quedaban ruinas humeantes, sangre derramada, muros destruidos y un pozo envenenado por los cadáveres de mujeres y niños. Pusimos centinelas en los caminos, de modo que nos permitimos el lujo de encender una hoguera para asar unas cuantas liebres y un cabritillo. Bebimos agua y fingimos que era vino.

—Falerno —dijo Galahad con aire soñador, levantando la taza de arcilla hacia las estrellas como si fuera un cáliz de oro.

—¿Quién es? —preguntó Culhwch.

—Mi estimado Culhwch, Falerno es un vino, el más grato de los vinos romanos.

—Nunca me ha gustado el vino —replicó Culhwch, y bostezó a lo grande—. Es bebida de mujeres. Pero la cerveza sajona... ¡Eso sí que es bebida! —Al cabo de unos minutos se quedó dormido.

Galahad no podía dormir. La fogata ardía con llamas bajas y las estrellas brillaban intensamente sobre nuestras cabezas. Una cayó describiendo una trayectoria blanca y veloz en el cielo y Galahad se santiguó, pues era cristiano y para él la caída de una estrella simbolizaba el ángel expulsado del Paraíso.

—Una vez estuvo en la tierra —dijo.

—¿A qué os referís? —pregunté.

—Al Paraíso. —Se recostó en la hierba con la cabeza apoyada en los brazos—. El Paraíso Terrenal.

—¿Os referís a Ynys Trebes?

—No, no, Derfel. Me refiero a que, cuando Dios hizo al hombre, lo puso a vivir en el Paraíso, y se me ocurre que hemos ido perdiéndolo pulgada a pulgada desde entonces. Creo que harto pronto habrá desaparecido por completo. Se acerca la oscuridad. —Guardó silencio unos momentos y de pronto se sentó otra vez,

recobrada la energía merced a algún pensamiento—. Detente a pensarlo un instante. No hace ni cien años vivíamos aquí en paz; los hombres construían grandes casas. Ahora no sabemos construirlas así. Padre ha levantado una hermosa ciudadela, pero sólo con piezas sueltas de palacios antiguos vueltas a unir y remendadas con piedra. No sabemos construir como los romanos, no sabemos levantar altos y elegantes edificios. No sabemos hacer carreteras, canales ni acueductos. —Yo ni siquiera sabía qué era un acueducto, pero nada dije; Culhwch roncaba plácidamente a mi lado—. Los romanos construyeron ciudades enteras —prosiguió Galahad—, tan vastas que se tardaba una mañana entera en cruzarlas de lado a lado, andando siempre por calles bien empedradas y alineadas. Además, en aquellos tiempos uno podía viajar días y días sin salir de territorio romano, bajo la ley romana y hablando la lengua romana. Sin embargo ahora, fijaos. —Señaló hacia la noche—. No hay más que tinieblas, y las tinieblas avanzan, Derfel. La oscuridad se adueña ladinamente de Armórica. Desaparecerá Benoic, y después Brocelianda, y tras Brocelianda, Britania; se acabaron las leyes, los libros, la música, la justicia. Sólo quedarán hombres viles que planearán las muertes del día siguiente sentados alrededor de humeantes hogueras.

—No mientras Arturo viva —dije con tozudez.

—¿Un solo hombre contra la oscuridad? —preguntó Galahad con escepticismo.

—¿Acaso no fue vuestro Cristo un solo hombre contra la oscuridad? —pregunté.

Galahad meditó un momento, con la mirada fija en la fogata, que ensombrecía su vigoroso rostro.

—Cristo —dijo al cabo— era nuestra última esperanza. Nos enseñó a amarnos unos a otros, a hacer el bien entre nosotros, a dar limosna al pobre, alimentar al hambriento y vestir al desnudo. Por eso los hombres lo mataron. —Se volvió a mirarme— Creo que Cristo sabía lo que estaba por venir, y por eso prometió que si vivíamos conforme a sus enseñanzas nos reuniríamos con él en el Paraíso. Pero no en la tierra, Derfel, sino en el cielo. Allá arriba —señaló hacia las estrellas—, porque sabía que la tierra estaba condenada. Éstos son los últimos tiempos. Hasta vuestros dioses nos han abandonado. ¿No me habéis dicho vos que Merlín busca y rebusca en tierras extrañas los secretos de los dioses antiguos? ¿Y de qué servirán esos secretos? Vuestra religión murió tiempo ha, cuando los romanos arrasaron Ynys Mon, y lo único que os queda son fragmentos inconexos de sabiduría. Vuestros dioses ya no están.

—No —dije, pensando en Nimue, que sentía su presencia aunque los dioses siempre me habían parecido distantes y misteriosos.

Bel era para mi como Merlín, sólo que más lejano, indescriptiblemente grandioso y muchísimo más misterioso. Tenía de él la vaga idea de que vivía en los confines septentrionales, y Manawydan en poniente, por donde las aguas caían sin cesar.

—Los dioses antiguos se han ido —repitió Galahad—. Nos abandonaron porque

no somos dignos.

—Arturo silo es —insistí—, y también vos.

Galahad hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Soy un pecador tan vil, Derfel, que tiemblo de pensarlo.

—Pamplinas —dije, y me reí de su tono absolutamente despectivo.

—Mato, tengo deseos carnales, envidia.

Se sentía rastrero en verdad, pero Galahad, igual que Arturo, juzgaba su alma de continuo y la hallaba siempre en falta; jamás conocí un solo hombre que, siendo así, fuera feliz mucho tiempo.

—Matáis a hombres que os matarían a vos —dije, defendiéndolo.

—Que Dios se apiade de mi, porque además disfruto haciéndolo.

Se santiguó de nuevo.

—Bien, ¿y qué mal hay en tener deseos carnales?

—Que el deseo vence a la razón.

—Pero vos sois razonable.

—Pero deseo, Derfel, con toda mi alma. Hay una muchacha en Ynys Trebes, una de las arpistas de mi padre.

Sacudió la cabeza desesperanzado.

—Pero sabéis controlar vuestros deseos —dije—, de modo que podéis sentirnos orgulloso.

—Me siento orgulloso, y el orgullo también es pecado.

Era inútil discutir con él, y sacudí la cabeza negativamente.

—¿Y la envidia? —dije, para completar el trío de sus pecados—. ¿A quién envidiáis?

—A Lanzarote.

—¿A Lanzarote? —No me esperaba tal respuesta.

—Porque es Edling, y yo no. Porque toma lo que desea cuando le place y no siente remordimientos. ¿Quiso a la arpista? Pues la tomó. Ella gritaba y se negaba, pero nadie osó detenerlo porque es Lanzarote.

—¿Ni siquiera vos?

—Yo lo habría matado, pero me hallaba ausente.

—¿Tampoco lo detuvo vuestro padre?

—Mi padre estaba enfrascado en sus libros. Tomaría los gritos de la muchacha por graznidos de gaviotas en el mar o por peleas entre sus fili por una metáfora.

—Lanzarote es un gusano —dije, escupiendo en el fuego.

—No —recalcó Galahad—, es sencillamente Lanzarote. Consigue lo que quiere y pasa los días preparando el modo de conseguirlo. A veces es encantador, harto convincente, y podría llegar a ser un gran rey.

—Jamás —dije con firmeza.

—Ciertamente. Si lo que quiere es poder, y así es, y si llega a recibirlo, tal vez sus apetitos se calmen. Quiere ser amado, en verdad.

—Pues lo intenta de forma harto curiosa —dije, acordándome de cómo me había hostigado en la mesa de su padre.

—Supo desde el principio que a vos no os complacería, y por eso os retó. Así, habiéndoos hecho su enemigo abiertamente podría justificar vuestra falta de afecto para con él. Sin embargo, es amable con quienes no suponen una amenaza. Puede llegar a ser un gran rey.

—Es débil —dije en son de burla.

—Y vos sois Derfel el fuerte —replicó con una sonrisa—, Derfel el que no tiene dudas. Debemos de pareceros todos harto débiles.

—No, pero si me parece que estamos todos harto fatigados y que mañana tenemos que matar francos, así que voy a dormir.

Al día siguiente dimos muerte a numerosos francos, en efecto, y luego descansamos en una plaza fuerte de Ban situada en la cima de un monte; con las heridas vendadas y habiendo afilado de nuevo las abolladas espadas, regresamos al bosque. Sin embargo, semana a semana, mes a mes, la lucha iba replegándose hacia Ynys Trebes. El rey Ban pidió auxilio a su vecino, Budic de Brocelianda, pero Budic estaba fortificando sus propias fronteras y renunció a malgastar hombres en una causa perdida. Ban llamó a Arturo de nuevo y éste le envió una nave con un puñado de hombres, mas él no acudió. La guerra contra los sajones se lo impedía. A veces teníamos noticias de Britania, aunque solían ser escasas e imprecisas; supimos que nuevas hordas de sajones intentaban colonizar la tierra media y ofrecían gran resistencia en las fronteras de Dumnonia. Gorfyddyd, una gran amenaza cuando salí de Britania, no había hecho ningún movimiento últimamente debido a una peste terrible que assolaba su país. Los viajeros decían que hasta el mismo Gorfyddyd había caído enfermo y que seguramente no llegaría a final del año. La misma enfermedad que afligía a Gorfyddyd había terminado con la vida del prometido de Ceinwyn, un tal príncipe Rheged. Ignoraba incluso que la princesa se hubiera prometido de nuevo y confieso que sentí una alegría egoísta por la muerte del príncipe Rheged, pues así no se casaría con la estrella de Powys. De Ginebra, Nimue y Merlín, nada llegué a saber.

El reino de Ban se desmoronaba. El último año faltaron brazos para recoger la cosecha, y al llegar el invierno hubimos de refugiarnos en una fortaleza en el extremo sur del reino, sobreviviendo de carne de venado, raíces, bayas y aves silvestres. De vez en cuando hacíamos una incursión en territorio franco, pero éramos como avispa empecinadas en matar a un toro a picotazos, pues los francos se multiplicaban por doquier. Sus hachas levantaban ecos en los bosques durante el invierno, a medida que limpiaban terrenos para levantar casas de labor y nuevas empalizadas de troncos

limpiamente cortados que brillaban al pálido sol invernal.

A principios de la primavera hubimos de retirarnos ante un ejército de guerreros francos. Llegaron tocando tambores bajo enseñas hechas de cuernos de toro ensartadas en mástiles. Vi una línea de combate de más de doscientos hombres y comprendí que nuestros cincuenta supervivientes no podrían romperla jamás, de modo que, flanqueados por Galahad y Culhwch, nos batimos en retirada. Los francos se burlaron con ganas y nos persiguieron lanzándonos una lluvia de jabalinas.

No quedó gente en el reino de Benoic. La mayoría había huido a Brocelianda, donde prometían tierras a cambio de servicios de guerra. Los antiguos asentamientos romanos fueron abandonados y las malas hierbas inundaron los campos. Los dumnonios marchamos al norte arrastrando las lanzas a defender el último bastión del reino de Ban: la propia Ynys Trebes.

Los refugiados atestaban la ciudad insular. Cada casa alojaba a veinte. Los niños lloraban y menudeaban las peleas familiares. Algunos fugitivos escapaban en pequeñas naves pesqueras hacia el oeste, en dirección a Brocelianda, o hacia el norte, en dirección a Britania, pero no había embarcaciones suficientes y, cuando los ejércitos francos aparecieron en la costa frente a la isla, Ban ordenó que las naves restantes permanecieran ancladas en Ynys Trebes, en el pequeño puerto de difícil acceso. Deseaba mantenerlas allí para aprovisionar a la guarnición cuando comenzara el sitio, pero los patronos de barco son de carácter tozudo y, cuando supieron de la orden, muchos levaron anclas y huyeron hacia el norte de vacío. Sólo quedó un puñado de embarcaciones.

Lanzarote fue nombrado comandante de la ciudad y las mujeres lanzaban vivas a su paso por la calle que la circundaba. Los ciudadanos creían que a partir de ese momento todo marcharía bien, pues el más grande soldado se pondría al mando.

Lanzarote aceptó la adulación con dignidad y pronunció discursos en los que prometió construir un nuevo terraplén para Ynys Trebes con los cráneos de los francos muertos. Ciertamente, el príncipe tenía aspecto de héroe, ataviado con cota de escamas con las placas esmaltadas de un blanco deslumbrante, de forma que refulgía al sol de la temprana primavera. Lanzarote decía que la cota había pertenecido a Agamenón, un héroe de la antigüedad, aunque Galahad me dio fe de que era de factura romana. Lanzarote calzaba botas de cuero rojo, cubriase con manto azul oscuro y ceñía al costado, colgada del tahalí bordado que le regalara Arturo, la espada Taniadwyr, asesina brillante. El yelmo era negro, coronado por unas alas abiertas de águila marina.

—Para huir volando —comentó Cavan, mi adusto irlandés, con tono zahiriente.

Lanzarote convocó un consejo de guerra en la alta estancia próxima a la biblioteca de Ban, donde siempre soplaban el viento. La marea estaba baja y el mar habíase retirado de los bancos de arena de la bahía, donde varios grupos de francos

buscaban un camino hacia la ciudad. Galahad había colocado indicaciones falsas por la bahía con la intención de llevar al enemigo a las arenas movedizas o a los arenales que primero quedarían aislados tan pronto como la marea comenzase a anegar las playas. Lanzarote, dando la espalda al enemigo, nos contó sus planes estratégicos. Su padre y su madre, sentados uno a cada lado del príncipe, sonreían ante la sagacidad del hijo.

Lanzarote anunció que la defensa de Ynys Trebes era sencilla. Lo único que teníamos que hacer era defender las murallas de la ínsula, nada más. Los francos poseían pocas embarcaciones y no

eran seres voladores, de forma que sólo caminando se acercarían a Ynys Trebes, y éso sólo con la bajamar y habiendo descubierto previamente el camino correcto. Llegarían cansados a la ciudad, e incapaces en cualquier caso de trepar por las murallas.

—Defended las murallas —dijo Lanzarote— y estaremos a salvo. Tenemos embarcaciones que nos aprovisionarán. ¡Ynys Trebes no ha de caer jamás!

—¡Cierto! ¡Cierto! —exclamó el rey Ban, animado por el optimismo de su hijo.

—¿Con qué víveres contamos? —preguntó Culhwch con un gruñido.

—Con la totalidad del mar —dijo Lanzarote, mirándolo con desdén—; en el mar abunda el pescado. Esas cositas brillantes, lord Culhwch, que tienen cola y aletas. Se comen.

—Lo ignoraba —contestó Culhwch, impertérrito—, he estado ocupado matando francos.

Algunos soldados rieron discretamente. Había un puñado que, como nosotros, había participado en las luchas de tierra firme, pero los demás eran partidarios del príncipe Lanzarote y acababan de recibir, con vistas al sitio, nombramiento de capitanes. Boores, primo de Lanzarote, era el paladín de Benoic y comandante de la guardia de palacio. Al menos él había visto la lucha de cerca y habiase ganado cierta fama en el campo de batalla, aunque en esos momentos, repantigado, en uniforme romano y con el negro cabello aceitado y pegado al cráneo, igual que su primo Lanzarote, parecía hastiado de todo.

—¿Con cuántas lanzas contamos? —pregunté.

Lanzarote había hecho caso omiso de mi presencia hasta el momento. Sabía que no había olvidado nuestro encuentro, dos años antes, y sin embargo mi pregunta le hizo sonreír.

—Contamos con cuatrocientos veinte hombres armados, cada cual con su lanza. ¿Sois capaz de deducir la respuesta?

—Las lanzas se rompen, lord príncipe —dije, devolviéndole su aterciopelada sonrisa—, y para defender las murallas, los hombres arrojan las lanzas como si fueran jabalinas. Cuando hayamos arrojado cuatrocientas veinte lanzas, ¿qué arrojaremos?

—Poetas —gruñó Culhwch en voz tan baja que, por suerte, Ban no lo oyó.

—Tenemos lanzas —contestó Lanzarote con desenvoltura—, y además, utilizaremos las que arrojen los francos.

—Poetas, a fe mía —repitió Culhwch.

—¿Habéis dicho algo, lord Culhwch? —preguntó Lanzarote.

—Un eructo, lord príncipe. Pero, ahora que tan gentilmente me prestáis atención, decidme, ¿tenemos arqueros?

—Algunos.

—¿Cuántos?

—Diez.

—Que los dioses nos asistan —concluyó Culhwch, y se hundió en la silla. Odiaba las sillas.

Después intervino Elaine para recordarnos que en la ínsula se cobijaban mujeres, niños y los más grandes poetas el mundo.

—La vida de los fili depende de vosotros —nos dijo—, y sabéis lo que les pasará si fracasáis.

Le di un puntapié a Culhwch para que se ahorrara el comentario.

Ban se levantó e indicó la biblioteca.

—Ahí hay siete mil ochocientos cuarenta y tres pergaminos —anuncio solemnemente—, el tesoro de la sabiduría humana; si la ciudad cayera, la civilización desaparecería. —Entonces nos relató la historia de un héroe de la antigüedad que entró en un laberinto para matar a un monstruo y fue dejando tras de sí un hilo de lana para encontrar el camino de vuelta en la oscuridad—. Mi biblioteca —añadió, a modo de moraleja de la larga historia— es ese hilo. Si lo perdemos, caballeros, quedaremos sumidos en la oscuridad eternamente. Por eso os lo ruego, ¡os ruego que luchéis! —Hizo una pausa y sonrió—. Además he pedido ayuda. He enviado misivas a Brocelianda y a Arturo, y no creo que esté lejano el día en que nuestro horizonte amanezca cubierto de velas amigas. ¡No olvidéis que Arturo juró por su honor acudir en nuestro auxilio!

—A Arturo —terció Culhwch— le salen sajones por las orejas.

—¡Un juramento es un juramento! —le recriminó Ban.

Galahad preguntó si íbamos a seguir hostigando a los francos de tierra adentro. Adujo que no sería difícil acercarse en las embarcaciones y atracar a la diestra o a la siniestra de las posiciones enemigas; pero Lanzarote rechazó la idea.

—Si abandonamos las murallas, moriremos, así de sencillo.

—¿Y no haremos más incursiones? —preguntó Culhwch indignado.

—Si abandonamos las murallas —repitió Lanzarote—, pereceremos. Las órdenes son bien simples: permaneced intramuros.

Anunció que los mejores guerreros de Benoic, cien veteranos de la guerra en



tierra firme, defenderían la entrada principal. A los cincuenta dumnonios sobrevivientes nos destinaron a las

murallas de poniente y la leva de la ciudad, engrosada por fugitivos llegados de tierra firme, defendería el resto de la ínsula. Lanzarote y una compañía de la guardia de palacio serían la reserva que seguiría la marcha del combate desde palacio e intervendría donde más falta hiciera.

—Será como llamar a las hadas —comentó Culhwch de mal humor.

—¿Otro eructo? —preguntó Lanzarote.

—Por comer tanto pescado, lord príncipe —replicó Culhwch.

El rey Ban nos invitó a inspeccionar la biblioteca antes de partir, con la intención, tal vez, de que el valor de lo que habíamos de defender nos prestara coraje. La mayoría de los asistentes al consejo de guerra entraron con desánimo, contemplaron boquiabiertos los pergaminos encasillados y después salieron a mirar a la arpista del torso desnudo que tocaba en la antecámara de la biblioteca. Galahad y yo nos retrasamos un poco mirando unos libros cerca de la mesa donde se encontraba el jorobado padre Celwin, que seguía trabajando y tratando al mismo tiempo de que el gato no jugara con su pluma.

—¿Seguís investigando la envergadura de las alas de los ángeles, padre? —le pregunte.

—Alguien tiene que hacerlo —contestó; se volvió y me miró a travésamente con su único ojo—. ¿Quién eres?

—Derfel, padre, de Dumnonia. Nos conocimos hace dos años. Me sorprende que aún estéis aquí.

—Me es indiferente que te sorprendas o no, Derfel de Dumnonía. Además, has de saber que me ausenté una temporada. Fui a Roma, una ciudad hartamente sucia. Pensaba que los vándalos la habrían limpiado, pero aquello sigue lleno de sacerdotes con sus muchachos gordezuelos, y por eso volví. Las arpistas de Ban son mucho más bonitas que los niños catamites de Roma. —Me miró de mala manera—. ¿Te preocupa mi vida, Derfel de Dumnonia?

No podía decirle que no, aunque ganas tuve.

—Mi tarea consiste en proteger vidas —contesté pretenciosamente—, incluida la vuestra, padre.

—En ese caso, en tus manos encomiendo mi vida, Derfel de Dumnonía —dijo; volvió su feo rostro hacia la mesa y apartó al gato de la pluma—. Mi vida pesa sobre tu conciencia, Derfel de Dumnonía, y ahora, ve a luchar y déjame hacer algo útil.

Quise preguntar al sacerdote acerca de Roma, pero me despachó con un gesto y volví entonces al almacén de las murallas de poniente, que sería nuestro hogar durante el sitio. Galahad, que ya se consideraba dumnonio honorífico, estaba con nosotros; intentamos calcular el número de francos que se retiraban al empezar a

subir la marea, después de haber intentado una vez más encontrar el camino entre la arena. Los bardos que cantan el sitio de Ynys Trebes dicen que el enemigo era más numeroso que los granos de arena de la bahía. No había tantos, pero de todos modos eran muchísimos. Todas las bandas francas del lado occidental de la Galia habían aunado sus fuerzas para conquistar Ynys Trebes, la joya de Armórica, pues se creía que estaba atestada de tesoros procedentes de la caída del imperio romano. Galahad calculó que había tres mil francos, yo, que dos mil, y Lanzarote nos aseguró que eran diez mil. Pero, fueran cuantos fuesen, nos rodeaban en número ingente.

Los primeros ataques fueron desastrosos para los francos. Hallaron un camino en el arenal y asaltaron la puerta principal, donde fueron rechazados sangrientamente; al día siguiente atacaron la sección de las murallas defendida por nosotros y recibieron el mismo trato, y además, como se demoraron mucho más, gran parte de sus hombres quedaron aislados a causa de la subida de la marea. Unos cuantos perecieron bajo las aguas al tratar de alcanzar tierra firme, otros se refugiaron en el estrecho brazo de tierra que rodeaba nuestras murallas y que se reducía por momentos, y allí fueron exterminados por un grupo de lanceros emboscados al mando de Bleiddig, el jefe que me llevara a Benoic y que comandaba entonces el grupo de veteranos de Benoic. La incursión de Bleiddig en la arena desobedecía radicalmente las órdenes de Lanzarote de permanecer intramuros, pero fueron tantos los muertos que Lanzarote fingió haber ordenado el ataque y más adelante, después que Bleiddig hubiera muerto, aseguró haber comandado la incursión él mismo. Los filii compusieron un cantar sobre el dique que Lanzarote había levantado en la bahía con los cadáveres de los francos abatidos, cuando en realidad el príncipe había permanecido en palacio durante la ofensiva de Bleiddig. Los cadáveres de los guerreros francos quedaron flotando alrededor de la isla durante muchos días, traídos y llevados por las olas y sirviendo de pasto a las gaviotas carroñeras.

Después los francos comenzaron a construir un terraplén más seguro. Cortaron cientos de árboles, los colocaron en la arena y los aseguraron con piedras que los esclavos transportaron hasta la costa. Las mareas eran formidables en la bahía de Ynys Trebes, a veces subían hasta cuarenta pies y las corrientes destrozaban el nuevo terraplén, de forma que al bajar la marea la arena quedaba cubierta de troncos a la deriva, pero los francos no cejaban, transportaban más árboles cortados y más piedras y rellenaban los huecos. Contaban con miles de esclavos y no les importaba sacrificarlos a cientos en la construcción del terraplén. A medida que la obra avanzaba, disminuían nuestras provisiones. Las pocas embarcaciones que nos quedaban salían a pescar y a buscar grano en Brocelianda, pero los francos botaron sus propias embarcaciones y, cuando capturaron a dos de las nuestras y destriparon a la tripulación, los patronos decidieron no hacerse a la mar de nuevo. Los poetas de la cima, que utilizaban las lanzas como ornamento, vivían de las bien provistas

despensas de palacio, pero los guerreros arrancábamos lapas de las rocas, comíamos mejillones y navajas o guisábamos las ratas que quedaban atrapadas en nuestra bodega, llena todavía de pellejos, sal y barriles de clavos. No nos moríamos de hambre. Diariamente tendíamos al pie de las rocas redes confeccionadas con ramas de sauce, y siempre nos proporcionaban algo de pesca menuda, aunque cuando bajaba la marea, los francos nos las destrozaban.

Con la pleamar, las naves francas navegaban alrededor de la isla para recoger las redes tendidas más allá de la costa de la ciudad. La bahía era poco profunda y el enemigo descubría las redes fácilmente, de forma que podía romperlas enseguida con las lanzas. Una de esas naves embarrancó al volver a tierra firme y allí quedó, perdida a un cuarto de milla de la ciudad cuando bajó la marea. Culhwch ordenó un ataque rápido y treinta de nosotros bajamos a recoger las redes suspendidas de la pared rocosa. Los doce hombres de la tripulación de la nave huyeron tan pronto nos acercamos; en la nave abandonada encontramos un barril de pescado en salazón y dos hogazas de pan seco, que nos llevamos triunfantes a nuestra posición. Cuando subió la marea, trasladamos la embarcación a la ciudad y la amarramos a la sombra de nuestras murallas. Lanzarote vio nuestra desobediencia desde lejos, y aunque no nos hizo llegar su recriminación, la reina Elaine exigió saber qué provisiones habíamos encontrado en la nave. Le hicimos llegar pescado seco, lo cual fue tomado como un insulto. Entonces Lanzarote nos acusó de habernos apoderado de la embarcación para abandonar Ynys Trebes y ordenó que la amarrásemos en el pequeño puerto de la bahía. En respuesta, subí hasta palacio y le exigí que defendiera con la espada tal acusación de cobardía. Le lancé el reto desde el patio de armas, a voz en grito, pero el príncipe y sus poetas permanecieron tras las puertas cerradas. Escupí en el umbral y me marché.

Cuanto más desesperada se hacía la situación, mayor contento mostraba Galahad. Debíase su alegría en parte a la presencia de Leanor, la arpista que me saludara al llegar dos años antes, la misma que despertaba el deseo carnal de Galahad, según me confesó él mismo, es decir, la que Lanzarote tomara contra su voluntad. Galahad y ella cohabitaban en un rincón de la bodega. Teníamos mujeres con nosotros. Nuestra situación era tan desesperada que la propia desesperanza modificaba la conducta normal, de modo que vivíamos lo más intensamente posible, antes de morir, aquellas horas que dábamos por últimas. Las mujeres montaban guardia con nosotros y apedreaban a los francos cuando trataban de romper nuestras redes. Hacia tiempo que nos habíamos quedado sin lanzas, sólo teníamos las que habíamos traído a Benoic con nosotros, pues las reservábamos para el combate postrero. El puñado de arqueros no contaba sino con las flechas que los francos disparaban a la ciudad, arsenal que aumentó cuando el nuevo terraplén permitió al enemigo situarse a tiro de arco de la puerta principal de la ciudad. Al final del terraplén levantaron una barricada de paja

desde la que los arqueros disparaban contra los defensores de las puertas. Los francos detuvieron en ese punto la construcción del terraplén, pues su única intención era salvar la distancia hasta el lugar apropiado para comenzar el asalto. Así pues, sabíamos que el ataque no tardaría en llegar.

Cuando detuvieron las obras del terraplén era principios de verano. La luna estaba llena y provocaba mareas colosales. El terraplén estaba casi siempre anegado, pero cuando las aguas bajaban, una extensa playa se abría alrededor de Ynys Trebes, y los francos, que aprendían día a día los secretos de los arenales, se esparcían por todas partes a nuestro alrededor. Sus tambores eran nuestra música a todas horas y oíamos sus amenazas constantemente. Un día en que celebraron una festividad propia de sus tribus, en vez de atacarnos, encendieron grandes hogueras en la playa e hicieron desfilar una columna de esclavos hasta el final del terraplén; allí los decapitaron uno a uno. Eran esclavos britones en su mayoría, y algunos tenían parientes que hubieron de contemplar su muerte desde la muralla de la ciudad, de suerte que algunos defensores de Ynys Trebes, espoleados por tan bárbara carnicería, precipitáronse por las puertas de la ciudad en un vano intento de rescatar a los desgraciados niños y mujeres. Los francos esperaban el ataque y formaron en línea de batalla sobre la arena de la playa, pero los hombres de Ynys Trebes, enloquecidos por la ira y el hambre, cargaron. Bleiddig fue uno de ellos. Murió ese día, atravesado por una lanza franca. Los dumnonios permanecimos observando la retirada de los escasos supervivientes. No habríamos podido sino añadir nuestros propios cadáveres al montón de muertos. El cuerpo de Bleiddig fue desollado, destripado y empalado al final del terraplén, de modo que hubimos de contemplarlo hasta la siguiente pleamar. El cuerpo quedó en la estaca aunque las aguas lo cubrieron por completo, y al día siguiente, al alba gris, las gaviotas se cebaron en la carne bañada en sal.

—Teníamos que haber cargado con Bleiddig —me dijo Galahad apesadumbrado.

—No.

—Más hubiera valido morir como hombres frente al enemigo que de hambre aquí dentro.

—Tendréis ocasión de enfrentaros al enemigo —le prometí, aunque tomé las medidas necesarias para ayudar a los míos en la derrota.

Levantamos barricadas en los senderos que llevaban a nuestro sector para mantener a los francos a raya, si acaso entraban en la ciudad, mientras las mujeres escapaban por un sendero estrecho y rocoso que serpenteaba por un costado de la peña de granito hasta llegar a una pequeña hendidura de la costa noroccidental de la ínsula, donde habíamos escondido la nave capturada al enemigo. La hendidura no servía de amarradero, así que, para no dejar la embarcación a merced de las olas y el viento, que la habrían estrellado contra los riscos, la anclamos llenándola de piedras, de modo que quedaba bajo las aguas dos veces al día. Supuse que el enemigo atacaría

durante la bajamar y di órdenes a dos de nuestros heridos de que la vaciaran y dejaran a flote tan pronto como comenzara el asalto. La idea de escapar en la nave era desesperada, pero infundió coraje a nuestra gente.

No acudieron naves a rescatarnos. Una mañana divisamos una gran vela en el norte y corrió por la ciudad el rumor de que Arturo había llegado, pero la vela se alejó poco a poco hasta desaparecer en la calina estival. Estábamos solos. Durante la noche, cantábamos y contábamos historias antiguas y por el día observábamos el aumento de las bandas guerreras francas que iban reuniéndose en tierra firme.

Iniciaron el asalto una tarde de verano, al final de la marea baja. Cayeron como un enjambre inmenso de hombres con corazas de cuero, yelmos de hierro y escudos de madera, que sostenían en alto. Cruzaron el terraplén, saltaron y subieron la suave cuesta de arena que llevaba a las puertas de la ciudad. Los que venían en cabeza transportaban un tronco descomunal a modo de ariete, con la cabeza curada al fuego y forrada de cuero, y los que corrían detrás llevaban escalas. Una horda llegó hasta nuestra muralla y fijó varias escalas.

—¡Dejad que suban! —ordenó Culhwch a nuestros soldados. Esperó a que hubiera cinco hombres en una escala y arrojó entonces una gran piedra directamente a los travesaños. Los francos cayeron gritando. Una flecha alcanzó a Culhwch en el yelmo al asomarse a lanzar otra roca; muchas flechas más rascaron los muros o silbaron por encima de nuestras cabezas y una lluvia de jabalinas se estrelló en vano contra la piedra. Los francos formaban una masa oscura que pululaba al pie de la muralla soportando las pedradas y las aguas negras que les arrojábamos. Cavan consiguió levantar una escala entera por encima de la muralla y la rompimos en astillas, que luego lanzamos contra los atacantes. Cuatro mujeres llegaron al muro arrastrando una columna estriada de piedra desde la puerta de la ciudad; la izamos por encima de la muralla y nos regocijamos con los gritos horribles de los hombres que aplastó en su caída.

—¡He aquí que la oscuridad se extiende! —me dijo Galahad a gritos.

Estallaba de júbilo, librando la última batalla y escupiendo a la muerte en la cara. Aguardó a que un franco llegara al final de la escala para rebanarle la cabeza de una estocada tremenda; la cabeza cayó dando tumbos por la arena y el cuerpo quedó aferrado a la escala, impidiendo el paso a los que subían detrás, que de esa forma se convirtieron en blanco fácil de nuestras pedradas. Nuestro arsenal procedía de las paredes de la bodega, que estábamos destruyendo para no quedarnos sin proyectiles, y además estábamos ganando la batalla porque cada vez eran

menos los francos que osaban trepar por las escalas. Terminaron por retirarse del pie de las murallas y nos burlamos de ellos diciéndoles que habían sido derrotados por mujeres, pero que si atacaban de nuevo, despertaríamos a nuestros guerreros y se las verían con ellos. No sé si llegaron a entender nuestras baladronadas, pero se

mantuvieron a distancia, temerosos de nuestra defensa. El ataque más feroz no cejaba en la entrada principal, las embestidas del ariete conmovían la bahía entera como si de un tambor gigantesco se tratara.

El sol alargaba sobre la arena las sombras del cabo occidental de la bahía y pintaba de rosa las nubes, que semejaban rayas en el cielo. Las gaviotas se recogían para pasar la noche. Los dos heridos destinados a vaciar nuestra nave partieron a cumplir su misión —yo albergaba la esperanza de que los francos no se hubieran adentrado tanto en la isla como para descubrir nuestra vía de escape—, aunque dudaba de que fuéramos a necesitarla siquiera. Caía la tarde y la marea subía, de modo que las aguas pronto harían retroceder al enemigo hacia el terraplén, hasta sus campamentos, y nosotros celebraríamos una victoria histórica.

Pero entonces se elevaron grandes clamores de guerra y triunfo entre las filas de más allá de las puertas de la ciudad, los francos derrotados echaron a correr para unírse a un asalto lejano y supimos que la ciudad había sido tomada. Más tarde, hablando con los supervivientes, supimos que los francos habían logrado entrar por el muelle de piedra del puerto y que se esparcían ya por la ciudad como un hormiguero arrasador.

Entonces comenzaron los gritos.

Galahad y yo cruzamos la barricada más cercana con veinte hombres. Algunas mujeres corrían hacia nosotros, pero al vernos, intentaron trepar por la colina de granito, presas del pánico. Culhwch se quedó a defender la muralla y a cubrirnos la retirada hasta la embarcación; la primera columna de humo de una ciudad tomada se elevó en el cielo del atardecer.

Pasamos por detrás de los defensores de la entrada principal, bajamos por unas escaleras de piedra y vimos al enemigo desplegándose como ratas en un granero. Lanceros enemigos invadían a cientos la ciudad desde el muelle. Los estandartes de cuernos de toro avanzaban en todas direcciones, sus tambores retumbaban y las mujeres atrapadas en las casas de la ciudad gritaban. A nuestra izquierda, en el lado opuesto del puerto, donde sólo unos pocos atacantes habían ganado posiciones, vimos aparecer de repente a unos cuantos lanceros de manto blanco. Boores, primo de Lanzarote y comandante de la guardia de palacio, dirigía el contraataque; por un momento llegué a creer que en ese instante cambiaría el signo de la jornada y que el enemigo sería obligado a batirse en retirada definitivamente, pero en vez de iniciar el asalto al muelle, Boores llevó a sus hombres por unos escalones hacia una flotilla de pequeñas naves que aguardaba para llevarlos a todos a buen puerto. Vi al príncipe Lanzarote corriendo en medio de la guardia, llevando a su madre de la mano y dirigiendo a un grupo de cortesanos aterrorizados. Los fil abandonaban la ciudad sentenciada. Galahad redujo a dos hombres que trataban de subir por los escalones y en ese momento vi que la calle que teníamos a la espalda se llenaba de francos

envueltos en negros mantos.

—¡Atrás! —grité, y me llevé a Galahad a rastras, lejos del callejón.

—¡Dejad de luchar!

Trató de librarse de mi para enfrentarse a los dos hombres que subían ya por los peldaños de piedra.

—¡Dejadlo, insensato! —De un empujón le obligué a ponerse detrás de mí, apunté la lanza a mi izquierda, la levanté y se la clavé a un franco en la cara. Solté el arma, paré la lanza del segundo hombre con el escudo, saqué a Hywelbane y largué una estocada por debajo del escudo que hizo recular al hombre; el franco gritó al caer por los peldaños agarrándose las tripas con las manos, desangrándose—. Vos sabréis sacarnos de la ciudad —le dije a Galahad. No recuperaré la lanza pero, de un empujón, alejé a Galahad de los enemigos sedientos de lucha que subían en gran número por los escalones. Al final de la escalinata había una alfarería, y a pesar del sitio el alfarero no había retirado los tenderetes donde exponía la mercancía ni los toldos que los protegían. Derribé una de las mesas, llena de vasijas y jarras, en medio del camino de los atacantes, corté el toldo y se lo arrojé a la cara—. ¡Enseñadnos el camino! —le pedía a gritos.

En Ynvs Trebes había callejones y jardines que sólo sus habitantes conocían, y necesitábamos esos vericuetos para poder escapar.

Los invasores entraban ya por la puerta principal y quedamos apartados de Culhwch y sus hombres. Galahad nos llevó colina arriba, torció a la izquierda, hacia un túnel que se abría a un templo, luego cruzamos un jardín y subimos hasta el muro de una cisterna de agua de lluvia. A nuestros pies, la ciudad se estremecía de horror. Los francos victoriosos tiraban abajo las puertas para vengar a sus compañeros muertos en la arena. Los gemidos de los niños eran ahogados por la espada. Vi a un guerrero franco, un hombre enorme de gran estatura con cuernos en el casco, que cortaba por la mitad a cuatro defensores con el hacha. El humo salía de las casas. Aunque la ciudad estuviera construida con piedras, había muebles, brea para embarcaciones y tejados de paja suficientes para incendiar sin tino. En el mar, la marea ya subía inundando los bancos de arena; vi brillar el casco alado de Lanzarote en una de las tres naves que huían mientras sobre mi cabeza, rosado bajo el sol poniente, el hermoso palacio esperaba sus últimos momentos. La brisa del crepúsculo esparció el humo gris y agitó suavemente la cortina blanca de una de las ventanas de palacio.

—¡Por allí! —dijo Galahad, señalando hacia un estrecho sendero—. ¡Seguid el camino hasta nuestra nave! —Nuestros hombres corrieron para salvar la vida—. ¡Vamos, Derfel! —me dijo.

Pero no me moví; me quedé mirando la empinada subida.

—¡Vamos, Derfel! —insistió Galahad.

Pero yo estaba escuchando una voz interior, la voz de un viejo, una voz seca, sardónica y antipática, una voz que no me dejaba mover.

—¡Vamos, Derfel! —gritó Galahad una vez más.

En tus manos encomiendo mi vida, fueron las palabras del viejo, y súbitamente, le oí otra vez. Mi vida pesa sobre tu conciencia, Derfel de Dumnonia.

—¿Cómo llego a palacio? —pregunté a Galahad.

—¿A palacio?

—¡Decidme! —grité furioso.

—¡Por aquí, por aquí!

Y subimos.



Los bardos cantan al amor, celebran las matanzas, ensalzan a los reyes y halagan a las reinas, pero si yo fuera poeta, escribiría loas a la amistad.

He sido afortunado con los amigos. Arturo, por ejemplo, pero de entre todos mis amigos no hubo jamás otro como Galahad. A veces nos entendíamos sin necesidad de palabras y otras hablábamos incesantemente durante horas. Todo lo compartíamos, salvo las mujeres. Fueron incontables los momentos en que estuvimos hombro con hombro en la línea de combate, y las ocasiones en que compartimos el último mendrugo de pan. Nos tomaban por hermanos y así nos considerábamos nosotros también.

Y aquella aciaga tarde, cuando la ciudad sucumbía al fuego a nuestros pies, Galahad comprendió que no podría obligarme a ir a la nave que nos aguardaba. Supo que me retenía algún imperativo, algún mensaje de los dioses que me empujó a ascender desesperadamente hacia la serena ciudadela de la cumbre de Ynys Trebes. El horror iba ascendiendo también a nuestro alrededor, pero aún manteníamos cierta distancia. Cruzamos el tejado de una iglesia corriendo como desesperados, saltamos a un callejón y nos abrimos paso a contracorriente entre una multitud de fugitivos que creían que la iglesia les ofrecería cobijo; después, subiendo unos escalones de piedra, alcanzamos la calle principal que circundaba Ynys Trebes. Un grupo de francos nos venía a la zaga, compitiendo por ver quién sería el primero en llegar al palacio de Ban, pero les llevábamos aún bastante distancia, nosotros y el lastimoso puñado de gente que había escapado a la matanza de la zona baja de la ciudad y que pretendía vanamente refugiarse en la morada de la cima.

No había guardia en el patio de armas. Las puertas de palacio estaban abiertas y dentro las mujeres se encogían atemorizadas, los niños lloraban, el noble mobiliario esperaba a los conquistadores y el viento agitaba las cortinas. Crucé las elegantes estancias, la cámara de los espejos, pasé de largo ante el arpa abandonada de Leanor y me precipité en el gran aposento donde Ban me recibiera la primera vez. El rey aún se encontraba allí, ataviado con su toga, sentado a la mesa con la pluma en la mano.

—Se ha hecho tarde —dijo al verme entrar apresuradamente con la espada desenvainada—. Arturo no ha cumplido su palabra.

Resonaban gritos en los corredores de palacio. El humo nublaba la vista desde las ventanas arqueadas.

—¡Venid con nosotros, padre! —dijo Galahad.

—Tengo que hacer —replicó Ban quejumbrosamente. Mojó la pluma en tinta y empezó a escribir—. ¿No veis que estoy ocupado?

Pasé a la antecámara que llevaba a la biblioteca; estaba vacía; abrí de un empujón las puertas de la biblioteca y vi al sacerdote jorobado de pie junto a un estante de

pergaminos. Había muchos manuscritos desperdigados por el suelo.

—Vuestra vida es mía —grité furioso, resentido porque un hombre tan feo me hubiera cargado con semejante responsabilidad, habiendo además tantas otras vidas que salvar en la ciudad—. ¡Seguidme al punto! —añadí. El sacerdote no me hizo el menor caso. Sacaba pergaminos de las estanterías frenéticamente, cortaba la cinta y el sello, leía las primeras líneas y los arrojaba al suelo con los otros—. ¡Vámonos! —insistí.

—¡Un momento! —dijo Celwin, y sacó otro pergamino, lo tiró y abrió el siguiente—. ¡Todavía no!

Un estruendo resonó en el palacio, seguido por clamores de victoria que enseguida quedaron ahogados por gemidos. Galahad se encontraba en la puerta de la biblioteca, rogando a su padre que se uniera a nosotros, pero Ban lo despidió con un gesto de la mano como si sus palabras le molestaran. Entonces la puerta se abrió y tres francos sudorosos se precipitaron en la estancia. Galahad corrió a su encuentro pero no llegó a tiempo de salvar la vida de su padre, y Ban no intentó defenderse siquiera. El primer franco lo cosió a estocadas, aunque en mi opinión el rey de Benoic ya había muerto de pesadumbre antes de recibir el primer tajo. El franco iba a cortarle la cabeza, pero cayó atravesado por la lanza de Galahad, mientras yo, Hywelbane en ristre, acometía contra el segundo guerrero y, con un amplio movimiento, lo arrojaba contra el tercero obstruyéndole el paso. Al franco moribundo le olía el aliento a cerveza, como a los sajones. Más allá de la puerta había humo. Galahad ya estaba a mi lado, enfrentándose al tercer franco con la lanza, cuando llegó un tropel de invasores corriendo por el pasillo. Recuperé a Hywelbane y retrocedí hasta la antecámara.

—¡Vamos, viejo loco! —grité al obstinado sacerdote sin girarme del todo.

—Viejo si, Derfel, pero ¿loco? Jamás.

El sacerdote soltó una carcajada; una cierta amargura en esa risa me hizo volverme hacia él, y vi, como en sueños, que la joroba desaparecía y el sacerdote, al enderezar la espalda, alcanzaba una altura considerable. No me pareció feo en absoluto, sino maravilloso y majestuoso y tan imbuido de sabiduría que, a pesar de encontrarme en un palacio de muerte, empapado de sangre y vibrante de gritos de agonía, me sentí más seguro que nunca en mi vida. El sacerdote seguía riéndose de mí, muy complacido por haberme engañado durante tanto tiempo.

—¡Merlin! —exclamé con lágrimas en los ojos, lo confieso.

—Dame unos minutos —dijo—, entreténmelos. —Seguía sacando pergaminos y tirándolos al suelo con una mirada de desprecio. Se había retirado el parche del ojo, que no era sino parte del disfraz—. Entreténmelos —repitió, al tiempo que se acercaba a otro estante de pergaminos sin abrir—. Tengo entendido que sabes defenderte muy bien, así que ahora, esfuézzate.

Galahad puso el arpa y el atril de la arpista en la puerta y nos apostamos los dos a la entrada a defender el paso con lanzas, espadas y escudos.

—¿Sabíais que estaba aquí? —le pregunte.

—¿Quién?

Galahad clavó la lanza en el redondo escudo de un franco y la retiró.

—Merlín.

—¿Está aquí? —dijo, sorprendido—. No, no tenía la menor idea.

Un franco vociferante de pelo ondulado y barba manchada arremetió contra mi lanza en ristre, pero la atrapé justo por debajo de la punta y tiré de ella, de modo que ensarté al guerrero en la punta de mi espada. Otra lanza me pasó rozando y fue a clavarse en el dintel. Un hombre metió el pie entre las discordantes cuerdas del arpa y cayó hacia delante, momento que aprovechó Galahad para darle una patada en la cara. Yo le di un golpe en el cuello con el escudo y después desvié su estocada. No se oían sino gritos en el palacio y acres humaredas levantábanse por doquier, pero los atacantes iban perdiendo interés en saquear la biblioteca y se dirigían hacia otras habitaciones donde el botín fuera más fácil de cobrar.

—¿Merlín está aquí? —me preguntó Galahad, incrédulo.

—Comprobadlo con vuestros propios ojos.

Galahad se volvió a mirar al alto personaje que buscaba desesperadamente entre los ya condenados manuscritos de Ban.

—¿Ese es Merlín?

—Sí.

—¿Cómo habéis sabido que estaba aquí?

—No lo sabía. ¡Vamos, hijo de perra! —le dije a un franco que llevaba capa de cuero y hacha de guerra de doble filo y que pretendía demostrarse a si mismo que era un héroe.

Cargó contra nosotros entonando su himno de guerra y murió cantándolo todavía. El hacha fue a clavarse entre los tablones del suelo a los pies de Galahad, mientras éste sacaba su lanza del pecho del hombre.

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo! —gritó Merlín de pronto, a nuestra espalda—. ¡Silio Itálico, cómo no! No escribié dieciocho libros sobre la segunda guerra púnica, sólo diecisiete. ¡Cómo he podido ser tan estúpido! Tienes razón, Derfel, ¡soy un viejo loco! ¡Y peligroso! ¡Dieciocho libros sobre la segunda guerra púnica! ¡Hasta un simple niño sabe que sólo escribié diecisiete! ¡Ya lo tengo! ¡Vamos, Derfel, no me hagas perder tiempo! ¡No podemos andar por aquí mareando la perdiz toda la noche!

Echamos a correr de nuevo hacia la desordenada biblioteca, tiré la gran mesa al suelo delante de la puerta a modo de barrera mientras Galahad abría de una patada los postigos de las ventanas de poniente. Otro grupo de francos irrumpió en la habitación de la arpista; Merlín se arrancó la cruz de madera que llevaba al cuello y arrojó tan

débil arma a los invasores, detenidos de momento por la maciza mesa. Al caer la cruz, una gran llamarada envolvió la antecámara. Tomé el mortal incendio por mera coincidencia, pensé que la pared de la habitación se había derrumbado, permitiendo que se extendieran las llamas del otro lado en el mismo momento en que la cruz tocó el suelo, pero Merlín se atribuyó el prodigio.

—Al menos ha servido para algo ese objeto despreciable —dijo refiriéndose a la cruz, y se rió del enemigo, que aullaba entre llamas—. ¡Asaos, gusanos, asaos vivos! —Se guardó el precioso pergamino entre los pliegues del hábito, a la altura del pecho—. Derfel, ¿has leído a Silio Itálico? —me preguntó.

—Ni siquiera conocía el nombre, señor —dije, llevándolo hacia una ventana abierta.

—Escribió poesía épica, mi querido Derfel, poesía épica. —Se resistió a que lo llevara hacia la ventana y me puso una mano en el hombro—. Permíteme que te dé un consejo —dijo con gran seriedad—. Huye de la poesía épica, te lo digo por experiencia.

De pronto sentí deseos de llorar como un niño. Regocijábame tanto volver a ver sus ojos, sabios y malvados, como sí de mi propio padre se tratara.

—Os he echado tanto de menos, señor —balbucí.

—¡No te pongas sentimental conmigo ahora! —me dijo bruscamente, y se fue hasta la ventana con rapidez en el momento en que un franco lograba salvar la barrera de fuego saltando por encima de la mesa con un aullido de guerra; le salía humo de la cabeza.

El hombre nos arrojó la lanza, la desvié con el escudo, le clavé un tajo, le di una patada y volví a clavarle el acero.

—¡Por aquí! —gritó Galahad desde el jardín.

Asesté al franco moribundo un último golpe y después vi que Merlín había vuelto a su pupitre.

—¡Rápido, señor! —le dije.

—El gato —replicó—, no puedo abandonarlo aquí. ¡No seas necio!

—¡Por todos los dioses, señor! —dije a voz en grito, pero Merlín seguía escarbando bajo la mesa para alcanzar al asustado gato gris; por fin, saltó por el alféizar de la ventana con el animal en brazos y salió al jardín de hierbas aromáticas, rodeado por unos setos bajos de laurel.

El sol se ponía con todo esplendor, inundando el cielo de un rojo brillante y reflejándose en las aguas ondulantes de la bahía. Saltamos el seto, seguimos a Galahad por unas escaleras que llevaban a una cabaña de jardinero y continuamos por un peligroso camino que descendía bordeando el pico de granito. A un lado se elevaba la pared pelada y al otro se abría el vacío, pero Galahad conocía los senderos desde la infancia y nos condujo sin titubeos hasta la orilla de las oscuras aguas.

En el mar flotaban cadáveres. Nuestra nave, atestada hasta el punto de que parecía un milagro que se conservara a flote, ya estaba a un cuarto de milla de la costa; los remos se movían esforzadamente para llevar a los pasajeros a buen puerto. Haciendo bocina con las manos, grité.

—¡Culhwch! —Mi voz rebotó en la roca y se perdió en el mar, confundida con la inmensidad de gritos y gemidos que ponían el punto final a Ynys Trebes.

—Déjalos —dijo Merlín con calma, y empezó a rebuscar bajo el mugriento hábito que llevaba cuando era el padre Celwin—. Sujétalo —dijo, y me puso el gato en los brazos; luego volvió a rebuscar entre los pliegues de la ropa hasta que sacó un pequeño cuerno de plata; lo hizo silbar una vez y dio una nota dulce.

Casi al momento, por el lado norte de Ynys Trebes apareció una barca pequeña. Un hombre vestido con un simple sayo impulsaba la barquita con una especie de aspa larga sujeta a la popa en un tolete. La barca tenía la proa alta y puntiaguda y espacio suficiente como para tres pasajeros. Había un cofre en el fondo marcado con el sello de Merlín, Cernunnos, el dios cornudo.

—Lo preparé todo —dijo Merlín sin darle importancia— cuando llegué a la conclusión de que el pobre Ban no tenía ni idea de los pergaminos que poseía. Creí que iba a necesitar más tiempo, y así ha sido. Aunque los pergaminos estuvieran catalogados, los fili los desordenaban constantemente, por no hablar de cuando trataban de mejorarlos o de robar versos para atribuirselos a sí mismos. Un desvergonzado pasó seis meses plagiando a Catulo y luego lo colocó debajo de Platón. ¡Buenas noches, mi querido Caddwg! —saludó cordialmente al remero—. ¿Todo en orden?

—El mundo agoniza, pero por lo demás, sí —dijo Caddwg.

—Bien, tienes el cofre —dijo Merlín, señalando el cofre sellado—, es lo único que importa.

La elegante barca había pertenecido a palacio en otro tiempo y se usaba para transportar pasajeros desde la bahía hasta otras embarcaciones más grandes ancladas frente a la costa; Merlín había ordenado que aguardara su llamada. Saltamos a bordo y nos situamos en cubierta mientras el adusto Caddwg empujaba la barca hacia el mar abierto. Una flecha solitaria cayó desde las alturas y el agua se la tragó, como a nosotros; ésa fue la única señal de despedida y el único tropiezo de nuestra partida. Merlín cogió al gato de entre mis brazos y se sentó satisfecho en la proa; Galahad y yo nos quedamos mirando hacia atrás, hacia la isla de la muerte.

La humareda sobrevolaba el agua. Los gritos de los condenados se elevaban como un lamento fúnebre en el día que terminaba. Veíamos negras siluetas de lanceros francos, que seguían cruzando el terraplén y chapoteando en el agua los últimos pasos hasta alcanzar la ciudad tomada. El sol desapareció, la bahía quedó en sombras y las llamas destellaron con mayor intensidad en el palacio. Una cortina se incendió y alzó

una viva llamarada antes de quedar reducida a cenizas. La biblioteca ardió con mayor fiereza, los pergaminos prendían rápidamente, uno tras otro, y convirtieron ese rincón del palacio en un infierno. Fue la pira funeraria del rey Ban, que ardió durante toda la noche.

Galahad lloró. Se arrodilló en la cubierta aferrado a la lanza y contempló la reducción de su casa a polvo. Hizo la señal de la cruz y oró en silencio por que el alma de su padre alcanzara cualquiera que fuese el más allá en que Ban creyera. Por fortuna el mar estaba en calma, teñido de rojo y negro, sangre y muerte, el espejo perfecto de la ciudad en llamas donde nuestro enemigo danzaba celebrando un triunfo macabro. Ynys Trebes jamás fue reconstruida en nuestra era: las murallas cayeron, medraron las ortigas y las aves marinas hallaron reposo allí. Los pescadores francos evitaban la isla donde tantos habían encontrado la muerte. Dejó de ser Ynys Trebes, pues los francos le dieron un nombre nuevo en su ruda lengua: Monte de la Muerte. Y por las noches, a decir de los marineros, cuando la isla desierta se cierne negra sobre el mar de obsidiana, todavía resuenan los gritos de las mujeres y el gemido de los niños.

Atracamos en una playa vacía del lado occidental de la bahía. Dejamos la barca y transportamos el cofre de Merlín entre aulagas y espinos combados por el viento hasta la alta cresta del cabo. Cuando llegamos arriba, era noche cerrada; volvíme hacia Ynys Trebes, que relumbraba como brasas desperdigadas en la oscuridad; después, seguí adelante para descargar mi peso en la conciencia de Arturo. Ynys Trebes había perecido.

Embarcamos rumbo a Britania en el mismo río en que un día rogué a Bel y a Manawydan que me devolvieran sano y salvo a casa. Culhwch estaba en el río, su sobrecargado navío había embarrancado en el limo. Leanor seguía con vida, y también la mayoría de los nuestros. Quedaba en el río una nave apta para llevarnos a casa, el patrón aguardaba con la esperanza de obtener pingues beneficios a costa de la desesperación de los supervivientes, pero Culhwch le puso la espada al cuello y le obligó a llevarnos gratuitamente. El resto de la población del río había huido ya de los francos. Esperamos a que pasara la noche, una noche de colorido estridente, pues alcanzábamos a percibir el reflejo de las llamas de Ynys Trebes, y por la mañana levamos anclas y pusimos rumbo al norte.

Merlín observaba el alejamiento de la costa y yo lo observaba a él sin poder creer todavía que su regreso fuera real. Era alto y huesudo, quizás el hombre más alto que había visto en mí vida, con el pelo largo y blanco que le crecía desde la línea de la tonsura y se recogía en una cola atada con lazo negro. Cuando fingía ser Celwin lo llevaba suelto y desgreñado, pero una vez se hubo peinado la cola otra vez, se parecía más al Merlín de siempre. Tenía la tez del color de la madera vieja y pulida, los ojos verdes y la nariz afilada y huesuda como la proa de un barco. El bigote y la barba

estaban trenzados en finas hebras, y solía retorcérselos entre los dedos cuando pensaba. Nadie sabía los años que tenía y nunca conocí a nadie mayor que él, salvo el druida Balise, como tampoco vi nunca a nadie de edad tan indefinida. Conservaba la dentadura intacta, no le faltaba ni una sola pieza, y la agilidad de un joven, aunque gustaba de fingirse viejo, frágil y desamparado. Se vestía de negro, siempre de negro y jamás de otro color, y solía llevar una larga vara negra, aunque en esos momentos, en plena huida de Armórica, le faltaba ese símbolo de rigor.

Sabia imponerse no sólo por su elevada estatura, su fama o la elegancia de su porte, sino por su mera presencia. Al igual que Arturo, dominaba el ambiente allí donde estuviera y dejaba una sensación de vacío cuando se ausentaba de un salón lleno de gente; sin embargo, la presencia de Arturo impregnaba el aire de generosidad y entusiasmo, mientras que la de Merlín resultaba siempre inquietante. Cuando miraba a uno, parecía llegar a los más hondos secretos del corazón y, lo que es peor, le parecían risibles. Era malicioso, impaciente, impulsivo y total y absolutamente sabio. Todo lo despreciaba, a todos vilipendiaba y amaba a unos pocos de todo corazón. Uno era Arturo, otra, Nimue y creo que yo era el tercero, aunque nunca tuve la certeza absoluta, pues se daba con gusto al disimulo y al disfraz.

—¡Me estás mirando, Derfel! —me recriminó desde la proa, sin darse la vuelta siquiera.

—Espero no volveros a perder de vista nunca, señor.

—Eres un tonto sentimental, Derfel. —Se volvió con una expresión reprobatoria—. Tenía que haberte devuelto al pozo de Tanaburs. ¡Lleva ese cofre a mi camarote!

Merlín se había adueñado del camarote del patrón del barco, y allí llevé el cofre de madera. Merlín entró agachado, pues el techo era bajo, colocó los cojines del capitán para hacerse un asiento cómodo y se dejó caer con un suspiro de felicidad. El gato gris saltó a su regazo en el momento en que Merlín desenrollaba, sobre la burda mesa de madera en la que brillaban escamas de pescado, las primeras pulgadas del grueso pergamino por el que había ariesgado la vida.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Es el único y verdadero tesoro que Ban poseía —me contestó—. Lo demás era porquería en latín o griego, en su mayoría. Algo más habría, supongo, pero poca cosa.

—Bien, ¿y qué es? —insistí.

—Un pergamino, querido Derfel —contestó, en un tono como si la pregunta fuera una tontería. Miró hacia arriba, al cielo abierto; el viento, acre todavía a causa de la humareda de Ynys Trebes, inflaba la vela—. ¡El viento nos es favorable! —comentó risueño—. Estaremos en casa a la caída del sol, es posible. Bretaña, cuánto te he echado de menos: —Miró de nuevo el pergamino—. ¿Y Nimue? ¿Cómo esta mi amada niña? —preguntó, al tiempo que ojeaba las primeras líneas.

—La última vez que la vi —dije con amargura— había sufrido violación y le

habían sacado un ojo.

—Es normal —dijo Merlín sin darle importancia.

Tanta frialdad me dejó sin aliento. Dejé transcurrir un momento y volví a preguntarle qué contenía el pergamino, que tan importante parecía. Merlín suspiró.

—¡Cuán importuno eres, Derfel, rapaz! Bien, me mostraré indulgente contigo, a pesar de todo. —Soltó el manuscrito, que se enrolló solo inmediatamente, y se reclinó en los cojines húmedos y deshilachados del patrón del barco—. Sin duda sabes quién era Caleddin.

—No, señor.

Levantó las manos con desesperación.

—¿No te averguenza tamaña ignorancia, Derfel? Caleddin era el druida de los ordovicios, una tribu perversa. Motivos tengo para saberlo a ciencia cierta, pues una de mis esposas era ordovicia, y sólo con ella tuve suficiente como para doce vidas. No he de repetirlo nunca jamás. —El recuerdo le hizo estremecerse; después me miró directamente—. Fue Gundleus quien violó a

Nimue, ¿cierto?

—Si.

No comprendí cómo podía saberlo.

—¡Qué necio! ¡Qué necio! —La mala sombra de su amante parecía hacerle gracia, más que provocarle ira—. ¡Cuánto ha de sufrir ese hombre! ¿Nimue está enfadada?

—Está furiosa.

—Bien, la furia es muy útil, y mi amada Nimue sabe emplearla bien. Si hay algo que no soporto de los cristianos es la admiración que les despierta la mansedumbre. ¿Puedes creer que tienen la mansedumbre por virtud? ¡La mansedumbre! ¿Te imaginas un cielo habitado sólo por mansos? ¡Qué espanto de idea! Se enfriaría la comida en tanto se cedían los platos unos a otros. De nada sirve la mansedumbre, Derfel. La cólera y el egoísmo son las cualidades que mantienen el mundo en movimiento. —Soltó una carcajada—. Bien, hablemos de Caleddin. Para ser ordivicio no era mal druida, no tan sabio como yo, claro está, pero tenía días inspirados. Por cierto, mucho me regocijó cuando intentaste matar a Lanzarote, lástima que no terminaras el trabajo. Supongo que huyó de la ciudad.

—Tan pronto como la derrota fue evidente.

—Dicen los marineros que las ratas son las primeras que huyen de una nave en peligro. ¡Pobre Ban! Estaba loco, pero era un loco bueno.

—¿Sabía él quién erais vos, en realidad?

—Naturalmente. Habría sido una grosería inconmensurable engañar a mi anfitrión. Él no se lo dijo a nadie más, claro está, pues de otro modo sus despreciables poetas me habrían acosado con ruegos para que hiciera desaparecer sus arrugas por



medio de artes mágicas. No te haces una idea de las preocupaciones que puede acarrear el saber un poco de magia. Ban sabia quién era yo, y también Caddwg, mi servidor. Nuestro querido Hywel murió, ¿no es cierto?

—Si ya lo sabéis, ¿para qué preguntáis?

—Por puro afán de conversación —dijo, molesto—. La conversacion es toda un arte de la civilización, Derfel. No todos pasamos la vida a golpes de espada y escudo. Algunos procuramos conservar la dignidad —remató, muy digno.

—Y entonces, ¿cómo habéis sabido de la muerte de Hywel?

—Porque Bedwin me lo contó en una misiva, ¿qué esperabas, idiota?

—¿Bedwin os ha estado escribiendo todos estos años? —pregunté sin dar crédito a lo que oía.

—¡Claro! ¡Necesita de mis consejos! ¿Creías acaso que me había desvanecido en el aire, sin más?

—En efecto —dije resentido.

—Pamplinas. Sencillamente, no sabias dónde ir a buscarme. No puede decirse que Bedwin siga mis consejos al pie de la letra. ¡Vaya entuertos que ha preparado! ¡Mordred sigue con vida! Mayor insensatez no cabe. Ese niño tenía que haber muerto estrangulado con su propio cordón umbilical, aunque imagino que no habría forma humana de convencer a Uter. ¡Pobre Uter! Creía que las virtudes se transmiten de entraña a entraña. ¡Cuánto sinsentido! Un niño es como un ternero, sí nace defectuoso, se le redime con un golpe de gracia y se hace cubrir a la vaca de nuevo. Por eso los dioses hicieron que el engendrar fuera tan placentero, porque son muchos los cachorros a los que hay que reemplazar. Claro que para las mujeres no resulta tan gozoso, pero alguien tenía que cargar con el peso, y les ha tocado a ellas, no a nosotros, gracias a los dioses.

—¿Habéis tenido vos algún hijo? —pregunté, y de pronto pensé que era la primera vez que se me ocurría semejante cuestión.

—¡Pues claro! ¡Qué extraordinaria pregunta! —Se quedó mirándome como si dudara de mi buen estado mental—. No tomé gran cariño a ninguno de ellos y, afortunadamente, la mayoría murió y me desentendí del resto. Creo que uno incluso se ha convertido al cristianismo. —Se estremeció—. Prefiero de largo los hijos ajenos, son harto más agradecidos. Bien, ¿de qué estábamos hablando? ¡Ah, sí! De Caleddin. Un hombre terrible. —Sacudió la cabeza con pesar.

—¿Fue él quien escribió el pergamino?

—No seas absurdo, Derfel —me cortó con impaciencia—. Los druidas tienen prohibida la escritura, va contra la ley. ¡Y tú lo sabes! Desde el momento en que escribes algo, aquello queda fijo, se convierte en dogma. Se discute sobre ello, algunos se atribuyen autoridad, se hace referencia a los textos, se escriben otros manuscritos sobre los que también se discute y enseguida se condenan unos a otros a

la picota. Si nunca dejas nada escrito, nadie sabe con exactitud qué dijiste, y así puedes cambiarlo cuando quieras. ¿Es que hay que explicártelo todo, Derfel?

—Podrías explicarme lo que contiene ese pergamino —dije humildemente.

—¡Eso es lo que estaba haciendo, pero es que no paras de interrumpirme y de cambiar de tema! ¡Cuán extraordinario proceder! ¡Y pensar que fuiste criado en el Tor! Tenía que haberte hecho azotar con más frecuencia, tal vez así habrías aprendido mejores modales. Tengo entendido que Gwlyddyn está reconstruyendo mi casa.

—Sí.

—Gwlyddyn es un hombre bueno y honrado. Seguramente tendré que reconstruirla yo personalmente, pero él lo intenta de todas formas.

—El pergamino —le recordé escuetamente.

—¡Ya lo sé! Caleddin era druida, eso ya te lo he dicho, y ordovicino, por más señas. Es igual, transpórtate al año negro y pregúntate cómo pudo Suetonio llegar a conocer tanto sobre nuestra religión. Suetonio sí sabrás quién era, ¿verdad?

Esa duda era un verdadero insulto, pues todo britano conocía y renegaba del nombre de Suetonio Paulino, nombrado gobernador por el emperador Nerón, el cual, durante el año negro transcurrido unos cuatrocientos años antes de nuestra era, acabó prácticamente con nuestra antigua religión. Todo britano conocía desde la cuna la terrible historia de la destrucción del santuario druida de Ynys Mon, aplastado entre dos legiones de Suetonio. Ynys Mon, como Ynys Trebes, era una isla y el más importante santuario de nuestros dioses, pero los romanos lograron cruzar el estrecho y pasaron por la espada a todos los druidas, bardos y sacerdotisas. Talaron los bosques sagrados y corrompieron el lago santo, de modo que no quedó sino una tenue sombra de la vieja religión; los druidas como Tanaburs o Jorweth eran tristes ecos de la gloria pasada.

—Sé quién fue Suetonio —conteste.

—Hubo otro Suetonio —replicó con retintín burlón— que fue escritor, y bastante bueno. Ban poseía su *De viris illustribus*, que versa sobre la vida de los poetas. Suetonio levantó gran escándalo a propósito de Virgilio, sobre todo. Es increíble lo que los poetas son capaces de llevarse a la cama, principalmente unos a otros, por descontado. Lástima que ese manuscrito haya perecido en las llamas, pues te digo que es el único ejemplar que he visto. Es fácil que el pergamino de Ban fuera el último que existe, y ahora no quedan de él sino cenizas. Para Virgilio será un alivio. Bien, el caso es que Suetonio Paulino quería saber todo lo posible sobre nuestra religión antes de atacar Ynys Mon. Quería asegurarse de que no lo convertiríamos en sapo o en poeta, así es que buscó a un traidor, es decir, al druida Caleddin. Caleddin dictó cuanto sabía a un escribano romano, el cual copió todas sus palabras en un latín, al parecer, execrable. Mas, execrable o no, es el único documento existente de nuestra religión; todos los secretos, todos los ritos, todos los significados y todo su poder. Y

es éste, rapaz —dijo señalando el pergamino, que cayó al suelo.

Lo recogí de debajo del catre del patrón.

—Y yo que os tomé por un cristiano —dije amargamente— que investigaba la envergadura de las alas de los ángeles...

—No seas perverso, Derfel. Cualquiera sabe que la envergadura varía en relación a la altura y peso del ángel. —Desarrolló el pergamino de nuevo y ojeó el contenido—. Por todas partes busqué este tesoro. ¡Hasta en Roma! Pero el incauto de Ban lo tenía catalogado como el decimoctavo volumen de Silio Itálico. Lo cual demuestra que jamás leyó su obra al completo, aunque bien la magnificaba. De todos modos, no creo que nadie haya sido capaz de leerla íntegramente. ¡Imposible! —remató con un estremecimiento.

—No es de extrañar que os costara más de cinco años localizarlo —comenté, pensando en cuánta gente lo había echado de menos en ese tiempo.

—Pamplinas. Hace sólo un año que supe de la existencia del manuscrito. Antes buscaba otras cosas: el cuerno de Bran Galed, el cuchillo de Laufrodedd, el tablero de juego de Gwenddolau, el anillo de Eluned... Los tesoros de Britania, Derfel. —Hizo una pausa y se quedó mirando el cofre sellado; después volvió a mirarme a mí—. Esos tesoros son la clave del poder, Derfel, pero sin los secretos que contiene el manuscrito no son más que objetos inertes.

Hablaba en un tono singularmente reverente, y no era de extrañar, pues se trataba de los talismanes más sagrados y misteriosos de Britania. Una noche en Benoic, tiritando en la oscuridad y oyendo a los francos entre los árboles, Galahad se había burlado de la existencia de tales tesoros, pues dudaba de que hubieran sobrevivido a los largos años de dominio romano. Sin embargo, Merlín siempre había sostenido que los druidas antiguos, al enfrentarse a la derrota, los habían escondido en lugar tan recóndito que ningún romano los hallaría jamás. Merlín ambicionaba la llegada del ansiado y temido momento de ponerlos en acción otra vez. Al parecer, Caleddin había explicado en el manuscrito la forma de llevarlo a cabo.

—Entonces, ¿qué es lo que nos cuenta el pergamino? —pregunté con mucho interés.

—¿Cómo habría de saberlo? No me permites leerlo, siquiera. ¿Por qué no te vas a hacer algo útil? ¡Rema o haz lo que hagan los marineros cuando no se están ahogando! —Esperó a que llegara a la puerta—. ¡Ah! Una cosa más —añadió, abstraído.

Me volví y vi que estaba mirando atentamente las primeras líneas del pergamino.

—¿Señor? —insistí.

—Sólo quería darte las gracias, Derfel —dijo con displicencia—. De modo que gracias. Siempre tuve la esperanza de que algún día sirvieras para algo.

Pensé en Ynys Trebes, en el fuego y en la muerte de Ban.

—No he cumplido la palabra que di a Arturo —dije apesadumbrado.

—Nadie cumple la palabra que da a Arturo. Espera mucho de todos. Vete, pues.

Supuse que Lanzarote y su madre navegarían hacia poniente, hacia Brocelianda, para reunirse con la multitud de refugiados que los francos habían expulsado del reino de Ban; sin embargo, pusieron rumbo al norte, hacia Britania, hacia Dumnonia.

Arribados a Dumnonia, se dirigieron a Durnovaria y llegaron a la ciudad dos días completos antes de que Merlín, Galahad y yo concluyéramos la travesía. Así pues, nos perdimos su entrada, aunque nos enteramos de todo enseguida, pues en la ciudad sólo se hablaba de las admirables gestas de los fugitivos.

Toda la realeza de Benoic había viajado a bordo de tres naves rápidas, preparadas y aprovisionadas desde antes de la caída de Ynys de Trebes, y en cuyas bodegas se ocultaban el oro y la plata que los francos esperaban hallar en el palacio de Ban. Cuando la compañía de la reina Elaine llegó a Durnovaria, el tesoro fue escondido en otra parte y los fugitivos hicieron su entrada a pie, algunos descalzos, todos harapientos y cubiertos de polvo, con los cabellos enmarañados y llenos de sal marina, con las ropas y las abolladas armas manchadas de sangre, aferrando las lanzas con manos débiles. Elaine, reina de Benoic, y Lanzarote, rey, ya, de un reino perdido, subieron por la calle mayor de la ciudad cojeando hasta el palacio de Ginebra, para pedir allí limosna cual pordioseros. Tras ellos se arrastraba una pintoresca mezcla de guardias, poetas y cortesanos a los que Elaine se refirió, con tono lastimero, como los únicos supervivientes de la masacre.

—Si al menos Arturo hubiera cumplido su palabra —se quejó amargamente a Ginebra—. Si tan sólo hubiera cumplido la mitad de sus promesas...

—¡Madre! ¡Madre! —intervino Lanzarote, deteniéndola con firmeza.

—Tan sólo deseo la muerte, hijo mio —declaró Elaine—, la muerte que tan cerca tuviste tú en la lucha.

Naturalmente, Ginebra se mostró espléndida, a la altura de las circunstancias. Ordenó buscar ropas, preparar baños, cocinar alimentos, servir vino, vendar heridas, escuchar historias, regalar tesoros y llamar a Arturo.

Las historias fueron maravillosas. Corrían por toda la ciudad de boca en boca y, cuando llegamos a Durnovaria ya habían alcanzado hasta el último rincón de Dumnonia, comenzaban a

traspasar las fronteras y se repetían en innumerables fortalezas britanas e irlandesas. Era una gran gesta de héroes; Lanzarote y Boores habían defendido la puerta de Merman, habían cubierto las arenas de francos muertos y procurado carroña a las gaviotas con los despojos del enemigo. Decía el relato que los francos gritaban pidiendo clemencia, pidiendo que Tanlladwyr, la refulgente espada de Lanzarote, no relampagueara de nuevo en su mano, pero ¡ay! otros defensores que permanecían lejos de la vista de Lanzarote se rindieron. El enemigo entró en la ciudad y, si cruda

había sido la lucha hasta entonces, espantosa fue a partir de ese momento. El enemigo caía, hombre sobre hombre, mientras las calles se defendían una a una, pero ni todos los héroes de la antigüedad habrían logrado contener la avalancha de enemigos cubiertos de hierro que invadía la ciudad desde el mar circundante como otros tantos demonios liberados de las pesadillas de Manawydan. Los héroes, harto sobrepasados en número, hubieron de retroceder dejando las calles atascadas de cadáveres enemigos; pero seguían llegando, y más hubieron de retroceder los héroes aún, hasta la mismísima ciudadela donde Ban, el bondadoso rey Ban, se asomaba a la terraza a otear el horizonte con la esperanza de divisar las naves de Arturo. Vendrán, vendrán —aseguraba el rey con insistencia—, pues me dio su palabra Arturo.

Decía la historia que el rey no quiso abandonar la terraza porque si Arturo llegaba y no lo encontraba allí, ¿qué habrían de decir los hombres? Insistió en quedarse a aguardarlo, pero antes besó a su esposa, abrazó a su heredero y deseó a ambos vientos favorables que los transportaran a Britania; después volvió a escudriñar el horizonte por ver si llegaba la ayuda que nunca llegó.

Era un cuento impresionante, y al día siguiente, cuando pareció que definitivamente no arribaría ninguna nave más de la lejana Armórica, el cuento empezó a cambiar con sutileza. Habían sido los hombres de Dumnonia, las fuerzas capitaneadas por Culhwch y Derfel, las que permitieran la entrada del enemigo en Ynys Trebes.

—Combatieron —decía Lanzarote a Ginebra—, pero no lograron resistir.

Arturo, que estaba en plena campaña contra los sajones de Cedric, cabalgó apresuradamente hacia Durnovaria para recibir a sus huéspedes. Llegó pocas horas antes de que nuestra lastimosa compañía emprendiera a duras penas, y sin que nadie se apercebiera, la subida del camino que partía del mar y llegaba hasta las herbosas murallas de Mai Dun. El guardián de la puerta sur me reconoció y nos franqueó el paso.

—Llegáis justo a tiempo —comento.

—¿A tiempo de qué? —pregunte.

—Ha venido Arturo y van a relatar los sucesos de Ynys Trebes.

—¡Ah! ¿Si? —Miré hacia el otro lado de la ciudad, donde se alzaba el palacio en la colina occidental—. Me gustaría oírlo —dije, y conduje a mis compañeros hacia la ciudad.

Apreté el paso hasta llegar al cruce de calles del centro, empujado por la curiosidad; quería ver la capilla que Sansum había construido para Mordred, pero me llevé una sorpresa porque no había ni templo ni capilla en el solar, sólo un espacio vacío inundado de maleza.

—Nimue —dije, con cierto alborozo.

—¿Cómo? —me preguntó Merlín.

Habíase calado la cogulla para que nadie lo reconociera.

—Un hombrecillo soberbio iba a construir una iglesia aquí —le dije— pero Ginebra llamó a Nimue para impedirselo.

—De modo que Ginebra no carece por completo de sentido común, ¿cierto?

—¿Dije yo lo contrario?

—No, querido Derfel, no lo dijiste. ¿Continuamos?

Seguimos cuesta arriba hacia el palacio. Caía el crepúsculo y los esclavos colocaban antorchas en los tederos del patio de armas, donde se había congregado una multitud que, ajena al daño que estaba causando a las rosas y a los canales de agua de Ginebra, aguardaba para ver a Lanzarote y a Arturo. Nadie nos reconoció cuando entramos por la puerta. Merlín no se retiró la capucha y Galahad y yo llevábamos puestos los yelmos con colas de zorro, con los protectores de la cara en su sitio. Culhwch, una docena de hombres y nosotros dos conseguimos abrirnos paso hasta la arcada y hacernos un sitio en la última fila.

Y allí, con la caída de la noche, escuchamos el relato de la caída de Ynys Trebes.

Lanzarote, Ginebra, Elaine, Arturo, Boores y Bedwin se hallaban en el lado oriental del patio, donde el pavimento se elevaba unos pies por encima de los otros tres lados, como un escenario natural, impresión que acrecentaban las brillantes antorchas situadas en la pared de detrás; unos escalones facilitaban el acceso al patio. Busqué a Nimue con la mirada pero no la vi, ni tampoco al joven sacerdote Sansum. El obispo Bedwin recitó una plegaria y los cristianos presentes respondieron con un murmullo, se persignaron y se dispusieron a escuchar una vez más la escalofriante historia de la caída de Ynys Trebes. Boores la relato. Situóse al principio de los escalones y habló de la lucha de Benoic; a la gente se le ponía un nudo en la garganta al oír los pasajes truculentos, pero cuando Boores describía el heroísmo de Lanzarote, todos lanzaban vivas. En un momento, Boores, embargado por la emoción, hubo de limitarse a señalar a Lanzarote con un gesto; Lanzarote trató de contener los gritos de júbilo levantando una mano completamente envuelta en vendajes; ante la poca efectividad del gesto, sacudió la cabeza negativamente como si el entusiasmo de la muchedumbre le resultara insoportable. Elaine, envuelta en negros ropajes, sollozaba al lado de su hijo. Bors, en vez de hacer hincapié en el hecho de que Arturo no hubiera enviado tropas de refuerzo, dijo que Lanzarote sabía que Arturo estaba combatiendo en Britania, pero que el rey Ban había preferido aferrarse a una yana esperanza. Arturo, que se sintió herido a pesar de todo, movió la cabeza negativamente, al borde de las lágrimas, sobre todo cuando Boores refirió la entrañable despedida del rey Ban, su esposa y su hijo. Yo también estaba a punto de llorar, pero no por las mentiras que estaba escuchando sino por el puro gozo de volver a ver a Arturo. No había cambiado. Su rostro huesudo seguía siendo fuerte y sus ojos, rebosantes de bondad. Interesóse Bedwin por el destino de los dumnonios, y Boores,

de fingida mala gana, permitió que le arrancaran el relato de nuestras lamentables muertes. La gente protestó cuando supo que habíamos sido nosotros, los dumnonios, los que se habían rendido en la muralla. Boores levantó una mano enguantada.

—¡Combatieron como valientes! —dijo, pero la muchedumbre no se conformó.

Merlín no parecía prestar oídos a las tonterías de Boores, sino que cuchicheaba con un hombre de las últimas filas; en ese momento se acercó hasta mi y me tocó el hombro.

—Tengo que orinar, querido niño —dijo, con la voz del padre Celwin—. Ya sabes, mi vejiga es vieja. Entiéndete tú con esos desatinados que yo vuelvo enseguida.

—¡Vuestros hombres lucharon como valientes! —gritó Boores de nuevo—, fueron derrotados, si, pero murieron como hombres.

—Y ahora regresan del otro mundo como espíritus —grité, y golpeé el escudo contra una columna, de la que se desprendió una nubecilla de cal. Me coloqué a la luz de una antorcha—. ¡Mentís, Boores! —grité otra vez.

—¡También yo afirmo que mentís! —exclamó Culhwch, poniéndose a mi lado.

—¡Y yo también! —declaró Galahad.

Desenvainé Hywelbane. El raspar del acero contra la boca de madera de la vaina hizo retroceder a la multitud, y abrieron un pasillo entre las rosas pisoteadas hasta el pie de la terraza. Los tres, fatigados de la batalla, cubiertos de polvo, con yelmo y armas, avanzamos hacia allí; todos a la vez, despacio, y ni Boores ni Lanzarote osaron hablar cuando vieron las colas de lobo que colgaban de nuestros yelmos. Me detuve en el centro del jardín y clavé la punta de Hywelbane en el lecho de un rosal.

—¡Mi espada dice que mentís! —dije en voz alta—. ¡Derfel, hijo de una esclava, dice que Lanzarote ap Ban, rey de Benoic miente!

—¡Culhwch ap Galeid afirma lo mismo! —Culhwch clavó su mellado acero junto al mío.

—Y Galahad ap Ban, príncipe de Benoic, también.

Galahad añadió su hoja a las nuestras.

—¡Los francos no tomaron nuestra muralla! —declaré, y me retiré el casco para que Lanzarote me viera la cara—. Ningún franco osó trepar por nuestra pared, tantos eran los cadáveres que se amontonaban al pie.

—Y fui yo, hermano... —Galahad también se quitó el yelmo— el que estuvo con nuestro padre en los últimos momentos, no tú.

—Y vos, Lanzarote —dije—, no llevabais vendaje alguno cuando huisteis de Ynys Trebes. ¿Qué os sucedió? ¿Os habéis hecho un rasguño en el dedo con una astilla de la borda del navío?

Se produjo un tumulto de pronto. A un lado del patio había unos cuantos soldados de Boores, que desenvainaron las espadas y nos insultaron a gritos, pero Cavan y el

resto de los nuestros entraron por la puerta con las lanzas en ristre, amenazando con una masacre.

—¡Ninguno de vosotros, mal nacidos, combatió en la ciudad! —dijo Cavan a pleno pulmón—. ¡Combatid ahora!

Lanval, comandante de la guardia de Ginebra, dio orden a sus arqueros de que rodearan la terraza. Elaine palideció, Boores y Lanzarote estaban a su lado y parecían temblar. El obispo Bedwin gritaba pero fue Arturo quien impuso orden. Sacó a Excaibur y con ella golpeó el escudo. Lanzarote y Boores se habían retirado al fondo de la terraza pero Arturo les hizo gesto de que se acercaran y luego nos miró a los tres guerreros. La multitud guardó silencio y los arqueros retiraron las flechas de los arcos.

—En la batalla —comenzó Arturo en tono de calma pero reclamando la atención de todos— todo es confuso. Es raro que un hombre vea todo lo que sucede en el campo de batalla. Hay mucho ruido, mucho caos, mucho horror. Nuestros amigos de Ynys Trebes —y, dejando la espada, tomó a Lanzarote por los hombros— se han equivocado, pero su error es honesto. Sin duda, algún pobre hombre sumido en la confusión les habló de vuestra muerte, y ellos le creyeron; felizmente, ahora pueden corregir su error. ¡Mas no hay deshonra en ello! En Ynys Trebes todos ganaron gloria. ¿No es así?

Arturo dirigió la pregunta a Lanzarote, pero fue Boores quien respondió.

—Estaba en un error, y me regocija que no fuera más que un error.

—A mí también —declaró Lanzarote, con voz valiente y clara.

—¡Helo ahí! —exclamó Arturo, y nos dirigió una mirada a los tres guerreros—. Bien, amigos míos, recoged ahora vuestras armas. ¡Aquí no habrá enemistades! ¡Todos sois héroes, todos vosotros! —Aguardó unos momentos pero ninguno de nosotros hizo el menor movimiento. La llama de las antorchas arrancaba destellos a nuestros yelmos, que a su vez se reflejaban en las hojas de las espadas, hincadas en señal de reto en defensa de la verdad. Arturo dejó de sonreír y se elevó en toda su estatura—. Os ordeno que recojáis las espada —dijo—. Estáis en mí casa. Vos, Culhwuch, y tú, Derfel, me habéis jurado lealtad. ¿Deseáis por ventura romper vuestro juramento?

—Yo defendiendo mi honor señor —respondió Culhwuch.

—Vuestro honor es servirme —replicó Arturo, con una voz de acero que me heló la sangre en las venas. Era bondadoso, pero no había que olvidar que no se había convertido en señor de la guerra a fuerza de bondad. Hablaba con frecuencia de paz y reconciliación, mas en la batalla, su ánimo se liberaba de tales preocupaciones para entregarse a la muerte. En ese momento amenazó con la muerte poniendo la mano sobre el pomo de Excalibur—. Recoged las espadas —nos ordenó—, a menos que preferáis que las recoja yo en vuestro lugar.



No podíamos enfrentarnos a nuestro señor, de forma que obedecimos y Galahad nos secundó. Tamaña sumisión nos dejó un resentimiento, una sensación de haber sido burlados, pero Arturo recobró la sonrisa tan pronto como logró imponer la amistad entre las paredes de su casa. Bajó los escalones con los brazos abiertos en señal de bienvenida y su regocijo por vernos fue tan expresivo que mi resentimiento desapareció al punto. Abrazó a su primo Culhwch y después a mí, y las lágrimas de mi señor me humedecieron la mejilla.

—Derfel —dijo—. Derfel Cadarn. ¿Eres tú, en verdad?

—No soy ningún otro, señor.

—Pareces mayor —añadió sonriente.

—Vos no.

—Yo no estuve en Ynys Trebes —replicó con una sonrisa— Ojalá hubiera estado. —Se volvió hacia Galahad—. He oído hablar de vuestra bravura, lord príncipe, y os saludo.

—Mas no me insultéis, señor, dando crédito a las palabras de mi hermano —replicó con rencor.

—¡No! —exclamó Arturo—. No consentiré disputas. Seremos amigos, insisto en tal cuestión. —Me enlazó por el brazo y nos llevó a los tres escalones arriba, hasta la terraza, donde, por decreto suyo, debíamos abrazar a Boores y a Lanzarote—. Ya tenemos suficientes problemas —me susurró, al ver que no deseaba prestarme a tal reconciliación—, no necesitamos añadir éstos.

Di un paso adelante y abrí los brazos. Lanzarote vaciló después avanzó hacia mí. El pelo aceitado le olía a violetas.

—Niño —me dijo al oído, tras besarme la mejilla.

—Cobarde —contesté yo, y nos separamos con una sonrisa.

El obispo Bedwin me abrazó con lágrimas en los ojos.

—¡Estimado Derfel!

—Para vos tengo aún mejores noticias —le dije en voz baja—. Merlín está aquí.

—¿Merlín? —Bedwin me clavó los ojos sin atreverse a creer mis palabras—. ¿Merlín ha venido? ¡Merlín!

La noticia corrió entre la multitud. ¡Merlín había regresado! ¡El gran Merlín había vuelto! Los cristianos se santiguaron, pero hasta ellos conocían la importancia de la noticia. Merlín había regresado a Dumnonia y, de pronto, los pesares del reino parecieron aligerarse.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó Arturo.

—Ha salido —respondí débilmente, señalando hacia la puerta.

—¡Merlín! —llamó Arturo—. ¡Merlín!

Pero no hubo respuesta. La guardia lo buscó pero nadie dio con él. Más tarde, los centinelas de la entrada de poniente declararon que un sacerdote anciano y jorobado,

con un parche en un ojo, un gato gris y una fea tos había salido de la ciudad, y que no habían visto a ningún otro sabio de barba blanca.

—Has pasado por una batalla terrible, Derfel —me dijo Arturo cuando nos hallábamos en el salón de festejos del palacio, durante el festín en el que se sirvió cerdo, pan e hidromiel—. Los hombres tenemos sueños extraños cuando sufrimos penalidades.

—No, señor —insistí—. Merlín ha venido aquí. Preguntad al príncipe Galahad.

—Así lo haré —dijo—, claro que lo haré. —Se volvió a mirar la alta mesa; Ginebra escuchaba a Lanzarote apoyando la cabeza en un brazo—. Harto habéis sufrido todos —concluyó.

—Pero no he cumplido mi palabra, señor, y lo lamento.

—No, no, Derfel. Yo falté a la mía con Ban. Pero ¿qué podía hacer? Tengo tantos enemigos. —Enmudeció y, al cabo de un momento sonrió al escuchar la risa de Ginebra, que resonaba alegre en el salón—. Me alegro de que ella, al menos, se sienta feliz —dijo, y se fue a conversar con Gulhwch, que sólo pensaba en devorar un cochinitillo entero él solo.

Lunete estaba en la corte aquella noche. Tenía el cabello peinado en un rodete y cubierto de flores. Llevaba torques, broches, brazaletes y un vestido de lino teñido de rojo y ceñido con un cinturón con hebilla de plata. Me sonrió, me quitó unas motas de polvo de la manga y arrugó la nariz a causa del mal olor de mis ropas.

—Te favorecen las cicatrices, Derfel —dijo, rozándome la cara levemente—, pero te arriesgas más de lo debido.

—Soy guerrero.

—No me refiero a esa clase de riesgos. Me refiero a esos cuentos que te inventas sobre Merlín. ¡Cuánta vergüenza me has hecho pasar! Te has presentado como hijo de una esclava. ¿Es que no se te alcanza cómo me siento yo? Ya sé que lo nuestro terminó, pero la gente sabe que estuvimos unidos un tiempo. ¿Cómo crees que me siento cuando te oigo decir que eres hijo de una esclava? Piensa en los demás, Derfel, que buena falta te hace. —Vi que ya no llevaba el anillo de enamorados, aunque en realidad no esperaba que lo llevara todavía, pues hacía tiempo que había encontrado otros hombres que podían permitirse mayor generosidad que yo para con ella—. Supongo que has enloquecido un poco en Ynys Trebes —prosiguió—, de otro modo jamás se te habría ocurrido retar a Lanzarote a un combate. Sé que manejas bien la espada, pero se trata de Lanzarote, no de un guerrero cualquiera. —Se volvió a mirar al rey, que estaba sentado junto a Ginebra—. ¿No es maravilloso? —me pregunto.

—Incomparable —dije agriamente.

—Y tengo entendido que no es casado —añadió con coquetería.

—Le gustan más los niños —le dije al oído.

—¡Tonto! —exclamó, golpeándome el brazo—. ¿No te has fijado en cómo mira a

Ginebra? —Entonces fue ella la que acercó la boca a mi oreja—. No se lo digas a nadie —musitó con voz ronca—

ca—, pero espera un hijo.

—Bien.

—Nada de eso. Ella no está contenta, no quiere engordar, ¿entiendes? Y me parece normal. A mí no me gustó nada estar encinta. ¡Ah! Ahí hay una persona con la que quiero hablar. Me encanta ver caras nuevas en la corte. Y otra cosa, Derfel —sonrió dulcemente—. Date un baño, querido.

Se fue al otro lado de la sala y se acercó a uno de los poetas de la reina Elaine.

—Fuera lo viejo, viva lo nuevo, ¿eh? —dijo el obispo Bedwin, que apareció a mi lado de pronto.

—He envejecido tanto que me sorprende que Lunete me haya reconocido —dije con amargura.

Bedwin sonrió y me llevó al patio, que estaba vacío.

—Merlín vino con vosotros —dijo, no preguntando, sino afirmando.

—Si, señor.

Le conté que Merlín me había dicho que salía un momento y volvía enseguida.

—Le gusta esa clase de juegos —comentó el obispo, meneando la cabeza con desazón—. Cuéntame más cosas.

Le conté cuanto sabía. Paseamos por la terraza superior, una vuelta tras otra, entre el humo de las antorchas chorreantes. Le hablé del padre Celwin y de la biblioteca de Ban, le conté la verdadera versión del sitio de Ynys Trebes y le dije la verdad sobre Lanzarote; para terminar, le describí el pergamino de Caleddin que Merlín había cogido de la ciudad caída.

—Dice Merlín que contiene la sabiduría de Britania.

—Ruego a Dios que así sea, y que Dios me perdone —contestó Bedwin—. Necesitamos ayuda.

—¿Tan mal están las cosas?

Bedwin se encogió de hombros, parecióme viejo y fatigado. Tenía el cabello y la barba ralos, y el rostro más alargado de lo que recordaba.

—Supongo que podrían estar peor —dijo—, pero desgraciadamente, no mejoran. Todo sigue más o menos igual que cuando te fuiste, salvo que Aelle se hace más y más fuerte, tanto que hasta se atreve a llamarse el Bretwalda. —Tamaño barbaridad le hizo estremecer. Bretwalda era un título sajón que significaba soberano de Britania—. Ha conquistado todas las tierras entre Durocbrivis y Corinium, y se habría apoderado también de ambas plazas de no haber comprado nosotros la paz con el último oro que nos quedaba. Además, en el sur está Cerdic, y demuestra mayor crueldad que Aelle.

—¿Aelle no ataca Powys? —pregunté.

—Gorfyddyd le pagó con oro, igual que nosotros.

—Tenía entendido que Gorfyddyd estaba enfermo.

—La peste terminó, como todas las pestes. Gorfyddyd sanó y ahora comanda a los hombre de Elmet, además de a las fuerzas de Powys. Y lo hace mejor de lo que nos temíamos, aguijoneado por el odio, tal vez. Ya no bebe como antaño y ha jurado cobrarse la cabeza de Arturo en venganza, por el brazo que perdió, y lo que es peor aún, Gorfyddyd está logrando lo que tanto ansiaba Arturo: la unión de las tribus; desgraciadamente, las une contra nosotros en vez de contra los sajones. Paga a los silurios de Gundleus y a los irlandeses Escudos Negros para que ataquen nuestras costas y soborna al rey Mark para que preste ayuda a Cadwy; me atrevería a decir incluso que ahora está reuniendo dinero para pagar a Aelle si rompe la tregua con nosotros. Gorfyddyd asciende y nosotros caemos. En Powys lo llaman rey supremo. Además, su heredero es Cuneglas, mientras que el nuestro es un pobre tullido, y menor de edad todavía. Gorfyddyd arma un ejército y nosotros sólo disponemos de bandas guerreras. Tan pronto como se recoja la cosecha de este año, Derfel, Gorfyddyd vendrá al sur con los hombres de Elmet y Powys. Dicen que será el mayor ejército que se haya visto en Britania; así pues, no es de extrañar que algunos digan —bajó la voz— que deberíamos hacer la paz en las condiciones que nos piden.

—¿Qué condiciones son ésas?

—Sólo una, la muerte de Arturo. Gorfyddyd jamás le perdonará por haber despreciado a Geinwyn. Y no se le puede culpar. —Bedwin se encogió de hombros y dio unos pasos más en silencio—. El verdadero peligro —prosiguió— estriba en que Gorfyddyd encuentre el dinero suficiente para convencer a Aelle de que vuelva a la guerra. Nosotros no podemos pagar más a los sajones, no nos queda nada, el tesoro está vacío. ¿Quién va a pagar impuestos a un régimen moribundo? Y tampoco podemos destinar lanceros a recoger los impuestos.

—Allí hay mucho oro —dije, señalando con la cabeza hacia el salón, donde el jolgorio iba en aumento—. Lunete llevaba mucho encima —añadí con resentimiento.

—Las damas de la princesa Ginebra —comentó Bedwin amargamente— no están obligadas a contribuir a la guerra con sus joyas. Y aunque lo hicieran, dudo de que hubiera suficiente para sobornar otra vez a Aelle. Si en verdad nos ataca en otoño, Derfel, todos aquellos que desean la vida de Arturo no la pedirán en susurros, sino que vociferarán su demanda desde las murallas. Claro que Arturo podría marcharse, sencillamente. Podría volver a Brocelianda, supongo; Gorfyddyd se ocuparía entonces de Mordred y quedaríamos reducidos a la condición de reino vasallo bajo el poder de Powys.

Yo caminaba en silencio. No tenía idea de que la situación fuera tan desesperada. Bedwin sonrió con tristeza.

—Así que, amigo mío, parece que has salido del fuego para caer en las brasas.

Habr  trabajo para tu espada, Derfel, y descuida que será pronto.

—Me gustaría ir a visitar Ynys Wydryn —dije.

— Para reencontrarte con Merlín?

—No, con Nimue.

Bedwin se detuvo en seco.

— Es que no te lo han dicho?

Algo frío me rozó el corazón.

—No me han contado nada; cre  que estaría aquí, en Durnovaría.

—Estuvo aquí, sí. La princesa Ginebra mand  a buscarla. Mucho me sorprendió que acudiera, pero acudió. Debes comprender, Derfel, que Ginebra y el obispo Sansum...  te acuerdas de él? No podrías olvidarlo, seguro...; en fin, Ginebra y Sansum no se entienden. Nimue fue el arma de Ginebra. Dios sabr  qué esperaría la reina de ella, pero Sansum no esper  a averiguarlo; empezó a predicar contra ella acusándola de bruja. Me temo que algunos de mis cristianos no practican la caridad, y Sansum decía que debía morir lapidada.

— No! —exclam  horrorizado.

— No, no! —Levant  una mano para calmarme—. Ella también luch , trajo paganos de los pueblos a la ciudad. Saquearon la iglesia de Sansum, se produjeron disturbios y murieron doce personas, aunque ni ella ni Sansum sufrieron daño alguno. La guardia del rey temió que fuera un ataque a Mordred. No lo era, claro está, pero eso no impidió que echaran mano a las lanzas. Después, Nabur, el magistrado responsable del rey, tom  presa a Nimue y la declar  culpable de iniciar la revuelta.  C mo no, siendo cristiano! El obispo Sansum exigió pena de muerte, la princesa Ginebra exigió que fuera puesta en libertad y mientras duraba la disputa, Nimue se pudr a en los calabozos de Nabur. —Bedwin hizo una pausa y vi en su cara que lo peor estaba aún por llegar—. Enloqueci , Derfel —prosiguió al fin— Fue como enjaular a un halcón,  comprendes? Y se rebeló contra los barrotes. Se volvió loca de atar, gritaba y gritaba y nadie podía detenerla.

Sabría lo que iba a decirme a continuación y sacud  la cabeza.

—No —dije.

—La isla de los Muertos —me dio por fin la horrenda noticia—. No les qued  otro remedio.

— No! —exclam  otra vez; Nimue estaba en la isla de los Muertos, perdida entre los irrecuperables, no podía soportar la sola idea de semejante destino—. Ha recibido la tercera herida —dije en voz baja.

— C mo? —pregunt  Bedwin, colocándose la mano tras la oreja.

—Nada.  Vive aún?

— Qui n sabe? Nadie va all , y el que va no regresa.

— Entonces es allí adonde Merlín ha ido! —exclam  aliviado.

Sin duda Merlín se habría enterado de la noticia cuando hablaba con el hombre al fondo del patio, y él era capaz de hacer lo que nadie más haría. La isla de los Muertos no encerraba horrores para él. ¿Qué otra cosa le habría hecho desaparecer tan precipitadamente? Pensé que al cabo de un día o dos reaparecería en Durnovaria con Nimue, rescatada y repuesta. No podía ser de otra forma.

—Roguemos a Dios por que así sea —dijo Bedwin—, por el bien de Nimue.

—¿Qué ha sido de Sansum? —pregunté, con deseos de venganza.

—No recibió castigo oficial; pero Ginebra convenció a Arturo de que le retirase la capellanía de Mordred. Después, murió el anciano que administraba la capilla del Santo Espino de Ynys Wrydyn y logré convencer al joven obispo de que tomara él el relevo. No le agradó, pero sabía que se había forjado muchas enemistades en Durnovaria y finalmente aceptó. —La complacencia de Bedwin en la derrota de Sansum era evidente—. No hay duda de que aquí ha perdido influencia, y no creo que vuelva. A menos que sea mucho más sutil de lo que pienso. Naturalmente, él es uno de los que murmuran que Arturo debería ser sacrificado. Y Nabur también. En nuestro reino existe una facción que apoya a Mordred, Derfel, y se preguntan por qué hemos de luchar por Arturo.

Evité pisar el vómito que un soldado borracho, salido del salón, había arrojado en el suelo. El hombre protestó, me miró y volvió a vomitar.

—¿Quién, sino Arturo, podría gobernar Dumnonia? —pregunté a Bedwin, alejados ya del soldado borracho.

—Buena pregunta, Derfel, ¿quién? Gorfyddydd, claro está, o su hijo Cuneglas. Algunos dicen que Gereint, pero él no lo desea. Nabur incluso habló de mí. No dijo nada concreto, claro está, sólo alguna insinuación. —Bedwin soltó una risita burlona—. ¿De qué serviría yo ante nuestros enemigos? Necesitamos a Arturo. Nadie sino él habría sido capaz de contener semejante círculo de enemigos durante tanto tiempo, pero la gente no lo entiende, Derfel. Le culpan del caos, pero si hubiera cualquier otro en el poder, el caos sería aún mayor. Somos un reino sin un rey de verdad, por eso cualquier valentón ambicioso pone el ojo en el trono de Mordred.

Me detuve junto al busto de bronce que tanto se parecía a Gorfyddydd.

—Si Arturo hubiera desposado a Ceinwyn... —dije, pero Bedwín me interrumpió.

—Sí, si, Derfel. Si el padre de Mordred no hubiera muerto, o sí Arturo hubiera matado a Gorfyddydd en vez de cortarle sólo un brazo, todo sería diferente. La historia no es sino una cadena de síes. Tal vez tengas razón, tal vez si Arturo hubiera desposado a Ceinwyn, ahora estaríamos en paz y quizá la cabeza de Aelle estuviera clavada en una lanza en Caer Cadarn, pero ¿cuánto tiempo crees que Gorfyddydd habría soportado el éxito de Arturo? Y, sobre todo, no te olvides de por qué Gorfyddydd se avino a la idea del matrimonio.

—¿Por la paz?

—Ni mucho menos. Gorfyddyd permitió que su hija se prometiera porque creía que el hijo de ella, es decir, su nieto, reinaría en Dumnonia, y no Mordred. Creí que estaba claro como el agua.

—Para mi no —dije, pues cuando estuve en Caer Cadarn y Arturo enloqueció de amor yo no era sino un simple lancero de la guardia, no un capitán con motivos para especular sobre los móviles de reyes y príncipes.

—Necesitamos a Arturo —repitió Bedwin, mirándome a los ojos—, y si él necesita a Ginebra, pues que así sea. —Encogióse de hombros y siguió caminando—. Me habría complacido más que desposara a Ceinwyn, pero la elección y el tálamo no son de mi competencia. Ahora, la pobre doncella habrá de casar con Gundleus.

—¡Con Gundleus! —exclamé, en voz tan alta que asusté al soldado mareado, el cual protestó desde el charco de vómitos—. ¿Ceinwyn con Gundleus?

—La ceremonia de compromiso se celebra dentro de dos semanas —respondió Bedwin con calma— durante Lughnasa. —Lughnasa era la fiesta de verano de Lleullaw, el dios de la luz, y estaba dedicada a la fertilidad; por ese motivo, todo compromiso de matrimonio celebrado durante la fiesta se consideraba muy auspicioso—. Se unirán a finales de otoño, después de la guerra. —Calló un momento, al darse cuenta de que las últimas palabras insinuaban que Gorfyddyd y Gundleus ganarían la guerra y que la ceremonia de matrimonio formaría parte de la celebración de la victoria—. Gorfyddyd ha jurado entregarles la cabeza de Arturo como regalo de boda —añadió Bedwin con pesadumbre.

—¡Pero Gundleus ya está casado! —dije, sin saber por que estaba tan indignado.

¿Sería porque recordaba la frágil belleza de Ceinwyn? Todavía llevaba su broche colgado bajo la coraza, pero me dije que la indignación no era por ella, sino sólo por lo mucho que odiaba a Gundleus.

—El hecho de estar casado con Ladwys no le privó de contraer matrimonio con Norwenna —dijo Bedwin con mucha sorna—. Dejará a Ladwys de lado, dará tres vueltas a la piedra sagrada y besará la seta mágica o lo que hagáis los paganos para divorciaros en estos días. Por cierto, ya no es cristiano. Se divorcia al estilo pagano, se casa con Ceinwyn, le hace un heredero y luego corre al lecho de Ladwys. Al parecer, así funcionan las cosas hoy en día. —Se detuvo a escuchar un momento el sonido de las risas que venían del salón—. Aunque tal vez —prosiguió—, en años venideros se nos antojen estos días los últimos de los buenos tiempos.

Un deje en el tono de voz de Bedwin hizo que me deprimiera un poco más.

—¿Estamos condenados? —le pregunte.

—Sí Aelle mantiene la tregua, es posible que duremos un año más, siempre y cuando derrotemos a Gorfyddyd. En caso contrario, roguemos por que Merlín nos haya traído una vida nueva.

Se encogió de hombros pero no pareció muy esperanzado. El obispo Bedwin no

era un buen cristiano, aunque sí un hombre de buen corazón. Ahora, Sansum me dice que por bondadoso que fuese Bedwin, nada impedirá que su alma arda en el infierno. Pero aquel verano, recién llegado de Benoic, todas las almas me parecían condenadas a la perdición. La cosecha acababa de empezar y tan pronto terminara, caería sobre nosotros la acometida de Gorfyddyd.



# La Isla De Los Muertos

## 11

Exigióme Ygraine que le mostrara el broche de Ceinwyn y, girándolo a la luz de la ventana, miró atentamente sus espirales de oro. Vi el deseo reflejado en sus ojos.

—Poseéis muchos que sobrepasan a éste en hermosura —comenté con suavidad.

—Mas no tan cargados de historia —replicó, probándose el broche sobre el pecho.

—Pero se trata de la historia de mi vida, querida reina —puntalicé—, no de la vuestra.

—Y... ¿qué fue lo que escribisteis? —preguntó sonriente—. ¿Que si yo me mostrara tan bondadosa como creéis que soy os permitiría conservarlo?

—¿Tal escribí?

—Sabíais que de ese modo me obligaríais a devolvéroslo. Sois un viejo astuto, hermano Derfel. —Me tendió el broche pero cerró la mano antes de que pudiera yo cogerlo—. ¿Será mio algún día?

—De nadie más, querida señora. Os lo prometo.

—¿Y no permitiréis que se lo apropie el obispo Sansum? —inquirió, sin soltarlo todavía.

—Jamás —respondí con fervor.

—¿Es cierto que lo llevabais bajo la cota? —preguntó al dejarlo caer en mí mano.

—En todo momento —contesté, una vez lo puse a salvo entre los pliegues del sayo.

—¡Qué lástima de Ynys Trebes! —Estaba, como de costumbre, sentada en el alféizar de la ventana que dominaba el valle de Dinnewrac; el valle se extendía a lo lejos hasta el río, crecido en esa época por las lluvias de principios de verano. Se diría que se imaginaba a los francos cruzando el vado y avanzando en tropel por las lomas—. ¿Qué fue de Leanor? —La pregunta me tomó por sorpresa.

—¿La arpista? Murió.

—¡No! ¿Acaso no me dijisteis que había escapado de Ynys Trebes?

—Así fue —asentí—, pero enfermó en su primer invierno en Britania y murió sin mas.

—¿Y qué se hizo de vuestra mujer?

—¿Mi mujer?

—La que teníais en Ynys Trebes. Dijisteis que Galahad estaba con Leanor, pero que el resto también teníais mujeres. ¿Quién era la vuestra? ¿Qué fue de ella?

—No lo sé.

—¡Oh, Derfel! ¡No es posible que significara tan poco para vos!

—Era hija de un pescador —contesté con un suspiro—. Se llamaba Pellcyn, aunque todos la llamaban Puss. Su marido había muerto ahogado un año antes de que

yo la conociera. Se despeñó cuando huía hacia la nave con el grupo de supervivientes que Culhwch conducía por el sendero del risco. Llevaba en brazos a su hija de pocos meses y no pudo agarrarse a las rocas. El pánico se había apoderado de todos en la precipitación de la huida y la confusión era total, nadie tuvo la culpa.

Muchas veces pienso que de haber estado yo allí, Pellcyn no habría perdido la vida. Era una joven robusta y de ojos brillantes, risueña y bien dispuesta para cualquier trabajo por duro que fuera. Una mujer excelente. Pero si la hubiera salvado a ella, habría sido a costa de la vida de Merlín. El destino es inexorable.

—¡Cuánto me habría complacido conocer a Merlín! —exclamó Ygraine con melancolía; a fe mía que debía de estar pensando lo mismo que yo.

—Le habríais agradado, señora —dije—. Siempre fueron de su agrado las mujeres bonitas.

—¿También habría agradado a Lanzarote? —se apresuró a preguntar.

—Oh, sí

—¿No prefería a los niños?

—No, no.

Ygraine se rió. Ese día lucía un vestido bordado de lino teñido de azul, que sentaba bien a su tez clara enmarcada por la cabellera oscura. Se adornaba con dos torques de oro y una maraña de brazaletes tintineaba en su delicada muñeca. Apestaba a heces, pero tuve la delicadeza de fingir que no lo notaba, pues deduje que debía de llevar un pesario con los primeros excrementos de un recién nacido, un antiguo remedio para las mujeres estériles. Pobre Ygraine.

—Odiabais a Lanzarote —me acusó de repente.

—Profundamente.

—¡No es justo! —exclamó. Bajó de un salto del alféizar y paseó de un lado a otro por la reducida estancia—. Nadie merece que su vida sea relatada por un enemigo. ¡Imaginaos que Nwylle escribiera la mía!

—¿Quién es Nwylle?

—No la conocéis —dijo frunciendo el ceño, y supuse que era la amante de su marido—. No es justo —insistió—, porque de todos es sabido que Lanzarote era el más grande entre los guerreros de Arturo. ¡Lo sabe el mundo entero!

—Yo no.

—¡Pero debió de ser valiente!

Me quedé mirando por la ventana, tratando de pensar con ecuanimidad para encontrar algo bueno que decir de mi peor enemigo.

—Podía haber sido valiente —afirmé—, pero prefirió no serlo. Luchaba en ocasiones, aunque solía evitar la batalla porque temía que las cicatrices le deformaran el rostro, ¿comprendéis? Era vanidoso, coleccionaba espejos romanos. La estancia de los espejos del palacio de Benoic era la habitación de Lanzarote. Allí se sentaba a

admirar su propia imagen repetida en todas las paredes.

—Creo que lo hacéis parecer peor de lo que era —protestó Ygraine.

—Pues creo que aún era peor —repuse. No me gusta escribir acerca de Lanzarote; su recuerdo es como una mancha en mi vida—. Por encima de todo —proseguí— era deshonesto. Mentía intencionadamente a fin de esconder la verdad sobre si mismo, pero cuando le convenía también sabía hacerse agradable a la gente. Habría sido capaz de seducir a un pez, querida señora.

Arrugó la nariz descontenta con mis palabras. Sin duda, cuando Dafydd ap Gruffud traduzca estas palabras, dará esplendor a la memoria de Lanzarote tal como a él le habría agradado. ¡Lanzarote el magnífico! ¡Lanzarote el honesto! ¡Lanzarote el bello, el bailarín, el sonriente, el ingenioso, el elegante! Era el rey sin tierra y el señor de la mentira, pero si Ygraine se sale con la suya, su recuerdo perdurará en el tiempo como parangón de los guerreros reales.

Asomóse Ygraine a la ventana en el momento en que Sansum expulsaba a un grupo de leprosos de la puerta de entrada. Arrojàbales el santo varón puñados de tierra diciéndoles a gritos que se fueran al diablo, al tiempo que exhortaba a los hermanos a que le secundaran. El novicio Tudwal, que de día en día se muestra más rudo con el resto de la comunidad, bailoteaba junto a su maestro animándole. Los guardias de Ygraine, que holgazaneaban como de costumbre a la puerta de la cocina, acudieron por fin con las lanzas a librar al monasterio de mendigos enfermos.

—¿En verdad deseaba Sansum sacrificar a Arturo? —preguntó Ygraine.

—Así me lo confió Bedwin.

—¿A Sansum le gustan los muchachos, Derfel? —inquirió con picardía.

—El santo varón ama a todas las criaturas, querida reina, aun a las jovencitas que hacen preguntas impertinentes.

Sonrió sumisa y luego esbozó una sonrisa.

—A fe mía que no le gustan las mujeres. ¿Por qué no permite que ningún hermano se case? Hay monjes que se casan, pero no en este monasterio.

—El piadoso y muy estimado Sansum —le expliqué— cree que las mujeres nos distraerían de nuestro deber de adorar a Dios, del mismo modo que vos me distraéis de mis obligaciones.

Se rió, pero entonces recordó un encargo que traía y recobró la compostura.

—En la última remesa de pergaminos hay dos palabras que Dafydd no comprende y desea que se las aclaréis. Una es catamítes.

—Decidle que pregunte a otro.

—Naturalmente que preguntaré a otro —repuso indignada—. La otra es camello. Dice que no es carbón.

—Un camello es un ser mitológico, señora, con cuernos, alas, escamas, cola bífida y aliento de fuego.

—Se diría que describís a Nwylle —replicó Ygraine.

—¡Ah! ¡Los piadosos escritores trabajan! ¡Mis dos evangelistas! —exclamó Sansum irrumpiendo en la celda con las manos sucias de la tierra que había arrojado a los leprosos; miró con desconfianza el pergamino y arrugó la nariz—. ¿Qué es lo que apesta de este modo?

—Las judías del desayuno, señor obispo —respondí con cara de carnero—. Disculpádmeme.

—Me sorprende que toleréis su compañía —dijo Sansum a Ygraine—. ¿Y no deberíais estar en la capilla rogando a Dios que os conceda un hijo? ¿Acaso no es ése el asunto que os trae aquí?

—A fe mía que a vos no os competen mis asuntos —replicó con aspereza—. Si deseáis saberlo, obispo y señor mio, comentábamos las parábolas de Nuestro Salvador. ¿Acaso no pronunciasteis vos en una ocasión un sermón acerca de un camello y el ojo de una aguja?

—¿Y cómo se dice, apestoso hermano Derfel, camello en sajón? —preguntó Sansum con un gruñido, mirando por encima de mi hombro.

—Nwylle —respondí.

Ygraine estalló en carcajadas y Sansum la miró airado.

—¿Mi señora encuentra graciosas las palabras del Todopoderoso?

—Es que aquí me siento feliz —respondió Ygraine con humildad—, pero desearía saber qué es un camello.

—¡Eso lo sabe todo el mundo! —replicó con soma—. Un camello es un pez, ¡un pez enorme! Semejante al salmón —añadió malicioso— que vuestro esposo a veces se acuerda de enviar a estos pobres monjes.

—Haré que os envíe más —dijo Ygraine—, con la próxima remesa de pieles para Derfel, y sé que pronto enviaré más, ya que el rey siente un gran interés por este Evangelio sajón.

—¿Es eso cierto? —preguntó desconfiado.

—Un enorme interés, obispo y señor mío —replicó Ygraine con firmeza.

Es una joven lista, muy lista, y bonita por demás. El rey Brochvael demuestra gran insensatez tomando una amante cuando tiene a la reina, pero los hombres siempre han sido insensatos en lo que atañe a las mujeres. O algunos lo han sido, y creo que el mayor insensato fue Arturo. Mi estimado Arturo, mi señor, mi protector, el más generoso de los hombres, cuya historia escribo.

¡Cuán ajeno me resultaba estar en casa, sobre todo porque no tenía casa propia! Poseía algunas torques de oro y otras joyas de escaso valor pero las vendí, salvo el broche de Ceinwyn, para dar de comer a mis hombres en aquellos primeros días, tras el regreso a Britania. El resto de mis bienes había quedado en Ynys Trebes engrosando el tesoro de algún franco. Así pues, era pobre, no tenía hogar ni ninguna

otra cosa que ofrecer a mis hombres, ni disponía siquiera de una casa de campo en la que agasajarlos, mas todo me lo perdonaron. Eran hombres buenos que me habían jurado fidelidad. Habían dejado atrás, igual que yo, todo lo que no pudieron acarrear cuando cayó Ynys Trebes, e igual que yo, se vieron reducidos a la pobreza, pero ninguno se quejó. Cavan se limité a decir que un soldado debe aceptar tanto ser despojado como cobrar un botín, sin darle importancia. Issa, un campesino que demostró ser excelente lancero, quiso devolverme una torques de oro no muy gruesa con la que le había obsequiado. Según sus palabras, no era justo que un lancero poseyera una torques de oro cuando su capitán carecía de ella; mas no quise aceptarla e Issa se la regaló a la muchacha que había traído de Benoic, y al día siguiente ella se fugó con un sacerdote errante y su cohorte de rameras. Menudeaba esa clase de cristianos vagabundos que erraban por los campos; hacíanse llamar misioneros y solían acompañarse de un séquito de mujeres creyentes que, supuestamente, ayudaban en la celebración de los ritos cristianos, pero que en realidad, a decir de los rumores, se servían de la seducción para captar adeptos a la nueva fe.

Arturo me adjudicó una casa solariega a las afueras de Dur— novaria, hacia el norte: no en propiedad, ya que pertenecía a una heredera huérfana llamada Gyllad, sino nombrándome protector de la muchacha, cargo que, por lo general, acarrea la ruina del custodiado y el enriquecimiento del custodio. Gyllad apenas contaba ocho años, y de haberlo deseado habría podido desposarla y disponer de sus propiedades o vender su mano a algún hombre deseoso de comprar a la novia junto con las tierras; pero en vez de proceder a la usanza, obedecí los deseos de Arturo y viví de las rentas de Gyllad permitiendo que la pequeña creciera en paz. A pesar de todo, sus parientes protestaron por mi nombramiento. La misma semana del regreso de Ynys Trebes, no transcurridos ni dos días en casa de Gyllad, uno de sus tíos, un cristiano, apeló ante Nabur, el magistrado cristiano de Durnovaria, alegando que el padre de Gyllad, antes de morir, le había prometido el cargo de guardián de su sobrina, y para conservar el regalo de Arturo hube de apostar a mis lanceros alrededor del patio. Llevaban todos los pertrechos bélicos y las puntas de sus lanzas brillaban de tan afiladas; su presencia convenció al tío y a sus aliados de que sería mejor no insistir en el pleito. Requirieron la presencia de la guardia de la ciudad, pero una mirada a mis veteranos les persuadió de que tenían trabajos más urgentes que atender. Nabur se quejó de que algunos de los soldados que habían regresado se dedicaban al bandidaje en la pacífica ciudad, pero al no presentarse mis oponentes ante el tribunal de justicia, vióse obligado a fallar el juicio a mi favor. Con el tiempo me enteré de que el tío de Gyllad había pagado a Nabur previamente para que dictara el veredicto contrario, mas nunca consiguió recuperar el dinero. Nombré mayordomo de Gyllad a uno de mis hombres, Llystan, que había perdido un pie en una batalla en los bosques de Benoic, y tanto él como la heredera y sus propiedades prosperaron.

Arturo me hizo llamar a la semana siguiente. Nos reunimos a medio día en la sala de palacio donde comía con Ginebra. Ordenó que dispusieran un asiento y comida para mí. El patio exterior estaba atestado de personas con pleitos pendientes.

—Pobre Arturo —comentó Ginebra—, apenas llega a casa de visita y ya se presentan todos con quejas sobre el vecino o con súplicas para que les reduzcan la renta. ¿Por qué no acuden a los magistrados?

—Porque no tienen con qué sobornarlos —dijo Arturo.

—O no son lo bastante poderosos como para rodear su casa de guerreros con cascos de hierro —añadió Ginebra con una sonrisa para demostrarme que no desaprobaba mí acción.

No esperaba otra cosa, ya que era enemiga declarada de Nabur, caudillo de la facción cristiana del reino.

—Un gesto espontáneo de apoyo por parte de mis hombres —dije desentendiéndome, y Arturo rió.

Fue una comida agradable. Pocas ocasiones se me presentaban de estar a solas con Arturo y Ginebra, pero en esos contados momentos siempre comprobaba que ella le hacía feliz. Ginebra poseía un ingenio punzante del que Arturo carecía, aunque le gustaba, y usábalo con mesura, pues así lo prefería Arturo. Lisonjeaba a Arturo, mas también se prodigaba en buenos consejos. La constante disposición de Arturo a creer siempre lo mejor de los demás necesitaba la compensación del escepticismo de su esposa. Ginebra no parecía haber envejecido desde la última vez en que la viera tan de cerca, aunque sus ojos verdes de cazadora quizás habían adquirido una nueva sagacidad. No percibí signo alguno de su estado, el vestido verde claro caía liso sobre su vientre, ceñido con un cordón con borlas de oro a modo de cinto holgado. Llevaba al cuello la insignia del ciervo y la luna, por debajo del collar sajón con gruesos rayos de sol que Arturo le enviara desde Durocobrivis. Habíalo recibido con desdén cuando se lo presenté en su día, pero en ese momento lo llevaba con orgullo.

Durante la comida conversamos sobre asuntos triviales. Arturo deseaba saber por qué los mirlos y los tordos dejaban de cantar en verano, mas ninguno conocíamos la respuesta, ni por qué los vencejos y las golondrinas desaparecían en invierno, aunque en una ocasión Merlín me contó que viajaban hasta una gran cueva en las tierras agrestes del norte, donde permanecían durmiendo entre grandes montones de plumas hasta la primavera. Ginebra me hizo hablar de Merlín y le prometí por mi vida que el druida había regresado a Britania.

—Ha ido a la isla de los Muertos —le dije.

—¿Dónde dices que ha ido? —preguntó Arturo horrorizado.

Referí lo sucedido con Nimue y agradecí a Ginebra sus esfuerzos por librar a mi amiga de la venganza de Sansum.

—Pobre Nimue —dijo Ginebra—. Es una criatura indómita, ¿no es cierto? Me

agrada, pero creo que nosotros no le agradamos a ella. ¡Somos demasiado frívolos! No logré despertar su interés por Isis. Dijo que era una diosa extranjera, escupió como un gato y murmuró una plegaria a Manawydan.

Arturo no mostró reacción alguna ante la alusión a Isis, por lo que supuse que había perdido el miedo a la extraña diosa.

—Desearía conocer mejor a Nimue —dijo.

—Así será —respondí— cuando Merlín la devuelva de entre los muertos.

—Si lo consigue —dijo escéptico—. Jamás ha regresado nadie de la isla.

—Nimue regresará —insistí.

—Es extraordinaria —terció Ginebra—. Si existe alguien capaz de sobrevivir al paso por la isla, es Nimue.

—Con ayuda de Merlín —recalqué.

Sólo al final de la comida derivamos hacia la cuestión de Ynys Trebes, y aun entonces Arturo tuvo buen cuidado de evitar el nombre de Lanzarote. En cambio, lamentó no tener con qué recompensar mis esfuerzos.

—Estar en casa es recompensa bastante, lord príncipe —dije utilizando el tratamiento preferido de Ginebra.

—Al menos puedo nombrarte lord —dijo Arturo—. De ahora en adelante serás llamado lord Derfel.

Reí, no porque no lo agradeciera, sino porque la recompensa del título guerrero de lord parecía exceder mis virtudes. Me sentía por demás orgulloso: un hombre era llamado lord por ser rey, príncipe o caudillo o por habérselo ganado haciendo méritos con la espada. Obedeciendo a la superstición, toqué la empuñadura de Hywelbane para que el orgullo no enturbiara mi suerte. Ginebra se rió de mí, mas no por malquerencia sino porque se alegraba de mi suerte, y Arturo, a quien nada agradaba tanto como ver felices a los demás, sintióse complacido por ambos. También él sentíase de buen ánimo ese día, pero manifestaba su alegría de modo más contenido que otros hombres. En aquellos tiempos de su primer regreso a Britania, nunca le vi borracho, nunca le vi alborotar ni perder la contención, salvo en el campo de batalla. Envolvíase en una quietud que desconcertaba a muchos, pues les hacía temer que leyera en sus almas; pero su calma era producto de su deseo de ser diferente. Deseaba ser admirado y gozaba recompensando generosamente la admiración.

El tumulto de los que esperaban para presentar sus quejas crecía y Arturo suspiró al pensar en el trabajo que le aguardaba. Apartó el vino y me miró como disculpándose.

—Os merecís un descanso, lord —dijo, halagándome deliberadamente con mi nuevo título—. Pero ¡ay!, pronto habré de pedirlos que partáis con vuestras espadas hacia el norte.

—Mis espadas son vuestras, lord príncipe —dije con humildad.



—Estamos rodeados de enemigos —dijo al tiempo que trazaba un círculo con el dedo en la mesa de mármol—, mas el verdadero peligro es Powys. Gorfyddyd reúne un ejército como Bretaña no ha visto jamás. Ese ejército avanzará hacia el sur muy pronto y temo que el rey Tewdric no tenga agallas suficientes para el combate. Necesito concentrar el mayor número posible de lanzas en Gwent para asegurar la lealtad de Tewdric. Cei puede contener a Cadwy, Melwas tendrá que ingeniárselas para atacar a Cerdic y el resto de nosotros iremos a Gwent.

—¿Y Aelle? —preguntó Ginebra significativamente.

—Estamos en paz con él —replicó Arturo remarcando las palabras.

—Se vende al mejor postor —dijo Ginebra—, y Gorfyddyd no tardará en aumentar la oferta.

—No puedo enfrentarme a Gorfyddyd y a Aelle a un tiempo —dijo Arturo encogiéndose de hombros—. Serían necesarias trescientas lanzas para contener a los sajones de Aelle, no para derrotarlos, sólo para contenerlos, y la ausencia de esas trescientas lanzas significaría la derrota en Gwent.

—Lo cual no se le escapa a Gorfyddyd —señaló Ginebra.

—Entonces, querida, ¿qué solución se te ocurre?

Pero Ginebra carecía de solución más plausible; la única que le quedaba a Arturo era esperar y rogar por que la frágil paz con Aelle no se rompiera. Había comprado al rey sajón con una carreta de oro y en el reino ya no quedaban riquezas con que mejorar el precio.

—Sólo nos resta esperar que Gereint sea capaz de contenerle —dijo Arturo— mientras derrotamos a Gorfyddyd. Descansad hasta después de Lughnasa, lord Derfel —me dijo sonriente tras apartar el asiento de la mesa—; después, tan pronto hayamos recogido la cosecha, marcharemos juntos hacia el norte.

Dio unas palmadas para que acudieran los sirvientes a retirar los restos de la comida y dejaran entrar a los que esperaban. Mientras los sirvientes se apresuraban a cumplir su trabajo, Ginebra me hizo una señal.

—¿Podemos hablar? —me preguntó.

—Con gusto, señora.

Se quitó el pesado collar, se lo entregó a un esclavo y me condujo por una escalera de piedra hasta la entrada de un huerto, donde dos de sus grandes galgos la saludaron efusivos. Las avispas zumbaban en torno a la fruta caída que empezaba a pudrirse y Ginebra ordenó a las esclavas que la retiraran para pasear tranquila. Dio de comer a los galgos unos trozos del pollo que había sobrado de la comida mientras una docena de esclavas recogía la fruta fermentada en las faldas de sus vestidos; acribilladas por las avispas, desaparecieron presurosas y nos dejaron solos. Habíanse erigido estructuras de mimbre alrededor de todo el muro del huerto, que serían decoradas con flores para la gran fiesta de Lughnasa.

—Es bonito —dijo Ginebra a propósito del huerto—, pero cuánto me gustaría estar en Lindinis.

—El año próximo, señora —dije.

—No quedarán sino ruinas —respondió indignada—. ¿Acaso no te lo han dicho? Gundleus asaltó Lindinis. No tomó Caer Cadarn, pero destrozó mi palacio nuevo. Hace ya un año. Espero que Ceinwyn le haga profundamente desgraciado, pero dudo de que sea capaz. ¡Es tan insípida e insignificante! —exclamó haciendo una mueca. El sol que se filtraba entre el follaje iluminó su pelo rojo y definió duras sombras en su hermoso rostro—. A veces desearía ser hombre —dijo para mi sorpresa.

—¿De veras?

—¿Sabéis lo odioso que resulta esperar noticias —preguntó apasionada—. En dos o tres semanas partiréis hacia el norte y no nos quedará más que esperar. Esperar y esperar. Esperar noticias de si Aelle falta a su palabra, esperar para conocer lo numeroso que es en verdad el ejército de Gorfyddyd. ¿A qué espera Gorfyddyd? ¿Por qué no ataca ahora? —inquirió tras una pausa.

—Los soldados de la leva trabajan ahora en la siega —dije—. Todo se detiene en tiempo de cosecha. Sus hombres querrán recoger el grano antes de venir a robarnos el nuestro.

—¿Es que no hay forma de impedirselo? —preguntó abruptamente.

—En la guerra, señora —repuse—, no se hace lo que se puede, sino lo que se debe hacer. Ahora debemos detenerlos.

O morir, pensé lúgubrementemente.

Avanzó algunos pasos en silencio, rechazando a los perros que brincaban excitados a su lado.

—¿Qué dicen las gentes de Arturo? ¿Lo sabes? —preguntó al cabo.

—Que más le valiera huir a Brocelianda y entregar el reino a Gorfyddyd. Dan la guerra por perdida.

Me miró fijamente, abrumándome con sus enormes ojos. En aquel momento, tan cerca de ella, a solas en el cálido jardín y envuelto en su aroma sutil, entendí por qué Arturo había arriesgado la paz de un reino por aquella mujer.

—¿Pero tú lucharás por Arturo? —me preguntó.

—Hasta el fin, señora —dije—. Y por vos —añadí torpemente.

—Te lo agradezco —dijo sonriente. Cambiamos de dirección y nos dirigimos hacia la pequeña fuente que manaba de la roca en un rincón del muro romano. El hilo de agua irrigaba el huerto, y alguien había colgado cintas votivas en las hendeduras de la roca musgosa. Ginebra, alzando el orillo dorado de su vestido verde manzana, pasó por encima del regato—. Se ha formado en el reino un partido a favor de Mordred —me confió; ya me lo había dicho el obispo Bedwin en la noche de mi regreso—. Son cristianos en su mayoría y ruegan por la derrota de Arturo. Si fuera

derrotado, naturalmente, habrían de someterse a Gorfyddy, pero la sumisión, por lo que he visto, es intrínseca en los cristianos. Si yo fuera hombre, Derfel Cadarn, mi espada haría rodar tres cabezas: las de Sansum, Nabur y Mordred.

—Si Nabur y Sansum son lo mejor que el partido de Mordred es capaz de reunir, señora —repuse sin poner en duda la sinceridad de sus palabras—, Arturo no tiene por qué preocuparse.

—También el rey Melwas, creo —me respondió Ginebra—, y quién sabe cuántos más. La mayoría de los sacerdotes errantes del reino se ocupa de extender semejante peste predicando por doquier por qué han de morir hombres por Arturo. Les cortaría la cabeza a todos, pero los traidores no se dan a conocer, lord Derfel. Esperan en la oscuridad y asestan el golpe aprovechando cualquier distracción. Si Arturo derrota a Gorfyddy, cantarán alabanzas y pretenderán haberle prestado apoyo incondicional. —Escupió en el suelo para alejar el mal y me miró inquisitivamente—. Háblame del rey Lanzarote —dijo de pronto.

Tuve la impresión de que sólo entonces entrábamos en el verdadero asunto que había motivado el paseo bajo los manzanos y los perales.

—No lo conozco bien —dije evasivamente.

—Anoche te encomió —dijo.

—¿De veras? —contesté escéptico.

Sabía que Lanzarote y sus compañeros todavía se alojaban en casa de Arturo; en realidad, había temido encontrármelo y fue grande mi alivio al ver que no comía con nosotros.

—Dijo que eres un gran guerrero —insistió Ginebra.

—Me alegra saber —contesté con amargura— que a veces es capaz de decir la verdad.

Pensé que Lanzarote, en un intento de adaptar las velas a los nuevos vientos, habría procurado ganarse el favor de Arturo alabando a un hombre que sabía su amigo.

—¿Acaso —continuó Ginebra— los guerreros cuando padecen derrotas tan terribles como la de Ynys Trebes, terminan siempre reñidos entre sí?

—¿Padecer derrotas? —contesté con rudeza—. Le vi abandonar Benoic, señora, pero no recuerdo que padeciera nada, como tampoco recuerdo que llevara vendaje alguno en la mano cuando partió.

—No es cobarde —insistió con ardor—. Lleva la mano izquierda cargada de anillos de guerrero, lord Derf el.

—¡Anillos de guerrero! —me burlé; hundí la mano en la faltriquera y saqué un buen puñado.

Tenía tantos que ya ni siquiera me molestaba en hacerlos. Los tiré y se esparcieron por la hierba del huerto; los galgos se espantaron y miraron a su ama

desconcertados. Ginebra se quedó mirándolos y apartó uno con el pie.

—Me agrada el rey Lanzarote —dijo desafiante, advirtiéndome de que los comentarios despectivos no eran bienvenidos—. Y debemos atenderle. Arturo cree que no supimos mantenernos a la altura de las circunstancias en Benoic y que lo menos que podemos hacer es tratar a los supervivientes con honor. Deseo que te muestres amable con Lanzarote. Hazlo por mí.

—Si, señora —respondí dócilmente.

—Es preciso procurarle una esposa rica —prosiguió Ginebra—. Necesita tierras y hombres a su servicio. En mi opinión, su llegada a nuestras costas es sumamente afortunada para Dumnonía. Necesitamos buenos soldados.

—Ciertamente, señora.

El sarcasmo de mi voz le arrancó media sonrisa, mas a pesar de mi hostilidad, perseveró en el verdadero motivo de la invitación a disfrutar de la frescura de su huerto privado.

—El rey Lanzarote —dijo— desea ser iniciado en el culto de Mitra, y Arturo y yo no queremos que nadie se oponga.

Sentí un arrebato de rabia por la ligereza con que se tomaba mi religión.

—Mitra, señora —dije con frialdad—, es una religión de hombres valerosos.

—Ni siquiera a ti, Derfel Cadarn, te convienen más enemigos —replicó Ginebra con la misma voz helada, y supe que se convertiría en mi enemiga si me oponía a los deseos de Lanzarote.

Sin duda, pensé, Ginebra transmitiría el mismo mensaje a cualquier hombre que pudiera poner trabas a la iniciación de Lanzarote en los misterios de Mitra.

—Nada se hará hasta el invierno —dije, evitando un compromiso firme.

—De todos modos, asegúrate de que se haga —dijo, y abrió la puerta que daba al interior de la casa—. Os doy las gracias, lord Derfel.

—Gracias a vos, señora —contesté, y bajando las escaleras hacia las dependencias interiores, la ira me invadió de nuevo.

¡Diez días! Lanzarote no había necesitado sino diez días para hacer de Ginebra su aliada. Juré convertirme en un miserable cristiano antes que ver a Lanzarote participando en los festines de la gruta bajo la cabeza sangrante de un toro. Hube de romper tres líneas de escudos sajones y hundir a Hywelbane hasta la empuñadura en el cuerpo de los enemigos de mi país antes de ser elegido para servir a Mitra, y lo único que Lanzarote había hecho era jactarse y posar afectadamente.

Al entrar en la estancia vi a Bedwin sentado junto a Arturo. Estaban atendiendo a los demandantes, pero Bedwin dejó el estrado y me llevó a un rincón tranquilo junto a la puerta que daba al exterior.

—Acabo de saber que eres lord —dijo—. Mi más sincera enhorabuena.

—Un lord sin tierras —repliqué amargamente, todavía dolido por la humillante

petición de Ginebra.

—Las tierras llegan con la victoria —me repuso Bedwin—, y la victoria, con la batalla; no faltarán batallas este año, lord Derf el.

Abrióse la puerta de súbito y Bedwin se detuvo para dejar paso a Lanzarote y a sus seguidores, inclinándose cuando pasaron ante nosotros. Yo no hice sino un movimiento de cabeza. El rey de Benoic pareció sorprenderse al verme, mas nada dijo y avanzó en silencio al encuentro de Arturo, que ordenó traer al estrado una tercera silla.

—¿Lanzarote ya es miembro del consejo? —pregunté a Bedwin furioso.

—Es rey —respondió paciente—. No querrás que permanezca de pie mientras nosotros nos sentamos.

Advertí que el rey de Benoic aún llevaba el vendaje de la mano.

—Parece que la herida del rey le impedirá unirse a nosotros —dije con aspereza.

Poco faltó para que confesara a Bedwin la petición de Ginebra respecto a la iniciación de Lanzarote en el culto de Mitra, mas decidí que las nuevas podían esperar.

—No nos acompañará —confirmó Bedwin—. Permanecera aquí en calidad de comandante de la guarnición de Durnovaria.

—¿Qué decís? —pregunté en voz tan alta y airada que Arturo se volvió en su escaño para ver el motivo de tal alboroto.

—Si los hombres del rey Lanzarote guardan a Ginebra y a Mordred —explicó Bedwin con cierto tono cansado—, los soldados de Lanval y Llywarch quedan libres para luchar contra Gorfyddyd. —Me pareció que dudaba, luego me tocó el hombro con su frágil mano—. Debo decirte otra cosa más —prosiguió en tono mas suave—. Merlín estuvo en Ynys Wydryn la semana pasada.

—¿Con Nimue? —pregunté ansioso.

—No fue a buscarla, Derfel —dijo negando con la cabeza—. Se dirigió al norte, pero adónde o por qué, sólo él lo sabe.

—¿Y Nimue? —pregunté aun temiendo recibir respuesta.

La cicatriz de la mano izquierda me palpitaba.

—Sigue en la isla, si es que todavía vive —dijo, y tras una pausa, añadió—: Lo lamento.

Miré hacia la sala atestada de gente. Acaso Merlín ignorase el paradero de Nimue. ¿O había preferido abandonarla entre los muertos? Por más cariño que sintiera hacia él, no podía dejar de pensar cuán cruel llegaba a ser, el más cruel sobre la tierra. Si había pasado por Ynys Wydryn, no podía dejar de saber que Nimue estaba presa, mas nada había hecho por ella, sino que la había abandonado a su merced entre los muertos. Se me llenó la cabeza de terrores que aullaban y gemían como los niños moribundos de Ynys Trebes. Por unos instantes no conseguí articular palabra ni hacer

movimiento alguno, luego miré a Bedwin.

—Galahad llevará a mis hombres al norte si yo no regreso —le dije.

—¡Derfel! —exclamó apretándome el brazo—. Nadie regresa de la isla de los Muertos ¡Nadie!

—¿Acaso importa? —le pregunté.

Si toda Dumnonia estaba perdida, ¿qué importaba lo demás? Y Nimue no estaba muerta; lo sabía por los latidos de la cicatriz de mi mano. Y si a Merlín le era indiferente, a mí no; Nimue me importaba más que Gorfyddydd y Aelle juntos, o que el odioso Lanzarote y su ambición de unirse a los elegidos de Mitra. Amaba a Nimue aunque ella no me amara jamás, y la cicatriz era el sello del juramento que me convertía en su protector.

Estaba obligado a ir adonde no llegara Merlín. Debía ir a la isla de los Muertos.

La isla no estaba más de diez millas de Durnovaria, un tranquilo paseo matutino, pero en lo que a mí se refiere podría haber estado en la cara oculta de la luna.

Sabía que no era exactamente una isla, sino una península de piedra blanquecina y dura que se extendía al final de un largo y angosto terraplén. Los romanos habían abierto canteras en la isla, pero nosotros, en vez de seguir explotándolas, utilizamos la piedra de sus edificios, de modo que las canteras se habían cerrado y la isla de los Muertos había quedado desierta. Se convirtió en prisión. Se levantaron tres muros para cerrar el paso por el terraplén y se apostaron guardas, y allí se enviaba a los hombres como castigo. Con el tiempo compartieron el destino con otros, hombres y mujeres que, habiendo perdido el juicio, no podían vivir en paz entre nosotros. Tratábase de locos violentos enviados al reino de la locura, donde no habitaba un solo cuerdo y donde sus almas, acosadas por los demonios, dejaban de ser una amenaza para los vivos. Los druidas afirmaban que la isla era el reino de Crom Dubh, el oscuro dios tullido, mientras que los cristianos creían que era el baluarte del demonio en la tierra, pero unos y otros convenían en que, hombres o mujeres, los que cruzaban los muros del terraplén eran almas perdidas. Estaban muertos aun si sus cuerpos vivían, y cuando éstos murieran, los demonios y los espíritus malignos quedarían atrapados en la isla y jamás volverían a acosar a los vivos. Las familias conducían a sus locos hasta el tercer muro y allí los abandonaban a los horrores desconocidos que acechaban al final del terraplén. Luego, de regreso a tierra firme, celebraban el funeral por el pariente perdido. No todos los locos eran enviados a la isla. Algunos habían sido tocados por los dioses y tenían consideración de seres sagrados; había familias que mantenían a sus locos encerrados, como Merlín había enjaulado al pobre Pelinor; pero si el loco había sido tocado por dioses malévolos, su alma poseída no tenía más destino que la isla.

La olas rompían violentamente contra los acantilados de la isla. En el extremo que se adentraba en el mar, incluso en los días de más calma se formaban grandes

torbellinos y las aguas se agitaban violentas a la entrada de la gruta de Cruachan, la que conducía al otro mundo. El mar estallaba en un torrente de espuma que alcanzaba la parte superior de la cueva y las olas rompían interminablemente contra la espantosa boca oculta. Ningún pescador osaba acercarse a tamaña vorágine, pues cualquier barca que quedara atrapada en tan demoledora fuerza se perdía para siempre, hundíase sin remedio y la tripulación era arrastrada al fondo y convertida en sombras en el otro mundo.

Brillaba el sol el día en que me encaminé hacia la isla. Llevaba conmigo a Hywelbane, pero ninguna otra impedimenta, pues no existía escudo ni armadura de factura humana capaz de protegerme de los espíritus y las sierpes de la isla. Cargué con algunas vituallas, un pellejo de agua fresca y una bolsa de tortas de avena; como talismanes contra los demonios de la isla, me prendí el broche de Ceinwyn y un ramillete de ajos en la capa verde.

Llegué a la casa en que se celebraban los festejos fúnebres. A partir de allí el camino estaba ribeteado de cráneos, humanos y de animales, para advertir a los incautos de la proximidad del reino de las almas muertas. Ahora tenía el mar a la siniestra, y a la diestra un pantano oscuro y salobre en el que no cantaba pájaro alguno. Más allá de la marisma se veía una gran playa de guijarros que se separaba de la costa describiendo una curva hasta el terraplén que unía la isla al continente. Acceder a la isla por la playa de guijarros significaba dar un rodeo de varias millas, por lo que generalmente se tomaba el camino festoneado de calaveras hasta un destartalado muelle de madera, desde donde una barcaza cruzaba hasta la playa. Junto al muelle se amontonaban las casas de zarzo de los guardas. Otros guardas vigilaban la playa de guijarros.

Los guardas del muelle eran viejos o veteranos heridos que vivían con sus familias en las chozas. Vieron que me acercaba y al llegar a su altura me cerraron el camino con lanzas herrumbrosas.

—Soy lord Derfel —dije— y os ruego que me franqueéis el paso.

El comandante de los guardas, un hombre rechoncho con una vieja coraza de hierro y un casco mohoso de piel, se inclinó ante mi.

—No está en mi mano impedir el paso, lord Derfel —dijo—, pero sí el regreso.

Sus hombres, admirados de que alguien visitara la isla por propia voluntad, me miraban boquiabiertos.

—En tal caso, pasará —dije, y los lanceros se hicieron a un lado a la voz del comandante, que les ordenó preparar la barcaza—. ¿Son muchos los que piden pasar por aquí? —pregunté al comandante.

—Algunos —repuso—. Los hay que están hastiados de vivir, y también hay quien cree que podrá gobernar una isla habitada por locos. Pocos han sobrevivido lo bastante para rogarme que les permitiera volver.

—¿Se lo permitisteis? —inquirí.

—No —respondió con brusquedad. Vio que de una de las chozas ya traían los remos y me miró con el ceño fruncido—. ¿Estáis convencido, lord? —preguntó.

—Lo estoy.

El hombre sentía curiosidad, pero no osó indagar en mis asuntos. Ayudóme a descender los resbaladizos escalones del muelle y tendió la mano para que yo subiera a la barcaza ennegrecida por la pez.

—Los remeros os conducirán hasta la primera puerta —me dijo, y señaló un punto del terraplén, al otro extremo del estrecho canal—. Más adelante encontraréis un segundo muro, y luego un tercero, al final del terraplén. No hay puertas que cierren el paso en esos muros; no tenéis más que atravesarlos. No es probable que encontréis almas muertas entre un muro y otro, pero una vez franqueados, sólo los dioses saben con qué os enfrentaréis. ¿Queréis ir, en verdad?

—¿Nunca habéis sentido curiosidad? —le interrogué.

—Se nos permite llevar comida y acompañar a las almas muertas hasta el tercer muro, y no siento deseos de ir más lejos —dijo lúgubrementemente—. Acudiré al puente de espadas que lleva al otro mundo cuando llegue el momento, lord. La cueva de Cruachan se abre al otro lado de la isla —añadió apuntando con la barbilla hacia el terraplén—, y sólo los locos o los hombres desesperados buscan la muerte antes de que llegue su hora.

—Tengo buenas razones —dije—; volveremos a vernos en este mundo de los vivos.

—No si cruzáis el estrecho, señor.

Observé la ladera blanca y verde que se perfilaba por encima de los muros del terraplén.

—Una vez estuve en un pozo de la muerte —hice saber al comandante— y salí con vida, como también saldré de aquí. —Busqué una moneda en la bolsa y se la di—. Discutiremos el regreso en su momento.

—Sois hombre muerto, señor —me advirtió por vez postrera—, desde el momento en que crucéis el canal.

—La muerte no sabe cómo tomarme —dije con necia jactancia y ordené a los remeros que me llevaran al otro lado del sinuoso canal.

Bastaron unos pocos golpes de remo para que la barcaza se detuviera en un ribazo fangoso. Trepamos hasta el arco de piedra del primer muro, cuya barra levantaron los dos remeros; empujaron luego las puertas y se echaron a un lado para dejarme paso. Un dintel negro marcaba el umbral que separaba ambos mundos. Una vez traspasada esa porción de madera renegrida, sería dado por muerto. El miedo me hizo dudar un momento, pero al punto crucé el umbral.

Las puertas se cerraron tras de mi con un crujido. Me estremecí.



Examiné la cara interna del muro principal. Medía diez pies de alto, era una barrera de piedra lisa erigida con la maestría de cualquier obra romana, hasta el punto de que no se percibía resquicio alguno en la blanca superficie. Un macabro parapeto de calaveras en la parte superior impedía que las almas muertas regresaran al mundo de los vivos.

Oré a los dioses, una plegaria a Bel, mi protector personal, y otra a Manawydan, el dios del mar que había salvado a Nimue en el pasado; luego avancé por el terraplén hasta el segundo muro que cerraba el camino; no era tal muro, sino un tosco amontonamiento de piedras redondeadas por el mar, aunque también estaba rematado por una hilera de cráneos humanos. Bajé los peldaños que descendían por la otra cara del muro. A mi derecha, hacia el oeste, grandes olas estallaban contra los guijarros, mientras que a mi izquierda las aguas poco profundas de la bahía brillaban en calma a la luz del sol. En la bahía faenaban algunas barcas de pesca, pero todas se mantenían a prudente distancia de la isla. Un poco más adelante estaba el tercer muro. No vi allí hombre ni mujer que esperara. Planeaban las gaviotas sobre mi cabeza y llevábase el viento del oeste sus gritos desgarrados. A los lados del terraplén, se veían las huellas de la pleamar señaladas por negras algas marinas.

Sentí terror. Desde que Arturo regresara a Britania me había enfrentado a innumerables muros de escudos y a incontables hombres en la batalla, mas no recordaba enfrentamiento, ni siquiera el infierno de Benoic, en el que hubiera sentido el frío que en ese momento me helaba el corazón. Me detuve y volví la mirada hacia las suaves lomas verdes de Dumnonia y hacia la aldea de pescadores de la bahía oriental; ¡Regresa! ¡Regresa!, me dije. Nimue permanecía allí desde hacía un año y dudaba de que alma alguna lograra sobrevivir tanto tiempo en la isla de los Muertos, a menos que reuniera fiereza y poder. Aun sí la encontraba, estaría loca y no podría abandonar el lugar. Ese era su reino, el dominio de la muerte. ¡Vuelve! ¡Vuelve!, me repetí; sentí entonces las palpitaciones de la cicatriz de la mano y me dije que Nimue aún vivía.

Repentinamente me sobresalté al oír un aullido entrecortado. Di media vuelta y vi a una harapienta figura negra brincando en la cima del tercer muro, pero desapareció por el otro lado; supliqué a los dioses que me concedieran valor. Nimue siempre había sabido que le serían infligidas las tres heridas, y la cicatriz de mi mano era la garantía de la ayuda que había de prestarle para sobreponerse a tan duras pruebas. Seguí avanzando.

Trepé por el tercer muro, que no era sino otro montón de redondeadas piedras grises, y vi al otro lado unos toscos peldaños que bajaban hacia la isla; al pie de la escalera había unas cestas vacías; sin duda serían el suministro de agua y carne en salazón que los vivos ofrecían a sus parientes muertos. La figura harapienta desapareció sumiéndome en la soledad de un escarpado

cerro, entre la maraña de zarzas que bordeaba el camino de piedra; el sendero conducía al flanco occidental de la isla, donde se columbraba un grupo de edificaciones en ruinas al pie del enorme cerro. La isla era un vasto espacio. Había dos horas de camino desde el tercer muro hasta donde el mar azotaba el extremo sur, y dos más de oriente a poniente, trepando por la cresta de la gran roca.

Avancé por el camino. El viento agitaba la vegetación marina que crecía más allá de las zarzas. A mi paso graznó una gaviota, alzó el vuelo con las blancas alas desplegadas y se perdió en la claridad del cielo. El camino describía una curva en dirección a la antigua ciudad. Había sido una guarnición romana, nada comparable a Glevum o Durnovarí, sino un puñado de sórdidos edificios bajos construidos en piedra para cobijar a los esclavos de las canteras. Las techumbres eran toscos entramados de algas y maderos depositados en las orillas por las mareas; un refugio miserable hasta para los muertos. El miedo a lo que pudiera esperarme en la ciudad me hizo titubear, pero entonces oí una voz de alarma y, desde la maleza que cubría la loma, a mi izquierda, arrojaron una piedra que rebotó en el camino. La voz hizo precipitarse fuera de las chozas a un enjambre de criaturas desharrapadas, ansiosas por ver quién se acercaba a su colonia. Era una multitud de hombres y mujeres, desnudos algunos, pero cubiertos de harapos los más, aunque destacaba un grupo que lucía sus raídas ropas con aires de grandeza; los más ufanos, tocados con coronas de algas, se adelantaron hacia mí como si de los más altos monarcas en la tierra se tratara. Vi algunos con lanzas, pero casi todos se provieron de piedras. También había niños, criaturas enclenques, asilvestradas y peligrosas. Entre los adultos, unos temblaban de forma incontrolable otros se movían convulsos y todos me miraban con ojos brillantes y hambrientos.

—¡Una espada! —exclamó un hombre gigantesco—. ¡La espada para mí! ¡Una espada!

Avanzó pesadamente seguido de sus compañeros. Una mujer me arrojó una piedra y, súbitamente todos empezaron a gritar jubilosos, pues había llegado un nuevo espíritu al que saquear.

Desenvainé a Hywelbane, pero ni hombres, ni mujeres ni niños parecieron amedrentarse ante su larga hoja. Entonces huí. No podía haber deshonor para un guerrero en huir de los muertos. Eché a correr por donde había venido y al punto una lluvia de piedras me cayó a los talones y un perro saltó y empezó a morderme el borde de la capa. Me deshice de la bestia con la espada y seguí hasta el recodo del camino, viré a la derecha, me abrí paso entre zarzas y maleza y corrí hacia la ladera del cerro. Un ser se plantó ante mi sobre dos patas; una criatura desnuda con rostro de hombre y cuerpo de bestia cubierto de pelo y mugre. Uno de sus ojos no era sino una herida purulenta, y la boca, un amasijo de encías pútridas; arremetió contra mi con manos que se me antojaron garras, de largas uñas en forma de gancho. Hywelbane

dio un tajo limpio; aullé de terror, convencido de que me enfrentaba a uno de los demonios de la isla; pero conservaba el instinto tan afilado como la espada, que cercenó el velludo brazo de la bestia y le atravesó el cráneo. Salté por encima de su cuerpo y huí peñas arriba a sabiendas de que una horda de espíritus hambrientos se arrastraba en pos de mi vida. Alcanzóme una piedra en la espalda y otra golpeó una roca cercana, pero seguí subiendo aprisa, ayudándome de manos y pies, por los pilares y plataformas de las canteras, hasta que finalmente di con un sendero sinuoso que, como en Ynys Trebes, recorría el flanco escarpado del cerro.

Una vez en el sendero me di la vuelta para enfrentarme a mis perseguidores, que entonces se detuvieron temerosos de la espada que les desafiaba en el angosto paso, adonde sólo de uno en uno podían acceder. El gigante me miró lascivamente.

—Gentilhombre —dijo con voz zalamera, al tiempo que me mostraba un huevo de gaviota—. Bajad, gentilhombre. ¡Venid y comed!

Una vieja se levantó las faldas y zarandeo las caderas hacia mí.

—¡Ven a mi, amor mío! ¡Ven a mi, mi enamorado! ¡Te esperaba! —gritó, y a continuación se puso a orinar.

Un niño lanzó una carcajada y arrojó una piedra.

Allí los dejé. Algunos me siguieron sendero adelante, pero al cabo se aburrieron y emprendieron el regreso a su tétrico poblado.

El sendero discurría entre el mar y el cielo. A cada tanto se interrumpía en una cantera abandonada de paredes heridas por las herramientas romanas, pero tras cada cantera el sendero seguía su trazado entre matorrales de tomillo y sotos de espinos. No vi a nadie hasta que de pronto una voz procedente de una de las canteras me detuvo.

—No parecéis loco —dijo la voz titubeante.

Me volví espada en mano y vi que un hombre distinguido, ataviado con una capa oscura, me observaba adustamente desde la entrada de una cueva.

—No necesitáis las armas —dijo levantando una mano—. Mi nombre es Malldynn. Os doy la bienvenida, extranjero, sí es que venís en son de paz; de lo contrario os ruego que paséis de largo.

—Vengo en son de paz —repuse, y limpié la sangre que manchaba la hoja de Hywelbane antes de envainarla.

—¿Sois recién llegado a la isla? —me preguntó al tiempo que se acercaba con cautela.

Tenía el rostro amable, surcado de profundas arrugas y con expresión triste; sus gestos me recordaron al obispo Bedwin.

—Aún no hace una hora que he llegado —repuse.

—Sin duda os acosaría la plebe de la entrada. Os pido disculpas, aunque bien

saben los dioses que no soy responsable de esos necrófagos. Se apoderan del pan todas las semanas y a los demás nos lo hacen pagar con creces. ¿No encontráis fascinante que incluso en este antro de almas perdidas existan jerarquías? Aquí tenemos jefes, hay fuertes y débiles. Hay hombres que sueñan con construir paraísos en esta tierra, paraísos cuyo primer requisito ha de ser sacudirse las cadenas de la ley, o así lo he entendido yo; pero mucho me temo, amigo mio, que más se asemejaría esta isla a un lugar sin ley que a cualquier paraíso. No tengo el placer de conocer vuestro nombre.

—Derfel.

—¿Derfel? —preguntó frunciendo el ceño en un intento de recordar—. ¿Sois por ventura siervo de los druidas?

—Lo fui. Ahora soy guerrero.

—No, no lo sois —me corrigió—. Ahora estáis muerto. Habéis desembarcado en la isla de los Muertos. Hacedme la merced de entrar y tomar asiento. Aunque humilde, ésta es mi casa.

Con un gesto señaló la cueva, donde dos bloques de piedra a medio labrar hacían las veces de mesa y silla. Un pedazo de tela vieja, traída tal vez por el mar, ocultaba a medias un lecho de hierba seca amontonada en un rincón que hacia las veces de dormitorio. Insistió en que ocupara el bloque de piedra más pequeño, a modo de asiento.

—Os ofrezco agua de lluvia para beber —dijo— y pan seco de hace cinco días para comer.

Puse una torta de avena en la mesa. Ciertamente que Malldynn estaba hambriento, pero resistió el impulso de abalanzarse sobre la torta. Sacó un pequeño cuchillo cuya hoja había sido afilada tantas veces que tenía el filo ondulado, y con dicho utensilio partió la torta de avena en dos mitades.

—So riesgo de que me tildéis de desagradecido, os confieso que la avena jamás ha sido de mi agrado. Prefiero la carne, carne fresca, mas os lo agradezco de igual modo, Derfel. —Se había acuclillado a la mesa frente a mi, pero una vez terminada la torta y tras limpiarse delicadamente las migas de los labios, se levantó y se apoyó contra la pared de la cueva—. Mi madre hacia tortas de avena, aunque no tan finas como ésta. Sospecho que la avena estaría mal descascarillada. La vuestra me ha parecido deliciosa, por lo que me veo obligado a revisar mi opinión sobre la avena. Nuevamente os doy las gracias —concluyó, con una inclinación.

—Tampoco vos parecéis un demente —dije.

Sonrió. Era un hombre de mediana edad, rostro distinguido, mirada inteligente y barba blanca, que a todas luces procuraba mantener bien recortada. La cueva había sido barrida con una escoba de ramas que vi contra la pared.

—No sólo los locos son enviados aquí, Derfel —dijo en tono reprobatorio—.

También llegan cuerdos enviados por quienes desean y pueden infligirles castigo, y, ¡ay!, yo ofendí a Uter. —Calló, apesadumbrado—. Yo fui consejero de su majestad, incluso hombre influyente, pero cuando manifesté a Uter que su hijo Mordred era un insensato, sentencié mi destino. Aunque no erré, pues Mordred era un insensato, lo supe desde sus diez años.

—¿Tanto tiempo lleváis aquí? —pregunté estupefacto.

—¡Ay de mi! Así es.

—¿Cómo habéis logrado sobrevivir?

—Los necrófagos que guardan la entrada —dijo tras encogerse de hombros— creen que tengo poderes mágicos. Les amenacé con devolverles el juicio si me molestaban, y desde entonces se

cuidan mucho de importunarme. Prefieren estar locos, creedme. Cualquiera en su sano juicio rogaría a los dioses que le privaran de él en esta isla. Y vos, amigo Derfel, ¿puedo preguntaros qué os trae a este lugar?

—Vengo en busca de una mujer.

—¡Ah! Abundan las mujeres, y casi todas han perdido el pudor. Tengo entendido que la abundancia de tales hembras es otro de los requisitos del paraíso terrenal, pero aquí la realidad es muy otra. Es verdad que son desenvueltas, mas también mugrientas y de charla tediosa, y el placer que procuran es tan efímero como deshonesto. Si es eso lo que buscáis, Derfel, aquí lo encontraréis sobradamente.

—Busco a una mujer llamada Nimue —dije.

—Nimue —repitió, y frunció el ceño tratando de recordar—. ¡Nimue! Sí, claro, ahora me acuerdo. Una muchacha tuerta de pelo negro. Se unió al pueblo marino.

—¿Se ahogó? —pregunté horrorizado.

—No, no —puntualizó sacudiendo la cabeza—. Es que en la isla existen diversas comunidades. Ya habéis conocido a los necrófagos de la entrada. Los habitantes de las canteras somos los ermitaños, un grupo reducido que prefiere la soledad y ha elegido las cuevas de esta parte de la isla. Al otro lado moran las bestias, cuyo nombre os dará una idea de lo que son. Y en el extremo sur vive el pueblo marino. Pescan con sedales de cabello humano y anzuelos de espinas y son, en mi opinión, la tribu más civilizada de la isla, aunque ninguna se distingue por su hospitalidad. Todas están enfrentadas, naturalmente. Como podéis ver, nada nos falta de lo que ofrece el mundo de los vivos, excepto, quizá, la religión, aunque uno o dos habitantes dicen ser dioses; ¿quién podría negárselo?

—¿Alguna vez intentasteis huir?

—Si —contestó con tristeza—. En una ocasión, tiempo ha, probé a cruzar la bahía a nado, pero estamos sometidos a vigilancia y un golpe en la cabeza con la contera de una lanza es un efectivo recordatorio de que no se nos permite abandonar la isla. Regresé mucho antes de ponerme a su alcance. Casi todos los que intentan ese

camino mueren ahogados. Hay quien elige el terraplén; tal vez alguno haya regresado al mundo de los vivos, pero sólo después de librarse de los necrófagos de la entrada. Y después de superar tamaña ordalia, aún ha de zafarse de los guardias que vigilan la playa. Las calaveras que visteis en los muros del terraplén son de hombres y mujeres que en su día intentaron escapar. Pobres diablos. —Enmudeció un momento; pensé que iban a saltársele las lágrimas—. Pero ¿en qué estoy pensando? —dijo separándose bruscamente de la pared—. ¿Acaso he perdido los buenos modales? Debéis de estar sediento. ¡Mirad! ¡He aquí mi cisterna! —Señaló con orgullo un barril de madera situado a la entrada de tal guisa que recogía el agua que bajaba por los lados de la cantera en los días de tormenta. Con

un cucharón llenó dos tazas de madera—. El barril y el cucharón proceden de una barca de pesca que naufragó hace... ¡dejadme pensar! Dos años. ¡Pobres desgraciados! Eran tres hombres y dos niños. Uno de los hombres intentó escapar a nado y se ahogó. Los otros dos murieron bajo una lluvia de piedras y a los dos niños se los llevaron. ¡Imaginad el fin que hallarían! Mujeres hay en gran número, pero la carne tierna y limpia de un niño pescador es un raro bocado en la isla —dijo sacudiendo la cabeza al tiempo que dejaba la taza en la mesa—. Es un lugar terrible, amigo mío, y vos habéis cometido una imprudencia al venir. ¿O acaso os han enviado?

—Vine por mi voluntad.

—En tal caso os corresponde estar aquí, pues demostráis demencia completa. Contadme —dijo tras beberse el agua— las nuevas de Britania.

Le relaté los últimos acontecimientos. Había sabido de la muerte del rey Uter y del regreso de Arturo, pero poco más. Frunció el ceño cuando le dije que el rey Mordred estaba tullido y se alegró al saber que Bedwin aun vivía.

—Me agrada Bedwin —dijo—. Me agradaba, mejor dicho. Es preciso aprender a hablar como si estuviéramos muertos. Debe de ser muy viejo.

—No tanto como Merlín.

—¿Merlín vive? —preguntó sorprendido.

—Así es.

—¡Por los dioses! ¡Merlín vive! —exclamó complacido—. En una ocasión le di una piedra de águila y su agradecimiento no tuvo límites. Tengo otra en algún sitio. Pero ¿dónde debe de estar? —Rebuscó entre un pequeño montón de piedras y trozos de madera amontonados a la entrada de la cueva—. Quizás esté allí —dijo señalando hacia la cortina del fondo—. ¿La veis vos?

Di media vuelta para buscar la preciada piedra sonora, y no bien volví la vista a otro lado, Malldynn me saltó encima con la intención de clavarme el filo mellado de su pequeño cuchillo en la garganta.

—¡Os comeré! —gritó triunfante—. ¡Os comeré!

Pero con la siniestra conseguí asirle la mano con que esgrimía el cuchillo y me aparté la hoja de la tráquea. Me tiró al suelo e intentó morderme la oreja. Babeaba, se le hacía la boca agua ante la perspectiva de comer carne humana limpia y fresca. Le asesté dos golpes seguidos, conseguí girar y levantar la rodilla y volví a golpearle, pero el miserable tenía una fuerza notable y el alboroto de la pelea atrajo a otros hombres, que acudieron presurosos desde las cuevas. Sólo faltaban unos momentos para que los recién llegados me redujeran entre todos, de modo que, con un último esfuerzo desesperado, golpeé la cabeza de Malldynn con la mía y por fin me desembaracé de él. Lo aparté de una patada y retrocedí como pude en el momento en que sus amigos se precipitaban en la cueva, justo a tiempo para situarme a la entrada del dormitorio, donde disponía de espacio suficiente para desenvainar la espada. Los ermitaños retrocedieron a la vista de la brillante hoja de Hywelbane. Malldynn yacía en un lado de la cueva y sangraba por la boca.

—¿Ni siquiera un pedacito de hígado fresco? —me suplicó—. Tan sólo un bocado, os lo ruego.

Allí lo dejé. Los demás ermitaños tiraron de mi capa al salir de la cantera, pero ninguno intentó detenerme.

—¡Os veréis obligado a volver —me gritó uno de ellos riendo, cuando ya me marchaba— y para entonces estaremos más hambrientos si cabe!

—Comeos a Malldynn —contesté implacable.

Trepé hasta la cresta, donde la aulaga asomaba entre las rocas. Desde la cumbre vi que el farallón rocoso no llegaba al extremo meridional de la isla sino que caía abruptamente sobre una planicie alargada y parcelada por un laberinto de antiguos muretes de piedra, prueba de que en otros tiempos hombres y mujeres comunes habían habitado la isla y cultivado la meseta pedregosa que descendía suavemente hasta el mar. Aún se distinguían algunos grupos de casas en la meseta, que tomé por los hogares del pueblo marino. Un corrillo de aquellas almas muertas me observaba desde el puñado de chozas circulares que había al pie del cerro, y su presencia me convenció para que me quedara donde estaba hasta el amanecer. En las primeras horas de la mañana la vida se despierta lentamente; ésa es la razón de que los guerreros ataquen con las primeras luces del alba; buscaría a mi Nimue perdida cuando los dementes habitantes de la isla todavía estuvieran torpes y entumecidos por el sueño.

Fue una noche larga, una mala noche. Las estrellas pendían sobre mí, resplandecientes moradas desde donde los espíritus contemplan a los débiles mortales. Rogué a Bel que me otorgara fuerzas y dormí a ratos, aunque el menor crujido entre la maleza o la caída de una piedra me despertaban sobresaltado. Me refugié en una brecha de la roca que dificultaría cualquier intento de ataque, por lo que confiaba en poder defenderme; pero sólo Bel sabía cómo saldría de la isla o si

conseguiría encontrar a Nimue.

Abandoné el nicho de la roca antes del alba. La niebla ocultaba el mar, que se extendía más allá del sombrío torbellino de agua que señalaba la entrada de la cueva de Cruachan; a la tenue luz grisácea la isla parecía fría y monótona. No encontré a nadie durante el descenso y llegué al primer grupo de chozas antes del amanecer. El día anterior me había mostrado harto condescendiente con los habitantes de la isla, pero desde ese momento decidí tratar a los muertos como la carroña que eran.

Las chozas eran toscas construcciones de cañas y barro con techumbre de ramas y hierba. Abrí de una patada una desvencijada puerta de madera, entré, agarré al primer durmiente con que topé y lo arrojé fuera de la choza de un empujón; di una patada a otro de los bultos y abrí un agujero en el techo con la punta de Hywelbane. Una maraña de seres que en algún tiempo debieron de ser humanos se escabulló en desorden. Di un puntapié a un hombre en la cabeza, golpeé a otro con la hoja de Hiwelbane plana y arrastré a un tercero a la enfermiza luz exterior. Lo tiré al suelo, le puse el pie en el pecho y le coloqué la punta de Hyzvelbane en la garganta.

—Busco a una mujer llamada Nimue —anuncie.

Tartamudeaba en una jerigonza incomprensible. O no sabía hablar o hablaba un lenguaje de su invención, así que lo solté y corrí tras una mujer que renqueaba en dirección a los matorrales. Aulló cuando le di alcance y volvió a gritar cuando le toqué la garganta con el acero.

—¿Conoces a una mujer llamada Nimue?

El terror no la dejaba hablar, pero se levantó las mugrientas faldas y me obsequió con una desdentada sonrisa lasciva; le golpeé el rostro con la hoja de la espada plana.

—¡Nimue! —grité—. Una muchacha con un solo ojo llamada Nimue. ¿La conoces?

La mujer no lograba articular palabra, pero señaló al sur moviendo la mano hacia la costa en un esfuerzo desesperado por apaciguarme. Retiré la espada y le tapé los muslos con las faldas. La mujer se arrastró hasta un macizo de espinos. Tomé el sendero del sur, hacia el mar tumultuoso, mientras los demás me miraban con temor desde la entrada de sus chozas.

Pasé por otros dos minúsculos poblados pero nadie intentó detenerme. Ahora formaba parte de la pesadilla viviente de la isla de los Muertos; una criatura del alba que blandía su acero desnudo. Atravesé campos de hierba tierna salpicados de trébol, algodoncillos y pequeñas espigas de orquídeas color carmín, y me dije que debería haber sabido que Nimue, una criatura de Manawydan, escogería su refugio tan cerca del mar como pudiera.

En la costa sur de la isla un amasijo de rocas se recortaba al borde de un acantilado de poca altura, contra el que rompían grandes olas de espuma que gorgoteaban inundando los barrancos y se deshacían en miles de gotas de agua.



Semejaba una caldera que borboteara y escupiera enloquecida. Era una mañana de verano, pero el mar tenía un color plomizo, el viento era helado y las gaviotas graznaban lastimeras.

Descendí hacia el proceloso mar saltando de roca en roca. El viento me levantó la capa desgarrada al dar la vuelta a una columna de piedra blanquecina, tras la que descubrí una cueva a sólo unos pies de la oscura línea de musgo marino que señalaba el límite de las mareas más altas. Un banco de arrecifes en el que se amontonaban huesos de aves y de otros animales conducía hasta la cueva. Sin duda aquello era obra humana, pues los montones se elevaban a distancias regulares, apuntalados sobre un delicado entramado de huesos largos y rematados por un cráneo. Me detuve paralizado de miedo, que me encrespaba las entrañas como el encrespase del mar al contemplar aquel refugio tan cercano al abismo como no había otro en aquella isla de almas torturadas.

—¡Nimue! —llamé a voces tan pronto como reuní valor suficiente para acercarme al banco de arrecifes—. ¡Nimue! —Subí a la estrecha cornisa y avancé lentamente entre los montones de huesos. Me atemorizaba lo que pudiera encontrar en la cueva—. ¡Nimue!

Una ola rompió contra un saliente de la roca y lanzó sus garras blancas hacia el arrecife, cerca de mis pies. El agua regreso al mar en negros regueros antes de que la siguiente embistiera atronadora contra el cabo y saltara sobre las brillantes rocas. La cueva estaba oscura y silenciosa.

—¡Nimue! —insistí con voz temblorosa.

La boca de esta cueva estaba guardada por dos cráneos humanos encajados en sendos nichos de forma que desde ambos lados de la entrada sonreían con dientes partidos al quejumbroso viento.

—¡Nimue!

No hubo más respuesta que el ulular del viento, los lamentos de las aves y el batir y gorgotear del mar amenazador.

Entré en la cueva. Hacia frío y la luz era débil, las paredes estaban húmedas y el suelo de guijarros se elevaba en un inesperado escalón que me obligó a agachar la cabeza bajo el imponente techo. La cueva se estrechaba y describía una curva cerrada a la izquierda. Una tercera calavera amarillenta guardaba el recodo, y allí me detuve a la espera de que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Pasé junto al tétrico guardián y vi que la cueva se estrechaba progresivamente y terminaba en un rincón oscuro y sin salida. Y allí, en el confín más negro de la cueva, yacía ella, mi Nimue.

Al verla pensé que estaba muerta, pues la encontré desnuda, con la oscura cabellera sucia y enmarañada sobre el rostro, las delgadas piernas recogidas sobre el pecho y los pálidos brazos en torno a las espinillas. A veces, en las colinas verdes nos internábamos en los túmulos a pesar de los espectros y cavábamos en las tumbas

cubiertas de hierba buscando el oro del pueblo antiguo, y encontrábamos huesos dispuestos en esa misma posición encogida, pues así se defendían de los espíritus por toda la eternidad.

—¡Nimue! —Hube de recorrer a gatas los últimos pasos hasta llegar a su lado—. ¡Nimue! —insistí con un nudo en la garganta, pues estaba seguro de que la hallaría muerta; pero entonces vi el suave movimiento de las costillas. Respiraba, aunque por lo demás estaba tan quieta que parecía cadáver. Dejé a Hywelbane en el suelo y tendí una mano hacia su hombro blanco—. ¡Nimue!

Se abalanzó sobre mí siseando y enseñando los dientes, con la cuenca del ojo vacío de un rojo lívido y el ojo sano totalmente en blanco. Intentó morderme, me clavó las uñas, salmodió una maldición con voz quejumbrosa y me la escupió, tras lo cual se me tiró a los ojos con sus largas uñas.

—¡Nimue! —grité. Escupía, babeaba, se revolvía y me atacaba a dentelladas, clavándome en la cara los sucios dientes—. ¡Nimue!

Pronunció otra maldición a gritos y me agarró la garganta con la mano derecha. Tenía la fuerza extraordinaria de los dementes y lanzó un grito de victoria al tiempo que me cerraba la tráquea. De pronto supe lo que debía hacer. Le cogí la mano izquierda olvidándome del dolor de la garganta y puse mi palma sobre la suya para que las cicatrices se tocaran. La puse y allí la dejé sin volver a moverme.

Lenta, muy lentamente, la mano que me ahogaba fue cediendo. Lenta, muy lentamente, el ojo sano volvió a su posición y vi resplandecer de nuevo el espíritu de mi amada; al verme, estalló en llanto.

—Nimue —dije.

Me echó los brazos al cuello y se pegó a mi. Sollozaba entre espasmos que sacudían sus delgadas costillas; yo la abrazaba, la acariciaba y la llamaba por su nombre.

El llanto fue apaciguándose hasta que por fin cesó. Se quedó mucho rato abrazada a mi; después noté que movía la cabeza.

—¿Dónde está Merlín? —preguntó con voz de niña.

—Aquí, en Britania —dije.

—Entonces debemos irnos —dijo separándose de mí; se acuclilló para mirarme a los ojos—. Soñé que venías.

—Te amo —dije sin pensarlo, aunque era verdad.

—Por eso has venido —dijo, como si fuera lo más natural.

—¿Tienes algo con que cubrirte? —inquirí.

—Tengo tu capa —dijo— y no necesito más, excepto que me des la mano.

Salí gateando, envainé Hywelbane y envolví a Nimue, blanca y temblorosa, en mi capa verde. Pasó un brazo por un desgarrón del raído paño y así, de la mano, avanzamos entre los montones de huesos y trepamos por el cerro hasta donde el

pueblo marino se había reunido a mirarnos. Cuando alcanzamos la planicie se apartaron y nadie nos siguió en nuestro camino hacia el lado oriental de la isla. Nimue callaba. Todo rastro de locura se desvaneció en el momento mismo en que unimos las manos, pero Nimue se hallaba extremadamente débil. La ayudé en los pasos más escarpados; sin contratiempos pasamos ante las cuevas de los ermitaños. Quizás estuvieran

todos dormidos, o tal vez la isla permanecía bajo un hechizo de los dioses mientras la atravesamos hacia el norte, alejándonos de las almas muertas.

Salió el sol y vi que Nimue tenía un verdadero criadero de piojos en el pelo, enmarañado y sucio, y la piel cubierta de mugre; además había perdido el ojo de oro. Tan débil estaba que cuando empezamos a descender por el cerro hacia el terraplén apenas podía andar ya. Al tomarla en brazos, noté que pesaba menos que un niño de diez años.

—Estás débil —le dije.

—Nací débil, Derfel —repuso—, y me he pasado la vida fingiendo lo contrario.

—Necesitas descansar.

—Lo sé —musitó, y reclinó la cabeza en mi pecho, profundamente agradecida, por una vez en su vida, de que alguien la cuidara.

La llevé en brazos hasta el terraplén y salvamos el primer muro. El mar se agitaba a nuestra izquierda y a la derecha la bahía brillaba bajo los rayos del sol naciente. No podía imaginar cómo conseguiríamos pasar por entre los guardianes, pero sabía que abandonaríamos la isla, pues tal era el destino de Nimue, y yo era el instrumento necesario para que se cumpliera, así que seguí caminando confiado en que los dioses resolverían el problema cuando llegáramos a la barrera postrera.

Seguí hasta el segundo muro, con su hilera de cráneos, y continué caminando hacia las verdes colinas de Dumnonia. Divisé a un lancero, cuya silueta resaltaba sobre la piedra lisa del último muro, y supuse que algunos guardias habían cruzado el canal al verme abandonar la isla. Otro grupo había tomado posiciones en la playa de guijarros para impedirme el paso a tierra firme. Me dije que si me veía obligado a matar, mataría. Era voluntad de los dioses, no mía, y Hywelbane infligiría heridas con la destreza y la fuerza de un dios.

Mas al llegar al tercer muro con mi ligera carga, las puertas de la vida y la muerte se abrieron para recibirme. En lugar de encontrarme al comandante de los guardas dispuesto a hacerme retroceder con su lanza herrumbrosa, tal como esperaba, bajo el negro dintel me aguardaban Galahad y Cavan con escudos de guerra en el brazo y las espadas desenvainadas.

—Os hemos seguido —dijo Galahad.

—Bedwin nos envió —añadió Cavan.

Cubrí el pelo a Nimue con la capucha de manera que mis amigos no percibieran

tanta degradación y ella se abrazó a mí como queriendo esconderse.

Galahad y Cavan habían traído a mis hombres, que se aprestaron a impulsar la barcaza con los remos y que en ese momento retenían a los guardianes de la isla a punta de lanza en la orilla opuesta del canal.

—Habríamos salido en vuestra busca en el día de hoy —dijo Galahad santiguándose inmediatamente con la mirada fija en el terraplén.

Luego me miró inquisitivamente, como sí temiera que la isla me hubiera cambiado.

—¡Cómo no adiviné que os encontraría aquí! —dije.

—Ciertamente —contestó, y había lágrimas en sus ojos, lágrimas de alegría.

Cruzamos el canal en la barcaza y llevé en brazos a Nimue por el camino de calaveras hasta la casa de festejos fúnebres, donde encontré a un hombre que cargaba de sal una carreta para llevarla a Dumnonia. Acosté a Nimue sobre la carga y seguí a pie la carreta que traqueteaba en dirección norte, hacia la ciudad. Había rescatado a Nimue de la isla de los Muertos y la devolvía a un país en guerra.

Llevé a Nimue a la granja de Gyllad, pero no a la casa grande sino a una choza de pastores abandonada, para estar los dos solos. Le di caldo y leche, no sin antes lavarle dos veces hasta el

último recoveco del cuerpo y, a continuación, el pelo. Seguidamente le deshice los enredos con un peine; algunos mechones estaban tan enmarañados que hube de cortárselos, pero logré desenredarlos casi todos. Con el pelo bien peinado y húmedo todavía, la despiojé utilizando el mismo peine y volví a lavarle la cabeza. Soportó el proceso como una criatura pequeña y obediente y, una vez limpia, la envolví en una gran manta de lana, aparté el caldo del fuego y la insté a tomarlo mientras me lavaba yo y emprendía la caza de los piojos que me habían saltado encima.

Cuando terminé ya era de noche, Nimue dormía profundamente en una cama de helechos recién cortados. Durmió la noche entera y por la mañana desayunó seis huevos que le preparé al fuego en una sartén. Volvió a dormirse y empecé a cortar un parche de cuero con tiras para que se lo ciñera a la cabeza. Una esclava de Gyllad trajo ropa y envié a Issa a la ciudad en busca de cuantas novedades pudiera recoger. Era un muchacho inteligente, de carácter abierto y amigable, con quien se sentían a gusto hasta los extranjeros, contándole cosas en torno a una mesa en la taberna.

—La mitad de la ciudad cree que la guerra ya está perdida, señor —me dijo al volver.

Nimue seguía durmiendo y nosotros charlábamos junto al arroyo que pasaba cerca de la choza.

—¿Y la otra mitad? —pregunte.

—Deseando que llegue Lughnasa, señor —contestó con una sonrisa pícar—. No piensan en lo que pueda ocurrir después. Pero la mitad que piensa en lo que pasará después es toda cristiana. —Escupió al riachuelo—. Dicen que Lughnasa es una festividad pagana y que el rey Gorfyddyd viene a castigarnos por nuestros pecados.

—En ese caso —dije—, más nos valdrá pecar cuanto podamos para merecer el castigo.

El muchacho rió.

—Algunos dicen que lord Arturo no se atreve a ausentarse por temor a que estalle una revuelta tan pronto como los soldados abandonen la ciudad.

—Quiere pasar la fiesta de Lughnasa con Ginebra —dije.

—¿Y quién no? —comentó Issa.

—¿Viste al orfebre?

—Sí. Dijo que tardaría no menos de dos semanas porque nunca lo ha hecho, pero que buscará un cadáver y le sacará un ojo para tomar la medida justa. Le dije que mejor buscara un cadáver de niño, porque la dama es menuda, ¿verdad? —Señaló

hacia la choza con la cabeza.

—¿Le dijiste que el ojo tenía que ser hueco? —Sí, señor.

—Bien hecho. Supongo que ahora querrás pecar y celebrar la Lughnasa, ¿no?

—Si, señor —dijo sonriendo.

La festividad de Lughnasa celebraba, en principio, la inminencia de la cosecha, pero los jóvenes siempre la entendieron como la fiesta de la fertilidad, y la juerga comenzaba esa noche,

la víspera del día señalado.

—Entonces, vete —le dije—; yo me quedo aquí.

Por la tarde le hice a Nimue la enramada propia de la fiesta, aunque dudaba de que fuera a apreciarla; de todos modos, quise hacérsela y junto al arroyo levanté un pequeño pabellón con ramas de sauce, dándoles forma de tejado como si de un refugio se tratara; luego entretejé en las ramas flores de aciano, amapolas, margaritas, dedaleras y largas franjas colgantes de convólvulos color de rosa. Casetas como la mía se estaban haciendo en ese momento por toda Britania para celebrar la fiesta y, a finales de la siguiente primavera, nacerían por doquier cientos de Lughnasa. Se consideraba la primavera una época favorable para nacer, porque los pequeños llegaban al mundo con el despertar de la abundancia estival, aunque la buena cosecha de las semillas plantadas ese año dependería de las batallas que habían de librarse después de la siega.

Nimue salió de la choza en el momento en que yo tejía la última dedalera en lo alto del pabellón.

—¿Ya es Lughnasa? —preguntó sorprendida.

—Mañana es la fiesta.

—Nunca me habían hecho la enramada —dijo, con una tímida sonrisa.

—Nunca lo quisiste.

—Ya lo sé —admitió, y se sentó a la sombra de las flores de tan buen grado que el corazón me dio un salto. Había encontrado el parche para el ojo y se había puesto un vestido de los que trajo la esclava de Gyllad; era un vestido de esclava, de vulgar paño marrón, pero le sentaba bien, como siempre que usaba prendas sencillas. Estaba pálida y delgada, pero limpia, y un ligero rubor le teñía las mejillas.

—No sé qué pasó con el ojo de oro —dijo contrita, tocándose el parche nuevo.

—Ya he encargado otro —dije, pero no le conté que había tenido que dejar en depósito al orfebre hasta mi última moneda. Pensé que necesitaba hacerme urgentemente con algún botín de guerra para reponer mi bolsa vacía.

—Tengo hambre —anunció, con un deje de su antigua picardía.

Eché unas ramas de abedul a la cazuela para que la sopa no se pegara, vertí después los últimos restos del caldo y lo puse al fuego. Tras apurar el plato, se despezó en el pabellón y se quedó mirando el arroyo. Unas burbujas delataron la

presencia de una nutria bajo el agua. Ya la había visto antes, era un animal viejo con el pellejo marcado por las peleas y los rasguños de las lanzas de los cazadores. Nimue siguió el rastro de las burbujas hasta que se perdió bajo un sauce caído, y entonces empezó a hablar.

Siempre le había gustado hablar, pero aquella tarde no había quien la parase. Me pidió que le contara las novedades y así lo hice, pero quería conocer hasta los menores detalles, siempre alguna cosa más, y los iba encajando con precisión obsesiva en su propio mapa mental, hasta que los sucesos del año anterior formaron un mosaico donde cada pequeño azulejo, insignificante en sí mismo, se convertía en parte de un todo intrincado y pleno de significado para ella. Mostró gran interés por Merlín y por el pergamino rescatado de la biblioteca destruida.

—¿No lo leíste? —me preguntó.

—No.

—Yo lo leeré —replicó con fervor.

—Creía que Merlin iría a rescatarte a la isla —dije abiertamente, tras un momento de vacilación; temía ofenderla por doble partida, primero por el reproche implícito a Merlín y segundo por hablar del único tema que ella había evitado, la isla de los Muertos; pero no le importó.

—Merlin da por sentado que sé cuidarme sola —contestó con una sonrisa—. Y sabe que te tengo a ti.

Ya había oscurecido y el arroyo se rizaba en ondas plateadas bajo la luna de Lughnasa. No me atrevía a formular las muchas preguntas que se me ocurrían, pero de pronto Nimue empezó a contestármelas sin más. Habló de la isla, o mejor dicho de la pequeña porción de su alma que nunca llegó a perder la conciencia de lo funesto de aquel lugar, mientras todo el resto de sí misma sucumbía al destino.

—Creía que la locura sería como la muerte —dijo—, y que no llegaría a encontrar más realidad que la demencia misma; pero existe otra realidad, y se percibe. Imagínate a un hombre que se contempla a sí mismo sin poder hacer nada; renunciaría a sí mismo. —Calló un momento, y al mirarla la vi llorar con su único ojo.

—Déjalo. —Yo renunciaba a saber más.

—Y a veces —prosiguió—, me sentaba en mi roca a contemplar el mar y comprendía que no estaba loca; me preguntaba por qué, qué propósito tenía todo aquello, y descubría que tenía que estar loca porque si no, todo era inútil, no serviría para nada.

—No sirvió para nada —repliqué furioso.

—¡Ay, Derfel! ¡Mi querido Derfel! Tu cabeza es como la piedra que cae de una montaña. —Sonrió—. El propósito es el mismo por el que Merlín encontró el pergamino de Caleddin. ¿No lo comprendes? Los dioses juegan con nosotros, pero si

nos abrimos, nos convertimos en parte del juego y dejamos de ser víctimas. ¡La locura encierra un propósito! Es un don de los dioses, y como todos sus dones, tiene un precio; pero yo ya lo he pagado. —Hablabo apasionadamente; de pronto tuve la necesidad imperiosa de bostezar e hice lo imposible por reprimirme pero no lo logré y aunque procuré disimularlo, Nimue me vio—. Necesitas dormir un poco —me dijo.

—¡No!

—¿Dormiste anoche?

—Un poco.

Había estado sentado a la puerta de la choza, en un duermevela acunado por el roer de los ratones en la techumbre.

—Pues ve a dormir ahora —me ordenó— y déjame aquí pensando.

Estaba tan cansado que a duras penas logré desvestirme, pero al fin me tumbé en la cama de helechos y caí como un muerto. Fue un sueño profundo y reparador como el descanso después de la batalla, cuando el espíritu se libera del mal dormir plagado de recuerdos horribles de lanzas y espadas que a punto estuvieron de dar en el blanco. Así dormí, y Nimue vino a verme por la noche; al principio creí que soñaba, pero me desperté sobresaltado y la encontré junto a mi, fría y desnuda.

—No pasa nada, Derfel —musitó—, duerme.

Y volví a dormirme abrazado a su delgado cuerpo.

Despertamos bajo el alba perfecta de Lughnasa. En mi vida hubo algunos momentos de pura dicha, y aquél fue uno. Supongo que en ciertas ocasiones la vida y el amor van de la mano, o bien los dioses quieren enloquecernos, y nada hay tan enloquecedor como la dulce embriaguez de Lughnasa. El sol brillaba, los rayos se filtraban entre las flores de la enramada donde yacimos en amoroso abrazo. Después jugamos como criaturas en el arroyo; quise imitar las burbujas de la nutria bajo el agua pero salí atragantado; Nimue se reía. Un martín pescador voló raudo entre los sauces como una mancha soñada de color intenso. En todo el día sólo vimos a dos personas, que pasaron a caballo por la otra orilla con halcones posados en las muñecas. Ellos no nos vieron, pero nosotros, tumbados en silencio, observamos a una de las aves de presa abatirse sobre una garza, y lo interpretamos como un buen presagio. Durante aquel día, único y perfecto, Nimue y yo fuimos amantes, aun sabiéndonos excluidos del segundo placer del amor, es decir, la certeza de un futuro de felicidad compartida igual a la que enciende la primera llama del amor. No había futuro para Nimue y para mi juntos; el suyo seguía las sendas de los dioses, cosa para la que no servían mis talentos.

Sin embargo la propia Nimue sintió la tentación de abandonar esos senderos. En el atardecer del día de Lughnasa, cuando la luz oblicua ensombrecía los árboles de las laderas occidentales, ella, acurrucada entre mis brazos bajo la enramada, habló de cuanto podría ser. Una casita, un poco de tierra, hijos y rebaños.



—Podríamos ir a Kernow —dijo soñadoramente—. Merlín siempre dice que es una tierra bendita y está muy lejos de sajones.

—Irlanda —respondí— está mucho más lejos.

Noté el movimiento negativo de su cabeza sobre mi pecho.

—Irlanda es tierra maldita.

—¿Por qué? —pregunté.

—Poseían los tesoros de Britania y los dejaron escapar.

No tenía ganas de hablar de los tesoros de Britania, ni de los dioses ni de nada que estropeará el momento.

—Pues entonces, a Kernow —cedí.

—Una casa pequeña —siguió, y enumeró los enseres necesarios para una casa tal: tarros, ollas, asadores, paños de aventar, tamices, baldes de tejo, rastrillos, guadañas, huso, devanadera, red salmonera, tonel, lar, cama. ¿Habría soñado con esas cosas en la fría y húmeda cueva de la isla, encima de la gran caldera?—. Sin sajones ni cristianos. ¿Qué te parecerían las islas del mar de poniente, las que están más allá de Kernow, Lyonesse, por ejemplo? —Pronunció el sonoro nombre con dulzura—. Vivir y amar en Lyonesse —añadió, y rompió a reír.

—¿De qué te ríes?

Quedóse tumbada en silencio y luego encogió los hombros.

—Lyonesse es para otra vida.

Con esa frase tajante rompió el encanto. Al menos para mí, porque me pareció oír la risa sardónica de Merlín entre la vegetación estival, así es que dejé morir el sueño y permanecí tumbado bajo la caricia de la luz oblicua.

Dos cisnes volaron hacia el norte, valle arriba, hacia la gran imagen fálica del dios Sucellos cincelada en la ladera de yeso, en el confín septentrional de la propiedad de Gyllad. Sansum había intentado destruir la imagen y Ginebra se lo impidió, mas no logró detener la construcción de una pequeña ermita al pie del monte. Mi intención era adquirir esa tierra algún día, no para trabajarla, sino para evitar que los cristianos sembraran hierba y destrozaran la imagen del dios.

—¿Dónde está Sansum? —preguntó Nimue.

Me había leído el pensamiento.

—Ahora es el guardián del Santo Espino.

—Así se pinche —dijo con ánimo vengativo. Deshizo el abrazo que nos unía y se sentó tapándose con la manta hasta el cuello—. ¿Y Gundleus celebra hoy su ceremonia de compromiso?

—Sí.

—No vivirá para disfrutar de su esposa —dijo, más por deseo que como profecía, me temo.

—Sí vivirá, si Arturo no logra vencer a su ejército.

Al día siguiente, las esperanzas de victoria parecían perdidas para siempre. Yo había empezado a hacer los preparativos para recoger la cosecha de Gyllad, afilando las hoces y clavando los mayales del trillo a los goznes de cuero, cuando llegó a Durnovaría un mensajero de Durocobrivis. Issa nos trajo noticias frescas de la ciudad, y eran nefastas. Aelle había roto la tregua.

La víspera de Lughnasa, un enjambre de sajones atacó la fortaleza de Gereint y asaltó las murallas. El príncipe Gereint murió y Durocobrivis cayó; Meriadoc de Stronggore, príncipe vasallo de Dumnonia, huyó, y los últimos restos de su reino pasaron a formar parte de Lloegyr. En esos momentos Arturo tendría que enfrentarse no sólo al ejército de Gorfyddy, sino también al huésped sajón. Dumnonía estaba condenada sin remedio.

—Los dioses no darán el juego por concluido tan fácilmente —comentó Nimue, burlándose de mi pesimismo.

—Pues más vale que nos llenen las arcas del tesoro —repliqué cortante—, porque no podemos vencer a Aelle y a Gorfyddy al mismo tiempo, lo cual significa que o compramos al sajón o morimos.

—Los espíritus mezquinos se preocupan del dinero —dijo Nimue.

—Pues agradece a los dioses que existan —contesté. A mi siempre me preocupaba el dinero.

—Hay oro en Dumnonía, sí eso es lo que necesitas —comentó Nimue como al descuido.

—¿El de Ginebra? —pregunté, negando con un gesto de la cabeza—. Arturo no lo tocaría por nada del mundo.

En aquel momento, nadie sabía a cuánto ascendía el valor del tesoro que Lanzarote había traído de Ynys Trebes, pero bastaría para comprar la paz con Aelle; no obstante, el rey de Benoic en el exilio lo mantenía convenientemente escondido.

—No me refiero al oro de Ginebra.

Me explicó dónde podríamos encontrar oro para satisfacer a la sanguijuela sajona y me maldijo por no haberlo pensado antes. Al menos teníamos una posibilidad, sólo una, siempre y cuando los dioses nos dieran tiempo y Aelle no exigiera un pago imposible. Consideré que los hombres de Aelle tardarían una semana en recobrase tras el saqueo de Durocobrivis, de modo que contábamos con una semana escasa para obrar el milagro.

Llevé a Nimue a presencia de Arturo. No habría idilio en Lyonesse, ni tamices, ni paños de aventar ni cama a orillas del mar. Merlín había partido hacia el norte para salvar Britania y Nimue tendría que poner en juego toda su sabiduría en el sur.

Partimos a comprar la paz con el sajón mientras atrás quedaban, marchitándose, las flores de Lughnasa, a la orilla de nuestro arroyo estival.

Arturo y su guardia marchaban hacia el norte por el Foie Way; sesenta hombres a

caballo, engualdrapados en cuero y hierro, iban a la guerra, y con ellos, cincuenta lanceros, seis míos y los demás al mando de Lanval, el otrora comandante de la guardia de Ginebra, cuyo puesto y misión habían sido usurpados por Lanzarote, rey de Benoic, que ya se había convertido en senescal de la aristocracia afincada en Durnovaria. Hallábase Galahad camino del norte, hacia Gwent, con el resto de mis hombres; la traición de Aelle nos había colocado en situación tan perentoria que hubimos de partir todos antes de la cosecha sin posibilidad de elección. Salí con Arturo y Nimue, pues ésta se había empeñado en acompañarme a pesar de no estar todavía bien recuperada; pero por nada habría renunciado a la guerra que estaba a punto de comenzar. Partimos dos días después de Lughnasa y, tal vez como portentoso anuncio de lo que había de suceder, el cielo se cubrió de negros nubarrones cargados de lluvia.

Los hombres a caballo, junto con los mozos, las mulas de carga y los lanceros de Lanval, aguardaban en el Fosse Way cuando Arturo cruzó el puente de tierra hacia Ynys Wydryn.

Nimue y yo lo acompañábamos con mis seis lanceros como única escolta. Me pareció curioso hallarme de nuevo al pie de la alta roca del Tor, donde Gwlyddyn había reconstruido la casa de Merlín, idéntica al día en que Nimue y yo la abandonamos huyendo de la masacre de Gundleus. También la torre había sido levantada de nuevo, y me pregunté si sería una estancia para soñar, como la anterior, a la que llegaron los susurros de los dioses despertando ecos en la mente del mago dormido.

Pero nuestra misión no estaba en el Tor, sino en la ermita del Santo Espino. Cinco de mis hombres quedaron a las puertas y Arturo, Nimue y yo entramos en el recinto vallado. Nimue se

cubrió la cabeza con la capucha ocultando así el rostro y el parche de cuero que llevaba sobre el ojo. Sansum salió presuroso a recibirnos; parecía encontrarse en muy buena condición, habida cuenta de su anterior caída en desgracia por provocar una malhadada revuelta en Durnovaria. Estaba más gordo de lo que yo recordaba y vestía una sotana negra nueva y una capelina ricamente bordada con cruces doradas y espinos plateados que le cubría casi la mitad de la vestidura negra. Sobre el pecho lucía una cruz de oro macizo, que pendía de una gruesa cadena del mismo metal, y una torques de oro le ceñía el cuello. Nos obsequió con una mueca que pretendía pasar por sonrisa en su cara de ratón, enmarcada por el hirsuto cepillo de pelo que rodeaba la tonsura.

—¡Cuánto honor para nosotros! —exclamó, abriendo los brazos en gesto de bienvenida—. ¡Cuánto honor! ¿Acaso podría albergar la esperanza, lord Arturo, de que vinierais a adorar al altísimo? ¡Ved ahí el Santo Espino, recordatorio vivo de las espinas con que fue coronado para redimir nuestros pecados con su calvario!—.

Señaló el mustio arbolillo de tristes hojas. Un grupo de peregrinos congregados en torno al arbusto había cubierto las raquílicas ramas de ofrendas votivas. Al vernos se retiraron, sin percatarse de que el harapiento muchacho campesino que oraba con ellos era de los nuestros. Se trataba de Issa, a quien yo había enviado por delante con unas monedas para la ermita—. ¿Un poco de vino, tal vez? —nos ofreció Sansum—. ¿Y comida?

Comimos salmón frío, pan fresco y hasta unas fresas.

—Vives bien, Sansum —le dijo Arturo mirando hacia la ermita.

El santuario había crecido desde la última vez que estuviera en Ynys Wydryn. La iglesia de piedra había sido ampliada y habían levantado dos dependencias nuevas, un dormitorio para los monjes y una casa para Sansum. Ambos edificios eran de piedra con techumbre de tejas, recogidas en las villas romanas.

Sansum levantó la mirada hacia los amenazadores nubarrones.

—No somos sino humildes servidores de nuestro Dios, señor, y a su gracia y providencia debemos nuestra vida en la tierra. Espero que vuestra estimada esposa se encuentre bien.

—Muy bien, gracias.

—Esas nuevas nos regocijan, señor —mintió Sansum—. Y nuestro rey, ¿también goza de buena salud?

—El chico va creciendo, Sansum.

—En la auténtica fe, espero. —Sansum reculaba a medida que nosotros avanzábamos—. Así pues, señor, ¿qué os trae a nuestro modesto refugio?

—La necesidad, obispo, la necesidad —respondió Arturo con una sonrisa.

—¿De gracia divina? —inquirió Sansum.

—De dinero.

—¿Buscaría pescado un hombre en lo alto de una montaña? —exclamó Sansum alzando los brazos—. ¿Acudiría al desierto para aplacar la sed? ¿Por qué venís a nos, lord Arturo? Esta comunidad hace voto de pobreza y las escasas migajas que el Señor derrama sobre nuestro regazo las repartimos entre los pobres.

Unió las manos en un gesto expresivo.

—En ese caso, querido Sansum —contestó Arturo—, vengo a comprobar si observas el voto de pobreza. La guerra se recrudece y hace falta dinero, el arca del tesoro está vacía y tendréis el honor de hacer un préstamo a tu rey.

Nimue, que caminaba humildemente detrás de nosotros como una sirvienta acobardada, había hecho recordar a Arturo las riquezas que la iglesia poseía. ¡Cuánto debía de estar disfrutando con el desasosiego de Sansum!

—La iglesia quedó eximida de préstamos forzosos —contestó Sansum bruscamente, haciendo hincapié en las últimas palabras—. El rey supremo Uter, que en paz descansa, eximió a la iglesia de tales exacciones, y eximió también, para gran

vergüenza y pecado, a los templos paganos.

Hizo la señal de la cruz.

—El consejo del rey Mordred —replicó Arturo— ha abolido la exención, y de todos es sabido que tu templo, obispo, es el más rico de Dumnonia.

Sansum elevó otra vez los ojos al cielo.

—Si poseyéramos una sola moneda de oro, señor, con gran placer os la entregaríamos en el acto a título de presente. Pero somos pobres. Subid allá a buscar lo que necesitáis —añadió señalando al Tor—. Los paganos que allá vive llevan siglos acumulando oro infiel.

—El Tor —tercié friamente— fue saqueado por Gundleus tras el asesinato de Norwenna. El poco oro que allí había, y era muy poco, fue robado.

—Eres Derfel, ¿no es así? —preguntó Sansum fingiendo que acababa de reconocerme—. Eso me ha parecido. ¡Bienvenido a casa, Derfel!

—Lord Derfel —puntualizó Arturo.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó Sansum abriendo mucho los ojos—. ¡Alabado sea! Ascendéis en la vida, lord Derfel. ¡Me regocija en extremo! Yo, un humilde sacerdote, podré jactarme ahora de haberos conocido cuando no erais sino un vulgar lancero. ¡Ahora sois lord! ¡Cuánta bendición, Señor! ¡Y cuánto nos honráis con vuestra visita! Pero hasta vos sabréis, mi querido lord Derfel, que cuando el rey Gundleus saqueó el Tor, también expolió a estos pobres monjes. ¡Ay, Señor! ¡Cuánto mal hizo aquí! La capilla sufrió por Cristo y no se ha recuperado.

—Gundleus fue primero al Tor —repliqué—. Lo sé porque me hallaba presente. De ese modo, los monjes de aquí tuvieron tiempo de esconder sus tesoros.

—¡Qué fantasías imagináis los paganos sobre nosotros los cristianos! ¿Aún creéis que comemos niños pequeños en nuestros banquetes de amor? —preguntó riéndose.

—Querido obispo Sansum —le cortó Arturo, suspirando—, sé que mi petición resulta onerosa. Sé que tienes la misión de preservar las riquezas de tu iglesia para que crezca y refleje la gloria de Dios. Todo eso lo sé, pero también sé que si no disponemos de dinero para luchar contra nuestros enemigos, llegarán hasta aquí y la iglesia desaparecerá, y también el Santo Espino, y del obispo de la capilla —hundió un dedo a Sansum entre las costillas— no quedarán sino huesos mondos para los cuervos.

—Otras formas hay de proteger nuestras puertas frente al enemigo —dijo Sansum, insinuando con poco tacto que Arturo era la causa de la guerra y que si abandonara Dumnonia, Gorfyddydd quedaría satisfecho.

Arturo, lejos de ofenderse, limitóse a sonreír.

—Dumnonia necesita tus riquezas, obispo.

—Desdichadamente, no poseemos riqueza alguna —insistió, persignándose—. A Dios pongo por testigo, lord Arturo, de que nada poseemos.

Me acerqué al espino.

—Los monjes de Ivinium —dije, refiriéndome al monasterio situado a unas millas hacia el sur— son mejores jardineros que vos, obispo. —Desenvainé a Hywelbane y clavé la punta en la tierra, junto al triste arbolito—. Sería aconsejable trasplantar este espino sagrado y confiárselo al cuidado de la comunidad de Ivinium. Seguro que los monjes pagarían generosamente por tal privilegio.

—¡Y el espino estaría a salvo de los sajones! —añadió Arturo, muy inspirado—. Seguro que apruebas nuestra idea, obispo.

—Los monjes de Ivinium son unos ignorantes, señor —alegó Sansum agitando los brazos desesperadamente—, no saben sino musitar plegarias. Si sus señorías se dignan esperar en la iglesia, tal vez logre recoger algunas monedas para la causa.

—Adelante —dijo Arturo.

Nos condujeron a los tres al interior de la iglesia. Era un edificio sencillo con suelo de piedra, paredes de sillares y techo de vigas; un recinto oscuro, pues sólo unos pocos rayos de sol lograban colarse por las altas y estrechas ventanas donde los gorriones alborotaban y crecían algunos alhelíes. Al fondo de la nave había una mesa de piedra con un crucifijo. Nimue, que se había retirado la capucha de la cabeza, escupió al crucifijo; Arturo se acercó a la mesa y se sentó en el borde.

—No hago esto por placer, Derfel —me dijo.

—¿Qué placer podría hallarse en ello, señor?

—No conviene ofender a los dioses —respondió Arturo desanimado.

—Al parecer —terció Nimue desdeñosamente— este dios todo lo perdona. Más vale ofender a éste que a otro cualquiera.

Arturo sonrió. No llevaba más que un jubón, calzas, botas, la capa y a Excalibur; iba desprovisto de joyas y armadura pero exhalaba una autoridad indiscutible y, en esos momentos, un malestar evidente. Se quedó en silencio un momento y luego me miró. Nímue curioseaba en las pequeñas habitaciones del fondo de la iglesia, de modo que Arturo y yo estábamos solos.

—Tal vez si me fuera de Britania... —dijo.

—¿Y dejar Dumnonia en manos de Gorfyddyd?

—Con el tiempo Gorfyddyd colocaría a Mordred en el trono, y eso es lo único que importa.

—¿Eso dice él?

—Eso dice.

—¿Y qué otra cosa podría decir? —repliqué, consternado porque a mi señor se le pasara por la cabeza la idea del destierro—. Lo cierto es —añadí forzosamente— que Mordred sería vasallo de Gorfyddyd. ¿Por qué habría de colocarlo en el trono, en ese caso? ¿Por qué no poner en nuestro trono a un familiar suyo? Por ejemplo, a su hijo Cuneglas.

—Cuneglas es hombre de honor.

—Cuneglas hará cuanto le ordene su padre —contesté con sarcasmo—, y Gorfyddyd quiere ser rey supremo, lo cual significa que no querrá rivalizar con el heredero del anterior rey supremo. Por otra parte, ¿creéis que los druidas de Gorfyddyd dejarían reinar a una criatura tullida? Si os vais, mi señor, los días de Mordred están contados.

Arturo no respondió. Permaneció sentado con las manos en el borde de la mesa y la cabeza gacha, mirando al suelo. Sabía que yo tenía razón, de la misma forma que yo sabía que sólo él, de entre todos los señores de la guerra britanos, luchaba por Mordred. Los demás reinos no pretendían sino colocar en el trono de Dumnonia a uno de los suyos, y Ginebra en particular deseaba ver a Arturo en el codiciado trono.

—¿Acaso Ginebra...? —dijo mirándome.

—Sí —le interrumpí secamente, suponiendo que se refería a la ambición de Ginebra de coronarlo a él rey de Dumnonia; pero en realidad él pensaba en otra cosa muy distinta.

Se bajó de la mesa y empezó a dar cortos paseos de acá para allá.

—Comprendo tus sentimientos hacia Lanzarote —dijo, y me tomó por sorpresa—, pero considera lo que voy a decirte. Supón que hubieras sido rey de Benoic y que hubieras confiado en mi para salvar tu reino; sabes bien que yo había jurado defenderlo, y supón que yo no cumpliera mi palabra y Benoic quedara destruida. ¿Acaso no te invadiría la amargura? ¿No desconfiarías de todo y de todos? El rey Lanzarote ha sufrido grandemente, ¡y yo podía haberlo evitado! Quiero, si es que lo consigo, resarcírle de sus pérdidas. No puedo devolverle Benoic, pero tal vez podría entregarle otro reino.

—¿Cuál?

Sonrí con malicia. Tenía un plan trazado de principio a fin y disfrutaba sobremanera revelándomelo.

—Siluria —prosiguió—. Supongamos que derrotamos a Gorfyddyd y, con él, a Gundleus. Gundleus no tiene heredero, Derfel, de modo que si matamos a Gorfyddyd, queda un trono vacante. Nosotros tenemos un rey sin trono y ellos tienen un trono sin rey. Y lo que es mejor, ¡nuestro rey no está casado! Si ofrecemos a Lanzarote como esposo de Ceinwyn, Gorfyddyd tendrá una hija reina y nosotros, un amigo en el trono. ¡La paz, Derfel! —Hablaba con el mismo entusiasmo de antaño, construyendo con palabras una visión maravillosa—. ¡La alianza! El matrimonio de unión que no llegué a hacer, pero que sería posible ahora. ¡Lanzarote y Ceinwyn! Para conseguirlo tan sólo hemos de matar a un hombre, a uno sólo.

Uno y todos los que hubieran de morir en la batalla, pensé, aunque no dije nada. Nos llegó el retumbar de un trueno desde el norte. Pensé que el dios Taranis nos vigilaba y deseé que se pusiera de nuestra parte. El cielo que asomaba por las

diminutas ventanas era negro como la noche.

—¿Qué opinas? —me preguntó Arturo.

No había contestado porque la boda entre Ceinwyn y Lanzarote me parecía un pensamiento tan amargo que no me fiaba de mi propio criterio, y hube de obligarme a decir algo apropiado.

—Antes tenemos que comprar a los sajones y vencer a Gorfyddyd —dije agriamente.

—¿Y en caso de conseguirlo? —insistió con impaciencia, como si mis objeciones fueran obstáculos sin importancia.

Me encogí de hombros dando a entender que no era yo quién para opinar sobre un matrimonio de alianza.

—Lanzarote lo aprueba —prosiguió Arturo—, y también su madre. A Ginebra le parece bien, naturalmente, pues a ella se debe la idea de unir a Ceinwyn con Lanzarote. ¡Qué mujer tan inteligente! ¡Qué inteligente! —Sonrió, como siempre que pensaba en su esposa.

—Pero ni siquiera vuestra esposa, por inteligente que sea —ose decir—, puede imponer iniciados para los misterios de Mitra.

Arturo sacudió la cabeza bruscamente como si le hubiera golpeado.

—¡Mitra! —dijo furioso—. ¿Por qué no puede ser iniciado Lanzarote?

—Porque es cobarde —repliqué con desprecio, incapaz de ocultar la rabia por más tiempo.

—Boores afirma lo contrario, y varios hombres más —contestó Arturo en tono desafiante.

—Preguntad a Galahad o a vuestro primo Culhwch.

La lluvia repiqueteó de pronto en el tejado y al cabo de un momento empezaron a caer gotas por el antepecho de las altas ventanas. Nimue apareció en el arco de la puerta que había junto a la mesa de piedra y volvió a cubrirse con la capucha.

—Si Lanzarote da prueba de valor, ¿accederás? —me preguntó Arturo al cabo.

—Si Lanzarote da muestras de ser un guerrero, señor, accederé. Pero creía que en estos momentos era guardián de vuestro palacio.

—Su deseo es permanecer al mando de Durnovaría solo en tanto sana su mano herida —dijo Arturo—, pero si lucha, ¿lo aceptarás para los misterios de Mitra, Derfel?

—Si lucha bien, sí —prometí de mala gana.

Tenía la seguridad de que no habría de cumplir esa promesa.

—Bien —respondió Arturo, satisfecho como siempre de haber encontrado la fórmula del acuerdo.

Después se volvió hacia la puerta, que acababa de abrirse con un golpe, empujada por una corriente de aire preñado de lluvia y por la mano de Sansum, que entró



corriendo seguido de dos monjes. Éstos llevaban sendas bolsas de cuero, muy pequeñas.

Sansum avanzó por el pasillo sacudiéndose el agua de las ropas.

—Hemos buscado y rebuscado, señor —dijo sin aliento—, lo hemos revuelto todo y hemos reunido las escasas riquezas que posee nuestra mísera casa, tesoros que ahora depositamos a vuestros pies humildemente, mal que nos pese. —Hizo un gesto de resignación con la cabeza—. A consecuencia de nuestra generosidad padeceremos hambre toda la estación, pero donde manda espada, nosotros, humildes siervos del Señor, nos vemos obligados a obedecer.

Los monjes vaciaron las dos bolsas de cuero sobre las piedras del suelo. Una moneda rodó hasta que la detuvo con el pie.

—¡Oro del emperador Adriano! —dijo Sansum, refiriéndose a la moneda.

La recogió. Era un sestercio de cobre con el busto del emperador Adriano en una cara y una imagen de Britania, con el tridente y el escudo, en la otra. Dobló la moneda con dos dedos y se la arrojó a Sansum.

—Oro falso, obispo —le dije.

El resto no era mejor. Había unas cuantas monedas gastadas, de cobre en su mayoría, y algunas de plata, lingotes de hierro de los que circulaban a modo de moneda de cambio, un broche de oro bajo y unos cuantos eslabones finos de una cadena rota. En total, no valdría más de doce monedas de oro.

—¿Esto es todo? —preguntó Arturo.

—¡Repartimos con los pobres, señor! —arguyó Sansum—. Aunque, si vuestra necesidad es tan perentoria, podría añadir esto. —Enseñó la cruz de oro que llevaba sobre el pecho. La cruz maciza y la gruesa cadena debían de valer unas cuarenta o cincuenta monedas de oro, y el obispo se las ofreció a Arturo con reticencia—. ¿Puedo considerarlo un préstamo personal para vuestra guerra, señor? —dijo.

Cuando Arturo iba a tomar los dos objetos, el obispo retiró la mano bruscamente.

—Señor —dijo, bajando la voz de modo que sólo Arturo le oyera—. El año pasado fui víctima de un trato injusto. Por el préstamo de esta cadena —dijo retorciéndola para que los eslabones entrechocaran y tintinearan— pediría que el nombramiento de capellán personal del rey Mordred sea llevado a efecto. Mi sitio está junto al rey, señor, no aquí, en estas marismas pestilentes.

Antes de que Arturo tuviera tiempo de responder, se abrió de nuevo la puerta de la iglesia; Issa, empapado hasta los huesos, entró en el recinto arrastrando los pies. Sansum se volvió furioso hacia el recién llegado.

—¡La iglesia no está abierta a los peregrinos! —lo amonestó el obispo a voces—. Cada servicio tiene su hora. ¡Sal inmediatamente! ¡Fuera!

Issa se retiró el pelo mojado de la cara, sonrió con malicia y se dirigió a mí.

—Al lado del estanque, detrás de la casa grande, esconden todas las ofrendas,

señor, bajo una pila de piedras. He visto que guardaban allí las de hoy.

Arturo quitó a Sansum la cadena de las manos.

—Quédate con estos tesoros —le dijo, señalando la mísera colección de objetos desparramada por el suelo— para dar de comer a tu mísera casa durante el invierno, obispo. Y conserva la torques como recordatorio de que tu cuello está en mis manos.

Se dirigió hacia la puerta.

—¡Señor! —protestó Sansum—. Os ruego que...

—Ruega —interrumpióle Nimue al tiempo que se descubría la cabeza—. Ruega, perro. —Se giró hacia el crucifijo y escupió; escupió también en el suelo y luego en dirección a Sansum—. Ruega, basura —remato.

—¡Dios nos asista! —Sansum palideció al ver al enemigo. Retrocedió santiguándose dos veces. Durante un momento pareció que el terror lo privara hasta del habla. Debía de dar a Nimue por perdida para siempre en la isla de los Muertos, pero ahí la tenía, escupiendo triunfante. Santiguóse una vez más y dirigióse a Arturo—. ¡Osáis traer a una bruja a la casa de Dios! —exclamó a voz en grito—. ¡Sacrilegio! ¡Dulce Jesús mio! —Cayó de rodillas y levantó los ojos hacia las vigas—. ¡Enviadnos fuego desde el cielo! ¡Enviadnos el fuego divino en este momento!

Arturo no le prestó la menor atención y salió bajo la lluvia torrencial que empapaba las cintas votivas colgadas del Santo Espino.

—Di al resto de los lanceros que entren —ordenó Arturo a Issa.

Mis hombres, apostados en el exterior en previsión de que Sansum tratara de esconder algún tesoro fuera de la muralla, entraron y apartaron a los desesperados monjes del montículo de piedras donde escondían su tesoro. Algunos cayeron de rodillas al suelo al ver a Nimue, pues la conocían.

Sansum salió corriendo de la iglesia, se arrojó sobre las piedras y declaró trágicamente que defendería el dinero de Dios con su vida. Arturo movió la cabeza abatido.

—¿Seguro que estáis dispuesto a realizar tamaño sacrificio, lord obispo?

—¡Dulce Jesús mio! —aulló Sansum—. ¡Ante vos se presenta vuestro siervo, sacrificado por hombres perversos y por una inmunda bruja! Tan sólo obedecí vuestra palabra. Acogedme, Señor. ¡Acoged a vuestro humilde siervo! —Después lanzó un grito creyendo que iba a morir, pero eran sólo las manos de Issa que, agarrándolo por el pescuezo y por las faldas de la sotana se lo llevó con cuidado hasta el estanque, donde lo dejó caer en las aguas lodosas y poco profundas—. ¡Me ahogo, Señor! —gritó aun—. ¡Arrojado a las procelosas aguas como Jonás en el océano! ¡Soy mártir por Cristo! ¡Sufro martirio como Pablo y Pedro, Señor voy hacia vos!

Surgieron unas burbujas a modo de punto final, pero ninguno de los que acompañaban a su dios dio señales de vida, y poco a poco salió por sus propios medios de las cenagosas aguas y empezó a escupir a mis hombres, que retiraban

afanosamente las piedras del montículo.

Bajo las piedras había una trampilla de tablones, y al levantarla descubrimos una cisterna de piedra rebosante de sacas de cuero que contenían oro. Gruesas monedas, cadenas, estatuas, torques, broches, brazaletes, alfileres, todo de oro, riquezas aportadas por centenares de peregrinos que acudían a recibir la bendición del Santo Espino. Arturo pidió a un monje que contara y pesara el metal precioso para extender el recibo correspondiente al monasterio. Encomendó a mis hombres la supervisión del recuento y se llevó a Sansum, empapado y quejumbroso, a la vera del Santo Espino.

—Antes de entrometeros en asuntos de reyes, lord obispo, debéis aprender a cuidar los espinos adecuadamente —le dijo—. No se os devolverá la capellanía del rey, sino que permaneceréis aquí para aprender agricultura.

—El próximo que plantéis, cubridlo con un mantillo —le aconsejé— y mantened la raíz húmeda hasta que arraigue. No lo trasplantéis cuando esté en flor, obispo, porque a los espinos no les gusta. Ése ha sido el error cometido con los últimos que habéis plantado aquí; los habéis arrancado del bosque en mala época. Trasplantadlo en invierno y cavad un agujero profundo, cubridlo con abono y mantillo y obraréis un verdadero milagro.

—¡Perdonadlos, Señor! —dijo Sansum, postrándose de hinojos con la mirada elevada hacia el húmedo cielo.

Arturo quería visitar el Tor, aunque primero pasó por la tumba de Norwenna, convertida ya en lugar de veneración entre los cristianos.

—Fue una mujer maltratada —comentó Arturo.

—Como todas las mujeres —dijo Nimue.

Nos había seguido hasta la sepultura, situada cerca del Santo Espino.

—No —se ratificó Arturo—. Son muchos los que sufren malos tratos, y siempre las mujeres más que los hombres. Pero ésta fue una verdadera víctima y aún no la hemos vengado.

—Ocasión tuvisteis —le reconvino Nimue ásperamente—, pero dejasteis vivir a Gundleus.

—Porque tenía esperanzas de paz —replicó Arturo—; la próxima vez, morirá.

—Vuestra esposa —le recordó— prometió que sería para mi.

Arturo se estremeció, pues sabía la crueldad que había tras las palabras de Nimue; no obstante, asintió.

—Sí, tuyo es —dijo—, yo lo prometí.

Se volvió y nos condujo a los dos por entre la lluvia hacia la cumbre del Tor. Nimue y yo nos volvíamos a casa, pero él iba a ver a Morgana.

Abrazó a su hermana en el salón. La máscara dorada de Morgana despedía un brillo mortecino a la luz del día tormentoso; alrededor del cuello llevaba las garras de

oso engarzadas en oro que Arturo le trajera de Benoic hacía ya mucho tiempo. Ella lo abrazó largamente, muy necesitada de afecto, y los dejó a solas.

Nimue, como si no hubiera salido nunca del Tor, desapareció por la pequeña puerta que llevaba a las habitaciones de Merlín, recién reconstruidas. Yo eché a correr bajo la lluvia hasta llegar a la cabaña de Gudovan. Encontré al anciano escribano sentado a su pupitre pero sin trabajar, pues estaba cegado por las cataratas, aunque aún distinguía la luz de las tinieblas, según dijo.

—Ahora es casi de noche —comentó con tristeza, y luego sonrió—. Supongo que serás muy mayor para darte un capón, Derfel.

—Intentadlo, Gudovan, pero ya no servirá de nada.

—¿Sirvió de algo alguna vez? —preguntó medio riéndose—. Merlín me contó cosas de ti la semana pasada, cuando pasó por aquí. No se quedó mucho tiempo. Llegó, habló con nosotros, dejó otro gato, como sí no tuviéramos bastantes ya, y se marchó. No se quedó ni a pasar la noche, ¡tanta prisa tenía!

—¿Sabéis adónde fue?

—No nos lo dijo, pero ¿dónde crees tú que iría? —preguntó Gudovan con algo de su antigua aspereza—. Tras Nimue. Al menos es lo que me imagino yo, aunque nunca entenderé qué es lo que le empuja a ir tras de esa jovencita tan tonta. ¡Tendría que tomar una esclava! —Hizo una pausa, y de pronto temí que rompiera a llorar—. ¿Sabes que Sebile murió? —prosiguió—. Pobre mujer. ¡La mataron, Derfel! ¡La mataron! Le cortaron la garganta. Nadie sabe quién fue; algún viajero, supongo. Este mundo está desquiciado, Derfel, perdido sin remisión. —Se quedó un momento como ido y luego recuperó otra vez el hilo de sus pensamientos—. Merlín tendría que tomar a una esclava. Las esclavas bien dispuestas no tienen nada de malo, y la ciudad está llena de muchachas que sabrían agradecer una moneda pequeña. Yo voy a la casa que hay junto al antiguo taller de Gwlyddyn; allí vive una mujer bonita, aunque últimamente charlamos más que retozar en el lecho. Me hago viejo, Derfel.

—Pues no lo parece, y Merlín no ha ido tras Nimue. Nimue está aquí.

Estalló otro trueno y Gudovan, a tientas, encontró un trozo de hierro y lo acarició para protegerse del diablo.

—¿Nimue está aquí? —preguntó asombrado—. ¡Nos dijeron que estaba en la isla! —Volvió a tocar el trozo de hierro.

—Estuvo en la isla, si —respondí sin más—, pero ya no lo esta.

—Nimue... —repitió incrédulo—. ¿Se queda?

—No; partimos todos hacia el este hoy mismo.

—¿Y nos dejáis solos? —preguntó pesaroso—. Echo de menos a Hywel.

—Yo también.

—Los tiempos cambian, Derfel —suspiró—. El Tor ya no es lo que era. Todos hemos envejecido, no quedan niños. También echo de menos a los niños, y el pobre

Druidan no tiene tras quien afanarse. Pelinor aúlla al vacío y Morgana está amargada.

—¿No lo ha estado siempre? —pregunté sin darle importancia.

—Ha perdido su poder —me dijo—; no me refiero al poder de interpretar los sueños ni al de curar sino al que tenía cuando Merlín estaba aquí y Uter reinaba. Eso la amarga, Derfel, y también tu Nimue. —Hizo una pausa para pensar—. Se enfureció mucho, sobre todo cuando Ginebra mandó a buscarla para que se enfrentara a Sansum cuando lo de la iglesia de Durnovaría. Morgana cree que tendría que haberla requerido a ella pero, según cuentan, lady Ginebra se rodea sólo de belleza, con lo cual ¿dónde queda Morgana? —Chasqueó la lengua en respuesta a su propia pregunta—. Con todo, sigue siendo fuerte, y ambiciosa como su hermano, de modo que no se quedará aquí escuchando los sueños de los campesinos y moliendo hierbas para curar fiebres lácteas. ¡Se aburre! El tedio la abrumba hasta el extremo de que juega a los dados con ese perverso obispo Sansum del santuario. ¿Por qué lo enviaron a Ynys Wydryn?

—Porque en Durnovaría no lo querían. ¿Es cierto que viene aquí a jugar con Morgana?

Gudovan asintió.

—Dice el obispo que necesita tratar con algún ser inteligente y que ella es la mejor dotada de Ynys Wydryn; me atrevo a decir que no le falta razón. Le predica, claro, tonterías sin fin acerca de una virgen que da a luz a un dios al cual crucifican después, pero Morgana se limita a dejar que las palabras le resbalen por la máscara. Al menos eso espero. —Hizo una pausa y bebió un trago del cuerno de hidromiel, donde se debatía una avispa a punto de ahogarse. Cuando dejó el cuerno, cacé a la avispa y la aplasté encima del pupitre—. El cristianismo tiene cada vez más adeptos, Derfel —prosiguió al cabo—. Hasta la mujer de Gwlyddyn, esa mujer tan bonita, Ralla, se ha convertido, y seguramente la seguirán Gwlyddyn y sus dos hijos. No me importa, pero ¿por qué tienen que cantar tanto?

—¿No os gusta cantar? —bromeé.

—¡Nadie disfruta como yo con una buena canción! —replicó muy serio—. La canción de guerra de Uter o el canto de la muerte de Taranis. Eso sí que son canciones, y no esas quejas y esos lamentos por ser pecadores y necesitar la gracia. —Suspiró y movió la cabeza negativamente—. ¿Es cierto que estuviste en Ynys Trebes?

Le conté la caída de la ciudad. Me pareció un relato apropiado, allí sentados, con la lluvia cayendo sobre los campos y la amenaza que se cernía sobre toda Dumnonia. Cuando termine, Gudovan se quedó mirando hacia la puerta, sin ver, mudo. Me dio la impresión de que se había dormido, pero al levantarme del asiento, me indicó que me sentara otra vez.

—¿Pintan tan mal las cosas como dice el obispo Sansum? —me preguntó.

—Pintan mal, amigo mio —admití.

—Cuéntame.

Le conté que los irlandeses y los guerreros de Cornualles hacían incursiones por el oeste, donde Cadwy seguía fingiendo gobernar un reino independiente. Tristán hacía lo posible por contener a los soldados de su padre, pero el rey Mark no podía resistir la tentación de enriquecer su pobre reino a costa de robar a la debilitada Dumnonia. También le hablé de la tregua rota por los sajones de Aelle y de que el mayor peligro seguía siendo el ejército de Gorfyddyd.

—Ha reunido a los hombres de Elmet, de Powys y de Siluria, y tan pronto como se termine la cosecha, los conducirá hacia el sur.

—¿Y Aelle no lucha contra Gorfyddyd? —preguntó el viejo escribano.

—Gorfyddyd ha comprado a Aelle.

—¿Y vencerá Gorfyddyd? —me pregunto.

—No —dije, tras una larga pausa, y no porque fuera la verdad sino porque no deseaba aumentar las preocupaciones de mi viejo amigo con la idea de que su último atisbo en esta vida pudiera ser el destello de la espada de un guerrero blandiéndose sobre sus ojos ciegos—. Arturo se enfrentará a él —dije—, y Arturo todavía no ha sido vencido.

—¿Tú también te enfrentarás a ellos?

—Es mi oficio ahora, Gudovan.

—Habrías sido un buen escribano —dijo con melancolía—, una profesión honorable y útil, aunque no nos nombren lores por ello. —Había dado por supuesto que él ignoraba el honor que me habían concedido y de pronto me avergoncé por sentirme tan orgulloso de ello. Gudovan buscó el cuerno y tomó otro trago—. Si ves a Merlín —me dijo—, dile que vuelva. El Tor es una tumba sin él.

—Se lo diré.

—Adiós, lord Derfel —se despidió.

Comprendí que Gudovan sabía que nunca volveríamos a vernos en este mundo. Quise darle un abrazo, pero me alejó con un gesto por temor a que le traicionara la emoción.

Arturo esperaba en la puerta de mar; contemplamos las marismas que se extendían hacia poniente, sobre las que se abatían densas cortinas de lluvia gris.

—Esta agua es mala para la cosecha —comentó lúgubrementemente.

Los relámpagos rasgaban el cielo sobre el mar Severn.

—Cuando Uter murió, estalló una tormenta semejante a ésta —dije.

Arturo se arropó en el manto.

—Si el hijo de Uter viviera... —dijo, pero enmudeció antes de formular el pensamiento completo.

Estaba de un humor sombrío y triste, como el tiempo.

—El hijo de Uter no habría podido enfrentarse a Gorfyddyd, señor —dije—, ni a Aalle.

—Ni a Cadwy —añadió con amargura— ni a Cedric. Son muchos enemigos, Derfel.

—Entonces alegraos, porque vos tenéis amigos, señor.

Aceptó la verdad con una sonrisa y luego volvió la mirada hacia el norte.

—Me preocupa uno de esos amigos —dijo en voz baja—. Temo que Tewdric no quiera ir a la guerra. Esta ahíto de guerras, y no le culpo. Gwent ha sufrido harto más que Dumnonia. —Me miro con lágrimas en los ojos, o tal vez sólo fueran gotas de lluvia—. Yo quería hacer cosas tan grandes, Derfel, tan grandes. Pero al final, el traidor he sido yo, ¿no es así?

—No, señor —dije con firmeza.

—Los amigos deben decir la verdad —me reconvinó amablemente.

—Vos necesitabais a Ginebra —dije, cohibido de hablar de semejante modo—, y estabais destinado a ella, porque si no, ¿para qué la habrían enviado los dioses al salón de festejos la noche de vuestro compromiso? No nos corresponde a nosotros, señor, leer los pensamientos de los dioses, sino sólo cumplir nuestro destino al pie de la letra.

Sonrió ligeramente al oír mis palabras, pues se tenía por dueño y señor de su destino.

—¿Tú crees que todos debemos seguir nuestro destino a ciegas?

—Creo, señor, que cuando el destino nos atrapa entre sus garras, no hay más camino que dejar la razón a un lado.

—Yo lo hice —dijo en voz baja, y luego me sonrió—. ¿Amas a alguien, Derfel?

—Las únicas mujeres que amo, señor, no son para mi —contesté compadeciéndome de mí mismo.

Arturo frunció el ceño e hizo un gesto de conmiseración con la cabeza.

—Pobre Derfel —dijo en voz baja, pero cierto matiz de su tono me hizo mirarlo. ¿Habría pensado que incluía a Ginebra entre esas mujeres? Me sonrojé y no supe qué decir, pero Arturo ya se había vuelto hacia Nimue, que nos llamaba desde el salón—. Algún día me contarás tu aventura en la isla de los Muertos —dijo—, cuando tengamos tiempo.

—Señor, os la contaré una vez os hayáis proclamado victorioso, cuando necesitéis relatos prolijos con que amenizar las largas noches de invierno.

—Si, cuando logremos la victoria —asintió con escaso convencimiento.

El ejército de Gorfyddyd era muy numeroso y el nuestro, muy pequeño.

Pero antes de presentar batalla debíamos comprar la paz a los sajones con el dinero del dios cristiano. Y así, nos dirigimos hacia Lloegyr.

Percibimos el olor de Durocbrivis mucho antes de acercarnos a la ciudad, durante el segundo día de viaje, a media jornada todavía de la ciudad tomada; el viento soplaba de oriente y arrastraba consigo el hedor amargo de la muerte y del humo por las abandonadas tierras de labor. Los campos estaban listos para la siega, pero el pueblo había huido aterrorizado por los sajones. En Cunetio, la pequeña población construida por los romanos en la que habíamos pernoctado, las calles estaban llenas de refugiados y sus ganados se amontonaban en establos de invierno reconstruidos a toda prisa. No hubo aclamaciones para Arturo en Cunetio, y no era de extrañar, puesto que todos le culpaban de la prolongada guerra y de sus desastrosas consecuencias. Según sus detractores, con Uter sólo había habido paz y con Arturo, nada sino guerra.

Los hombres de Arturo abrían nuestra silenciosa columna con armadura, lanzas y espadas pero con los escudos boca abajo y las puntas de las lanzas adornadas con ramas verdes en señal de paz. Tras la vanguardia avanzaban los lanceros de Lanval y después, dos veintenas de mulas de carga que transportaban el oro de Sansum y las pesadas armaduras de cuero que los caballos de Arturo usaban en la batalla. Cerraba la marcha, en la retaguardia, un puñado de hombres a caballo. Arturo iba a pie con mis lanceros de cola de lobo detrás del portador de su enseña, que a su vez cabalgaba con el grupo de cabeza. Hygwydd, el criado de Arturo, llevaba su yegua Llamrei; junto a él avanzaba un desconocido al que tomé por otro criado. Nimue iba con nosotros; yo iba enseñando a Arturo y a Nimue un poco de sajón, pero ninguno de los dos demostró ser buen alumno. Tan ruda lengua enseñada aburrió a Nimue, y a Arturo le bullían otros muchos asuntos en la cabeza, aunque aprendió rápidamente unas cuantas palabras sueltas: paz, tierra, lanza, comida, madre, padre. Esa sería la primera ocasión en que yo actuaría de intérprete, luego vendrían otras muchas en que habría de mediar como transmisor de las palabras de sus contrarios.

Nos encontramos con el enemigo a mediodía, al descender un monte de laderas largas por un camino flanqueado de bosques. De pronto una flecha salió disparada de entre los árboles y fue a clavarse en tierra a poca distancia de nuestro hombre de cabeza, Sagramor. Este levantó una mano y Arturo ordenó el alto.

—¡No saquéis la espada! —nos ordenó—. ¡Aguardad!

Los sajones debían de haber estado vigilándonos toda la mañana porque habían reunido una pequeña banda guerrera para enfrentarse a nosotros. Aquellos sesenta o setenta hombres fuertes salieron de entre los árboles detrás de su jefe, un guerrero de ancho pecho que caminaba bajo la enseña de un cacique, una cornamenta de ciervo de la que pendían jirones de piel humana curtida.

Al cacique le gustaban las pieles, como a todos los sajones; el gusto comedido por



unas pocas cosas detiene el golpe de una espada con la misma eficacia que un pellejo grueso y valioso. Aquel hombre llevaba al cuello una piel de pelo negro y tiras de la misma piel alrededor de la parte superior del brazo y de los muslos. Las demás prendas eran de cuero o lana: jubón, calzas, botas y casco de cuero adornado de pelo negro. Ceñía espada larga a la cintura y empuñaba el arma preferida de los sajones, el hacha de hoja ancha.

—¿Os habéis perdido, wealhas? —nos gritó. Wealhas nos llamaban a los britanos; quiere decir extranjeros y lo utilizaban con cierto matiz despectivo, como nosotros los llamábamos sais a ellos—, ¿o es que ya estáis hartos de la vida?

Plantóse en medio del camino con las piernas abiertas, la cabeza alta y el hacha al hombro. Tenía la barba y el pelo castaños; las guedejas le salían tiesas por debajo del casco. Sus hombres, unos con casco de cuero y otros con yelmo de hierro, pero armados casi todos de hachas, cerraron el paso formando una barrera de escudos en el camino. Llevaban unos cuantos

perros sujetos con correa, auténticas bestias grandes como lobos. Nos habían contado que últimamente los sais los utilizaban como armas de ataque; los soltaban y los azuzaban contra las defensas enemigas unos segundos antes de atacar ellos con hachas y lanzas. Los perros causaron entre algunos de los nuestros mayor pánico que los propios sajones.

Me adelanté con Arturo hasta situarnos a pocos pasos del altivo sajón. No llevábamos lanza ni escudo ni desenvainamos la espada.

—Señor —dije en sajón—, Arturo, protector de Dumnonia, viene a veros en son de paz.

—De momento —repuso el hombre— tenéis paz, pero sólo de momento. —Hablaban en tono retador, pero el nombre de Arturo le había impresionado y miró a mi señor de hito en hito, largamente, antes de volver a dirigirse a mí—. ¿Eres sajón? —me pregunto.

—Sajón nací. Ahora soy britano.

—¿El lobo puede convertirse en sapo? —preguntó burlonamente—. ¿Por qué no vuelves a ser sajón?

—Porque he jurado servir a Arturo —respondí—, y al presente lo sirvo trayendo a tu rey un gran presente de oro.

—Para ser un sapo no cantas mal. Soy Therdig.

—Tu fama —mentí, pues no había oído hablar de él en mi vida—, puebla de pesadillas el sueño de nuestros hijos.

—Bien dicho, sapo —replicó, tras soltar una carcajada—. Y ¿quién es nuestro rey?

—Aelle —dije.

—No te he oído, sapo.

—El Bretwalda Aelle —contesté con un suspiro.

—Bien dicho sapo.

Los britanos no reconocíamos el título de Bretwalda, pero lo utilicé para complacer al cacique sajón. Arturo no entendía nada de la conversación y esperaba pacientemente a que yo tuviera algo que traducirle. Confiaba en aquellos a los que encomendaba una misión y no me presionó ni intervino en ningún momento.

—El Bretwalda —respondió Therdig— se encuentra a unas horas de aquí, sapo. Dame una razón por la cual debamos molestarlo con la noticia de que unos cuantos ratones, ratas y larvas están hollando su territorio.

—Traemos oro para el Bretwalda, Therdig, más del que podáis imaginar. Oro suficiente para vuestros hombres, para vuestras mujeres, para vuestras hijas, incluso para los esclavos. ¿Os parece razón suficiente?

—Enséñamelo, sapo.

Era arriesgado, pero Arturo aceptó el riesgo inmediatamente; condujo a Therdig y a seis de los suyos hasta las mulas y les mostró la gran cantidad de riquezas que atestaban las sacas. Corríamos el peligro de que Therdig considerara el tesoro digno de una batalla en ese mismo instante y lugar, pero los superábamos en número y la presencia de los grandes corceles de Arturo contribuyó a disuadirlo, de modo que se limitó a tomar tres monedas de oro diciendo que comunicaría nuestra presencia al Bretwalda.

—Esperad en Las Piedras —nos ordenó—, pasad allí la noche y mi rey acudirá a veros por la mañana. —Semejante orden implicaba que Aelle debía de estar sobreaviso de nuestra llegada e incluso debía de sospechar el motivo—. En Las Piedras nadie os molestará —añadió Therdig— hasta que el Bretwalda decida vuestro destino.

Aquella noche, pues tardamos toda la tarde en llegar a Las Piedras, contemplé por vez primera el gran círculo. Merlín se había referido a Las Piedras muchas veces y Nimue conocía su poder, pero nadie sabía quién las había levantado ni qué significado tenía su disposición en corro. Nimue estaba segura de que sólo los dioses habrían podido erigir un lugar semejante, de modo que se acercó recitando oraciones a los monolitos grises y solitarios cuya sombra se alargaba sobre la pálida hierba a la luz del ocaso. El gran círculo estaba rodeado por una zanja; sobre las piedras levantadas en vertical reposaban otras planas a modo de dintel y, en el interior de la colosal y rústica arcada, había más piedras colocadas de pie alrededor de una losa que parecía una especie de altar. En Britania abundaban los círculos de piedras, algunos de mayor circunferencia incluso, pero ninguno que inspirara tanto misterio y majestad, y todos nos acercamos en respetuoso silencio.

Nimue pronunció sus fórmulas mágicas, nos anunció que no había peligro en cruzar la zanja y entramos maravillados en el círculo sagrado. Espesos líquenes

proliferaban sobre las piedras, algunas inclinadas hacia un lado o completamente caídas, otras con profundas cicatrices de nombres y números romanos. Gereint había sido señor de Las Piedras, título instituido por Uter para recompensar al responsable de la frontera oriental con los sajones, aunque en aquellos momentos había que nombrar un sucesor para expulsar a Aelle de la incendiada Durocobrivris. Según Nimue, era vergonzoso que Aelle exigiera recibirnos en aquel paraje tan cercano al corazón de Dumnonia.

Había un bosque a una milla hacia el sur y allá nos dirigimos con las mulas a buscar leña con que mantener una hoguera encendida durante toda aquella noche poblada de espíritus. Hacia oriente vimos el resplandor de otras hogueras, señal de que los sajones nos acechaban de cerca. Fue una noche inquietante. La hoguera resplandecía como el fuego de Beltane, pero aun así las sombras que se proyectaban en las piedras nos llenaban de desasosiego. Nimue protegió la zanja con numerosas fórmulas, precaución que calmó a nuestros hombres, pero los caballos, nerviosos, no dejaron de relinchar y patear la tierra toda la noche. Arturo sospechaba que percibían el olor de los perros sajones de guerra, pero Nimue estaba segura de que los espíritus de los muertos merodeaban a nuestro alrededor. Los centinelas se aferraban a las lanzas y daban el alto al menor soplo de aire que cruzara entre los túmulos que rodeaban Las Piedras, pero ni perros ni espíritus macabros ni guerreros nos molestaron, a pesar de lo cual pocos de nosotros logramos conciliar el sueño.

Arturo no durmió ni un instante. A cierta hora de la noche me pidió que le acompañara a dar un paseo y juntos anduvimos un rato por el exterior del círculo de piedras. Arturo guardó silencio al principio, la cabeza descubierta bajo las estrellas.

—Estuve aquí en otra ocasión —dijo de pronto.

—¿Cuándo, señor? —pregunté.

—Hace diez u once años —dijo con un encogimiento de hombros como si el número de años careciera de importancia—. ¡Me trajo Merlín! —Volvió a quedarse en silencio y no dije nada, pues

de sus palabras deduje que aquel lugar le traía recuerdos entrañables. Y debía de ser cierto, porque finalmente, se detuvo y señaló hacia la piedra gris semejante a un altar en el centro del círculo—. Fue allí, Derfel, donde Merlín me dio a Caledfwlch.

Miré la vaina con la cruz bordada.

—Noble regalo, señor —dije.

—Y gravoso, Derfel, pues no está exento de cargas. —Me tiró del brazo y continuamos paseando—. Me la dio con la condición de que hiciera siempre lo que él me ordenara, y le obedecí. Fui a Benoic y aprendí de Ban los deberes de un rey. Aprendí que un rey es igual que el más mísero de sus súbditos. Tal fue la lección de Ban.

—Pues el propio Ban no la aprendió —repliqué con amargura, pensando en que

Ban había enriquecido Ynys Trebes sin darse de su propio pueblo.

—Algunos hombres —replicó con una sonrisa— tienen más facilidad para adquirir conocimiento que para ponerlo en práctica, Derfel. Ban era un sabio pero carecía de sentido práctico. Yo tengo que aprender las dos cosas.

—¿Para ser rey? —atrevime a preguntar, pues formular tal ambición iba contra todo lo que Arturo solía afirmar sobre su destino.

Sin embargo, no se tomó la osadía como ofensa.

—Para gobernar —dijo. Había vuelto a detenerse y miraba, por encima de los bultos oscuros de los hombres que dormían, hacía la piedra del centro del círculo; en aquel momento la losa parecía despedir un resplandor bajo la luz de la luna, aunque tal vez fuera producto de mi excitada imaginación—. Merlín me hizo pasar la noche desnudo, en pie sobre esa losa —prosiguió Arturo—, el viento traía lluvia y hacía frío. Él formulaba encantamientos mientras yo sujetaba la espada con el brazo estirado, sin moverme. El brazo me ardía, hasta que por fin se me durmió, pero ni entonces me permitió posar la espada. ¡Sujétala! —me decía—. ¡Sujétala!, y allí permanecí, temblando, en tanto él invocaba a los muertos para que acudieran a contemplar la ofrenda que les hacía. Y acudieron, Derfel, columna tras columna, guerreros muertos de ojos vacíos y yelmos aherrumbrados que se levantaron de la tumba para presenciar la entrega de la espada. —Sacudió la cabeza como perturbado por los recuerdos—. Tal vez sólo me imaginara aquellas figuras corroídas por los gusanos. Era joven entonces, ¿comprendes?, y muy impresionable, y Merlín sabe imbuir las mentes jóvenes de miedo a los dioses. Sin embargo, una vez me hubo asustado con el tropel de testigos muertos, enseñóme a dirigir a los hombres, a buscar guerreros necesitados de un jefe y a luchar en combate. Me habló de mi destino, Derfel. —Volvió a enmudecer y su alargado rostro adquirió una expresión adusta a la luz de la luna. Después sonrió atribulado—. ¡Qué insensateces!

Pronunció las dos últimas palabras en voz tan baja que apenas las oí.

—¿Insensateces? —pregunté, incapaz de ocultar el deseo de recriminarlo.

—Tengo la misión de devolver Britania a los dioses —dijo Arturo burlándose de su deber, a juzgar por su tono de voz.

—Y lo haréis, señor —dije.

—Merlín no quería sino un brazo fuerte que blandiera una buena espada, pero ignoro lo que desean los dioses. Si quieren Britania, ¿para qué me necesitan a mi, o a Merlín? ¿Acaso los dioses necesitan a los hombres? ¿No seremos como perros ladrando para llamar la atención de unos amos que se niegan a escuchar?

—No somos perros. Somos criaturas de los dioses y ellos, con toda seguridad, nos han asignado un destino.

—¿Con toda seguridad? A lo mejor sólo les hacemos reír.

—Merlín dice que hemos perdido el contacto con ellos —insisti obstinadamente.

—De la misma forma que Merlín ha perdido contacto con nosotros —replicó Arturo sin vacilar—. Ya viste cómo abandonó Durnovaría la misma noche en que regresasteis de Ynys Trebes. Merlín está muy ocupado, Derfel, buscando los tesoros de Britania, y lo que nosotros hagamos en Dumnonia no le afecta. Aunque yo estableciera un gran reino para Mordred y administrara justicia y trajera la paz y lograra que cristianos y paganos bailaran juntos a la luz de la luna, no le importaría. Merlín sólo espera el momento de poder devolverlo todo a los dioses y cuando llegue ese momento me pedirá que le devuelva a Caledfwlch. Esa fue la segunda condición que me impuso. Dijo que podía tomar la espada de los dioses siempre y cuando se la devolviera a él en el momento preciso.

Hablaba con un matiz burlón que me molestaba.

—¿No creéis en el sueño de Merlín? —le pregunté.

—Creo que es el hombre más sabio de Britania —replicó con seriedad—, sabe mucho más de lo que yo pueda imaginar siquiera. También sé que mi destino está ligado al suyo, como creo que lo está el tuyo al de Nimue, pero por otra parte pienso que Merlín nació aburrido, de modo que se dedica a hacer lo mismo que hacen los dioses: divertirse a expensas nuestras. Todo eso significa que el momento de devolver a Caledfwlch será cuando más falta me haga tenerla conmigo.

—Y entonces, ¿qué haréis?

—No lo sé, no tengo la menor idea. —Al parecer ese pensamiento debió de hacerle gracia porque sonrió; luego me puso la mano en el hombro—. Ve a dormir, Derfel. Tu lengua ha de prestarme servicio mañana, y no quiero que se confunda a causa del cansancio.

Me fui y logré dormir un rato a la sombra que la luna arrancaba a una de las grandes piedras, aunque antes de conciliar el sueño estuve pensando en aquella noche lejana en que Merlín cargó de dolor el brazo y el alma de Arturo con el peso de la espada y la carga aún mayor del destino. Me pregunté por qué habría sido Arturo el elegido, pues en ese momento se me antojaba que Merlín y mi señor eran opuestos. Merlín creía que el caos sólo podía ser vencido dominando las fuerzas del misterio, mientras que Arturo creía en el poder de los hombres. Ocurrióseme que tal vez Merlín hubiera preparado a Arturo para gobernar a los hombres y quedar libre, así, para ocuparse él de los poderes oscuros; comprendí entonces, aunque de forma harto imprecisa, que llegaría un momento en que todos habríamos de escoger; tal perspectiva me infundió temor y rogue por que no llegara nunca. Dormí hasta que el sol salió y proyectó la sombra de una piedra solitaria, que se levantaba fuera del círculo, en el centro mismo del redondel, donde los cansados guerreros guardábamos el precio del rescate de un reino.

Bebimos agua, comimos pan duro, nos ceñimos las espadas y extendimos el oro junto a la piedra del altar, sobre la hierba húmeda de rocío.

—¿Qué impedirá a Aelle tomar nuestro oro y seguir adelante con la guerra? — pregunté a Arturo mientras aguardábamos la llegada del sajón.

Al fin y al cabo, ya le habíamos dado oro en otra ocasión, a pesar de lo cual había incendiado y saqueado Durocobrivis.

Arturo se encogió de hombros; llevaba la armadura de repuesto, una cota romana de malla con abundantes señales de combates. Sobre la pesada malla llevaba un manto blanco.

—Nada —respondió—, sino el escaso sentido del honor que pueda tener. Por eso tendremos que ofrecerle algo más que oro.

—¿Algo más? —pregunté, pero Arturo no contestó porque los sajones acababan de aparecer por el luminoso horizonte del sol naciente.

Marchaban en una larga fila al son de tambores de guerra, con los lanceros formados en orden de batalla, aunque con las armas empenachadas de hojas en señal de que no atacarían inmediatamente. Aelle iba al frente. Él fue el primero, de los dos que conocí, que se adjudicó el título de Bretwalda. El segundo vendría más tarde trayéndonos problemas más graves aún, aunque Aelle ya era trastorno suficiente. Era alto, con la cara aplastada y severa y ojos oscuros que no dejaban atisbar uno solo de sus pensamientos. Tenía barba negra, las mejillas señaladas por cicatrices de guerra y faltábanle dos dedos de la mano derecha. Vestía manto de paño negro con cinturón de piel, botas de cuero, yelmo de hierro con cuernos de toro y, por encima un pellejo de oso que dejó caer a tierra cuando el calor del día se hizo excesivo para tan ostentosa prenda. Era su enseña un cráneo de toro impregnado de sangre clavado en una lanza sin más sujeción.

Formaban la tropa doscientos hombres, o tal vez algunos más, la mitad de los cuales llevaba perros atados con correas. Tras los guerreros avanzaba una horda de mujeres, niños y esclavos. Nos superaban largamente en número, pero Aelle había dado palabra de que estábamos en paz, al menos hasta que tomara una decisión con respecto a nuestro destino, de modo que sus hombres no se mostraron hostiles. Los guerreros se detuvieron al otro lado de la zanja que rodeaba el círculo y Aelle, acompañado por su consejo, un intérprete y un par de magos, se acercó al encuentro de Arturo. Los magos tenían el pelo de punta, se peinaban los mechones con excrementos para mantenerlos tiesos y vestían mantos harapientos de piel de lobo. Cuando giraban para pronunciar sus encantamientos, las patas, las colas y los hocicos de lobo se levantaban y dejaban al descubierto sus cuerpos pintados. Se acercaron recitando a voz en grito para anular cualquier posible encantamiento que hubiéramos lanzado contra su jefe. Nimue, acucillada detrás de nosotros, entonaba fórmulas con que contrarrestar los efectos de los otros hechiceros.

Los jefes se midieron mutuamente con la mirada. Arturo era más alto y Aelle más corpulento. El rostro de Arturo sorprendía, el de Aelle aterrorizaba. Era un rostro

implacable, la cara de un hombre llegado de más allá del mar para forjarse un reino en tierra ajena, reino que iba consolidando con brutalidad salvaje y contundente.

—Debería matarte ahora, Arturo —dijo—, y quedarme así con un enemigo menos que eliminar.

Los magos, desnudos bajo las pieles apolilladas, se agacharon tras su señor. Uno masticaba tierra, otro hacia girar los ojos en las órbitas y Nimue, destapado el ojo vacío, les gruñía quedamente. La batalla entre los magos era una cuestión particular a la que ninguno de los dos jefes prestó atención.

—Aelle, tal vez no esté lejos el día en que hayamos de enfrentarnos en el campo de batalla —dijo Arturo—. Por el momento, te ofrezco la paz.

Yo casi esperaba que Arturo se inclinara ante Aelle, que era rey, y de rango superior por tanto; sin embargo, le trató como a un igual y Aelle aceptó el tratamiento sin protestar.

—¿Por qué? —preguntó Aelle sin rodeos.

Aelle no gustaba de circunloquios, al contrario que los britanos. Ya me había dado cuenta de esa diferencia entre los sajones y nosotros. El pensamiento britano discurría en líneas curvas, como la intrincada filigrana de los orfebres, pero los sajones eran directos y tajantes, rudos como sus amazotados broches y gruesas gargantillas. Raramente entraban los britanos en un tema de forma directa; iban aproximándose, dejando caer alusiones y dando pistas, deleitándose en la maniobra, mientras que los sajones prescindían de toda sutileza. Habíame comentado Arturo en una ocasión que yo poseía la franqueza de los sajones, y creo que lo dijo con intención de alabarme.

Arturo no respondió a la pregunta de Aelle.

—Creía que estábamos en paz, pues llegamos a un acuerdo sellado con oro.

Aelle no traslució vergüenza alguna por haber roto la tregua. Limitóse a encoger los hombros como si romper la paz fuera una nimiedad.

—Si la tregua no te ha servido, ¿por qué quieres comprar otra? —inquirió Aelle.

—Porque tengo una disputa con Gorfyddydd —replicó Arturo, adoptando la franqueza sajona— y deseo que estés de mi parte en esta disputa.

Aelle asintió.

—Pero si te ayudo a destruir a Gorfyddydd, te fortalezco a ti. ¿Por qué habría de aceptar?

—Porque si no, Gorfyddydd me destruirá a mí y será más fuerte.

Aelle rompió a reír mostrando una dentadura de dientes podridos.

—¿Acaso le importa al perro si mata a una rata o a otra? —preguntó.

Traduje que si acaso le importaba al perro abatir a un ciervo o a otro. Me pareció más apropiado, y el intérprete de Aelle, un esclavo britano, lo pasó por alto y no advirtió a su amo.

—No —admitió Arturo—, pero no todos los ciervos son iguales. —El intérprete de Aelle dijo que no todas las ratas eran iguales y yo no se lo dije a Arturo—. En el mejor de los casos, lord Aelle —prosiguió Arturo—, yo conservo Dumnonía y me alío con Powys y Siluria. Pero si gana Gorfyddyd, se anexiona Elmet, Rheged, Powys, Siluria y Dumnonia, todos contra ti.

—Pero también tienes a Gwent de tu parte —replicó Aelle, hombre astuto y de mente rápida.

—Cierto, pero también la tendría Gorfyddyd en caso de guerra entre britanos y sajones.

Aelle lanzó un gruñido. Las circunstancias le favorecían, pues los britanos se enfrentaban unos a otros, pero sabía que tales hostilidades cesarían en algún momento. Como, al parecer, Gorfyddyd pronto se proclamaría vencedor, la presencia de Arturo podría servir para alargar el conflicto entre sus enemigos.

—Entonces, ¿qué quieres de mi? —preguntó.

Sus hechiceros saltaban y brincaban a cuatro patas como saltamontes humanos mientras Nimue colocaba guijarros en el suelo. La forma en que los colocaba debió de inquietar a los magos contrarios, que empezaron a lanzar breves gritos de alarma. Aelle no les hizo el menor caso.

—Quiero que respetes la paz con Dumnonia y Gwent durante tres lunas —dijo Arturo.

—¿Sólo quieres comprar paz? —La voz de Aelle tronó de tal forma que hasta Nimue se sobresaltó. El sajón señaló con la mano enguantada a sus hombres, acuclillados con las mujeres, los perros y los esclavos al otro lado del foso—. ¿Qué hace un ejército durante la época de paz? ¡Dimelo! ¡Les he prometido más oro! ¡Les he prometido más tierra! ¡Les he prometido más esclavos! ¡Les he prometido sangre de wealhas! ¿Y tú me ofreces la paz? —Escupió—. En el nombre de Thor, Arturo, paz tendrás cuando seas cadáver, y mis hombres se sortearán a tu mujer. ¡Ésa es la paz que te ofrezco! —Volvió a escupir y luego me miró—. ¡Perro, dile a tu amo que la mitad de mis hombres acaba de llegar en las naves! No tienen cosecha recogida ni medios para alimentar a los suyos durante el invierno. El oro no se come. Si no tomamos tierras y grano, moriremos de hambre. ¿De qué le sirve la paz a un muerto de hambre?

Tradujo el mensaje omitiendo los insultos más atroces.

Un gesto de dolor turbó el rostro de Arturo. A Aelle no le pasó desapercibido, mas tomándolo por debilidad, dió la espalda con burla y desprecio.

—Te concedo dos horas de ventaja, gusano —dijo a voces por encima del hombro—, luego saldré a perseguirte.

—Ratae —dijo Arturo, sin darme tiempo siquiera a traducir la amenaza de Aelle.

El sajón se volvió de nuevo. No dijo nada, se limitó a mirar a Arturo fijamente a



la cara. La piel de oso despedía un hedor insoportable, una mezcla de sudor, excrementos y grasa. Se quedó en suspenso.

—Ratae —repitió Arturo—. Dile que Ratae puede ser tomada. Dile que allí abunda cuanto desea. Dile que las tierras colindantes serán tuyas.

Ratae era la fortaleza que protegía la frontera oriental de Gorfyddyd con los sajones, y si Gorfyddyd perdía esa plaza, los sajones avanzarían veinte millas hacia el interior de Powys.

Lo traduje. Tardé un poco en hacer entender a Aelle la situación geográfica de Ratae, pero por fin lo entendió. No le pareció muy bien, pues al parecer Ratae era una inexpugnable fortaleza romana que Gorfyddyd había reforzado con una impresionante muralla de tierra.

Arturo explicó que Gorfyddyd se había llevado a los mejores lanceros de la guarnición con el ejército que había reunido para la invasión de Gwent y Dumnonia. No tuvo necesidad de añadir que Gorfyddyd se había arriesgado a desproteger la fortaleza confiando en la paz que había comprado a Aelle, una paz cuyo precio Arturo pretendía superar en ese momento. Arturo le reveló además que la comunidad cristiana de Ratae había levantado un monasterio fuera de la muralla de tierra que rodeaba la fortaleza y que las idas y venidas continuas de los monjes habían abierto un sendero de acceso a la fortificación. Añadió que el comandante del alcázar era uno de los pocos cristianos que engrosaban las filas de Gorfyddyd y que miraba con buenos ojos el monasterio.

—¿Cómo lo sabe? —me preguntó Aelle directamente.

—Dile que tengo conmigo a un hombre de Ratae que sabe la forma de acercarse al monasterio y que está dispuesto a servir de guía. Dile que lo único que pido es que se respete la vida de dicho hombre.

Entonces comprendí quién debía de ser el desconocido que caminaba junto a Hygwydd, como comprendí que Arturo sabía que habría de sacrificar Ratae desde mucho antes de partir de Durnovaría.

Aelle pidió más información sobre el traidor y Arturo le contó que el hombre había desertado de Powys y había acudido a Dumnonia para vengarse, pues su mujer le había abandonado por un reyezuelo de Gorfyddyd.

Mientras Aelle consultaba con sus consejeros, los magos farfullaban contra Nimue. Uno de ellos la señaló con un fémur humano, pero Nimue se limitó a escupir. Con ese gesto pareció concluir la sesión de magia, pues los dos hechiceros se retiraron tan pronto Nimue se puso en pie sacudiéndose el polvo de las manos. El consejo de Aelle regateó en el precio. En determinado momento exigieron la entrega de todos los caballos de guerra, pero Arturo les pidió a cambio todos sus perros y por fin, a primera hora de la tarde, los sajones aceptaron la oferta de Ratae más el oro de Arturo. Tal vez fuera aquélla la mayor cantidad de oro jamás pagada por britano

alguno a un sajón, pero Aelle insistió en llevarse además dos rehenes, con la promesa de liberarlos si el ataque a Ratae no resultaba ser una trampa urdida por Gorfyddydd y Arturo juntos. Escogió al azar y la elección recayó sobre dos guerreros de Arturo: Balin y Lanval.

Aquella noche cenamos con los sajones. Fue curioso compartir una velada con esos hombres, mis hermanos de raza, e incluso llegué a temer cierta afinidad con ellos, pero en realidad su compañía me repugnaba. Tenían un sentido del humor ordinario, unos modales groseros y olían que apestaban, envueltos en sus pellejos de animales. Algunos se burlaron de mi diciendo que me parecía a su rey Aelle, pero entre sus rasgos aplastados y duros y la idea que yo tenía de mi propio rostro no había semejanza alguna. Al cabo, Aelle, con un bufido, ordenó a los burladores que se callaran, y tras mirarme friamente, me ordenó que invitara a los hombres de Arturo a compartir la cena, consistente en enormes tajadas de carne asada que nosotros comimos con los guantes puestos, rasgando a bocados la carne abrasadora hasta que los jugos nos cayeron a chorros por las barbas. Les invitamos a hidromiel y ellos nos invitaron a cerveza. Se produjeron algunos altercados entre beodos, pero no hubo víctimas. Aelle, al igual que Arturo, mantúvose sobrio, aunque los dos hechiceros del Bretwalda se emborracharon a conciencia; cuando se quedaron dormidos junto a sus propios vómitos, Aelle los disculpó diciendo que eran dementes y por ello mantenían contacto con los dioses. Dijo que tenía otros sacerdotes de juicio sano, pero que, según la creencia, los lunáticos poseían un poder especial que podía serles de utilidad.

—Temíamos que vinierais con Merlín —dijo.

—Merlín sólo es señor de si mismo —replicó Arturo—, pero he aquí a su sacerdotisa —dijo, señalando a Nimue, que clavó en el sajón su único ojo.

Aelle hizo un gesto que debía de ser de protección contra el mal. Nimue le daba miedo por ser sacerdotisa de Merlín; buena información para nosotros.

—Pero ¿Merlín está en Britania? —preguntó temeroso.

—Eso dicen algunos —respondí de parte de Arturo—, aunque otros dicen que no. ¿Quién sabe? Tal vez esté ahí mismo, entre las sombras.

Señalé con la cabeza hacia la oscuridad que rodeaba las piedras iluminadas por las hogueras.

Aelle despertó con la punta de la lanza a uno de los hechiceros. El hombre soltó un alarido lastimero y Aelle quedó satisfecho, pues el quejido alejaría cualquier influencia maléfica. El Bretwalda se había puesto la cruz de Sansum al cuello y algunos de sus hombres lucían macizas torques de oro procedentes de Ynys Wydryn. Avanzada la noche, cuando casi todos los sajones roncaban, algunos de los esclavos nos relataron la caída de Durocbrivis y el final del príncipe Gereint, hecho prisionero y torturado hasta la muerte por el enemigo. Arturo lloró al escuchar la historia. Ninguno de nosotros conocíamos mucho a Gereint, pero sabíamos que era

un hombre modesto y sin ambiciones que había hecho todo lo posible por detener el avance de las fuerzas sajonas. Algunos esclavos nos rogaron que nos los lleváramos, pero no nos atrevimos a ofender a nuestros anfitriones en ese momento.

—Un día vendremos a rescataros —les prometió Arturo—, vendremos a por vosotros.

Al día siguiente por la tarde, los sajones partieron. Aelle quiso que nosotros pernoctáramos un día más en Las Piedras para asegurarse de que no lo seguiríamos, y se llevó a Balin, a Lanval y al hombre de Powys. Arturo consultó a Nimue si Aelle mantendría su palabra; ella asintió y dijo que había soñado que los sajones obedecían y que los rehenes volvían sanos y salvos.

—Pero lleváis en las manos la sangre de Ratae —añadió en tono inquietante.

Recogimos las cosas y nos preparamos para la marcha, que no emprenderíamos hasta la madrugada. A Arturo no le gustaba nada el ocio forzoso, y cuando cayó la tarde nos pidió a Sagramor y a mi que le acompañáramos a pasear por el bosque. Estuvimos un rato andando sin rumbo fijo, pero al cabo Arturo se detuvo bajo un roble enorme de luengas barbas de liquen gris.

—Me siento rastrero —dijo—. No cumplí la palabra dada a Benoic y ahora acabo de comprar con oro la muerte de cientos de britanos.

—No habríais podido salvar a Benoic —le dije por enésima vez.

—Una tierra que compra poetas en vez de lanceros no merece sobrevivir —añadió Sagramor.

—Que hubiera podido salvarla o no carece de importancia —replicó Arturo—. Yo di mi palabra a Ban y no la cumplí.

—Cuando un incendio arrasa tu casa hasta los cimientos, no acarreas agua al incendio del vecino —dijo Sagramor.

Su rostro negro, impenetrable como el de Aelle, causaba sensación entre los sajones. Muchos de ellos se lo habían encontrado en el campo de batalla a lo largo de los últimos años, y lo tomaban por alguna clase de demonio enviado por Merlín; Arturo utilizó esos temores insinuando que Sagramor quedaría a cargo de la defensa de la nueva frontera. En realidad pensaba llevárselo a Gwent, pues necesitaba de sus mejores hombres para enfrentarse a Gorfyddy.

—No podíais mantener el juramento hecho a Benoic —prosiguió Sagramor—, por lo tanto, los dioses os perdonan.

Sagramor tenía una visión sanamente pragmática de los dioses y el hombre; tal era, en efecto, uno de sus puntos fuertes.

—Aunque los dioses me perdonen —contestó Arturo—, yo no. Ahora pago a los sajones para que maten a los britanos. —Se estremecía con sólo pensarlo—. Anoche me acordé mucho de Merlín, me habría gustado contar con su aprobación.

—Contáis con su aprobación —dije.

Aunque a Nimue no le pareciera bien el sacrificio de Ratae, su parecer siempre era más puro que el de Merlín. Comprendía la necesidad de pagar a los sajones, pero le sublevaba la idea de pagar en sangre britana, aunque fuera de britanos enemigos.

—Poco importa lo que opine Merlín —dijo Arturo enfadado—. Poco importaría que todos los sacerdotes, druidas y bardos me dieran la razón. Pedir las bendiciones de otro hombre es una forma de evitar responsabilidades. Nimue tiene razón, mía es la responsabilidad de todas las muertes que se produzcan en Ratae.

—¿Qué otra cosa podríais hacer? —pregunté.

—No lo entiendes, Derfel —me contestó con amargura, aunque en realidad toda esa amargura iba dirigida contra sí mismo—. Ya sabía que Aelle no se conformaría sólo con oro. ¡Son sajones! ¡No les interesa la paz, quieren tierras! Claro que lo sabía, ¿por qué, si no, habría traído a ese pobre hombre de Ratae? Yo ya estaba dispuesto a dar antes de que Aelle pidiera. ¿Cuántos hombres morirán por tanta previsión? ¿Trescientos? ¿Cuántas mujeres serán hechas esclavas? ¿Doscientas? ¿Y cuántos niños? ¿Cuántas familias quedarán destrozadas? ¿Y para qué? ¿Para demostrar a Gorfyddydd que yo estoy mejor capacitado para el gobierno? ¿Acaso mi vida vale tantas almas?

—Gracias a esas almas —repliqué— mantendréis a Mordred en el trono.

—¡Otro juramento! —contestó Arturo agriamente—. ¡Cuántos juramentos nos atan! Juré a Uter que colocaría a su nieto en el trono, juré a Leodegan que le devolvería Henis Wyren. —Se detuvo bruscamente y Sagramor me miró con una expresión de alarma; era la primera noticia que teníamos sobre un juramento de combatir contra Diwrnach, el temido rey irlandés de Lleyrn que se había apoderado del reino de Leodegan—. Y de entre todos los hombres —añadió Arturo contrito—, soy el que más juramentos rompe. Falté a la palabra dada a Ban y también falté al compromiso con Ceinwyn. —También era la primera vez que le oíamos lamentar abiertamente el compromiso incumplido. Yo creía que Ginebra alumbraba el firmamento de Arturo con tal esplendor que había hecho desaparecer el tímido brillo de Ceinwyn, pero al parecer el recuerdo de la princesa de Powys aún le escocía en la conciencia como un aguijón, igual que le escocía en aquel momento pensar en el destino de Ratae—. Debería enviarles un aviso, quizá —dijo.

—¿Y perder a los rehenes? —preguntó Sagramor.

—Me entregaré yo en el lugar de Balin y Lanval —contestó.

Estaba pensando en hacerlo de verdad, yo lo sabía. No podía soportar el acoso de los remordimientos y buscaba una salida en aquella enmarañada lucha entre la conciencia y el deber, aunque fuera a costa de su propia vida.

—¡Cuánto se reiría Merlín de mí ahora mismo!

—Si, desde luego —dije.

La conciencia de Merlín, si es que la tenía, actuaba sólo como medida de la

simpleza del pensamiento humano, es decir como aguijada indicadora de que debía tomar el camino contrario. La conciencia de Merlín era una bufonada para divertir a los dioses. La de Arturo, una carga pesada.

Se quedó mirando el suelo musgoso que crecía a la sombra del roble. El día llegaba al crepúsculo al tiempo que los pensamientos de Arturo se hundían en la penumbra. ¿De verdad se sentiría inclinado a abandonarlo todo, a cabalgar hasta el refugio de Aelle para inmolar su vida a cambio de las almas de Ratae? Creo que si pero de pronto la lógica insidiosa de la ambición despertó en él y se sobrepuso a la desesperación con fuerza semejante a la de las mareas que inundaban las tristes arenas de Ynys Trebes.

—Hace cien años —dijo quedamente— en esta tierra reinaba la paz, había justicia; un hombre desbrozaba un terreno con la alegría de que sus nietos vivirían para ararlo. Pero esos nietos han muerto a manos de los sajones o de sus hermanos britanos. Si no hacemos nada, el caos se extenderá hasta que no queden sino sajones jactanciosos con sus hechiceros locos. Si Gorfyddyd vence, despojará a Dumnonía de toda su riqueza, pero si gano yo, abrazaré a Powys fraternalmente. Todo mi ser se rebela contra lo que estamos haciendo, mas así tal vez logremos colocar cada cosa en su lugar. —Nos miró a los dos—. Los tres pertenecemos a Mitra, así que podéis ser testigos del juramento que hago ahora. —Hizo una pausa. Empezaba a odiar los juramentos y los deberes que conllevaban, pero se encontraba de tal ánimo tras el encuentro con Aelle que, se dispuso a cargar con otro juramento más—. Tráeme una piedra, Derfel —me ordenó.

Desenterré una piedra de un puntapié y la limpié; luego, a una señal de Arturo, escribí el nombre de Aelle en la piedra con la punta del cuchillo. Arturo cayó un agujero hondo al pie del

roble con su propia daga y se puso en pie.

—Juro que si sobrevivo a la batalla contra Gorfyddyd, vengaré a las almas inocentes de Ratae que hace poco he condenado a la muerte. Mataré a Aelle. Lo destruiré, a él y a sus hombres. Daré sus cuerpos a los cuervos y sus riquezas a los niños de Ratae. Vosotros dos sois testigos, y si no cumplo este juramento, consideraos liberados de vuestras obligaciones para conmigo. —Dejó caer la piedra en el agujero y entre los tres la cubrimos de tierra con los pies—. ¡Qué los dioses me perdonen por las muertes que acabo de provocar! —concluyó.

Y partimos a provocar algunas más.

Fuimos a Gwent por Corinium. Ailleann seguía viviendo allí y, aunque Arturo vio a sus hijos, no quiso saludar a la madre personalmente, pues no deseaba que la noticia de semejante reencuentro hiriera a su amada Ginebra; sin embargo, me envió a mí con un presente para ella. Recibiómela Ailleann amablemente, pero tomó el regalo de Arturo con un encogimiento de hombros; tratábase de un pequeño broche de plata esmaltada con un animal semejante a una liebre, aunque de patas y orejas más cortas. Arturo lo había escogido del tesoro del santuario de Sansum, aunque repuso sin dilación el valor del broche con monedas de su bolsa.

—Le hubiera gustado disponer de algo mejor que enviaros —dije, transmitiéndole el mensaje de Arturo—, pero desgraciadamente los sajones se quedan con nuestras mejores joyas en estos días.

—En otro tiempo —contestó ella con amargura— el motivo de sus regalos era el amor, no la culpa. —Ailleann era aún una mujer llamativa, aunque había encanecido y sus ojos estaban nublados por la resignación. Llevaba una larga túnica azul de lana y el cabello recogido en dos rodetes iguales, uno a cada lado de la cabeza. Quedóse mirando el extraño animal de esmalte— ¿Qué creéis que es? —me preguntó—. No es una liebre. ¿Será un gato?

—Sagramor dice que se llama conejo. Los ha visto en un lugar llamado Capadocia, que no sé dónde se encuentra.

—No creáis todo lo que cuenta Sagramor —dijo con ironía, mientras se colocaba el broche en la túnica—. Tengo tantas joyas como una reina —añadió, mientras me conducía al pequeño patio de su casa romana—, pero sigo siendo esclava.

—¿Arturo no os dio la libertad? —pregunté asombrado.

—Le preocupa que desee volver a Armórica o que me vaya a Irlanda y me lleve a los gemelos conmigo. El día en que los niños cumplan la mayoría de edad, Arturo me devolverá la libertad, y ¿sabéis lo que haré? Me quedaré en el mismo lugar. —Me señaló una silla que había a la sombra de una parra—. Os habéis hecho mayor —dijo, sirviendo un vino de color paja de una botella enfundada en mimbre—. ¿Es cierto que Lunete os abandonó? —preguntó, al tiempo que me ofrecía un recipiente de cuerno.

—Creo que nos dejamos el uno al otro.

—Me han dicho que ahora es sacerdotisa de Isis —dijo en son de burla—. Me cuentan muchas cosas de Durnovaria, pero no creo ni la mitad.

—¿Cosas como qué?

—Si no lo sabéis, vale más que continuéis en la ignorancia. —Tomó un sorbo de vino que le hizo torcer el gesto—. Y lo mismo digo de Arturo. No le gustan las malas noticias, sólo las buenas. Cree incluso que los gemelos tienen algo de bueno.

Me quedé perplejo al oír a una madre hablar así de sus hijos.

—Seguro que algo bueno tendrán —dije.

Me miró directamente sin ocultar cierta burla.

—Derfel, los chicos no son mejores que antaño, y nunca fueron buenos. Culpan a su padre, creen que deberían ser príncipes y como tales se comportan. No hay maldad en esta ciudad que no hayan empezado o ayudado a producir, y cuando intento llamarlos al orden, me llaman ramera. —Partió un trozo de tarta y echó las migas a los gorriones. Un criado barría el extremo opuesto del patio con un manojo de retama, pero Ailleann le ordenó que nos dejara solos y me preguntó sobre la guerra; intenté ocultar el pesimismo que me inspiraba el enorme ejército de Gorfyddyd—. ¿No podéis llevaros a Amhar y Loholt? —me preguntó luego—. Tal vez se conviertan en buenos soldados.

—No creo que su padre los considere con edad suficiente.

—Si es que se hace consideraciones respecto a ellos alguna vez. Les envía dinero, pero más valdría que no lo hiciera. —Acarició el broche nuevo—. Los cristianos de la ciudad dan a Arturo por perdido.

—Todavía no, señora.

—No será por mucho tiempo, Derfel —dijo con una sonrisa—. El pueblo subestima a Arturo. Ven su bondad, oyen de su amabilidad, escuchan sus discursos sobre justicia pero nadie, ni siquiera vos, sabe de la llama que arde dentro de él.

—¿Cuál es?

—La ambición —contestó llanamente, y luego lo pensó un momento—. Su espíritu —prosiguió— es un carro tirado por dos caballos, la ambición y la conciencia; pero creedme, Derfel, lleva en la diestra las riendas del caballo de la ambición, que siempre se impone al otro. Y es tan capaz, tan capaz. —Sonrió con tristeza—. Basta con mirarlo cuando parece acabado, cuando se hunde en el pozo más oscuro; os asombrará. Yo ya lo he visto en otras ocasiones. Triunfará, pero entonces el caballo de la conciencia tirará de las riendas y Arturo cometerá el error de siempre, perdonar a sus enemigos.

—¿Tan malo es eso?

—No es que sea malo ni bueno, Derfel, es una cuestión práctica. Los irlandeses conocemos una verdad esencial: un enemigo perdonado es un enemigo contra el que habrá que luchar una y otra vez. Arturo confunde poder con moralidad y adoba la mezcla con la creencia de que los hombres son buenos por naturaleza, todos, hasta los peores, y por esa razón, no olvidéis lo que os digo, jamás logrará la paz. Ansia la paz, habla de paz, pero siempre tendrá enemigos a causa de su espíritu confiado. A menos que Ginebra consiga poner un poco de pedernal en su corazón, cosa que no es improbable. ¿Sabéis a quién me recuerda Ginebra?

—No sabía que la conocerais.

—Tampoco conozco a la persona a la cual me recuerda, pero oigo muchas cosas y

a Arturo sí que lo conozco bien. Creo que se parece a la madre de Arturo, atractiva y fuerte, y sospecho que Arturo haría cualquier cosa por satisfacerla.

—¿Aunque fuera contra su conciencia?

La pregunta hizo sonreír a Ailleann.

—Deberíais de saber, Derfel, que algunas mujeres siempre exigen a sus hombres un precio desorbitado. Cuanto más paga el hombre, más aumenta el valor de la mujer, y sospecho que Ginebra se valora en mucho a si misma. Y está bien que lo haga, así deberíamos hacerlo todas. —Pronunció las últimas palabras con pesadumbre, y se levantó de la silla—. Transmitidle mi amor

—me dijo cuando volvíamos hacia la casa— y pedidle por favor que se lleve a sus hijos a la guerra.

Arturo se negó a llevarlos consigo.

—Démosles un año más —me dijo cuando nos pusimos en camino a la mañana siguiente.

Había comido con los gemelos y les había entregado unos pequeños obsequios, pero todos contemplamos el resquemor con que Amhar y Loholt recibieron el afecto de su padre. A Arturo tampoco le pasó desapercibido, motivo por el cual mostróse anormalmente adusto durante la marcha hacia poniente.

—A los hijos de madre soltera —comentó tras un largo silencio— les falta una parte del alma.

—¿Qué me decís de la vuestra, señor? —pregunte.

—La remiendo todas las mañanas, Derfel, agujero por agujero. —Suspiró—. He de dedicar tiempo a Amhar y Loholt, y sólo los dioses saben de dónde lo sacaré, porque dentro de cuatro o cinco meses seré padre otra vez. Si es que vivo —añadió sombríamente.

De modo que Lunete tenía razón, Ginebra estaba encinta.

—Me alegro por vos, señor —dije, aunque me acordé de que Lunete había comentado que Ginebra no se alegraba de su estado.

—¡Yo me alegro por mi! —rió, y el pesimismo desapareció de un plumazo—. ¡Y por Ginebra! A ella le hará bien y, dentro de diez años, Derfel, Mordred ascenderá al trono y Ginebra y yo nos retiraremos a algún lugar feliz a criar ganado, niños y cerdos. Entonces seré feliz. Enseñaré a Llamrei a tirar de la carreta y Excalibur será la aguijada de los bueyes de mi arado.

Traté de imaginarme a Ginebra convertida en campesina, mas no logré figurármela siquiera como labriega rica; no obstante, me reservé el comentario.

De Corinium fuimos a Glevum, cruzamos el Severn y nos adentramos en el corazón de Gwent. Componíamos una bella estampa pues, por deseo de Arturo, desfilábamos con las enseñas desplegadas al viento y los caballeros en armadura de combate, toda una exhibición de magnificencia para infundir nuevas esperanzas a los



lugareños, que habíanlas perdido todas; el pueblo daba por sentada la victoria de Gorfyddyd y, a pesar de ser tiempo de siega, faltaba alegría en los campos. Pasamos junto a una era y el cantor entonaba el Lamento de Essylt en vez de la alegre canción que imprimía ritmo a los mayales. Observamos que no había villa, casa o choza que no hubiera sido despojada de todo objeto de valor. Habían ocultado sus posesiones, bajo tierra seguramente, para que los invasores de Gorfyddyd no dejaran al pueblo desnudo.

—Los topes se están enriqueciendo de nuevo —comentó Arturo agriamente.

Sólo Arturo no cabalgaba con su mejor armadura.

—Morfans lleva mi cota maclada —repuso cuando le pregunté por qué llevaba la de repuesto, mucho más sencilla.

Morfans era el guerrero feo con el que había trabado amistad durante el festín con que se celebró la llegada de Arturo a Caer Cadarn, hacia ya muchos años.

—¿Morfans? —pregunté sin dar crédito a mis oídos—. ¿Cómo mereció semejante regalo?

—No es un regalo, Derfel, tan sólo un préstamo. Desde hace una semana, Morfans se deja ver muy cerca de los hombres de Gorfyddyd. Creen que ya estoy allí, y tal vez eso les contenga un poco. Al menos hasta el momento no hemos tenido noticia de ataque alguno.

No pude contener la risa al pensar en el feo rostro de Morfans oculto bajo el yelmo de Arturo; y tal vez el engaño funcionara, pues cuando nos reunimos con el rey Tewdric en la guarnición romana de Magnis, el enemigo aún no había hecho ninguna incursión fuera de sus plazas fuertes en los montes de Powys.

Tewdric, ataviado con su elegante armadura romana, parecía casi un anciano. Tenía el pelo canoso y su porte ya no era el mismo que la última vez que lo viera. Recibió con un bufido las nuevas sobre Aelle pero luego se esforzó por mostrar un poco más de amabilidad.

—Buenas nuevas —dijo secamente, y se restregó los ojos—, aunque bien sabe Dios que Gorfyddyd no necesita de la ayuda sajona para vencernos. Le sobran hombres.

La fortificación romana bullía de actividad. En las armerías se fabricaban puntas de lanza y todos los fresnos en varias millas a la redonda habían sido convertidos en varas de lanza. Arribaban a cada hora carretas con las mieses recogidas y los hornos de los panaderos ardían con la misma fiebre que las fraguas de los herreros, de modo que el humo envolvía constantemente el lugar. A pesar de la cosecha recién llegada, el ejército que se estaba reuniendo padecía hambre. La mayoría de los lanceros habían acampado fuera de la empalizada, algunos a varias millas de distancia, y a menudo surgían disputas por la ración de pan duro y judías secas. Otros grupos se quejaban de que las letrinas de los campamentos de río arriba envenenaban el agua

potable. Proliferaban las enfermedades, el hambre y las deserciones, prueba palpable de que ni Tewdric ni Arturo habían tenido que vérselas nunca con los problemas de organizar un ejército tan numeroso.

—Pues si nosotros tenemos dificultades —comentó Arturo con optimismo—, imagínate los problemas que tendrá Gorfyddyd.

—Preferiría tener sus problemas en vez de los míos —replicó Tewdric sombríamente.

Mis lanceros, que seguían a las órdenes de Galahad, estaban acampados a ocho millas al norte de Magnis, donde Agrícola, el comandante de Twedric, mantenía estrecha vigilancia sobre las montañas que señalaban la frontera entre Gwent y Powys. Me llenó de alegría volver a ver los yelmos con las colas de lobo. Tras el desaliento que había visto en los campos, me regocijé pensar que allí, al menos, había hombres que jamás conocerían la derrota. Nimue me acompañó y los hombres la rodearon para que tocara sus lanzas y sus espadas y les comunicara fuerza. Nimue cumplía las funciones de Merlín y, como sabían que había regresado de la isla de los Muertos, creían que era casi tan poderosa como su señor.

Agrícola me recibió en una tienda de campaña, la primera que veía en mi vida. Era un artilugio maravilloso, con un eje central y cuatro palos en las esquinas que sujetaban un dosel de lienzo por el que se filtraba la luz, de modo que el cabello blanco de Agrícola adquiría un extraño tinte amarillo. Llevaba puesta la armadura romana y estaba sentado a una mesa cubierta de trozos de pergamino. Como hombre severo que era, nos recibió con un saludo al uso, aunque tuvo una palabra de alabanza para mis hombres.

—Se muestran seguros, pero también el enemigo se muestra seguro, y ellos son mucho más numerosos que nosotros —comentó en tono desalentador.

—¿Cuántos son? —pregunté.

Mi franqueza pareció ofenderle, pero yo ya no era el muchacho que veía por primera vez al señor de la guerra de Gwent. Yo también era lord, comandante de mis hombres, y tenía derecho a saber qué circunstancias les aguardaban. Aunque quizá no fuera la franqueza lo que le irritara, sino el rechazo a hablar de la preponderancia del enemigo. No obstante, al final hizo recuento.

—Según nuestros espías —dijo—, Powys ha reunido seiscientos lanceros entre sus propios súbditos. Gundleus ha traído doscientos cincuenta de Siluria, tal vez más. Ganval de Elmet ha enviado doscientos, y sólo los dioses saben cuántos hombres sin amo se han unido a la enseña de Gorfyddyd por reclamar parte del botín.

Los hombres sin amo eran bribones, desterrados, asesinos y salvajes que se apuntaban al ejército sólo por el botín con que pudieran hacerse en la batalla. Tales hombres eran de temer, pues tenían todo que ganar y nada que perder. Pensé que esa calaña no debía de abundar entre los nuestros, no sólo porque se nos daba por

vencidos sino también porque tanto Tewdric como Arturo no veían con buenos ojos a esos hombres sin ley. Sin embargo, muchos de los mejores caballeros de Arturo habían salido de entre ellos. Algunos guerreros, como Sagramor, habían luchado en los ejércitos romanos derrotados por los bárbaros que invadieron Italia, pero el genio juvenil de Arturo había logrado organizar en bandas de guerra a muchos de aquellos mercenarios sin ley.

—Debo añadir —prosiguió Agrícola en tono alarmante— que el reino de Cornovia ha aportado hombres, y ayer mismo supimos que Oengus Mac Airem de Demetia se ha sumado con una banda de guerreros Escudos Negros, unos cien hombres fuertes, calculo. Por otra parte, hemos sido informados de que los hombres de Gwynedd se han unido a Gorfyddyd.

—¿De la leva? —pregunté.

—Unos quinientos o seiscientos —replicó Agrícola tras encogerse de hombros—, o incluso mil. Pero no llegarán antes de que termine la cosecha.

Empecé a arrepentirme de haber preguntado.

—¿Con cuántos contamos nosotros, señor?

—Ahora que ha llegado Arturo... —hizo una pausa—. Setecientas lanzas.

No dije nada. No era de extrañar que los hombres de Gwent y Dumnonía enterraran cuantos bienes poseyeran y murmuraran que Arturo debía abandonar Britania. Nos enfrentábamos a una horda.

—Os agradecería —añadió Agrícola con acidez, como si la idea de gratitud fuera completamente ajena a su pensamiento— que no divulgarais los datos que os he dado. Ya se han producido desertiones más que suficientes. Si continuamos así, más valdría que caváramos nuestras propias tumbas.

—Entre mis hombres, ni una —dije con énfasis.

—No —admitió—, todavía no. —Se puso en pie, tomó su corta espada romana que pendía del mástil de la tienda y se detuvo en el umbral de la entrada para echar una torva mirada hacia los montes enemigos—. Dicen que sois amigo de Merlín.

—Sí, señor.

—¿Acudirá?

—Lo ignoro, señor.

—Ruego por que así sea —musitó con un bufido—. Es necesario que alguien imbuya sensatez a este ejército. Se ha convocado a todos los comandantes a un consejo de guerra esta noche en Magnis. —Lo anunció con amargura, como si supiera que tales reuniones provocaban más desavenencias que camaradería—. Presentaos allí a la puesta del sol.

Galahad me acompañó y Nimue se quedó con mis hombres, pues su presencia les infundía ánimos; me alegré de que no viniera con nosotros porque el obispo Conrad de Gwent abrió el consejo con una oración pletórica de desaliento, rogando a su dios

que nos concediera fuerza para enfrentarnos al poderosísimo enemigo. Galahad, con los brazos extendidos en la postura de los cristianos para rezar seguía la oración del obispo con un murmullo, mientras los paganos protestaban en voz baja diciendo que no debíamos pedir fuerza sino victoria. Eché de menos la presencia de algún druida entre nosotros, pero Tewdric, que era cristiano, no tenía ninguno a su servicio y Balise, el anciano que oficiara en la aclamación de Mordred, había muerto durante el primer invierno que pasé en Benoic. Comprendí el deseo de Agrícola de que Merlín acudiese, pues un ejército sin druidas se situaba en desventaja frente al enemigo.

Al consejo asistieron cuarenta o cincuenta hombres, todos jefes o comandantes. Nos reunimos en el desnudo salón de la casa de baños de Magnis, un recinto que me recordó la iglesia de Ynys Wydryn. El rey Tewdric, Arturo, Agrícola y el hijo de Tewdric, el Edling Meurig, se sentaron a una mesa elevada sobre un estrado de piedra. Meurig se había convertido en una criatura delgada y pálida, y aquella armadura romana que nada le convenía le daba un aspecto aún más desvalido. Acababa de alcanzar la edad de unirse al ejército, pero su personalidad nerviosa no encajaba con las exigencias de la guerra. Parpadeaba sin cesar, como aquel a quien el sol ciega al salir de una habitación muy oscura, y no paraba de manosear una maciza cruz de oro que llevaba colgada al cuello. Arturo fue el único de los comandantes que no se presentó vestido de guerrero, y daba la impresión de sentirse a gusto ataviado como un labriego.

Los guerreros lanzaron vítores y golpearon el suelo con las lanzas cuando el rey Tewdric anunció que, al parecer, los sajones se habían retirado de la frontera oriental, pero aquella noche no volvió a producirse otra manifestación de euforia durante un buen rato, porque Agrícola tomó la palabra y comparó las fuerzas de ambos ejércitos sin tapujos. No enumeró los contingentes menores del enemigo, pero incluso así quedó patente que el ejército de Gorfyddyd nos superaría en una proporción de dos a uno.

—¡Pues seremos doblemente mortíferos! —gritó Morfans desde el fondo.

Había devuelto la armadura a Arturo jurando que sólo un héroe sería capaz de soportar tanta cantidad de metal sobre los hombros y además luchar. Agrícola pasó por alto la interrupción y añadió que la siega terminaría en una semana y que entonces el ejército de leva de Gwent vendría a aumentar nuestro número. Nadie pareció animarse con la noticia.

El rey Tewdric habló de la conveniencia de enfrentarnos a Gorfyddyd al pie de las murallas de Magnis.

—Dadme una semana —dijo— para llenar esta fortaleza con la nueva cosecha y Gorfyddyd no logrará expulsarnos jamás. Luchemos aquí —dijo, señalando hacia la oscuridad que se abría tras las puertas del salón—, y si la batalla se tuerce, nos retiramos tras las puertas y que rompan sus lanzas contra la empalizada.

Era la táctica preferida de Tewdric, y la había perfeccionado con los años: la guerra de sitio, atrincherarse tras las murallas levantadas por ingenieros romanos muertos hacía mucho tiempo ya, contra las cuales de nada servían las espadas ni las lanzas enemigas. Un murmullo de acuerdo se elevó en la sala, murmullo que aumentó cuando Tewdric anunció al consejo la posibilidad de que Aelle estuviera planeando un ataque a Ratae.

—Entretengamos aquí a Gorfyddy —dijo un hombre—, y se apresurará a volver al norte tan pronto como tenga noticia de que Aelle ataca por la puerta de atrás.

—Aelle no luchará por mí.

Era la primera intervención de Arturo y se hizo el silencio en el salón. Arturo pareció avergonzado de haberse pronunciado con tanta rudeza. Sonrió a Tewdric disculpándose y preguntó en qué lugar exactamente se hallaban reunidas las fuerzas enemigas. Él ya conocía la respuesta, naturalmente, pero hizo la pregunta para que también los demás tuviéramos conocimiento. Respondió Agrícola en vez de Tewdric.

—Las posiciones de vanguardia cubren el terreno entre Monte Coel y Caer Lud. El grueso del ejército está reunido en Branogenium y algunas tropas avanzan desde Caer Sws.

Esos nombres nada significaban para nosotros, pero Arturo daba a entender que dominaba la geografía.

—¿De forma que los montes que nos separan de Branogenium están defendidos?

—Todos los pasos —corroboró Agrícola— y todos los picos.

—¿Cuántos son en el valle del Lugg? —preguntó Arturo.

—Por lo menos doscientos lanceros de los mejores. No son incautos, señor —añadió Agrícola con acritud.

Arturo se puso en pie. En los consejos se manejaba con destreza, sabía imponerse a las multitudes descontentas. Nos sonrío.

—Lo que ahora voy a decir lo entenderán muy bien los cristianos —anunció, halagando sutilmente a los que con mayor probabilidad se le opondrían—. Imaginaos una cruz cristiana. Aquí, en Magnis, nos hallamos al pie de la cruz. El madero vertical es la calzada romana que va de norte a sur desde Magnis hasta Branogenium, y el transversal es la cadena de montañas que cierra el paso de la calzada. Monte Coel está a la izquierda del madero transversal y el valle del Lugg en el centro. La calzada y el río cruzan las montañas por ese mismo valle.

Adelantóse hasta la parte anterior de la mesa y sentóse en el borde para estar más cerca de los que escuchábamos.

—Ahora, imaginaos la situación —continuó—. La luz de las antorchas proyectaba sombras en sus alargadas mejillas, pero los ojos le brillaban y hablaba con tono enérgico.

—Todos creen saber que perderemos la batalla, pues el enemigo nos supera en

numero. Esperamos aquí a que Gorfyddyd nos ataque. Esperamos aquí y el desánimo empieza a cundir entre nosotros; unos nos arrojamos sobre nuestras lanzas, otros caen enfermos y en todos arraiga la amargura de pensar en el gran ejército que nos acecha desde las hondonadas de los montes que rodean Branogenium. Procuramos no imaginar nuestra línea de defensa emparedada y el enemigo atacando desde tres flancos a la vez. ¡Pero reparad en el enemigo! ¡También se mantiene a la espera! Mientras tanto, se hacen fuertes. Llegan refuerzos de Cornovia, de Elmet, de Demetia, de Gwynned. Los desterrados se les unen para ganar un terruño y los proscritos para participar en el botín. Saben que van a ganar y que nosotros aguardamos como ratones acorralados por una manada de gatos.

Volvió a sonreír y se levantó.

—Pero no somos ratones. Con nosotros se encuentran algunos de los más grandes guerreros que empuñaran jamás la lanza. ¡Tenemos campeones entre nosotros! —Comenzaron las ovaciones—. ¡Podemos matar como gatos! ¡Y también sabemos despellejar! Pero —añadió, frenando la siguiente demostración de euforia que ya comenzaba a oírse—, pero, no será así si nos quedamos aquí esperando el ataque. Si permanecemos encerrados entre las murallas de Magnis, ¿qué sucede? El enemigo nos rodea. Se apodera de nuestros hogares, de nuestras esposas, de nuestros hijos, de nuestras tierras, de nuestros rebaños y de nuestra cosecha recién recogida, y quedamos reducidos a la situación de ratones atrapados. Tenemos que lanzarnos al ataque, ¡y enseguida!

Agrícola esperó a que terminaran las ovaciones.

—Y ¿por dónde atacamos? —inquirió desabrido.

—Donde menos lo esperan, señor, ¡en su plaza más fuerte! En el valle del Lugg. ¡En el centro de la cruz! ¡Directo al corazón! —Levantó una mano para detener los vivas—. El valle es angosto y no permite rodear una barrera de escudo por los flancos. La calzada vadea el río al norte del valle. —Hablaba con el ceño fruncido, tratando de recordar un lugar que sólo había visto una vez en la vida, pero Arturo poseía la memoria de un soldado para el terreno y no necesitaba ver un terreno más que una vez para no olvidarlo—. Tendremos que situar hombres en la montaña occidental para impedir que los arqueros enemigos arrojen flechas desde lo alto, pero tan pronto como alcancemos el valle, juro que nadie nos moverá.

—Aunque resistamos allí —objetó Agrícola—, ¿cómo lograremos llegar? Ya han colocado doscientos arqueros en ese paso, más tal vez, pero aunque sólo fueran cien, podrían defender el

valle el día entero. Cuando hayamos conseguido abrirnos camino hasta el otro extremo del valle, Gorfyddyd ya habrá llegado con sus hordas desde Branogenium. O peor aún, los irlandeses Escudos Negros que guarnecen Monte Coel pueden avanzar hacia el sur y cortarnos la retirada. Aunque no nos muevan, señor, nos matarán en el

sitio.

—Los irlandeses de Monte Coel no importan —replicó Arturo con despreocupación. Estaba emocionado y azogado y empezó a pasear de un lado a otro del estrado dando explicaciones, tratando de ganarse a la audiencia—. Os ruego que penséis, lord rey —le dijo a Tewdric—, en las consecuencias que nos acarrearía atrincherarnos aquí. Llega el enemigo, nos retiramos tras los inexpugnables muros y ellos invaden nuestras tierras. A mediados de invierno seguiremos con vida, ¿pero quién más, en toda Gwent o Dumnonia? No. Esos montes al sur de Branogenium son las murallas de Gorfyddyd. Si las cruzamos, tendrá que luchar contra nosotros y, si esa lucha se produce en el valle del Lugg, ya puede darse por vencido.

—Los doscientos hombres situados en el valle del Lugg nos detendrán —insistió Agrícola.

—¡Se evaporarán como niebla! —exclamó Arturo con convicción—. Son doscientos hombres que jamás se han enfrentado a caballos con armadura.

—Hay una barrera de árboles caídos que impide el acceso al valle —arguyó Agrícola haciendo un gesto negativo con la cabeza—. Los caballos con armadura no podrán pasar —hizo una pausa y abrió el puño para alzar la palma— y morirán —afirmó sin sombra de duda, en tono tan determinante que Arturo hubo de sentarse.

En el recinto se respiraban aires de derrota. En el exterior, donde los herreros trabajaban día y noche, oí el hervor de una hoja recién forjada al ser templada en agua.

—¿Me concedéis venia para hablar? —intervino Meurig, el hijo de Tewdric. Tenía una voz muy aguda y un tono rayano en mohíno; además, era ostensiblemente miope, pues forzaba la vista y torcía la cabeza cuando quería mirar a alguno de los que presidían el consejo—. Quisiera preguntar —dijo una vez su padre le hubo dado permiso para dirigirse al consejo— por qué hemos de presentar batalla.

Parpadeó repetidas veces tras formular la pregunta. Nadie respondió, quizá porque a todos nos sorprendió grandemente la pregunta.

—Dejadme, permitidme, consentid que os conteste yo mismo —prosiguió Meurig con cierta pedantería. Aunque fuera joven, mostraba la seguridad en sí mismo propia de un príncipe, si bien la falsa modestia de que revistió su intervención me pareció irritante—. Nos enfrentamos a Gorfyddyd, corregidme si yerro, por nuestra antigua alianza con Dumnonia. Dicha alianza nos ha sido valiosa, sin duda, pero a mi entender Gorfyddyd no tiene los ojos puestos en el trono de Dumnonia.

Un murmullo de protesta se produjo entre los dumnonios presentes, pero Arturo levantó la mano en demanda de silencio y luego indicó a Meurig que continuara. Meurig parpadeó y tironeó de la cruz que llevaba al cuello.

—¿Por qué presentamos batalla? Yo lo diría con otras palabras, ¿se trata de nuestro casus belli?

—¿Casus belli? —repitió Culhwch a gritos. Me había visto llegar. Cruzó el salón para saludarme y me habló al oído—. Los hijos de perra tienen escudos endebles, Derfel, y están buscando la forma de escabullirse.

Arturo se levantó de nuevo y se dirigió secamente a Meurig.

—La causa de la guerra, lord príncipe, es el juramento hecho por vuestro padre de mantener al rey Mordred en el trono, y es evidente que Gorfyddyd piensa arrebatárselo a nuestro rey.

—Pero a mi entender —continuó Meurig—, y corregidme sí me equivoco, os lo ruego, Gorfyddyd no aspira a destronar al rey Mordred.

—¿Lo sabéis a ciencia cierta? —terció Culhwch a voces.

—Existen indicios —contestó Meurig irritado.

—Algunos hijos de perra han estado en contacto con el enemigo —me dijo Culhwch al oído—. ¿Alguna vez te han puesto un cuchillo en la espalda, Derfel? Porque creo que a Arturo se lo acaban de poner.

Arturo mantenía la calma.

—¿Qué indicios son éstos? —preguntó con tono apacible.

El rey Tewdric guardó silencio durante la intervención de su hijo, prueba suficiente de que éste contaba con su aprobación para insinuar, aunque fuera con delicadeza, que más valía aplacar a Gorfyddyd que enfrentarse a él; sin embargo, en ese momento el rey, envejecido y cansado tomó el control del salón.

—No existen indicios, señor, sobre los cuales desee apoyar mi posición. No obstante —cuando pronunció estas palabras con tanto énfasis, todos comprendimos que Arturo había perdido el debate—, no obstante, señor, estoy convencido de que no debemos provocar a Powys innecesariamente. Veamos si es cierto que no podemos tener paz. —Hizo una pausa como si temiera provocar la ira de Arturo, pero éste no dijo nada. Tewdric suspiró—. Gorfyddyd lucha —prosiguió lentamente, escogiendo las palabras con medida— a causa de una ofensa hecha a su familia. —Volvió a detenerse temiendo que su franqueza pudiera molestar a Arturo, pero Arturo, que jamás eludía responsabilidades, la aceptó con un gesto poco entusiasta—. Pero nosotros —prosiguió Tewdric— luchamos por mantener la palabra dada a Uter, el rey supremo, palabra por la que nos comprometimos a mantener a Mordred en el trono. Yo declaro que no romperé ese juramento.

—¡Ni yo! —exclamó Arturo en voz alta.

—Pero, lord Arturo, ¿y si el rey Gorfyddyd no tuviera intenciones de usurpar el trono? —preguntó Tewdric—. Sí sus intenciones fueran mantener a Mordred como rey, ¿por qué lucharíamos nosotros?

Se produjo un gran alboroto en el salón. Los dumnonios olían la traición y los de Gwent olfateaban la posibilidad de eludir la guerra; empezamos a insultarnos unos a otros hasta que Arturo impuso silencio de un manotazo en la mesa.



—El último mensajero que envié a Gorfyddyd —informó Arturo— me fue devuelto con la cabeza cortada dentro de un saco. ¿Deseáis, lord rey, que enviemos a otro?

Tewdric hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Gorfyddyd no quiere recibir a mis mensajeros. Les obliga a retroceder en la frontera. Pero si aguardamos aquí y dejamos que su ejército malgaste esfuerzos contra las murallas, confío en que se desanime y se muestre dispuesto a negociar.

Un murmullo de aprobación se elevó entre sus hombres.

Arturo intentó una vez más persuadir a Tewdric. Describió a nuestro ejército enterrado tras los muros mientras la horda de Gorfyddyd saqueaba los graneros con la cosecha recién recogida, mas los hombres de Gwent resistieron el poder persuasorio de su apasionada oratoria. No veían sino líneas de defensa rodeadas por el enemigo y campos de cadáveres, de modo que se aferraron a la creencia de su rey según la cual la paz sólo sería posible si se atrincheraban en Magnis y dejaban que Gorfyddyd agotara las fuerzas de los suyos tratando de abatir las inexpugnables murallas. Empezaron a exigir el consentimiento de Arturo a dicha estrategia y vi el dolor que ello le causaba.

Había perdido. Si se quedaba allí, Gorfyddyd pediría su cabeza. Si huía a Armórica, viviría, pero abandonaría a Mordred y renunciaría a su sueño de una Britania justa y unida. El clamor iba en aumento, y fue entonces cuando Galahad se puso en pie y pidió a gritos la palabra.

Tewdric señaló hacia él y mi amigo se presentó.

—Lord rey, soy Galahad —dijo—, un príncipe de Benoic. Si el rey Gorfyddyd se niega a recibir mensajeros de Gwent o de Dumnonia, seguro que no rechazará a uno de Armórica. Lord rey, dadme vuestro consentimiento para partir a Caer Sws y averiguar las intenciones de Gorfyddyd en lo que concierne a Mordred. En caso de que me concedáis licencia, lord rey, ¿daréis por buena mi palabra como veredicto?

Tewdric aceptó de muy buen grado. Cualquier intento de evitar la guerra le parecía adecuado, pero seguía pendiente de la opinión de Arturo.

—Supongamos que Gorfyddyd declara que Mordred está a salvo —le dijo a Arturo—. ¿Qué haríais en tal caso?

Arturo miraba la mesa fijamente. Su sueño se le escapaba de las manos pero no podía mentir para salvarlo, de modo que levantó los ojos con una sonrisa triste.

—En tal caso, lord rey, abandonaría Britania y os confiaría a Mordred por entero.

Los dumnonios volvimos a manifestar nuestro desacuerdo, pero fue Tewdric quien nos impuso silencio.

—No sabemos la respuesta que nos traerá el príncipe Galahad —dijo—, pero os prometo que si el trono de Mordred está amenazado, yo, el rey Tewdric, presentaré batalla. En caso contrario, no veo razón alguna para ir a la guerra.

Hubimos de conformarnos con tal promesa. Al parecer, la guerra dependía de la respuesta de Gorfyddyd. Al día siguiente Galahad partió hacia el norte en busca de la respuesta.

Y yo partí con él. Decidí acompañarlo aun en contra de sus deseos, pues arguyó que mi vida corría peligro. Mantuvimos una discusión enconada como nunca hasta entonces y rogué a Arturo que intercediera por mí, pues al menos un dumnonio debía escuchar la declaración de intenciones de Gorfyddyd con respecto a nuestro rey. Arturo discutió mi caso con Galahad y por fin, éste cedió. A fin de cuentas éramos amigos, pero por mí propia seguridad insistió en que me hiciera pasar por criado suyo durante el viaje y que pintara su enseña en mi escudo.

—¡No tienes enseña! —le dije.

—Ahora si —replicó, y ordenó que pintaran una cruz en nuestros escudos—. ¿Por qué no? —me preguntó—. Soy cristiano.

—No me parece apropiado —repuse.

Yo estaba acostumbrado a escudos de guerra con toros, águilas, dragones y ciervos, no con un pobre motivo de geometría religiosa.

—A mí me gusta —dijo—; y además ahora eres mi humilde siervo, Derfel, de modo que tu opinión no me interesa para nada. Para nada.

Lanzó una carcajada y esquivó un puñetazo que le dirigí al brazo.

Me vi obligado a cabalgar hasta Caer Sws. En todos los años que compartí con Arturo nunca llegué a acostumbrarme a ir sentado a lomos de un caballo. Me parecía más natural sentarme en la parte más baja de la espalda del animal, pero cabalgando de aquella forma era imposible sujetarse a los flancos con las rodillas, para lo cual había que deslizarse hacia delante hasta quedar colgado justo en la base del cuello, con los pies colgando por detrás de sus cuartos delanteros. Al final opté por asegurar un pie en la cincha para tener un punto de apoyo, variante que ofendió a Galahad, orgulloso como estaba de su estilo hípico.

—¡Monta como Dios manda! —me decía.

—¡Pero no tengo dónde apoyar los pies!

—El caballo tiene cuatro, ¿para qué quieres más?

Cabalgamos hasta Caer Lud, la principal fortaleza de Gorfyddyd en las montañas fronterizas. El pueblo se hallaba en un monte, junto a un meandro del río, y supusimos que los centinelas estarían menos atentos que los de la calzada romana del valle del Lugg. Aun así, no declaramos la verdadera misión que nos llevaba a Powys, sino que nos identificamos como hombres sin tierra procedentes de Armórica que deseaban entrar en el país de Gorfyddyd. Los guardias, al descubrir que Galahad era príncipe, insistieron en darnos escolta hasta el comandante de la plaza, de modo que nos condujeron por el pueblo, rebotante de hombres armados cuyas lanzas descansaban a la puerta de cada casa y cuyos cascos se apilaban bajo los bancos de

las tabernas. El comandante era un hombre abrumado por los problemas que dejaba traslucir su odio hacia las responsabilidades de gobernar una guarnición desbordada por la inminencia de la guerra.

—Supe que veníais de Armórica tan pronto como vi vuestros escudos, lord príncipe —le dijo a Galahad—; es un símbolo de otras tierras para nuestros ojos provincianos.

—Y un símbolo honorable a los míos —repuso Galahad con seriedad, sin mirarme.

—Sin duda, sin duda —replicó el comandante. Se llamaba Halsyd—. Y os damos la bienvenida lord príncipe. Nuestro rey supremo acoge a todos... —Enmudeció cohibido. Estaba a punto de decir que Gorfyddyd acogía a todos los guerreros desterrados, pero tal calificativo rayaba en el insulto, aplicado a un príncipe despojado del reino de Armórica—. A todos los hombres valientes —se corrigió—. ¿Por casualidad teníais intenciones de quedaros aquí?

Temía que fuéramos dos hambrientos más en un pueblo que ya se veía obligado a alimentar a la numerosa soldadesca presente.

—Quisiera dirigirme a Caer Sws —anunció Galahad— con mí criado —añadió, señalándome.

—Que los dioses os acorten el camino, lord príncipe.

Y así entramos en tierras enemigas. Cabalgamos por valles tranquilos donde el grano recién engavillado parcelaba los campos y cuyos pomares estaban rebosantes de manzanas maduras. Al día siguiente entramos en las montañas siguiendo el camino de polvo que serpenteaba entre grandes extensiones de bosques húmedos hasta que, finalmente, remontamos una arboleda y cruzamos el paso que llevaba a la capital de Gorfyddyd. Sentí un escalofrío nervioso al columbrar las rudas murallas de tierra de Caer Sws. Aunque el ejército de Gorfyddyd se estuviera reuniendo en Branogenium, a unas cuarenta millas de distancia, las tierras que rodeaban Caer Sws hervían de soldados. Las tropas habían levantado toscos refugios de paredes de piedra y techumbre de turba alrededor del alcázar, donde ondeaban ocho enseñas en señal de que eran ocho los reinos que engrosaban las filas cada vez más numerosas de Gorfyddyd.

—¿Ocho? —preguntó Galahad—. Powys, Siluria, Elmet y ¿cual más?

—Cornova, Demetia, Gwynedd, Rheged y los Escudos Negros de Demetia —dije, completando la amenazadora lista.

—No me extraña que Tewdric quiera la paz —comentó Galahad en voz baja, asombrado por el número de hombres acampados a ambos lados del río que regaba la capital enemiga.

Bajamos en dirección a aquella colmena de hierro. Los chiquillos nos perseguían atraídos por el extraño símbolo de nuestros escudos, mientras que sus madres

vigilaban nuestro paso con recelo desde las aberturas sombrías de sus refugios. Los hombres nos miraban de pasada, tomando nota de nuestra insignia y de la calidad de nuestras armas, pero ninguno nos detuvo hasta que llegamos a las puertas de *Caer Sws*, donde la guardia real de *Gorfyddyd* nos cerró el paso con lanzas pulidas.

—Soy *Galahad*, príncipe de *Benoic* —se anunció pomposamente— y vengo a visitar a mi primo el rey supremo.

—¿Sois primos? —musité.

—Así se expresa la realeza —me contestó en un susurro.

Lo que vimos en el interior de la fortaleza justificaba en parte la presencia de tantos soldados en *Caer Sws*. Tres altas estacas habían sido clavadas al suelo para las ceremonias formales que precedían a la guerra. *Powys* era uno de los reinos donde la influencia cristiana era menor y los ritos antiguos se observaban escrupulosamente; pensé que muchos de los soldados que acampaban extramuros habrían vuelto de *Branogenium* sólo para presenciar las ceremonias e informar a sus camaradas de que los dioses habían sido aplacados. *Gorfyddyd* no emprendería la invasión precipitadamente sino con arreglo al procedimiento, y pensé que *Arturo* tenía razón al pensar que un ataque por sorpresa podía hacer tambalearse un plan tan toscamente organizado.

Unos criados se llevaron nuestros caballos y cuando un consejero, tras un interrogatorio, se hubo cerciorado de que *Galahad* era quien decía ser nos hicieron pasar a un gran salón de festejos. El ujier recogió nuestras espadas, escudos y lanzas y los colocó junto a las armas de los hombres reunidos en el salón de *Gorfyddyd*.

Había más de cien guerreros entre los achaparrados pilares de roble de donde pendían calaveras humanas, expresión del estado de guerra en que se hallaba el reino. Hallábanse reunidos bajo los cráneos reyes, príncipes, jefes y paladines de los ejércitos aliados. Los únicos muebles de la sala eran los tronos, alineados sobre un estrado al fondo de la estancia; *Gorfyddyd* se hallaba bajo el símbolo del águila, y junto a él, pero en un trono más bajo, estaba *Gundleus*. La mera visión del rey silurio me provocó palpitaciones en la cicatriz de la mano. *Tanaburs* estaba acucillado junto a *Gundleus*; y sentado a la derecha de *Gorfyddyd* se veía a *Iorweth*, su druida personal. *Cuneglas*, *Edling* de *Powys*, ocupaba el tercer trono, flanqueado por reyes a los que no reconocí. No había mujeres. Era sin duda un consejo de guerra, o al menos la ocasión de refocilarse juntos con la victoria que iban a conseguir. Todos vestían cota de malla y armadura de cuero.

Nos detuvimos al final del salón y vi que *Galahad* elevaba una plegaria silenciosa a su dios. Un perro lobo con una oreja mordida y el lomo lleno de cicatrices nos olisqueó las botas y volvió junto a su amo, que se hallaba junto con los demás guerreros en el suelo de tierra cubierto por esteras. En un rincón alejado, un bardo cantaba en voz baja una canción de guerra, aunque nadie prestaba oídos a su

monótono recitar, pues todos escuchaban a Gundleus, que enumeraba las fuerzas que habrían de llegar de Demetia. Un cacique, que evidentemente debía de haber sufrido a causa de los irlandeses en el pasado, arguyó que Powys no necesitaba a los Escudos Negros para derrotar a Arturo y a Tewdric, pero su protesta fue acallada por un gesto brusco de Gorfyddyd. Ya estaba dispuesto a aguardar hasta el final de la sesión, pero transcurridos breves minutos, nos condujeron al centro de la sala, al espacio despejado que había ante Gorfyddyd. Miré a Gundleus y a Tanaburs pero ninguno de ellos me reconoció.

Nos postramos de hinojos y aguardamos.

—Alzaos —dijo Gorfyddyd.

Obedecimos al instante, y una vez más contemplé su rostro amargo. Poco había cambiado desde la última vez que lo viera. Tenía las mismas bolsas bajo los ojos y su expresión recelosa era idéntica a la del día en que Arturo se presentó a pedir la mano de Ceinwyn, aunque la enfermedad sufrida entre tanto le había encanecido el pelo y la barba. La barba rala no ocultaba del todo el bocio que había desarrollado. Nos miró con cautela.

—Galahad —dijo con voz ronca—, príncipe de Benoic. Hemos oído hablar de vuestro hermano Lanzarote, pero no de vos. ¿Sois, al igual que vuestro hermano, cachorro de Arturo?

—Yo no debo obediencia a hombre alguno, lord rey —respondió Galahad—, sino a los huesos de mi padre, pisoteados por sus enemigos. Soy un hombre sin tierra.

Gorfyddyd se removió en el trono. Sobre el brazo izquierdo del asiento reposaba su manga vacía, recuerdo perenne de su odiado enemigo, Arturo.

—¿Acudís a mí en busca de tierras, Galahad de Benoic? —preguntó—. Son muchos los que se presentan con tal propósito —le advirtió, señalando a la multitud que atestaba el salón—. Aunque me atrevo a decir que en Dumnonia hay para todos.

—Acudo a vos, lord rey, con los saludos, traídos por voluntad propia, del rey Tewdric de Gwent.

El nombre causó sensación. Los del fondo, que no habían oído la declaración de Galahad, pidieron escucharla de nuevo y el murmullo de las conversaciones se prolongó varios segundos. Cuneglas, el hijo de Gorfyddyd, levantó la mirada bruscamente. Una preocupación se reflejaba en su rostro redondo de largos bigotes, y no me extrañó, pues Cuneglas, como Arturo, deseaba la paz; pero Arturo había destruido sus esperanzas al desdeñar a Ceinwyn, y ahora el Edling de Powys no podía sino secundar a su padre en una guerra que prometía arrasarse todos los reinos del sur.

—Nuestros enemigos, al parecer, pierden la sed de guerra —dijo Gorfyddyd—. ¿Por qué otro motivo enviaría Tewdric sus saludos?

—Rey supremo —replicó Galahad, dirigiéndose a Gorfyddyd prudentemente por el título que él mismo se había adjudicado previendo la victoria—, el rey Tewdric no

teme al hombre, pero ama la paz por encima de todo.

Gorfyddyd se convulsionó de tal modo que pensé que iba a vomitar, pero entonces me di cuenta de que se estaba riendo.

—Los reyes sólo amamos la paz cuando la guerra no nos favorece. Esta reunión, Galahad de Benoic —añadió, señalando la multitud de jefes y príncipes— es motivo suficiente para que Tewdric prefiera la paz. —Hizo una pausa para cobrar resuello—. Hasta ahora, Galahad de Benoic, me he negado a recibir a los mensajeros de Tewdric. ¿Por qué habría de recibirlos? ¿Acaso el águila escucha al cordero que clama piedad? Dentro de pocos días espero escuchar el balido de todos los hombres de Gwent suplicándome la paz, mas de momento, y puesto que habéis llegado tan lejos, tal vez me hagáis pasar un buen rato.

—Decid, ¿qué ofrece Tewdric?

—Paz, lord rey, simplemente paz.

—Sois un desheredado, Galahad —escupió Gorfyddyd—, tenéis las manos vacías. ¿Acaso Tewdric cree que puede disponer de la paz a su antojo? ¿Acaso cree que he gastado el oro de mí reino en un ejército para nada? ¿Me toma por demente?

—Cree, señor, que el derramamiento de sangre entre britanos es un derroche inútil.

—Habláis como mujer, Galahad de Benoic —le insultó Gorfyddyd en voz suficientemente alta para que la chanza y las risas se extendieran por todo el salón—. Sin embargo —prosiguió, apaciguadas las carcajadas—, y puesto que habréis de llevar al rey de Gwent una respuesta u otra, decidle lo siguiente. —Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos—. Decidle que es un cordero que mama de las tetas secas de Dumnonia. Decidle que mi querella no es contra él sino contra Arturo, por lo que podrá tener la paz que desea con dos condiciones. Primera, que de paso franco a mi ejército por sus tierras, y segunda, que me proporcione grano suficiente para alimentar a un millar de hombres durante diez días. —Los guerreros presentes se asombraron ante la generosidad de las condiciones, que además traslucían un planteamiento ingenioso, pues si Tewdric aceptaba, evitaría el saqueo sistemático del país y facilitaría la invasión de Dumnonia—. Galahad de Benoic, ¿os han dado poder para aceptar estas condiciones?

—No, lord rey; sólo para preguntaros las condiciones que vos pondrías y para conocer vuestro pensamiento con respecto a Mordred, rey de Dumnonia, a quien Tewdric ha jurado proteger.

Gorfyddyd adoptó una expresión ofendida.

—¿Acaso me consideráis capaz de promover guerras contra los infantes? —preguntó; se puso en pie y avanzó hasta el borde del estrado de los tronos—. Esta guerra es contra Arturo —insistió, para ponerlo no sólo en nuestro conocimiento sino también en el de todos los presentes—, que prefirió tomar a una ramera de Henis

Wyren en vez de desposar a mi hija ¿Habría hombre capaz de dejar impune semejante insulto? —El salón en pleno se sumó a la respuesta—. ¡Arturo es un advenedizo — exclamó a gritos— nacido de una ramera, y a una ramera se ha unido! Mientras Gwent proteja al amante de la ramera, Gwent y Powys serán enemigos. Mientras Dumnonia luche por el amante de la ramera, Dumnonia y Powys serán enemigos. ¡Y nuestro enemigo nos procurará generosamente oro, esclavos, alimento, tierra, mujeres y gloria! Mataremos a Arturo y su ramera estará a nuestra disposición en las barracas. —Aguardó a que las ovaciones terminaran y luego miró a Galahad desde arriba imperiosamente—. Transmitidse lo así a Tewdric, Galahad de Benoic, y luego comunicádselo también a Arturo.

—Derfel será quien se lo diga a Arturo —clamó una voz en el salón; me volví y vi a Ligessac, otrora comandante de la guardia de Norwenna y traidor después, al servicio de Gundleus. Me señaló con el dedo—. Rey supremo, ese hombre ha jurado servir a Arturo. Lo juro por mi vida.

El salón hervía de agitación. Algunos me acusaban de espía a gritos y otros pedían mi muerte. Tanaburs me miraba fijamente, como si quisiera ver a través de mi barba y de mis gruesos bigotes; de pronto me reconoció y dio un grito.

—¡Matadlo! ¡Matadlo!

Los guardias de Gorfyddyd, los únicos hombres armados del salón, corrieron hacia mi. Gorfyddyd los detuvo alzando la mano, gesto que también fue acallando los ánimos poco a poco.

—¿Has jurado servir al amante de la ramera? —me preguntó el rey, como si fuera a dictar una sentencia de muerte.

—Derfel está a mi servicio, rey supremo —reiteró Galahad.

—Que responda por si mismo —replicó Gorfyddyd, señalándome con el dedo—. ¿Has jurado servir a Arturo?

—Sí, lord rey —admití, incapaz de renegar de un juramento.

Gorfyddyd bajó de la plataforma con paso plúmbeo y tendió su único brazo hacia un centinela sin dejar de mirarme con fijeza.

—¿Sabes, perro, lo que hicimos con el último mensajero de Arturo?

—Le disteis muerte, lord rey —dije.

—Envié su cabeza de gusano a tu señor, el amante de la ramera, así lo hice. ¡Vamos, rápido! —repitió el gesto hacia el centinela más cercano, que no sabía qué colocar en la mano tendida de

su rey—. ¡La espada, imbécil! —gritó Gorfyddyd, y el hombre sacó la espada a toda prisa y se la entregó al rey por el pomo.

—Lord rey —dijo Galahad interponiéndose; pero Gorfyddyd hizo girar el arma de modo que quedó vibrando a escasa distancia de los ojos de Galahad.

—Cuidad vuestras palabras en mi salón, Galahad de Benoic —le advirtió con un

gruñido.

—Os suplico por la vida de Derfel —continuó Galahad—. No ha venido en condición de espía sino como emisario de paz.

—¡No quiero paz! —replicó a gritos—. ¡No me place la paz! Quiero ver a Arturo gimiendo como gimió mi hija en una ocasión. ¿Lo comprendéis? ¡Quiero verle derramar lágrimas! ¡Quiero que me suplique como me suplicó ella! Quiero verlo humillado, quiero verlo muerto mientras su ramera complace a mis hombres. Aquí no son bien recibidos los emisarios de Arturo, y él lo sabe. ¡Y tú también lo sabías! —terminó gritándome a la cara las últimas palabras y preparando la espada.

—¡Mátalo! ¡Mátalo!

Tanaburs brincaba, ataviado con su harapienta túnica bordada; y los huesecillos prendidos de su pelo entrechocaban como alubias en una cazuela.

—Si lo tocáis, Gorfyddyd —intervino otra voz—, vuestra vida queda en mis manos. Os enterraré en el estercolero de Caer Idion y haré que los perros orinen encima. Entregaré vuestro espíritu a los espíritus de los niños que no tienen con qué jugar. Os condenaré a la oscuridad hasta el final del último día y luego escupiré sobre vos hasta el nacimiento de la nueva era, pero incluso entonces vuestros tormentos sólo habrán empezado a manifestarse.

La tensión desapareció de mis músculos como una corriente de agua. Sólo un hombre podía atreverse a hablar en esos términos al rey supremo. Era Merlín. ¡Merlín! Merlín, que avanzaba despacio, erguido en toda su estatura, por el pasillo central del salón. Merlín, que pasó a mi lado y, con un gesto más majestuoso de lo que Gorfyddyd pudiera soñar siquiera, apartó la espada de mi con un golpe de su negra vara. Merlín, que dirigiéndose después a Tanaburs, le musitó al oído unas palabras que hicieron huir del salón al druida menor dando gritos de espanto.

Era Merlín, el que sabía transformarse como nadie. Le gustaba fingir, confundir y engañar. Podía mostrarse brusco, perverso, paciente o señorial, pero aquel día se presentó revestido de severa y fría majestad. Su rostro oscuro no sonreía, sus ojos profundos no mostraban rastro de alegría, sólo una mirada de autoridad y arrogancia tales que los hombres más próximos a él se postraron de hinojos involuntariamente e incluso el rey Gorfyddyd, que un momento antes se disponía a decapitarme de un tajo, bajó la espada.

—¿Abogáis por este hombre, lord Merlín? —inquirió Gorfyddyd.

—¿Estáis sordo, Gorfyddyd? —le espetó Merlín—. Derfel Cadarn no perderá la vida, sino que lo trataréis como huésped de honor. Comerá de vuestra comida y beberá de vuestro vino. Dormirá en vuestros lechos y tomará a vuestras esclavas si ése es su deseo. Derfel Cadarn y Galahad de Benoic están bajo mi protección. —Se volvió a todos los presentes retando a quien quisiera oponérsele—. ¡Derfel Cadarn y Galahad de Benoic están bajo mi protección! —repitió, alzando la negra vara. Los



guerreros vacilaron bajo su amenaza—. Sin Derfel Cadarn y Galahad de Benoic — prosiguió Merlín—, la sabiduría de Britania no existiría. Yo habría perecido en Benoic y todos vosotros estaríais condenados a la esclavitud bajo el dominio sajón. —Volvió a dirigirse a Gorfyddyd—. Necesitan comer. ¡Y deja de mirarme, Derfel! — añadió sin siquiera dirigirme la vista.

Era cierto que no le había quitado los ojos de encima, tanto por puro asombro como por verdadero alivio, pero no lograba imaginar qué hacía Merlín allí, en la ciudadela enemiga. Claro está que los druidas podían viajar a su antojo incluso en territorio enemigo, pero su presencia en Caer Sws, con los tiempos que corrían, me parecía incomprensible e incluso peligrosa, pues aunque los hombres de Gorfyddyd se acobardaran ante él, estaban resentidos por su entrometimiento, y los que se hallaban al fondo, lejos de su alcance inmediato, murmuraban que se fuera a meter las narices en sus propios asuntos.

A ellos, precisamente, se dirigió entonces.

—Mis propios asuntos —dijo en voz baja, aunque suficiente para cortar las murmuraciones de raíz— son cuidar de vuestros espíritus, y si me tomara la molestia de sumirlos en la desgracia, desearíais que vuestras madres no os hubieran parido jamás. ¡Necios! —Pronunció la última palabra en voz alta y cortante subrayándola con un movimiento de la vara que obligó a arrodillarse a los hombres, aun a los que portaban armadura. Ningún rey osó intervenir cuando Merlín golpeó con fuerza una calavera que pendía de una columna—. ¡Pedís victoria! —prosiguió—. ¿Victoria sobre quién? ¡Sobre vuestros congéneres, en vez de sobre vuestros enemigos! ¡Vuestros enemigos son los sajones! Pasamos largos años de sufrimiento bajo la férrea mano romana, pero al fin los dioses tuvieron a bien liberarnos de los gusanos romanos, y ahora, ¿qué hacemos? Luchamos unos contra otros mientras el nuevo enemigo se apodera de nuestras tierras, viola a nuestras mujeres y recoge nuestras cosechas. ¡Id a la guerra, insensatos! ¡Íd y venced, pero ni aun así os alzaréis con la victoria!

—Pero mi hija será vengada —dijo Gorfyddyd a espaldas de Merlín.

—Tu hija, Gorfyddyd —replicó Merlín, volviéndose hacia él—, vengará su propia herida. ¿Deseas conocer su destino? —preguntó en son de burla, aunque respondió con sobriedad, en un tono preñado de matices proféticos—. Nunca será encumbrada y nunca será rebajada, pero será feliz. Gorfyddyd, su espíritu tiene la bendición divina, y si tuvieras el cerebro de una pulga, te conformarías con eso.

—Sólo me conformaré con el cráneo de Arturo —insistió Gorfyddyd en tono desafiante.

—Entonces, ve a buscarlo —replicó Merlín con sarcasmo, y me tomó por el codo—. Ven, Derf el, y disfruta de la hospitalidad de tu enemigo.

Nos sacó del salón a paso tranquilo, cruzando despreocupadamente entre el hierro

y el cuero de las filas enemigas. Los guerreros nos miraban con rencor, pero nada podían hacer por detenernos ni por impedir que nos instaláramos en uno de los aposentos destinados a los huéspedes, el mismo en que se había instalado Merlín.

—De modo que Tewdric quiere paz, ¿no es así? —nos pregunto.

—Sí, señor —respondí.

—No podía esperarse otra cosa de él. Es cristiano y cree saber más que los dioses.

—¿Y vos conocéis el pensamiento de los dioses, señor? —inquirió Galahad.

—Creo que los dioses odian el aburrimiento, de modo que hago todo lo posible por divertirlos, así que me sonrén. Tu dios —añadió agriamente— desprecia la diversión y exige que os postréis para adorarlo. Ha de ser por fuerza una criatura lamentable, semejante a Gorfyddyd, eternamente suspicaz y celoso de su reputación hasta la náusea. ¿No os alegráis ambos de mi oportuna aparición? —dijo repentinamente con una sonrisa maliciosa, y comprendí lo mucho que había disfrutado humillando a Gorfyddyd públicamente.

La reputación de Merlín se alimentaba en parte de sus demostraciones públicas; unos druidas, como Iorweth, trabajaban discretamente; otros, como Tanaburs, empleaban métodos de astucia siniestra; pero a Merlín le gustaba dominar y aturdir; humillar a un rey ambicioso era una tendencia instintiva que le procuraba gran placer.

—¿Es cierto que Ceinwyn tiene la bendición de los dioses? —le pregunté; pero le tomé por sorpresa y me miró atónito.

—¿Por qué habría de importarte a ti? Es una muchacha bonita y confieso que las muchachas bonitas son mi debilidad, de modo que la bendeciré con un hechizo. Hice lo mismo contigo en una ocasión, Derfel, aunque no porque seas bonito. —Soltó una sonora carcajada y comprobó lo avanzado de la tarde en la largura de las sombras del exterior—. Pronto tendré que partir.

—¿Qué motivo os trajo aquí, señor? —preguntó Galahad.

—Necesitaba hablar con Iorweth —respondió Merlín, al tiempo que echaba un vistazo alrededor para comprobar si había recogido todos sus enseres—. Aunque sea un torpe incompetente, posee ciertos conocimientos raros que yo había olvidado por un momento relativos al anillo de Eluned, que por cierto lo tengo por aquí. —Se palpó los bolsillos cosidos al forro de la túnica—. Bien, lo tenía —comentó sin darle importancia, aunque me pareció que fingía indiferencia.

—¿Qué es el anillo de Eluned? —preguntó Galahad.

Merlín frunció el ceño ante la ignorancia de mi amigo, pero optó por perdonársela.

—El anillo de Eluned —dijo pomposo— es uno de los trece tesoros de Britania. Siempre hemos sabido de la existencia de los tesoros, claro está, al menos aquellos de nosotros que reconocemos a los verdaderos dioses —subrayó mirando a Galahad—, pero nadie conocía a ciencia cierta su auténtico poder.

—¿Y lo averiguasteis gracias al pergamino? —pregunté.

Merlín sonrió con astucia. Llevaba la larga cabellera blanca pulcramente recogida en la base del cuello con un lazo negro, y las barbas en apretadas trenzas.

—El pergamino —dijo— confirma todo lo que sabia o sospechaba, e incluso insinuaba uno o dos secretos más. ¡Ah, aquí está! —Tras rebuscar en diversos bolsillos por fin encontró el anillo y nos lo enseñó. Parecióme un vulgar aro de hierro como los de los guerreros, pero Merlín lo sujetaba en la palma cual si fuera la joya más grande de Britania—. El anillo de Eluned, forjado en el más allá al principio de los tiempos. Un fragmento de metal, en realidad, sin nada especial. —Me lo lanzó y me apresuré a atraparlo—. El anillo por sí solo no tiene poder alguno; ninguno de los trece tesoros lo tiene por separado. El manto de la invisibilidad no hace invisible, como el cuerno de Bran Galed no suena mejor que cualquier otro cuerno de caza. Por cierto, Derfel, ¿fuiste a buscar a Nimue?

—Si.

—Bien hecho, sabia que irías. Es un lugar interesante, la isla de los Muertos, ¿verdad? Suelo ir allí cuando necesito compañía estimulante. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí, los tesoros! En realidad no valen nada. La capa de Padarn no se la darías ni a un pordiosero, si fueras buena persona, y sin embargo es uno de los tesoros.

—Entonces, ¿para qué sirven? —preguntó Galahad.

Me había quitado el anillo de la mano y en ese momento se lo devolvió al druida.

—Mandan sobre los dioses, ¿qué esperabas? —soltó Merlín, como si la respuesta fuera tan evidente—. Cada uno por separado son pura chatarra, pero todos juntos pueden hacer que los dioses se pongan a saltar como ranas. Claro está que no es suficiente con ponerlos juntos —añadió inmediatamente—, es necesario llevar a cabo un par de ceremonias más. ¿Y quién sabe si de verdad funcionarán o no? Nadie lo ha intentado hasta ahora, que yo sepa. ¿Nimue se encuentra bien? —me preguntó con mucho interés.

—Ahora sí.

—¡Cuánto resentimiento detecto en tu voz! ¿Crees que tendría que haber ido yo a buscarla? Mi querido Derfel, bastante tengo que hacer ya como para ir tras Nimue por toda Britania. Si no es capaz de vérselas con la isla de los Muertos, ¿de qué nos sirve en la tierra?

—Pudo haber muerto —le dije en tono acusatorio acordándome de los necrófagos y los caníbales de la isla.

—¡Naturalmente! ¿Qué sentido tendrían las pruebas si no encerrarán peligro alguno? En verdad tienes ideas infantiles, Derfel. —Sacudió la cabeza de un lado a otro como compadeciéndome; luego se puso el anillo en un dedo y nos miró con solemnidad; nos quedamos los dos en suspenso, llenos de respeto y temor esperando una manifestación de poder sobrenatural. Al cabo de unos segundos de ominoso

silencio, Merlín se ríe de nuestra expresión—. ¡Ya os lo he dicho! ¡Los tesoros no tienen nada de especial!

—¿Cuántos habéis reunido? —preguntó Galahad.

—Varios —respondió Merlín evasivamente—, pero aunque tuviera doce de los trece, seguiría necesitando el decimotercero. Derfel, se trata del tesoro perdido, la olla de Clyddno Eiddyn. Sin la olla estamos perdidos.

—Estamos perdidos de cualquier manera —dije con amargura.

Merlín me miró como si tuviera ante sí a un idiota redomado.

—¿La guerra? —preguntó al cabo de unos segundos—. ¿Ese es el motivo que os ha traído aquí? ¿Suplicar la paz? ¡Qué necios sois los dos! Gorfyddyd no quiere la paz a ningún precio, es un verdadero bruto. Tiene el cerebro de un buey, de un buey no muy espabilado, además. Quiere ser rey supremo, lo cual significa reinar en Dumnonía.

—Dice que dejará a Mordred en el trono —arguyó Galahad.

—¡Naturalmente! —replicó Merlín con sarcasmo—. ¿Qué otra cosa iba a decir? Pero en el momento en que ponga las manos en el gaznate de esa criatura contrahecha, se lo retorcerá como a un pollo, de lo cual me alegrare.

—¿Deseáis que venza Gorfyddyd? —pregunté horrorizado.

—Derfel, Derfel —dijo con un suspiro—, te pareces mucho a Arturo. Crees que el mundo es sencillo, que lo bueno es bueno y lo malo, malo, que arriba es arriba y abajo, abajo. ¿Preguntas qué es lo que deseo? Te lo voy a decir. Deseo los trece tesoros y deseo utilizarlos para traer a los dioses de nuevo a Britania; luego les ordenaré que devuelvan a Britania su condición de tierra bendita, como antes de que llegaran los romanos. Se acabaron los cristianos —señaló a Galahad con un dedo— y se acabaron los adeptos a Mitra —y me señaló a mí—, sólo el pueblo de los dioses morará en el país de los dioses. Eso es lo que deseo, Derfel.

—¿Y Arturo? —pregunté.

—¿Qué le pasa a Arturo? Es un hombre, tiene una espada, sabe cuidarse solo. El destino es inexorable, Derfel. Si el destino quiere que Arturo gane esta guerra, no importa que Gorfyddyd reúna a todos los ejércitos del mundo contra él. Si yo no tuviera nada mejor que hacer, confieso que acudiría en ayuda de Arturo, porque le aprecio; pero el destino me hace viejo, cada vez más débil y con una vejiga que parece un pellejo de agua agujereado; tengo que dosificar mis menguantes energías. —Habló de su triste estado con tono enérgico—. Ni siquiera yo puedo ganar la guerra de Arturo, sanar la mente de Nimue y buscar los tesoros de Britania al mismo tiempo. Claro que si descubro que salvando la vida a Arturo encuentro los tesoros, ten por seguro que acudiré a la batalla. Pero si no... —Se encogió de hombros como si la guerra no le importara en absoluto. Y seguramente no le importaba nada. Volvió a mirar por la ventana, hacia las tres estacas clavadas fuera—. Supongo que os

quedaréis a presenciar las formalidades.

—¿Os parece oportuno? —pregunté.

—¡Naturalmente, si Gorfyddyd os lo permite! Toda experiencia es buena, por más repugnancia que inspire. He oficiado esos ritos muchas veces, de modo que no voy a quedarme a la diversión, pero descuidad, aquí no corréis peligro. Convertiré a Gorfyddyd en una babosa si se atreve a tocaros un pelo de esa cabeza insensata que tenéis, pero ahora tengo que irme. Iorweth cree que hay una anciana en la frontera con Demetia que tal vez recuerde algún dato de utilidad, si es que vive, claro está, y si conserva la memoria. No me gusta hablar con viejas, agradecen tanto la compañía que no dejan de cotorrear y cambian de tema continuamente. ¡Lo que me espera! Dile a Nimue que tengo muchas ganas de verla.

Y con esas palabras salió por la puerta y cruzó el patio interior a grandes zancadas.

El cielo se nubló por la tarde y una llovizna fea y gris empapó el fuerte antes de caer la noche. El druida Iorweth acudió a visitarnos y nos aseguró que nada nos sucedería, pero nos advirtió con diplomacia de que pondríamos a prueba la hospitalidad de Gorfyddyd, concedida de mala gana, si nos presentábamos al festín de la noche, que señalaría la última reunión de aliados y jefes de Gorfyddyd; después los hombres de Caer Sws emprenderían la marcha hacia el sur para unirse al resto del ejército en Branogenium. Le dijimos que no deseábamos asistir al festín; el druida sonrió al darnos las gracias y se sentó en un banco junto a la puerta.

—¿Sois amigos de Merlín? —preguntó.

—Lord Derfel si —respondió Galahad.

Iorweth se restregó los ojos con aire de cansancio. Era viejo, tenía un rostro amable y amistoso y en su calva se adivinaba un resto de tonsura, por encima de las orejas.

—No dejo de pensar que mi hermano Merlín espera demasiado de los dioses —dijo—. Cree que el mundo puede volver a hacerse y que la historia puede borrarse como una raya hecha en el barro. Sin embargo, no es posible. —Se rascó la picazón que le producía un piojo en la barba y advirtió la cruz que Galahad llevaba colgada del cuello. Sacudió la cabeza—. Envidio a vuestro dios cristiano; es uno y es tres, está muerto y está vivo, está en todas partes y no está en ninguna, exige que se le adore y dice que ninguna otra cosa es digna de adoración. Tales contradicciones dan pie a que cualquiera crea en todo o en nada, cosa que no sucede con nuestros dioses. Los nuestros son como reyes, volubles y poderosos, nos olvidan si así lo desean. No importa lo que nosotros creamos, sólo importan sus deseos. Nuestros hechizos sólo funcionan si ellos lo permiten. Bien, Merlín no está de acuerdo, cree que si gritamos con la potencia necesaria, llamaremos su atención, pero ¿qué hacemos con un crío que grita?

—¿Le prestamos atención? —dije.

—Lo golpeamos, lord Derfel —replicó Iorweth—. Lo golpeamos hasta que calla. Temo que lord Merlin lleve demasiado tiempo gritando más de lo debido. —Levantóse y tomó su vara—. Lamento que no podáis acudir a la cena con los demás guerreros; sin embargo, la princesa Helledd dice que seréis bien recibidos si acudís a cenar en su casa.

Helledd de Elmet era la esposa de Cuneglas y su invitación no tenía por qué ser una deferencia. Podría tratarse en realidad de un insulto bien calculado por Gorfyddy, una insinuación de que no merecíamos sino cenar con las mujeres y los niños, pero Galahad dijo que sería un honor aceptar la invitación.

Y allí, en el pequeño salón de Helledd, se encontraba Ceinwyn. Deseaba volver a verla, lo deseé desde el mismo momento en que Galahad se aventuró a ofrecerse como embajador en Powys; tal fue el verdadero motivo de mi empecinamiento en acompañarle. Por mi parte no había acudido a Caer Sws en busca de paz, sino para contemplar de nuevo el rostro de Ceinwyn, y en aquel momento, a la luz parpadeante de las teas de junco, en el salón de Helledd, volví a verla.

Los años no la habían transformado. Conservaba la misma dulzura en el rostro, el mismo recato en el porte, el mismo brillo en el cabello y el mismo encanto en la sonrisa. Cuando entramos en la estancia, se ocupaba de un pequeño al que daba trocitos de manzana a la boca. Se trataba del hijo de Cuneglas, Perddel.

—Le he dicho que si no se come la manzana, los monstruos de Dumnonia se lo llevarán —dijo con una sonrisa—. Creo que desea ir con vosotros, porque no está dispuesto a probar bocado.

Helledd de Elmet, la madre de Perddel, era alta, con la mandíbula fuerte y los ojos claros. Nos dio la bienvenida y ordenó a una doncella que nos sirviera hidromiel; luego nos presentó a dos de sus tías, Tonwyn y Elsel, que nos miraron con rencor. Habíamos interrumpido una conversación de la que estaban disfrutando y las avinagradas miradas de las tías nos invitaban a

marcharnos de allí, pero Helledd fue más gentil.

—¿Conocéis a la princesa Ceinwy? —nos pregunto.

Galahad se inclinó ante ella y después se acuclilló al lado de Perddel. Le gustaban mucho los niños, y los niños confiaban en él desde el primer momento. Al instante los dos príncipes empezaron a jugar con los trocitos de manzana como si fueran zorros; la boca de Perddel era la cueva del zorro y las manos de Galahad, los perros que querían cazarlo. La manzana desapareció en pocos minutos.

—¿Cómo no se me ocurrió antes? —se pregunté Geinwyn.

—Porque a vos no os crió la madre de Galahad, señora —dije—, la cual debió de alimentarlo de esa misma forma, sin duda. Hoy es el día en que aún no come si no es al toque de un cuerno de caza.

Ceinwyn rió; luego se fijó en el broche que yo llevaba. Contuvo el aliento y se ruborizó; por un instante creí haber cometido un error imperdonable. Pero al cabo, sonrió.

—¿Debería reconocerlos, lord Derfel?

—No, señora. Era yo muy joven.

—¿Y lo habéis conservado? —preguntó, muy asombrada de que alguien se molestara en conservar un regalo suyo.

—Lo he conservado, señora, incluso en momentos en que perdí cuanto tenía.

La princesa Helledd nos interrumpió con una pregunta; quería saber qué asuntos nos habían llevado a Caer Sws. Estoy seguro de que ya lo sabía, pero resultaba adecuado para una princesa fingirse al margen de los consejos de hombres. Le dije que habíamos sido enviados para determinar si la guerra era verdaderamente inevitable.

—¿Y lo es? —inquirió la princesa con preocupación comprensible, pues al día siguiente su esposo partiría hacia el sur para enfrentarse al enemigo.

—Desgraciadamente, señora, eso parece.

—Y todo por causa de Arturo —comentó la princesa en tono firme, y las tías corroboraron sus palabras enérgicamente.

—Creo que Arturo estaría de acuerdo con vos, señora —dije—, y lo lamenta.

—Entonces, ¿por qué lucha contra nosotros?

—Porque ha jurado mantener a Mordred en el trono, señora.

—Mi suegro jamás usurparía el trono del heredero de Uter —arguyó Helledd con ardor.

—Lord Derfel estuvo a punto de perder la cabeza esta mañana cuando mantenía una conversación semejante —terció Ceinwyn maliciosamente.

—Lord Derfel —intervino Galahad levantando la mirada, una vez concluida la última cacería del zorro— no perdió la cabeza porque es amado por sus dioses.

—¿Por los vuestros no, lord príncipe? —inquirió Helledd con agudeza.

—Mi dios ama a todos, señora.

—¿Queréis decir que no discrimina? —Y se rió.

Comimos ganso, pollo, liebre y venado, y nos sirvieron un vino peleón que debía de haber permanecido mucho tiempo almacenado desde que lo trajeran a Britania. Tras la cena nos sentamos en mullidos asientos y una arpista nos deleitó con su música. Aquellos asientos blandos, propios de los salones de las damas, semejaban lechos bajos y tanto Galahad como yo nos sentíamos incómodos en aquellas camas bajas y blandas, pero me alegré de tener ocasión de sentarme al lado de Ceinwyn. Al principio me senté muy tieso, pero después me apoyé en un codo para hablar con ella en voz baja. La felicité por su compromiso con Gundleus y ella miró con ojos de risa.

—Habláis como un cortesano —comento.

—A veces tengo que comportarme como un cortesano, señora—. ¿Os complacería que me mostrara como un guerrero?

Ella también se apoyó en un codo, de modo que hablábamos sin interrumpir la música; su proximidad me producía la sensación de estar flotando en humo.

—Mi señor Gundleus —dijo en voz baja— exigió mi mano a cambio del apoyo de su ejército en la próxima guerra.

—Entonces, señora, su ejército es lo más valioso que posee Britania —dije.

No sonrió ante el cumplido pero tampoco apartó sus ojos de los míos.

—¿Es cierto que mató a Norwenna? —preguntó muy quedo.

La pregunta fue tan directa que me turbé.

—¿Qué dice él, señora? —pregunté a mi vez, en vez de responder inmediatamente.

—Dice —bajó la voz tanto que apenas la oía— que sus hombres fueron atacados y que ella murió en la confusión. Dice que fue un accidente.

Eché una ojeada a la muchacha que tañía el arpa. Las tías nos miraban furibundas, pero a Heiledd no parecía afectarle que charláramos. Galahad escuchaba la música sosteniendo a Perddel, que se había dormido en sus brazos.

—Aquel día yo estaba en el Tor, señora —dije volviéndome de nuevo hacia ella.

—¿Y?

Pensé que su franqueza bien merecía una respuesta directa.

—Ella lo recibió postrada de hinojos, señora, y él le clavó la espada en la garganta, hasta el fondo. Lo vi todo.

Su rostro se tensó un momento. La luz temblorosa de las teas de junco bruñía su piel blanca y proyectaba delicadas sombras sobre sus mejillas y bajo su labio inferior. Llevaba un hermoso vestido de paño azul claro festoneado por piel invernal, blanquísima y moteada, de un armiño. Una torques de plata le ceñía la garganta y unos aros de plata adornaban sus orejas; me pareció que la plata convenía sobremanera al brillo de su pelo. Dejó escapar un leve suspiro.

—Temía oír esas palabras —dijo—, pero ser princesa me obliga a contraer el matrimonio más provechoso, y no el que mejor responda a mis deseos. —Se quedó un rato mirando a la arpista y luego se volvió de nuevo hacia mi—. Mi padre —dijo nerviosamente— dice que esta guerra es por mi honor. ¿Es cierto?

—Para él, sí, señora, aunque os aseguro que Arturo lamenta profundamente el pesar que os causo.

Hizo un breve gesto de estremecimiento. El recuerdo la hería pero no podía dejarlo de lado, pues el rechazo de Arturo había cambiado su vida de forma mucho más sutil y triste que la de él. Arturo había ido en pos de la felicidad y el matrimonio mientras ella se quedaba sufriendo y lamentándose, buscando dolorosas respuestas que, al parecer, no había encontrado.



—¿Vos lo comprendéis? —me preguntó al cabo de un rato.

—En aquel momento no, señora. Le juzgué loco, como todos los demás.

—¿Y ahora? —preguntó clavándome sus ojos azules.

—Creo —dije tras pensarlo un poco— que por una vez en su vida, cayó preso de una locura que no fue capaz de controlar.

—¿Amor?

La miré y me dije que no estaba enamorado de ella y que el broche era un talismán que había caído en mis manos por azar. Me dije que ella era princesa y yo hijo de una esclava.

—Sí, señora —respondí.

—¿Entendéis vos esa locura? —me pregunto.

Yo no veía ni oía nada más que a ella en toda la sala. La princesa Helledd, el príncipe dormido, Galahad, las tías, la arpista, nadie existía para mi, como tampoco las colgaduras de las paredes ni los tederos de bronce. Sólo veía los ojos de Ceinwyn, grandes y tristes, y sólo oía los latidos de mí corazón.

—Sé que se puede mirar a una persona a los ojos —me oí decir— y comprender de pronto que la vida es imposible sin ellos, que su voz puede pararnos el corazón, que su compañía es la única felicidad deseable para siempre, que su ausencia nos dejará el alma solitaria, viuda y perdida.

Calló unos momentos, pero me miraba con expresión confusa.

—¿Os ha sucedido alguna vez, lord Derfel? —me preguntó al cabo.

Dudé. Sabía las palabras que mi alma deseaba pronunciar y las que mi condición me obligaba a decir, pero entonces pensé que un guerrero no deber dejar que la timidez medre y permití que mi alma hablara por mi boca.

—Nunca, hasta este momento, señora —dije.

Y para pronunciar semejante declaración hube de reunir más valor del que había necesitado en toda mi vida para atacar una barrera de escudos.

Inmediatamente retiró la mirada y se irguió en el asiento; me maldije por haberla ofendido con mi torpeza inexcusable. Me quedé recostado en el asiento, rojo como una amapola y con el alma dolorida de vergüenza, mientras ella aplaudía la interpretación de la arpista y le lanzaba unas monedas de plata a la alfombra, al pie del arpa. Le pidió que interpretara la canción de Rhiannon.

—Creía que no escuchabas, Ceinwyn —tercio venenosamente una de las tías.

—Pues sí, Tonwyn, escucho, y mucho me place cuanto oigo —respondió Ceinwyn, y me hizo sentir como se siente un hombre cuando la defensa enemiga cede.

Mas no osé tomar sus palabras al pie de la letra. Lo deseaba, pero no me atrevía. La locura del amor, pasar del éxtasis a la desesperación en un segundo vertiginoso.

La música empezó de nuevo sobre un fondo de vivas y ovaciones estruendosas

procedentes del salón grande, donde los guerreros disfrutaban de la victoria por adelantado. Me hundí por completo en los cojines, todavía sonrojado, tratando de adivinar si las últimas palabras de Ceinwyn se habían referido a la conversación o a la música, hasta que también ella se reclinó en los cojines, cerca de mí.

—No quiero ser el motivo de una guerra —dijo.

—Parece inevitable, señora.

—Mi hermano está de acuerdo conmigo.

—Pero es vuestro padre quien reina en Powys, señora.

—En efecto —dijo secamente. Calló, frunció el ceño y me miró a la cara—. Si Arturo vence, ¿con quién querrá desposarme?

Volvió a sorprenderme la franqueza de la pregunta y respondí con la verdad.

—Desea que seáis reina de Siluria, señora —dije.

—¿Casada con Gundleus? —preguntó, mirándome alarmada.

—Casada con el rey Lanzarote de Benoic, señora —dije, desvelando la esperanza secreta de Arturo.

Me quedé pendiente de su reacción.

Me miró profundamente a los ojos, quería adivinar si le había dicho la verdad.

—Dicen que Lanzarote es un gran guerrero —comentó al cabo de un momento, con una falta de entusiasmo que me dio nuevo aliento.

—Eso dicen, si, señora.

Guardó silencio de nuevo. Se apoyó en el codo observando las manos de la arpista que volaban sobre las cuerdas; yo la miraba a ella.

—Decidle a Arturo —habló por fin, pero sin mirarme— que no le guardo rencor, y decidle otra cosa mas.

Enmudeció de repente.

—¿Sí, señora? —traté de animarla.

—Decidle que si vence —empezó sin mirarme, pero enseguida se volvió hacia mi y, acercando un delicado dedo al hueco que separaba los asientos, me rozó el dorso de la mano para demostrarme lo importantes que eran sus palabras—, que si vence —repitió—, le pediré protección.

—Así se lo diré, señora —respondí, e hice una pausa con el corazón alborozado—. Y os juro que yo os protegeré también, con todo honor.

No apartó el dedo de mí mano, era un roce tan leve como la respiración del príncipe que dormía.

—Tal vez os obligue a dar cumplimiento a ese juramento, lord Derfel —me dijo mirándome a los ojos.

—El juramento será mantenido hasta el final de los tiempos y para toda la eternidad, señora.

Sonrió, retiró la mano y se sentó con la espalda recta.

Aquella noche me acosté en un delirio de confusión, esperanza, estupidez, aprensión, temor y dicha. Como le sucediera a Arturo, había llegado a Caer Sws y me había enamorado perdidamente.

# La Barrera De Escudos

—¡De modo que era ella! —me increpó Ygraine—. ¡Fue la princesa Ceinwyn quien os hizo hervir la sangre, hermano Derfel!

—Si, señora, ella fue —confesé, y confieso ahora que se me llenan los ojos de lágrimas al pensar en Ceinwyn.

O tal vez sea que ya ha llegado el otoño a Dinnewrac y por la ventana se cuele un viento helado que me hace llorar los ojos. Pronto habré de hacer una pausa en la escritura pues habremos de ocuparnos de recoger víveres para el invierno y de llenar la leñera para que el bendito santo Sansum se complazca en no gastarla y compartamos de ese modo los sufrimientos de nuestro amado Salvador.

—¡Por algo odiáis tanto a Lanzarote! —dijo Ygraine—. Erais rivales. ¿Conocía él vuestros sentimientos hacia Ceinwyn?

—Con el tiempo llegó a conocerlos, si.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó ansiosa.

—¿Porqué no mantenemos el orden debido de la historia, señora?

—Porque no quiero, naturalmente.

—Pues yo si, y el que cuenta la historia soy yo, no vos.

—Si no os apreciara tanto, hermano Derfel, haría que os cortaran la cabeza y arrojaran vuestros despojos a los perros.

Fruunció el ceño pensativa. Hoy está muy bonita, con un traje de lana gris ribeteado de piel de marta. No está encinta, de modo que el pesario de heces de niño pequeño no ha surtido efecto o Brochvael pasa mucho tiempo con Nwylle.

—En la familia de mi padre siempre se habla mucho de la tía abuela Ceinwyn, pero en realidad nadie me ha contado nunca en qué escándalo se vio envuelta.

—Jamás he conocido a nadie, señora —repliqué severamente—, que diera menos motivos de escándalo.

—Ceinwyn no se casó, eso si lo sé.

—¿Y eso es escandaloso?

—Lo es si se comportó como casada —contestó indignada—. Eso predica vuestra iglesia, nuestra iglesia —se corrigió al punto—. Bien, ¿qué pasó? ¡Contádmelo!

Me tapé el muñón con la manga, era la parte del cuerpo que siempre acusaba primero el viento frío.

—La historia de Ceinwyn es muy larga para contárosla ahora —dije, y me negué a añadir una palabra más a pesar de las importunas exigencias de mí reina.

—Bien, ¿y Merlín encontró la olla? —insistió, aunque cambiando el tema de su pesquisa.

—Llegaremos a ese punto a su debido tiempo —insistí.

—¡Me enfurecéis, Derfel! —exclamó alzando las manos—. Si procediera como

una auténtica reina, pediría vuestra cabeza.

—Si yo fuera algo más que un monje viejo y débil, señora, os la entregaría gustoso.

Rió y se volvió a mirar por la ventana. Las hojas de los jóvenes robles que el hermano Maelgwyn plantó para protegernos un poco del viento ya se han tornado marrones y la vegetación de la cañada que discurre a nuestros pies está rebosante de moras, señal de que se acerca un invierno crudo. Sagramor me contó en una ocasión que hay lugares donde nunca es invierno y el sol calienta todo el año, aunque tal vez no fuera sino otra invención suya, como la existencia de los conejos. Hubo un tiempo en que deseé que el cielo de los cristianos fuera un lugar templado, pero el santo Sansum insiste en que tiene que ser frío, puesto que el infierno es caliente, y me imagino que tendrá razón. Quedan tan pocas cosas que desear. Ygraine sintió un escalofrío y me miro.

—Nunca me han construido una enramada de Lughnasa —me dijo con melancolía.

—¡Claro que sí! —repliqué—. ¡Cada año os levantan una!

—Pero es sólo el pabellón de Caer. Los esclavos lo construyen porque es su obligación, y como es natural, me siento allí, pero no es lo mismo que si te lo hace un amigo joven con dedaleras y ramas de sauce. ¿Se enfadó Merlín porque Nimue y vos yacierais juntos?

—No tendría que habérselo confesado nunca. Si Merlín llegó a saberlo, nada dijo. —No le habría importado, no era celoso—. No como los demás, como Arturo o como yo. ¡Cuánta tierra se ha empapado de sangre a causa de los celos! Y al final de la vida, ¿qué importancia tiene todo? Envejecemos, los jóvenes nos miran y no adivinarían jamás que en otro tiempo hicimos vibrar un reino por amor.

Ygraine adoptó una expresión de malicia.

—Decís que Gorfyddyd calificó a Ginebra de ramera. ¿Lo fue?

—No deberíais pronunciar esa palabra.

—De acuerdo. ¿Ginebra era en realidad lo que Gorfyddyd dijo de ella y que no estoy autorizada a repetir por no ofender vuestros inocentes oídos?

—No, no lo era.

—Pero ¿fue fiel a Arturo?

—Aguardad. —Me sacó la lengua.

—¿Lanzarote llegó a ingresar en la orden de Mitra?

—Esperad y lo sabréis.

—¡Os odio!

—Soy vuestro más ferviente servidor, querida señora, pero estoy fatigado con este frío y la tinta se coagula. Escribiré el resto de la historia, os lo prometo.

—Si Sansum os lo consiente.

—Consentirá.

El santo varón está más contento últimamente gracias al único novicio que nos queda, que ya no es novicio sino sacerdote consagrado y monje, y un santo ya, según Sansum, como él mismo. Ahora tenemos que llamarlo san Tudwal; ambos santos comparten celda y glorifican a Dios juntos. Lo único que encuentro molesto de tan bendita camaradería es que san Tudwal, que ahora tiene doce años, vuelva a intentar aprender a leer. No habla esta lengua sajona, desde luego, pero aun así temo que llegue a descifrar algo de mis escritos. De todas formas, dicho temor queda en suspenso en tanto san Tudwal no domine las letras, si es que lo consigue alguna vez, y por el momento, si Dios lo desea y para satisfacer la impaciente curiosidad de mi estimadísima reina Ygraine, continuaré la presente historia de Arturo, mi amigo y señor, estimado y perdido, mi señor de la guerra.

Al día siguiente a nada presté atención. Galahad y yo permanecemos como huéspedes no gratos del enemigo Gorfyddydd mientras Iorweth ofrecía a los dioses la ceremonia de propiciación, mas para lo que yo colaboré en ello, como si el druida se hubiera dedicado a soplar molinillos de diente de león. Sacrificaron un toro, ataron a tres prisioneros a las estacas, los estrangularon y leyeron los augurios relativos a la guerra en las entrañas de un cuarto prisionero. Bailaron alrededor del cadáver cantando la canción de guerra de los Maponos y luego, reyes, príncipes y caciques mojaron la punta de sus lanzas en la sangre de los sacrificados y, limpiándola con los dedos, se la untaron en las mejillas. Galahad se santiguó y yo pensaba en Ceinwyn. Ella no asistió a la ceremonia, como no asistió ninguna mujer. Galahad me dijo que los augurios habían resultado favorables a la causa de Gorfyddydd, pero no me importó. Yo flotaba en el recuerdo del roce plateado del dedo de Ceinwyn en mi mano.

Nos trajeron nuestras armas, escudos y monturas y Gorfyddydd en persona nos acompañó hasta las puertas de Caer Sws. También acudió su hijo Cuneglas, por cortesía tal vez, aunque su padre no tenía intención alguna de agasajarnos.

—Decid a vuestro amante de rameras —dijo el rey con las mejillas manchadas todavía de sangre— que sólo hay una forma de evitar la guerra. Decid a Arturo que si se presenta en el valle del Lugg y se somete a mi juicio y a mi sentencia, consideraré limpio el honor de mi hija.

—Así lo haré, lord rey —respondió Galahad.

—¿Arturo no se ha dejado la barba todavía? —preguntó Gorfyddydd en tono insultante.

—En efecto, lord rey —contestó Galahad.

—En tal caso no podré tejer una correa de esclavo con sus propias barbas, de modo que decidle que corte las trenzas a su ramera pelirroja y las traiga ya tejidas para su propia correa. —Gorfyddydd disfrutó exigiendo tal humillación de sus

enemigos, aunque Cuneglas dejó traslucir la vergüenza que le producía la rudeza de su padre—. Decidle, Galahad de Benoit —prosiguió Gorfyddyd—, decidle que si me obedece, su ramera rapada quedará en libertad, siempre y cuando se vaya de Britania.

—La princesa Ginebra quedará en libertad —repitió Galahad.

—¡La ramera! —gritó Gorfyddyd—. Bastantes veces yací con ella como para saberlo a ciencia cierta. ¡Decíselo a Arturo! —escupió su orden a Galahad en el rostro—. ¡Decidle que acudió a mi lecho por voluntad propia, y al de muchos otros!

—Así se lo diré —mintió Galahad para poner freno a sus venenosas palabras—. ¿Y qué he de decir respecto al rey Mordred, lord rey? —añadió.

—Sin Arturo —dijo Gorfyddyd—, Mordred necesitará un nuevo protector. Yo tomaré en mis manos la responsabilidad del futuro de Mordred. Ahora, partid.

Hicimos una inclinación de cabeza, montamos y partimos; miré atrás una vez con la esperanza de ver a Ceinwyn, pero en las almenas de Caer Sws sólo distinguí hombres. Alrededor de la fortaleza todo era actividad; los soldados desmontaban los refugios y se preparaban para emprender la marcha por el camino de Branogenium. Nosotros, según lo acordado, seguiríamos otra ruta más larga, dando un rodeo por Caer Lud a fin de impedir que informáramos sobre las huestes que Gorfyddyd iba reuniendo.

Emprendimos la marcha hacia levante, Galahad en un estado de ánimo sombrío y yo incapaz de reprimir la dicha; tan pronto como dejamos atrás la actividad de los campamentos, empecé a cantar la canción de Rhiannon.

—¿Qué demonios te ocurre? —me preguntó Galahad de mal humor.

—Nada. ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada! —grité gozoso; clavé los talones al caballo, éste se desbocó sendero abajo y me arrojó a un lecho de ortigas—. Nada de nada —repetí mientras Galahad me devolvía el caballo—. Nada en absoluto.

—¡Has perdido el seso, amigo mío!

—Tienes razón —dije mientras me encaramaba torpemente al caballo. Ciertamente había perdido el seso, pero no pensaba contarle a Galahad el motivo de mi desvarío, de modo que durante un rato procuré comportarme sabiamente—. ¿Qué le diremos a Arturo?

—Respecto a Ginebra, nada —repuso Galahad con firmeza—. Además, Gorfyddyd miente. ¡Dios mío! ¿Cómo puede difamarla con tal saña?

—Para provocarnos, claro está. Pero ¿qué le diremos a Arturo respecto a Mordred?

—La verdad, que Mordred está a salvo.

—Pero si Gorfyddyd miente respecto a Ginebra, ¿por qué no habría de hacer lo propio respecto a Mordred? Además, Merlín no le cree.

—No nos enviaron a buscar la respuesta de Merlín —replicó Galahad.

—Nos enviaron para averiguar la verdad, amigo mio, y yo digo que la verdad la



dijo Merlín.

—Pero Tewdric —arguyó Galahad contundente— creará las palabras de Gorfyddyd.

—Lo cual significa que Arturo ha perdido —añadí con pesar; pero no deseaba hablar de derrota, de modo que pregunté a Galahad su opinión sobre Ceinwyn.

El delirio empezaba a apoderarse de mí nuevamente y deseaba oír alabanzas de Ceinwyn, que Galahad me dijera que era la más bella criatura entre los mares y las montañas, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Una linda muñequita —dijo sin darle importancia—, bastante bonita para quienes gusten de las muchachas de aspecto frágil. —Se quedó pensando unos momentos—. A Lanzarote le gustaría —prosiguió—. ¿Sabes que Arturo desea que contraigan matrimonio? Aunque ahora no creo que tal cosa llegue a realizarse. Supongo que el trono de Gundleus está a salvo y que Lanzarote tendrá que buscarse otra esposa.

No hablé más de Ceinwyn. Cabalgamos por el camino que habíamos recorrido a la ida y llegamos a Magnis al cabo de dos noches, tal como Galahad había previsto. Tewdric depositó toda su fe en la palabra de Gorfyddyd, mientras que Arturo creyó la de Merlín. Comprobé que Gorfyddyd nos había utilizado para separar a Tewdric y a Arturo y lo juzgué acertado, sobre todo cuando oímos la disputa de los dos hombres en los aposentos de Tewdric y comprendí sin lugar a dudas que el rey de Gwent no tenía agallas para emprender la inminente batalla. Galahad y yo los dejamos discutiendo y nos fuimos a pasear por las murallas de Magnis, formadas por un gran muro de tierra rodeado de un foso de agua y rematadas por una sólida empalizada.

—Tewdric ganará la discusión —comentó Galahad sombríamente—, es que no confía en Arturo, ¿comprendes?

—¡Claro que confía! —repliqué.

Galahad negó con la cabeza.

—Sabe que Arturo es honesto —admitió—, pero también que es un aventurero. No tiene tierras, ¿no te habías dado cuenta? Defiende la reputación, no la propiedad. Debe su rango a la minoría de edad de Mordred, no a su propio nacimiento. Arturo debe mostrar mayor arrojo que cualquier otro para triunfar, pero no es eso lo que conviene a Tewdric en estos momentos; Tewdric necesita seguridad, aceptará la oferta de Gorfyddyd. —Se sumió en el silencio unos momentos—. Tal vez sea nuestro destino ser guerreros errantes —prosiguió con tristeza—, sin tierras, obligados a retroceder siempre hacia el mar de poniente ante el empuje de nuevos enemigos.

Sentí un escalofrío y me arropé en el manto. La noche iba cubriéndose de nubes y el viento de poniente traía una fría promesa de lluvia.

—¿Crees que Tewdric nos abandonará?

—Ya nos ha abandonado —replicó Galahad secamente—. El único problema que tienen ahora es dar con la forma de deshacerse de Arturo con la mayor delicadeza posible. Tewdric tiene mucho que perder y no quiere asumir más riesgos, mientras que Arturo sólo pierde sus esperanzas.

—¡Vosotros dos! —nos llamó una voz, y al volvernos vimos a Culhwch que corría por la muralla—. Arturo quiere veros.

—¿Para qué? —inquirió Galahad.

—¿Para que creéis vos, lord príncipe? ¿Para jugar una partida de dados? —Culhwch sonrió—. Seguro que esos malnacidos no tienen agallas para la lucha —señaló hacia la fortaleza, donde los

hombres de Tewdric se apiñaban ataviados con sus elegantes uniformes—, pero nosotros sí. Sospecho que atacaremos por nuestra cuenta, solos. —Nuestra expresión de sorpresa le hizo reír—. Ya oísteis a lord Agrícola la otra noche. Doscientos hombres pueden defender el valle del Lugg contra un ejército. ¿Y bien? Nosotros tenemos doscientos lanceros y Gorfyddyd tiene un ejército, de modo que no necesitamos a nadie de Gwent. ¡Ha llegado la hora de echar de comer a los cuervos!

Las primeras gotas de lluvia crepitaron sobre las fogatas de las fraguas; todo indicaba que íbamos a la guerra.

A veces pienso que aquélla fue la decisión más valiente de Arturo. Bien sabe Dios que hubo de tomar otras en circunstancias igualmente desesperadas, pero nunca se vio tan débil como aquella noche lluviosa en Magnis, cuando Tewdric empezó a impartir órdenes de retirada a las vanguardias de los puestos de avanzadilla a fin de que regresaran a la fortaleza con vistas a la tregua entre Gwent y el enemigo.

Arturo reunió a cinco de nosotros en una caserna de soldados próxima a la muralla. La lluvia golpeaba el tejado y, debajo, un leño humeante nos proporcionaba una luz desvaída. Sagramor comandante de Arturo y su brazo derecho, se hallaba sentado junto a Morfans en el pequeño banco de la cabaña. Culhwch, Galahad y yo nos acuclillamos en el suelo mientras Arturo hablaba.

El príncipe Meurig, —admitió Arturo, había dicho una verdad desagradable, puesto que era él el causante de la guerra. De no haber rechazado él a Ceinwyn, no se habría producido enemistad entre Powys y Dumnonía. El país de Gwent estaba implicado en tanto que enemigo más antiguo de Powys y amigo de Dumnonía desde siempre, pero a Gwent no le interesaba continuar las hostilidades.

—Si yo no hubiese venido a Britania —dijo Arturo—, el rey Tewdric no tendría que enfrentarse hoy a la violación de su tierra. Esta guerra es mía y habiéndola empezado yo, yo he de concluirla. —Hizo una pausa; la emoción lo embargaba con facilidad, y en aquel momento los sentimientos lo desbordaban—. Mañana parto hacia el valle del Lugg —dijo al fin, y por un momento espantoso creí que pensaba entregarse a la cruel venganza de Gorfyddyd, pero al punto mostró su generosa

sonrisa de costumbre— y mucho me agradecería que me acompañarais, aunque bien sé que no tengo derecho a pedíroslo.

Se hizo el silencio en la estancia. Me imaginé que todos pensábamos que el combate en el valle parecía peligroso aun contando con los ejércitos de Gwent y de Dumnonia, pero ahora, con sólo los hombres de Dumnonia, ¿cómo podríamos vencer?

—Tenéis derecho a exigir que os acompañemos —dijo Culhwch rompiendo el silencio—, puesto que juramos prestaros servicio.

—Quedáis libres del tal juramento —dijo Arturo—, y sólo pido que sí vivís, mantengáis mi promesa de que Mordred llegue a reinar.

De nuevo se hizo el silencio. Ninguno de nosotros, según creo, vaciló en su lealtad, pero tampoco supimos expresarla hasta que Galahad tomó la palabra.

—Yo no os he jurado nada pero lo hago ahora. Donde vos luchéis, señor, lucharé yo; vuestro enemigo es mí enemigo y vuestro amigo, mi amigo. Lo juro por la preciosa sangre de Cristo. —Se inclinó hacia delante y, tomando la mano de Arturo, se la besó—. Que pierda la vida si falto a mi palabra.

—Para hacer un juramento hacen falta dos hombres —intervino Culhwch—. Aunque vos me liberéis del que pronuncié en su día, yo no me libero.

—Yo tampoco, señor —añadí.

Sagramor nos miró con cara de hastío.

—A vos me debo —le dijo a Arturo—, y a nadie más.

—¡Al diablo con el juramento! —exclamó Morfans el feo—. Yo quiero luchar.

Arturo tenía lágrimas en los ojos. Tardó un rato en recuperar el habla, de modo que se puso a revolver el fuego hasta que logró atenuar el calor que daba y redoblar el humo que desprendía.

—Vuestros hombres no están atados por un juramento —dijo con voz ronca—, y mañana en el valle del Lugg no quiero más que voluntarios.

—¿Por qué mañana? —cuestionó Culhwch—. ¿Por qué no pasado mañana? Cuanto más tiempo tengamos para prepararnos, mejor, ¿no es cierto?

Arturo negó con la cabeza.

—Aunque aguardáramos un año entero, no estaríamos mejor preparados. Además los espías de Gorfyddydd ya habrán partido hacia el norte con la noticia de que Tewdric acepta las condiciones de Gorfyddydd; por tanto, debemos atacar antes de que esos mismos espías se percaten de que los dumnonios no nos retiramos. Atacaremos mañana al amanecer. —Me miró—. Atacareis vos en primer lugar, lord Derfel, de modo que debéis reuniros esta noche con vuestros hombres para hablarles; si no se prestan voluntarios, no les obliguéis, pero en caso de que acepten, Morfans os dirá lo que debéis hacer.

Morfans había recorrido toda la línea enemiga para exhibirse disfrazado de

Arturo, con su armadura, pero también con la intención de llevar a cabo un reconocimiento de las posiciones del enemigo. En ese momento tomaba puñados de grano de un cuenco y los colocaba encima de su manto, que había extendido a modo de representación del valle del Lugg.

—El valle no es alargado, pero las laderas son escarpadas. Aquí, en el extremo sur, se encuentra el parapeto —dijo señalando un punto figurado del valle—. Han abatido árboles y levantado una empalizada suficiente para detener el paso de los caballos, pero un puñado de hombres no tardaría mucho en apartar los árboles. Éste es su punto débil —añadió indicando la montaña occidental—. Es un pico de difícil acceso por el lado norte del valle, pero la ladera que lleva al parapeto es fácil de bajar. Subid a este monte durante la noche y al amanecer atacáis colina abajo y desmanteláis la barrera de árboles mientras ellos se desperezan. Entonces podrán entrar los caballos. —Sonrió al imaginarse la sorpresa del enemigo.

—Vuestros hombres están hechos a caminar de noche —me dijo Arturo—, de modo que mañana al alba caéis sobre el parapeto, lo destruís y mantenéis la posición el tiempo necesario hasta que lleguen los caballos. Tras los caballos llegarán nuestros lanceros. Sagramor irá al mando de los lanceros por el valle mientras yo, con cincuenta hombres a caballo, caigo sobre Branogenium.

Sagramor no reaccionó en forma alguna ante el anuncio de que estaría al mando del grueso del ejército de Arturo.

Los demás a duras penas conteníamos nuestro asombro, no por el nombramiento de Sagramor sino por la táctica ideada por Arturo.

—¿Cincuenta hombres a caballo contra el ejército de Gorfyddydd en pleno? —inquirió Galahad sin dar crédito a sus oídos.

—No vamos a tomar Branogenium —admitió Arturo—, no estamos en condiciones siquiera de aproximarnos, pero les incitaremos a perseguirnos, y en la persecución los arrastraremos hasta el valle. Sagramor les saldrá al paso en el extremo norte del valle, donde el camino vadea el río, y cuando ataquen, os retiráis. —Nos miró uno por uno para comprobar si habíamos entendido sus instrucciones—. Batirse en retirada. Esa es la consigna, batirse en retirada. ¡Que crean que han vencido! Y cuando los hayáis encajonado en las profundidades del valle, yo atacaré.

—¿Desde dónde? —pregunté.

—¡Desde atrás, naturalmente! —Arturo, habiendo cobrado energías ante la perspectiva de la batalla, ardía de entusiasmo nuevamente—. Cuando la caballería se retire de Branogenium no entraremos en el valle, sino que nos ocultaremos en el extremo norte, un lugar poblado de árboles. Tan pronto como se hayan metido en la boca del lobo, nosotros caeremos sobre su retaguardia.

Sagramor miraba los montoncitos de grano.

—Los Escudos Negros irlandeses, desde Monte Coel —dijo con su marcado

acento— pueden dirigirse hacia las montañas del sur y atacarnos por la retaguardia. —Ilustró su idea empujando con un dedo los granos desperdigados en el extremo sur del valle. Se refería a los temidos guerreros de Oengus Mac Airem, rey de Demetia, bien conocidos por todos nosotros, pues habían sido aliados nuestros hasta que Gorfyddyd compró con oro la lealtad de su rey—. ¿Queréis que detengamos a un ejército por delante y a los Escudos Negros por detrás? —preguntó.

—Ahora comprenderéis —contestó Arturo con una sonrisa— por qué os libero de vuestros juramentos. Pero tan pronto como Tewdric tenga noticia de que hemos presentado batalla, acudirá en nuestra ayuda. A medida que el día transcurra, Sagramor, te darás cuenta de que tu línea de defensa se refuerza de minuto en minuto. Los hombres de Tewdric se enfrentarán al enemigo desde Monte Coel.

—¿Y si no fuera así? —inquirió Sagramor.

—En ese caso, seguramente nos derrotarían —admitió Arturo con serenidad—, y con mi muerte, Gorfyddyd conseguirá la victoria y Tewdric la paz. Ceinwyn recibirá mi cabeza como regalo el día de su boda y vosotros, amigos míos, lo celebraréis en el más allá, donde espero que me guardéis un sitio a la mesa entre vosotros.

Callamos todos. Arturo se mostraba seguro de que Tewdric intervendría en la batalla, pero los demás albergábamos dudas. En mi opinión, Tewdric podría preferir que Arturo y sus hombres perecieran en el valle del Lugg y librarse así de una molesta alianza, pero me dije que los asuntos de alta política no eran de mi incumbencia. Yo debía preocuparme de sobrevivir hasta el día siguiente, y al observar la tosca maqueta del campo de batalla de Morfans empecé a preocuparme de la ladera occidental sobre la cual habíamos de caer al alba. Pensé que sí nosotros podíamos atacar aquel punto, el enemigo podría hacer lo mismo.

—Nuestra defensa quedará rodeada —dije expresando mi principal preocupación. Pero Arturo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El lado norte de la ladera es demasiado escarpado para un hombre con armadura. Como máximo enviarán a hombres de la leva, es decir, arqueros. Si puedes prescindir de unos cuantos

soldados, Derfel, apóstalos convenientemente; por lo demás, ruega que Tewdric no se demore. Para lo cual —añadió dirigiéndose a Galahad—, aunque me duela pedirlos que os alejéis de la línea de defensa, lord príncipe, me prestaríais un valioso servicio mañana si cabalgarais conmigo como enviado ante el rey Tewdric. Como príncipe que sois, habláis con autoridad, y vos mejor que cualquier otro convenceríais de que aproveche la victoria que pretendo ofrecerle mediante mi desobediencia.

—Preferiría el combate, señor —replicó Galahad atribulado.

—Y yo —replicó Arturo con una sonrisa— preferiría la victoria a la derrota. Por tal motivo necesito que los hombres de Tewdric acudan antes del final de la jornada y vos, lord príncipe, sois el mensajero más apto que podría enviar a un rey agraviado.

Debéis persuadirle, halagarlo, rogarle, pero por encima de todo, lord príncipe, debéis convencerle de que mañana, o ganamos la guerra o habremos de luchar durante el resto de nuestros días.

Galahad aceptó la proposición.

—De todas formas, ¿cuento con vuestra venia para volver y luchar junto a Derfel tan pronto lleve el mensaje? —añadió.

—Será un placer —respondió Arturo. Hizo una pausa sin apartar la vista de los montoncillos de grano—. Somos pocos —dijo simplemente—, y ellos una nutrida hueste, pero los sueños no se hacen realidad a base de cautela, sino afrontando el peligro. Tal vez mañana logremos la paz para los britanos.

Calló bruscamente, sorprendido quizá por la idea de que su ambición de paz era también el sueño de Tewdric. Tal vez se preguntara si debía luchar. Recordé entonces la ocasión en que, tras su reunión con Aelle, antes de hacer el juramento al pie del roble, Arturo había considerado la posibilidad de renunciar a la lucha; y casi esperaba que volviera a desnudar su alma, pero aquella noche lluviosa el caballo de la ambición tiraba con fuerza de su espíritu y no le dejaba imaginar la paz a cambio de su propia vida o del destierro. Deseaba la paz, pero sobre todo ansiaba dictarla personalmente.

—Que los dioses en los que crea cada cual —dijo en voz baja— os acompañen a todos mañana.

Tuve que volver a caballo junto a mis hombres. Tenía prisa y me caí tres veces. Las caídas son presagios funestos, pero el suelo estaba blando a causa del barro y no me herí sino en el orgullo. Arturo me acompañó, pero detuvo mi montura cuando todavía nos hallábamos a un tiro de lanza del lugar donde ardían las bajas fogatas de mis hombres bajo la lluvia insistente.

—Lucha por mi mañana, Derfel —me dijo— y llevarás tu propia enseña y pintarás tus escudos.

En esta vida o en la siguiente, pensé; pero no dije nada por no tentar a los dioses, pues al día siguiente nos enfrentaríamos al mundo bajo un alba gris y triste.

Ni uno solo de mis hombres trató de eludir su juramento. Algunos, unos pocos, habrían querido evitar la batalla, pero ninguno quería mostrarse débil frente a sus camaradas, de modo que emprendimos la marcha a través de los campos empapados de lluvia en medio de la noche; Arturo nos despidió y regresó al campamento donde estaban sus hombres.

Nimue quiso venir con nosotros. Nos había prometido un hechizo de ocultamiento, motivo por el cual mis hombres no deseaban dejarla atrás. Llevó a cabo el hechizo antes de iniciar la marcha, con el cráneo de una oveja que encontró, a la luz de las fogatas, en una zanja próxima a nuestro campamento. Un lobo había dado buena cuenta del animal entre unos matorrales; sacó los despojos a rastras, cortó la

cabeza, la limpió de gusanos y restos podridos y luego se acuclilló ocultándose con el manto y tapando también la fétida calavera. Así permaneció largo rato, aspirando el hedor de la cabeza en descomposición; después se puso en pie y dio un desdeñoso puntapié al cráneo. Vio dónde iba a parar y, tras reflexionar unos momentos, declaró que el enemigo volvería la vista a otro lado mientras nosotros avanzábamos en la oscuridad. Arturo, fascinado por la capacidad de entrega de Nimue, se estremeció al oír el veredicto y después me abrazó.

—Estoy en deuda contigo, Derfel.

—Nada me debéis, señor.

—Una cosa al menos, sí. Te agradezco que me trajeras el mensaje de Ceinwyn. — Se había alegrado mucho al conocer el perdón de ella, y cuando le comuniqué que deseaba acogerse a su

protección, se encogió de hombros—. Nada ha de temer ella de ningún dumnonio —declaró. Me dio unas palmadas en el hombro—. Nos veremos de madrugada — prometió, y se quedo viéndonos pasar de la luz de las fogatas a la oscuridad.

Cruzamos prados de hierba y campos recién segados y no hallamos más obstáculos que el suelo empapado, la oscuridad y la lluvia torrencial. La lluvia caía desde el lado izquierdo, desde poniente, y no parecía que fuese a amainar; caía en frías gotas que se clavaban como agujas y se escurrían por el interior de nuestros justillos helándonos el cuerpo. Al principio marchábamos apelotonados, pues ninguno deseaba encontrarse solo en la oscuridad, y a pesar de que atravesábamos terreno llano, nos llamábamos constantemente unos a otros en voz baja para saber dónde estaba cada cual. Algunos se agarraban al borde del manto del compañero más próximo, pero las lanzas entrechocaban y tropezábamos unos con otros, hasta que por fin nos detuvimos y formamos en dos filas, con los escudos a la espalda y sujetando con una mano el extremo de la lanza del compañero de delante. Cavan avanzaba en retaguardia asegurándose de que nadie quedara atrás y Nimue y yo abríamos la marcha. Me dio la mano no por cariño, sino por no quedar aislada en la oscuridad de la noche. En aquel momento Lughnasa era un sueño desaparecido, no porque se lo hubiera llevado el tiempo, sino por el rechazo total de Nimue a reconocer que habíamos yacido juntos bajo la enramada. Aquellas horas, igual que los meses transcurridos en la isla de los Muertos, habían servido a sus propósitos y, cumplidos éstos, perdieron toda relevancia.

Llegamos a los árboles. Tras un momento de vacilación me lancé por un empinado terraplén lleno de barro y me vi en medio de una oscuridad tan densa que creí que jamás lograría conducir a cincuenta hombres por tan horrendas tinieblas; pero entonces Nimue empezó a cantar suavemente, en voz baja, y el sonido actuó como un faro orientador que sacó a los hombres sanos y salvos de aquel oscuro obstáculo. Ambas cadenas de lanzas se rompieron, pero siguiendo la voz de Nimue

avanzamos todos entre los árboles dando tumbos hasta salir a un prado al otro lado de la arboleda. Allí nos detuvimos; Cavan y yo hicimos recuento de los hombres mientras Nimue daba vueltas a nuestro alrededor musitando encantamientos contra la oscuridad.

Me sentí todavía más desanimado, con el cuerpo empapado y embargado por la pesadumbre. Creía tener una imagen clara de aquella parte del país que se extendía justo al norte del campamento de mis hombres, pero las dificultades del avance me la habían borrado. No sabía dónde me encontraba ni hacia dónde debíamos ir. Suponía que habíamos caminado en dirección

norte, pero sin estrellas que me orientasen ni luna que me iluminase, los temores acabaron por socavarme el ánimo.

—¿A qué esperáis? —me preguntó Nimue al oído.

No contesté, no quería reconocer que me había perdido, o tal vez no deseaba decirle que estaba asustado.

Nimue notó mi absoluta indefensión y tomó el mando.

—Ahora tenemos un largo trecho de prados abiertos ante nosotros —dijo a mis hombres—. Aquí antes pastaban las ovejas, pero se han llevado los rebaños a otra parte, de modo que no habrá pastores ni perros que nos descubran. Todo el camino es cuesta arriba, pero fácil de cubrir si nos mantenemos juntos. Al final de los prados encontraremos un bosque y allí aguardaremos hasta el alba. No está lejos ni es difícil. Sé que estamos empapados y que tenemos frío, pero mañana nos calentaremos en las hogueras de nuestros enemigos. —Habló con una confianza inamovible.

No creo que yo hubiera sido capaz de llevar a mis hombres a ninguna parte aquella noche, pero Nimue lo hizo. Dijo que con su único ojo veía en la oscuridad mejor que nosotros con los dos y acaso fuera cierto, o quizá conociera mejor aquella parte del país; fuera como fuese, lo logró. Durante la última hora caminamos por la ladera de una colina, y de pronto la marcha se hizo más fácil al alcanzar la cima occidental del valle del Lugg; las fogatas de los centinelas enemigos ardían en la oscuridad por debajo de nosotros. Distinguí incluso el parapeto de pinos y el brillo del río Lugg un poco más allá. En el valle, los hombres alimentaban con grandes brazadas de leña las hogueras que iluminaban el camino por donde podía llegar un ataque desde el sur.

Llegamos al bosque y nos dejamos caer en el suelo húmedo. Algunos caímos en esa somnolencia superficial y engañosa, plagada de sueños, que no es dormir ni cosa que se le parezca y que deja el cuerpo destemplado, entumecido y dolorido; pero Nimue se mantuvo en vela musitando encantamientos y hablando con los que no podían conciliar el sueño. Su conversación no era mero pasatiempo, pues no tenía tiempo que perder, sino que les dio ardientes explicaciones de los motivos por los que luchábamos. Les dijo que no era por Mordred sino por una Britania limpia de



foráneos y de ideas ajenas, y hasta los cristianos la escucharon.

No esperé al amanecer para ordenar el ataque. Tan pronto como el cielo preñado de lluvia se iluminó por levante con la primera claridad mortecina de luz acerada, desperté a los que dormían y llevé a mis cincuenta hombres colina abajo hasta el lindero del bosque. Allí aguardamos, sobre un lomo de tierra herbosa que caía hasta el lecho del valle tan verticalmente como las laderas del monte de Ynys Wydryn. Con el brazo izquierdo sujetaba firmemente las correas del escudo, llevaba a Hywelbane ceñida a la cadera y la pesada lanza en la diestra. Una fina neblina se levantó en el punto donde el río abandonaba el valle.

Un búho blanco pasó volando bajo por entre los árboles, muy cerca de nosotros, y los hombres creyeron que era un mal augurio; pero después un gato montés nos enseñó los dientes en la retaguardia y Nimue dijo que el efecto nefasto del búho blanco había quedado neutralizado. Oré a Mitra y ofrecí en su honor las horas venideras; luego dije a mis hombres que los francos habían sido enemigos mil veces más feroces que aquella soldadesca adormilada de Powys que estaba en el valle, a nuestros pies. Dudaba de la veracidad de mis palabras, pero cuando nos aprestamos a la batalla no son verdades lo que necesitamos, sino confianza. En privado ordené a Issa y a otro de mis hombres que permanecieran cerca de Nimue, pues sabía que si ella moría, la confianza de mis filas se evaporaría como una niebla estival.

La lluvia nos azotaba desde atrás y la hierba de la ladera nos hacia resbalar. El cielo se iluminó un poco más por el lado opuesto del valle y entre las nubes aparecieron las primeras sombras. El mundo amanecía gris y negro, negro como la noche en lo hondo del valle, pero clareaba en el lindero del bosque, un contraste que me hizo temer que el enemigo nos descubriera antes de que nosotros pudiéramos distinguirlo nítidamente. Sus hogueras brillaban todavía, pero mucho más tenues que durante las negras profundidades misteriosas de la noche. No avisté centinelas, era el momento de avanzar.

—Avanzad despacio —les ordené.

Me había imaginado una carrera precipitada ladera abajo, pero cambié de opinión sobre la marcha. La hierba húmeda nos haría resbalar y juzgué más conveniente acercarnos con sigilo, arrastrándonos como espectros al amanecer. Me puse en cabeza, avanzando con mayor precaución a medida que la pendiente se hacía pronunciada. Ni siquiera las botas de clavos permitían caminar con paso seguro en el suelo empapado, de modo que continuamos lentamente, como gatos al acecho, y el sonido más audible en la penumbra era el de nuestras respiraciones.

Utilizamos las lanzas a modo de varas. En dos ocasiones un grupo tropezó y cayó al suelo con todo su peso, haciendo entrechocar escudos, vainas y lanzas, y en ambas ocasiones nos detuvimos en seco en espera de una respuesta que no se produjo.

El último tramo de la pendiente era el más pronunciado, pero antes de iniciar la

última etapa alcanzamos a ver por fin todo el fondo del valle. El río discurría como una sombra negra por su extremo más lejano y la calzada romana pasaba justo por debajo de nosotros, entre unas chozas con techumbre de paja donde el enemigo debía de haberse refugiado. Sólo avisté cuatro hombres, dos acucillados junto a las hogueras, uno sentado bajo el alero de una cabaña y otro paseando de acá para allá al lado de la empalizada de troncos. El cielo iba aclarándose por el este hasta alcanzar el destello brillante de la aurora; había llegado el momento de soltar a mis lanceros de cola de lobo tras las presas.

—¡Que los dioses sean vuestra barrera de escudos! —les dije—. ¡Matad y rematad!

Cubrimos a la carrera el final de la pronunciada pendiente. Algunos optaron por deslizarse de costado en vez de esforzarse por mantener el equilibrio, otros se lanzaron de cabeza y yo, como era el jefe, corrí con ellos. El miedo nos prestaba alas y nos hacía lanzar amenazas a voz en grito. Éramos los lobos de Benoic, llegados a las montañas fronterizas de Powys con la muerte entre las fauces, y de súbito, como siempre en la batalla, la euforia me dominó. Un júbilo vertiginoso nos encendió el espíritu barriendo todo rastro de contención, raciocinio y decencia, dejando tan sólo el furor implacable del combate. Salvé el último tramo de un salto, caí entre unas matas de frambuesa, di un puntapié a un cubo vacío y entonces vi al primer hombre, que salía sobresaltado de una choza cercana. Iba en calzas y jubón, sostenía una lanza y parpadeaba en la lluviosa madrugada; y así murió, con el vientre atravesado por mi lanza. Aullé como aúllan los lobos, retando al enemigo a buscar la muerte en mis manos.

Quedóse la lanza atascada en las tripas del hombre y no la saqué, sino que desenvainé a Hywelbane. Otro hombre se asomó a la puerta de la choza a ver qué había pasado, me abalancé contra él y lo hice retroceder. Mis hombres pasaron a mi lado corriendo, aullando y gritando. Los centinelas huían. Uno echó a correr hacia el río, vaciló un momento, dio media vuelta y murió de dos lanzazos. Uno de mis hombres cogió una tea encendida de la hoguera y la arrojó al húmedo tejado de paja. A ésa siguieron otras, hasta que por fin las chozas prendieron y obligaron a los ocupantes a salir a campo abierto, donde aguardaban mis lanceros. Una mujer gritó cuando el techo en llamas le cayó encima. Nimue se había apoderado de la espada de un enemigo muerto y la hundía en el cuello de un hombre caído. Chillaba con un lamento agudo y extraño que añadió un nuevo terror a la helada madrugada.

Cavan ordenó a voces a los hombres que empezaran a retirar la valía de árboles. Dejé a los pocos supervivientes de las cabañas a merced de mis hombres y fui a ayudar a los otros. El parapeto había sido levantado con dos docenas de pinos caídos y hacía falta veinte hombres para levantar cada árbol. Habíamos despejado de la carretera una anchura de unos cuarenta pies cuando Issa dio una voz de alarma.

Los hombres a los que habíamos matado no eran la única fuerza que guardaba el valle, sino un simple piquete que vigilaba el parapeto, y en aquel momento el grueso de la guarnición, alarmado por la barahúnda, asomaba por el sombrío extremo septentrional del valle.

—¡Barrera de escudos! —exclamé—. ¡Barrera de escudos!

Cerramos la línea de defensa al norte de las chozas incendiadas. Dos de mis hombres se habían roto el tobillo al bajar la pendiente y otro había muerto en los primeros momentos de la lucha, pero los demás cerramos filas en una compacta línea de defensa. Envainé a Hywelbane tras recuperar la lanza y la apunté hacia el frente junto a las demás, que sobresalían cinco pies con respecto a la línea de escudos. Ordené a seis hombres que permanecieran en retaguardia con Nimue por si quedaba algún enemigo oculto entre las sombras y esperamos a que Cavan cambiara de escudo, pues las correas del suyo se habían roto. Tomó el de un enemigo, quitóle de un tajo rápido la cubierta de cuero con el águila y se situó en el extremo derecho de la barrera de escudos, la posición más vulnerable, pues el hombre de la diestra tiene que proteger al compañero de la siniestra con el escudo dejando su propio flanco derecho expuesto a los golpes del enemigo.

—¡Listos, señor! —me dijo.

—¡Adelante! —grité.

Me pareció mejor avanzar que dar tiempo al enemigo para formarse y atacar.

A medida que avanzábamos hacia el norte, las laderas del valle se tornaban más altas y escarpadas. La pared de la derecha, al otro lado del río, era una espesa maraña de árboles, pero la de la izquierda estaba cubierta de hierba al principio y de matorrales después. El valle se estrechaba, aunque no llegaba a formar una garganta. El valle del Lugg tenía espacio suficiente para maniobrar, aunque la cenagosa ribera del río restringía el terreno seco y nivelado que se necesita para librar batallas. La primera luz que se filtraba entre las nubes iluminaba ya las montañas occidentales, pero no penetraba todavía en las profundidades del valle, donde al menos había dejado de llover, aunque el viento soplaba frío y húmedo y hacía parpadear el fuego de las hogueras que ardían en la parte alta del valle. A la luz de esas hogueras divisamos una aldea de chozas alrededor de un edificio romano. Ante las llamas pasaban sombras de hombres que se afanaban de un lado a otro; un caballo relinchó y de pronto, cuando la luz mortecina de la aurora alcanzó por fin el camino, vi que se estaba formando una barrera de escudos.

También percibí que la componían unos cien hombres, al menos, e iban sumándose más y más.

—¡Alto! —ordené a mis hombres.

Agucé la vista y calculé unos doscientos guerreros en la barrera de escudos. La luz gris brillaba en las puntas de sus lanzas. Se trataba de la guardia de elite que

Gorfyddyd había situado en el valle para defenderlo.

Efectivamente, la anchura del valle excedía nuestra defensa de cincuenta hombres; el camino discurría junto a la ladera occidental dejando a nuestra derecha una ancha pradera por donde el enemigo podría rodearnos los flancos sin dificultad, de forma que ordené la retirada.

—¡Atrás, despacio! —dije—. Despacio y pisando firme. ¡Volvemos al parapeto! —Podríamos defender el hueco que habíamos abierto en la valla de troncos, aunque de todos modos el enemigo no tardaría en trepar por los árboles que aún quedaban y rodearnos—. ¡Atrás, despacio! —repetí, pero no di un paso más mientras mis hombres se retiraban.

Aguardé al ver que un solo hombre a caballo se destacaba de entre las filas enemigas y cabalgaba hacia nosotros.

El emisario era un hombre alto que dominaba su montura. Llevaba un yelmo de hierro con penacho de plumas de cisne, lanza y espada, pero no escudo. Vestía coraza y su silla era una piel de oveja. Su rostro de ojos oscuros y barba negra llamaba la atención y sus rasgos me resultaban familiares, pero no llegué a reconocerle hasta que detuvo el caballo cerca de mí. Tratábase de Valerin, el cacique al que Ginebra estaba prometida cuando conoció a Arturo. Me miró desde arriba y fue levantando la lanza poco a poco hasta colocármela a la altura de la garganta.

—Tenía la esperanza de que fuerais Arturo.

—Mi señor os envía saludos, lord Valerin —le dije.

Valerin escupió hacia mi escudo, donde había vuelto a pintar el símbolo del oso de Arturo.

—Enviadle los míos —dijo—, y también a la ramera que desposó. —Hizo una pausa y levantó un poco la punta de la lanza, hasta la altura de mis ojos—. Estás muy lejos de casa, muchacho —dijo—, ¿sabe tu madre que no estás en la cama?

—Mi madre —repliqué— está preparando la olla para hervir vuestros huesos, lord Valerin. Nos hace falta cola y dicen que los huesos de oveja la hacen de mejor calidad.

Sentíase halagado porque le había reconocido, pero lo achacó a la fama, sin caer en la cuenta de que yo había estado en Caer Sws con Arturo hacía ya muchos años. Retiró la lanza de mi cara y miró fijamente a mis hombres.

—Sois pocos, y nosotros muchos. ¿No queréis rendiros ahora?

—Sois muchos —dije—, pero mis hombres están hambrientos de lucha y agradecen una ración generosa de enemigos.

Los jefes habían de saber comportarse en las sesiones rituales de insultos que precedían a las batallas, y a mí me divertía. Arturo no solía hacer buen papel en dichas ocasiones, pues hasta el último momento, antes de comenzar la matanza, trataba de congraciarse con sus enemigos.

—¿Tu nombre? —inquirió Valerin, a punto de volver la grupa.

—Lord Derfel Cadarn —respondí con orgullo, y me pareció detectar, o eso hubiera deseado, un destello de reconocimiento antes de que me diera la espalda para volver con los suyos.

Pensé que si Arturo no venía podíamos darnos todos por muertos, pero antes de volver junto a mis lanceros, al lado del parapeto, vi a Culhwch y a Arturo aguardándome. Culhwch había logrado al fin lo que deseaba, esto es, luchar de nuevo junto a Arturo. Su enorme caballo triscaba hierba ruidosamente por los alrededores.

—No estamos lejos, Derfel —me dijo animosamente—, cuando esos gusanos ataquen, tenéis que daros a la huida. ¿Entendido? Que os persigan, así se dispersarán, y cuando veáis que nos acercamos, apartaos de nuestro camino. —Me dio la mano y luego me envolvió entre sus brazos como un oso—. Es más divertido que hablar de paz, ¿cierto? —dijo; fue a buscar su caballo y montó—. Mostraos cobardes por una vez —recomendó a mis hombres; levantó la mano y azuzó al caballo hacia el sur.

Explicué a mis hombres el significado de las últimas palabras de Culhwch y me situé en mi puesto, en el centro de la barrera de escudos que cubría el hueco del parapeto de árboles. Nimue se colocó detrás de mi, blandiendo todavía la espada ensangrentada.

—Cuando ataquen, fingiremos huir en desbandada —dije a los hombres—. No tropecéis al correr y no os metáis bajo los cascos de los caballos.

Ordené a dos de los míos que ayudaran a los que se habían roto el tobillo a esconderse en unos matorrales situados detrás del parapeto y aguardamos. Miré hacia la retaguardia pero no vi a los hombres de Arturo, que suponía ocultos donde el camino atravesaba una arboleda, a un cuarto de milla hacia el sur.

A mi derecha el río corría en remolinos oscuros; dos cisnes se dejaban llevar por la corriente. Una garza real pescaba en la orilla, pero abrió las alas perezosamente y salió volando hacia el norte, cosa que Nimue interpretó como de buen augurio, pues el ave se llevaba su mala suerte hacia el enemigo.

Los lanceros de Valerin iban acercándose lentamente. Los habían despertado para la batalla y aún estaban adormilados. Vi a algunos con la cabeza descubierta y supuse que sus jefes los habrían arrancado de sus yacijas de paja con tal premura que ni tiempo habían tenido para recoger toda su impedimenta. No había druidas entre ellos, de modo que nos vimos libres de maldiciones, aunque yo, igual que mis hombres, dije unas breves oraciones. Yo rezaba a Mitra y a Bel. Nimue invocaba a Andraste, la diosa de las matanzas, y Cavan pedía a sus dioses irlandeses que concedieran a su lanza muchas muertes en ese día. Observé que Valerin había desmontado y dirigía a sus hombres desde el centro de la barrera, aunque me fijé en que un criado llevaba el caballo de su caudillo en la retaguardia.

Una fuerte racha de viento húmedo arrastró hasta el camino el humo de las chozas

que aún ardían y ocultó en parte la línea enemiga. Pensé que los cadáveres de los compañeros muertos enardecerían el ánimo de los lanceros y, tal como esperaba, les oí gritar de rabia al encontrarse los cuerpos, calientes todavía; cuando otra racha de viento despejó la humareda del camino, el enemigo avanzaba más deprisa, profiriendo insultos. Aguardamos en silencio y la temprana luz gris iluminó el suelo mojado del valle.

Detuviéronse a cincuenta pasos de nosotros. Todos llevaban el águila de Powys en el escudo, ninguno provenía de Siluria ni de los demás contingentes reunidos por Gorfyddyd. Imaginé que serían los mejores lanceros del país, de modo que matar a un buen número de ellos sería una gran ventaja para el futuro, y bien sabían los dioses cuán necesaria nos era cualquier ayuda. Hasta el momento todo iba como la seda y hube de recordar que esos momentos tan fáciles no eran sino el preámbulo tras el cual todo el poder de Gorfyddyd y de sus aliados caería sobre los pocos guerreros leales a Arturo.

Dos hombres se destacaron de las filas de Valerin y arrojaron las lanzas, que pasaron muy alto por encima de nuestras cabezas y se clavaron en la tierra a nuestra espalda. Mis hombres respondieron con burlas y algunos apartaron los escudos como invitando al enemigo a intentarlo de nuevo. Agradecí a Mitra que Valerin no llevara arqueros. Pocos guerreros usaban el arco, pues las flechas no atraviesan los escudos ni las cotas de cuero. El arco era arma de cazador, idónea para aves silvestres o piezas de caza menor, pero un grupo nutrido de campesinos de la leva armado con arcos ligeros podía convertirse en una molestia de consideración obligando a los guerreros a agacharse tras la barrera de escudos.

Otros dos hombres arrojaron sus lanzas. Una acertó en un escudo y se quedó clavada, la otra pasó demasiado alta. Valerin nos observaba sopesando nuestra actitud, y tal vez la falta de reacción por nuestra parte le hiciera pensar que ya éramos hombres muertos. Levantó los brazos, golpeó el escudo con la lanza y ordenó cargar a sus hombres.

Se lanzaron gritando y nosotros, tal como Arturo ordenara, rompimos filas y nos dimos a la fuga. Se produjo gran confusión al principio, pues los hombres se estorbaban unos a otros, mas enseguida echamos a correr a la desbandada camino abajo.

Nimue iba a la cabeza, con el negro manto flotando al viento, y miraba atrás constantemente para ver lo que sucedía a su espalda. El enemigo cantó victoria y se precipitó tras nosotros; Valerin vio la posibilidad de montar a caballo entre la muchedumbre dispersa y pidió a gritos a su criado que le trajera la montura.

Corríamos torpemente, impedidos por los mantos, los escudos y las lanzas. Me sentía fatigado y respiraba entrecortadamente sin dejar de correr tras mis hombres en dirección sur. Oía las voces del enemigo y por dos veces miré hacia atrás y vi a un

hombre alto y pelirrojo que sonreía y se esforzaba por darme alcance. Era más veloz que yo y ya empezaba a considerar la posibilidad de detenerme y enfrentarme a él cuando oí el bendito sonido del cuerno de Arturo. Sonó dos veces y enseguida el poder de Arturo surgió ante nosotros de entre los árboles que el alba teñía de gris.

Arturo abrió la marcha con su penacho de plumas blancas, su brillante escudo bruñido como un espejo y el manto blanco desplegado a la espalda como si fueran alas. Bajó la punta de la lanza y aparecieron sus cincuenta hombres sobre caballos con armadura, el rostro cubierto de hierro y enhiestas las brillantes puntas de las lanzas. Las enseñas del oso y el dragón ondeaban luminosas y la tierra temblaba bajo los potentes cascos, que levantaban una lluvia de agua y barro en el aire a medida que los caballos ganaban velocidad. Mis hombres se apartaron del camino, se dividieron en dos grupos y, sin tardanza, formaron corros defensivos protegiéndose tras los escudos y las lanzas. Opté por el de la izquierda y me volví a tiempo de ver a los hombres de Valerin que intentaban cerrar filas en una barrera de escudos. Valerin les gritaba desde el caballo que se retirasen al parapeto, pero ya era demasiado tarde. La trampa había funcionado y los defensores del valle del Lugg estaban condenados.

Arturo pasó a mi lado al galope a lomos de Llamrei, su yegua preferida. Los faldones de la gualdrapa del caballo y los bordes del manto ya estaban cubiertos de barro. Una lanza rebotó en

el pecho de Llamrei, protegido por la armadura; entonces Arturo arrojó la suya y, tras dar muerte al primer enemigo de la jornada, dejó el arma allí clavada y desnudó a Excalibur a la luz

del amanecer. Los demás caballos pasaron al galope levantando un torbellino de agua y ruido. Los hombres de Valerin gritaron al ver a los grandes brutos irrumpir a toda velocidad entre sus

filas rotas. Abatiéronse las espadas y dejaron tras de sí hombres que sangraban y se tambaleaban; los caballos continuaron abriéndose camino y aplastando a unos cuantos hombres aterrorizados bajo sus poderosos cascos reforzados con hierro. Los lanceros, rota su formación, quedaron indefensos frente a los caballos, y los guerreros de Powys no tenían ninguna posibilidad de formar una barrera de escudos. Sólo les restaba correr en desbandada y Valerin, al ver que no había escapatoria, volvió grupas y salió al galope en dirección norte.

Algunos de sus hombres le siguieron, pero todos los que iban a pie estaban condenados a morir bajo las patas de los caballos. Otros se dirigieron hacia el río o hacia la montaña, y tras ellos fuimos, organizados en bandas de lanceros. Unos pocos arrojaron las lanzas y los escudos al suelo y levantaron las manos; les perdonamos la vida, pero todo aquel que ofreció resistencia murió a lanzazos, atrapado como un oso en un matorral. El caballo de Arturo desapareció en el valle dejando tras de sí un rastro macabro de hombres con el cráneo hendido por un tajo a la altura del cerebro;

algunos hubo que siguieron cojeando antes de caer definitivamente y Nimue aullaba gozosa en medio de la destrucción.

Hicimos casi cincuenta prisioneros, y otros tantos muertos o agonizantes. Algunos huyeron trepando por la montaña por la que habíamos llegado nosotros bajo la luz gris y otros se ahogaron al tratar de cruzar el Lugg, y el resto eran hombres vencidos que sangraban, se arrastraban y vomitaban. Los hombres de Sagramor, ciento cincuenta lanceros excelentes, aparecieron caminando mientras rematábamos la redada de los últimos supervivientes de Valerin.

—No podemos prescindir de hombres para vigilar a los prisioneros —me dijo Sagramor a modo de saludo.

—Lo sé.

—Pues matadlos —me ordenó, y Nimue se mostró de acuerdo.

—No —dije.

Sagramor sería mi comandante durante toda aquella jornada y no me gustaba estar en desacuerdo con él, pero Arturo quería la paz para los britanos, y matar a prisioneros indefensos no era la forma de ganar Powys para la paz. Por otra parte, los prisioneros los habían tomado mis hombres y su vida quedaba bajo mi responsabilidad; en vez de matarlos, ordené que los desnudaran; y luego fueron conducidos uno a uno ante Cavan, que aguardaba con un canto rodado por martillo y una gran piedra por yunque. Colocábamos sobre la piedra la mano con que cada hombre usaba la lanza, la sujetábamos y le aplastábamos el meñique y el anular con el canto rodado. Nadie moría por que le aplastaran los dedos, incluso se podía volver a usar la lanza, pero no en el mismo día ni durante muchos días más. Después los mandamos hacia el sur, desnudos y sangrantes, y les advertimos que si volvíamos a ver su caras antes de la noche, morirían con toda seguridad. Sagramor se mofó de semejante alarde de indulgencia, pero no contradijo mis órdenes. Mis hombres recogieron las mejores prendas de los enemigos, registraron las demás en busca de monedas y arrojaron lo que no querían a las chozas, que continuaban ardiendo. Las armas capturadas las amontonamos a la vera del camino.

Después nos pusimos en marcha hacia el norte y descubrimos que Arturo había terminado la persecución en el vado y había regresado a la aldea que se extendía alrededor del sólido edificio romano, que Arturo reconoció como una antigua posada para viajeros camino de las montañas del norte. Un grupo de mujeres se hallaba bajo vigilancia al lado de la casa, abrazadas a sus hijos y a sus míseras, pertenencias.

—Vuestro enemigo —dije a Arturo— era Valerin.

Tardó unos segundos en reconocer el nombre y luego sonrió. Se había quitado el yelmo y se había apeado del caballo para recibirnos.

—Pobre Valerin —comentó—, ha salido perdedor por dos veces. —Me abrazó y dio las gracias a mis hombres—. La noche fue tan oscura —dijo— que dudé de que



lograrais dar con el valle.

—El mérito no es mio, sino de Nimue.

—En ese caso, os debo agradecimiento —dijo a Nimue.

—Agradecédmelo —respondió Nimue— dándonos la victoria en este día.

—Con la ayuda de los dioses, así lo haré. —Se volvió hacia Galahad, que había cargado con ellos a caballo—. Id al sur, lord príncipe, llevad mis saludos a Tewdric y rogadle que nos envíe lanceros. Que Dios os conceda elocuencia.

Galahad espoleó a su caballo y partió al galope, cruzando el valle que hedía a sangre.

Arturo se quedó mirando la cima de la montaña que se elevaba a una milla al norte del vado. Allí había un antiguo fuerte de tierra, legado del pueblo antiguo, pero parecía desierto.

—Nada nos conviene —dijo con una sonrisa— que vean dónde nos escondemos.

Quería encontrar un lugar donde esconderse y quitarse la pesada armadura de a caballo antes de dirigirse hacia el norte para sacar a los hombres de Gorfyddydd de sus campamentos de Branogenium.

—Nimue os hará un hechizo para pasar desapercibido —le dije.

—¿Lo haréis, señora? —le preguntó con entusiasmo.

Nimue se fue a buscar un craneo. Arturo me dio otro abrazo y después llamó a un criado para que le ayudara a quitarse la pesada cota maclada. Se la quitó por la cabeza y apareció su cabeza despeinada.

—¿Te la pondrías tú? —me pregunto.

—¿Yo? —No podía creerlo.

—Cuando el enemigo ataque —me dijo—, espera encontrarme aquí, y si no me encuentra, sospechará que se trata de una celada. —Sonrió—. Se lo pediría a Sagramor, pero su cara es más peculiar que la tuya. De todos modos, tendrías que cortarte un poco el pelo —cualquiera sabría que aquél no era Arturo si por debajo del yelmo asomaba una melena rubia— y recortarte la barba —añadió.

Tomé la armadura de manos de Hygwydd y me quedé impresionado por el peso.

—Será un honor para mi —respondí.

—Pesa —me advirtió—, da calor y con el yelmo puesto no deja ver a los lados, de modo que ponte un hombre valiente a cada lado. —Percibió que dudaba—. ¿Se lo pido a otro, tal vez?

—No, no, señor. La llevaré yo.

—Implica un riesgo —me advirtió nuevamente.

—No esperaba que el día de hoy fuera tranquilo, señor.

—Os dejo las enseñas. Cuando Gorfyddydd llegue, tenemos que convencerle de que todos sus enemigos se hallan reunidos en un solo lugar. Será un combate duro, Derfel.

—Galahad traerá refuerzos —le dije en tono firme.

Tomó mi cota y mi escudo, me dio el suyo junto con el manto y se volvió para tomar a Llamrei de las riendas.

—Hasta aquí —me dijo una vez montado en el caballo—, todo ha sido fácil. —Llamó a Sagramor y nos habló a los dos—. El enemigo llegará hacia mediodía. Haced cuanto podáis por estar preparados y luchad como no habéis luchado en vuestra vida. Si os veo nuevamente, habremos logrado la victoria. En caso contrario, os doy las gracias, os saludo y os espero en el otro mundo para celebrarlo juntos. —Ordenó a sus hombres que montaran y partieron hacia el norte.

Nosotros quedamos aguardando el comienzo de la verdadera batalla.

La cota maclada pesaba extraordinariamente, me aplastaba los hombros como las perchas que las mujeres acarreaban hasta sus casas todas las mañanas. Me costaba un esfuerzo levantar el brazo de la espada, aunque noté cierto alivio al ajustarme el cinturón de la espada por encima de las escamas de hierro, aligerando así en parte el peso que caía sobre los hombros.

Nimue, una vez hubo terminado el encantamiento para ocultar a Arturo, me cortó el pelo con un cuchillo. Quemó los mechones para que el enemigo no tuviera ocasión de encontrarlos y hacer un hechizo con ellos; luego, con el escudo de Arturo por espejo, me recorté la larga barba para que no se asomara por debajo de los protectores de las mejillas. Acto seguido me calé el yelmo forrado de cuero y presioné con fuerza hasta que me quedó encajado en la cabeza como una concha. A pesar de las perforaciones abiertas a la altura de las orejas en el bruñido metal, oía mi propia voz como amortiguada. Cogí el pesado escudo, Nimue me colocó el manto blanco manchado de barro, me lo abrochó y empecé a moverme para acostumbrarme al peso tremendo de la armadura. Pedí a Issa que tomara la vara de una lanza y, usándola a modo de palo, luchara conmigo; me movía con mayor lentitud que nunca.

—El miedo os prestará velocidad, señor —me dijo Issa tras ganarme diez asaltos y asestarme en la cabeza un golpe que me resonó como un trueno en los oídos.

—No rompas las plumas —le advertí.

En mi fuero interno deseaba no haber aceptado la pesada armadura. Era propia de soldados de caballería, estaba pensada para aumentar el peso y hacer que el jinete que tenía que abrirse paso entre las filas enemigas causara una impresión más imponente, pero los lanceros confiábamos en la agilidad y la velocidad siempre que no estábamos apretados hombro con hombro en la línea de defensa.

—Tenéis un aspecto magnífico, señor —comentó Issa con admiración.

—Seré un cadáver de magnífico aspecto sí no me cubres el flanco —le contesté—. Es como luchar dentro de un caldero. —Me quité el yelmo y sentí un gran alivio en el cráneo—. La primera vez que vi esta armadura —le dije— deseé poseerla más que cualquier otra cosa en el mundo. Ahora la regalaría a cambio de una buena cota

de cuero.

—Saldréis bien parado, señor —me consoló con un gesto burlón.

Teníamos mucho que hacer. Las mujeres y los niños que los hombres vencidos de Valerin habían dejado abandonados fueron conducidos hacia el sur, lejos del valle; después preparamos defensas cerca del parapeto de árboles. Sagramor temía que la fuerza arrolladora del enemigo nos expulsara del valle antes de que la caballería de Arturo llegara a rescatarnos, de modo que preparó el terreno con meticulosidad. Mis hombres querían dormir, pero hubimos de cavar una zanja en medio del valle, no tan profunda como para impedir el paso a nadie pero si lo suficiente como para dificultar la marcha a los lanceros e incluso hacerlos tropezar al acercarse a nuestra línea de lanzas. El parapeto de árboles se hallaba justo detrás de la zanja y marcaba el límite hasta el que podíamos retirarnos por el sur y el lugar que habríamos de defender a muerte. Para reforzar la defensa Sagramor clavó entre los troncos unas cuantas lanzas abandonadas por los hombres de Valerin y ordenó que las hundieran firmemente en la tierra de modo que formaran un seto de puntas de lanza en diversos ángulos entre las ramas de los pinos. Dejamos libre la parte del camino que habíamos despejado para tener la posibilidad de atrincherarnos detrás de la frágil barrera y defenderla.

Me preocupaba la ladera empinada y abierta por la que habíamos descendido de madrugada. Sin duda los guerreros de Gorfyddyd lanzarían el ataque desde el mismo valle, pero los de la leva serían enviados a terreno elevado para amenazarnos por el flanco izquierdo, y Sagramor no podía prescindir de hombres para enviarlos a defender la colina; sin embargo, Nimue dijo que no había necesidad de preocuparse. Tomó diez lanzas enemigas y con ayuda de seis hombres cortó la cabeza a diez de los lanceros caídos de Valerin y entre todos llevaron las lanzas y las cabezas sangrantes monte arriba; hundió las lanzas en el suelo por el extremo inferior y empaló las cabezas en las puntas de hierro; luego las envolvió en macabras pelucas de hierbas entretejidas, con un encantamiento en cada nudo, y esparció ramas de tejo entre los postes, que estaban bastante separados. Había hecho una barrera de espíritus, una fila de espantapájaros humanos cargados de encantamientos y hechizos que nadie se atrevería a cruzar sin ayuda de un druida. Sagramor le pidió que pusiera otra igual en la parte norte del vado, pero Nimue se negó.

—Los guerreros de Gorfyddyd traerán a sus druidas —le dijo—, y la barrera de espíritus haría reír a cualquier druida. Sin embargo, los de la leva vendrán solos.

Nimue había recogido un puñado de verbena en la ladera y distribuyó las pequeñas flores moradas entre los lanceros; todos sabían que la hierba les protegería en la batalla. A mí me introdujo un buen puñado en la armadura.

Los cristianos rezaron juntos sus oraciones mientras los paganos pedían ayuda a los dioses. Algunos arrojaron monedas al río y presentaron sus talismanes a Nimue para que los tocara. La mayoría llevaban patas de liebre, pero unos cuantos tenían

dardos mágicos o piedras de serpiente. Los dardos mágicos eran diminutas puntas de flecha hechas de pedernal disparadas por los espíritus y muy preciadas entre los soldados, y las piedras de serpiente tenían vivos colores que Nimue hizo resaltar mojándolas en el río antes de llevárselas al ojo sano. Yo me apreté la cota con la mano hasta notar el broche de Ceinwyn en el pecho, luego me arrodillé y besé la tierra. Toqué el suelo húmedo con la frente y pedí a Mitra fuerza, valor y, si tal era su designio, una muerte honrosa. Algunos bebieron hidromiel, que encontramos en la aldea, pero yo sólo bebí agua. Comimos los alimentos que los hombres de Valerin habían llevado para el almuerzo y a continuación un grupo ayudó a Nimue a atrapar sapos y musarañas; luego los mató y los colocó en el camino, mas allá del vado, para que esparcieran influencias nefastas sobre el enemigo cuando se acercara. Después volvimos a afilar nuestras armas y nos quedamos a la espera. Sagramor encontró a un hombre oculto en los bosques, detrás de la aldea. Se trataba de un pastor y Sagramor le interrogó acerca del terreno circundante; el hombre le dijo que río arriba había otro vado desde donde el enemigo podría rodearnos si intentábamos defender la orilla en el extremo norte del valle. Por el momento no nos preocupaba que hubiera un segundo vado, pero no debíamos olvidar su existencia porque el enemigo podría aprovecharlo para desbaratar nuestra línea de defensa por el lado norte. Me inquietaba la proximidad del combate, pero Nimue no parecía tener miedo.

—Nada tengo que temer —me dijo—. Ya he recibido las tres heridas, nada puede hacerme daño. —Estaba sentada a mi lado, cerca del vado del extremo norte del valle. Ahí situaríamos nuestra primera línea defensiva, y desde allí comenzaríamos a retirarnos poco a poco hasta llevar al enemigo al corazón del valle y a la trampa preparada por Arturo—. Además —añadió—, estoy bajo la protección de Merlín.

—¿Sabe que estamos aquí? —pregunté.

—Lo sabe —respondió tras una pausa.

—¿Va a venir?

Frunció el ceño como si la pregunta estuviera de más.

—Merlín hará —dijo despacio— lo que tenga que hacer.

—Entonces, vendrá —añadí con esperanza ferviente.

Nimue hizo un gesto de impaciencia con la cabeza.

—Lo único que le importa es Britania. Cree que Arturo podría ayudarle a restaurar la sabiduría de Britania, pero si creyera a Gorfyddyd más adecuado para la misión, créeme, Derfel, Merlín se pondría de parte de Gorfyddyd.

Ya me lo había insinuado el propio Merlín en Caer Sws, pero de todas formas me costaba trabajo creer que sus ambiciones se alejaran tanto de mis propias lealtades y esperanzas.

—¿Y tú, Nimue?

—Un vínculo me une a este ejército —dijo—, después quedaré libre para ayudar

a Merlín.

—Gundleus —dije, y ella asintió.

—Entrégame a Gundleus vivo, Derfel —me dijo mirándome a los ojos—, entrégamelo vivo, te lo ruego. —Se tocó el parche de cuero y se quedó en silencio, reuniendo energías para la venganza que tanto ansiaba. Todavía tenía el rostro macilento y el negro pelo le caía lacio sobre las mejillas. La suavidad que me demostrara en Lughnasa se había transformado en una frialdad sombría que me hizo pensar que jamás llegaría a comprenderla. La amaba, pero no de la misma forma en que creía amar a Ceinwyn, sino con el amor que se pueda sentir hacia un gran ejemplar de animal salvaje, un águila o un gato montés, pues sabía que nunca entendería por completo su vida ni sus sueños. De repente, sonrió—. Haré que el espíritu de Gundleus aúlle eternamente —dijo en voz baja—. Lo enviaré por el abismo hasta la nada, pero jamás la alcanzaré, Derfel, sufrirá para siempre al borde de la nada, lamentándose sin tregua.

Sentí un escalofrío al pensar en Gundleus.

Un grito me llamó la atención hacia el otro lado del río. Seis caballos se acercaban al galope. Nuestra barrera de escudos se puso en pie y entre las curvas de los escudos asomaron las armas, pero entonces distinguí al que cabalgaba en cabeza: era Morfans. Corría a toda prisa clavando los talones a su montura, cansada y sudorosa, y temí que aquellos seis fueran lo único que quedara de los hombres de Arturo.

Los caballos cruzaron el vado chapoteando en el río y Sagramor salió a su encuentro. Morfans se detuvo en la orilla.

—A dos millas de aquí —dijo jadeante—, Arturo nos envía en vuestra ayuda. ¡Dioses! ¡Son cientos y cientos de malnacidos! —Se limpió el sudor de la frente y sonrió—. ¡Habrá botín para mil de los nuestros.

Se apeó del caballo y vi que llevaba el cuerno de plata; supuse que sería para avisar a Arturo cuando llegara el momento oportuno.

—¿Dónde está Arturo? —preguntó Sagramor.

—Escondido a buen recaudo —dijo, y al verme con la armadura su fea cara se torció en una sonrisa asimétrica—. El peso de esa armadura hunde, ¿verdad?

—¿Cómo es capaz de luchar con ella puesta? —pregunte.

—Pues lo hace, y muy bien. Como lo harás tú, Derfel. —Me dio unas palmadas en el hombro—. ¿Hay noticias de Galahad?

—Ninguna.

—Agrícola no nos abandonará, digan lo que digan ese rey cristiano y el cobarde de su hijo —declaró Morfans, y se llevó a sus cinco jinetes al otro lado de la barrera de escudos—. Dejados cinco minutos para que descansen los caballos.

Sagramor se colocó el yelmo. El número llevaba cota de malla, manto negro y

botas altas. Su casco de hierro estaba pintado de negro, con pez, y terminaba en una punta afilada que le confería un aspecto exótico. Solía luchar a caballo, pero no parecía apenarle formar parte de la infantería aquel día. Tampoco daba muestras de nerviosismo mientras recorría de un lado a otro la barrera de escudos animando a sus hombres.

Me coloqué el agobiante yelmo de Arturo y me até el barboquejo por debajo de la barbilla. Después, ataviado como mi señor, recorrí a mi vez la línea de defensa advirtiendo a mis hombres que la batalla sería dura, pero que teníamos la victoria asegurada mientras la barrera de escudos resistiera. Nuestra barrera se afinaba mucho en algunos puntos, con sólo tres hombres, pero todos eran grandes luchadores. Uno de ellos salió de la fila al acercarme yo al punto donde mis lanceros se unían a los de Sagramor.

—¿Os acordáis de mi, señor? —me pregunto.

Por un momento pensé que me había confundido con Arturo y me retiré los protectores de las mejillas para que me viera bien la cara, hasta que por fin lo reconocí. Se trataba de Griffid, el capitán de Owain, el que había intentado matarme en Lindinís, aunque no lo logró gracias a la intervención de Nimue.

—Griffid ap Annan —le saludé.

—Hay sangre entre nosotros, señor —me dijo, y se postró de hinojos—. Perdonadme.

Lo levanté y lo abracé. Tenía la barba gris pero seguía siendo el mismo hombre de huesos largos y rostro triste que yo recordaba.

—Mi espíritu está bajo tu protección —le dije—, y me alegro por ello.

—Y el mio bajo la vuestra, señor —dijo.

—¡Minac! —exclamé, al reconocer a otro de mis antiguos camaradas—. ¿Me habéis perdonado?

—¿Hubo algo que perdonar, señor? —preguntó, cohibido por mi pregunta.

—Nada hubo que perdonar —le aseguré—, porque no rompí el juramento, lo juro ahora de nuevo.

Minac se adelantó y me abrazó. Toda clase de querellas semejantes iban solucionándose a lo largo de la barrera de escudos.

—¿Qué ha sido de vosotros? —pregunté a Griffid.

—Hemos luchado mucho, señor, sobre todo contra los sajones de Cerdic. La batalla de hoy será fácil comparada con aquellos malnacidos, excepto en una cosa —añadió vacilante.

—¿De qué se trata?

—¿Nos devolverá ella nuestros espíritus, señor? —preguntó Griffid mirando a Nimue.

Se acordaba del espantoso maleficio que les había echado a él y a sus hombres.

—Naturalmente —dije, y llamé a Nimue; tocó a Griffid en la frente, y a todos los que me amenazaron aquel lejano día en Lindinis.

De esa forma conjuró y deshizo la maldición; ellos se lo agradecieron besándole la mano. Abracé a Griffid de nuevo y levanté la voz para que me oyeran todos mis hombres.

—En el día de hoy —declaré— daremos a los bardos canciones para cantar durante mil años. ¡Y en el día de hoy volveremos a ser ricos!

Todos aplaudieron. Tan grande era la emoción en la barrera de escudos que algunos lloraban de alegría. Ahora sé que no hay gozo comparable al de servir a Cristo Jesús, pero ¡cuánto echo de menos la compañía de los guerreros! Aquella mañana se esfumó cualquier traba del pasado que hubiera entre nosotros y un gran amor nos unió en la espera. Éramos hermanos, éramos invencibles, y hasta el lacónico Sagramor derramó algunas lágrimas. Un lancero empezó a cantar la canción de guerra de Beli Mawr, la más famosa canción guerrera de Britania, y las fuertes voces masculinas fueron agregándose, empujadas por el instinto, a lo largo de toda la fila. Algunos iniciaron un baile entre las espadas, brincando torpemente con la armadura de cuero puesta y marcando los intrincados pasos de un lado a otro de la hoja. Nuestros cristianos abrían los brazos completamente al cantar, como si la canción de guerra fuera una plegaria pagana a su dios, mientras que otros hacían chocar las lanzas contra los escudos al ritmo de la melodía.

Estábamos cantando todavía sobre la sangre enemiga que derramaríamos cuando apareció el enemigo en carne y hueso. Seguimos cantando a voz en grito al tiempo que las filas de enemigos iban apareciendo, una tras otra, ocupando la extensión de los lejanos campos bajo las enseñas reales que brillaban a la oscurecida luz del día. Y no dejamos de cantar; era un torrente

musical que desafiaba al ejército de Gorfyddy, el ejército del padre de la mujer a quien yo amaba. Ese era el verdadero motivo por el que yo luchaba; no sólo por Arturo, sino porque únicamente a través de la victoria podría volver a Caer Sws y verla de nuevo. Tal aspiración escapaba a mis posibilidades, no tenía esperanzas porque yo era hijo de una esclava y ella princesa de Powys; sin embargo, de alguna manera, aquel día creí que me jugaba mucho más de lo que había poseído en toda mi vida.

Aquella horda, lenta y pesada, tardó más de una hora en formarse en línea de batalla en la otra orilla del río. El río sólo podía cruzarse por el vado, lo cual nos daría tiempo para la retirada, llegado el momento; pero de momento el enemigo debió de pensar que íbamos a defender el vado durante todo el día, porque concentró a sus mejores hombres en el centro de la barrera. El propio Gorfyddy estaba presente, y su enseña con el águila parecía empapada ya de sangre nuestra, pues la lluvia había corrido los colores. En el centro de nuestro frente ondeaban el oso negro y el dragón

rojo de Arturo, y allí estaba yo, frente al vado. Sagramor se encontraba a mi lado y contaba las enseñas enemigas. Allí estaban el zorro de Gundleus y el caballo rojo de Elmet, además de otras muchas que no reconocíamos.

—¿Seiscientos hombres? —calculó Sagramor.

—Y aún no han llegado todos —dije.

—Poco importa. —Escupió en dirección al vado—. Además habrán visto que falta el toro de Twedric —dijo, con una de sus escasas sonrisas—. Será una batalla digna de recordar, lord Derfel.

—Me alegro de compartirla con vos, señor —repliqué con fervor, y así me sentía en efecto.

No había guerrero más poderoso que Sagramor ni hombre más temido por sus enemigos. Ni siquiera la presencia de Arturo despertaba el temor que infundían el rostro impasible del nómada y su espada mortífera. Era una arma curvada de extraña factura y Sagramor la blandía a una velocidad sin igual. En una ocasión le pregunté por qué había jurado lealtad a Arturo.

—Porque cuando yo nada tenía —me contestó secamente—, Arturo me lo dio todo.

Nuestros lanceros dejaron de cantar cuando de las filas de Gorfyddydd se destacaron dos druidas. Nosotros contábamos sólo con Nimue para contrarrestar sus encantamientos, y en ese momento Nimue avanzó por el vado al encuentro de los dos hombres, que caminaban dando saltos por el camino con un brazo levantado y un ojo cerrado. Se trataba de Iorweth, el druida de Gorfyddydd, y Tanaburs, el de Gundleus, que llevaba su larga túnica con lunas y liebres bordadas. Intercambiaron besos con Nimue, así como algunas palabras, y a continuación ella volvió a nuestro lado del vado.

—Querían que nos rindiéramos —me dijo en tono de burla—, y les he dicho que se rindan ellos.

—Bien dicho —comentó Sagramor con un gruñido.

Jorweth ganó la orilla opuesta a torpes saltos.

—¡Que los dioses sean con vosotros! —nos gritó desde el otro lado, pero nadie le contestó.

Yo había cerrado los protectores de las mejillas para que no me reconocieran. Tanaburs seguía remontando el río a saltos, apoyándose en la vara. Iorweth levantó la suya a la altura de la cabeza para indicar que quería decir algo más.

—Mi rey, el rey de Powys y rey supremo de Britania, Gorfyddydd ap Cadell ap Brychan ap Laganis ap Coel ap Beli Mawr ahorrará a vuestros espíritus un viaje al más allá. ¡Lo único que

debéis hacer, nobles guerreros, es entregarnos a Arturo! —Apuntó la vara hacia mi y Nimue formuló inmediatamente una oración protectora y arrojó al aire dos



puñados de tierra.

No contesté, el silencio fue mi negativa. Iorweth hizo girar la vara y escupió tres veces hacia nosotros; después empezó a dar saltos río abajo por la orilla y se fue con Tanaburs a reforzar sus maldiciones.

El rey Gorfyddyd, acompañado de su hijo Cuneglas y de su aliado Gundleus, se habían acercado a caballo para ver la labor de los druidas, que trabajaban de lo lindo. Maldijeron nuestros días y nuestras noches y encomendaron nuestra sangre a los gusanos, nuestra carne a las bestias y nuestros huesos a la agonía. Maldijeron a nuestras mujeres y a nuestros hijos, nuestros campos y nuestro ganado. Nimue contrarrestaba las maldiciones, pero nuestros hombres no dejaban de temblar. Los cristianos proclamaban que no había nada que temer pero también ellos se persignaban a cada nueva maldición que cruzaba el río en alas de la oscuridad.

Los druidas estuvieron maldiciéndonos durante una hora entera y nos dejaron temblando. Nimue recorrió la barrera de escudos tocando las puntas de las lanzas y asegurando a los hombres que las maldiciones no habían surtido efecto, pero los nuestros seguían temblando por temor a la ira de los dioses cuando, por fin, el frente enemigo se puso en marcha.

—¡Escudos arriba! —gritó Sagramor con voz ronca—. ¡Lanzas arriba!

El enemigo se detuvo a cincuenta pasos del río y un hombre solo se destacó. Era Valerin, el cacique al que habíamos expulsado del valle al amanecer y que en ese momento se acercaba a pie hacia la margen norte del río armado de escudo y lanza. Había sufrido una derrota al amanecer y el orgullo le empujaba a la restitución de su buen nombre.

—¡Arturo! —me gritó—. ¡Te has casado con una ramera!

—Manteneos en silencio, Derfel —me aconsejó Sagramor.

—¡Con una ramera! —insistió Valerin—. Ya estaba usada cuando vino a mi. ¿Quieres conocer la lista de los amantes que tenía? ¡No bastaría una hora para nombrarlos a todos! ¿Con quién anda ahora, mientras tú esperas la muerte? ¿Crees que te guarda la ausencia? ¡Conozco a esa ramera! ¡Está envolviendo las piernas alrededor de otro, o de otros dos! —Tendió los brazos y movió las caderas obscenamente, lo que provocó voces de burla entre mis hombres; pero Valerin las desoyó—. ¡Una ramera! —prosiguió—. ¡Una ramera vieja y más que usada! ¿Luchas por tu ramera, Arturo? ¿O te faltan redaños? ¡Defiende a tu ramera, gusano! —Siguió andando por el vado, con el agua por los muslos, y se detuvo en nuestra orilla con el manto chorreando a doce pasos de mi. Miró fijamente la sombra oscura de donde asomaban mis ojos—. Una ramera, Arturo —repitió—, tu mujer es una ramera. —Escupió. Llevaba la cabeza descubierta, con unas ramas de muérdago trenzadas en el pelo a modo de protección. Vestía coraza, pero ninguna otra pieza de armadura, y lucía en el escudo el águila de alas abiertas de Gorfyddyd. Se rió de mi y después

habló a mis hombres levantando la voz—. Vuestro jefe no quiere luchar por su ramera, ¿por qué habiais de luchar vosotros por él?

Sagramor me gruñó que no contestara, pero la provocación de Valerin socavaba el ánimo de los hombres, ya apocados por las maldiciones de los druidas. Esperé a que Valerin insultara una vez más a Ginebra y le arrojé la lanza. Fue un lanzamiento torpe, impedido por la cota maclada que me limitaba los movimientos; la lanza cayó junto a él y rebotó hasta el río.

—Una ramera —gritó, y embistió contra mi lanza en ristre al tiempo que yo desenvainaba a Hywelbane.

Avancé hacia él y sólo pude dar dos pasos antes de que me arrojara su arma con un gran grito de rabia.

Hinqué una rodilla en tierra y levanté el bruñido escudo en angulo de modo que desvió la lanza por encima de mi cabeza. Vi los pies de Valerin y oí su gruñido rabioso al hincarle Hywelbane por debajo de mi escudo. Dirigí la hoja hacia arriba y noté cómo se clavaba justo antes de que su cuerpo con toda la fuerza de la embestida cayera sobre mi escudo y me tirara al suelo. El grito iracundo era ya de dolor, pues el golpe de la hoja desde abajo abría una herida terrible en las entrañas; y supe que Hywelbane se había hundido profundamente en su cuerpo, ya que sentí cómo su peso descansaba sobre la hoja al caer él sobre mi escudo. Empujé hacia arriba con todas mis fuerzas para quitármelo de encima y, con un gruñido, libré el acero de la succión de la carne. La sucia sangre se derramó junto a su lanza, que había caído a su lado, mientras él se retorció en el suelo entre grandes dolores. A pesar de todo, cuando me levanté trató de sacar su espada y lo detuve poniéndole un pie en el pecho. Perdió el color, se estremeció y se le nublaron los ojos, anuncio de la muerte.

—Ginebra es una dama —le dije—, y tu alma es mía si lo niegas.

—Es una ramera —logró decir con esfuerzo, entre dientes; entonces se atragantó y sacudió la cabeza débilmente—. El toro me protege —consiguió añadir; comprendí entonces que éramos hermanos en Mitra y hundí Hywelbane con fuerza.

La hoja encontró resistencia en la garganta, pero enseguida termino con su vida. La sangre manó como un surtidor y resbaló por la hoja; no creo que Valerin llegara a sospechar que no había sido Arturo quien enviara su espíritu al puente de las espadas, en la gruta de Cruachan.

Nuestros hombres lanzaron vivas. Los ánimos, destemplados por los druidas y por los sucios insultos de Valerin, se calentaron inmediatamente a la vista de la primera sangre enemiga derramada. Me acerqué a la orilla del río y di los pasos de la victoria enseñando al decepcionado enemigo la hoja ensangrentada de mi espada. Gorfyddyd, Cuneglas y Gundleus, una vez abatido su paladín, volvieron grupas y mis hombres los tildaron a voces de cobardes y alfeñiques.

Sagramor me recibió con un gesto de asentimiento que era su forma de alabar una

lucha bien disputada.

—¿Qué queréis que hagamos con él? —me preguntó, refiriéndose al cadáver de Valerin.

Pedí a Issa que despojara al cadáver de las joyas; luego, entre dos hombres lo arrojaron al río y rogué a los espíritus del agua que llevaran a mi hermano en Mitra hacia su recompensa. Issa me presentó las armas de Valerin, su torques de oro, dos broches y un anillo.

—Es vuestro, señor —dijo, ofreciéndome el botín. También había recuperado mi lanza del río. Tomé la lanza y las armas de Valerin, pero nada más.

—El oro es para ti, Issa —dije, acordándome del día en que me ofreció su única torques a nuestra vuelta de Ynys Trebes.

—Esto no, señor —dijo, y me mostró el anillo de Valerin.

Era una joya de oro macizo, bellamente forjada y con un ciervo en relieve que corría bajo la luna creciente. Era la insignia de Ginebra, y dentro del aro había una cruz rústica claramente grabada. Era un anillo de enamorado y me pareció que Issa había demostrado inteligencia al percatarse del detalle.

Tomé el anillo y pensé en Valerin, que lo había llevado durante años con el corazón herido. O, según me atreví a pensar, tal vez hubiera intentado vengar el dolor de su corazón atacando la reputación de Ginebra y él mismo habría hecho la cruz de enamorados para presentarse como amante de ella.

—Que Arturo no llegue a saberlo nunca —le dije a Issa, y arrojé el macizo anillo al agua.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sagramor cuando volví a su lado.

—Nada, nada. Un encantamiento que podía habernos traído mala suerte.

Entonces sonó un cuerno de carnero desde el otro lado del río y ya no tuve necesidad de pensar más en el significado del anillo.

El enemigo se acercaba.

Los bardos todavía cantan aquella batalla, aunque sólo los dioses saben cuántos detalles inventan para adornar el relato, pues al oír sus baladas, diríase que ninguno de nosotros hubiera sobrevivido en el valle del Lugg, y quién sabe si no habría sido preferible. Fue una batalla a la desesperada, y aunque los bardos no lo reconozcan, una derrota para Arturo.

En la primera embestida, los lanceros de Gorfyddydd se lanzaron enloquecidos al vado en clamorosa avalancha. Sagramor dio orden de avanzar y chocamos en el río con un estrépito atronador, como si hubiera estallado una tormenta en la boca del valle. El enemigo contaba con la ventaja del número, pero sus movimientos estaban condicionados por las márgenes del vado, mientras que nuestros hombres de los flancos tomaron posiciones nuevas reforzando la defensa por el centro.

Los de la primera fila tuvimos tiempo de cargar una vez antes de agacharnos tras los escudos y empujar a las filas enemigas; luego fueron los de la segunda fila los que arremetieron con las armas por encima de nuestras cabezas. El entrecocar de las espadas, el estruendo de los tachones de los escudos y el estrépito de las varas de las lanzas era ensordecedor, mas por increíble que parezca, pocos murieron, pues resulta difícil matar cuando dos barreras de escudos se abrazan y se machacan la una a la otra; el encontronazo se convierte en un combate de embestidas. El enemigo sujeta tu lanza por la punta de forma que no la puedes retirar, apenas queda espacio para desenvainar la espada y la segunda fila enemiga lanza una lluvia de estocadas, hachazos y lanzazos contra los yelmos y los contornos de los escudos. Las peores heridas son las que causan los golpes de espada asestados por debajo de los escudos, y poco a poco se forma en la primera fila una barrera de hombres cojos que aún dificulta más la matanza. Sólo cuando los de un bando retroceden puede el enemigo rematar a los lisiados que se rezagan al recular. Aquel primer ataque lo ganamos, mas no por puro valor sino gracias a que Morfans se adelantó con sus seis jinetes entre la apelonada infantería y, con sus largas lanzas, hostigaron a los soldados enemigos que resistían agachados en primera línea.

—¡Escudos! ¡Escudos! —oí gritar a Morfans mientras nuestra barrera de escudos avanzaba empujada por el peso enorme de los seis caballos.

Los hombres de la última fila levantaron los escudos para proteger a los grandes brutos de guerra de la lluvia de lanzas, mientras que los de la primera fila nos agachábamos en el río y procurábamos rematar a los que retrocedían ante el empuje de los jinetes. Protegido tras el bruñido escudo de Arturo, acuchillaba con Hywelbaine aprovechando cualquier resquicio en la línea enemiga. Recibí dos sonoros golpes en la cabeza, pero el yelmo los amortiguó, aunque el ruido siguió resonándome en el cráneo durante una hora. Una lanza me dio en la cota maclada

pero no la horadó. El hombre que arrojó esa lanza murió a manos de Morfans, y tras su muerte el enemigo perdió coraje y se retiró chapoteando en el agua de la orilla norte del río. Se llevaron a sus heridos, excepto a unos pocos que habían caído muy cerca de nosotros, a los cuales matamos antes de retirarnos a nuestra orilla. Seis de los nuestros se fueron al más allá y el doble resultaron heridos.

—No deberíais estar en primera línea —me dijo Sagramor, contemplando a los heridos que eran transportados a otro lugar—. Descubrirán que no sois Arturo.

—Al menos verán que Arturo lucha —dije—, no como Gorfyddy y Gundleus.

Los reyes enemigos se mantenían cerca de la batalla, pero alejados del alcance de nuestras armas.

Iorweth y Tanaburs daban grandes voces a los hombres de Gorfyddy animándolos a matar y prometiéndoles la recompensa de los dioses, pero mientras Gorfyddy los reorganizaba, un grupo de hombres sin amo cruzó el río para atacarnos por su cuenta. Esa clase de guerreros solía emprender exhibiciones de arrojo con la esperanza de ganar riqueza y rango, y aquellos treinta desesperados cargaron con rabia tan pronto como hubieron superado la parte más profunda del río. Debían de estar borrachos o sedientos de guerra, pues no eran más que treinta contra todos nosotros. La recompensa, en caso de vencer, habría sido tierra, oro, perdón de sus delitos y nombramiento de lores en la corte de Gorfyddy, pero treinta no eran suficientes. Nos hicieron daño, mas les fue la vida en ello. Todos eran buenos lanceros y llevaban la mano del escudo llena de anillos de guerrero, pero cada uno tenía que enfrentarse a tres o cuatro de nosotros. Abalanzóse contra mi un grupo compacto creyendo ver en la armadura y el blanco penacho de Arturo el camino más rápido a la gloria; pero Sagramor y mis lanceros de cola de lobo salieron a su encuentro. Un hombre corpulento blandía un hacha sajona. Sagramor terminó con él de una estocada de su arma curva, luego cogió el hacha de la mano del moribundo y la arrojó contra otro enemigo; no dejó de cantar ni un momento una extraña canción guerrera en su lengua materna. Recibí además el ataque de un espadachín y paré su golpe lateral con los tachones de hierro del escudo de Arturo, aparté el suyo con Hywelbane y le encajé una patada en las tripas. Doblóse entonces por la cintura con tanto dolor que ni siquiera pudo gritar, e Issa arremetió contra él y le clavó la lanza en el cuello. Despojamos a los atacantes de sus armaduras, armas y joyas y dejamos sus cuerpos en la orilla del vado, a modo de barricada para el siguiente asalto.

El siguiente ataque no se hizo esperar, y fue duro. Al igual que en el primero, en este tercer asalto tomó parte una gran masa de lanceros, pero salimos a su encuentro hasta nuestra orilla del río para que la presión de los hombres de las segundas filas enemigas empujara a sus principales lanceros y les hiciera tropezar con el montón de cadáveres. Al tropezar, abrieron huecos en la defensa que nosotros aprovechamos para contraatacar acuchillando con nuestras rojas lanzas y profiriendo gritos de

victoria. Después los escudos chocaron de nuevo, los moribundos gritaban y clamaban a sus dioses y las espadas entrechocaban fragorosamente como los yunques de Magnis. Me encontraba otra vez en primera fila, apretado contra el enemigo a tan poca distancia que olía su aliento de hidromiel. Un hombre intentó quitarme el yelmo y perdió la mano de una estocada. El combate de empujones comenzó de nuevo y una vez más pareció que el enemigo nos haría retroceder a fuerza de peso, pero Morfans volvió a intervenir con sus pesados caballos y nuevamente el enemigo arrojó lanzas que rebotaron en nuestros escudos; hasta que el enemigo hubo de retirarse una vez más. Dicen los bardos que el río bajaba rojo, lo cual no es cierto, aunque si se veían algunos hilillos de sangre que iban deshaciéndose en la corriente; era la sangre de los heridos que intentaban retirarse por el vado sin conseguirlo.

—Podemos luchar contra esos mal nacidos aquí todo el día —dijo Morfan.

Su caballo sangraba y desmontó para curarle la herida.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Más arriba hay otro vado —le dije, señalando hacia poniente—. No tardarán en colocar lanceros en esta orilla.

Las tropas que habían de rodearnos aparecieron antes de lo que esperaba, pues al cabo de diez minutos un grito de nuestro flanco izquierdo nos avisó de la presencia en la parte occidental del río de un grupo enemigo que avanzaba por nuestra orilla.

—Es el momento de retirarse —me dijo Sagramor. Su rostro negro y bien afeitado tenía sangre y sudor, pero los ojos le brillaban de alegría, pues ésta sería una batalla que haría forjar palabras nuevas a los poetas para describir un combate que sería rememorado a lo largo de muchos inviernos en los salones llenos de humo; una lucha que, aunque se perdiera, enviaría a los guerreros a los salones del más allá con todos los honores—. Es el momento de llevarlos a la trampa —añadió, y dio a voces la orden de retirada.

Y así, el grueso de nuestras fuerzas inició la retirada lenta y torpemente hasta detenerse cien pasos más allá de la aldea y el edificio romano. Nuestro flanco izquierdo se asentó en la empinada ladera occidental del valle, mientras que el derecho quedó protegido por el terreno pantanoso que llevaba al río. A pesar de todo nuestra posición era mucho más vulnerable que antes, porque la barrera de escudos era desesperadamente poco tupida y el enemigo podía atacarla en toda su longitud.

Gorfyddyd tardó una hora larga en conseguir que sus hombres cruzaran el río y formaran una nueva barrera de escudos. Me imaginé que sería ya mediodía y miré hacia atrás por si veía alguna señal de Galahad o de los hombres de Tewdric, pero nadie aparecía en lontananza. Aunque tampoco vi, afortunadamente, ni a un solo hombre en la montaña occidental donde Nimue había levantado la valla de espíritus para protegernos por ese lado; de todos modos, Gorfyddyd no necesitaba colocar hombres allí porque su ejército ya era más numeroso que nunca. Habían llegado

contingentes de refresco de Branogeníum y los comandantes de Gorfyddyd arrastraban y arrojaban a los recién llegados a la barrera de escudos. Observamos a los capitanes, que enderezaban las líneas con sus largas lanzas, y todos nosotros, a pesar de las amenazas que proferíamos, sabíamos que por cada hombre que habíamos matado en el río, diez más acababan de cruzar el vado.

—Aquí no conseguiremos detenerlos —dijo Sagramor, observando el aumento de las fuerzas enemigas—, tenemos que volver al parapeto de árboles.

En ese momento, antes de que Sagramor pudiera dar la orden de retirada, Gorfyddyd en persona se adelantó para provocarnos. Cabalgó solo, sin siquiera la compañía de su hijo, únicamente con la espada envainada y una lanza, pues no tenía brazo con que sujetar el escudo. El yelmo con ribetes de oro, el que Arturo le devolviera el día de su compromiso con Ceinwyn, estaba rematado con unas alas de águila abiertas y doradas y llevaba el manto negro extendido sobre la grupa del caballo. Sagramor me dijo que no me moviera de donde estaba y salió al encuentro del rey.

En vez de usar las riendas, Gorfyddyd habló a su caballo en voz baja y éste se detuvo obediente a dos pasos de Sagramor. Gorfyddyd apoyó el extremo de la lanza en el suelo, retiróse los protectores de las mejillas y mostró su rostro avinagrado.

—Tú eres el demonio negro de Arturo —dijo a Sagramor, y escupió para espantar el mal—, y tu señor, el amante de la ramera, se refugia tras tu espada. —Volvió a escupir, pero esta vez en dirección a mí—. ¿Por qué no parlamentas conmigo, Arturo? —gritó—. ¿Acaso te has quedado sin lengua?

—Mi señor Arturo —respondió Sagramor con su fuerte acento extranjero— ahorra el aliento para cantar la canción de victoria.

Gorfyddyd levantó la lanza.

—Sólo tengo un brazo —me dijo a voces—, ¡pero lucharé contra ti!

No respondí ni me moví. Sabía que Arturo jamás se enfrentaría en combate singular con un manco; aunque tampoco habría guardado silencio sino que, a esas alturas, estaría abogando ante Gorfyddyd por la paz.

Gorfyddyd no deseaba la paz, quería matar. Recorrió nuestra línea de arriba abajo gobernando al caballo con las rodillas e increpando a nuestros hombres.

—¡Morís porque vuestro señor no puede apartar las manos de una ramera! ¡Morís por una perra de ancas calientes! ¡Una perra que arde en fuego perpetuo! Vuestros espíritus serán malditos. Mis muertos ya están disfrutando en el más allá, pero vuestros espíritus serán sus dados. ¿Y por qué vais a morir? ¿Por su ramera pelirroja? —dijo señalándome con la lanza; entonces azuzó al caballo directamente hacia mi y retrocedí para que no percibiera, por la ranura de la visera del yelmo, que yo no era Arturo, y mis lanceros cerraron filas para protegerme. Gorfyddyd soltó una risa sarcástica ante mi aparente timidez. Su caballo estaba tan cerca de mis hombres que

podían tocarlo, pero él no mostró temor de las lanzas cuando me escupió—. ¡Mujer! —me llamó, su peor insulto.

Rozó al caballo con el pie izquierdo, la bestia dio media vuelta y salió al galope hacia los suyos.

Sagramor se dirigió a nosotros con los brazos en alto.

—¡Atrás! —gritó—. ¡Al parapeto! ¡Rápido! ¡Atrás!

Dimos la espalda al enemigo e iniciamos la marcha a paso vivo. Cuando vieron que nuestras dos enseñas se retiraban, rompieron a gritar pensando que huíamos y rompieron filas para lanzarse a la persecución; sin embargo, habíamos iniciado la maniobra con mucha ventaja y pasamos todos al otro lado del parapeto de árboles mucho antes de que los hombres de Gorfyddyd pudieran darnos alcance. Formamos rápidamente tras el parapeto y yo me situé en el lugar de Arturo, en el centro mismo, por donde pasaba el camino despejado entre los árboles amontonados. Dejamos el hueco libre de obstáculos intencionadamente con la esperanza de que Gorfyddyd concentrara el ataque en ese punto y nuestros flancos pudieran tomarse un respiro. Icé las dos enseñas de Arturo allí y me dispuse a esperar el asalto.

Gorfyddyd daba instrucciones a grandes voces para que los soldados reorganizaran la barrera de escudos. El rey Gundleus se puso al frente del flanco derecho y el príncipe Cuneglas dirigió el izquierdo. Tal disposición no parecía indicar que Gorfyddyd hubiera mordido el anzuelo del hueco abierto, sino que tenía intenciones de atacar en todo el frente a la vez.

—¡Este es vuestro puesto! —gritó Sagramor a nuestros lanceros—. ¡Sois guerreros! ¡Ahora vais a demostrarlo! ¡Éste es vuestro puesto, matad aquí y venced aquí!

Morfans había obligado a su caballo a subir un poco por la ladera occidental, desde donde observaba el valle que se extendía hacia el norte, considerando si sería el momento oportuno de tocar el cuerno y llamar a Arturo; pero los refuerzos del enemigo todavía cruzaban el vado y regresó sin haberse llevado el cuerno de plata a los labios.

El cuerno que sí sonó fue el de Gorfyddyd, un estentóreo cuerno de carnero que no hizo avanzar la fila de escudos sino que precipitó a doce hombres desnudos y locos fuera de la línea y los lanzó hasta el centro de la nuestra. Esa clase de hombres encomiendan su espíritu a los dioses y embotan sus sentidos con una mezcla de hidromiel, zumo de manzanas silvestres, mandrágora y belladona, bebedizo capaz de producir alucinaciones de pesadilla, aunque quite el miedo. A pesar de tratarse de hombres locos, borrachos y desnudos, eran peligrosos porque les movía el único propósito de abatir a los comandantes enemigos. Se abalanzaron hacia mi con la boca llena de espumarajos de las hierbas mágicas que habían mascado, levantando las lanzas por encima de la cabeza y dispuestos a terminar conmigo.



Mis lanceros de cola de lobo avanzaron a su encuentro. A aquellos desnudos no íes importaba morir; se arrojaron contra nosotros como dando la bienvenida a las puntas de las lanzas. Un bruto desnudo se tiró a los ojos de uno de mis hombres escupiéndole en la cara y le hizo retroceder. Issa acabó con él, pero otro logró matar a uno de mis mejores lanceros y cantó victoria a grandes gritos, plantado con las piernas separadas, los brazos levantados, la lanza ensangrentada en la mano ensangrentada, y todos mis hombres creyeron que los dioses nos habían abandonado; Sagramor le rajó las tripas y le cortó la cabeza casi por completo incluso antes de que el cuerpo cayera a tierra. Escupió al cadáver desnudo y destripado y volvió a escupir en dirección a la barrera de escudos del enemigo; ellos, al ver el desorden del centro de la nuestra, cargaron.

Mis hombres se realinearon precipitadamente y la barrera se dobló por el centro bajo el peso de los lanceros. La poco nutrida formación que cerraba el camino se combó como un árbol joven, pero logramos resistir. Nos animábamos unos a otros, clamábamos a los dioses, acuchillábamos y cercenábamos mientras Morfans y sus hombres recorrían la formación de lado a lado a caballo, arrojándose al combate allá donde pareciera que el enemigo estuviera a punto de rompernos la defensa. Los flancos quedaban protegidos por el parapeto y se defendían mejor, pero en el centro el combate era desesperado. Yo ya era presa del delirio, la euforia de la batalla me arrastraba. Perdí la lanza a manos de un enemigo y desenvainé a Hywelbane, pero no asesté el primer golpe porque hube de detener con el escudo plateado de Arturo el impacto de otro escudo enemigo.

Los escudos entrechocaron con estrépito, mi oponente asomó la cara por un momento, lancé una estocada directa y, de súbito, la presión sobre el escudo cedió. El hombre cayó formando una barrera sobre la que habían de pasar sus camaradas. Issa mató a un hombre y recibió un lanzazo en el brazo del escudo que le empapó la manga de sangre, pero continuó luchando. Yo repartía tajos a diestra y siniestra en el espacio que había dejado mí enemigo al caer y trataba de abrir una brecha en la defensa de Gorfyddyd. Una vez vi al monarca enemigo, que me observaba desde el caballo mientras yo gritaba, atacaba y provocaba a sus hombres para que vinieran a tomar mi espíritu. Algunos se atrevieron con la esperanza de convertirse en tema de canciones, pero sólo encontraron la muerte. Hywelbane chorreaba sangre, yo tenía ya la mano empapada y pegajosa, y también la manga de la pesada cota maciada, pero ni una gota era sangre mía.

Nuestra barrera, cuyo centro no contaba con la protección del parapeto de árboles, estuvo a punto de romperse en una ocasión, pero los hombres de Morfans taparon el hueco con los caballos. Una de las bestias murió entre relinchos de agonía, coceando y desangrándose en el suelo. Después recompusimos la barrera de escudos y empujamos de nuevo contra el enemigo, que poco a poco, lentamente, iba

asfixiándose bajo la presión de los muertos y los moribundos caídos por entrambos bandos. Nimue estaba situada detrás de nosotros, aullando y lanzando maldiciones sin fin.

El enemigo se retiró y por fin pudimos descansar. Todos estábamos cubiertos de sangre y barro, resollábamos como perros y teníamos los brazos fatigados. Comenzaron a circular entre las filas noticias sobre los camaradas. Minac había muerto, tal hombre estaba herido, tal otro agonizaba. Los unos curaban heridas a los otros y juraban defenderse mutuamente hasta la muerte. Intenté aliviar el peso mortificante de la armadura de Arturo, que me había producido dolorosas rozaduras en los hombros.

El enemigo estaba cansado, los hombres que habían luchado contra nosotros habían probado el temple de nuestras espadas y nos temían; no obstante, atacaron de nuevo. Fue la guardia de Gundleus la encargada de asaltar el centro, y salimos a su encuentro hasta el macabro montón de cadáveres y moribundos, despojos del ataque anterior; esto fue nuestra salvación, porque los lanceros contrarios no podían trepar por los cuerpos y protegerse al mismo tiempo. Así, partimos tobillos, rajamos piernas y clavamos lanzas al caer los hombres, que a su vez hacían crecer más el sangriento parapeto. Negros cuervos trazaban círculos en el aire, sobre el vado, alas serradas contra el cielo pardo. Vi a Ligessac, el traidor que entregara a Norwenna a la espada de Gundleus, e intenté abrirme camino hasta él, pero el tumulto de la batalla se lo llevó lejos de Hywelbane. El enemigo se retiró de nuevo y ordené a mis hombres con voz ronca que trajeran pellejos de agua del río. Todos estábamos sedientos, empapados de sangre y sudor. Yo tenía un rasguño en la mano de la espada, pero nada más. Supuse que mi buena suerte en la batalla se debía a que había estado en el pozo de la muerte.

El enemigo empezó a situar tropas de refresco en primera línea. Unos llevaban el águila de Cuneglas, otros el zorro de Gundleus, y algunos enseñas que no habíamos visto nunca. Oí un clamor a la espalda y me volví con la esperanza de ver llegar a los hombres de Tewdric en uniforme romano, pero fue a Galahad a quien vi, a lomos de un caballo sudoroso. Se detuvo detrás de nuestras líneas y a punto estuvo de caer de la montura por la prisa que tenía en unírse a nosotros.

—Creí que llegaba tarde —dijo.

—¿Van a venir? —pregunte.

Tardó un poco en responder, pero antes de que hablara yo ya sabía que nos habían abandonado.

—No —dijo al fin.

Lancé una maldición y volví a mirar al enemigo. Sólo los dioses nos habían salvado en el último ataque, y sólo ellos sabían cuánto resistiríamos a partir de aquel momento.

—¿Nadie vendrá? —pregunté con amargura.

—Unos pocos, quizás. —Anunció las malas noticias en voz baja—. Tewdric cree que estamos condenados y Agrícola dice que deberían acudir en nuestra ayuda, pero Meurig quiere dejarnos morir. Están todos discutiendo; de todos modos, Tewdric proclamó que todo aquel que deseara morir aquí tenía licencia para seguirme. Tal vez unos pocos se hayan puesto en camino.

Rogué por que así fuera, pues los contingentes de la leva de Gorfyddyd que acababan de llegar se habían situado en el monte occidental, aunque ni uno solo de la harapienta horda había osado todavía cruzar la valla de espíritus de Nimue. Juzgué que podríamos resistir dos horas más y después estaríamos sentenciados, aunque seguro que Arturo llegaría antes.

—¿No ha habido señales de los irlandeses Escudos Negros? —pregunté a Galahad.

—No, a Dios gracias —dijo.

Una pequeña bendición en un día sin bendiciones apenas, aunque media hora después de la llegada de Galahad recibimos algún refuerzo. Siete hombres cabalgaban hacia el norte en dirección a nuestra maltrecha barrera de escudos, siete hombres vestidos para la guerra, con lanzas, escudos y espadas, con el símbolo del halcón en el escudo, el halcón de Kernow, enemigo nuestro. Sin embargo, aquellos hombres no acudían como enemigos. Eran seis guerreros avezados y curtidos con su Edling a la cabeza, el príncipe Tristan.

Pasada la primera emoción de los saludos, Tristán justificó su presencia.

—En una ocasión Arturo luchó por mi, hace mucho tiempo que deseaba devolverle el favor.

—¿A costa de vuestra vida? —cuestionó Sagramor gravemente.

—Él arriesgó la suya —replicó Tristán con sencillez. El recuerdo que yo guardaba de él era el de un hombre alto y atractivo, y seguía siendo así, aunque los años habían entristecido su expresión y parecía más fatigado, como si hubiera sufrido numerosas decepciones—. Es posible que mi padre no me perdone jamás el haber venido aquí —añadió compungido—, pero yo no podría perdonarme la ausencia.

—¿Cómo se encuentra Sarlinna? —le pregunté.

—¿Sarlinna? —Tardó unos segundos en recordar a la pequeña que había acusado a Owain en Caer Cadarn—. ¡Ah, Sarlinna! Se casó con un pescador. —Sonrió—. Vos le regalasteis un gatito, ¿no es así?

Colocamos a Tristán y a sus hombres en el centro, el lugar de honor en aquel campo de batalla, aunque durante el siguiente ataque el enemigo no dirigió las fuerzas al centro sino a la barrera de árboles que protegía nuestros flancos. Durante un tiempo la zanja, poco profunda, y las enredadas ramas del parapeto les causaron dificultades, pero no tardaron en aprender a utilizar los árboles caídos como

protección; lograron penetrar limpiamente por algunas partes y curvar de nuevo nuestra línea hacia atrás de nuevo. Pero una vez más logramos contenerlos y Griffid, mi antiguo enemigo, se cubrió de gloria acabando con la vida de Nasiens, el paladín de Gundleus. Los escudos chocaban sin cesar. Quebrábanse las lanzas, saltaban las espadas hechas pedazos y resquebrajábanse los escudos en el embate de hombres exhaustos contra hombres fatigados. El ejército de leva se agrupó en la cima del monte y observaba desde lejos la valla de espíritus de Nimue; Morfans obligó una vez más a su cansado caballo a subir por la peligrosa pendiente. Estuvo mirando hacia el norte y todos rogamos por que hiciera sonar el cuerno. Observó al enemigo largo rato y debió de sentirse satisfecho al ver a todas las tropas enemigas atrapadas por fin en el valle, pues se llevó el cuerno de plata a la boca y envió la esperada llamada por encima del fragor de la batalla.

Nunca el sonido de un cuerno había causado tanta alegría. Nuestras filas empujaron a una y las espadas abolladas cayeron sobre el enemigo con energía renovada. El cuerno de plata emitió su nota pura y limpia una y otra vez avisando para la matanza, y cada vez que sonaba, nuestros hombres empujaban y avanzaban entre las ramas de los árboles amontonados cortando, cercenando y gritando al enemigo, el cual, temiéndose una encerrona, miraba con inquietud la extensión del valle sin dejar de defenderse. Gorfyddyd ordenó a sus hombres que rompieran nuestra defensa en ese momento y su guardia real dirigió el ataque contra nuestras posiciones centrales. Oí a los hombres de Kernow lanzar sus gritos de guerra y satisfacer de ese modo la deuda de su Edling. Nimue estaba entre los lanceros blandiendo una espada con ambas manos. Le grité que se alejara, pero la sed de sangre se había apoderado de su espíritu y luchaba fanáticamente. Inspiraba temor al enemigo, pues sabían que estaba con los dioses, y los hombres procuraban evitarla en vez de enfrentarse a ella; de todas formas, me alegré cuando Galahad la sacó de un empujón del centro de la batalla. Aunque Galahad hubiera llegado tarde, batiase con un regocijo salvaje que obligaba al enemigo a recular sobre el montículo de muertos y moribundos.

El cuerno sonó por última vez y finalmente Arturo se lanzó a la carga.

Sus lanceros, vestidos de armadura, salieron de su escondite, al norte del río, y sus caballos entraron en el vado como una tormenta repentina, levantando espuma. Pisotearon a los muertos del primer enfrentamiento y cargaron con sus brillantes lanzas contra las unidades de la retaguardia enemiga. Las filas se esparcían como broza en el aire al paso de los caballos herrados, que lograron adentrarse mucho en el ejército de Gorfyddyd. Los hombres de Arturo se dividieron en dos grupos y abrieron sendos canales en la masa de lanceros. Cargaron, dejaron las lanzas en los cuerpos y continuaron matando con las espadas.

Por un momento, por un breve momento triunfal, creí que el enemigo rompería filas, pero Gorfyddyd, previniendo el mismo peligro, ordenó formar otra barrera de

escudos de cara al norte. Sacrificaría a los hombres de la retaguardia y formaría otra línea de lanzas con las últimas filas de sus tropas delanteras. Y la táctica dio resultado. ¡Con cuánta razón me decía Owain, hacia ya tanto tiempo, que ni siquiera los caballos de Arturo se lanzarían a la carga contra una barrera de escudos bien formada! Y no lo hicieron. Arturo sembró la muerte y el pánico entre un tercio del ejército de Cuneglas, pero los demás formaron atinadamente y se enfrentaron al reducido contingente de caballería.

A pesar de todo, el enemigo nos seguía superando en número.

Tras el parapeto de árboles, nuestras líneas no contaban con más de dos hombres por puesto, y en algunos puntos uno solo. Arturo no logró llegar hasta nosotros y Gorfyddyd sabía que jamás lo lograría mientras la barrera de escudos se mantuviera firme frente a los caballos. Formó dicha barrera de escudos, dejó al tercio perdido de su ejército a merced de Arturo y colocó al resto de sus hombres frente a Sagramor. Gorfyddyd comprendía la estrategia de Arturo y se la echó por tierra, de modo que estaba en condiciones de azuzar a sus hombres a la batalla con confianza renovada, aunque en esta ocasión, en vez de ordenar el ataque a lo largo de toda nuestra barrera, lo concentró en el extremo occidental del valle en un intento de rompernos el flanco izquierdo.

Los hombres del flanco izquierdo lucharon, mataron y murieron, pero pocos habrían sido capaces de mantener la barrera mucho tiempo, y ninguno lo habría conseguido desde el momento en que los silurios de Gundleus nos rodearon situándose en las pendientes más bajas del monte, sin llegar a la macabra valla de espíritus. Atacaron brutalmente y nos defendimos con pareja ferocidad. Los hombres de Morfans que aún sobrevivían se arrojaron contra los silurios, Nimue los cubrió de maldiciones y los recién llegados hombres de Tristán se debatieron como campeones; pero aunque hubiéramos contado con el doble de los que éramos, no habríamos podido evitar que el enemigo nos rodeara, y así, nuestro frente de batalla, retorciéndose como una culebra, desembocó en la orilla del río, donde formamos un semicírculo de defensa en torno a las dos enseñas y a unos cuantos heridos que pudimos arrastrar con nosotros.

Fueron momentos espantosos. Vi romperse nuestra barrera de escudos, vi al enemigo dar comienzo a la matanza de los que huían y después corrí con los demás al desesperado corrillo de supervivientes. Sólo hubo tiempo para improvisar una barrera de escudos poco compacta y quedarnos mirando a las fuerzas triunfadoras de Gorfyddyd, que perseguían y mataban a nuestros fugitivos. Tristán sobrevivió, y también Galahad y Sagramor, pero era magro consuelo, pues habíamos perdido la batalla y sólo restaba morir como héroes. En la mitad norte del valle, Arturo seguía detenido por la barrera de escudos, mientras que en el sur nuestra barrera, que había resistido al enemigo durante toda la jornada, se había roto y sus restos se hallaban

rodeados. Habíamos comenzado la batalla con doscientos hombres y quedábamos pocos más de cien.

El príncipe Cuneglas se acercó a caballo a pedir nuestra rendición. Su padre se hallaba al frente de los hombres que luchaban contra Arturo y no le importó dejar en manos de su hijo y del rey Gundleus la destrucción de los restantes lanceros de Sagramor. Al menos, Cuneglas no insultó a mis hombres. Frenó su caballo a doce pasos de nuestra línea y levantó la mano derecha, vacía, en señal de tregua.

—¡Hombres de Dumnonia! —les dijo—. Habéis luchado bien, pero seguir luchando es procurarse una muerte segura. Os ofrezco la vida.

—Estrenaos al menos con la espada antes de pedir la rendición a unos hombres valientes —le grité.

—Tenéis miedo de luchar, ¿no es así? —se burló Sagramor, pues hasta el momento ninguno habíamos visto a Gorfyddyd, a Cuneglas ni a Gundleus en el frente de batalla.

El rey Gundleus permanecía en su caballo a pocos pasos de Cuneglas. Nimue le lanzaba maldiciones pero no sabría decir si él llegó a percibir su presencia o no. Si llegó a verla, no le importaría porque estábamos todos atrapados y condenados.

—¡Enfrentaos conmigo ahora! —le dije a Cuneglas—. Hombre contra hombre, si os atreveis.

Cuneglas me miró con expresión triste. Yo estaba cubierto de sangre y barro, sudoroso, magullado y dolorido, mientras que él aparecía elegante con su cota corta de malla y su yelmo rematado con plumas de águila. Me dedicó una media sonrisa.

—Sé que no sois Arturo —dijo—, pues le he visto a lomos de un caballo, pero seáis quien seáis, habéis combatido noblemente. Os ofrezco la vida.

Me quité el asfixiante y sudado yelmo de la cabeza y lo arrojé al centro del semicírculo.

—Me conocéis, lord príncipe —dije.

—Lord Derfel —dijo, haciéndome el honor de reconocirme—. Lord Derfel Cadarn, si os doy mi palabra de respetar vuestra vida y la de vuestros hombres, ¿os rendiréis?

—Lord príncipe, no soy yo quien da las órdenes aquí. Debéis hablar con lord Sagramor.

Sagramor se situó a mi lado y se quitó el yelmo negro rematado por una espiral; había recibido el impacto de una lanza y tenía una costra de sangre en el pelo, rizado y negro.

—Lord príncipe —dijo con cautela.

—Os ofrezco la vida —repitió Cuneglas— a cambio de la rendición.

Sagramor señaló con su espada curva hacia el norte del valle, donde los jinetes de Arturo dominaban.

—Mi señor no se ha rendido —le dijo a Cuneglas—, por tanto yo no puedo rendirme. Sin embargo —levantó la voz— libero a mis hombres de su juramento.

—Yo también —dije a mis hombres.

Sin duda algunos sintieron la tentación de abandonar las filas, pero ante el abucheo de otros, nadie se movió; aunque quizás el abucheo que oí no fuera más que las burlas de unos hombres cansados. El príncipe Cuneglas aguardó unos segundos y después sacó dos finas torques de oro de una bolsa que llevaba al cinturón. Nos sonrió.

—Rindo homenaje a vuestro valor, lord Sagramor. Os rindo homenaje a vos, lord Derfel. —Arrojó el oro a nuestros pies. Yo recogí una torques y apreté los extremos para ajustármela al cuello—. Derfel Cadarn —añadió Cuneglas sonriendo.

—Hablad, lord príncipe.

—Mi hermana me ha pedido que os salude, y así lo hago.

Mi espíritu, tan próximo a la muerte, saltó de dicha al oír esas palabras.

—Saludadla también de mi parte, lord príncipe —respondí—, y decidle que espero disfrutar de su compañía en el más allá.

Entonces, la idea de no volver a ver a Ceinwyn en este mundo se sobrepuso a la felicidad y me embargó un deseo incontenible de llorar. A Cuneglas no le pasó desapercibida mi tristeza.

—No es necesario morir, lord Derfel —dijo—. Os ofrezco la vida y os garantizo seguridad. Os ofrezco mi amistad también, si estáis dispuesto a aceptarla.

—Sería un honor, lord príncipe, pero mientras mi señor luce, yo lucho.

Sagramor se puso el yelmo de nuevo y se estremeció ligeramente al rozar el metal la herida de la lanza.

—Os doy las gracias, lord príncipe —le dijo a Cuneglas—, pero escojo luchar contra vos.

Cuneglas dio media vuelta. Miré mi espada, mellada y pegajosa, y miré a mis hombres.

—Aunque no hayamos logrado otra cosa —les dije—, al menos es seguro que el ejército de Gorfyddyd tardará muchos días en marchar sobre Dumnonia. ¡Quizá nunca lo consiga! ¿Quién

se atreverá a enfrentarse dos veces contra hombres como nosotros?

—Los irlandeses Escudos Negros —replicó Sagramor, y señaló con la cabeza hacia la ladera, donde la valla de espíritus había protegido aquel flanco todo el día.

Y allí, tras los postes mágicos, vimos una banda guerrera con los escudos redondos y negros y las temibles lanzas largas de los irlandeses. Era la guarnición de Monte Coel, los irlandeses Escudos Negros de Oengus Mac Airem que acudían a participar en la carnicería.

Arturo seguía luchando. Había reducido a despojos rojos a un tercio del ejército

enemigo, pero el resto le tenía en jaque. Cargaba una y otra vez esforzándose por romper la barrera, pero no hay caballo en la tierra capaz de atravesar un matorral de hombres, escudos y lanzas. Incluso Llamrei flaqueó. Pensé que sólo faltaba clavar a Excalibur profundamente en el suelo teñido de sangre y desear que el dios Gofannon acudiera a rescatarlo desde el abismo más profundo del otro mundo.

No acudió dios alguno, ni tampoco los hombres de Magnis. Más tarde supimos que unos cuantos voluntarios se habían puesto en camino, pero llegaron tarde.

El ejército de leva de Powys permanecía en la montaña, sin atreverse a cruzar la valla de espíritus; se les habían juntado más de cien guerreros irlandeses, que empezaron a marchar hacia el sur con la intención de pasar rodeando a los espíritus vengativos de la valla. Pensé que al cabo de media hora esos Escudos Negros se unirían al ataque final de Cuneglas; entonces fui a hablar con Nimue.

—Vete nadando por el río —le dije—. Sabes nadar, ¿verdad?

—Si tu mueres aquí, Derfel —dijo levantando la mano izquierda, la de la cicatriz—, yo también.

—Tienes que...

—Calla, eso es lo que tú tienes que hacer. —Se puso de puntillas y me besó en la boca—. Mata a Gundleus antes de morir, hazlo por mí —me rogó.

Uno de nuestros lanceros empezó a cantar la canción de muerte de Weriinna y los demás nos unimos a la lenta y triste melodía. Cavan, el manto ennegrecido de sangre, golpeaba con una piedra el encaje de la punta de la lanza para ajustarla a la vara.

—Nunca pensé que terminaría así —le dije.

—Ni yo, señor —me contestó, levantando la mirada.

Hasta la cola de lobo tenía empapada de sangre, y el yelmo hendido. Un vendaje de trapo le envolvía el muslo izquierdo.

—Creí que tenía buena suerte —dije—, siempre lo creí, aunque eso debemos de crearlo todos.

—No todos, señor, pero si los mejores jefes.

Se lo agradecí con una sonrisa.

—Me habría gustado ver el sueño de Arturo hecho realidad —añadí.

—Los guerreros nos quedaríamos sin ocupación, si así fuera —replicó Cavan, adusto como de costumbre—. Todos seríamos administradores o campesinos. Tal vez sea mejor como es. Un último combate y... al otro mundo, a servir a Mitra. Allí lo pasaremos bien, señor. Mujeres de carnes generosas, buenas peleas, hidromiel fuerte y oro para siempre.

—Me alegraré de tenerte allí por compañero —le dije, aunque no sentía el menor atisbo de alegría.

No quería irme al otro mundo todavía, no mientras Ceinwyn viviera aun en éste. Apreté la armadura contra el pecho a la altura del broche hasta que lo noté y pensé en



el delirio que nunca sería posible. Pronuncié su nombre en voz alta y Canvan me miró confuso. Estaba enamorado y moriría sin siquiera haber tomado la mano de mi amada y sin volver a ver su rostro.

Luego hube de olvidarme de Ceinwyn porque los Escudos Negros de Demetia, en vez de rodear la valía, habían decidido cruzarla directamente arriesgándose al castigo de los espíritus, y enseguida comprendí por qué. Apareció un druida en la loma guiándolos por entre los espíritus. Nimue vino a mi lado y contempló la ladera por donde descendía una silueta de gran estatura y largas piernas, con túnica y capucha blancas, tras la cual descendían los irlandeses, y tras sus lanzas y escudos, el ejército de leva de Powys pertrechado con arcos, azadones, hachas, lanzas, palos y horcas.

Mis hombres dejaron de cantar, apretaron las lanzas en la mano y unieron los extremos de sus escudos para hacer más compacta la barrera defensiva. El enemigo, que ya había formado en orden de ataque, volvióse a contemplar al druida, que traía consigo a los irlandeses. Iorweth y Tanaburs salieron a recibirlo, pero el recién llegado les hizo seña con su larga vara de que se apartaran del camino y luego se retiró la capucha; entonces vimos su luengas barbas trenzadas y su cabello recogido en una cola con cinta negra. Era Merlín.

Nimue gritó al verlo y echó a correr a su encuentro. El enemigo le abrió paso, y de igual forma se apartaron al paso de Merlín, que avanzaba hacia ella. Los druidas podían moverse a su albedrío incluso en medio de un campo de batalla, y aquel druida era el más famoso y poderoso de toda la tierra. Nimue siguió corriendo y Merlín abrió los brazos para acogerla; la felicidad del esperado reencuentro la hizo sollozar y lo abrazó con sus delgados brazos blancos. Sentí una alegría repentina por ella.

Merlín la tomó con un brazo por los hombros y siguió caminando hacia nosotros. Gorfyddyd había observado la llegada del druida y corrió al galope hacia nuestra parte del campo de batalla. Merlín lo saludó levantando la vara, pero no respondió a sus preguntas. La banda irlandesa se detuvo al pie de la montaña y los guerreros formaron su temible barrera de escudos negros.

Merlín se dirigió hacia mi, igual que el día en que me salvó la vida en Caer Sws, avanzando con fría e imponente majestad. Su rostro oscuro no sonreía, no había rastro de alegría en sus ojos profundos, sino una expresión de furia feroz que me hizo postrarme de hinojos e inclinar la cabeza ante él. Secundóme Sagramor y, súbitamente, nuestra destrozada banda de lanceros en pleno se arrodilló ante el druida.

Merlín alargó la lanza y tocó en los hombros primero a Sagramor y después a mi.

—Alzaos —dijo en voz baja y severa, antes de volverse hacia el enemigo.

Soltó a Nimue y levantó la negra vara con ambas manos por encima de su cabeza

tonsurada. Quedóse mirando fijamente el ejército de Gorfyddyd y bajó la vara lentamente, y fue tal la autoridad de su rostro antiguo y alargado y de su gesto lento y seguro que también el enemigo en pleno se postró ante él. Sólo los dos druidas permanecieron de pie, y los pocos jinetes en sus caballos.

—He pasado siete años —dijo Merlín con una voz que resonó claramente por todo el valle, hasta el mismo centro, de modo que Arturo y sus hombres lo oyeron— errando en pos de la sabiduría de Britania para recuperar el poder de nuestros antepasados, el que abandonamos cuando llegaron los romanos. He buscado los objetos que han de devolver esta tierra a sus verdaderos dioses, a sus propios dioses, a nuestros dioses, los que nos crearon y a los que hemos de convencer para que regresen y nos asistan. —Hablabas despacio y con palabras sencillas para que todos oyeran y entendieran—. Ahora necesito ayuda. Necesito hombres con espadas, hombres con lanzas, hombres de corazón valiente que vengan conmigo a tierras enemigas a rescatar el último tesoro de Britania. Busco la olla de Clyddno Eiddyn. La olla es nuestro poder, el poder que perdimos, la última esperanza de volver a hacer de Britania la isla de los dioses. No os prometo sino duras contiendas ni más recompensa que la muerte, ni más alimento que amargura ni más bebida que hiel; a cambio pido vuestras espadas y vuestras vidas. ¿Quién me acompaña a buscar la olla?

Formuló la pregunta bruscamente. Esperábamos que hablase del derramamiento de sangre que había teñido de rojo el verde valle, pero pasó por alto el cruento enfrentamiento como detalle irrelevante, casi como si no se hubiera dado cuenta de que había irrumpido en medio de un campo de batalla.

—¿Quién me acompaña? —insistió.

—¡Lord Merlín! —gritó Gorfyddyd antes de que hombre alguno respondiera. El rey enemigo se abrió paso a caballo entre las filas de hombres arrodillados—. ¡Lord Merlín! —repitió con tono furioso y con expresión amarga.

—Gorfyddyd —respondió Merlín.

—¿Vuestra misión de la olla podría esperar una breve hora? —inquirió Gorfyddyd sarcásticamente.

—Puede esperar un año, Gorfyddyd ap Cadeil. Puede esperar cinco años. Puede esperar eternamente, pero no es aconsejable.

Gorfyddyd llevó el caballo al pasillo abierto entre las dos barreras de escudos. El druida ponía en peligro su gran victoria y su derecho a proclamarse rey supremo, de modo que hizo virar al caballo hacia sus hombres, se apartó los protectores de las mejillas de su yelmo alado y levantó la voz.

—Tiempo habrá de reunir lanzas para la búsqueda de la olla —dijo a sus hombres—; antes habéis de castigar al protector de la ramera y saciar la sed de vuestras lanzas en el espíritu de sus hombres. Estoy obligado por un juramento y no permitiré que

hombre alguno, ni siquiera lord Merlín, impida el cumplimiento de mi palabra. No puede haber paz ni olla mientras el amante de esa ramera continúe con vida. — Volvióse a mirar al mago—. ¿Pretendéis salvar la vida al amante de la ramera iniciando esa búsqueda?

—Gorfyddyd ap Cadell —replicó Merlín—, nada me importaría que la tierra se abriera y se tragara a Arturo con su ejército. Y a vos mismo, de paso.

—¡Entonces, a la lucha! —gritó Gorfyddyd, y con su único brazo desenvainó la espada—. Estos hombres —dijo dirigiéndose a los suyos pero señalando nuestras enseñas— son vuestros. Sus tierras, sus rebaños, su oro y sus hogares son para vosotros. Sus mujeres y sus hijas son vuestras ramera a partir de ahora. Os habéis enfrentado con ellos hasta aquí, ¿los dejaréis escapar ahora? La olla no desaparecerá con sus vidas, pero vuestra victoria si, si no terminamos lo que vinimos a hacer. ¡A la lucha!

Tras un instante de silencio, los ejércitos de Gorfyddyd se pusieron en pie y comenzaron a golpear las lanzas contra los escudos. Gorfyddyd echó a Merlín una mirada triunfadora, hincó los talones al caballo y volvió entre sus clamorosas filas.

Merlín se dirigió a Sagramor y a mí.

—Los irlandeses Escudos Negros —dijo sin darle importancia— están de vuestra parte. He hablado con ellos. Atacarán a los hombres de Gorfyddyd y obtendréis una gran victoria. Que los dioses os concedan fuerza.

Dio media vuelta, tomó a Nimue por los hombros y se alejó entre las filas enemigas, que se apartaron para dejarles pasar.

—¡Al menos lo habéis intentado! —le gritó Gorfyddyd.

El rey de Powys estaba a las puertas de su gran victoria, el vértigo de semejante perspectiva le había prestado confianza para desafiar al druida, pero Merlín desoyó el alarde jactancioso del rey y se alejó en compañía de Tanaburs e Iorweth.

Issa me trajo el yelmo de Arturo y volví a ponérmelo, satisfecho de la protección que me proporcionaría en los últimos momentos de la batalla.

El enemigo reordenó su barrera de escudos. Pocos insultos se oyeron en esta ocasión, pues pocos hombres conservaban aún energías para algo más que prestarse a la inminente carnicería a orillas del río. Gorfyddyd, por vez primera en toda la jornada, desmontó y se situó en primera línea. No tenía escudo, pero aun así dirigiría el último asalto, en el que habría de aplastar el poder de su odiado enemigo. Levantó la espada, la mantuvo en alto unos segundos y la bajó.

El enemigo se lanzó a la carga.

Salimos a su encuentro adelantando escudos y lanzas y las dos barreras chocaron con un estrépito horrisono. Gorfyddyd intentó traspasar el escudo de Arturo con la espada, pero detuve el golpe desviándolo y atacué con Hywelbane. La espada rebotó en su yelmo y cortó una de sus alas de águila; quedamos pegados uno a otro,

restringidos nuestros movimientos por la presión de los hombres que empujaban desde atrás.

—¡Empujad! —gritó Gorfyddyd a sus hombres, y me escupió por encima del escudo—. Tu amante de la ramera —me dijo sobreponiéndose al fragor de la batalla— se oculta mientras tú combates.

—No es ramera, lord rey —le dije, e intenté librar a Hywebane para encajarle un golpe, pero el acero estaba inmovilizado entre los escudos y los hombres.

—Aceptó todo el oro que le di —dijo Gorfyddyd—, y yo no pago a las mujeres si no abren las piernas.

Traté de pincharle los pies, pero la espada rebotó contra el faldón de su armadura. Rióse el rey de mi intento fallido y escupióme una vez más; luego levantó la cabeza al oír un grito de guerra estremecedor.

Los irlandeses atacaban. Los Escudos Negros de Oengus Mac Airem siempre cargaban con un grito ululante, un grito de guerra terrorífico que parecía surgir de una complacencia inhumana en la carnicería. Gorfyddyd gritaba a sus hombres que empujaran e hincaran las armas, que rompieran nuestra diminuta barrera, y durante unos segundos los hombres de Powys y Siluria nos golpearon con inusitado frenesí creyendo que los Escudos Negros acudían en su ayuda; pero otros gritos de las filas de retaguardia les advirtieron de la traición de los Escudos Negros, pues habían cambiado de bando. Los irlandeses entraron a cuchillo entre las filas de Gorfyddyd; sus largas lanzas daban fácilmente en el blanco, y de súbito, a gran velocidad, los hombres de Gorfyddyd empezaron a caer como el agua de un pellejo agujereado.

El pánico y el miedo ensombrecieron el rostro de Gorfyddyd por un momento.

—¡Rendios, lord rey! —le grité, pero sus guardias encontraron un hueco por donde atacar con espada, y mientras yo me defendía desesperadamente, perdí de vista al rey por unos segundos; al cabo, Issa me dijo a gritos que habían herido a Gorfyddyd.

Hallábase Galahad a mi lado, atacando y parando golpes cuando de pronto, como por ensalmo, el enemigo empezó a huir. Nuestros hombres se lanzaron en persecución de los soldados de Powys y Siluria y, junto con los Escudos Negros, los arrearon como si fueran ovejas hacia el lugar donde esperaban Arturo y sus jinetes para acabar con ellos. Busqué a Gundleus y lo vi una vez entre una muchedumbre que corría, cubierta de barro y sangre; luego lo perdí de vista.

Harto había visto el valle la muerte aquel día, pero en aquel momento hubo de ver la masacre total, pues nada propicia la carnicería como el enemigo rompiendo filas. Arturo intentó impedirlo, pero nada habría podido detener semejante avalancha de furor desatado; los jinetes cabalgaban como dioses vengadores entre la multitud aterrorizada y nosotros perseguíamos y abatíamos a los fugitivos en una orgia de sangre. Muchos enemigos lograron escapar a los caballos y ponerse a salvo al otro

lado del vado, pero muchos más se vieron obligados a refugiarse en la aldea, donde por fin tuvieron tiempo y espacio para formar una nueva barrera de escudos. Entonces fueron ellos los que quedaron rodeados. Cuando nos detuvimos alrededor de la aldea, la luz de la tarde caía sobre el valle tiñendo los árboles con los primeros rayos pálidos y amarillos de aquel largo y sangriento día. Jadeábamos y nuestras espadas y lanzas chorreaban sangre.

Arturo, con la espada tan roja como la mía, desmontó cansado de Llamrei. La yegua negra estaba blanca de sudor, temblaba y tenía los claros ojos muy abiertos; Arturo estaba agotado en extremo a causa de la lucha desesperada. Había intentado una y otra vez cruzar las líneas enemigas para llegar hasta nosotros; sus hombres contaban que después había luchado como un poseso de los dioses, aunque se diría que éstos le habían abandonado durante toda la larga tarde. En aquel momento, a pesar de ser el vencedor del día, abrazó a Sagramor y después a mí vivamente consternado.

—No he cumplido contigo, Derfel —me dijo—, no he cumplido contigo.

—¡Oh, no, señor! —repliqué—. Hemos vencido —dije señalando con la abollada y ensangrentada espada a los supervivientes de Gorfyddyd, congregados alrededor de la enseña del águila de su rey, que había caído en la trampa.

También se encontraba allí el zorro de Gundleus, pero ninguno de los monarcas estaba a la vista.

—No he cumplido —insistió—, no he conseguido traspasar la barrera. Eran demasiados.

Aquel fracaso le irritaba, pues bien sabía él cuán cerca habíamos estado de la más absoluta derrota. El hecho de que el enemigo hubiera logrado detener a sus renombrados guerreros impidiéndoles todo movimiento haciale sentirse verdaderamente derrotado, pues hubo de limitarse a contemplar cómo acababan con nosotros; pero se equivocaba. La victoria era suya, íntegramente suya; sólo él, de entre todos los hombres de Dumnonia y Gwent, mostró la confianza necesaria para presentar batalla. El combate no se desarrolló según lo había previsto Arturo. Tewdric nos negó apoyo y los caballos se vieron impotentes contra la barrera de escudos de Gundleus; pero aun así no dejaba de ser una victoria, y debida a una sola cosa: al coraje de Arturo en combatir por ella. Naturalmente, había que tener en cuenta la intervención de Merlín, pero el druida no quiso aceptarla nunca. El triunfo fue para Arturo y, aunque en aquel momento no era capaz sino de cubrirse de oprobio a sí mismo, gracias a la victoria del valle del Lugg, la única que siempre despreció, Arturo consolidó por un tiempo su papel de gobernador de Britania. El Arturo de los poetas, el que agota la lengua de los bardos, aquél por cuyo regreso ruegan todos los hombres en estos días oscuros, revistióse de grandeza en aquella batalla caótica y dificultosa. En nuestros días, naturalmente, los poetas no cantan la verdad sobre el

valle del Lugg. Hablan con palabras de victoria rotunda, como en las batallas posteriores, y tal vez no yerren adornando así su relato, pues en estos tiempos difíciles que corren necesitamos que Arturo sea un gran héroe desde el principio; aunque la verdad es que en aquellos primeros días era un ser vulnerable. Rigió los destinos de Dumnonia por obra de la muerte de Owain y el apoyo de Bedwin, pero a medida que transcurrían los años de guerra, cada vez eran más los que deseaban que se fuera. Gorfyddyd tenía partidarios en Dumnonia y, que Dios me perdone, muchos cristianos rogaban por la derrota de Arturo. Por ese motivo luchaba, porque se sabía harto débil como para no luchar. Arturo tenía que ofrecer una victoria o perderlo todo, y al final ganó, aunque no sin hallarse antes al filo del desastre.

Acercóse Arturo a abrazar a Tristán y después a saludar a Oengus Mac Airem, el rey irlandés de Demetia cuyo contingente salvara la batalla. Postróse Arturo ante el rey, como siempre, pero Oengus lo levantó y le dio un abrazo de oso. Mien—tras ellos departían, di la vuelta y miré hacia el valle. Estaba fétido de hombres destrozados, lastimoso de caballos en agonía, saturado de cadáveres y cubierto de armas. Me sentía más fatigado que nunca en mi vida, y también mis hombres, pero vi que la leva de Gorfyddyd había llegado desde la montaña y comenzaba a despojar a los muertos y a los heridos, de modo que envié a Cavan con un puñado de los nuestros para que los expulsaran de allí. Los cuervos cruzaban el río y arrancaban las entrañas a los cadáveres. Las cabañas que habíamos incendiado por la mañana todavía humeaban. Pensé en Ceinwyn y, en medio de tanto espanto, mi espíritu voló repentinamente como dotado de grandes alas blancas.

Al volverme, Arturo y Merlín se abrazaban. Arturo parecía a punto de desmoronarse en brazos del druida, pero Merlín lo sostuvo a tiempo y le dio coraje. Después se alejaron juntos hacia los escudos del enemigo.

El príncipe Cuneglas y el druida Iorweth salieron de la barrera circular. Cuneglas llevaba lanza pero no escudo y Arturo no portaba sino a Excalibur en la vaina. Caminaba delante de Merlín y, al acercarse a Cuneglas, hincó una rodilla en tierra e inclinó la cabeza.

—Lord príncipe —le dijo.

—Mi padre se muere —dijo Cuneglas—. Una lanza le dio por la espalda.

Su tono era de acusación, aunque todos sabíamos que, desde el momento en que la línea defensiva se rompía, muchos morían por la espalda.

Arturo permaneció postrado. Pareció quedarse sin respuesta durante unos momentos; después levantó la mirada.

—¿Dais licencia para verlo? —preguntó—. Ofendí a los vuestros, lord príncipe, os insulté en el honor y, aunque no pretendía ofenderos, deseo rogar el perdón de vuestro padre.

Cuneglas quedó desconcertado y se encogió de hombros como no sabiendo si

tomaba o no la decisión acertada, pero al fin señaló hacia la barrera de escudos. Arturo se puso en pie y, caminando al lado del príncipe, fue a visitar al rey Gorfyddyd en su lecho de muerte.

Quise advertir a mi señor de que no fuera, pero se lo tragaron las líneas enemigas antes de que yo recuperara el juicio. Me estremecí al pensar en lo que Gorfyddyd le diría, y sabía que le diría las mismas palabras despreciables que me escupiera a mi por encima del escudo machacado por las lanzas. El rey Gorfyddyd no perdonaba a sus enemigos ni les escatimaba sufrimientos, aunque se hallara al borde de la muerte. Máxime hallándose al borde de la muerte. El último placer de Gorfyddyd en este mundo sería hacer daño a su enemigo. Sagramor compartía mis temores y ambos observábamos angustiados hasta que, al cabo de unos momentos, Arturo salió de entre las filas enemigas con el rostro tenebroso como la cueva de Cruachan. Sagramor acudió presto a su lado.

—Miente, señor —dijo Sagramor en voz baja—, siempre ha mentido.

—Sé que ha mentido —dijo Arturo, y se estremeció—. Pero hay mentiras difíciles de escuchar e imposibles de olvidar. —Entonces la rabia se apoderó de él y sacó a Excalibur volviéndose como una fiera hacia el enemigo—. ¿Alguno de vosotros quiere batirse por las mentiras de su rey? —Los retó a voces, paseando ante ellos de lado a lado—. ¿Hay alguno entre vosotros? ¿Hay siquiera uno dispuesto a defender al malvado que morirá con vosotros? ¿Ni uno solo? ¡Porque maldigo el espíritu de vuestro rey hasta la última oscuridad! ¡Vamos, luchad! —Blandió a Excalibur ante los escudos levantados—. ¡Luchad, basura! —Su rabia era más terrible que todo lo visto en el valle a lo largo del día—. ¡En nombre de los dioses, declaro que vuestro rey miente, que es un malnacido, un ser sin honor, nada! —Les escupió y empezó a abrirse con una sola mano los cierres de mi armadura, que aún llevaba puesta. Logró desatar las correas de los hombros, pero

no las de la cintura, de modo que la coraza le quedó colgando como el mandil de un herrero—. ¡Os doy ventaja! —aulló—. ¡Sin armadura y sin escudo! ¡Venid a luchar contra mi! ¡Demostradme que el malnacido protector de rameras de vuestro rey dice la verdad! ¿Ni uno se atreve? —Estaba fuera de sí, en manos de los dioses, y escupía su rabia al mundo, que se encogía ante fuerza tan sobrecogedora. Volvió a escupir—. ¡Rameras rancias! —Se volvió en redondo al ver salir a Cuneglas del círculo de escudos—. ¿Tú, cachorro? —Apuntó la espada hacia Cuneglas—. ¿Tú lucharás por ese montón de basura moribunda?

Cuneglas, como todos los demás, se conmovió ante la furia desatada de Arturo, pero se adelantó desarmado y, a pocos pasos de Arturo, se arrodilló.

—Estamos a vuestra merced, lord Arturo —dijo, y Arturo le miró fijamente. Su cuerpo era presa de la tensión, toda la rabia y la frustración de un día de lucha hervían dentro de él, y por un momento creí que Excalibur silbaría en la oscuridad llevándose

por delante la cabeza de Cuneglas; pero entonces el príncipe levantó los ojos—. Ahora soy rey de Powys, lord Arturo, pero estoy a vuestra merced.

Arturo cerró los ojos. Después, sin abrirlos todavía, buscó la vaina de Excalibur a tientas y guardó la larga hoja. Dio la espalda a Cuneglas, abrió los ojos, nos miró a nosotros, sus lanceros, y vi que la locura se desvanecía. Todavía vibraba de rabia, pero la ira incontenible había pasado, y con voz serena pidió a Cuneglas que se levantara. Después llamó a los portadores de las enseñas para que el dragón y el oso prestaran dignidad a sus palabras.

—Estas son mis condiciones —dijo para que todos le oyeran en el valle ensombrecido—; exijo la cabeza del rey Gundleus. Tiempo ha que la conserva gratuitamente y debe hacerse justicia por el asesinato de la madre de mi rey. Cumplido esto, sólo pido la paz entre el rey Cuneglas y mi rey y entre el rey Cuneglas y el rey Tewdric. Pido la paz para todos los britanos.

La perplejidad sumió a todos en el silencio. Arturo había ganado la batalla, sus soldados habían acabado con la vida del rey enemigo y capturado al heredero de Powys, y todos esperaban que exigiera un rescate real por Cuneglas. Sin embargo sólo pidió la paz.

Cuneglas frunció el ceño.

—¿Qué decís de mi trono? —preguntó sin salir de su asombro.

—Vuestro trono vuestro es, lord rey. ¿Qué otro podría sentarse en él? Aceptad mis condiciones, lord rey, y sois libre para regresar a él.

—¿Y el trono de Gundleus? —preguntó Cuneglas, sospechando que tal vez Arturo lo quisiera para sí.

—No es vuestro —replicó Arturo con firmeza—, ni mio. Entre ambos encontraremos a quien pueda mantenerlo caliente. Cuando Gundleus muera —añadió implacable—. ¿Dónde se encuentra?

Cuneglas señaló hacia la aldea.

—En uno de los edificios, señor.

Arturo se volvió hacia los lanceros derrotados de Powys y levantó la voz para que todos le oyeran.

—¡Esta batalla nunca debió tener lugar! —declaró—. Mía es la culpa, la acepto y pagaré por ella en cualquier moneda salvo mi vida. Debo a la princesa Ceinwyn mucho más que una disculpa y satisfaré sus deseos sean cuales sean, pero lo único que pido ahora es la alianza entre nosotros. A diario llegan más sajones para tomar nuestras tierras y esclavizar a nuestras mujeres. Contra ellos tenemos que luchar, no entre nosotros. Pido vuestra amistad y, como prueba de tal deseo, quedaos con vuestras tierras, vuestras armas y vuestro oro. No hay victoria ni derrota —señaló hacia el valle ensangrentado y lleno de humo—, sino paz. Lo único que pido es paz y una vida. La de Gundleus. —Miró a Cuneglas de nuevo y bajó la voz—. Espero



vuestra decisión, lord rey.

El druida Iorweth corrió presuroso al lado de Cuneglas y hablaron entre ellos. Ninguno de los dos parecía dar crédito a la oferta de Arturo, pues los lores no solían ser magnánimos en la victoria. Quien ganaba batallas exigía rescate, oro, esclavos y tierra; Arturo sólo buscaba amistad.

—¿Y Gwent? —preguntó Cuneglas a Arturo—. ¿Qué pedirá Tewdric?

Arturo hizo un gesto ampuloso dominando el valle con la mirada.

—No veo hombres de Gwent, lord rey. Cuando un hombre no participa en la batalla tampoco participa de los acuerdos posteriores. Pero os aseguro, lord rey, que Gwent desea la paz. El rey Twedric no pedirá sino vuestra amistad y la de mi rey. Una amistad que prometemos no romper jamás.

—¿Y puedo marchar libre si os hago tal promesa? —preguntó Cuneglas con recelo.

—Allá donde deseéis, lord rey, aunque os pido licencia para acompañaros a Caer Sws y hablar más largamente con vos.

—¿Y mis hombres son libres? —insistió Cuneglas.

—Pueden conservar las armas, el oro, la vida y mi amistad —replicó Arturo.

Hablaba más fervientemente que nunca, desesperado por asegurarse de que aquella sería, para siempre, la última batalla entre britanos, aunque observé que había omitido discretamente toda alusión a Ratae. Tal sorpresa podía esperar.

Cuneglas, al parecer consideraba la oferta harto generosa como para creerla, pero entonces, recordando tal vez su anterior amistad con Arturo, sonrió.

—Tendréis la paz que pedís, lord Arturo.

—Con una última condición —añadió Arturo inesperada y bruscamente, mas no en voz alta, de modo que sólo algunos alcanzamos a oír sus palabras. Cuneglas parecía fatigado, pero aguardó—. Prometedme, lord rey, por vuestra palabra y por vuestro honor, que vuestro padre me mintió en el lecho de muerte.

La paz pendía de la respuesta de Cuneglas, el cual cerró los ojos por un momento como presa del sufrimiento y después habló.

—La verdad nunca fue importante para mi padre, lord Arturo, sólo mostraba interés por las palabras que contribuyeran a colmar sus ambiciones. Mi padre era un mentiroso, lo juro.

—¡Entonces, sea la paz! —exclamó Arturo.

Tan sólo en una ocasión le había visto más feliz, el día en que desposó a Ginebra; pero en ese instante, en medio del humo y el hedor de la batalla ganada, parecía casi tan dichoso como en aquel claro florido a orillas del río. Y, ciertamente, el júbilo le impedía hablar, pues había ganado aquello que había deseado más que nada en el mundo. Había proclamado la paz.

Partieron mensajeros hacia el norte y hacia el sur, a Caer Sws y a Durnovaria, a

Magnis y a Siluria. El valle del Lugg apestaba a sangre y humo. Muchos heridos agonizaban allá donde habían caído y gritaban lastimosamente en la noche; los vivos se agrupaban en torno a las fogatas y decían que los lobos bajarían de los montes a cebarse con los muertos de la batalla.

Arturo apenas daba crédito a la magnitud de la victoria. Se había convertido, aunque difícilmente alcanzaba a comprenderlo, en el verdadero soberano del sur de Britania, pues nadie

osaría levantarse contra su ejército, aun encontrándose tan maltrecho. Necesitaba hablar con Tewdric, necesitaba enviar lanceros a la frontera con los sajones, deseaba ansiosamente enviar nuevas a Ginebra y los hombres no cesaban de rogarle favores y tierras, oro y rango. Merlín le hablaba de la olla, Cuneglas quería hablar de los sajones de Aelle y Arturo de Ceinwyn y Lanzarote, mientras que Oengus Mac Airem exigía tierras, mujeres, oro y esclavos de Siluria.

Aquella noche sólo pedí una cosa, y Arturo me la concedió.

Me entregó a Gundleus.

Habiase refugiado el rey de Siluria en la aldea, en un pequeño templo romano adjunto a un casa romana de mayores dimensiones. El templo era de piedra, no tenía más ventana que un burdo agujero en el alto techo para dar salida al humo y una sola puerta que se abría al patio de las cuadras de la casa. Gundleus había intentado salir del valle, pero su caballo había caído por el arma de un jinete de Arturo; en aquel momento, el rey aguardaba su destino como un rata en el último agujero. Un puñado de fieles lanceros silurios guardaba la puerta del templo, pero desertaron tan pronto vieron a mis guerreros salir de la oscuridad.

Tanaburs se hallaba solo vigilando el templo, iluminado por fuego, y había levantado una pequeña valla de espíritus con dos cabezas recién cortadas, que había colocado al pie de las jambas de la puerta. Vio destellar las puntas de nuestras lanzas en la entrada del patio y levantó la vara de media luna lanzándonos maldiciones sin parar. Rogaba a los dioses que marchitaran nuestros espíritus cuando, súbitamente, dejó de gritar.

Interrumpió sus maldiciones en el momento en que desenvainé a Hywelbane. Al oír el ruido, atisbó en el oscuro patio por donde Nimue y yo avanzábamos juntos; me reconoció y chilló asustado, un chillido breve, como el que exhalan las liebres atrapadas por un gato montés. Sabía que su espíritu me pertenecía y desapareció aterrorizado por la puerta del templo. Nimue dio un puntapié burlesco a las cabezas y entró detrás de mi. Llevaba una espada. Mis hombres aguardaban fuera.

El templo estuvo en su día dedicado a algún dios romano, aunque las calaveras que colgaban en aquel momento de lo alto, contra las desnudas paredes de piedra, eran en honor de los dioses britanos. Las negras órbitas de los ojos de los cráneos miraban sin ver las dos fogatas que iluminaban la estancia alta y estrecha donde

Tanaburs se había hecho un círculo mágico de cráneos amarillentos. Lo encontramos en el interior del círculo, salmodiando hechizos; detrás de él, contra la pared del extremo opuesto, donde había un altar bajo de piedra manchado de negro por la sangre de un sacrificio, estaba apostado Gundleus con la espada desenvainada.

Tanaburs, la túnica bordada salpicada de barro y sangre, levantó la vara e insultóme con sucias palabras. Me maldijo por el agua y por el fuego, por la tierra y por el aire, por la piedra y por la carne, por el rocío y por la luz de la luna, por la vida y por la muerte, y ninguna de sus maldiciones detuvo mi lento andar hacia él, con Nimue, que llevaba sucia su blanca túnica a mi lado. Tanaburs escupió la última maldición y me señaló directamente a la cara con la vara.

—¡Tu madre vive, sajón! —me dijo a gritos—. Tu madre vive y su vida me pertenece. ¿Me oyes, sajón? —Me enseñó los dientes sin moverse de su círculo, el viejo rostro hundido en la sombra entre las dos hogueras encendidas en el templo que hacían su mirada fulminante y roja—. ¿Me oyes? —volvió a gritar—. ¡El espíritu de tu madre me pertenece! Me lo apropié copulando con ella. Hice con ella la bestia de dos espaldas y derramé su sangre para apoderarme de su espíritu. Tócame, sajón, y el espíritu de tu madre irá directo a los dragones de fuego. La tierra la aplastará, el aire la quemará, el agua la ahogará y penará por los siglos de los siglos. Y no sólo penará su espíritu, sajón, sino también el espíritu de todo ser viviente engendrado en sus entrañas. Derramé su sangre por el suelo, sajón, y llene su vientre de mi poder. —Rió y levantó la vara hacia las vigas del techo—. Tócame, sajón, y la maldición le segará la vida arrastrando la tuya consigo. —Bajó la vara y me apuntó nuevamente—. Pero si me dejas ir, ella y tú viviréis.

Me detuve al borde del círculo. Las calaveras no formaban una valla de espíritus, pero de todos modos se percibía un poder temible en la disposición, como alas invisibles que batieran vigorosamente para confundirme. Pensé que si entraba en el círculo de calaveras, entraría en el campo de batalla de los dioses a contender contra cosas que ni siquiera imaginaba, y menos aún entendía. Tanaburs captó mi incertidumbre y sonrió triunfante.

—Tu madre es mía, sajón —se burló—, la hice mía, toda entera, en carne, sangre y espíritu, y así tú también eres mio también, porque naciste de la sangre y el dolor de mi cuerpo. —Movié la vara y me tocó el pecho con la luna de la punta—. ¿Quieres que te lleve hasta ella, sajón? Sabe que vives y un viaje de dos días te llevaría junto a ella. —Sonrió malévolamente—. Eres mio —gritó—. ¡Todo tú! Soy tu padre y tu madre, tu espíritu y tu vida. Estamos unidos en el útero de tu madre por la fórmula de la unidad y ahora eres hijo mio. ¡Pregúntaselo a ella! —Señaló a Nimue con la vara—. Ella conoce la fórmula.

Nimue no dijo nada, miraba torvamente a Gundleus mientras yo miraba los terribles ojos del druida. Aterrorizado por sus amenazas, no me atrevía a entrar en el

circulo, cuando de pronto, en un instante de mareo, las escenas de aquella lejana noche revivieron en mí memoria como si acabaran de suceder la noche anterior. Oí los gritos de mi madre suplicando a los soldados para que me dejaran con ella y las carcajadas de los lanceros que le golpeaban la cabeza con la vara de la lanza, y vi al druida vociferante con la túnica de liebres y lunas y huesecillos en el pelo, que me cogía, me acariciaba y me decía que seria una ofrenda espléndida para los dioses. Todos los detalles acudieron a mi memoria. El druida me levantó, yo llamaba a mi madre a gritos, ella no podía socorrerme y el druida me condujo por entre los dos fuegos donde los guerreros bailaban y las mujeres gemían; me levantó por encima de su cabeza tonsurada y se acercó al borde del pozo, un circulo negro en la tierra rodeado de fuego, a cuyo poderoso resplandor distinguí la punta ensangrentada de una estaca que sobresalía de las entrañas del pozo, redondo y tenebroso. Los recuerdos eran serpientes dolorosas que me mordían el espíritu; vi los sanguinolentos restos de carne y piel que colgaban de la estaca iluminada y recordé el horror no entendido en toda su magnitud de los cuerpos desmembrados que culebreaban en lenta y dolorosa agonía hasta morir en las tinieblas sangrantes del pozo de la muerte de aquel druida. Y recordé que había vuelto a llamar a mi madre a gritos cuando Tanaburs me elevó hacia las estrellas y se preparó para entregarme a sus dioses. Por Gofannon, gritó, al tiempo que mi madre chillaba al ser violada, y yo también porque sabia que iba a morir. Por Lleullaw —continuó Tanaburs—. ¡Por Cernunnos, por Taranis, por Sucellos, por Bel! Y al pronunciar ese gran nombre en último lugar, me arrojó a la estaca de la muerte.

Y erró el tiro.

Mi madre no dejaba de gritar, y seguía gritando cuando salí del círculo de Tanaburs apartando las calaveras a puntapiés; los gritos de mi madre se mezclaron con el aullido del druida, y yo remedé su antiguo grito de muerte.

—¡Por Bel! —exclamé.

Clavé a Hywelbane y no erré el golpe. La hoja penetró en el hombro de Tanaburs, bajó hasta las costillas e, impulsada por la pura cólera sangrienta de mi espíritu, siguió abriendo el escuálido vientre del druida, se hundió en sus fétidas entrañas y lo dejó abierto en canal, reventado como un cadáver descompuesto. Ni por un instante dejé de gritar la angustia desgarradora de un niño al que se entrega al pozo de la muerte.

El circulo de calaveras se llenó de sangre y mis ojos, de lágrimas. Miré entonces al rey, el asesino del hijo de Ralla y de la madre de Mordred, el rey violador de Nimue, el que la privara de un ojo, y al recordar tanto sufrimiento, tomé a Hywelbane con las dos manos y saqué la hoja de un tirón de la despreciable podredumbre que tenía a los pies; pasé por encima del cadáver del druida para llevar la muerte a Gundleus.

—Es mío —me dijo Nimue a voces. Se había quitado el parche y su cuenca vacía parecía reír maliciosamente a la luz de las fogatas. Adelantóse con una sonrisa—. Eres mío —canturreó—, todo mío.

Y Gundleus empezó a gritar.

Tal vez en el otro mundo Norwenna oyera sus gritos y supiera que su hijo, su pequeño niño nacido en invierno, todavía era rey.

## Nota Del Autor

No es extraño que la época artúrica de la historia británica se conozca con el nombre de los Tiempos Oscuros, pues contamos con escasa información sobre los hechos y las gentes de aquellos años. Ni siquiera podemos dar por sentado que Arturo existiera en realidad, aunque en líneas generales sí parece posible que un gran héroe británico llamado Arturo (Arthur, o Artur o Artorius) contuviera por un tiempo la invasión sajona en algún momento a lo largo de los primeros años del siglo VI.

Durante la década del 540 al 550 se escribió una historia sobre aquel conflicto, *De Excidio et Conquestu Britanniae*, de Gildas; podría esperarse que una obra de tales características constituyera una fuente de autoridad sobre las proezas de Arturo, pero Gildas ni siquiera lo nombra, argumento esgrimido con gusto por quienes discuten su existencia.

Con todo, existen algunas pruebas tempranas a favor de Arturo. En los documentos que nos han llegado de mediados del siglo VI, cuando Gildas escribía su historia, encontramos una cantidad sorprendente y atípica de hombres llamados Arturo, lo cual apunta hacia una moda repentina de bautizar a los hijos con el nombre de un hombre famoso y poderoso. Esta prueba no es concluyente, como tampoco lo es la más antigua referencia literaria a Arturo, cuando es nombrado de refilón en el gran poema épico *Y Gododdin*, escrito hacia el 600 para conmemorar una batalla entre los británicos del norte (una hueste alimentada con hidromiel) y los sajones, aunque muchos eruditos opinan que esa referencia a Arturo es una interpolación tardía.

Después de esa única y oscura referencia en *Y Gododdin*, tenemos que esperar doscientos años para que la historia de Arturo se recoja en unas crónicas, un lapso de tiempo tan largo que debilita la credibilidad de la prueba, aunque Nennius, que compiló la historia de los britanos en los últimos años del siglo VIII, habla mucho de la figura de Arturo. Nennius nunca lo llama rey, sino que lo describe como *Dux Bellorum*, general de batallas, título que he adaptado con el nombre de señor de la guerra. Es muy posible que Nennius se inspirara en antiguos relatos populares, fuente inagotable en que bebían las cada vez más numerosas historias sobre Arturo, que alcanzaron su punto culminante en el siglo XII, cuando dos escritores, en países diferentes, convirtieron a Arturo en un héroe eterno. En Bretaña, Geoffrey de Monmouth escribió la maravillosa y mítica *Historia Regum Britanniae*, y en Francia el poeta Chrétien de Troyes añadió a la real mezcla, entre otras cosas, a Lanzarote y Camelot. Aunque el nombre de Camelot haya sido pura invención (o una adaptación arbitraria del nombre romano de Colchester, *Camulodunum*), es casi seguro que Chrétien de Troyes se inspirase en los mitos bretones, que tal vez conservaran, como las historias populares galesas que irrigan el relato de Geoffry, recuerdos auténticos

de un héroe del pasado. Más tarde, en el siglo XV, sir Thomas Malory escribió *Le Morte d'Arthur*, que es la versión principal de nuestra flamante leyenda de Arturo, con Santo Grial, mesa redonda, gráciles doncellas, bestias mitológicas, magos poderosos y espadas mágicas.

Probablemente es imposible desenredar tan prolija tradición para desentrañar la verdad sobre Arturo, aunque son muchos los que lo han intentado y muchos los que, sin duda, lo intentarán. Se dice que Arturo era de la Britania septentrional, de Essex y de las tierras occidentales. Un estudio reciente lo identifica positivamente como un gobernador galés llamado Owain Ddantgwyn, pero, como indican los autores, no hay documentos sobre Owain Ddantgwyn, por lo cual tampoco sirve de gran cosa. Camelot se ha situado en varios lugares, como Carlisle, Winchester, South Cadbury o Colchester, entre otros. Respecto a la ubicación geográfica, en el mejor de los casos he actuado a capricho, basándome en la certeza de que la auténtica respuesta no existe. He inventado para Camelot el nombre de *Caer Cadarn* y la he situado en South Cadbury, Somerset, no porque me parezca la ubicación más acertada (aunque tampoco me parece la más peregrina), sino porque conozco y aprecio esa parte de Gran Bretaña. Por más que indagemos, lo único deducible de la historia es que un tal Arturo vivió seguramente entre los siglos V y VI, que fue un gran señor de la guerra aunque nunca llegara a ser rey y que sus batallas más señaladas tuvieron lugar contra los odiados invasores sajones.

Sabemos muy poco sobre Arturo, pero estamos en condiciones de inferir gran cantidad de información de los tiempos en que seguramente vivió. La Britania de los siglos V y VI había de

ser un lugar horroroso. Los protectores romanos abandonaron la isla a principios del siglo V dejando a los britanos romanizados rodeados de feroces enemigos. Del oeste llegaron los saqueos de los irlandeses, celtas parientes cercanos de los británicos, pero invasores y colonizadores que los esclavizaban. Al norte se encontraba el extraño pueblo de las Tierras Altas de Escocia, siempre dispuesto a organizar incursiones destructivas en el sur; pero ninguno de estos enemigos era tan temido y odiado como los sajones, que primero hicieron incursiones, después colonizaron, más tarde se apoderaron de la parte oriental de Britania, y que, con el tiempo llegaron a apoderarse también del centro de Britania y la rebautizaron con el nombre de Inglaterra.

Los britanos que se enfrentaron a dichos enemigos no estaban unidos entre sí. Al parecer, empleaban tanta energía en luchar unos contra otros como en resistir a los invasores, y sin duda también estarían divididos ideológicamente. Los romanos les habían legado leyes, industria, cultura y religión, pero tal herencia debió de encontrar la oposición de las numerosas tradiciones nativas, suprimidas violentamente durante la larga ocupación romana pero nunca aniquiladas por completo; la principal de estas

tradiciones era el druidismo. Los romanos aplastaron el druidismo por su íntima vinculación con el nacionalismo británico y su consiguiente carácter antirromano e introdujeron en su lugar un fárrago de religiones diversas, entre ellas el cristianismo, naturalmente. Según los expertos, el cristianismo debía de estar muy extendido en la Britania posromana (aunque un cristianismo muy diferente del que conocemos hoy en día), pero sin duda el paganismo no había desaparecido, sobre todo en el campo (pagano proviene del vocablo latino para designar a las gentes del campo), y con la caída del Estado posromano, hombres y mujeres se aferrarían desesperadamente a cualquier esperanza de vida sobrenatural que se les ofreciera. Un erudito al menos ha apuntado la idea de que el cristianismo toleraba los restos de druidismo británico y que ambos credos coexistieron pacíficamente, aunque la tolerancia nunca ha sido la cualidad más relevante de la Iglesia, y personalmente pongo en duda tales conclusiones. Creo que las disensiones religiosas convulsionaban la Britania de Arturo tanto como las invasiones y la política. Con el tiempo, claro está, las historias de Arturo sufrieron una fuerte cristianización, sobre todo en lo tocante al Santo Grial, aunque sería licito poner en duda que Arturo conociera la existencia de dicho cáliz. No obstante, las leyendas en torno a la búsqueda del Santo Grial no tienen por qué ser íntegramente inventos posteriores, pues guardan semejanzas asombrosas con leyendas populares celtas de guerreros que buscaban ollas; leyendas paganas que más tarde, igual que tantas cosas de la mitología artúrica, fueron piadosamente barnizadas por autores cristianos, borrando así la tradición artúrica, mucho más antigua, que ahora sólo existe en algunas antiguas y oscuras vidas de santos celtas. Dicha tradición, sorprendentemente, retrata a Arturo como villano y enemigo del cristianismo. Al parecer, la Iglesia celta no veía a Arturo con buenos ojos, tal vez porque, tal como parecen indicar las vidas de santos, Arturo tomara dinero de la Iglesia para financiar sus guerras, lo cual explicaría por qué Gildas, sacerdote y el contemporáneo más cercano a la época de Arturo, no le reconoce mérito alguno en las victorias británicas que contuvieron temporalmente el avance sajón.

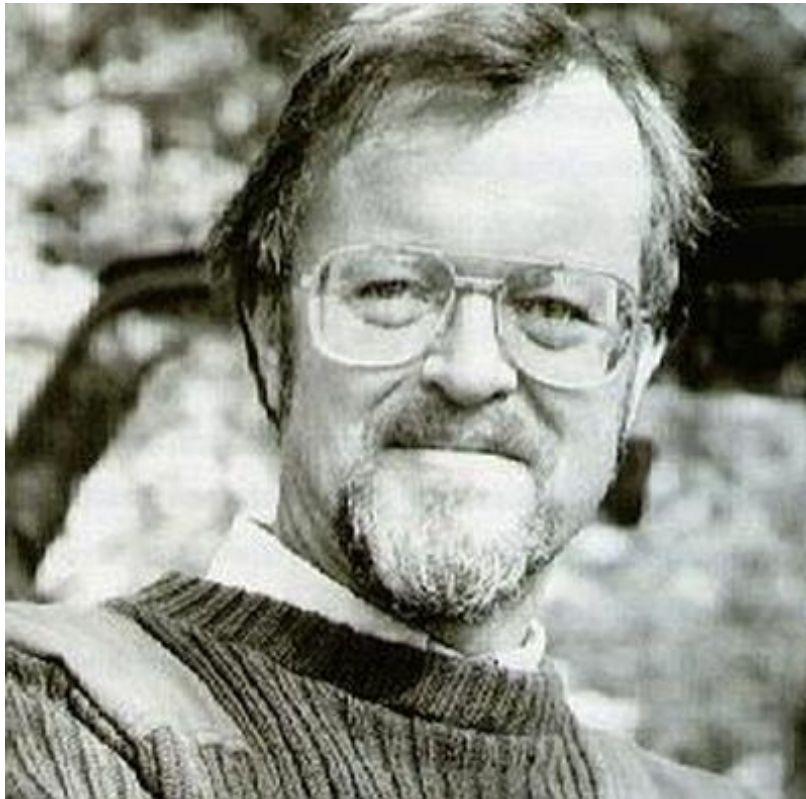
El Santo Espino habría existido en Ynys Wydryn (Glastonbury) si damos crédito a la leyenda según la cual José de Arimatea llevó el Santo Grial a Glastonbury en el año 63, aunque en realidad dicha historia nace en el siglo XII, y sospecho que el hecho de incluir el espino en El rey de invierno es uno de los varios anacronismos que me he permitido a propósito. Cuando empecé a escribir el libro tomé la determinación de excluir todos los anacronismos, incluidos los adornos de Chrétien de Troyes; pero tanto rigor purista me habría obligado a suprimir a Lanzarote, a Galahad y a Excalibur, amén de Camelot, además de figuras como Merlín, Morgana y Nimue. ¿Existió Merlín? Las pruebas documentales son aún menos convincentes que las relativas a Arturo, y es muy improbable que ambos coincidieran en el tiempo; pero son inseparables y me pareció imposible dejar a Merlín de lado. No obstante,



podría haber prescindido de muchos otros anacronismos, como la cota maclada de Arturo en el siglo V, o la lanza medieval. No tendría mesa redonda, aunque sus guerreros (que no caballeros), siguiendo el estilo celta, habrían celebrado sus festines sentados en corro en el suelo. Los castillos serían de barro y madera, no de piedra, altos y con torres. Y dudo mucho, por desgracia, de que un brazo místico y mágico, cubierto con una manga blanca con brocado de seda, emergiera de un lago neblinoso para llevarse su espada a la eternidad, aunque si tenemos prácticamente la certeza de que los tesoros personales de cualquier gran guerrero, en el momento de su muerte, eran arrojados a un lago como ofrenda postrera a los dioses.

Muchos nombres de los personajes del libro han sido extraídos de documentos de los siglos V y VI, pero de las gentes que tenían esos nombres no sabemos prácticamente nada, porque es muy poco lo que sabemos de los reinos de la Britania posromana; las historias modernas no se ponen de acuerdo siquiera en el número de reinos ni en sus nombres. Dumnonia existió, y también Powys, mientras que el narrador de la historia, Derfel (pronunciado Dervel, como en el habla galesa), es un guerrero de Arturo de algunos de los relatos más antiguos, y se dice que después fue monje, pero nada más hemos podido averiguar sobre él. Otros, como el obispo Sansum, existieron sin duda y todavía son conocidos hoy como santos, aunque parece que en aquellos tiempos se requería poquísima virtud para ser santo.

Así pues, El rey del invierno es un relato de los Tiempos Oscuros en que la leyenda y la imaginación deben compensar la falta de documentación histórica. De lo único que podemos dar prueba fehaciente es del contexto histórico más amplio: una Britania en la que aún están presentes las guarniciones, las vías y las villas construidas por los romanos, así como algunas de sus costumbres; pero también una Britania en rápido proceso de destrucción a causa de las invasiones y de las luchas intestinas. Algunos britanos ya han abandonado la lucha y se han asentado en Armórica, en la Britania gala, lo cual justifica la persistencia de los relatos de Arturo en dicha región de Francia. Pero para los britanos que permanecieron en su amada isla fue una época de búsqueda desesperada de salvación tanto espiritual como militar, y a tan desdichada tierra hubo de llegar un hombre que, al menos durante un tiempo, contuviera el avance del enemigo. Ese es mi Arturo, el gran señor de la guerra, el héroe que luchó contra adversidades imposibles hasta el punto de que mil quinientos años más tarde sus enemigos le aman y veneran su recuerdo.



BERNARD CORNWELL vivió su infancia en el sur de Essex. Después de graduarse en la Universidad de Londres, trabajó para la cadena de televisión BBC durante siete años, principalmente como realizador del programa Nationwide. Posteriormente se hizo cargo del departamento de noticias de actualidad de la BBC en Irlanda del Norte, y en 1978 pasó a dirigir el programa Thames at Six para la Thames Television. Actualmente vive en los Estados Unidos.